



Europa y la gente sin historia

ERIC R. WOLF



SECCIÓN DE OBRAS DE HISTORIA

EUROPA Y LA GENTE SIN HISTORIA

Traducción de
AGUSTÍN BÁRCENAS

Traducción del prefacio (1997)
HORACIO PONS

ERIC R. WOLF

EUROPA Y LA GENTE SIN HISTORIA



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en inglés, 1982
Primera edición en español, 1987
Segunda edición, 2005
Primera reimpresión, 2006

Wolf, Eric R.

Europa y la gente sin historia / Eric R. Wolf; trad. de Agustín Bárcenas.— 2ª ed. — México: FCE, 2005
600 p.; 23 Y 16 cm — (Colec. Historia)
ISBN 968-16-7511-8

1. Europa — Historia — Discursos, ensayos y conferencias I. Bárcenas, Agustín, tr. II. Ser III. t

LC D1051 W6418

Dewey 940.2 W853c

A SYDEL

Distribución mundial para lengua española

Comentarios y sugerencias: editorial@fondodeculturaeconomica.com
www.fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55)5227-4672 Fax (55)5227-4694



Empresa certificada ISO 9001: 2000

Título original: *Europe and the People Without History*
© 1982, The Regents of the University of California, Berkeley
Publicado por acuerdo con la University of California Press

D. R. © 2005, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho-Ajusco 227; 14200 México, D. F.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra
—incluido el diseño tipográfico y de portada—,
sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico,
sin el consentimiento por escrito del editor.

ISBN 968-16-7511-8 (segunda edición)
ISBN 968-16-2599-4 (primera edición)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

PREFACIO (1997)

Han pasado 15 años desde que este libro vio la luz por primera vez. Parece entonces oportuno reflexionar sobre lo que se propuso hacer y cómo fue entendido por sus lectores. Este nuevo prefacio también me brinda la ocasión para aclarar algunas cuestiones planteadas por los comentaristas, tanto amistosos como críticos.

Escribí el libro como antropólogo, pero también recurrí a la historia y a las ciencias sociales. Traté de ser histórico al considerar el desenvolvimiento de las estructuras y de los patrones a lo largo del tiempo. Intenté asimismo relacionar los descubrimientos de la antropología con perspectivas de una economía política con orientación histórica, con énfasis en este último aspecto, el histórico. La expresión *economía política*, habitualmente definida como el estudio de las formas donde los recursos se ponen a disposición de la sociedad y el Estado, tiende a confundir dos tipos de investigación. Una trabaja con técnicas derivadas de la economía de mercado para evaluar la política fiscal del Estado. La otra, a la que me adhiero, estudia las sociedades, los estados y los mercados como fenómenos de evolución histórica y, por lo tanto, pone en entredicho las concepciones que sostienen que estos dispositivos específicos de la experiencia capitalista pueden generalizarse a todos los tiempos y lugares. Debemos recordar que Carlos Marx puso a *El capital* el subtítulo de “Crítica de la economía política”; de modo que utilizó la expresión *economía política* para designar las investigaciones de los fundamentos económicos de diferentes formas de gobierno y sociedades en sus trayectorias cambiantes.

Apelé tanto a la historia como a la economía política con el fin de situar a los pueblos estudiados por la antropología en los campos de fuerza más amplios que generan los sistemas de poder ejercidos sobre el trabajo social. Estos sistemas no son atemporales: se desarrollan y cambian. Es importante, en consecuencia, entender cómo se desenvuelven y extienden su campo de acción sobre la gente, tanto en el tiempo como en el espacio. Aunque escribí como antropólogo y no como historiador profesional, creo que la historia cuenta. También es importante comprender cómo y por qué estos sistemas se desarrollan y amplían su influjo sobre la gente; por ello, situé su lógica en las formas en que se sostienen y movilizan uno al otro el poder y la economía. Si bien no soy economista, creo que la comprensión de una economía política históricamente fundada es imperativa para entender las estructuras que determinan y circunscriben la vida de los individuos. En contra de la opinión de que esto no nos dice mucho sobre “la gente real que hace cosas reales”,

me parece que tiene mucho que ver precisamente con eso. Tal vez todo sea “castillos en el aire al morir”, pero la forma en que esos castillos se construyen sobre el terreno tiene una considerable pertinencia existencial.

El título de este libro planteaba una dificultad inicial para la presentación de su problemática. La expresión “la gente sin historia” no me pertenece: se remota al siglo XIX. Marx y Engels la utilizaron para señalar su falta de simpatía por algunos movimientos nacionales separatistas de Europa oriental. Mi pretensión era ser irónico, pero algunos lectores no lo advirtieron. Lo que me proponía era cuestionar a quienes creen que los europeos fueron los únicos que hicieron historia. Tomé el año 1400 d. C. como fecha inicial de la presentación, precisamente porque esperaba que quedara claro que en todas partes la expansión europea tropezó con sociedades y culturas humanas caracterizadas por prolongadas y complejas historias. Sostuve que esos desarrollos no estaban aislados entre sí, sino entrelazados, y que esta interconexión también era válida para el mundo construido por Europa. La historia de la expansión europea se entreteje con las historias de los pueblos que englobó, y éstas a su vez se articulan con la historia de Europa. Como gran parte de esta historia implicó el surgimiento y la difusión del capitalismo, el término *Europa* también puede leerse como designación sintética del crecimiento de ese modo de producción, que se incubó en la península europea de la gran masa euroasiática y luego expandió su influencia en círculos cada vez más amplios a todos los continentes.

Mi objetivo al escribir este libro no era presentar una exposición de la historia mundial que abarcara todo el planeta ni desarrollar una historia de la expansión capitalista como tal. La idea era mostrar que las sociedades y las culturas humanas no podrán comprenderse verdaderamente mientras no aprendamos a visualizarlas en sus interrelaciones e interdependencias mutuas, en el tiempo y el espacio.

Afirmé esta idea por razones pragmáticas, no porque crea que, en última instancia, en el mundo todo está conectado con todo. La concepción que se ha denominado *funcionalismo* en las ciencias sociales sigue siendo metodológicamente útil, en especial cuando examinamos conexiones internas que no son manifiestas y evidentes. Al mismo tiempo, es necesario que recordemos constantemente que los elementos de cualquier configuración rara vez son estables e incluso es improbable que vuelvan alguna vez a un estado original de equilibrio. En las configuraciones sociales, las conexiones están señaladas por líneas de tensión, contradicción y fractura, y expuestas a las presiones generadas en los campos más amplios de interacción que las rodean. Las sociedades y las culturas siempre formaron parte de sistemas más grandes. Esto fue así antes del surgimiento del capitalismo y más aún a medida que el modo capitalista de producción colonizaba más y más espacios de vida social y cultural en todo el globo. Es un lugar común decir que esta expansión ha

provocado en todas partes cambios significativos en los dispositivos sociales y culturales de los pueblos, pero sigue pendiente una tarea fundamental: conceptualizar y expandir tanto las causas de la expansión como la naturaleza de sus efectos.

Para caracterizar estas interdependencias y sus consecuencias, tomé del *stock* de conceptos útiles de Carlos Marx el de *modo de producción*. Como lo explico en el texto, considero que esa idea es analíticamente provechosa e intelectualmente productiva. Su insistencia en la forma en que una sociedad moviliza el trabajo social concentra la atención, a la vez, en las relaciones humanas con el medio ambiente natural, las relaciones sociales de los seres humanos entre sí, las estructuras del Estado y la sociedad que guían esas relaciones, y las ideas a través de las cuales éstas se transmiten. El uso de esos conceptos sinópticos relacionales es uno de los puntos fuertes de importancia de la tradición marxiana.

Reconozco sin excusas mi deuda con el pensamiento marxiano. En la actualidad existe la tentación de arrojar este cuerpo de ideas al montón de chatarra de la historia intelectual, como parte de los restos inutilizables del naufragio de los sistemas socialistas “realmente existentes” que se derrumbaron a finales de la década de 1980. Es necesario que recordemos que la tradición marxiana abarcaba muchas variantes de pensamiento y políticas, algunas de las cuales son intelectualmente más ricas que las ortodoxias que predominaban en el campo político. Utilizo deliberadamente el término *marxiano* para referirme a las variantes de la tradición, en contraste con el término *marxista* que ha llegado a señalar un tipo específico de política. Nuestro mundo intelectual y político se empobrecería enormemente si no pudiéramos recurrir a este legado marxiano, así como la sociología padecería si quienes la ejercen dieran la espalda a Max Weber porque era un ardiente nacionalista alemán, o como sufriría la física si los físicos abandonaran a Newton porque era un alquimista de café. Es necesario, desde luego, que no veneremos a ninguna de estas importantes figuras en un panteón de verdades eternas: no siempre tuvieron razón en su propia época; a veces modificaron sus teorías y opiniones, y algunas de sus ideas no soportaron la prueba del tiempo. En el caso de Marx, especialmente, habría que trazar una distinción entre el analista y el profeta. Muchos de sus análisis todavía tienen algo que decirnos, pero su visión de cómo una clase “en sí” podía llegar a adquirir una conciencia “para sí” carecía de realismo sociológico aun en su propia época.

El uso de conceptos marxianos también nos arrastra a debates de larga data que plantean interrogantes sobre la tradición marxiana como forma de pensar el mundo. En ocasiones se consideró que esa tradición se dividía en dos categorías: el “marxismo sistémico” y el “marxismo prometeico”. El marxismo sistémico quería ser una ciencia, un cuerpo disciplinado de postulados lógicamente encadenados que podían utilizarse para formular leyes generales

del desarrollo social en la historia. El marxismo prometeico encarnaba la esperanza de la liberación humana de la explotación económica y política, y celebraba la voluntad revolucionaria como apertura del camino a ese futuro deseado.

Algunos lectores que se acercaron a *Europa y la gente sin historia* desde posiciones políticas muy opuestas han caracterizado el libro como un ejercicio en el marxismo sistémico. Lo consideraron como un caballo de Troya intelectual o lamentaron su falta de entusiasmo prometeico. Efectivamente utilicé conceptos marxianos, pero no como nociones fundacionales de una ciencia orientada hacia el desarrollo de leyes de generalidad universal. Veo estos conceptos como supuestos que encauzan y guían la investigación y el descubrimiento. Son aproximaciones iniciales a una misión mucho más extensa, que consiste en poner de manifiesto lo que puede estar en acción en casos particulares. Este esfuerzo tal vez implique también la utilización de estrategias explicativas adicionales o alternativas. En cuanto a Prometeo, creo que la glorificación de la voluntad probablemente avalará más insurrecciones elitistas que amplios movimientos populares de cambio. La propia historia de Prometeo tampoco es muy alentadora. Robó el fuego de los dioses y lo entregó a los humanos, pero como consecuencia terminó encadenado a una roca toda la eternidad, mientras el águila de Zeus le devoraba el hígado.

Planteo estas consideraciones para definir con más claridad de qué se trata *Europa y la gente sin historia*. El libro no intenta exponer una teoría marxiana integrada del desarrollo global. Utilizo los conceptos marxianos para ayudarme a situar a los pueblos estudiados por la antropología en los campos de fuerza a los que quedaron sometidos. Como lo notaron algunos lectores, mi libro no es una investigación de conceptos. Si me censuran por ello, sólo puedo decir que éste es el libro que yo escribí; otros escribirán el suyo propio. Me encontré, por ejemplo, en la historia y en la distribución de mercaderías fundamentales en el capitalismo, pero no me adentré en el interesante aunque problemático concepto del *fetichismo de la mercancía*. Mi propósito era mostrar cómo la producción y el comercio de mercaderías involucra a la gente que las produce, porque esa incorporación tiene consecuencias para sus vidas.

En contra de las afirmaciones de algunos comentaristas, no sostuve —ni en este libro ni en otra parte— que esa incorporación a las redes capitalistas destruye necesariamente las ideas y prácticas culturales distintivas e históricamente fundadas de la gente o hace que sus esquemas culturales sean inoperantes e irrelevantes. Sí describí a los recolectores y productores de mercancías como “agentes del capitalismo”, así como también presenté a las diversas poblaciones de trabajadores en las empresas capitalistas como asalariados que ponen en venta su fuerza de trabajo en condiciones capitalistas. Lo hice porque estaba convencido de que la vida de la gente en todo el mundo era fijada de manera creciente por los mercados capitalistas, incluidos los que ofrecen

en venta la mano de obra. Esto no significa proporcionar ningún “triste tropo” de “cosmologías del capitalismo”. La expansión capitalista puede o no puede hacer inoperantes determinadas culturas, pero su difusión demasiado real plantea en efecto cuestiones sobre la forma en que los sucesivos grupos de personas arrastradas hacia la órbita capitalista ordenan y reordenan sus ideas para responder a las oportunidades y exigencias de sus nuevas condiciones. El hecho de plantear estas cuestiones no significa el fin de la etnografía. Muy por el contrario: se necesita con urgencia más etnografía, precisamente porque no podemos saber las respuestas sólo en un terreno teórico.

También será necesaria más etnografía para evaluar con propiedad algunas nociones románticas no examinadas acerca de la naturaleza de la acción humana en el mundo. Esas ideas son cada vez más populares y dieron forma a algunas de las reacciones suscitadas por este libro. Una noción retrata a los seres humanos como inherentemente creativos y siempre dispuestos a reinventar quiénes son y quiénes quieren ser. Otra sostiene que los hombres se resistirán instintivamente a la dominación y que la “resistencia” puede considerarse y estudiarse como una categoría unitaria. Creo que en este caso el deseo se ha convertido en padre y madre del pensamiento. La gente no siempre opone resistencia a las coacciones a las que se ve sometida, y tampoco se reinventa libremente en construcciones culturales de su propia elección. La reconfiguración y el cambio culturales avanzan constantemente en circunstancias variables pero también extremadamente determinadas. Éstas pueden promover la creatividad o inhibirla, suscitar la resistencia o disiparla. Sólo la investigación empírica puede decirnos cómo diferentes personas, en sus diversas circunstancias específicas, modelan, adaptan o desechan sus nociones culturales o, de manera alternativa, encuentran obstáculos para hacerlo. Resta describir cómo y por qué ciertos grupos de personas adaptan sus ideas culturales al capitalismo y prosperan como resultado de ello, mientras que en otros casos no sucede lo mismo.

Mi uso del concepto de *capitalismo* en este libro también exige una aclaración. El modo capitalista de producción puede originarse en todas partes debido a la misma interacción dinámica de acumulación de capital y fuerza de trabajo, pero esa interacción puede adoptar varias formas y asumir muchas y diferentes apariencias. En *Europa y la gente sin historia* hago hincapié en la combinación de propiedad y administración capitalistas con la producción fabril con base en mano de obra contratada como el medio estratégico que permitió que el capitalismo eliminara otros modos de producción. Sin embargo, en otras circunstancias la producción capitalista se desarrolló con los auspicios del capital mercantil. Parecería también que las nuevas tecnologías computarizadas de control e información, junto con nuevos modos de transporte, pueden garantizar que un capitalismo más descentralizado intensifique la acumulación de capitales gracias a la producción en los hogares y talle-

res "flexibles". Históricamente, el modo capitalista de producción estuvo sujeto a fases de expansión y contracción. Estos cambios de fase fueron acompañados por cambios en la mezcla de productos, la tecnología y la organización desplegadas para producirlos, la distribución geográfica de plantas y mercados, y el reclutamiento de nuevos trabajadores y personal de servicio. Así, el modo capitalista de producción puede ser impulsado hacia adelante por una lógica unitaria y, no obstante, producir simultáneamente diferenciación y heterogeneidad por causa de la gran variabilidad de sus funcionamientos. En el libro destaco este aspecto. A medida que se extiende y ocupa nuevos nichos, el capitalismo establece nuevos y diversificados escenarios empresariales. Éstos atraen a nuevos trabajadores, así como a nuevas clases medias y estratos empresariales. Todos enfrentan el problema de cómo adecuar sus diversas nociones culturales a las exigencias de una economía política siempre cambiante. No puede predecirse *a priori* cómo se desarrollarán esas adaptaciones.

En definitiva, para hacer las preguntas correctas y encontrar las respuestas satisfactorias es preciso que volvamos a las cuestiones de la teoría básica. Todas las ciencias sociales, incluida la antropología, montan a horcajadas de dos realidades: la del mundo natural y sus transformaciones humanas debidas a la técnica y la organización, y la de los esquemas de conocimiento organizado y operaciones simbólicas aprendidos y transmitidos entre los seres humanos. La distinción por contraste entre ambas realidades acosó a la filosofía occidental, incluidas las perspectivas marxianas, y resurge constantemente en la antropología, cualesquiera que sean las prestidigitaciones dialécticas que realicemos para salvar la divisoria. Una forma de tratar este callejón sin salida ha sido ignorarlo. Algunos antropólogos consideran que es primordial el comportamiento en el mundo material y desechan los sucesos mentales informados por la propia gente. Otros dan prioridad a los esquemas mentales tal como los definen los mismos individuos y abordan el comportamiento en el mundo material como un epifenómeno de esas nociones elaboradas por el cerebro. Otros, por fin, con una actitud pragmática, atribuyen igual importancia y valor al comportamiento material y a los datos de la mente, y simplemente posponen cualquier discusión sobre la forma de conciliarlos.

Es posible que la clave para resolver el problema no esté inmediatamente a nuestro alcance, pero tal vez podamos avanzar en la búsqueda de una explicación con respuestas parciales si nos concentramos en la articulación de ámbitos específicos en los que se produce la intersección de los hechos materiales y mentales. En el epílogo de *Europa y la gente sin historia* sugiero una forma de hacerlo: prestar mayor atención a las relaciones de poder que median entre la movilización del trabajo social en la sociedad y los esquemas mentales que definen quién hace qué en la división de ese trabajo. Esto tiene varias implicaciones. Por un lado, exige que comprendamos que tanto las tareas sociales

como los esquemas mentales tienen una distribución variable entre hombres y mujeres, jóvenes y viejos, ricos y pobres, nativos e inmigrantes, poderosos e impotentes, personas que hablan con los espíritus y personas que no lo hacen. A su vez, esto hace que concentremos nuestra atención en los procesos que ponen en concordancia y correspondencia estos repertorios socialmente repartidos y variables de nociones e imágenes. Podríamos entonces empezar a considerar con más detenimiento cómo se acumula, comunica o retiene el conocimiento tanto en los desempeños verbales como en los no verbales; cómo se erigen e invocan los órdenes cosmológicos para construir y acumular algunas formas de poder y, a la vez, silenciar o desarticular otras; y cómo algunos esquemas mentales llegan a dominar a otros en la formación de géneros, clases y etnias, aun cuando esquemas alternativos impugnen esa hegemonía. Las unidades de una investigación semejante deberían ser definidas por los procesos en los que fijamos nuestra atención, en vez de tomar entidades societales y culturales arbitrariamente delimitadas. Serán necesarias una economía política histórica informada y una historia económico-política, lo mismo que la etnografía de campo y el análisis cultural. Parte de este trabajo ya está en marcha; mucho más queda por hacer.

Traducción de Horacio Pons

PREFACIO (1982)

En 1968 escribí diciendo que la antropología necesitaba descubrir a la historia, a una historia que pudiera explicar las formas en que el sistema social del mundo moderno llegó a ser lo que es, y que se esforzara por atribuir un sentido analítico a todas las sociedades, inclusive a la nuestra. A mi juicio, esta historia analítica era necesaria para contrarrestar el influjo que en las ciencias humanas tiene la racionalidad formal que ya no investiga las causas de los actos humanos sino que se conforma con soluciones técnicas a problemas planteados primordialmente en términos técnicos. Nuestros métodos se iban volviendo más triviales. Para evitar caer en esa trivialidad, pensé, era necesario buscar las causas del presente en el pasado. Sólo de este modo podríamos llegar a comprender las fuerzas que impelen a las sociedades y culturas y las llevan al estado en que las encontramos hoy en día. Este libro es hijo de tales convicciones.

Desde un principio comprendí que esta historia analítica no podría surgir del estudio de una sola cultura o nación, ni de una sola área cultural, y ni siquiera del estudio de un continente en un cierto periodo de tiempo. Era necesario regresar a los criterios de una antropología más antigua y recobrar la inspiración que guió a antropólogos tales como Alfred Kroeber y Ralph Linton que tanto se esforzaron por crear una historia universal de la cultura. Cayeron en la cuenta de algo que al parecer nosotros hemos olvidado, a saber, que las poblaciones humanas edifican sus culturas no en aislamiento sino mediante una interacción recíproca.

Esa antropología más antigua dijo, sin embargo, muy poco acerca de las grandes fuerzas que han impulsado la interacción de las culturas a partir de 1492, o sea, las fuerzas que impulsaron a Europa hacia su expansión comercial y hacia el capitalismo industrial. Sin embargo, las vinculaciones culturales que estos antropólogos buscaron delinear sólo pueden volverse inteligibles cuando se sitúan en su contexto político y económico. Por lo tanto, los criterios de la antropología deben ser re-pensados a la luz de una economía política nueva y orientada históricamente.

Este re-pensar debe trascender las formas usuales de representación de la historia de Occidente y tener en cuenta que en este proceso mundial participan conjuntamente pueblos occidentales y no occidentales. La mayoría de los grupos estudiados por los antropólogos han quedado atrapados desde hace mucho en los cambios forjados por la expansión europea, amén de que también han contribuido a estos cambios. Ahora ya no

podemos conformarnos con escribir solamente la historia de las élites victoriosas, ni con detallar el subyugamiento de los grupos étnicos dominados. Tanto los historiadores sociales como los sociólogos de la historia han hecho ver que la gente ordinaria fue a la vez que agente activo del proceso histórico, víctima y testigo silencioso del mismo. Así pues, necesitamos poner al descubierto la historia de "la gente sin historia", es decir, las diversas historias activas de acosadas minorías "primitivas", de campesinos, trabajadores, inmigrantes.

A dicho efecto, este libro buscará cruzar las líneas de demarcación que separan entre sí a las diversas disciplinas humanas, y borrar los linderos existentes entre la historia occidental y no occidental. Lo escribí creyendo que actualmente está a nuestro alcance lograr una mejor comprensión de nuestra condición humana.

El proyecto de escribirlo surgió de las revaloraciones intelectuales que marcaron el final del decenio de 1960. Cobró vida durante 1973-1974, en Inglaterra, gracias a una beca de la entidad llamada National Endowment for the Humanities. Agradezco profundamente esta ayuda.

Fue en 1974 cuando empecé a escribir esta obra; y en 1981 se terminó el manuscrito. Varios amigos lo leyeron con ojo crítico. En este sentido estoy agradecido a Roderick Aya, Richard Fox, Ashraf Ghani, Shirley Lindenbaum, Rayna Rapp, Roger Sanjek, Jane Schneider y Peter Schneider. Samuel Bowles y Sidney Mintz tuvieron la gentileza de cartearse conmigo en relación con varios temas. En aquellos casos en que no seguí su opinión, admito que la responsabilidad es sólo mía. Me apena que mi amigo Ángel Palerm muriera sin haber leído este manuscrito; extraño sus profundos comentarios.

Debo agradecer información en cuanto a fuentes, a Anne Bailey, Mario Bick, Charles Bishop, Warren DeBoer, Ashraf Ghani, Herbert Gutman, Shirley Hune, Herbert Klein, Carol Kramer, Hermann Rebel, Roger Sanjek, Gerald Sider, Juan Villamarín, Elizabeth Wahl y Frederick Wyatt. Sobre materiales gráficos recibí asesoría de Anna Roosevelt, James G. E. Smith y Donald Werner del Musco del Indio Norteamericano, Fundación Heye; de Robert Carneiro, Barbara Conklin y Gordon Ekholm del Museo Norteamericano de Historia Natural; de William Sturtevant de la Institución Smithsonian; así como de Lambros Comitas, June Finfer, Fred Popper, Lucie Wood Saunders, Bernard B. Shapiro y Archibald Singham. Noël L. Diaz y Caryl Davis trazaron mapas excelentes, por los cuales les estoy muy agradecido. También debo un testimonio de gratitud a la Escuela de Estudios Orientales y Africanos y a la Escuela de Economía y Ciencias Políticas de la Universidad de Londres por permitirme el acceso a su biblioteca. A lo largo de mi trabajo, me proporcionaron un ambiente

excepcionalmente estimulante en cuanto a investigación, enseñanza e intercambio de ideas el Herbert H. Lehman College de la Universidad de la ciudad de Nueva York y el programa de doctorado en antropología de The Graduate School and University Center de la Universidad de la ciudad de Nueva York. Mis más cumplidas gracias a estas entidades.

Ninguno de estos esfuerzos hubiera fructificado, sin embargo, sin el consejo, la capacidad editorial y el aliento constante de Sydel Silverman, mi compañera de labores, mi esposa, mi más destacado censor antropológico. "Di tante cose quant'ìho vedute, dal tuo podere e dalla tua bontate riconosco la grazia e la virtute" (*Paraiso*, XXXI). A ella, con amor y admiración, dedico este libro.

E. R. W.

PRIMERA PARTE

CONEXIONES

I. INTRODUCCIÓN

LA TESIS central de esta obra es que el mundo de la humanidad constituye un total de procesos múltiples interconectados y que los empeños por descomponer en sus partes a esta totalidad, que luego no pueden rearmarla, falsean la realidad. Conceptos tales como "nación", "sociedad" y "cultura" designan porciones y pueden llevarnos a convertir nombres en cosas. Sólo entendiéndolos como hatos de relaciones y colocándolos de nuevo en el terreno del que fueron abstraídos, podremos esperar evitar inferencias engañosas y acrecentar nuestra comprensión.

En cierto nivel se ha vuelto lugar común decir que todos habitamos "un mundo". Hay vinculaciones ecológicas: en Nueva York se deja sentir la gripe que hay en Honk Kong; a las vides de Europa las destruye el piojo americano. He aquí algunas conexiones demográficas: los jamaquinos emigran a Londres; los chinos a Singapur. Hay vinculaciones económicas: un cierre de pozos petroleros en el Golfo Pérsico hace parar generadoras en Ohio; una balanza de pagos desfavorable a los Estados Unidos lleva dólares del país a las cuentas bancarias en Francfort o Yokohama; en la Unión Soviética se producen automóviles Fiat italianos; los japoneses construyen en Sri Lanka un sistema hidroeléctrico. Veamos algunas vinculaciones políticas: guerras libradas en Europa producen reverberaciones en todo el planeta; tropas norteamericanas intervienen en los bordes de Asia; soldados finlandeses patrullan la frontera entre Israel y Egipto.

Lo anterior es cierto no nada más en cuanto al presente, sino también en cuanto al pasado. Enfermedades provenientes de Eurasia devastaron la población nativa de América y Oceanía. La sífilis pasó del Nuevo al Viejo Mundo. Los europeos, con sus plantas y animales, invadieron las Américas; la papa, la planta del maíz y la yuca, procedentes de las Américas se propagaron por todo el Viejo Mundo. Por la fuerza se llevó a grandes números de africanos al Nuevo Mundo; trabajadores de China y la India, obligados bajo contrato, se enviaban al sudeste de Asia y a las Indias Occidentales. Portugal creó un establecimiento en Macao, frente a la costa de China. Los holandeses, con mano de obra bengalí, edificaron Batavia; en las Indias Occidentales niños irlandeses eran vendidos como siervos. Los esclavos africanos escapados hallaban refugio en las colinas de Surinam. Europa aprendió a copiar los textiles de la India y la porcelana china, a beber el chocolate americano, a fumar el tabaco, oriundo de América, y a usar los números árabes.

Se trata de hechos bien conocidos que indican contacto y conexiones,

vínculos e interrelaciones. Sin embargo, en su gran mayoría, los investigadores a quienes volvemos la vista, insisten en no tomarlos en consideración. Historiadores, economistas y politólogos toman a algunas naciones por separado como marco básico de sus estudios. La sociología sigue dividiendo al mundo en sociedades separadas. Inclusive la antropología, que en otro tiempo se ocupó de cómo los rasgos culturales se difundieron por el mundo, divide su materia en casos distintivos: cada sociedad con su cultura característica es concebida como un sistema integrado y unido, que se contrasta con otros sistemas igualmente integrados.

Si esta diferenciación social y cultural y esta separación mutua fueran una característica de lo que es humano, cabría esperar hallarla con más facilidad entre los llamados primitivos, entre "la gente sin historia", supuestamente aislada del mundo exterior y de otros pueblos similares. Con base en este supuesto, ¿cómo podríamos interpretar los descubrimientos arqueológicos de mercancías europeas que aparecen en la frontera del Niágara ya desde 1570, en tanto que sitios de 1670 del subgrupo onondaga de los iroqueses casi no tienen artículos de manufactura nativa, a excepción de pipas? Al otro lado del Atlántico, la organización y las orientaciones de grandes poblaciones africanas se transformaron grandemente por causa del tráfico de esclavos. Mientras que los esclavistas europeos se limitaban a llevar esclavos de la costa de África a su destino en las Américas, la porción del abasto del tráfico estaba completamente en manos africanas. Según palabras del mercantilista inglés Malachy Postlethwayt, estos fueron los "cimientos africanos" sobre los cuales se edificó "la magnífica superestructura del comercio y del poderío naval norteamericanos". Desde Senegambia, en África Occidental, a Angola, población tras población fue absorbida en este comercio, el cual se ramificó profundamente tierra adentro y afectó a gente que nunca había visto un comerciante europeo en el litoral. Por consiguiente, cualquier relato sobre negros krúes, fantis, asantes, ijaws, ibos, congos, zulas, lundas o ngolas que se ocupe de cada grupo como una "tribu" autosuficiente lee equivocadamente el pasado africano y también el presente. Además, el comercio con los iroqueses y el África Occidental afectó a su vez a Europa. Entre 1670 y 1760 los iroqueses pidieron telas teñidas de azul y escarlata hechas en el Valle de Stroudwater en Gloucestershire. Este fue también uno de los primeros terrenos en que los tejedores ingleses perdieron su autonomía y se convirtieron en manufactureros a sueldo. Quizá hubo una interconexión entre el comercio norteamericano y el inicio de la revolución industrial en el Valle del Stroud. Y a la inversa, los 5 500 o más mosquetes que se enviaron a la Costa de Oro en sólo tres años (1658-1661) enriquecieron a los armeros de Birmingham, donde se hicieron (Jennings, 1977: 99-100; Daaku, 1970: 150-151).

Si por doquier encontramos conexiones, ¿por qué nos empeñamos en convertir fenómenos dinámicos e interconectados en cosas estáticas y desconectadas? Parte de esto se debe, probablemente, a la forma en que hemos aprendido nuestra propia historia. Nos han enseñado, tanto en las aulas como fuera de ellas, que existe una entidad llamada Occidente, y que podemos pensar en este Occidente como si fuera una sociedad de civilización independiente de, y opuesta a, otras sociedades y civilizaciones. Inclusive muchos de nosotros crecimos creyendo que este Occidente tenía una genealogía, conforme a la cual la Grecia antigua dio origen a Roma, Roma a la Europa cristiana, la Europa cristiana al Renacimiento, el Renacimiento a la Ilustración y la Ilustración a la democracia política y a la Revolución industrial. La industria, cruzada con la democracia, produjo a su vez a los Estados Unidos, en donde encarnaron los derechos a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad.

Es engañosa esta pauta de desarrollo, primeramente porque convierte la historia en un relato de éxito moral, en una carrera en el tiempo en que cada corredor pasa la antorcha de la libertad al siguiente equipo. De este modo la historia se convierte en un relato sobre el desarrollo de la virtud, sobre cómo los buenos ganan a los malos. Con frecuencia, esto acaba convirtiéndose en el relato de cómo los ganadores demuestran que son virtuosos y buenos por el solo hecho de ganar. Si la historia no es más que el efecto de un propósito moral en el tiempo, entonces aquellos que se convierten en defensores de ese propósito se vuelven automáticamente agentes predilectos de la historia.

Este esquema es engañoso en otro sentido. Si la historia no es más que un relato sobre el desarrollo de un propósito moral, entonces cada eslabón de la genealogía, cada corredor de la carrera se convierte en simple precursor de la apoteosis final y no es una copia de los procesos sociales y culturales que dejan sentir su efecto en su tiempo y lugar apropiados. Así, ¿qué aprenderíamos de la antigua Grecia, por ejemplo, si la interpretáramos únicamente como una Señorita Libertad prehistórica, que sostiene la antorcha del propósito moral en la oscuridad de la noche bárbara? Poco conocimiento tendríamos sobre los conflictos de clase que agobiaron a las ciudades griegas, o sobre la relación entre los hombres libres y sus esclavos. No tendríamos razón para preguntarnos por qué había más griegos peleando en las filas de los reyes persas que en las filas de la Alianza Helénica contra los persas. Poco o nada nos interesaría saber que había más griegos viviendo en el sur de Italia y Sicilia, llamada entonces la Magna Grecia, que en la Grecia propiamente dicha. Tampoco tendríamos razón alguna para preguntarnos por qué poco tiempo después había más mercenarios griegos en los ejércitos extranjeros que en los cuerpos militares de sus ciudades de

origen. Los colonos griegos que vivían fuera de Grecia, los mercenarios griegos de los ejércitos extranjeros y los esclavos de Tracia, Frigia o Paflagonia que trabajaban en hogares griegos, todo ello implica relaciones helénicas con griegos y no griegos fuera de Grecia. Sin embargo, nuestro esquema guía no nos induciría a formular preguntas sobre estas relaciones.

En ninguna parte se ve mejor este esquema productor de mitos que en las versiones de la historia de los Estados Unidos contenidas en los libros de texto. Ahí, se celebra una orquestación compleja de fuerzas antagónicas en vez del desenvolvimiento de una esencia intemporal. En esta perspectiva, los linderos siempre cambiantes de los Estados Unidos y su reiterada participación en guerras internas y externas, declaradas y no declaradas, se apeñuscan merced al criterio teleológico de que trece colonias aferradas al borde oriental del continente, plantarían, en menos de un siglo, la bandera norteamericana en las playas del Pacífico. Sin embargo, este resultado final fue solamente la consecuencia debatida de muchas relaciones contradictorias. Las colonias proclamaron su independencia, a pesar de que una mayoría de su población: colonos europeos, americanos nativos y esclavos africanos estaba en favor de los *tories*. La nueva república estuvo a punto de irse a pique en relación con el asunto de la esclavitud, el cual trató de solucionar en una serie de avenencias llenas de problemas, creando dos naciones federadas, cada una con su propia zona de expansión. Ciertamente, en el nuevo continente había tierra de sobra para tomarla, pero, claro, primero había que quitársela a los americanos nativos que la habitaban y luego convertirla en una finca llamativa. Jefferson compró muy barato el territorio de la Louisiana, pero sólo después de que la revuelta de los esclavos haitianos contra sus amos franceses quitó a esta región su importancia dentro del esquema francés según el cual era una fuente de alimentos para las plantaciones del Caribe. La ocupación de la Florida cegó una de las principales salidas de escape de la esclavitud. La guerra con México hizo que la región del suroeste fuera apropiada y segura para la esclavitud y el algodón. Los terratenientes hispánicos que estaban en el camino de la marcha norteamericana hacia el Pacífico, se convertían en "bandidos" cuando defendían su propiedad contra los advenedizos anglonorteamericanos. Luego, el Norte y el Sur, el primero que importaba su fuerza de trabajo de Europa y el otro de África, libraron una de las guerras más sangrientas de la historia; durante un tiempo el derrotado Sur se convirtió en una colonia del victorioso Norte. Con posterioridad cambió la alineación entre las regiones, pues la "faja del sol" ganó predominio conforme la influencia del industrial Noreste declinaba. Era evidente que la república ni era indivisible ni tenía límites fijados por Dios.

Se concibe con facilidad que las cosas pudieron haber sido diferentes.

Pudo haber surgido una República Floridana poliglota, una América Misisipiana y francófona, una Nueva Vizcaya hispánica, una República de los Grandes Lagos, una Columbia, que comprendiera los actuales Oregon, Washington y la Columbia Británica. Esta retroproyección carecería de sentido únicamente si supusiéramos la existencia de un impulso divino hacia la unidad geopolítica del continente norteamericano. En vez de eso, en realidad nos invita a explicar en términos materiales lo que ocurrió en cada uno de esos momentos críticos, a explicar por qué algunas relaciones predominaron sobre otras. Así pues, ni la antigua Grecia, ni Roma, ni la Europa cristiana, ni el Renacimiento, ni la Ilustración, ni la Revolución industrial, ni la democracia y ni siquiera los Estados Unidos fueron nunca una cosa impulsada hacia su meta en desarrollo por algún empuje divino inmanente, sino más bien un conjunto de relaciones temporal y espacialmente cambiantes y cambiables, o de relaciones entre conjuntos de relaciones.

Se trata de una cuestión que no es puramente académica. Al convertir los nombres en cosas creamos falsos modelos de realidad. Al atribuir a las naciones, sociedades o culturas, la calidad de objetos internamente homogéneos y externamente diferenciados y limitados, creamos un modelo del mundo similar a una gran mesa de *pool* en la cual las entidades giran una alrededor de la otra como si fueran bolas de billar duras y redondas. De esta suerte resulta fácil clasificar el mundo conforme a sus diferentes colores y declarar que "el Este es Este, que el Oeste es Oeste y que nunca tal par se juntará". De este modo se contraponen un Oeste quintaesencial a un Este igualmente quintaesencial, donde la vida era barata y las multitudes esclavizadas sufrían una gran variedad de despotismos. Más adelante, conforme pueblos de otros climas empezaron a hacer valer su independencia política y económica respecto al Este y al Oeste por igual, atribuimos a estos nuevos solicitantes de posición histórica, un Tercer Mundo de subdesarrollo, una categoría residual de bolas de billar conceptuales, que contrastaba con el desarrollado Oeste y el Este en desarrollo. Inevitablemente, tal vez estas categorías abstractas a las que se atribuía realidad se convirtieron en instrumentos intelectuales en la prosecución de la Guerra Fría. Hubo el mundo "moderno" del Oeste, y el mundo del Este, que había caído en las garras del comunismo, que a su vez era una "enfermedad de la modernización" (Rostow, 1960). Y, finalmente, hubo el Tercer Mundo, todavía atado a la "tradicción" y estrangulado por sus propios esfuerzos por alcanzar la modernización. Si el Oeste pudiera tan sólo hallar el modo de romper tal estrangulamiento, quizá pudiera salvar a la víctima de la infección incubada y propagada por el Este, y colocar al Tercer Mundo en la senda de la modernización, en la senda de la vida, de la libertad y de la

búsqueda de felicidad del Oeste. La horrible consecuencia de este modo de concebir al mundo fue la teoría de la "urbanización del reclutamiento forzado" (Huntington, 1968: 655), según la cual a los vietnamitas se les podría llevar a la modernización obligándolos a concentrarse en las ciudades merced a bombardeos aéreos y la defoliación de sus campos. Los nombres se volvieron cosas y a las cosas señaladas con una X se les podía considerar como blancos de guerra.

SURGEN LAS CIENCIAS SOCIALES

La costumbre de considerar a entidades tales como iroqueses, Grecia, Persia, o los Estados Unidos como entidades fijas contrapuestas recíprocamente por virtud de una arquitectura interna estable y de límites externos fijos, estorba nuestra aptitud para entender su mutuo encuentro y confrontación. En verdad, esta tendencia ha dificultado entender estos encuentros y confrontaciones. El disponer bloques imaginarios de construcción en pirámides llamadas Este y Oeste o Primero, Segundo y Tercer Mundos sólo viene a complicar esta dificultad. Esto nos hace pensar en que es probable que estemos enfrentando algunas limitaciones conceptuales en nuestro estudio de fenómenos sociales y políticos, y no solamente una aberración temporal. Cabe pensar que en algún punto crítico del pasado escogimos una opción equivocada, una mala elección que perturba nuestro entendimiento presente.

Este parteaguas crítico es identificable. Ocurrió a mediados del siglo pasado, cuando el estudio de la naturaleza y variedades de la especie humana se escindió en especialidades y disciplinas separadas y desiguales. Esta escisión fue funesta, pues no sólo desembocó en el estudio intensivo y especializado de aspectos particulares de la especie humana, sino que convirtió las razones ideológicas de esa escisión en una justificación de las especializaciones intelectuales. En ninguna parte se ve esto más obviamente que en el caso de la sociología. Antes de la sociología tuvimos a la economía política, que es un campo de estudio interesado en "la riqueza de las naciones", la producción y distribución de riquezas dentro y entre entidades políticas y las clases que las componen. En el siglo XVIII, con la aceleración de la empresa capitalista, esa estructura de Estado y clases sufrió una presión cada vez mayor por parte de grupos y categorías sociales nuevos y "crecientes" que clamaban por el reconocimiento de sus derechos frente a aquellos grupos defendidos y representados por el Estado. Intelectualmente, el problema adoptó la forma de hacer valer frente al Estado la validez de vínculos nuevos de carácter social, económico, político e ideológico que hoy día están conceptualizados como "sociedad". Esta creciente oleada de

descontento que enfrentaba a la "sociedad" contra el orden político e ideológico llevó a desórdenes, rebeliones y revoluciones. El espectro del desorden y de la revolución planteó el interrogante de cómo el orden social podía ser restaurado y mantenido, más bien dicho, de cómo el orden social se podía alcanzar. La sociología esperó poder resolver "la cuestión social". Tenía, como observó Rudolph Heberle, "un origen eminentemente político. . . Saint Simon, Auguste Comte y Lorenz Stein concibieron a la nueva ciencia de la sociedad como antídoto contra el veneno de la desintegración social" (citado en Bramson, 1961: 12, n. 2).

Estos primeros sociólogos lograron lo anterior separando el campo de las relaciones sociales del de la economía política. Destacaron lazos observables y también poco estudiados que unen a la gente con la gente como individuos, como grupos y asociaciones o como miembros de instituciones. Luego adoptaron este campo de relaciones sociales como materia de su interés. Ellos y sus sucesores llevaron este interés a diferentes postulados teóricos a los que usaron para separar a la sociología de la ciencia política y de la economía política. Voy a condensar estos postulados comunes:

1) En el curso de la vida social los individuos se relacionan entre sí. Tales relaciones pueden ser abstraídas del contexto económico, político o ideológico en que se encuentran, y ser tratadas de un modo *sui generis*. Son autónomas, por sí constituyen un reino propio, el reino de lo social.

2) El orden social depende del crecimiento y extensión de las relaciones sociales entre individuos. A mayor densidad de estos lazos y a mayor amplitud de su alcance, mayor será el orden de la sociedad. Así pues, la maximización de los vínculos de parentesco y vecindad, de grupo y asociación aumentará el orden social. A la inversa, si estos vínculos no se maximizan, queda en entredicho el orden social. El desarrollo de muchos y variados vínculos disminuye también el peligro de la polarización en clases.

3) La formación y el mantenimiento de estos vínculos están relacionados fuertemente con la existencia y propagación de creencias y costumbres comunes entre los individuos que participan en ellas. El consenso moral, especialmente cuando se basa en creencias no examinadas y en la aceptación no racional de la costumbre, alienta la maximización de los lazos sociales; en cambio la expectativa de una simple utilidad y el ejercicio de una razón meramente técnica tienden a debilitarlos.

4) El desarrollo de relaciones sociales y la propagación de costumbres y creencias asociadas crean una sociedad concebida como una totalidad de relaciones sociales entre individuos. Las relaciones sociales constituyen la sociedad; a su vez, la sociedad es la sede de la cohesión, la unidad a la cual se podrán atribuir la predecibilidad y el orden. Si las relaciones sociales son ordenadas y recurrentes, la sociedad tendrá una estructura interna

estable. La extensión de esa estructura es similar a la intensidad y a la gama de las relaciones sociales. Donde estas últimas son menos intensas y menos frecuentes se hallan los linderos de la sociedad.

¿Qué defectos tienen estos enunciados? Nos predisponen a ver las relaciones sociales no solamente como algo autónomo, sino como causales por su propio derecho, aparte de su contexto económico, político e ideológico. Puesto que a las relaciones sociales se las concibe como relaciones entre individuos, la interacción entre individuos se convierte en la causa primera de la vida social. Como al desorden social se le ha relacionado con la cantidad y calidad de las relaciones sociales, se desvía la atención de la consideración de la economía política, de la política o de la ideología como posibles fuentes de desorden social, y se lleva hacia la búsqueda de causas de desorden en la familia y en la comunidad, y, por consiguiente, hacia la creación de una vida familiar o de comunidad apropiada. Y, puesto que, por otra parte, el desorden tiene como causa la divergencia de las costumbres y creencias de las normas comunes, la convergencia en costumbres y el consenso en creencias se convierten en la piedra de toque del funcionamiento apropiado de la sociedad. Finalmente, los postulados facilitan identificar a la sociedad en general con una sociedad en particular. La sociedad que esté necesitando orden se vuelve una sociedad particular que debe ser ordenada. En el contexto del presente tangible, esa sociedad que debe ser ordenada se identifica con facilidad con una determinada nación-Estado, la cual puede ser cualquiera, digamos Ghana, México o los Estados Unidos. Como las relaciones sociales han sido separadas de su contexto económico, político o ideológico, resulta fácil concebir a la nación-Estado como una estructura de vínculos sociales fundamentada en el consenso moral y no como un nexo de relaciones económicas, políticas o ideológicas conectadas con otros nexos. De este modo, las relaciones sociales sin contenido se convierten en los primeros motores de la teoría sociológica, en vez de las fuerzas económicas, políticas e ideológicas. Como estas relaciones sociales ocurren dentro del círculo encantado de la nación-Estado individual, a los actores principales de la historia se les ve como naciones-Estados impulsadas por sus propias relaciones sociales internas. O sea que cada sociedad es una cosa que se mueve en respuesta a un mecanismo interno de relojería.

Economía política y ciencia política

Este apartamiento de las relaciones sociales de los contextos económicos, políticos e ideológicos en los cuales están incrustadas y a los cuales activan, vino acompañado por la distribución de los aspectos económicos y políticos

de la vida humana en disciplinas diferentes; la economía política dejó de ocuparse de la forma en que las poblaciones socialmente organizadas producen para abastecer sus gobiernos, para ocuparse del estudio de cómo la demanda crea mercados. La teoría guía de esta nueva economía política fue

una teoría de mercados y de interdependencia de mercado. Es una teoría de equilibrio general *en intercambio*, que se extiende casi como una idea tardía, para cubrir la producción y la distribución. No es una teoría de un sistema social, y mucho menos de una potencia económica y clase social. A los hogares y a las empresas se les considera solamente como agentes del mercado, nunca como partes de una estructura social. Sus "dotaciones iniciales", riquezas, aptitudes y propiedad son tenidas por *dadas*. Más aún, el objeto de la teoría es demostrar la tendencia hacia el equilibrio; por consiguiente, los conflictos sectoriales y de clase se tienen por descartados. [Nell, 1973: 77-78.]

Dicho en otra forma, esta nueva economía política no trata en absoluto del mundo real (Lekachman, 1976). Es un modelo abstracto del funcionamiento de las elecciones individuales subjetivas relacionadas unas con otras.

Un destino similar cupo al estudio de la política. Una nueva ciencia política separó la esfera de la política de la de la economía política y se centró en la consideración del poder en relación con el gobierno. Al relegar los aspectos sociales, ideológicos y económicos de la vida humana a la condición de "medio", el estudio de la política se divorció del estudio de cómo la organización de dicho medio construye o dirige a la política, y se centró en el estudio de la toma de decisiones. El proceso político es un proceso en que las demandas se agregan y transforman en decisiones de un modo muy similar a como en el modelo de mercado de la economía política la interrelación de las demandas influye en la producción de artículos. Al igual que en el modelo de mercado, este enfoque cae fácilmente en el supuesto

de que las fuerzas de poder, privadas y organizadas, se equilibran recíprocamente como para evitar el gobierno irresponsable concentrado... y se supone que una política pública cuerda prevalecerá y será explicada por una mística no muy diferente de la mano invisible de Adam Smith. [Engler, 1968: 199.]

A final de cuentas, en un modelo así, la buena voluntad para someterse a las reglas del mercado político está determinada necesariamente no por el mercado en sí mismo sino por la orientación y los valores de los participantes, por los aspectos de lo que los politólogos han acabado por llamar su

“cultura política”. Es así como una gran porción de la ciencia política se centró, por una parte, en el estudio de las decisiones, y por la otra en el estudio de las orientaciones, entendidas como constituyendo el sistema político autónomo de una determinada sociedad.

Fundamentando todas estas especialidades se halla el concepto de un conjunto de individuos, vinculados en un contrato tendiente a maximizar el orden social, a trocar y permutar en el mercado y a proporcionar insumos para la formulación de las decisiones políticas. Ocupadas ostensiblemente en el estudio de la conducta humana, las diversas disciplinas se subdividen el tema entre ellas mismas. En seguida, cada una procede a establecer un modelo, al parecer un medio para explicar hechos “duros” observables, pero también un esquema preñado ideológicamente, encauzado hacia una definición estrecha de la materia de la disciplina. Estos esquemas proporcionan respuestas autorrealizantes, dado que se eliminan del discurso especializado los fenómenos que no estén cubiertos por el modelo. Si los modelos gotean como si fueran cedazos, se argumenta que esto se debe bien a que no son otra cosa que construcciones abstractas de las que no se espera que retengan agua empírica, o bien a que los alborotadores les han hecho agujeros. De este modo, las ciencias sociales especializadas, que han abandonado la perspectiva holística [de totalidad independiente de sus componentes], acaban pareciéndose a las Danaides de la leyenda griega clásica, condenadas para siempre a verter agua en sus toneles sin fondo.

Desarrollo de la teoría sociológica

Hemos visto cómo la sociología brotó de un esfuerzo por contrarrestar el desorden social creando para ello una teoría del orden social, situando el orden y el desorden en la cantidad y calidad de las relaciones sociales. Consecuencia importante de este enfoque es que nace en una polaridad entre dos tipos de sociedad: uno en que el orden social es maximizado porque las relaciones sociales están apretadamente entretejidas y cubiertas con el consenso del valor; y otro en que el desorden social predomina sobre el orden porque las relaciones sociales están atomizadas y trastornadas porque hay disenso en cuanto a los valores. Hay tan sólo un paso entre inferir esta polaridad y considerar el proceso social como un cambio de un tipo de sociedad a otro. Esto pareció muy congruente con la opinión general de que la vida moderna lleva en sí una desintegración progresiva de los modos de vida que fueron la marca distintiva de los “buenos y viejos tiempos” de nuestros mayores. En la Europa del siglo XIX, donde los antiguos lazos sociales en verdad se desintegraron bajo el impacto doble del

capitalismo y la industrialización, esta interpretación temporal de la polaridad sociológica tuvo a su favor la convicción que da la experiencia. Ferdinand Tönnies vio este movimiento como un movimiento de la “comunidad”, o *Gemeinschaft*, a la “sociedad”, o *Gesellschaft*. Sir Henry Maine lo enunció como un paso de relaciones sociales basadas en la posición relativa a la relaciones sociales basadas en un contrato. Para Emile Durkheim fue un movimiento entre un tipo de solidaridad social basado en la similitud de todos los miembros a una solidaridad social basada en una complementariedad “orgánica” de diferencias. La escuela de Chicago de sociología urbana lo vio como el contraste entre una sociedad cohesiva y la ciudad atomizada, heterogénea y desorganizada. Finalmente, Robert Redfield conjuntó las diversas formulaciones en un modelo polar de progresión de la Sociedad Popular a la Urbana. En este modelo la calidad y cantidad de las relaciones sociales fueron también las variables primarias e independientes. Aislamiento o escasez de interacción social, junto con homogeneidad o similitud de lazos sociales generaron las variables dependientes: orientación hacia el grupo, o “colectivización”; entrega a la creencia, o “santidad”; y “organización”, que es entretejer los modos de ver en las mentes de los hombres. Y al contrario, el contacto, o la mucha frecuencia de él, junto con la heterogeneidad o disimilitud de lazos sociales, era tenido como originador de las variables dependientes de “individualización”, “secularización” y “desorganización”. En suma, aumentos en la cantidad y en la diversidad de la interacción social hacían que “el orden moral” del pueblo cediera el paso al “orden técnico” de la civilización.

O sea, que el punto de partida de la sociología fue el sentir de que el orden social estaba amenazado por la atrofia de la comunidad. Sin embargo, conforme el siglo XX avanzaba se iba dando por sentado que la sociedad marchaba hacia mayor tamaño y diferenciación y por consiguiente hacia mayores relaciones utilitarias y técnicas a expensas de lazos sagrados y morales. Era evidente que la sociedad marchaba hacia lo que Max Weber había llamado, usando expresiones de Tönnies, *Vergesellschaftung*. Con esto significó la expansión de relaciones fundadas en un

ajuste de intereses motivado racionalmente, o un acuerdo motivado de un modo similar, sea que la base del juicio racional sean valores absolutos o razones de conveniencia. Es muy común, pero de ningún modo inevitable, que el tipo asociativo de relación descansa en un acuerdo racional logrado merced al mutuo consentimiento. [1968: 10]

Aunque el propio Weber usó el término con ambivalencia y recelo, sus seguidores finales abrazaron el pronóstico con entusiasmo. Mientras que la “sociedad tradicional” había colocado con precisión a la gente en posi-

ciones heredadas, y luego la había vinculado estrechamente en posiciones particularistas, "la sociedad moderna" separará a la gente de sus nexos heredados y destinará a la población recientemente móvil a funciones especializadas y diferenciadas que respondan a las cambiantes necesidades de una sociedad universal homogeneizada. Esta sociedad emergente requerirá también de un mecanismo para establecer metas sociales y de una maquinaria para ponerlas en práctica. Según la forma en que los modernizadores lo vieron, el establecimiento de metas debía ser resultado de la participación popular ensanchada. El cumplimiento de metas, por ejemplo, el desarrollo económico, exigirá a su vez la creación de una burocracia, la cual se puede definir como un conjunto de organizaciones capaces de encauzar recursos de un modo racional y eficiente hacia las metas fijadas. Finalmente, la participación pública en la fijación y consecución de metas requerirá una reorientación psíquica que pueda apoyar la puesta en práctica de esas normas técnicas y racionales. Quienes sean capaces de generar estas nuevas ordenaciones serán lanzados a la modernidad, y quienes no lo puedan hacer verán que su sociedad se detiene en el punto de transición o que se empantana en el tradicionalismo. En la sucesión que va de Max Weber a Talcott Parsons, *Vergesellschaftung* se transfigura, por lo tanto, en "modernización" merced a un simple cambio de signos. Si *Gesellschaft* se vio en otro tiempo como problemático, después de mediados del siglo xx acabó viéndose como algo deseable y prometedor. Ahora el polo negativo de la polaridad se situó en la "sociedad tradicional", de cambio lento, inflexible y carente del impulso psíquico hacia el logro racional y secular.

De este modo, invirtiendo la posición crítica original de la sociología hacia las actuaciones de la sociedad del siglo xix, "la teoría de la modernización" se convirtió en instrumento para alabar a las sociedades que se consideraban modernas y para mirar con malos ojos a las que todavía no llegaban a esa etapa. Los líderes políticos de los Estados Unidos se han pronunciado a favor de ayudar al desarrollo del Tercer Mundo, y los teóricos de la modernización han secundado ese pronunciamiento. Sin embargo, la teoría de la modernización excluyó toda comprensión de ese mundo que no estuviera ideológicamente sobrecargada; empleó la palabra *moderno* pero con ella significó los Estados Unidos, o más bien unos Estados Unidos seculares que fueran ideales en cuanto a democracia, pluralismo y racionalidad. Por *tradicional* significó todos aquellos países que debían adoptar ese ideal para poder aspirar a la ayuda. Como teoría fue engañosa; dio un concepto falso de la historia norteamericana pues en lugar del análisis puso la autosatisfacción. Al colocar bajo el mismo rubro de sociedad tradicional entidades tan diferentes como China, Albania,

Paraguay, Cuba y Tanzania, impidió por ese mismo hecho cualquier estudio de sus diferencias importantes. Al igualar la tradición con el estancamiento y falta de desarrollo, negó a las sociedades catalogadas como tradicionales el derecho a tener su historia propia. Pero sobre todo, al dividir el mundo en sociedades modernas, transicionales y tradicionales, impidió la comprensión eficaz de las relaciones entre ellas. Una vez más se definió a cada sociedad como una estructura autónoma y circunscrita de relaciones sociales, con lo cual se desalentó el análisis de intercambios intrasociales o intragrupal, inclusive luchas sociales internas, colonialismo, imperialismo y dependencia social. La teoría excluyó completamente el estudio serio de problemas que evidentemente agitaban al mundo real.

Antropología

Ahora bien, si estas ciencias sociales no han dado como fruto una comprensión del mundo interconectado, ¿qué es posible decir de la antropología?

Esta ciencia, llamada ambiciosamente la Ciencia del Hombre, reclamó títulos especiales para el estudio de pueblos no occidentales y "primitivos". Ciertamente la antropología cultural empezó como antropología mundial. En su fase evolucionista se ocupó en la evolución de la cultura en escala mundial. En su fase de difusión se interesó en la propagación y apiñamiento de formas culturales en toda la faz de la tierra. Los difusionistas vieron también relaciones entre poblaciones que mostraban las mismas formas culturales: matrilinealidad, ennegrecimiento de los dientes o ropa hecha a la medida, como resultado de la comunicación entre grupos por migración o por copiado y aprendizaje. No estaban muy interesados en la gente, pero en cambio tenían un sentido de interconexiones mundiales. No creían en el concepto de "aislados primitivos".

Estos intereses y comprensiones se hicieron a un lado, a medida que los antropólogos pasaban de un interés primario en formas culturales al estudio de "culturas vivientes", de formas de vida de poblaciones particulares en hábitats delimitados localmente. El trabajo de campo, es decir, la comunicación directa con la gente y la observación consiguiente de las actividades diarias *in situ*, llegaron a ser característica principal del método antropológico. El trabajo de campo ha resultado enormemente fructífero en cuanto que ha desnudado y corregido supuestos falsos y descripciones erróneas. También ha revelado conexiones hasta hoy insospechadas entre conjuntos de actividades sociales y formas culturales. Sin embargo, el éxito mismo del método engañó a quienes lo usaban y les dio una falsa confianza.

Se les hizo fácil convertir consideraciones de método meramente heurísticas en postulados teóricos sobre la sociedad y la cultura.

Limitaciones de tiempo y energía en el campo imponen limitaciones en el número y lugares de observaciones y entrevistas posibles y exigen concentrar el esfuerzo en un lugar observable y en un conjunto de "informantes" especificables. Las observaciones y comunicaciones resultantes se trasladan luego a un universo mayor de observaciones y comunicaciones no hechas y se las usa para construir un modelo de la entidad social y cultural bajo estudio. Este modelo no pasa de ser una "integración descriptiva", un lugar teórico situado a la mitad del camino; todavía no es explicación. Sin embargo, la antropología funcionalista procuró derivar explicaciones sólo del estudio del microcosmos, al cual trató como un aislado hipotético. Sus características se explicaron en términos de la contribución de cada una de ellas al mantenimiento de este todo putativamente aislado. De este modo, una unidad metodológica de indagación se convirtió mediante afirmación *a priori* en una construcción teórica. El resultado fue una serie de análisis de casos totalmente separados.

Hubo tres grandes intentos por traspasar los linderos del microcosmos. Uno de ellos, el de Robert Redfield, recurrió a la teoría sociológica. Usando "comunidades" como representaciones o ejemplificaciones de tales "tipos de sociedades imaginados", aplicó la polaridad de *Gemeinschaft* y *Gesellschaft* a casos antropológicos. Así pues, las comunidades de Xcocal y Chan-Kom de Yucatán fueron tomadas como ejemplo del fin del pueblo, de un pueblo universal continuo urbano de relaciones sociales y de comprensiones culturales. Los dos lugares iluminaron la teoría, pero la teoría no pudo explicar los procesos políticos y económicos que dieron forma a las comunidades: Xcocal fue un establecimiento fundado por rebeldes de habla maya durante la Guerra de Castas del siglo XIX; Chan-Kom fue una aldea de cultivadores que la Revolución Mexicana liberó del sistema de haciendas, que se establecieron como recién llegados en un lugar fronterizo con el apoyo del Partido Socialista del Sureste, de Yucatán. Así pues, como la teoría *Gemeinschaft-Gesellschaft* en general, los conceptos de Redfield apuntaron sólo en una dirección, hacia la teoría, pero no de regreso de ella.

Un segundo intento por generar una construcción teórica para entender el microcosmos estudiado en un contexto más amplio fue el concepto de los niveles de integración sociocultural de Julian Steward. El concepto, derivado de la filosofía de la "evolución emergente", tuvo por objeto sugerir que las unidades de la misma clase, cuando se hallan sujetas a procesos integrativos, podrían dar unidades nuevas que no solamente incluyeran las del nivel inferior sino que también mostraran características cualitativa-

mente diferentes en el nivel superior, emergente. Inicialmente Steward usó el concepto para rebatir argumentos que trataban a "la comunidad" como una pequeña reproducción de "la nación", como si se tratara de fenómenos estructurales cualitativamente idénticos. Sin embargo, en seguida procedió a erigir un edificio conceptual en el cual las unidades del nivel familiar se convertían en partes de un nivel regional, y en que las unidades del nivel regional se volvían partes del nivel de la nación.

Aun cuando la palabra *integración* sugiere un proceso, el concepto no es procesal, sino estructural. Hace pensar en la arquitectura de un todo y sus partes, que sólo conforme al hecho serán especificadas sustantivamente. O sea, que el modelo es una representación "hueca" de complejidad social, teóricamente aplicable a los todos socioculturales complejos. Sin embargo, no dice nada sobre ninguno de los procesos que generan la estructura, ni sobre las características específicas que la integran, ni sobre el contenido de ninguna de sus partes. El conocimiento sobre los procesos no fluye del modelo sino que debe ser agregado a él. Por consiguiente, cuando Steward se dedicó al estudio del "cambio contemporáneo en las sociedades tradicionales", el modelo guardó silencio sobre la penetración del capitalismo, sobre el crecimiento de una especialización mundial y división del trabajo, y sobre el desarrollo del dominio de unas poblaciones sobre otras. Desgraciadamente, Steward se vio obligado a retroceder al estudio comparativo de casos separados y a los poco satisfactorios conceptos de tradición y modernización.

El tercer intento por ir más allá del estudio microscópico de poblaciones en lugares determinados tomó la forma de un renacimiento del evolucionismo. El pensamiento evolucionista en antropología, que tan prominente fue en el siglo XIX, se vio frenado por la afirmación de que "el acaecimiento generalizado de la difusión... pone en peligro la raíz misma de cualquier teoría de leyes históricas" (Lowie, 1920: 434). Evolucionistas y difusionistas no estaban en realidad contrapuestos sino más bien interesados en fenómenos completamente diferentes. Los evolucionistas habían reconocido los hechos de difusión, pero se habían sentido justificados para abstraer de estos hechos apoyo a su modelo de etapas sucesivas de desarrollo social y cultural. Por su parte los difusionistas soslayaron el problema planteado por las grandes desigualdades en la tecnología y organización de diferentes poblaciones y se centraron más bien en la transmisión de formas culturales de un grupo a otro. En tanto que los evolucionistas negaron tener interés en la historia de sociedades y culturas en particular, los difusionistas, por su parte, negaron estar interesados en la matriz ecológica, económica, social, política e ideológica en cuyo seno se transmitían en el tiempo y en el espacio las formas culturales. Fue así como dos escuelas de pensamiento coexistieron.

En cambio, los funcionalistas rechazaron completamente la "historia conjetural" de los difusionistas y se pronunciaron en favor del análisis del funcionamiento interno en grupos putativamente aislados.

Cuando Leslie White reintrodujo en los años cuarentas y cincuentas la perspectiva evolucionaria en la antropología norteamericana, lo hizo reafirmando la validez del antiguo modelo propuesto por Tylor, Morgan y Spencer. A este modelo de evolución universal o unilineal, Julian Steward contrapuso un modelo multilineal que representaba la evolución como un proceso de ramificaciones sucesivas. Posteriormente Sahlins y Service buscaron unificar los dos criterios contraponiendo las evoluciones general y específica como aspectos dobles del mismo proceso evolutivo. Definieron la evolución general como "el paso de una explotación menor de energía a una explotación mayor, de niveles inferiores a superiores de integración, y de una menor a una mayor adaptabilidad general" (Sahlins y Service, 1960: 22-23). A la evolución específica la definieron como "el paso filogenético, ramificante e histórico de la cultura a lo largo de sus muchas líneas, la modificación adaptativa de culturas particulares" (1960: 38). Aunque sabían que la convergencia es un aspecto de la filogenia cultural contrapuesta a la filogenia biológica, la definieron conforme a términos difusionistas anticuados como la difusión de radios culturales, y no como el resultado de relaciones multifacéticas entre poblaciones interactuantes transmisoras de cultura. Cuando volvieron la vista al análisis detallado de la evolución específica destacaron la adaptación como "especialización con vistas a la explotación de aspectos particulares del medio" (1960: 50). Para ellos el medio influía las matrices tanto físicas como socioculturales de la vida humana, pero acentuaron primordialmente la adaptación a medios físicos diferentes. En los años sesentas y setentas creció la complejidad del estudio de los "sistemas" ecológicos particulares, sin por ello trascender el análisis funcional del caso aislado, al que ahora se hipotetizaba como un todo ecológico integral y autorregulador. Así pues, a pesar de sus empeños teóricos, la antropología evolucionaria se entregó demasiado fácilmente al estudio de la adaptación ecológica, con lo cual hizo volver a la antropología al estudio comparativo de casos aislados.

Esta concentración ecológica en el caso aislado es paralela al atractivo reciente que tiene el estudio y desciframiento de lo que se encuentra "en la cabeza" de poblaciones aisladas transmisoras de cultura. Estos estudios dan la espalda al funcionalismo, inclusive a lo que tenía de más viable, su interés en cómo la gente enfrenta los problemas materiales y organizacionales de sus vidas. También se desentendieron de las relaciones materiales que vinculan al pueblo con los de fuera. Su interés está más bien en la investigación de microcosmos locales de significado, considerados autónomos.

Esta vuelta hacia el estudio del significado ha sido influida vigorosamente por el desarrollo de la lingüística, muy en particular por la teoría estructural de De Saussure del lenguaje al que concibe como un sistema social superindividual de formas lingüísticas que se mantienen normativamente idénticas en todas sus expresiones. Este punto de vista relaciona un signo lingüístico con otro signo lingüístico sin hacer referencia a quién habla a quién, ni cuándo, ni sobre qué. Originalmente se enunció para enfrentar la posición de que un idioma se compone de una corriente histórica siempre cambiante de expresiones vocales generadas individualmente; esta perspectiva se relacionó con los nombres de Humboldt y Vossler. De Saussure, en cambio, divorció totalmente al lenguaje (*langue*) de la expresión (*parole*) y definió los signos por su relación mutua, sin hacer referencia a ningún contexto externo a ellos. Del mismo modo, los significados se definieron en términos de otros significados, sin hacer referencia a los contextos prácticos en los que aparecían.

Salta a la vista que la oposición entre los dos modos de pensar requiere ser resuelta mediante una perspectiva relacional y dialéctica, tal como lo hizo notar Volosinov hace ya cincuenta años. Puso en tela de juicio la opinión de De Saussure del sistema lingüístico estático transmitido por una colectividad pasiva y sin rostro, destacando, en cambio, que en realidad esa colectividad se componía de una población de hablantes con diversos "acentos" o intereses, que participaban en una corriente histórica de expresiones verbales sobre contextos concretos y diferentes. Los contextos no deben ser vistos como algo internamente homogéneo y externamente segregado. Según Volosinov, eran más bien intersecciones entre "acentos diversamente orientados... en estado de tensión constante, de interacción y conflicto incesantes" (1973: 80). Con relación a lo que indican no hay ni signo ni significado orientador ni tampoco respecto a su tema en una determinada situación. La tendencia existente dentro de la antropología a tratar sistemas de significado como si fueran sistemas totalmente autónomos amenaza invertir esta tesis, pues pone en su lugar el estudio de razonamientos solipsísticos generados *in vacuo* por la mente humana.

En tanto que algunos antropólogos estrechan así su foco y lo centran en el estudio intensivo del caso aislado, otros esperan convertir en ciencia a la antropología, para lo cual emprenden comparaciones estadísticas culturalmente cruzadas de rasgos cifrados tomados de grandes muestras de casos etnográficamente conocidos. Mucha atención se ha dado a los problemas metodológicos de cómo aislar casos diferentes con vistas a hacer comparaciones y a cómo definir las variables que deben codificarse y compararse. ¿Son casos diferentes los cientos de grupos esquimales locales? ¿Son ejemplos de agrupaciones mayores, autoidentificadas, digamos, los coppers,

netsiliks e igluliks? ¿O constituyen un simple ejemplo esquimal? Pueden hacerse otras preguntas respecto a la naturaleza de la muestra. ¿Podemos estar seguros de que los casos están lo bastante separados histórica y geográficamente como para constituir casos aparte? ¿O es que la muestra está contaminada por propinuidad y comunicación espaciales o temporales? Todas las respuestas a estos interrogantes suponen, sin embargo, la autonomía e indeterminación de los casos que se eligen al final. Sea cual fuere la muestra que acabemos eligiendo, será interpretada como un conjunto de unidades separadas. Se afirma que éstas, o bien generan rasgos culturales independientemente merced a la invención, o los toman prestados una de la otra mediante la difusión. Nos encontramos otra vez en un mundo de bolas de billar socioculturales, que se desplazan en una mesa de billar universal.

¿Qué sucede, sin embargo, si llegamos a conocer *procesos* que van más allá de los casos separables, que se mueven entre y más allá de ellos y que en el proceso los transforman? Ejemplos de estos procesos fueron el tráfico de pieles en América del Norte y el tráfico de esclavos americanos y africanos. ¿Qué decir de los patrilinajes localizados entre los pueblos de habla algonquina, que en el curso del comercio de pieles penetraron en grandes poblados no emparentados que fueron conocidos etnográficamente como ojibwas? ¿Qué decir de los chipeweyanes, algunas de cuyas bandas renunciaron a la caza para volverse tramperos o "porteadores", en tanto que otros siguieron cazando y siendo "comedores de caribúes", mientras que muchos cambiaban de comedores de caribúes a porteadores y viceversa? ¿Qué decir de los grupos multilingües, multiétnicos, que se cruzaban entre sí, de crees y de assiniboines, que medraron en las llanuras septentrionales de la América del Norte en respuesta al estímulo del comercio de pieles hasta que las unidades "se desdibujaron una en otra" (Sharrock, 1974: 96)? ¿Qué decir de los mundurucúes de la Amazonia que dejaron la patrilocalidad y la patrilinealidad para adoptar la desusada combinación de matrilocidad y patrilinealidad en respuesta a su nuevo papel de cazadores de esclavos y de proveedores de harina de mandioca para las expediciones cazadoras de esclavos? ¿Qué decir, sobre todo, de África, donde el tráfico de esclavos creó una ilimitada demanda de esclavos, y donde poblaciones sin ninguna relación satisfacían esa demanda arrancando a la gente de sus grupos afines, mediante la guerra, el secuestro, la compra, o procedimientos judiciales, todo ello con el fin de tener esclavos que vender a los europeos? En todos estos casos, el querer separar de un modo específico todos culturales y linderos diferentes crearía una muestra falsa. Estos casos ejemplifican espacial y temporalmente relaciones cambiantes, debidas en todos los ejemplos a los efectos de la

expansión europea. Si consideramos, además, que a lo largo de quinientos años esta expansión afectó a un caso tras otro, veremos que la búsqueda de una muestra mundial de casos diferentes es engañosa.

No se requiere un gran esfuerzo para designar con la palabra *sociedad* un apiñamiento empíricamente verificable de interconexiones entre personas, al menos mientras no se agreguen prejuicios evaluadores sobre su estado de cohesión interna o de circunscripción en relación con el mundo exterior. A lo largo de toda esta obra seguiré empleando la palabra con esta misma acepción con preferencia a otro significado no tan claro. Del mismo modo, sería un error descartar el criterio antropológico de que la existencia humana exige la creación de formas culturales, basadas en la capacidad humana para crear símbolos.

Sin embargo, este concepto de una sociedad y cultura autónomas, auto-reguladas y autojustificadas ha atrapado a la antropología dentro de los límites de sus propias definiciones. Dentro de los linderos de la ciencia, se ha estrechado el alcance de la observación y del pensamiento, en tanto que afuera los habitantes del mundo van quedando cada vez más atrapados en el cambio general de alcance continental o mundial. ¿Puede decirse con verdad que alguna vez hubo un tiempo en que las poblaciones humanas existieron con independencia de las relaciones muy amplias, sin sufrir el influjo de grandes campos de fuerza? Del mismo modo que los sociólogos van tras el fuego fatuo del orden social y de la integración en un mundo de dislocaciones y cambios, así también los antropólogos buscan réplicas prístinas del pasado precapitalista y preindustrial en los sumideros y márgenes de mundo industrial y capitalista. Lo cierto es que ni europeos ni norteamericanos habrían encontrado jamás a estos supuestos porteadores de un pasado prístino, si no se hubieran encontrado unos a otros, de un modo sangriento, cuando Europa extendió el brazo para apoderarse de los recursos y poblaciones de otros continentes. De aquí que se haya dicho, y con razón, que la antropología es hija del imperialismo. Sin imperialismo no habría habido antropólogos, pero tampoco habría habido pescadores deenes, balubas o malayos que estudiar. El supuesto antropológico tácito de que gente como esta es gente sin historia, es tanto como borrar quinientos años de confrontación, matanza, resurrección y acomodamiento. Si la sociología opera con su mitología de *Gemeinschaft* y *Gesellschaft*, la antropología opera con demasiada frecuencia con su mitología de lo primitivo prístino. Ambas perpetúan ficciones que niegan los hechos de las relaciones y participaciones en marcha.

Estos hechos afloran claramente en los trabajos de antropólogos e historiadores que se han especializado en lo que ha venido a llamarse etnohistoria. Quizá a la "etnohistoria" se le dio este nombre para separarla de la

historia "verdadera", que es el estudio de los supuestamente civilizados. Sin embargo, del estudio de la etnohistoria se saca en claro que las materias de los dos tipos de historia son las mismas. Mientras más etnohistoria sabemos, más claramente emergen "su" historia y "nuestra" historia como parte de la misma historia. Así pues, no puede haber "historia negra" aparte de la "historia blanca", sino solamente un componente de una historia común, suprimido u omitido en los estudios convencionales por razones económicas, políticas o ideológicas.

Estas observaciones nos hacen recordar las hechas por el antropólogo Alexander Lesser, el cual, en un contexto diferente, pidió hace años que "adoptemos como hipótesis de trabajo la universalidad del contacto y de la influencia humana"; que por lo que hace a las "sociedades humanas, sean prehistóricas, primitivas o modernas, las contemplemos como sistemas abiertos, no cerrados"; que las veamos "como inextricablemente entrelazadas con otros agregados, cercanos y distantes, en el seno de conexiones en forma de telarañas, de red" (1961: 42). Los trabajos de los etnohistoriadores han demostrado, caso tras caso, la validez de este concepto. Sin embargo, seguirán siendo meramente programáticos mientras no podamos dejar atrás una consideración de conexiones operando en casos separados, y llegar a una perspectiva más amplia, una que nos permita conectar las conexiones en la teoría y también en el estudio empírico.

En una perspectiva así, resulta difícil considerar a una cultura dada como un sistema circunscrito o como un "diseño para vivir" autoperpetuante. Esto nos coloca en situación de necesitar una nueva teoría de formas culturales. Los antropólogos nos han mostrado que las formas culturales, vistas como "ordenaciones determinadas" de cosas, conductas e ideas, desempeñan una función demostrable en el manejo de la interacción humana. En el futuro, necesitaremos no negar ese papel, sino entender con más precisión el modo en que actúan las formas culturales para equilibrar las relaciones sociales entre poblaciones en particular.

LOS USOS DE MARX

Si aceptamos la existencia de estas conexiones, ¿cómo vamos a concebirlas? ¿Podemos conceptualizar un proceso común que las genere y organice? ¿Es posible concebir una dinámica común así y sin embargo mantener un sentimiento o percepción de su desenvolvimiento en el tiempo y en el espacio conforme envuelve y absorbe ora una población, ora otra?

Este modo de ver las cosas es posible, pero solamente si enfrentamos posibilidades teóricas que van más allá de nuestras disciplinas especializadas.

No basta con volverse multidisciplinario esperando de este modo que una adición de todas las disciplinas nos lleve a una nueva visión. El obstáculo mayor para el desarrollo de una nueva perspectiva radica en el hecho mismo de la especialización en sí. Este hecho tiene su historia, la cual es significativa, por razón de que las diversas disciplinas académicas deben su existencia a una rebelión común contra la economía política, que es su disciplina madre. Esta disciplina se esforzó por dejar al descubierto las leyes o regularidades que rodean la producción de la riqueza. Ello entrañó un interés por descubrir cómo la riqueza se generaba en la producción; por precisar el papel de las clases en la génesis de la riqueza; y por determinar el papel del Estado en relación con las diferentes clases. Este interés fue común a los conservadores y socialistas por igual. (Marx se refirió a ellos cuando censuró a los economistas políticos por tomar como universales lo que para él eran las características de sistemas de producción históricamente particulares.) Sin embargo, estos intereses han sido excluidos tan cabalmente del repertorio de las ciencias sociales que la última edición de la *International Encyclopedia of the Social Sciences* ya no trae entradas de "economía política" y "clase". Hoy día el interés en estas cuestiones suele atribuirse únicamente a los marxistas, a pesar de que el propio Marx escribió lo siguiente en una carta que envió a un amigo (Joseph Weydemeyer, 5 de marzo de 1852):

a mí no se me debe ningún crédito por descubrir la existencia de clases en la sociedad ni tampoco por la lucha que se libra entre ellas. Mucho antes de mí, los historiadores burgueses habían descrito el desarrollo histórico de esta lucha de clases y los economistas burgueses la anatomía económica de las clases. [citado en Venable, 1945: 6, n. 3]

Es muy probable que haya sido precisamente el concepto de economía política como una estructura de clases lo que llevó a las nascentes ciencias sociales a volverse contra el concepto de clase. Si a las relaciones sociales, económicas y políticas se les veía como algo que llevaba en sí una división entre clases antagonicas, dotadas por la estructura misma de la economía política con intereses y capacidades opuestos, en este caso la búsqueda del orden se vería por siempre perturbada por el espectro de la discordia. Fue esto lo que indujo a James Madison en sus profundos *Federalist Papers*, a definir la función del gobierno como la regulación de relaciones entre clases antagonicas. Por el contrario, las diversas disciplinas de las ciencias sociales volvieron la espalda a la economía política, y se dedicaron al estudio intensivo de la interacción de los individuos, en grupos primarios y secundarios, en el mercado, en los procesos del gobierno. También dejaron de interesarse en cuestiones cruciales sobre la naturaleza de la producción,

de la clase y del poder: Si la producción es la condición de lo humano, ¿cómo debe entenderse y analizarse la producción? ¿En qué condiciones la producción lleva consigo el surgimiento de clases? ¿Cuáles son las implicaciones de la división en clases por lo que hace a la asignación de recursos y al ejercicio del poder? ¿Cuál es la naturaleza del Estado?

Aun cuando las ciencias sociales abandonaron estos interrogantes, persisten como su programa oculto. Debido a que Marx planteó estos interrogantes de un modo persistente y sistemático, sigue siendo un interlocutor oculto en gran parte del razonamiento de las ciencias sociales. Se ha dicho, y con razón, que las ciencias sociales no son otra cosa que un largo diálogo con el espíritu de Marx. Si queremos dejar atrás los actuales límites y limitaciones de las disciplinas especializadas, debemos regresar a estos interrogantes no contestados, y reconsiderarlos.

Por diversas razones Marx es importante en cuanto a esta reconsideración. Fue una de las últimas grandes figuras en dirigir sus esfuerzos hacia una ciencia humana que consideraba la suma de las partes diferente al todo, capaz de integrar especializaciones variadas. Contrariamente a lo que con demasiada frecuencia se dice de él, no fue, en absoluto, un determinista económico. Fue un materialista, que creyó en la primacía de las relaciones materiales frente a la primacía del "espíritu". Ciertamente, su concepto de producción (*Produktion*) fue concebido en oposición al concepto de *Geist* de Hegel, y se manifestó en encarnaciones sucesivas del espíritu. Para él, la producción comprendía simultáneamente las relaciones del género humano con la naturaleza, las relaciones sociales en cuyo seno entran los humanos en el curso de su transformación de la naturaleza, y las transformaciones consecuentes de la capacidad simbólica humana. Por consiguiente, el concepto no es meramente económico en el sentido estricto sino también ecológico, social, político y psicológico-social. Es de carácter relacional.

Marx también estuvo contra todos aquellos que quisieron universalizar la Sociedad, el Mercado o el Proceso Político y a favor de la existencia de diferentes modos de producción en la historia humana. Cada modo representaba una combinación diferente de elementos. Lo que era verdad respecto a un modo no lo era respecto a otro: por lo tanto, no había historia universal. Lo cierto es que Marx fue profundamente histórico. Los dos elementos que constituían un modo de producción y su combinación característica tenían para él una definible historia de origen, de desarrollo y de desintegración. No fue ni historiador universal ni historiador de eventos, sino historiador de configuraciones o síndromes de relaciones materiales. Ciertamente, la mayor parte de su energía la empleó en su empeño por entender la historia y el modo de actuar de un modo en

particular, el capitalismo, y no lo hizo para defenderlo sino para lograr su transformación revolucionaria. Dado que nuestro razonamiento disciplinario especializado se desarrolló como antídoto de la revolución y el desorden, es comprensible que este fantasmagórico interrogador haya sido malquisto en los salones de la academia.

Este espectro, sin embargo, nos brinda lecciones vitales. Primeramente, no entenderemos el mundo presente a menos que remontemos el crecimiento del mercado mundial y el curso de la evolución capitalista. Segundo, debemos tener una teoría de ese crecimiento y desarrollo. Tercero, debemos poder relacionar la historia y la teoría de esa evolución en marcha con los procesos que afectan y cambian las vidas de las poblaciones locales. Esa teoría debe poder delinear los elementos significativos que operan en estos procesos y sus combinaciones sistémicas en el tiempo histórico. Al mismo tiempo, debe tener la suficiente precisión para explicar las diferencias significativas que distinguen a cada una de estas combinaciones de todas las demás; en este caso, al capitalismo de todas las demás combinaciones históricamente conocidas. Finalmente, la historia informada teóricamente y la teoría informada históricamente deben conjuntarse para explicar poblaciones especificables en el tiempo y en el espacio, tanto como resultados de procesos significativos, cuanto como portadores de ellos.

Entre quienes han contribuido más a la historia informada teóricamente del mundo al cual dio vida el capitalismo destacan dos nombres, tanto por la fuerza y sutileza de sus enunciados como por el alcance de su esfuerzo investigador. Uno de ellos es André Gunder Frank, economista, que empezó a cuestionar desde principios del decenio de 1960 el enfoque de modernización al desarrollo económico. Frank enunció con claridad la herética proposición de que el desarrollo y el subdesarrollo no eran fenómenos separados, sino que estaban estrechamente relacionados entre sí (1966, 1967). En los últimos siglos, el capitalismo se ha extendido hacia afuera, hacia todas las partes del globo, partiendo de su centro original. En donde quiera que penetró convirtió a esas regiones en satélites dependientes del centro metropolitano. Extrayendo los sobrantes producidos en los satélites con vistas a satisfacer los requerimientos de la metrópoli, el capitalismo deformó y frustró el desarrollo de los satélites para su propio beneficio. A este fenómeno lo llamó Frank "el desarrollo del subdesarrollo". La relación de explotación entre la metrópoli y el satélite se repitió dentro de cada satélite: las clases y regiones en contacto más estrecho con la metrópoli externa se llevaban los sobrantes del interior, con lo cual deformaban su desarrollo. Así pues, el subdesarrollo de los satélites no fue un fenómeno *sui generis* sino el resultado de relaciones entre satélite y metrópoli, renovadas de continuo en el proceso de transferencia de sobrantes y

reforzadas eternamente por la continuada dependencia del satélite respecto a la metrópoli.

Similar al enfoque de Frank es el relato explícitamente histórico de Immanuel Wallerstein de los orígenes capitalistas y del desarrollo de la "economía mundial europea". Esta economía mundial, que se origina a fines del siglo xv y principios del xvi, constituye un mercado mundial al que caracterizan divisiones mundiales del trabajo. Las firmas (sean individuos, empresas o regiones) se presentan en este mercado a cambiar las mercancías que han producido, de lo que esperan lograr una utilidad. Esta búsqueda de utilidad guía tanto la producción en general como la especialización de la producción. Las utilidades las generan los productores primarios, a quienes Wallerstein llama proletarios, sin importar la forma en que su trabajo sea movilizad. Los capitalistas, a quienes Wallerstein clasifica como burgueses sin importarle cuál sea la fuente de su capital, se apropian de estas utilidades. El crecimiento del mercado y la resultante división mundial del trabajo generan una distinción básica entre las naciones centrales (las metrópolis de Frank) y la periferia (los satélites de Frank). Las dos están ligadas por un "intercambio desigual", por el cual mercancías de "altos salarios (pero baja supervisión), alta utilidad, mucho capital intensivo" producidas en el centro son intercambiadas por "mercancías de salarios bajos (pero de elevada supervisión); baja utilidad, poco capital intensivo" que son producidas en la periferia (véase Wallerstein, 1974: 351). En el centro las mercancías se producen principalmente por medio de trabajo "libre" remunerado por un salario; en la periferia las mercancías se producen principalmente por una u otra clase de trabajo forzado. Aunque aduce varios factores para explicar esta diferencia, Wallerstein recurre a lo que básicamente es una explicación demográfica. Sostiene que el crecimiento del trabajo de salario libre en el área central surgió en respuesta a las elevadas densidades de población que hicieron que los trabajadores compitieran entre sí, y que, en consecuencia, se sometieran con docilidad a la disciplina del mercado, en tanto que en la periferia las bajas densidades de población favorecieron el incremento de la coerción del trabajo. Tendremos ocasión de analizar críticamente algunas de estas proposiciones. Empero, lo que es importante en la obra de Frank y de Wallerstein es que han sustituido los estériles debates sobre modernización con una exposición elevada y orientada teóricamente de cómo el capitalismo evolucionó y se propagó; fue una evolución y propagación de relaciones entrelazadas pero diferenciadas.

Tanto Frank como Wallerstein centraron su atención en el sistema del mundo capitalista y la disposición de sus partes. Aunque utilizaron los hallazgos de los antropólogos y de los historiadores de la región, el fin

principal que persiguieron fue entender cómo el centro subyugó a la periferia, y no estudiar las reacciones de las micropoblaciones que habitualmente investigan los antropólogos. Esta elección suya del foco los lleva a no considerar la gama y variedad de tales poblaciones, de sus modos de existencia antes de la expansión europea y del advenimiento del capitalismo, y de la manera en que estos modos fueron penetrados, subordinados, destruidos o absorbidos, primeramente por el creciente mercado y luego por el capitalismo industrial. Sin un examen así, sin embargo, el concepto de la "periferia" sigue siendo un término de ocultación como el de "sociedad tradicional". Su ventaja sobre el término anterior descansa casi únicamente en sus consecuencias: señala vínculos más amplios que deben ser investigados para poder entender los procesos que operan en la periferia. Sin embargo, este examen sigue estando frente a nosotros si es que queremos entender cómo fue que los mundurucúes o los meos fueron absorbidos en el sistema mayor, cómo sufrieron su impacto y cómo llegaron a ser sus agentes.

Esta obra se encarga de hacer tal examen. Esperamos delinear la situación de los procesos generales en el desarrollo mercantil y capitalista, siguiendo al mismo tiempo sus efectos sobre las micropoblaciones que son el tema de estudio de los etnohistoriadores y antropólogos. Mi punto de vista sobre estos procesos y sus efectos es histórico, pero en el sentido de historia como una exposición analítica del desarrollo de las relaciones materiales, que se mueven simultáneamente en el nivel del sistema general circundante y en el micro-nivel. Por consiguiente, primero estudio el mundo en 1400, antes de que Europa dominara al mundo. Luego me ocupo de algunos elementos teóricos que nos permitirán captar las características determinantes del capitalismo y de los modos que lo precedieron. En seguida me ocupo de la evolución de la expansión mercantil europea y de las partes que cupieron a diversas naciones europeas en la ampliación de su poderío por el globo. Este estudio de los efectos mundiales de la expansión europea nos lleva a estudiar la búsqueda de la plata americana, el tráfico de pieles y de esclavos y la búsqueda de nuevas fuentes de riqueza en Asia. Entonces sigo la transición al capitalismo en el curso de la Revolución industrial, examino su repercusión sobre las regiones del mundo que proporcionan recursos a los centros industriales, y esbozo la formación de las clases trabajadoras y sus migraciones en y entre continentes. En esta exposición, tanto la gente que dice que la historia le pertenece como la gente a quien se le ha negado la historia afloran como participantes en la misma trayectoria histórica.

II. EL MUNDO EN 1400

EN EL año de 1271 los comerciantes venecianos Nicolo y Maffeo Polo, junto con Marco, hijo de Nicolo, partieron de la ribera oriental del Mediterráneo y cruzaron Irán hasta llegar a Ormuz sobre el Golfo Pérsico. De ahí pusieron rumbo al noreste hasta llegar a Kashgar, en donde tomaron el viejo Camino de la Seda que los llevó a Pekín. Después de viajar extensamente por China y el sur de Asia, los Polo regresaron por mar a Europa, llegando a Venecia en 1295. Unos cuarenta años después, Ibn Batuta, funcionario investigador de Marruecos, emprendió la peregrinación a La Meca, siguió por Irán, Anatolia y la Crimea hasta llegar a Constantinopla, de donde partió con rumbo al Asia central y la India. Pasó varios años desempeñando cargos gubernamentales en Delhi y las Islas Maldivas. Luego visitó el sur de China y Sumatra, y llegó a su hogar en Marruecos en 1349. Tres años después, en compañía de comerciantes marroquíes cruzó el Sahara y llegó al reino de Malí en el Sudán occidental para regresar a Fez a dictar a un amanuense el relato de sus viajes. Entre 1405 y 1433 el almirante chino Cheng-ho viajó siete veces por mar al sur de Asia y llegó hasta el Mar Rojo y la costa oriental de África. En 1492 un capitán genovés al servicio de la reina de Aragón tuvo su primer vislumbre del Nuevo Mundo en donde vio las Bahamas y pensó que había llegado a Japón.

Estos viajes no fueron aventuras aisladas sino manifestaciones de fuerzas que iban atrayendo a los continentes hacia relaciones más amplias y que no tardarían en convertir al mundo en un escenario unificado de actividades humanas. Para entender cabalmente lo que el mundo llegaría a ser, debemos primero saber lo que fue. En consecuencia seguiré a un viajero imaginario en ese año de 1400 y describiré el mundo que pudo haber visto.

En este empeño de antropología universal no me limitaré a presentar tribus distintas, regiones culturales y civilizaciones, sino que delinearé además las redes entrelazadoras de la interacción humana que se extendían a través de cada uno de los dos hemisferios todavía separados, el "Viejo Mundo" de Europa, Asia y África, y el "Nuevo Mundo" de las Américas. Estas redes crecieron y se propagaron en el tiempo y en el espacio. Describirlas y seguir su crecimiento y propagación, significa también remontar los itinerarios históricos de poblaciones que la historia escrita desde un punto de vista occidental ha tendido a pasar por alto o a caricaturizar. Como los "contemporáneos primitivos" del antropólogo, han sido tratadas como pueblos sin historia propia.

Estas amplias vinculaciones entre poblaciones, anteriores a la expansión europea, fueron resultado de procesos materiales identificables. Uno de estos procesos fue la creación de sistemas militares y políticos hegemónicos y pugnaces. En cada uno de los dos hemisferios ocurrió en forma separada el surgimiento de imperios que atrajeron hacia sí los sobrantes producidos por grupos variados y múltiples. Un segundo proceso en marcha fue el crecimiento del comercio a larga distancia, que por doquier conectó zonas de abastecimiento con centros de demanda concentrada, y que abrió papeles especializados para los pueblos que estaban junto a las rutas del comercio. A su vez, la edificación de imperios y el comercio crearon amplias rejillas de comunicaciones que unieron a poblaciones diferentes sometidas a las ideologías religiosas o políticas dominantes. En conjunto estos procesos conformaron el mundo que poco tiempo después Europa reorganizaría para satisfacer exigencias suyas.

GEOGRAFÍA POLÍTICA DEL VIEJO MUNDO

Para entender este mundo del 1400, debemos empezar con la geografía. Un mapa del Viejo Mundo revela ciertas constantes físicas, una de las cuales es la gran cadena de montañas que corre en dirección este-oeste cruzando la masa de tierra euroasiática. Elevándose desde las abruptas serranías del sur y del occidente de China, la cadena asciende a las alturas del Kunlun, los Himalayas y el Pamir, "el techo del mundo", y llega a la Cordillera Elburz y luego al Cáucaso, a los montes Cárpatos, los Alpes, para terminar en los Pirineos. En ocasiones estas montañas retardaron el contacto entre el norte y el sur; otras veces, gargantas en las cadenas alentaron ataques y movimientos de poblaciones. En el norte de China, los Han tuvieron que construir su gran muralla para mantener fuera a los mongoles y a los turcomanos, y dentro a los chinos. En Turquestán los caminos que iban hacia el sur penetraban en Irán y la India. En el Oeste, los invasores, cruzando el Valle del Danubio, llegaban al corazón mismo de Europa.

Cualquier mapa impreso en las guardas de un libro nos muestra una segunda constante, la distribución de las grandes zonas climáticas, que favorecieron diferentes vegetaciones naturales y, por consiguiente diferentes tipos de habitación humana. Este mapa nos muestra de inmediato una gran faja de terreno seco que se extiende al este y al oeste, del Sahara y los desiertos de Arabia, por la llanura de Irán, y que llega hasta Turquestán y Mongolia. Es la región de los pueblos pastores, que llevan sus rebaños por los pastos disponibles a lo largo de los linderos de los desiertos y de las

estepas. Ahí el cultivo sólo es posible alrededor de las fuentes permanentes de agua de los oasis. Al sur de esta zona seca de desiertos y estepas se hallan el bosque y la sabana tropicales y subtropicales, cargadas de humedad, que suelen ser muy apropiadas para el cultivo, como ocurre en el occidente de África, la Llanura Gangeática, las penínsulas e islas del sudeste de Asia y el sur de China. Al norte de la zona árida se extienden los bosques. Al oeste de los Montes Urales, la región boscosa es lluviosa y cuenta con una larga temporada de cultivo; por ello, al desmontarla constituye un buen terreno agrícola. Al este de los Urales, el bosque es más seco y más frío; se vuelve la taiga, que es un bosque de coníferas de tiempo frío, que junto con la tundra circumpolar, sin árboles y cubierta de líquenes, es una faja que constituye el hábitat predilecto de los cazadores del bosque. Ahí se aventuran muy raramente los agricultores, en tanto que los pastores hallan difícil mantener con vida a sus animales.

Al comparar la distribución de la tierra agrícola cultivable y mejorable con la del desierto y la estepa, surge en seguida un contraste significativo. La distribución de la faja seca es continua; la de la tierra cultivable es salteada y forma islotes. El corredor pastoral facilitó movimientos centrífugos; las zonas arables distribuidas en porciones distribuyeron de manera centrípeta a la gente hacia los terrenos de su aldea. Esta dicotomía entre estepa y siembra conformó una parte considerable del curso de la actividad humana en el Viejo Mundo; a veces dividió a los pastores de los aldeanos, y a veces indujo su interacción.

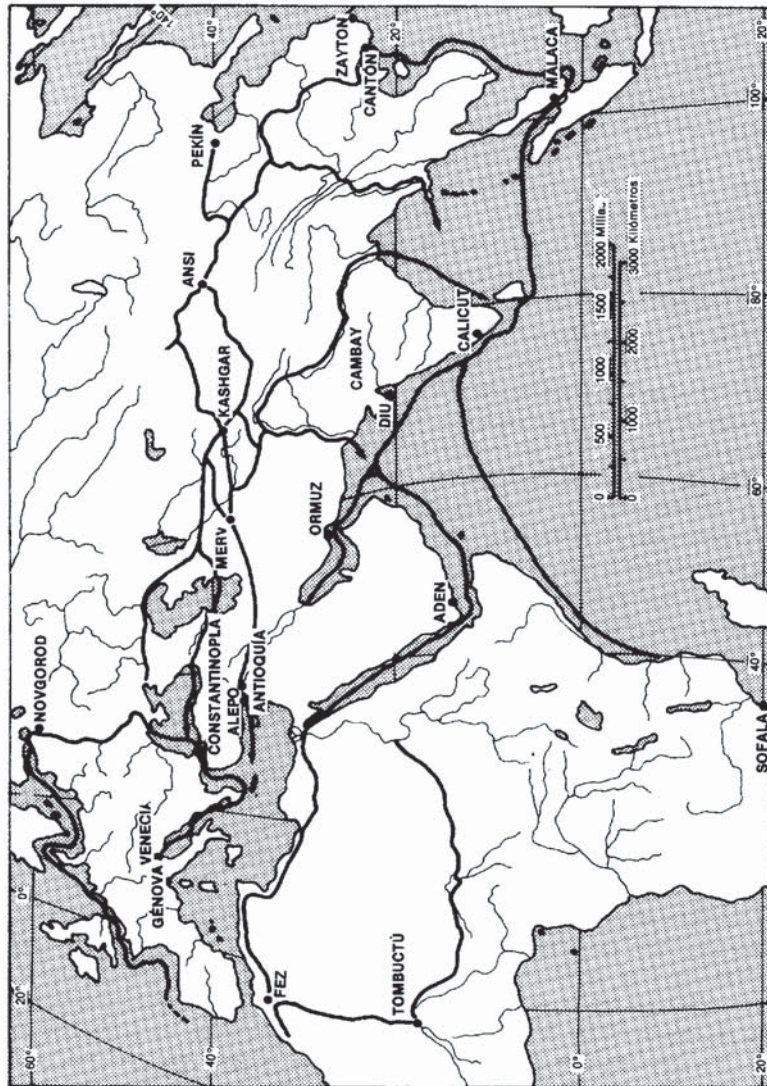
En la porción noroccidental de África la zona de cultivo está circunscrita principalmente a la vertiente mediterránea al norte del Atlas, en tanto que al sur y al oriente está limitada por estepas y desiertos. En el Valle Sus y en el Rharb de Marruecos, en las llanuras de Shelif y Mitidja en Argelia y en la llanura Medjerda de Túnez se cultiva el trigo, que fue importante para sostener a las cortes y élites locales. Al este de Túnez se encuentra el oasis de Trípoli y más allá está Egipto, el gran oasis formado por el Nilo. Sus granos alimentaron a Roma durante los días del Imperio romano, y de ahí en adelante desempeñó la misma función para Bizancio, para los árabes de Damasco, y después de 1453 para los otomanos. Bizancio y el Imperio otomano dependieron cada vez más de las tierras del bajo Danubio y de los litorales del Mar Negro en cuanto a su abasto de granos. (Véase mapa en la guarda final del libro.)

Pequeños islotes de cultivo se abrieron en las laderas escalonadas de Palestina; hubo también grandes oasis agrícolas en Antioquía y Damasco. La estepa siria, cultivada en tiempo de los romanos y nuevamente en el siglo xx, ecológicamente es marginal y durante mucho tiempo estuvo abandonada a la ocupación de los nómadas pastores. En Anatolia la

agricultura es posible a lo largo de las playas del Mediterráneo y del Mar Negro y en algunas parcelas de la meseta montañosa, pero el resto es estepa y hacia el sureste reaparece el desierto. Irak, la tierra entre el Tigris y el Éufrates, fue enormemente productiva en otro tiempo. Sus sobrantes de producción, debidos en parte a obras hidráulicas, fueron la base de diversos Estados desde los tiempos acadianos; la construcción de obras hidráulicas de toda especie llegó ahí a su máximo bajo la dinastía sasánida de Irán (226-637 d.c.). Pero con la conquista islámica y el concomitante crecimiento de Bagdad, que llegó a ser una capital de más de 300 000 habitantes, la riqueza agrícola y los recursos humanos se sacrificaron cada vez más a la ciudad, lo cual a su vez llevó a una disminución en el rendimiento agrícola y a una reducción constante en el monto del tributo obtenido (Adams, 1965: 84 ss.). Un golpe final a la productividad fue la invasión de los mongoles a mediados del siglo xiii pues el khan mongol Hulägu destruyó las obras de riego del valle inferior.

Más allá de la cadena montañosa de Zagros se encuentra la meseta iraní, que en su mayor parte es desierto y estepa, aunque hay cultivos en puntos aislados a lo largo de una faja de abanicos aluviales que se extienden alrededor del borde interno de la cadena montañosa. A veces se ha llevado el cultivo a la región más seca por medio de túneles subterráneos (*qanats*), que por gravedad llevan agua a lo largo de la capa freática a campos lejanos. La aridez y el desierto restringen el cultivo en Afganistán y Baluchistán, situados al oriente.

A pesar del predominio de desiertos y estepas hostiles en toda esta región, una cadena de oasis urbanizados basados en la agricultura de riego proporcionaba paradas de descanso y estaciones de abastecimiento a las caravanas que iban al este o al oeste. La más importante ruta de estas caravanas fue el Camino de la Seda, que empezaba en Antioquía en el norte de Siria, cruzaba Rai (cerca de Teherán), luego atravesaba Meru y Balj (Bactras) y llegaba a Kashgar. Ahí se bifurcaba y tomaba la dirección norte o sur del Desierto de Taklamakan (sur de Gobi). La senda septentrional llevaba a Kucha y Karashahr, y la meridional a Yarkand y Khotan. Ambas sendas volvían a juntarse en Tunhwang en el Kan-su chino, desde donde se internaban en China. Kashgar, que Marco Polo ensalzó por sus jardines y viñedos, era un centro importante de comercio de larga distancia, habitado, según palabras de Marco Polo, por gente "que viaja y comercia en todo el mundo". De Kashgar salía otro camino hacia el norte, hacia Samarcanda, y de ahí seguía a Sarai en el bajo Volga, desde donde era fácil llegar a los mares de Azof y Negro. A todo lo largo de la escarpa septentrional de la gran cadena eurasiática de montañas había también bolsones de tierra arable que podía cultivarse si se mantenía alejados a los



El Viejo Mundo en 1400: principales rutas de comercio

pastores que consumían tanta agua y pastos. Así pues, una cadena de regiones cultivadas muy separadas entre sí formaba un gran arco que partiendo de los Montes Atlas de Marruecos llegaba a Kan-su, en las puertas mismas de China. Las regiones agrícolas estaban conectadas por rutas de tráfico y comercio. Esta gran cadena se unificó, política y religiosamente, sólo una vez en la historia, cuando los ejércitos del Islam se abrieron en abanico al este y al oeste partiendo de la Península Arábiga en el curso de los siglos VII y VIII de nuestra era. Después, se rompieron los eslabones de la cadena y nunca más volvieron a unirse. La separación política se exacerbó aún más a causa del sectarismo religioso, pues cada clase de segmentación reforzaba a las demás.

Una segmentación aún mayor debilitó muchos de los eslabones de la larga cadena. Regiones agrícolas separadas dieron lugar a entidades políticas separadas, que internamente estaban limitadas por los recursos a su alcance, y también expuestas a las incursiones y saqueos provenientes de más allá de sus fronteras desguarnecidas. A esta estructura geopolítica tan suelta, la mantuvieron unidas conexiones de comercio y de fe religiosa, que trascendieron las limitaciones de cada componente aislado y que pudieron en ocasiones sumar recursos en una escala más amplia; sin embargo, como carecían de una fuerza política unificada que las defendiera, estas asociaciones estuvieron expuestas a constantes interferencias y rupturas.

Al norte de la cadena euroasiática de montañas estaba la estepa, amplio corredor que partía de la estepa de Mongolia en el este, cruzaba las estepas Kirghiz y rusa y llegaba a la estepa húngara en el corazón de Europa central. Éstas fueron las rutas predilectas de los nómadas pastores. La conversión de la pradera del sur de Rusia en tierra de cultivo permanente tuvo que esperar la derrota de los pastores y sus khanes por los rusos en el siglo XVII.

Más allá de la pradera rusa, hacia el oeste, se encuentra la península europea que es una zona de bosques templados que se pueden desmontar y cultivar. Sin embargo, el desarrollo de esta península más allá del Mediterráneo romano, fue muy lento. Rodeada casi por completo de agua —el Mar Báltico, el Mar del Norte, el Atlántico y el Mediterráneo—, esta vecindad del agua podría convertirse en una gran ventaja pero sólo si los litorales se defendían contra merodeadores provenientes del norte y del sur. Esta tarea no se pudo realizar por completo sino hasta el siglo IX de nuestra era. Al mismo tiempo el despejo de los bosques europeos tardó milenios. No fue sino hasta el año 1000 cuando el equilibrio entre bosques y tierra de cultivo se inclinó en favor de los labriegos. Entonces se desarrolló el cultivo seguro en tierras apropiadas defendibles militarmente, situadas entre el bosque y el mar, con frecuencia donde algún río importante proporcio-

naba una salida al mar. Regiones así favorecidas y de alta productividad fueron los Países Bajos, la cuenca del Sena, los escurrimientos del Rin medio, el Valle del Támesis en Inglaterra, el Valle del Tajo en Portugal, y el Valle del Po en Italia. Los excedentes agrícolas de estas regiones alimentaron el crecimiento del poder político, y eso las convirtió en bases estratégicas de abastecimiento de Estados en desarrollo.

En el extremo oriental del Camino de la Seda, en Kan-su, la ruta transcurasiática penetraba en China, que era un mundo político-económico muy diferente del de Europa e Islam. Europa estaba circunscrita a los bordes externos de una península; las regiones de su centro geopolítico se iban consolidando a lo largo del perímetro de la tierra. El mundo islámico se extendía longitudinalmente a través de la espina dorsal eurasiática, y se ramificaba al oeste y al este en el interior de África. En cambio China se desarrolló como una unidad compacta, enorme en comparación con las entidades políticas de Occidente. Este desarrollo fue muy gradual. La constitución del Estado quedó asegurada inicialmente por la expansión agrícola en el norte, en las regiones de los ríos Ching y Wei en Shansi, en el río Fen en Shansi y en el valle inferior del río Amarillo. La principal cosecha de esta región fue el trigo, aunque a partir del año 700 de nuestra era el trigo fue cobrando importancia. Este antiguo centro político de gravedad entró en relaciones con el Valle del Yang-Tse, y las dos regiones se conectaron mediante grandes canales a principio del siglo VII. Poco después se desarrolló al sur del Yang-Tse una tercera área clave. En el siglo III de nuestra era empezó una migración de chinos étnicos (Han) hacia los fértiles deltas y cuencas de esta región; y en los siglos VII y VIII se aceleró muchísimo merced al apoyo de una tecnología más avanzada para el cultivo del arroz, basada en el empleo de utensilios, semillas y técnicas de riego mejores.

En el delta del río Mekong surgió desde el siglo I de nuestra era una estructura gubernamental basada más o menos en modelos chinos e indios sostenida por el cultivo del arroz mediante riego. La constitución de centros hidráulicos en regiones e islas adyacentes durante el primer milenio de nuestra era, se apegó primordialmente a prototipos indios. Figuraron entre ellos el reino khmer de Angkor y varios reinos de Ceilán y Java. En la India propiamente dicha, una región central anterior situada a lo largo del río Indo, sostuvo en un tiempo los sistemas gubernamentales de Mohenjo-Daro y Harappa, que fueron destruidos en 1200 a.c., probablemente por invasores indoeuropeos. Después de esto el seco Valle del Indo nunca recobró su anterior papel clave, excepto como región por donde ocurrieron incursiones provenientes del Asia central. Cuando con posterioridad se formaron Estados, se originaron en el Valle del Ganges, espe-

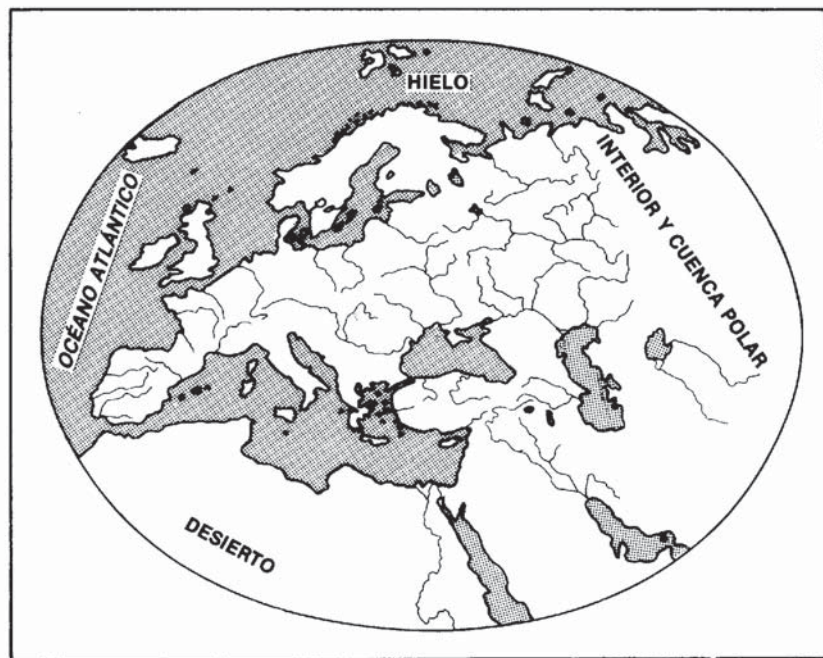
cialmente en las regiones de Bihar y Bengala. Ahí, el arroz era la cosecha principal, que se cultivaba con riego suplementario cuando la precipitación anual era de sólo 100 a 200 cm, y cuando las lluvias eran muy copiosas (más de 200 cm) defendían sus cultivos con represas y diques.

El avance de la agricultura de riego en el este y sur de Asia desplazó a las poblaciones que empleaban sistemas de cultivo menos intensivos. En la India, los cultivadores intensivos hacían presión contra las tribus que practicaban la agricultura de tumba-roza-y-quema, como eran los mundas y los oraones de Bihar. En China el pueblo han asumió su identidad histórica conforme se desarrollaba su economía política basada en el riego, cosa que ocurrió después del 700 a.c. Al sur de ellos estaban los "bárbaros" no-hanes que hablaban mong (miao), yu mien (yao) y tai. Conforme los hanes avanzaban por el río Yang-Tse hacia territorio "bárbaro", incorporaban algunos grupos que tenían similitudes agrícolas y políticas con ellos, al mismo tiempo que rechazaban a los cultivadores de tumba-roza-y-quema a regiones más montañosas o inhóspitas. En otras partes los cultivadores migratorios se retiraban para proteger sus sociedades fundadas en la familia, de las presiones debidas a exacciones políticas y económicas. El resultado de esto fue que las poblaciones restantes de minorías no-hanes han existido en las montañas del suroeste de China y en las vecinas Birmania, Tailandia, Laos y Vietnam desde los siglos XII y XIII. Estos mismos procesos se repitieron en menor escala en las tierras bajas cuando se desarrollaron núcleos de agricultura de riego, en tanto que los habitantes de las colinas recurrían al cultivo de tumba-roza-y-quema en las inaccesibles y montañosas tierras del interior.

Comercio

En su marcha en el año 1400 por las colinas y fortalezas del Viejo Mundo, nuestro imaginario observador habrá seguido los pasos de innumerables comerciantes que por milenios se habían esforzado por construir redes comerciales extensas entre regiones muy separadas. Evidentemente la distribución saltada de regiones agrícolas dio particular importancia a las rutas de conexión, fueran de mar o de tierra. Estas rutas, cortas o largas, exigían servicio y defensa contra ataques. Al mismo tiempo, cualquier grupo que lograra controlar un gran eslabón conector podría beneficiarse de la red de transporte, o también cortar las conexiones, lo cual acentuaría la compartimentación de las tierras cultivables. Es decir, la historia del Viejo Mundo podría escribirse no sólo en términos de regiones agrícolas y estratégicas, sino también de los vínculos entre ellas.

Una de las grandes ventajas de la península europea de Eurasia era su proximidad a las rutas marítimas que la rodeaban, desde el Golfo de Finlandia y el Mar Báltico al Mediterráneo oriental. Desde la parte más septentrional de esta red marítima la gente podía viajar por el Volga, y, a semejanza de los vikingos, llegar por barco hasta el Caspio. Sin embargo, esta ruta fue interrumpida por nómadas de las estepas y no se abrió nuevamente sino hasta mediados del siglo xvi. Desde los puertos del Mediterráneo oriental, el Camino de la Seda llevaba a Kashgar y de ahí al interior de China. Una segunda ruta que partía del Mediterráneo llevaba de Alepo hasta el Golfo Pérsico, y de ahí por barco a la India y al Asia sudoriental. Una tercera ruta significaba cruzar el Istmo de Suez y luego usar transporte marítimo para cruzar el Mar Rojo y el Golfo de Adén, para llegar al oriente de África, a la India y más allá. Del litoral meridional del Mediterráneo, caravanas de camellos (los "barcos del desierto") cruzaban el Sahara para convergir en las ciudades de Gao y



La península europea: su cercanía a las vías de agua

Tombuctú, sobre la comba del río Níger. De ahí, el transporte fluvial y caravanas de burros llevaban las mercancías hasta lo más profundo del África occidental. Por su parte, el sudeste de Asia era cruzado por innumerables rutas de incursiones y de comercio, desde Malaya hasta las Filipinas y Japón. La existencia de estas rutas nos hace recordar que los intercambios y trucques de larga distancia tienen raigambres antiguas. Desde hace mucho los mercaderes han transportado mercancías de regiones con excedente de producción a otras deficitarias, y obtenido así una utilidad por sus servicios. Puesto que los elementos de transporte eran limitados, ya que las cargas debían ser transportadas por tierra por portadores humanos y por animales, y por mar en bodegas de barcos de muy poco tonelaje, este comercio tendía a centrarse forzosamente en mercancías de lujo, es decir, en mercancías que daban una gran utilidad por unidad vendida. En la medida en que el comercio de mercancías de lujo predominó, las operaciones comerciales tendieron a moverse en dos esferas diferentes. Una fue la del comercio y del intercambio local en que las mercancías de uso diario se movían entre aldeas y poblaciones situadas en regiones restringidas; la otra fue la del comercio de larga distancia en mercancías caras producidas para consumo de élites, que servían para resaltar sus posiciones de dominio político y económico.

Nómadas pastores

Al cruzar la faja seca del Viejo Mundo que va de África hasta los más remotos confines de Asia, los comerciantes y otros viajeros entraban en el hábitat de poblaciones especializadas en su uso: los nómadas pastores, que no nada más eran pastores sino que habitaban a ambos lados de las rutas que conectaban oasis con oasis, regiones centrales con regiones centrales y territorios con territorios. Como contaban con caballería, podían impedir el movimiento entre puntos estratégicos y lanzar ataques en masa contra centros de comercio en oasis y poblaciones. Hoy día, las tornas han cambiado contra los pastores, pues cada vez pierden elementos para hacer la guerra en su provecho. Sin embargo, antes de que los europeos abrieran la ruta marítima a Oriente, los pastores desempeñaron un papel importante en el comercio transcontinental de las caravanas, pues exigían tributo a cambio de promesas de salvoconducto. Este poder de fijar tales "rentas de protección", según frase de F. C. Lane, significaba un buen ingreso. Niels Steensgard ha calculado que el Levante sufrió una pérdida de entre tres y cuatro millones de piastras debido a la apertura de la ruta alrededor del Cabo de Buena Esperanza que estableció una ruta comercial directa entre Europa y Asia (1973: 175).

Pero en 1400 el comercio de las caravanas estaba todavía en su apogeo, como también lo estaban los nómadas pastores que lo patrullaban. Esto no quiere decir que los pastores pudieran sobrevivir independientemente de la región en que estaban establecidos. Aunque su especialidad era la cría de ganado, que los obligaba a moverse con sus rebaños en busca de pastos y agua, lo común era que dependieran de los cultivadores para hacerse de grano y de productos artesanales. De este modo fue como pastores y cultivadores se vincularon mediante trueques necesarios para ambos. Los términos de estos trueques dependían de la distribución del poder entre las poblaciones respectivas. Cuando los nómadas pastores contaban con caballos, solían tener a su favor las ventajas que dan la sorpresa, la movilidad y el impacto superior con respecto a la población sedentaria. Como los pastores estaban organizados en cuadros segmentados y lineales, eso les daba una ventaja estratégica adicional. Los cuadros que ordinariamente operaban por cuenta propia podían amalgamarse mediante llamamientos a un linaje común.

Con esto no queremos significar que los pastores hayan estado siempre dispuestos a atacar las poblaciones sedentarias; había muchos tipos de pastores que vivían en pacífica simbiosis con poblados sedentarios. Había también muchas poblaciones pastorales que cultivaban algo en el curso de su ciclo migratorio anual o que delegaban tareas de cultivo permanente en subgrupos de su federación. Había muchos factores que afectaban los grados de intercambio entre productos pastorales y agrícolas; ciertos cambios obligaban a los pastores a abandonar la ganadería en favor del cultivo, en tanto que otros orillaban a los cultivadores a abandonar sus campos y a entregarse plenamente a la ganadería. La pregunta que debe uno formularse y que no tiene una respuesta fácil se refiere a las condiciones precisas bajo las cuales los nómadas pastores escogían la opción de la guerra abierta en vez de valerse de estrategias de acomodamiento o simbiosis.

Nuestro observador del año 1400 habría visto indudablemente a nuestros pastores nómadas como "azotes de Dios". Durante una buena parte de un periodo de 400 años lanzaron un ataque tras otro contra los centros de cultivo; no están del todo claras las razones de esto. Owen Lattimore ha remontado la fuente de los movimientos en la historia de la estepa y eso lo ha llevado a aquellas zonas limítrofes en que cultivadores y nómadas compiten por tierras que pueden ser de cultivo y de pastoreo (1951). Estas regiones eran también fajas de convulsiones políticas, en las cuales los que gobernaban a los cultivadores tenían interés en que los nómadas pelearan entre sí; sin embargo, al mismo tiempo los nómadas conocían las debilidades y puntos fuertes de las áreas sedentarias. Fue tan grande la repercusión de los nómadas pastorales, así fueran turcomanos, mongoles, árabes o bereberes,

a lo largo de los cuatro siglos anteriores al periodo estudiado por nuestro observador, que este lapso sobresale entre las fases que lo precedieron o sucedieron.

La aptitud de los nómadas para reunir grandes fuerzas móviles de combate bajo un mando efectivo les sirvió de mucho en tiempos de guerra pero les creó problemas en tiempos de paz. Les resultó difícil administrar ininterrumpidamente las poblaciones conquistadas sin perder eficacia combativa. Se dice que Ch'u-ts'ai, *khitan* de origen chino, dijo a Ogö dai, sucesor de Gengis Kan, que "El imperio fue creado a caballo, pero no puede ser gobernado a caballo" (Grousset, 1970: 257). Por consiguiente, para consolidar sus ganancias los conquistadores pastores solían adoptar los modelos administrativos de los pueblos que habían vencido. En la práctica esto significó que los nómadas de la estepa occidental siguieran prototipos islámicos, en tanto que los de la estepa oriental y del desierto se apegaran a modelos han chinos. Esta etapa tuvo sus consecuencias. Concentrarse en las habilidades necesarias para una buena administración tendió a debilitar las habilidades que apoyaban los logros militares. Al mismo tiempo, mejorar la base impositiva sobre la cual descansaba el esplendor de la corte, invitaba a los rivales —todavía nómadas— a desafiar a los conquistadores (Lattimore, 1951: 76-77). El resultado fue un constante *quitate-tú-ponerme-yo* de las élites gobernantes, acompañado con frecuencia por depreciaciones violentas y por destrucción de las presas ganadas en la guerra, entre las cuales figuraba la población productora de excedentes y de la base tecnológica de la cual dependía su producción.

Los pastores no nada más interactuaron con zonas de cultivo intensivo, sino también entre sus propios grupos. Invadieron tierras de otros grupos y disputaron el control de puntos vitales del comercio. Según Frederick Teggart (1939), cada derrota sufrida a los pies de la gran muralla china rebotaba a los pastores contra otras poblaciones igualmente pastorales y que esta presión se transmitía hasta que los invasores migratorios eran obligados a estrellarse contra las fuerzas romanas en Occidente. Aunque es muy probable que la descripción de Teggart exagere la sincronización de los procesos, es innegable que el movimiento continuo de pastores a lo largo de la faja seca (de idioma mongol y turcomano en el norte y árabe en el sur) convirtió a este corredor en una región de gran interacción, así como en escenario de conflictos.

EL CERCANO ORIENTE Y ÁFRICA

Turcomanos

En 1400 nuestro viajero encontraría grandes poblaciones pastorales en movimiento a lo largo de la senda del antiguo Camino de la Seda. Al este de Kashgar, dichas poblaciones hablarían principalmente lenguas mongólicas, y al oeste hablarían más bien idiomas turcos. A partir del año 1000, los que hablaban idiomas turcos tuvieron crecientes contactos con habitantes de ciudades y con cultivadores, principalmente en el lindero norte de Irán y en la adyacente faja de estepa. Allí, tanto la agricultura como el poderío de la clase campesina se desvaneció conforme los guerreros de la estepa ganaban ascendencia. Convirtiéndose al Islam sunnita y fusionando su ideología bélica con el papel del *ghazi* que peleaba en la frontera por la fe, los turcomanos pudieron recapturar buena parte de las energías ideológicas del Islam antiguo y expansionista. A partir del siglo XI, los turcomanos fueron sustituyendo a otros pueblos como mercenarios y como enlaces militares al servicio de los gobernantes del Cercano Oriente. Y en dos territorios —en la Anatolia central y en el noroeste de la India— consolidaron su gobierno en el siglo XI, en tanto que a mediados del XIII una élite de siervos militares (mamelucos) turcos y circasianos sustituyó en Siria y Egipto a un grupo gobernante de ascendencia kurda.

En el curso de los siglos XIII y XIV, la mayor parte de los grupos turcos fueron barridos por las conquistas de Gengis Kan y sus mongoles; inicialmente se unieron a los mongoles y luego se aprovecharon de sus retiradas. Por ejemplo, en Irán, una dinastía de turcos seljúcidas cayó ante la carnicería mongólica a lo largo del primer tercio del siglo XIII; sin embargo, cien años después se reabrió la rivalidad entre mongoles y turcos. Esta contienda la ganaría inicialmente un turcomano de Transoxiana, el terrible Timur (Tamerlán). En 1400 sus dominios se extendían desde el Mar Negro a las puertas de Kashgar, pero se empezaban a desmoronar casi desde 1405, el año de su muerte. Un siglo después, la importante porción central del Timur en Transoxiana caería bajo la conquista usbeca, realizada por un khan descendiente de Gengis. Luego los líderes religiosos de la orden safawi chiita movilizarían a los turcomanos pastoralistas, derrotarían por el oriente a los usbecos sunnitas y unificarían Irán contra la presión de los turcos otomanos sunnitas que lo amenazaban por el oeste.

Los otomanos eran descendientes de un clan oghuz que tenía tierras de pastoreo alrededor de la ciudad de Meru; los encabezó una élite de turcos seljúcidas que hablaban persa. Con el tiempo llegarían a ser el núcleo

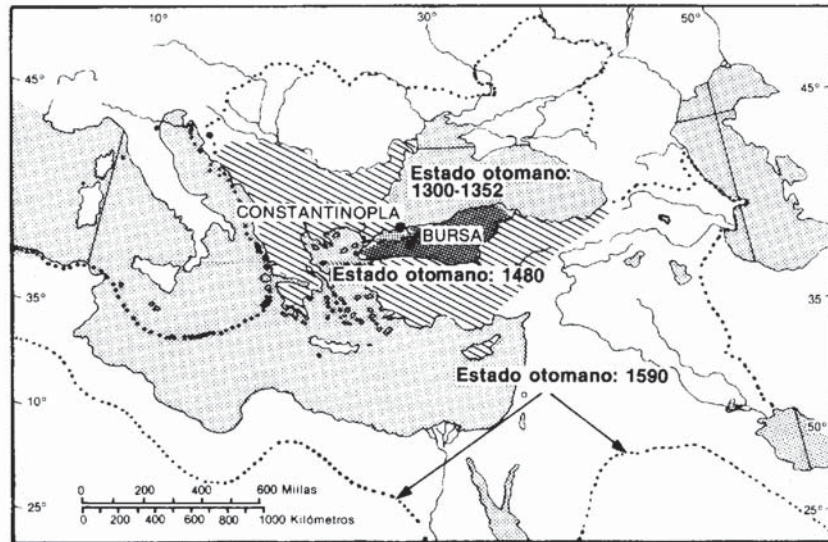
de lo que McNeill ha llamado “un principado fronterizo de filibusteros” (1963: 499). A partir de 1300 incursionaron y saquearon colonias bizantinas partiendo de una base situada en el noroeste de Anatolia; luego, en la segunda mitad del siglo XIV se desbordaron rápidamente por los Balcanes. Hacia 1400 habían reducido a los otrora poderosos bizantinos a enclaves en Constantinopla y Salónica y en el Peloponeso sudoriental; estaban preparando sus ataques finales contra estos blancos cuando Timur los derrotó en Ankara (1402). Los otomanos sobrevivieron a sus rivalidades con Timur, y en el siglo XV reanudaron su expansión: en 1453 conquistaron Constantinopla y fundaron un imperio que duraría hasta el término de la primera Guerra Mundial.

O sea, que nuestro observador habría encontrado a los otomanos justo antes de ser derrotados por Timur. Habría observado el poder de la ideología *ghazi*, que inspiró la expansión otomana contra los infieles bajo el lema de la *jihad*, o guerra santa; pero habría visto poco del sistema que los otomanos construirían para retener y administrar sus conquistas. Este inmenso imperio dominaría a lo largo de tres siglos el Cercano Oriente, bloquearía el acceso europeo directo a Oriente y desviaría la expansión europea hacia Occidente, hacia las Américas, y a las rutas marítimas las haría dar vuelta por el Cabo de Buena Esperanza. Vale la pena, pues, estudiar brevemente la estructura imperial que se presentaría.

La política otomana se centró en el sultán, con su corte imperial compuesta por sus siervos o esclavos militares, los famosos *jenizaros*. Por lo común, estos esclavos se reclutaban entre no mahometanos, entre cautivos de guerra o entre niños recibidos en pago de tributos impuestos a poblaciones conquistadas. Criados en la lealtad al sultán, sólo a él debían vasallaje, no a ningún otro grupo afín que se entrometiera en la maquinaria del Estado.

Por medio de este sistema, los otomanos buscaron resolver los problemas de divisibilidad y competencia que eran propios de la segmentada organización social de los nómadas pastores. (Esta pauta no fue original de los otomanos. Fue conocida desde el siglo VIII entre los califas abasidas de Bagdad, que reclutaron mayormente turcos de las estepas vecinas, y entre los califas omeyas de Córdoba, España, que prefirieron a los esclavos.)

Los siervos militares eran destinados a gobernar las provincias y a acopiar sus excedentes, con los que se alimentaba al ejército otomano y se garantizaba el abasto de alimentos de la región central. En recompensa, los siervos militares recibían porciones de los tributos por el resto de sus días (*iq ta*). El título de propiedad de la tierra lo retenía el sultán y jamás lo daba en propiedad, con lo cual se impidió el crecimiento de una forma europea de feudalismo, en cuyo seno organismos emparentados tenían la



Estado otomano: 1300-1352

propiedad hereditaria de la tierra y del trabajo. El Estado otomano también ejerció control sobre los *ulemas*, que eran los maestros islámicos del derecho religioso. A diferencia de la costumbre islámica anterior, organizaron a los *ulemas* dentro de una jerarquía que era responsable ante el Estado y que tenía a su cargo la uniformización del derecho frente a las influencias centrífugas de variantes religiosas locales. Los *ulemas* y los siervos militares constituyeron la clase *askeri*, soldados. A todos los demás se les clasificaba como súbditos (*raeya*), que con sus tributos sostenían al Estado y a su oficialidad.

Sin embargo, la economía otomana se basaba en el uso generalizado del dinero. Los excedentes tributarios, junto con el producto de los campesinos y los productos artesanales de los gremios se vendían en los mercados locales, regionales e interregionales. Esto hacía que tanto la recolección de impuestos como la valoración de los ingresos dependieran de una capa de mercaderes, cuyas actividades eran necesarias al Estado, aunque siempre amenazaban con escapar a su control. A los mercaderes se les autorizaba oficialmente y las ventas en el mercado eran celosamente vigiladas y gravadas por parte de funcionarios estatales. Sin embargo, a fines del si-

glo xvi, el comercio dentro del reino otomano se fue vinculando cada vez más estrechamente al comercio con Venecia, Génova y Florencia y con los emporios comerciales situados en las riberas del Mar Negro. Gran parte de este comercio era de contrabando y, ciertamente, el "contrabando fue dominante" (Islamoglu y Keyder, 1977: 41). Al mismo tiempo, el Estado, que iba perdiendo su capacidad para cobrar impuestos, iba sustituyendo la remuneración a sus funcionarios con impuestos a la agricultura. El agricultor contribuyente proporcionó ingresos al Estado a cambio de los derechos para cobrar localmente tributos e impuestos y para disponer de ellos. Este eclipsamiento del poder del Estado llevó, a su vez, al surgimiento de una clase de nobles locales, los *ayanes*, cuyo poder local e influencia comercial aumentaba a medida que se desvanecía el poder palaciego y de sus representantes.

El norte y el occidente de África

Más hacia occidente, en el norte de África, las poblaciones nómadas desempeñaron también un papel estratégico en ese año de 1400. En esta región, cada ciudad o emporio de caravanas se alzaba dentro de un anillo de campos circundantes y de bosques de palmeras separados uno de otro por desierto o estepa. Las ciudades estaban ligadas por rutas de comercio muy amplias, pero sus caravanas tenían que recorrerlas, aun aquellas porciones que cruzaban territorios hostiles en poder de nómadas y seminómadas que buscaban la satisfacción de sus propios intereses.

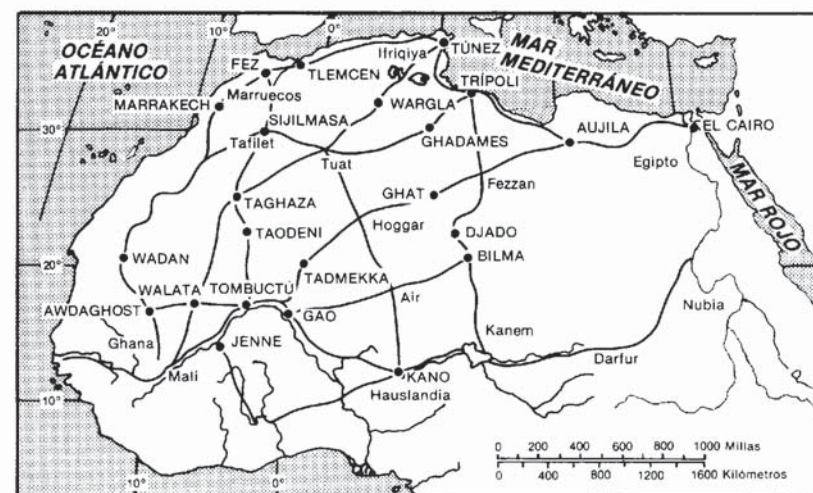
Si bien es verdad que la geografía y la pauta de colonización de esta región hacen pensar en fuertes contrastes entre la estepa y los terrenos sembrados, y entre ciudades y sus territorios rurales, lo cierto es que las sociedades musulmanas del norte de África salvaron estas brechas por medio de vínculos de "solidaridad horizontal" (Laroui, 1976: 35). Las ciudades no constituían unidades aisladas de los campos circundantes, independientes y autogobernadas. En todas las ciudades había barrios que albergaban grupos separados entre sí por distinciones étnicas, religiosas o de ocupación; estos grupos tenían sus contrapartes en poblados y aldeas. Así pues, ciudades, poblados y aldeas formaban entidades "geográficas y ecológicas, y también sociales que incluían territorios y poblaciones que no eran ni exclusivamente urbanas ni exclusivamente rurales, sino una combinación de las dos" (Lapidus, 1969: 73-74). Cada entidad regional estaba dominada por una élite de familias que se habían unido entre sí mediante matrimonios, de terratenientes, mercaderes, funcionarios del Estado, jefes de gremios y los líderes religiosos de mezquitas, escuelas y fundaciones de caridad (*ulemas*). Al mismo tiempo, vínculos de interés común ligaban

a estas élites a través de linderos regionales. El comercio de larga distancia tejió una red de relaciones comerciales entre comunidades de mercaderes y produjo alianzas con los dirigentes de grupos pastoriles relacionados con la protección del tráfico de caravanas. Además, en todo el mundo musulmán se hallaba la élite religiosa de los ulemas vinculando regiones diferentes en su calidad de líderes e intérpretes de la religión y del derecho. Finalmente, los centros estratégicos y los puntos fuertes se hallaban en manos de élites políticas-militares, por lo común compuestas por los soldados esclavos de un sultán de gran fuste, que decretaban impuestos y dictaban normas en caso de conflicto o de avencencia con miembros de las élites regionales.

La preservación del poder en estas colectividades dependía de que el control de la región quedara en manos de la élite y de mantener alianzas eficaces con grupos pastorales capaces de defender las rutas y oasis de las caravanas en el interior del país. Negar el control significaba formar alianzas con segmentos tribales desafectos y buscar la colaboración de comerciantes y artesanos urbanos contrarios. De aquí resultaba un eterno vaivén en el cual los aliados disidentes probaban los límites del control del gobernante hasta que el camino estuviera despejado y lo pudieran derrocar. Después de una toma del poder, el ciclo volvería a comenzar.

Este eterno proceso de edificar y derribar alianzas fue analizado brillantemente en el siglo xiv por el cortesano berberisco Ibn Jaldún, que vio en él una alteración incansante entre la solidaridad de parentesco de los nómadas y la diversificación de intereses propia de la vida sedentaria. El proceso tiene su lógica peculiar, como mostró el propio Ibn Jaldún. Sin embargo, en el norte de África fue también consecuencia de un contexto mayor, el del comercio transahárnico, por una parte, y de relaciones con fuerzas económicas y políticas, por otra, en Iberia e Italia.

El comercio transahárnico con África Occidental fue de importancia estratégica para el África del Norte, el Cercano Oriente, e inclusive para Europa. Atravesando el desierto, las rutas comerciales penetraban en la faja de la sabana transafricana y más allá, a la zona de los bosques tropicales. Las minas de oro de Bambuk y Buré del África Occidental jugaron un papel vital en el abasto de numerario del Viejo Mundo. A fines de la Edad Media esta región proporcionó unos dos tercios del oro que circulaba en la economía del hemisferio (Hopkins, 1973: 82). La región de los bosques dio también un gran número de esclavos al Cercano Oriente. Además, esta zona exportaba telas, marfil, pimienta y nueces de cola (estimulantes muy apreciados en aquellos lugares en que el Islam prohibía el uso del alcohol) y recibía a cambio caballos, bronce, cobre, objetos de vidrio, cuentas, cueros, textiles, ropa hecha y alimentos conservados, proveniente todo ello del África del Norte, y también sal de las



África Occidental: principales rutas de comercio

minas del Sahara. Las rutas comerciales que llegaban a Marruecos y Argelia cruzando el occidente del Sahara estaban de modo muy principal en manos de comerciantes dyulas, cuya lengua era el mandé, que se habían extendido hacia el sur partiendo de Jenne (situada sobre el río Bani, tributario del Níger) y llegando a Begho, el principal punto de recaudación de oro y productos forestales que estaba situado al borde de la zona boscosa. Las rutas de comercio orientales a Túnez y a Libia conectaban con la red comercial de los hausa, que comerciaban hacia el sur, hacia la zona de bosques, partiendo desde la ciudad de Kano en el norte de Nigeria y desde otras poblaciones hausas.

Evidentemente, esta red externa tuvo consecuencias políticas. El control de los puntos de transferencia entre el bosque y la sabana y entre la sabana y el desierto colocaba el poder en manos de quienes pudieran lograr y retener ese control. También resultó crucial para la formación de Estados en el África Occidental la entrecara entre las tres zonas. La más antigua de estas entidades, que data de hacia el año 800 d.c., fue Aukar, que estuvo muy relacionada con centros comerciales de los pastizales septentrionales del alto Níger y del alto Senegal. Dicho Estado, fundado probablemente por Soninke y comúnmente llamado Ghana por el título de su

gobernante, controló el comercio de oro proveniente de los placeres de Bambuk y se valió de su monopolio para obtener de Marruecos mercancías que le eran necesarias por medio de una colonia de mercaderes musulmanes. En el siglo xi el reino cayó en manos de los bereberes de Mauritania, los almorávides, que de ese modo se hicieron del control de su comercio hacia el norte. Luego, en el siglo xiii, una antigua dependencia de Ghana se alzó y se convirtió en la entidad de Kangaba (Malí), dominada por los malinkes. También en este caso el poder se fundó en el control del comercio del oro y en la hegemonía sobre las rutas provenientes de Tombuctú.

En 1400 Kangaba estaba en decadencia; a lo largo de ese siglo, cedería el paso a Songhay, cuya capital era Gao. El comercio de Songhay con el norte se llevaba a cabo por medio de comerciantes musulmanes berberiscos lemtunas, que transportaban mercancías de los oasis al norte. Tiempo después Songhay cayó ante la invasión de marroquíes provenientes del norte. Una nueva formación de Estados ocurría a lo largo de las periferias meridional y oriental del antiguo Songhay. A fines del siglo xvi surgirían por el sur los diversos Estados del Mossi, que controlarían la ruta de Jenne a las tierras boscosas de Asante y a la región de sabanas del bajo Volta. Al oriente, la entidad de Kanem-Bornu, a horcajadas sobre las rutas comerciales a Túnez, Libia y al medio Nilo sería llevada a segundo término por los Estados hausas, cuyos centros eran Katsina y Kano, los dos poblados principales del comercio del este. Partiendo de estos centros, los hausas entraron en contacto con pueblos que hablaban yoruba y con sus vecinos de los bosques del África Occidental.

Lo anterior quiere decir que el África situada al sur del Sahara, no fue la región aislada y atrasada que imaginaron los europeos, sino parte integrante de un macizo de relaciones que conectaban a mineros y cultivadores de bosques con comerciantes de la sabana y del desierto y con mercaderes y comerciantes de la próspera faja del África del Norte. Esta tela de relaciones tenía una urdimbre de oro, "el comercio de oro de los moros", pero un entramado de intercambios en otros productos. El comercio tuvo consecuencias políticas directas. Lo que ocurría en el Benín nigeriano o en el Kano hausa tenía repercusiones en Túnez y Rabat. Cuando los europeos entraron por el litoral al África Occidental, pondrían pie en un país donde ya abundaban poblados y colonias, atrapado en redes de trueque que excedían con mucho a los estrechos enclaves de los emporios europeos del litoral.

Estas repercusiones pueden verse en el extremo norte de las rutas comerciales en Marruecos y Argelia. Aquí se hicieron del poder una élite tras otra; todas ellas dependieron de la interacción con el Sahara y con la zona de bosques. Cada élite sucesiva se anclaba en una confederación

fundada en el parentesco, a la que daba vigor una ideología religiosa. Ya nos referimos a los almorávides que destruyeron Ghana. Fueron miembros de un movimiento religioso que había cobrado fuerza en el siglo xi entre las confederaciones pastorales bereberes del Sahara cuando la base de sus recursos se vio amenazada por beduinos árabes que avanzaban al interior del Sahara mauritano. Desde sus ermitas militares-religiosas (*ribat*, la raíz de su nombre), predicaban la vuelta a un Islam purificado. Una rama de los almorávides marchó al sur, donde se apoderó del oro de Ghana; otra fue al norte y conquistó Marruecos y España. Los almorávides gobernaron Al-Andalus entre 1090 y 1110. En el siglo xii tomaron su lugar los *al-muwihiddin* (cuyo nombre se españolizó como almohades), o unitarios, de la confederación masmuda. A su vez, los almohades fueron sucedidos en el siglo xiii por los *beni marin*, pastoralistas del desierto provenientes del vecino emporio comercial de Sijilmasa, que luego excluyeron del poder a los *sanhajás* y *masmudas* en favor de su propia confederación, los *zanatas*. Posteriormente, los *beni marin* libraron una guerra en dos frentes, una contra los restos del *Al-Muwihiddin* en Túnez, los *hafsidas*, y otra contra una sección de su propia confederación, los *zayanidas* del occidente de Argelia, que les disputaban el control sobre Sijilmasa. Los *hafsidas* y los *zayanidas* comerciaban con el litoral europeo, en especial con Aragón en el oriente de España, con lo cual buscaban contrapesar el poder de los *marin* y compensarse por el empobrecimiento de sus tierras internas por las correrías de los nómadas. En 1492, después de la caída de Granada ante las fuerzas de Castilla, *hafsidas* y *zayanidas* buscaron la protección de los otomanos, la cual les llegó en forma de una flota pirata, haciendo de la piratería la fuente principal de sus ingresos en lo sucesivo (Abun-Nasr, 1971: 167).

En 1400 nuestro viajero habría encontrado que los *beni marin* seguían controlando Marruecos, aunque irían perdiendo apoyo. En el siglo xvi el gobierno pasaría a los líderes de un movimiento religioso que afirmaba descender del profeta Mahoma. El movimiento, que predicaba la guerra santa contra los portugueses, se originó entre los bereberes del Valle de Susa. A fines del siglo xvi, estos *sadianos* tratarían de reconquistar el control del oro del Sudán, para lo cual invadieron y destruyeron Songhay, pero lo único que lograron fue pasar a las caravanas de oriente el comercio del oro que realizaban las caravanas de occidente. A su debido tiempo, y siguiendo los pasos de sus contrapartes de Argelia y Túnez, estos gobernantes de Marruecos recurrirían a la piratería como medio de explotar el movimiento de riquezas por las nuevas vías marítimas abiertas por los europeos.

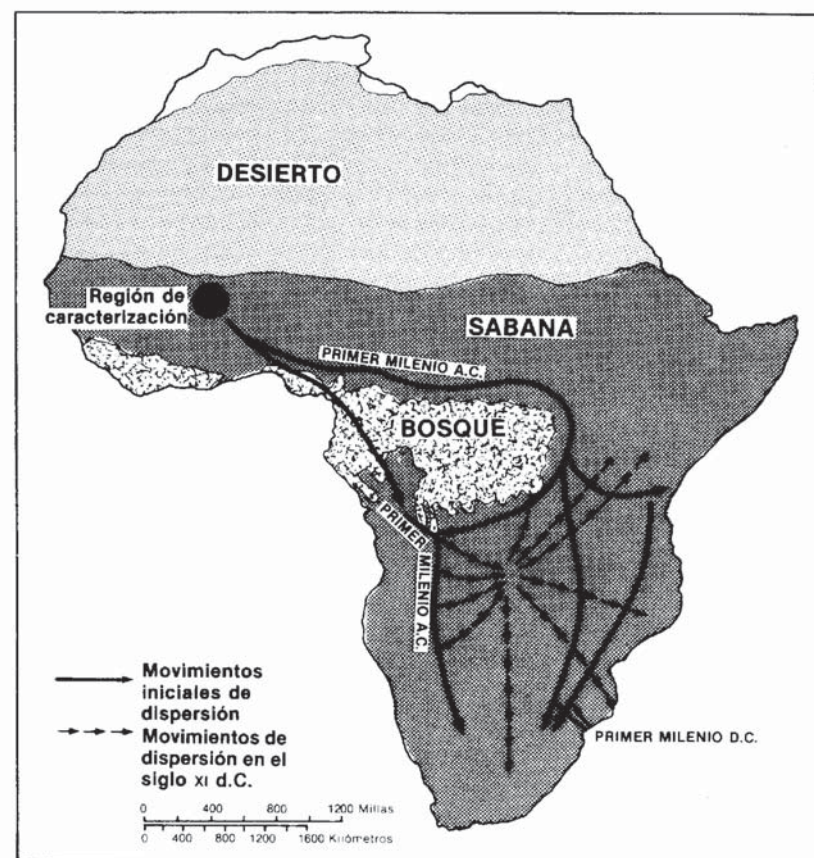
África Oriental

El África Oriental también formó parte de la red de rutas terrestres y marítimas, cuyas consecuencias habrían sido evidentes a nuestro observador de 1400.

Esta región estaba habitada principalmente por poblaciones de habla bantú. Aunque de su historia es muy poco lo que conocemos, los testimonios de que disponemos, que provienen de la arqueología, de la lingüística comparativa y de la etnohistoria, indican que se originaron en los Camerunes centrales, de donde partieron en direcciones diferentes dos corrientes de poblaciones. La primera se movió hacia el oriente, cruzó la faja sudánica y hacia el segundo milenio a.c. se dedicó a la producción de cereales, a la crianza de animales y a trabajar el hierro. Hacia el 1000 a.c. grupos de poblaciones pertenecientes a esta rama oriental se encontraban ya en el Valle del Rift y en las mesetas de Tanzania y el sur de Kenia. Hacia el año 500 a.c. esta corriente se volvió hacia el sur y cruzó la faja de bosque tropical en los alrededores del Lago Victoria. Desde este punto de entrada, poblaciones de cultivadores y pastores de habla bantú tomaron rumbo al sur, hacia el Transvaal, y hacia el suroeste, hasta el centro de Zambia, Zimbabwe (Rodesia), y luego penetraron en Angola. El movimiento hacia el sur cruzando el río Limpopo entró en Transvaal hacia el año 400 a.c.

Una segunda corriente de migraciones llevó a estos hablantes de bantú al sur de los Camerunes; siguiendo rutas costeras y fluviales llegaron a la desembocadura del río Congo. En contraste con las poblaciones ganaderas y forjadoras de hierro del movimiento hacia el oriente, las poblaciones de este segundo movimiento siguieron siendo por largo tiempo labriegos que usaban utensilios de piedra y que cultivaban raíces. A principios de la era cristiana se reunieron las poblaciones de estos dos movimientos, probablemente en el norte de Angola. Hacia el 500 d.c. avanzaban hacia el este, hacia Zambia y el Zaire suroriental; pusieron en marcha algunos de los procesos forjadores de Estados que todavía perduraron en tiempos ya históricos. Su marcha desplazó poblaciones cazadoras y recolectoras; sus predecesores de lengua khoisana fueron empujados al inhóspito sudoeste africano, donde todavía están. Son los khoi-khoi ("hotentotes") criadores de ganado y los san ("bosquimanos") recolectores de comida.

Estos bantúes, cuyo número iba en aumento, establecieron más y más contactos con comerciantes asiáticos y del Cercano Oriente. Desde el siglo x o quizá desde antes hubo en el África Oriental estaciones de comercio de árabes, que exportaban a la India y más allá, esclavos, marfil, hierro, cuernos de rinoceronte, conchas de tortuga, ámbar y pieles de leopardo. Fuentes chinas mencionan esclavos de Zenj (África Negra) desde el siglo vii, y



Las migraciones de los pueblos de habla bantú. (Según Phillipson, 1977; cortesía del autor)

ya en 1119 se decía que la mayoría de los ricos de Cantón tenían esclavos negros (Mathew, 1963: 108). Parece muy posible que los comerciantes que participaron en este temprano comercio de exportación fueran malayos del reino de Srivijaya en Sumatra que desde los siglos viii al xi controlaron el comercio entre India y China. Aunque es probable que los árabes hayan ocupado Zanzíbar desde el siglo viii, parece que el primer puerto de gran

ASIA MERIDIONAL Y ORIENTAL

Hacia el este, al otro lado del Océano Índico y más allá, están las enormes regiones de la India y China y el archipiélago del Sudeste de Asia. El comercio marítimo en especias y oro entre la India y Occidente, que fue muy amplio durante los comienzos del Imperio Romano, se debilitó a partir del siglo II d.c. (véase Wheeler, 1955). Esto reorientó el comercio de la India hacia el Sudeste de Asia (Coedès, 1964: 44-49), e hizo que árabes y persas se quedaran con las rutas comerciales hacia Oriente. En el siglo IV y nuevamente en los comienzos del VII hubo colonias de mercaderes árabes en Cantón (Leur, 1955: 111). Hasta el siglo X los chinos exportaron sus mercancías en naves árabes o iraníes y en barcos de pueblos navegantes no-hanes de los Mares de China y del sur de China. Es decir que hubo conexiones antiguas de comercio entre las regiones centrales del sur, oriente y occidente de Asia.

Sin embargo, el desarrollo de la India y China dependía, en último análisis, más de la expansión del cultivo y de los excedentes debidos a esta expansión que de cualesquier vínculos creados por el comercio exterior. En el curso de esta expansión, tanto China como la India crearon dispositivos económicos y políticos distintivos que ligaron a los productores de excedentes con los consumidores de los mismos, cada uno de los cuales merece un tratamiento aparte. Por tanto, ahora nos ocuparemos del Sudeste de Asia, región donde se cruzan los caminos que iban a China y a la India.

India

Nuestro observador, que cruzó la India en 1400, debió de encontrar muchas ciudades en ruinas. En 1388 Timur invadió el norte de la India y destruyó los ejércitos de los sultanes turco-afganos. Diez años después, en 1398 saqueó Delhi, acuchilló a sus habitantes y se llevó el tesoro de los sultanes a su hogar, Transoxiana. Después de esto, hubo un caos político muy largo en el norte de la India, pese a que una nueva dinastía afgana empezó a reconsolidar algo de poder hacia la segunda mitad del siglo XV.

Si hubiera recorrido las aldeas de la India, nuestro viajero habría quedado sorprendido por la tenaz división de la población en castas hereditarias; ya desde el 300 a.c. el embajador macedonio ante la corte de Chandragupta Maurya dio cuenta de algunas características de las castas; al comenzar el siglo XVI, el portugués Duarte Barbosa, que acompañó a Magallanes en su viaje alrededor del mundo, describiría detalladamente una

casta. O sea, que las castas tenían ya una larga historia en la India, y tanto antes como después de la llegada de los europeos al subcontinente habían regido las relaciones de sus pobladores. Por consiguiente necesitamos examinar con cierto detalle las castas, considerándolas como fenómeno en evolución, pues si es verdad que éstas han influido el curso del cambio, también lo es que han sido afectadas por él.

La raíz de la palabra india para casta es *jati*, que viene de *jan*, dar a luz, lleva en sí el significado de descendencia de un antecesor común. Este concepto de ascendencia común puede ser invocado en varios niveles: el de familia ampliada, linaje, linajes relacionados con el nivel local, el conjunto de linajes que operan en una región, así como la supercategoría de *varna*, que clasifica todas las unidades en cuatro categorías jerárquicas formadas a partir de la gran categoría negativa de descastados o intocables.

El nivel que se invoque dependerá del interés en juego en un determinado contexto. Los niveles se pueden mezclar para facilitar comunales y alianzas dentro de un determinado conjunto de circunstancias; su separación podrá ocurrir según cambien las circunstancias (Béteille, 1969: 157). Al mismo tiempo que los segmentos se dividen y mezclan, se clasifican y catalogan mutuamente. El idioma de la clasificación de castas es el idioma de la pureza o infición, que hace que el orden de castas "sea congruente y racional para quienes viven en él" (Dumont, 1970: 44).

Para constituir una casta, un grupo de personas vinculadas por parentesco debe adherirse a ciertas costumbres, tales como hábitos alimentarios y estilos de vestido, y realizar ciertos rituales comunes. Si un segmento de una casta se quiere separar de otro, debe crear sus costumbres y ritos distintivos. En caso de fundirse dos segmentos, la fusión se anuncia por una fusión de costumbres y actuaciones. Aunque la ideología guía del sistema afirma que su constitución es estática, lo cierto es que en su seno hay un amplio margen de flexibilidad y movilidad. Puesto que el pertenecer a una casta está relacionado con el poder económico y político, los actos de un segmento afectan a todos los segmentos adyacentes. De esto se sigue que la movilidad de una casta puede resultar estorbada por los esfuerzos opuestos de otras castas. Lo cierto es que algunos segmentos se han elevado a la jerarquía de casta, en tanto que otros la han perdido. Finalmente, el sistema permite que los extraños entren en él. Es cosa característica que los nuevos conquistadores cuenten con la anuencia para ocupar la porción superior de la jerarquía de segmento, como *kshatriya*, o castas guerreras; además, grupos étnicos no hindúes pueden ser introducidos al sistema si se les asigna a una categoría de casta.

Pero para entender cómo trabaja la casta de un modo concreto debemos

ver más allá de la organización de parentesco y del idioma ritual y estudiar la economía política de la casta. En cualquier provincia, grupos de linajes sostienen posiciones de comando y dominio, en cuyo centro está un linaje principal. Los linajes dominantes se casan entre sí, con lo cual refuerzan su situación de mando en la provincia. Este grupo de linajes exhiben su posición de un modo ritual, si bien su dominio es tanto ritual como político. En cada poblado, segmentos de la casta dominante controlan la vida económica y política en su calidad de terratenientes y de guerreros. En el nivel de la provincia, la casta dominante proporciona el gobernante o rajá, lo cual da a la provincia el carácter de un "pequeño reino" político (Dumont, 1957). Era común que estos reinitos formaran parte de un Estado mayor. Un aumento en la situación política de un rajá provincial dentro de un Estado así acrecentaba la influencia de la casta dominante en la provincia; una disminución amenazaba la posición y solidaridad de la casta dominante y de sus segmentos hasta llegar al nivel de poblado.

En situaciones ideales, el rango más elevado en el orden de la casta descansa en los grupos de parentesco de los sacerdotes o brahmanes. Son los portadores del *dharma* u orden, valores y normas universales (Dumont, 1970: 68). Como encarnan el grado más alto de pureza ritual, no contaminan a quienes están abajo de ellos, pero sí pueden resultar contaminados por otros. Ofician en actos religiosos y son árbitros de las normas apropiadas de conducta conforme a los antiguos textos sánscritos. De aquí que las castas y los segmentos de castas inferiores situadas en la porción inferior de la escala de pureza que quieran remontarla, deban modelar sus costumbres y rituales conforme a pautas brahmanes, y que busquen la certificación de su éxito en los sacerdotes brahmanes. El resultado fue una propagación de modelos brahmanes a todo lo largo de la segmentación de castas (Srinivas, 1961: cap. 1). Sin embargo, esta imitación del sacerdocio no fue el único modo de conseguir una posición más elevada; hubo también imitaciones de modelos de guerreros y de comerciantes.

En tanto que el rango de los brahmanes certificaba la pureza ritual, el de los kshatriyas o guerreros significaba poder. En contraste con el sacerdotal *dharma*, el reino guerrero era el de los *arthas* o de la fuerza, ganancia y ventaja egoísta (Dumont, 1970: 66). Pero como la fuerza crea poder, a final de cuentas eran los *arthas* los que conjuntaban el orden de jerarquía y segmentación. Dentro de una aldea o de un grupo de aldeas relacionadas, el segmento de casta localmente dominante cumplía las funciones guerreras. En términos ideológicos, el linaje dominante representaba la función real en el nivel de aldea (Dumont, 1970: 66). Es decir, que el poder kshatriya era la sede real del sistema; todo aquel que en una determinada localidad ejerciera o usurpara ese poder funcionaría

como kshatriya (Jayawardena, 1971: 118). Sin embargo, en ciertas condiciones, cuando los grupos de mercaderes se volvían más importantes que los kshatriyas, las castas inferiores podían aspirar a obtener la condición de mercaderes (Sinha, 1962). Esto significaba que la categorización de las castas se podría ajustar a circunstancias cambiantes de poder e influencia; en particular, los linajes locales o provinciales podían manipularla para reforzar o ensanchar su situación relativa sobre una región más amplia. En el nivel de Estado, el rey podía reasignar situaciones de casta (Hutton, 1951: 93-97). En los poblados, era común que la casta fuera de menos significación que el pertenecer a los gremios de artesanos (Lehman, 1957: 523). Ni siquiera en las aldeas fue absoluto el asimiento de la casta dominante. Donde ésta mostraba relaciones especiales con castas de servicio mediante festejos, intercambios y rituales, otras castas de situación inferior podían contratacar emulando una conducta similar a la de los brahmanes, con lo cual mostraban su oposición a la casta dominante (Heesterman, 1973: 101).

El elemento más fuerte de que disponía el segmento de la casta localmente dominante era su control sobre las tierras de la aldea. Prevalcieron varias formas de tenencia de la tierra hasta el siglo XVIII en que los ingleses iniciaron reformas al respecto. Una fue la tenencia *bhaiacharya*, según la cual la tierra la disfrutaba el segmento como un todo y era redistribuida periódicamente entre las familias conforme a las fluctuaciones en su tamaño y necesidades; el segmento pagaba como grupo una renta al rajá. *Pattidari* fue otra forma de tenencia, en la cual la tierra se dividía entre los hogares del segmento de la casta dominante conforme a su posición genealógica, aunque la renta se seguía pagando unitariamente; *bighadam* fue una tercera forma, en la cual la tenencia era desigual y los usuarios pagaban renta conforme al tamaño de su parcela. En la India preinglesa estas formas de tenencia y de percepciones no se excluían mutuamente, sino que eran puntos cambiantes de un continuo. La constante fragmentación de la tierra o la presión de un Estado fuerte debilitaron los lazos de parentesco y llevaron a abandonar la tenencia basada en el rango genealógico y adoptar la basada en las necesidades familiares. Lo inverso podría ocurrir si el jefe de un linaje ascendente se volvía poderoso. En la base de estos arreglos de tenencia había derechos y obligaciones de parentesco, inclusive pretensiones de apoyo a los supuestos derechos de los líderes al trabajo y a la lealtad de los parientes. Así pues, los derechos a la tierra cambiaban según crecían y menguaban estas otras pretensiones. Cuando llegaron los ingleses interpretaron estas relaciones fluctuantes entre individuos como tipos fijos de propiedad conforme al modelo europeo; a lo que vieron le dieron fuerza como régimen liberal de derecho de

propiedad, con lo cual abrogaron de hecho la capacidad de adaptación de los arreglos anteriores.

En las aldeas había también dos categorías de gente sin derecho alguno sobre la tierra. La primera se componía de grupos de castas que proporcionaban servicios al grupo de terratenientes como artesanos o barberos. Podían estar asociados con una determinada familia de terratenientes o trabajar al servicio de la casta terrateniente en general. Estos servidores eran dueños de los utensilios de su oficio y recibían algo como "garantía de vida". Esto los diferenciaba marcadamente de una capa de gente que no tenía ni los utensilios de su oficio ni ningún derecho a la tierra basado en pretensiones de linaje (Meillassoux, 1974: 102-103; Newell, 1974: 487). Eran o trabajadores sin tierra o inquilinos sujetos a la voluntad de los terratenientes; también podían ser peletoneros de jornada incompleta o viajantes de comercio. Esta gente constituía un grupo de trabajadores disponibles para el servicio de la capa dominante de la aldea (Mencher, 1974). Componían las llamadas castas de intocables, cuya humilde posición se acentuaba todavía más a causa de tabúes que gobernaban sus relaciones con las castas superiores. La distribución de estas castas intocables se relacionaba con factores ecológicos. Las castas intocables se concentraban principalmente en las regiones densamente pobladas de la Llanura Indo-Gangéctica del norte y en las fértiles regiones costeras del sur, donde más bien eran labriegos. En los distritos más secos y montañosos, los propios terratenientes cultivaban por sí mismos sus tierras; ahí los artesanos provenían del segmento más pobre de los terratenientes. Hubo veces en que al disminuir los recursos, los terratenientes de las aldeas expulsaban de ellas a los intocables (Newell, 1974: 487-488). En los lugares en que se quedaron, trabajaban principalmente a beneficio de los terratenientes y estaban sujetos a sus órdenes.

La arquitectura general de la sociedad india, que era a la vez celular y segmentada, pero que podía generar eslabones entre diferentes células y segmentos, se entenderá mejor contra el telón de fondo de la ecología política de la India. Hay cuando menos tres Indias: la de la llanura que forma el río Ganges; la del litoral marítimo y la del Decán, que es la meseta montañosa central. La India Gangéctica es una región de muchas lluvias y de cultivo de arroz muy intensivo. Históricamente ha sido el área central de la formación del Estado indio; aquí es donde tuvo su centro el régimen maurya de 322-185 a.c. y donde los guptas ejercieron su soberanía entre 300 y 600 d.c. La India del litoral comprende una serie de deltas fluviales y tierras costeras, tales como Andrah y Tamilhad a lo largo de la costa Coromandel en el este, y Kerala (sobre la costa malabar), Konkan y Gujarat en el oeste. Los puertos que existen a lo

largo de estas costas han destacado desde hace mucho en el comercio marítimo de grandes distancias. La tercer India, la del Decán, está separada de las otras dos por cadenas de colinas y de montañas. Al norte está separada de la Llanura Gangéctica por una región montañosa habitada todavía por gente que habla lenguas austro-asiáticas, y de las tierras bajas costeras por dos cadenas montañosas, las Ghats Occidentales y Orientales. En sí el Decán es una meseta seca. Su vegetación natural son chaparrales, y sus cosechas predominantes, tales como el mijo, están adaptadas a las condiciones de aridez de la región. Arroz y otros productos se dan mediante riego con agua sacada de charcas dispersas o "tanques", que por desgracia suelen secarse cuando más necesaria es el agua; esto hace que la meseta sufra escaseces periódicas de alimentos.

Hoy en día, la península india es una de las regiones más densamente pobladas del mundo; sin embargo, las condiciones que hicieron posible esta situación se presentaron lenta y desarticuladamente; hubo distritos que quedaron en manos de recolectores de alimentos y de cultivadores esporádicos. Cuando surgieron Estados centralizados, se valieron de su poder para despejar terrenos, regarlos, realizar explotaciones mineras profundas y colonización de las fronteras, fuera por gremios de colonizadores o por organismos brahmanes. Sin embargo, la centralización política se logró muy raramente, bajo los mauryas y los guptas, y eso únicamente en la Llanura Gangéctica. En otros tiempos y lugares, la unidad política prevaleciente siguió siendo el "pequeño reino", una provincia gobernada por el rajá del linaje mayor, que por lo general no tenía poderes para movilizar a su gente con fines de expansión agrícola. Por otra parte, en el Decán, el riesgo sólo fue posible merced a charcas dispersas, lo cual llevó más bien a la dispersión de la población, no a su concentración alrededor de un centro hidráulico. La colonización y la dispersión de colonias y su conversión en nichos ecológicos, propicios pero aislados, acrecentó aún más la dispersión y la descentralización. Los intermedios entre regiones colonizadas quedaron con frecuencia en manos de grupos ordenados por el parentesco pero hostiles a los Estados vecinos, supuestamente amenazadores. O sea, que la expansión de la esfera cultural de la India tuvo una modalidad completamente diferente de la de China. Este país avanzó ensanchando un centro hidráulico homogéneo, arrinconando a los cultivadores de tumba-roza-y-quema contra las montañas sudoccidentales. Por el contrario, la India se desarrolló incorporando diversas poblaciones a las que asignó diferentes posiciones en la amplia urdimbre de las castas.

Los brahmanes proporcionaron una fuerza contrarrestadora de esta fragmentación recurrente. Cada unidad separada de terratenientes, arte-

sanos y siervos se mantenía unida por obra de los ritos locales y de los cultos de una "pequeña" tradición, basada en referencias a los textos sánscritos sagrados. Los grupos étnicos acéfalos podían llegar a formar parte de la red cultural más amplia mediante la certificación de sus jefes como guerreros, o dando en matrimonio a sus mujeres a brahmanes y mediante la adopción de prácticas rituales sánscritas; estos procesos todavía operan cuando los miembros de "tribus" se vuelven hindúes porque aceptan la jurisdicción de los brahmanes. (Las "tribus programadas" de habla austro-asiática de las serranías son precisamente aquellos grupos étnicos que se han negado, hasta la fecha, "a otorgar al brahmán [el sacerdote], en vez de a sus propios miembros, primacía como intérprete e instructor religioso" [Cohn, 1971: 19].) Fue cosa común que los brahmanes introdujeran nuevas técnicas agrícolas, por ejemplo, el cultivo por medio del arado, y también nuevas cosechas, y que proporcionaran vínculos con redes más amplias de mercados y de comercio. Reyes y aspirantes a gobernar invitaban a los brahmanes a establecerse en sus poblados, amén de que les daban tierras (Kosambi, 1969: 171-172).

Así pues, el dominio de los brahmanes y la duplicación del modelo de castas por entre distritos y aldeas rurales puede entenderse como una reacción a la descentralización ecológica y política. Al mismo tiempo proporcionó eslabones entre miembros de las castas superiores —sacerdotes, guerreros y comerciantes— y unió los segmentos de castas locales de estos estratos con agrupaciones locales de artesanos y dependientes. Fue, en palabras de Heesterman, "la solución del pobre al imperio" (1973: 107). Frederic Lehmman ha sostenido que el modelo de castas sirvió para edificar servicios organizacionales y destrezas culturales en el seno de la estructura del campo de la India, y que contrarrestó prolongados periodos de desorden debidos a "largas interrupciones en la autoridad central efectiva" (1957: 151-152).

Esta estructura rural, basada en las castas, soportó siglos y siglos de embestidas de conquistadores extranjeros. Uno tras otro, contingentes de aspirantes a gobernantes caían sobre la llanura india procedentes de la faja de estepas situada al norte de las protectoras montañas, siguiendo siempre la ruta que llevaba de Balj (Bactras) al Pendjab, por entre estrechas gargantas. Los sakas y kushnan, del habla del Irán del este, de los tres primeros siglos d.c., fueron seguidos, en los siglos v y vi, por los ephtalitas mongol-turcos (Ye-Tai); uno de sus contingentes, los gujaras, se rezagó, pero con el tiempo llegaron a ser los rajputs (literalmente "hijos del Rey"). En el siglo xi los siguieron turcos persas (los ghaznavides), en el xii, afganos de Herat (los ghóridos), en el principio del xiii, una dinastía

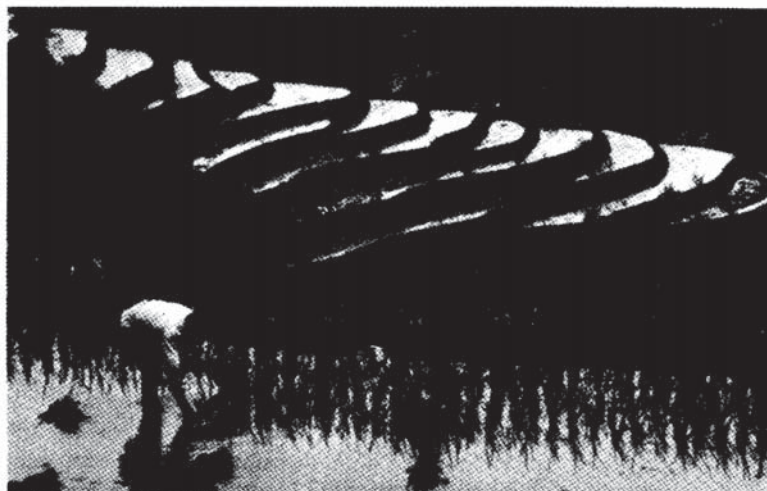
de siervos ghóridos turcos y de invasores mongoles, a fines del xiv, turcos pérsicos de Timur, y en el xv llegaron los afganos.

En 1525, Babur, un descendiente de Timur, después de haber abandonado Transoxiana a sus vencedores los usbecos, se lanzó a la conquista de la India. Venciendo la oposición de afganos y rajputs hindúes, se estableció como el primero de una línea de gobernantes que unificarían la mayor parte del subcontinente indio y que lo gobernarían hasta la llegada de los ingleses. Esta dinastía mughal (mongol) no fue otra cosa que la última de una serie de élites que tuvieron su origen en la faja pastoral del Asia Central. Lejos de representar a la "India tradicional", que es como se les ha caracterizado, fundaron su recién ganado poder en constelaciones sociales más antiguas y más sólidas que las suyas.

China

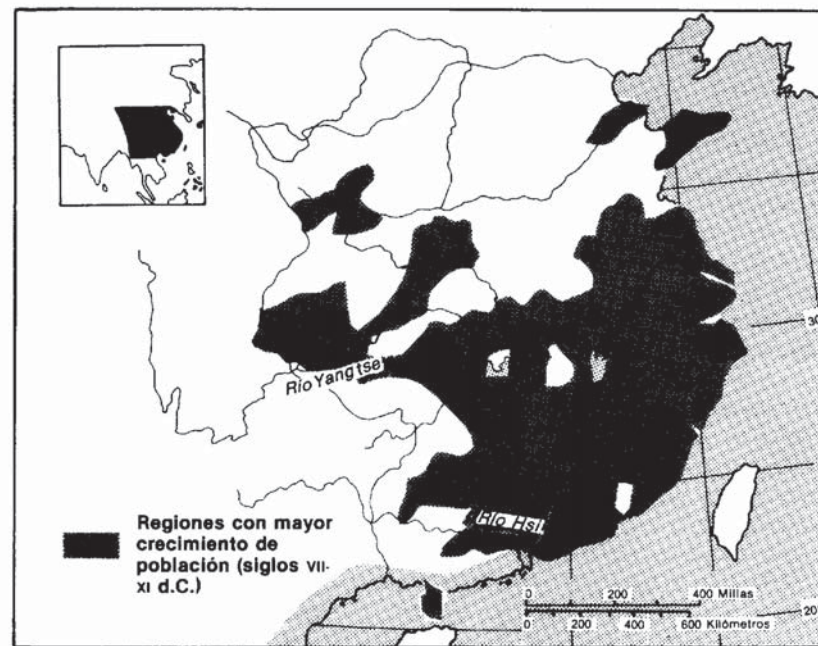
En China, en el extremo oriental del antiguo Camino de la Seda, nuestro viajero presenciaría otra fase importante de interacción continuada entre los nómadas del norte y los cultivadores establecidos al sur de la Gran Muralla. En los siglos anteriores, China había sufrido el repetido ataque de los "bárbaros" del norte. A principios del siglo xi, una élite de habla mongólica procedente de Jehol, los khitanos (liaos), ocuparon la parte de China situada al norte del río Hwai. Unos cuantos años después los khitanos fueron sustituidos por los jurchens tungúsicos que llegaron de la faja boscosa de lo que hoy en día es la provincia marítima de la Unión Soviética; estos jurchens llevaron la frontera de su reino a las riberas del Yang-Tse. Al terminar el siglo, los mongoles de Gengis Kan habían barrido a los jurchens del norte y a la dinastía Sung china que gobernaba al sur del Yang-Tse, y cruzando las montañas meridionales llegaban a las puertas de Bhamo en Birmania y de Hanoi en Vietnam. Sin embargo, muy pronto los príncipes mongoles se atacaron unos a los otros. Ya para 1370 el fundador chino de la dinastía Ming había logrado rechazar a los mongoles a la propia Mongolia, con lo cual puso fin al gobierno mongólico en China. El año 1400 fue testigo de este renacimiento de China bajo la dinastía Ming.

Aunque invadida repetidas veces por el norte, China constituyó una esfera cultural que tuvo como rasgo distintivo continuidades vigorosas; Hegel la llamó la tierra del principio recurrente. Una condición estratégica de esta continuidad fue la importancia de las obras hidráulicas en el funcionamiento del Estado chino, cosa que ha demostrado Karl Wittfogel. Estas obras hidráulicas eran básicamente de dos tipos: canales y zanjas



China, Provincia de Sechuán, siembra de arroz de riego. Fotografía de Bruno Barbey, 1900. (Barbey, Magnum)

de riego para llevar el agua a los campos, y grandes presas y compuertas para defender las regiones de cultivo contra las inundaciones. Como complemento hubo canales de transporte que permitían el movimiento de los granos sobre superficies muy extensas. Las primeras grandes obras hidráulicas de que se tiene memoria fueron construidas en el periodo de los Chou, ya en declinación (más o menos entre 500 y 250 a.c.), época en que los dominios políticos empezaron a competir fieramente entre sí. Las más importantes fueron los complejos hidráulicos que regaron la Llanura Chengtu en Sechuán (que servía a unos 9 000 km²) y el de la Llanura de Wei-pei de Shensi (que servía a unos 2 500 km²). Estos complejos son anteriores al surgimiento del imperio chino unificado bajo la dinastía Ch'in (221-207 a.c.), y quizá fueron elementos determinantes y básicos de su consolidación. Bajo esta dinastía comenzaron los canales de transporte, si bien su mayor expansión fue posterior, hacia el siglo VII d.c. La conservación y expansión de estas obras hidráulicas acabó siendo un trabajo de gran envergadura, quizá el de más fuste del Estado chino. El canalizar trabajo e impuestos hacia estos fines siguió siendo de primordial importancia, al grado de que se relaciona la declinación de las dinastías con su incapacidad para encauzar dinero hacia estas obras (Wang, 1936).



Regiones con mayor crecimiento de población (siglos VII-XI d.c.). Expansión hacia el sur de China. (Adaptado de Elvin, 1973; cortesía del autor).

A partir del siglo VII la riqueza de China se acrecentó aún más merced a la colonización por medio de la agricultura de la región situada al sur del Yang-Tse. En el sur de Kiang-Su y Chekiang ocurrieron innovaciones significativas no nada más en cuanto al cultivo del arroz de riego y en la introducción y expansión de obras hidráulicas, sino también en el uso de utensilios y técnicas mejoradas para preparar el terreno y para usar abonos más intensivamente. El cultivo del arroz por riego se propagó hacia el sur; esta propagación la auspició la dinastía Sung, que ya había perdido el control de la región al norte del Yang-Tse, por lo que estaba muy interesada en aumentar la productividad del menguado territorio que le quedaba. Esta mayor producción llevó a una mayor población, que a su vez facilitó una mayor producción. Entre 606 y 742 la población del sur se duplicó y volvió a duplicarse entre 742 y 1078 (Elvin, 1973: 206, 208). En el proceso, los chinos (que se referían a sí mismos como hanes, para contrastarse con otros grupos étnicos) absorbieron poblaciones no-

hanes al sur del Yang-Tse a las que arrinconaron en zonas donde era difícil el cultivo intensivo del arroz. Así pues, los miao, que un tiempo vivieron en el Yang-Tse medio inferior, fueron acorralados en Yunnán, Sechuán y Kuei-Cheú; los yaos que vivían en las provincias montañosas de la costa oriental, fueron rechazados hasta su actual hábitat en Kuei-Cheú. En estas regiones donde no eran posibles ni el cultivo intensivo ni la organización burocrática china, predominaron los cacicazgos y la agricultura de tumba-roza-y-quema (Fried, 1952).

No debe pensarse que todos los sistemas de riego se construyeron bajo la tutela del Estado. Así, la mayor parte de las obras hidráulicas del bajo Yang-Tse fueron obra de opulentos terratenientes. Sin embargo, es razonable suponer que los requerimientos hidráulicos concretos de la agricultura china influyeron en el desarrollo de la burocracia china característica. Evidentemente, muchas de las obras emprendidas por el Estado, incluyendo en ellas el control de los complejos hidráulicos, rebasaron la capacidad de aristócratas o asociaciones regionales. Al crear una reserva de burócratas potenciales, el Estado se aseguró un abasto de funcionarios que pudieran llevar a cabo tareas de nivel estatal y contrapesar así la influencia centrífuga de los detentadores del poder local.

Es frecuente llamar mandarinato a esta burocracia; a los mandarines se les escogía entre la clase acomodada. Su título chino es *shen-shih*, o estudioso que lleva la banda. La banda indicaba desempeño de un cargo imperial y estudioso indicaba familiaridad con los clásicos chinos. El cargo público era teóricamente vitalicio pero no se podía dejar por herencia. Durante el tiempo del ejercicio del cargo, el funcionario estaba exento de impuestos y pecherías, quedaba fuera del control judicial de los magistrados y podía tomar parte en el ceremonial religioso imperial. El aprendizaje de la etiqueta y de la ideología se basaba en el estudio de los clásicos, en especial en los dichos y escritos de Kong-tse (Confucio), que predicó la observancia de las relaciones sociales apropiadas que corresponden al ideal del "caballero". Escritos en una época en que la aristocracia estaba cediendo poder a los pujantes comuneros, los textos confucianos retrataron una aristocracia de comportamiento, que también podía ser adoptada por comuneros de mérito y por nobles. Los hombres educados en este comportamiento se adherirían a costumbres sancionadas religiosamente (*li*), y resolverían los conflictos apoyándose en la costumbre más que en el derecho positivo, *fa*.

Aunque esta clase de servidores imperiales se remonta a los primeros emperadores Ch'in y tal vez antes, no destacó sino hasta los siglos VII a IX bajo el gobierno de los T'ang, que la usaron para contrarrestar el poder de los linajes nobles. Hacia el año 1000 los que llevaban la banda iban

camino de hacerse por su propio derecho del poder económico y político. Muchos llegaron a ser grandes y poderosos terratenientes que cultivaban sus fincas con el trabajo de siervos. Mediante el privilegio hereditario del *yin* transmitieron a sus descendientes sus exenciones de impuestos y sus oficinas burocráticas. Así como los aristócratas de periodos anteriores habían fortalecido su posición creando linajes basados en la prosapia, así también, los portadores de la banda empezaron a crear dominios poderosos de linaje gobernados por una élite de miembros afortunados. Estos linajes patriarcales controlaron casas señoriales, tierras y sepulturas ancestrales y decidían disputas internas. Defendían contra los extranjeros sus intereses comunes y mediante alianzas matrimoniales y vínculos políticos acrecentaban sus esferas de influencia. Estos linajes fueron particularmente prominentes en el sur de China, donde con frecuencia obraron como agentes de colonización. Lo cierto es que los linajes chinos más poderosos se remontan a los tiempos Sung, que fue el periodo estratégico de expansión agrícola al sur del río Yang-Tse (Hu, 1948: 12-13). Por eso no es de sorprender que los emperadores Ming y Ch'ing hayan dedicado gran parte de su esfuerzo, después de la restauración del gobierno chino a fines del siglo XIV, a contener y rechazar el poder independiente cada vez mayor de los portadores de la banda. Esto se intentó primeramente en tiempos Ming, para lo cual se revocó el privilegio *yin* y se instituyó la obligatoriedad del examen imperial para todos los solicitantes de puestos en la burocracia. Apenas en el siglo XVIII, los Ch'ing, es decir la dinastía manchú, trató de debilitar el control de la clase acomodada sobre la tierra mediante la liquidación de la servidumbre como institución.

Salta, pues, a la vista que los letrados portadores de la banda no eran ni una clase de reyes filósofos dedicados por entero a los elevados ideales encarnados por el Estado, ni una clase de terratenientes locales. Servían a instituciones intermedias que operaban en el nivel del Estado mediante arreglos locales y regionales. Inevitablemente su posición era contradictoria y estaba sujeta al cambio dependiendo de si el Estado o los intereses locales ganaban la mano.

Y así como cambió el papel y el carácter de la clase letrada portadora de la banda, así también cambió el papel y el carácter de la clase campesina. El Estado de Ch'in que por vez primera unificó a China en 221 a.c., también emitió legislación precursora que daba a los campesinos la propiedad de su tierra, a cambio de impuestos y pecherías y de servicio militar, todo ello pagado directamente al Estado, no a ningún noble intermediario (Wittfogel, 1931: 50-51; Lattimore, 1951: 441-442). Lattimore ha hecho ver que esto creó también una clase de hombres sin tierra, que constituían una reserva de mano de obra móvil siempre a disposición del

Estado (1951: 441-442). Esta política de ensanchamiento de los campesinos libres continuó bajo las dinastías Han, Sui y el comienzo de la T'ang, todas las cuales se atuvieron a una milicia de campesinos como espina dorsal del ejército. Fue cosa frecuente la confiscación de grandes fincas y la legislación que favoreciera una distribución más equitativa de la tierra.

Sin embargo, desde mediados del siglo VIII esta legislación cayó en desuso y proliferaron con rapidez las grandes fincas. Declinó la milicia campesina y terminaron las exenciones de impuestos al campo. De aquí que muchos campesinos buscaran defensa contra tales impuestos colocándose bajo un terrateniente o que vendieran sus tierras para poder pagarlos. Otros se convirtieron en siervos forzosos. Siempre hubo algo de esclavitud que abarcó un porcentaje muy bajo de la población (Wilbur, 1943: 174; Elvin, 1973: 74, n. 1). El trabajo obligado adoptó dos formas. Primera, hubo siervos-inquilinos obligados al servicio de una persona determinada; su situación se transmitía por herencia, y podían ser comprados y vendidos. En teoría sólo los portadores de la banda podían tener siervos, pero en la práctica los terratenientes sin banda adquirirían siervos mediante la ficción legal de la adopción. Había, además, siervos que estaban ligados al terreno y que podían ser vendidos junto con la parcela que cultivaban. En 1400 la forma dominante de finca era la cultivada por trabajadores obligados (Balazs, 1964: 125; Elvin, 1973: 79-80). Fue mucho después, en el decenio de 1730, bajo el Ch'ing manchú, cuando finalmente se abolió la servidumbre. A lo largo de los siglos XVI y XVII declinó el rendimiento de la agricultura y aumentaron las oportunidades de hacer fortuna en otros terrenos, por cuya razón los terratenientes reubicaron sus inversiones. El resultado fue que aumentara otra vez la propiedad de la tierra en manos de campesinos, pero en circunstancias diferentes de aquellas que en las primeras dinastías chinas habían inducido la creación de un campesinado libre.

Hacia 1400 empezaron a cambiar las relaciones de China con el mundo exterior. En otros tiempos, vínculos de comercio y religión crearon eslabones entre el Celeste Imperio y sus vecinos. Bajo los T'ang (618-906 d.c.) hubo crecientes contactos con la India, en tanto que China abrió sus puertas a la influencia budista que le llegaba del sur. Bajo los Sung (960-1279 d.c.) hubo una gran expansión del comercio con los mares del sur. En tiempo de los mongoles (1280-1367 d.c.) China estableció contacto con el Occidente pues reabrió las antiguas sendas de la seda y recibió comerciantes mahometanos, cristianos y judíos. (El almirante chino Cheng-ho, que llevó la flota imperial al Océano Índico y a las costas de África, fue mahometano.) Por otra parte, los gobernantes mongoles pre-

firieron a los escribas y consejeros cristianos, uigures y nestorianos, lo cual disminuyó aún más el papel de los confucianos portadores de la banda.

Sin embargo, la expulsión de los mongoles en 1367 y el ascenso al poder de los Ming, invirtieron los procesos que estaban vinculando a China con el exterior. El país se dobló sobre sí mismo y cerró sus conexiones externas. Quizá esto se debió a la índole indigenista de los Ming, que buscaron un regreso a la raigambre china después de 400 años de invasión extranjera. Esta reacción fue favorecida por los portadores de la banda, cuya influencia había menguado durante los mongoles y que esperaban obtener ventajas si se invertía la política exterior. Era indudable que China sufría problemas económicos; la población cayó a un bajo después del pico alcanzado antes de las invasiones mongólicas. Quizá, como ha dicho Mark Elvin (1973: 298 ss.), la inversión fue resultado del comienzo de un estancamiento tecnológico que a su vez fue inducido por el hecho de que las técnicas y la organización habían alcanzado los límites de productividad máximos posibles antes de la Revolución industrial. Por otra parte, la nueva dinastía accentuó el esfuerzo por lograr la seguridad de las fronteras en el norte del país, por movilizar ejércitos enormes y por construir el Gran Canal que uniendo el norte con el sur servía para abastecer a las tropas. Esta estrategia destacó también el uso de vías de agua internas en detrimento de las costeras, que ahora sufrían el ataque de piratas japoneses y de sus colaboradores chinos. En otras palabras, la China Ming se enconchó y abandonó la innovación y la exploración en favor de la estabilidad. Sólo hasta el siglo XVII cambiaría esta situación. Una coalición de clanes jurchens tunguses provenientes de Manchuria se valdría de la ayuda mongólica y de la colaboración china para establecer el régimen manchú, o sea, la última dinastía imperial, la Ch'ing.

Asia Sudoriental

En el punto en que convergen el Océano Índico y los Mares de China se encuentran las penínsulas e islas del Sudeste de Asia, uno de los sitios de intersección de las esferas culturales india y china; en 1400 la región mostraba ambas influencias, las cuales se habían sobrepuesto a una base cultural más antigua basada en el cultivo de tumba-roza-y-quema o en el cultivo esporádico de arroz seco, no de riego. Este cultivo sigue practicándose en los pueblos montañoses de la tierra firme de esta región y por grupos "tribales" de las Islas Externas de Indonesia, y alimenta a sus comunidades, emparentadas y jerarquizadas genealógicamente. Nuestro viajero habrá visto estos labriegos *ladangs* lado a lado de los colonos que

introdujeron el cultivo de arroz por riego y las formas culturales indias o chinas, allá por los comienzos de la era cristiana.

La influencia india en la región fue anterior a la influencia china. Sus portadores fueron con toda probabilidad mercaderes indios, que llegaron acompañados por brahmanes que, con sus facultades rituales, enlistaron a los jefes locales en la casta de los gobernantes, o kshatriyas. Confiriendo estas facultades rituales, crearon una infraestructura política de un modo muy similar a como lo habían hecho en el propio subcontinente asiático.

Entre el 200 a.c. y el 200 d.c. estos grupos colonizadores se establecieron en la tierra firme del Asia Sudoriental, así como en las grandes islas de Sumatra y Java. Gradualmente se convirtieron en élites poderosas, centradas en cortes reales, con grandes recursos provenientes del cultivo intensivo del arroz o del comercio. La forma de esta corte real fue muy similar en donde quiera. Al centro estaba un dios-rey divino que habitaba en un palacio que era a la vez templo y reducto. Vinculados al palacio estaban los criados armados del rey, su parentela, artesanos y especialistas del rito. La corte era a la vez el ápice del poder y el centro simbólico del universo. Más allá de la corte estaba un mundo de vasallos y aliados, que aportaban los recursos que permitían al centro premiar a sus seguidores y fortalecer su base de apoyo. Los excedentes se acrecentaban mediante la construcción de obras hidráulicas, el trabajo forzado o gratuito pero obligatorio y la colonización. Parte considerable de estos excedentes adicionales se invertía en la construcción de complejos con grandes templos para reforzar la conexión cósmica entre el poder real y el sobrenatural; ejemplos fueron el Borobudur en el centro de Java (siglo VIII) y las capitales de Angkor Thom y Angkor Vat en Camboya (siglos IX y XII). A pesar de estos empeños por vigorizar el poder real, y quizá por los desembolsos cuantiosos que significaban, fueron comunes en estos Estados la inestabilidad y la desintegración debidas a rivalidades dinásticas, a rebeliones de los señores locales y a la declinación del poder real.

El sociólogo holandés J. C. van Leur ha contrastado estos Estados de tierra adentro con lo que ha llamado "principados de bahía", que son puertos comerciales situados en litorales y en desembocaduras de ríos, que no dependían del riego, ni del trabajo obligado, sino del comercio. Parte de su comida provenía de fincas cercanas trabajadas por esclavos; el resto procedía de los campos de tumba-roza-y-quema de la población "tribal" que proporcionaban cosechas al emporio comercial mediante los oficios de sus jefes, que eran vasallos del rey del mar. En estos principados los comerciantes tenían a su cargo un papel estratégico. En su mayoría eran extranjeros, que se establecían en barrios separados de acuerdo a su origen étnico; cada uno tenía un vocero que lo representaba en cuestiones

políticas y comerciales. Aunque hubo comerciantes que cobraron influencia en los círculos cortesanos, no llegaron a constituir una clase independiente, debido quizá a su origen extranjero y a su cosmopolitismo. Se mantenían sujetos al príncipe y a su séquito, y modelaban su comportamiento con base en el de la comitiva real.

La realidad fue casi siempre más compleja y lo híbrido más abundante que los tipos ideales dicotómicos de Van Leur. Cuando menos dos veces, reinos de "tierra adentro" y principados de bahías acabaron constituyendo estructuras mayores que abarcaron a los dos. Uno de estos casos fue el del Estado de Sriviyaya, que entre los siglos VII y X se expandió a partir de Palembang en el este de Sumatra, y que controlaba la ruta comercial clave de los Estrechos de Malaca. Potencia marítima indudable, Sriviyaya ocupó Sumatra y buena parte de Java, y en el siglo VIII colocó un miembro de su dinastía real en el trono Khmer de Camboya. Un segundo ejemplo fue, en el siglo XIV, el Estado de Madjapahit, cuyo centro se hallaba en el este de Java. Aunque por su estructura era un reino de tierra adentro, tenía un comercio copioso con China, la India y la tierra firme de Asia Sudoriental. Con el tiempo ocupó Java, Sumatra, la península malaya meridional, Borneo y gran parte de Filipinas. En 1400 Madjapahit se hallaba en plena decadencia debido a reyertas dinásticas y a rebeliones populares contra sus exacciones, cosas que fueron características de los Estados de tierra adentro. Al mismo tiempo, sus intereses marítimos se vieron limitados por las incursiones chinas en aguas meridionales, y, más significativamente, por la creciente influencia del Islam en el mundo comercial del Océano Índico y del Mar de China. A la desintegración del Madjapahit hindú-budista la acompañó la rápida conversión al Islam de comerciantes y gobernantes en todos los principados costeros del Asia Sudoriental.

En 1400 iba para arriba la ciudad de Malaca. La había fundado en 1380 una banda de piratas de Sumatra dirigidos por un príncipe de Sriviyaya, que se habían rebelado contra Madjapahit. Al finalizar el siglo, el príncipe se convirtió al Islam, con lo cual atrajo a Malaca a la rica comunidad comercial musulmana de Pasai en Sumatra. Sus compañeros fueron funcionarios del nuevo emporio; de entre ellos salía el líder guerrero, el recaudador de aduanas y el cargo conjunto de tesorero, magistrado en jefe y maestro de las ceremonias reales. En la ciudad hubo cuatro grandes comunidades comerciales, cada una a cargo de un representante: gujaratis, kalingas, bengalíes, los comerciantes del archipiélago, y los chinos. Un siglo después el portugués Tomé Pires, al escribir sobre Malaca le calculó una población de 40 000 a 50 000 habitantes, con 61 "naciones" representadas en su comercio. Era, dijo, de "tal importancia y ventaja

que me parece que no había otro igual en el mundo. Quien sea el amo de Malaca tendrá puestas las manos en la garganta de Venecia”.

El Islam proporcionó un vínculo ideológico a la medida entre los emporios comerciales musulmanes que abarcaba desde los puertos del Océano Índico a las Islas Sulu de las Filipinas. Predicadores sufíes errabundos llevaron el mensaje al interior del país, donde el misticismo islámico formó una mezcla sincrética con las creencias en fuerzas personalizadas que abundaban entre la población. Pero sobre todo, el Islam dio legitimidad ideológica a los nuevos príncipes de bahías o jefes piratas, los cuales, como sultanes musulmanes, podían obrar como “sombras de Dios en la tierra”. La conversión religiosa de los puertos reabrió, de un modo nuevo, el antagonismo entre los Estados del interior y los principados de las bahías, aunque en esta ocasión la ventaja estuvo claramente del lado de los amos del comercio. Con el tiempo, el Islam acabaría dominando las tierras del interior. Sólo en Bali un grupo de refugiados hindú-budistas mantendría intacto el viejo culto ideológico del mundo-*isla*.

EL NUEVO MUNDO

Respecto a los viajes en el Nuevo Mundo no hubo un Ibn Batuta, un Marco Polo ni un Cheng-ho que nos dejara un relato de sus viajes. Sin embargo, es posible emplear datos arqueológicos, lingüísticos y etnohistóricos para reconstruir lo que un viajero pudo haber visto en las Américas en 1400 d.c.

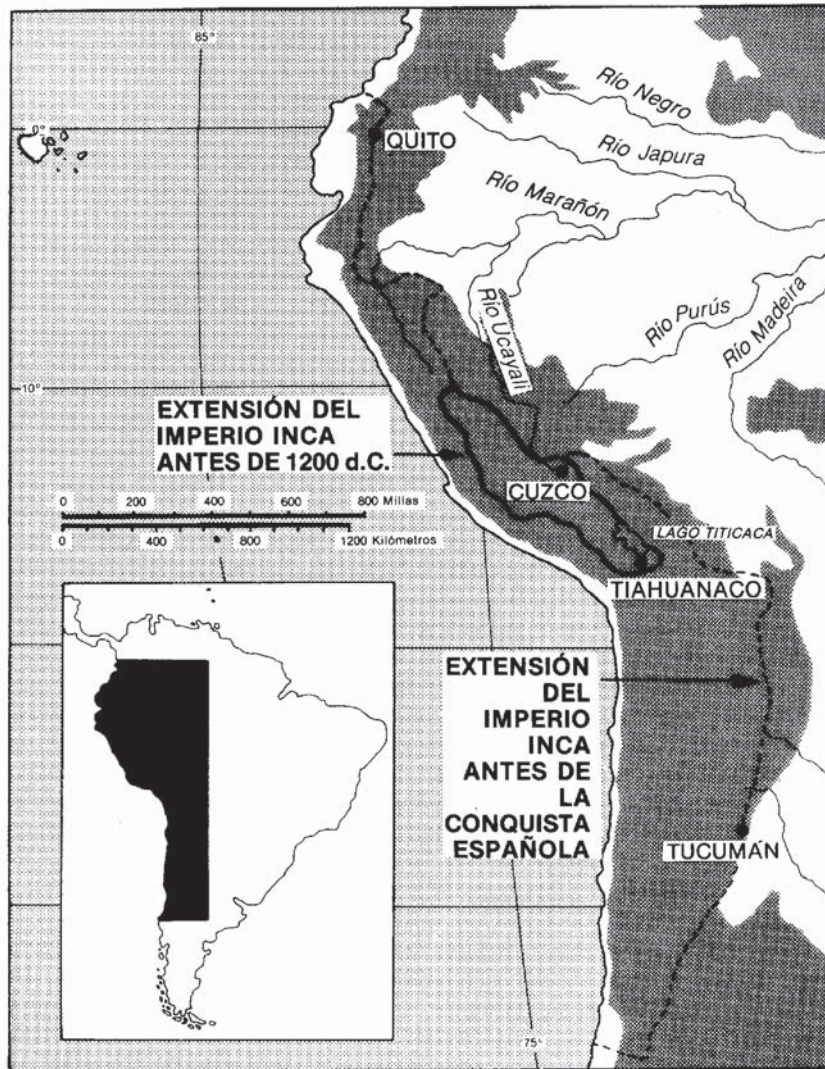
Tales datos muestran como muy probables las interconexiones de diferentes regiones culturales del Hemisferio Occidental, y, en algunos casos, punto menos que ciertas. Los arqueólogos nos hablan de regiones que muestran marcados parecidos internos diciendo que son “regiones de interacción”, diciendo además que la amplia difusión de utensilios, formas arquitectónicas y estilos artísticos similares dentro de las regiones son indicadores de probables contactos, y, consecuentemente, de relaciones sociales. En 1400 había dos órbitas de interacción de “alto contorno”, según expresión feliz del arqueólogo Gordon Willey. Estas dos regiones se caracterizan, arqueológicamente, por restos de un cultivo intensivo, inclusive riego; establecimientos grandes y densamente poblados, inclusive ciudades edificadas alrededor de impresionantes obras de arquitectura, digamos templos o palacios; productos artesanales, como alfarería o tejidos, destinados sin la menor duda a las élites pudientes; y abundantes evidencias de una superestructura ideológica por medio de la cual se manifestaban a la población en general las metas de estas órbitas regidas por

élites. Una región así de interacción de alto contorno fueron los Andes Centrales, en lo que hoy día son Perú y Bolivia. Esta región formaría, en el curso del siglo xv, el corazón del Imperio inca, si bien en 1400 los incas eran todavía un grupo de advenedizos rústicos que ocupaban una pequeña entidad política cuya capital era la elevada población de Cuzco. La otra región era Mesoamérica, situada en las mesetas de lo que hoy día son México y Guatemala y en las tierras bajas adyacentes. Era la región que a la llegada de los conquistadores españoles habitaban los aztecas y los mayas. Sin embargo, en 1400, nuestro viajero apenas habría advertido a los aztecas, que por entonces eran un grupo segundón de mercenarios al servicio de un Estado mayor, en tanto que los mayas estaban enfrascados en luchas internas entre élites epigonales que disputaban la herencia de un pasado más glorioso.

América del Sur

El territorio estratégico de la América del Sur en que ocurrió la intensificación de la agricultura y el surgimiento de sistemas políticos abovedados fue la faja montañosa que se extiende a lo largo del flanco occidental del continente. Los Andes son unas largas cadenas montañosas, cuyos picos se elevan entre 4 500 y 6 000 metros sobre cuencas altas y llanuras, que es donde ha habitado el hombre. Desde esta cordillera occidental las montañas descienden hasta el litoral del Pacífico y forman una banda estrecha y desértica, que a intervalos cruzan pequeños valles fluviales que van desde las laderas montañosas al mar. Tanto el desierto como las laderas han estado bajo cultivo durante milenios; el desierto por medio de canales de riego y las laderas mediante la construcción de vertederos y bancales.

Es característico de la región andina que el litoral, el *piedmont*, las mesetas del altiplano y la estepa de tundra (*puna*) signifiquen diversos medios y recursos y que, por consiguiente, requieran y permitan diferentes actividades humanas. En el litoral es posible cosechar algodón en oasis favorecidos o recoger abono de aves que sirve como fertilizante. El *piedmont* produce maíz y pimientos, en tanto que en las mesetas se dan papas y un quenopodio, la quinoa. En la *puna* de los pastores apacentaban llamas de las que obtenían carne y lana, y también recogían sal. En la vertiente oriental de la cordillera se daba la coca y en los bosques se colectaban miel, madera, plumas y otros productos. Al mismo tiempo, las actividades de diferentes zonas se entrecruzaban; por ejemplo, los límites impuestos por la altura a las cosechas se elevaban abonando las tierras con el estiér-



La región andina



Guerra, ilustrada en alfarería pintada, estilo moche, Costa Norte de Perú, hacia 400 d.c. (Cortesía de Christopher Donnan, Museo de Historia Cultural, Los Angeles)

estas telas tejidas tenían gran valor ceremonial y se otorgaban mediante un ritual extraordinario. El Estado tomaba a su cargo la colonización de nuevas tierras agrícolas, especialmente en lugares situados al pie de las cordilleras, que eran apropiados para el cultivo del maíz. El Estado mantenía también obras de riego y carreteras y un extraordinario sistema postal, que por medio de corredores enviaba velozmente mensajes de un extremo a otro del reino. A todo aquel que se sometía pacíficamente a las demandas incas se le daba un lugar dentro de esta distribución de cosas, jerárquica y bien organizada; pero el negarse a este sometimiento llevaba a la guerra; a los grupos rebeldes se les reubicaba lejos de sus lugares de origen.

Al norte del Perú, los Andes se prolongan hacia el interior del Ecuador y luego descienden hacia los litorales, como cadenas montañosas que se ramifican. En Ecuador, las cuencas altas no son ni tan grandes ni tan productivas como las del Perú, pero su clima recuerda el de los Andes Centrales; sus principales productos eran la papa andina y la quinoa. Sin embargo, más al norte, donde las montañas penetran el subtropical y el trópico, la principal cosecha era el maíz. Esta zona se caracteriza por una gran variabilidad de microclimas locales que se explotaban de muchos modos, por ejemplo, tumba-roza-y-quema, selección de cultivo, terrazas y riego por canales. En todo caso, la escala de estas actividades fue siempre limitada y circunscrita por el medio.

Este borde septentrional de la tierra interna andina se caracterizó por la presencia de dominios políticos de pequeña escala sometidos a gobernantes locales, o por federaciones de dominio, así sometidos a un gobierno más amplio. En el sur de Ecuador la más importante de estas federaciones fue la de los canari. Hacia 1450 los incas los sometieron sin gran trabajo, pero sesenta años después se aliarían con los españoles para sacudirse el

yugo inca. En el norte de Ecuador, la federación cara se organizó bajo jefes hereditarios y ofreció más resistencia a los incas.

En el litoral ecuatoriano se creó una liga de poblaciones marítimas en Manta, bajo un soberano único. Aquí, el cultivo intensivo de las colinas escalonadas así como un comercio amplio sostuvieron una población numerosa. Los habitantes de Manta fueron navegantes excelentes que construían balsas de troncos y que probablemente tuvieron relaciones de tipo comercial con el área de Mesoamérica. La escala del comercio de esta región puede colegirse del hecho de que los españoles capturaron, poco después de su llegada, una gran balsa de madera equipada con velas y cabina, tripulada por veinte hombres y cargada con treinta toneladas de mercancía de lujo.

En Colombia, más al norte, las entidades gubernamentales más importantes fueron las de los chibchas y taironas. Los chibchas ocupaban cuencas altas en lo que hoy son Cundinamarca y Boyacá. Hubo dos grandes Estados chibchas, regidos por gobernantes a los que se llamó zipas y zaques, y varias entidades políticas menores. A la hora de la conquista española dominaban los zipas, pues habían consolidado su imperio desde el siglo xv contra varios rivales y establecido superioridad sobre los zaques desde principios del siglo xvi. El dominio zipa, que controlaba una población de entre 120 000 y 160 000 individuos (Villamarín y Villamarín, 1979: 31), estaba organizado jerárquicamente. Grupos de casas formaban capitánías, que a su vez constituían comunidades semiautónomas leales al zipa. La capital zipa se ha identificado con un gran sitio cerca de la actual Funza; se cree que fue un poblado muy concentrado de templos, palacios, almacenes y residencias de techos de palma. Económicamente, el Estado dependía de la producción de maíz, papas y quinoa que se cultivaban en campos alomados y en colinas escalonadas. La aristocracia que regía al Estado sacaba tributos de la población de comuneros, en especie y en trabajo, y cambiaba productos y textiles con las tierras bajas por el oro que necesitaba en sus ritos y para otros fines. Hay pruebas de que la élite chibcha ejerció una amplia hegemonía cultural mediante el desarrollo de un culto religioso basado en la adquisición privilegiada de saber sobrenatural esotérico.

Los taironas vivieron al norte de los chibchas en la Sierra Nevada de Santa Marta, que es un macizo montañoso cercano al Mar Caribe. Se cree que su organización política fue similar a la de los chibchas, pues sus varias comunidades semiautónomas constituían un dominio bajo un gobernante supremo. Estos gobernantes vivían en grandes centros, de los cuales el sitio Buritaca 200 es un buen ejemplo; estuvo ocupado entre 1360 y 1635; ocupa unas cuatrocientas hectáreas a lo largo del borde de la

empinada Montaña Corea sobre la pendiente septentrional de la sierra. El centro comprende construcciones muy trabajadas de escalinatas, diques, caminos, muros de contención y terrazas que se encuentran en lugares diversificados para uso residencial, para trabajo, funciones públicas y ritos religiosos. El cultivo intensivo de las colinas escalonadas, que empleaba el riego y la rotación de los cultivos, proporcionaba la subsistencia básica de maíz, frijol, mandioca, batatas (camotes) y chile. Excavaciones en entierros han revelado alfarería fina y trabajos en oro.

Los chibchas, taironas y otras poblaciones de Colombia tuvieron un guerrar incansante, que además de tener un carácter ceremonial fue un medio de conseguir una buena posición relativa, amén de que también tuvo funciones económicas. Reichel-Dolmatoff ha observado que todas aquellas poblaciones de Colombia que habitaban regiones con baja precipitación pluvial que producían sólo una cosecha de maíz al año, buscaban invadir territorios más fértiles, con dos o tres cosechas anuales, con lo cual hacían de la línea isohigrométrica de 200 cm, "una frontera militar *de facto*" (1961: 86). La guerra proporcionaba también esclavos para trabajar los campos y para el servicio doméstico, para sacrificarlos y para canibalismo culinario.

En otras regiones fue común la pauta conforme a la cual se organizaron las comunidades locales con sus propios jefes en Estados mayores: las tierras bajas del Caribe, las islas de las Grandes Antillas y la Llanura Mojos en el sur de Bolivia. En las tierras bajas de Venezuela y en las islas del Caribe, estos dominios se edificaron sobre el cultivo del maíz y de la mandioca amarga, junto con los recursos marítimos. Los Estados de la Llanura Mojos cultivaron la mandioca dulce y el maíz en las sabanas colindantes con ríos, que delimitaron a fin de evitar inundaciones. Esta región estuvo en contacto con las mesetas andinas. Sabemos, por ejemplo, que los comerciantes mojos iban hasta el país de Aymara para cambiar plumas y telas de algodón por adornos e instrumentos de metal. Por esta ruta, los metales preciosos y el cobre de los Andes llegaron hasta la porción superior del río Paraguay, donde los conquistadores se enteraron de la existencia de un fabuloso reino situado al oeste, el Reino del Gran Mojo. La joyería inca de oro llegó también al río Ucayali como parte del comercio entre grupos de la montaña tropical.

Al este de los Andes se halla la lluviosa selva tropical del interior de la América del Sur, que fue poblada en gran medida por cultivadores de tumba-roza-y-quema que producían mandioca amarga (venenosa) y que obtenían proteínas por medio de la pesca y la caza. En general, esta población se organizó en grandes unidades corresidentes, que se hacían de miembros por medio de reglas de exogamia y de residencia posmarital. De este

modo la red de relaciones de parentesco se extendió a través de los grupos locales. Los líderes emprendían guerras, redistribuían comida y otros bienes y ayudaban en la solución de conflictos mediante el empleo del consenso. Con todo, carecían de un aparato institucionalizado para imponer sanciones. Las relaciones entre humanos y no humanos, codificadas en mitos, eran conceptualizadas como relaciones entre varias clases de fuerzas, que a su vez estaban controladas por chamanes que entraban en contacto con lo sobrenatural merced al uso de alucinógenos. A partir de la llegada de los europeos, las poblaciones de los bosques tropicales menguarían considerablemente por razón de enfermedades, correrías para atrapar esclavos, extracción de excedentes y genocidio descarado; por ello es muy probable que en 1400 hayan sido mucho más numerosos que en tiempos históricos.

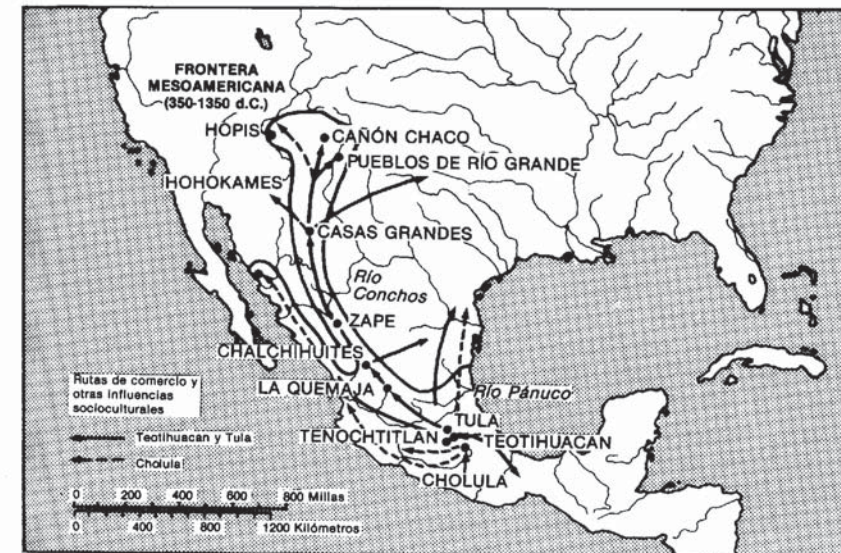
Hubo, al parecer, conexiones importantes entre los pueblos del bosque tropical y los de los Andes. Es probable que el bosque tropical haya sido la fuente de varios productos cultivados con éxito en la árida costa del Pacífico, por ejemplo, el boniato, la mandioca dulce y los cacahuates. A todo lo largo de la historia andina se intercambiaron los productos de las laderas orientales: productos tales como coco, plumas, pieles de jaguar, veneno para peces, y medicinas, eran cambiados por productos y artesanías de la meseta. Los incas no pudieron subyugar a las poblaciones de los bosques tropicales. Falló una guerra contra los jíbaros cazadores de cabezas, cuyo territorio era rico en placeres de oro. Igualmente, el empuje inca hacia el sudeste, hacia las tierras bajas, fue detenido en la región ocupada por los mosetenes.

Al sur de los Andes Centrales, en la faja árida del norte de Chile y Argentina, hubo pautas culturales de la meseta, primero en tiempos de los tiahuanacos y luego en tiempos de los incas. Se propagó la ganadería de las llamas y las cosechas se cultivaron en terrazas y en lugares con riego. Los atacameños cobraron fama por la amplitud de su comercio, gracias al cual se intercambiaban productos del litoral, tales como pescado y sal, por mercancías del altiplano, como tabaco y lana de llamas. Los diaguitas fueron famosos por su metalurgia, pero en su expansión en el territorio diaguita y también en el territorio de los picunches, más al sur, los incas buscaron metales preciosos: oro, plata y cobre. Los incas incorporaron a su imperio a los picunches de habla araucana, en tanto que los mapuches y huilliches del sur, también de habla araucana, resultaron inconquistables. Estos pueblos, cultivadores de papas y criadores de llamas, estaban organizados en linajes locales autónomos federados con soltura bajo el mando de jefes guerreros. En los húmedos bosques de hayas y cedros del sur del río Bío-Bío, llegaban a su término meridional las pautas eco-

lógicas y políticas andinas; a partir de aquí fallaron los empeños incas por avanzar más al sur.

Mesoamérica

En Mesoamérica, nuestro observador del año 1400 encontraría una escena de una fragmentación política mayor que la de la región andina. En el siglo I d.c., Teotihuacan, un gran centro de autoridad en el Valle de México, estableció su hegemonía sobre una amplia región que por el sur llegaba cuando menos a Kaminaljuyú, cerca de donde hoy está la ciudad de Guatemala, y Tikal, en el corazón del boscoso Petén. En su apogeo, la ciudad de Teotihuacan albergaba en su precinto entre 150 000 y 200 000 personas; las áreas circunvecinas habían quedado casi despobladas. La tecnología agrícola que era su fundamento incluía con toda probabilidad riego por canales y avenamiento intensivo de las cercanas riberas lacustres aluviales. La ciudad controlaba grandes canteras de obsidiana y tenía innumerables talleres que producían utensilios de este material. Sin em-



Mesoamérica. (Adaptado de Weigand, 1978; cortesía del autor)

bargo, hacia 700 d.c. se había desintegrado ya el extensísimo sistema teotihuacano.

No se han comprendido bien las causas de este colapso. Se cree que los mecanismos políticos y religiosos del control de la población fallaron cuando la productividad agrícola alcanzó un límite crítico de expansión. De ahí en adelante la gente volvió a sus áreas rurales en números cada vez más grandes y se estableció en lugares cercanos a sus campos de cultivo; parece ser que al mismo tiempo se produjo una falla generalizada del sistema de comercio. Esto lo sugiere un movimiento centrífugo de bandas guerreras hacia el norte, en busca de la fuente de turquesas, y hacia el sur con rumbo a las tierras de plumas preciosas, de oro y de granos de cacao, que por ese entonces eran el medio fundamental del intercambio monetario.

La caída de Teotihuacan trajo consigo la declinación de las ciudades mayas de los bosques tropicales del Petén. Quizá también encontraron un límite crítico a la expansión de su avenida agricultura de campo. Es posible, asimismo, que hayan concentrado en exceso la población de los complejos urbanos. O, como Rathje ha sugerido, quizá los productores de obsidiana y de basalto de la periferia de la región maya se decidieron a dejar de ser los proveedores de estos artículos (que no había en los centros mayas) a cambio de indulgencias religiosas; tal vez quisieron hacerse del control de las redes de intercambio de mercancías preciosas.

Después de la caída de Teotihuacan, varias élites guerreras, enarbolando símbolos varios de legitimidad política, se apropiaron del patrimonio de la ciudad. Tales Estados sucesores se disputaron los despojos y se lanzaron en diversas direcciones en busca de nuevos horizontes. Por un tiempo breve el centro de gravedad del interior de Mesoamérica se mudó al norte, al parecer a Tula, fuera del Valle de México. Tula llegó a ser la capital de un dominio tolteca, que más que un "imperio" integrado fue un epicentro de grupos de guerreros, comerciantes, cultivadores y sacerdotes que empleaban el nombre tolteca y sus símbolos como cartas de conquista y colonización. Algunos grupos emigraron muy al norte y con ellos llevaron la agricultura a la región árida situada al norte de la meseta mexicana. Se cree que los colonos o comerciantes toltecas, en su búsqueda de turquesas, alumbre, sal, incienso y cobre en bruto llegaron hasta el lugar que hoy ocupa el suroeste de Estados Unidos.

Otros grupos se desplazaron hacia el sur y conquistaron Nicaragua, la meseta de Guatemala y Yucatán. En este último lugar, una banda guerrera de putunes que hablaban chontal y procedían de la parte baja de Tabasco, se hizo del control del territorio en el siglo XII y estableció su capital en Chichén Itzá. Quizá todo esto no haya sido otra cosa que un in-

tento por dominar el comercio de sal, telas de algodón, miel, incienso de copal y esclavos de Tabasco que se enviaban a Honduras, llevando en el viaje de regreso cacao, oro, jade y obsidiana de la América Central. Parece que estos putunes se aliaron en Tula con los toltecas del altiplano. Cuando después de 1200 declinó Tula, también se eclipsó el Chichén-Itzá controlado por los putunes. Un grupo putún se mudó a un nuevo centro, el de Mayapán, y ahí permaneció hasta que esta ciudad se desplomó también a mediados del siglo XV y dio origen a una multitud de minúsculos Estados guerreros.



Mural del Templo de los Guerreros, Chichén Itzá, Yucatán, hacia 1200 d.C., que representa guerreros en botes, aldeanos llevando su vida diaria y un ofertorio (arriba a la derecha). (Cortesía del Museo Norteamericano de Historia Natural, Nueva York)

En el mismo Valle de México, el centro mesoamericano, nuestro visitante habría presenciado conflictos y luchas entre cinco Estados diferentes, cada uno dominado por una élite independiente. Azcapotzalco, una de estas ciudades-Estados, gobernada por un grupo tepaneca de habla otomí, iba haciéndose de más y más poder. Sin embargo, es muy poco probable que alguien hubiera predicho en esos días la destrucción de esta ciudad, treinta años después, a manos de los aztecas (o colhuas-mexicas, como se les llama con más propiedad), que por entonces no eran más que una banda de mercenarios al servicio de los tepanecas.

América del Norte

Con posterioridad al año 1000, dos corrientes de influencia mesoamericana penetraron en la América del Norte. Una de ellas, tal vez llevada por colonos y mercaderes "toltecas", penetró en el seco sureste de Estados Unidos. Ahí, los recién llegados influyeron sobre los hohokams, que vivían en tierras de riego situadas en la cuenca del río Gila, y sobre los anasazis de la meseta del Colorado, famosos por sus complejos de muchas casas basados en cultivos intensivos por riego y terrazas. La mayor parte del arte ceremonial del suroeste norteamericano se deriva del fin del periodo tolteca (hacia 1300 d.c.) y parece ser una fusión del culto mesoamericano del dios de la lluvia con tradiciones religiosas locales (Kelley, 1966: 107-108). Sin embargo, poco después se contrajeron fuertemente las fronteras de la vida sedentaria, a medida que la cada vez más intensa aridez y la guerra dificultaban ocupar terrenos agrícolas marginales.

A la extensión de la influencia mesoamericana en el noroeste, en el interior del desierto, correspondió un avance en el noreste, hacia bosques tibios y húmedos y embalses fluviales cerca de la confluencia de los ríos Misisipí, Missouri y Ohio. A la cultura resultante se le llamó misisipiana. A diferencia de lo ocurrido en el árido oeste, donde se puede reconstruir la ruta que siguieron los prototipos mesoamericanos en sus pautas de colonización, nada es lo que sabemos de la ruta seguida por la influencia mesoamericana en su marcha hacia las riberas del Misisipí. Las grandes plataformas escalonadas dispuestas alrededor de plazas y con templos en ellas, las residencias de las élites y otros edificios, muestran una relación genérica con características que se hallan en México, cosa que también muestran algunas notables presentaciones artísticas como ojos alados lloviendo, manos humanas con ojos o cruces en ellas y cráneos y huesos humanos muy largos, asociados con la llamada "cultura del sur de Estados Unidos".

Sin embargo, paralelos precisos solamente se dan en técnicas de cerámica y mutilaciones dentales. Se ha sugerido la existencia de contactos con comerciantes mesoamericanos de largas distancias, por ejemplo, los pochtecas aztecas, para explicar rasgos mesoamericanoides; sin embargo, no está claro qué buscarían esos comerciantes en los bosques del oriente de Estados Unidos.

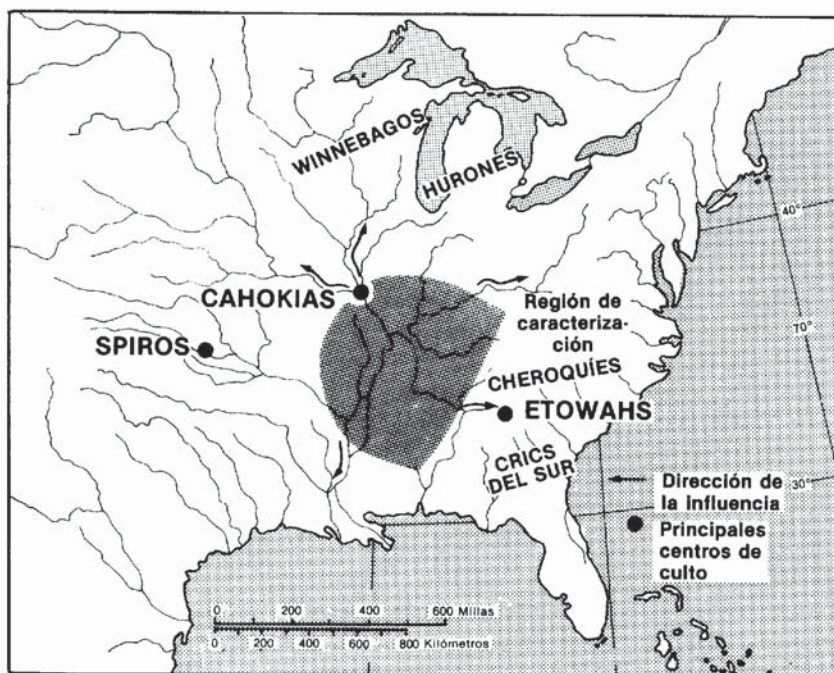
Los misisipianos vinieron después de una cultura más antigua conocida como de túmulos mortuorios. Este nombre se debe a la costumbre de enterrar a los muertos bajo túmulos con mercancías sepulcrales jerarquizadas llegadas de regiones tan distantes entre sí como Wyoming y la Costa Oriental. Estas mercancías nos hablan de la presencia de un estrato de

alto rango, que se comunicó por territorios muy amplios mediante un sistema común de símbolos. Pese a esta amplia interacción, los sistemas alimentarios locales eran muy variados, pues incluían fauna y flora y cultígenos locales (como el girasol y la cizaña de los pantanos), así como maíz.

Por el contrario, los misisipianos dependían mucho del cultivo del maíz, de la calabaza y del frijol. Sobre esta base de subsistencia se edificó una pauta de establecimiento que se centró en grandes poblados, con templos elevados y plazas, que estaban rodeados por poblados menores con montículos, rodeados a su vez por aldeas sin montículos. Colonias de misisipianos se desplazaron hacia afuera, partiendo del centro de Cahokia (cerca del actual St. Louis) y llegaron hasta Wisconsin y Georgia. Estos migrantes llevaron consigo el culto meridional, que al igual que los antiguos túmulos mortuorios acentuó los entierros pródigos, dando especial acento a las proezas del difunto en la guerra. Quizá el culto tuvo funciones políticas importantes. Spiro Mound, en Oklahoma, uno de sus sitios más importantes, parece haber sido un "centro de mando del cual los descendientes políticamente importantes del difunto a quien se rendía homenaje obtenían su poder ideológico" (Brown, 1975:15). Las materias primas de este arte mortuario, tales como cobre y conchas, provenían de un radio muy amplio que abarcaba desde el norte del Lago Superior a los cayos de Florida.

Extendiéndose centrífugamente a partir del Valle del Misisipí Central, los misisipianos encontraron y afectaron culturas del tipo del túmulo mortuario. Al declinar su poderío hacia el 1300, debido tal vez a una guerra intensa, resurgieron estas culturas regionales, que fueron antecedentes de varios de los grupos que encontraron los europeos a su llegada: los iroqueses, en las fuentes del Ohio; los cheroquíes en la parte sur de los Apalaches; los natchez en el bajo Misisipí; y los pawnes, mandanos y otros "indios de aldeas" sobre el Missouri, donde se aunaba el cultivo centrado en las aldeas y la cacería anual de verano del bison. Los iroqueses y los "indios de las aldeas" ocuparían un lugar destacado en el comercio de pieles (capítulo vi), y los cheroquíes serían desplazados durante el desarrollo del Sur Algodonero (capítulo ix). Por su parte, los natchez desaparecerían. Su complejo sistema de estratificación —en un linaje real de "Solcs" que giraban sobre un Gran Poblado, dos linajes colaterales jerarquizados de nobles y una categoría de comuneros llamados "despreciables"— parece haber sido resultado del contacto entre misisipianos y una antigua tradición del Golfo similar a la caribe. Los franceses diezmaron a los natchez en el siglo xviii, pues vendieron a muchos como esclavos en las Indias Occidentales; sus restos se unirían a los crics y cheroquíes. Sin embargo, perdura-

rían en la imaginación de los europeos, por gracia de la fantasiosa novela de Chateaubriand llamada *Atala*.



Expansión misisipiana

Así pues, nuestro viajero del año 1400 habrá presenciado una gran fragmentación política en las dos regiones de "alto contorno" de las Américas, así como una guerra general entre los gobiernos colindantes con las zonas de influencia andina y mesoamericana. Más allá de la faja de pequeños Estados y federaciones guerreras adyacentes a las dos regiones centrales había otras regiones de horticultura, en los bosques tropicales de la América del Sur y en los bosques nororientales de la América del Norte.

Cuando los cultivadores de tumba-roza-y-quema penetraron en estas zonas, chocaron con cazadores y recolectores, que se retiraron a zonas marginales. Era muy variado el uso que estos recolectores de comida daban a los recursos disponibles en estos medios. A lo largo de los litorales oceá-

nicos de ambas Américas, grupos tales como los cazadores de la zona circumpolar, los pescadores y cazadores de mamíferos marinos de la costa norteamericana del Pacífico y los recolectores de crustáceos del archipiélago chileno explotaban y aprovechaban los recursos del mar. En las montañas y estepas no utilizadas por los cultivadores, otros grupos buscaban caza y plantas silvestres, como lo hacían los cazadores del bosque boreal, los recolectores de bellotas y semillas de la América Árida desde la montuosa California hasta la frontera mesoamericana, y los cazadores de guanacos y ñandúes del Chaco y de la pampa sudamericanos. Otras veces se extendieron hacia zonas cultivables, donde desafiaron a los cultivadores, como ocurrió en la América Árida después de la caída de Teotihuacan, y otros más explotaron zonas no aptas para el cultivo con las técnicas agrícolas de aquellos días; se mantuvieron en estos hábitats hasta la llegada de los europeos.

En este mundo del 1400 por doquier había poblaciones interunidas. Grupos que se definían a sí mismos como culturalmente distintos estaban vinculados por parentesco o por alianza ceremonial; los Estados se expandían e incorporaban otros pueblos en estructuras políticas más amplias; los grupos elitistas se sucedían unos a otros, se hacían del control de poblaciones agrícolas y establecían nuevos órdenes políticos y simbólicos. El comercio tejía redes que iban del este de Asia al Levante, que cruzaban el Sahara, del este de África hasta el Océano Índico, y luego al archipiélago del Asia Sudoriental. El Nuevo Mundo también se caracterizó por conquistas, incorporaciones, re combinaciones y comercio. En ambos hemisferios las poblaciones chocaban unas con otras, cruzaban límites sociales permeables, creaban entidades intermedias, entretejidas social y culturalmente. Las sociedades aisladas que existían eran fenómenos temporales: un grupo empujado al borde de una zona de interacción y abandonado a sus fuerzas por un breve momento. Es decir, que el modelo de los científicos sociales de sistemas distintos y separados, y de un presente etnográfico de "precontacto" intemporal, no corresponde adecuadamente a la situación existente antes de la expansión europea; menos aún podría abarcar el sistema mundial de vínculos que se crearían por medio de esa expansión.

En su viaje, todavía no acompañamos a nuestro amigo a Europa, que por esos días se disponía a lanzar su expansión allende los mares. Por un tiempo muy largo, Europa fue de muy poco influjo para el resto del mundo; los árabes la llamaban "la tierra de los francos de los mares occidentales". Los portugueses, que fueron los primeros europeos en llegar a Asia, fueron conocidos en Malaya con el nombre de *Feringhi*, y de *Fo-*

lang-ki en China. Gradualmente, los chinos aprendieron a distinguir entre los portugueses y los jesuitas de "I-ta-li" que vivían en el Macao portugués, y entre los holandeses (*Ho-lan*) y los ingleses. Al otro extremo del mundo el gobernante azteca se preguntaba si los recién llegados españoles eran dioses u hombres, pese a que un líder guerrero tlaxcalteca de mente empírica resolvió el problema manteniendo a un español bajo el agua hasta que se murió como cualquier otro mortal. En el Pacífico a los europeos se les fue conociendo con el nombre de cookies, por el capitán Cook. La rapidez e intensidad con que estos "bárbaros de fuera, pelirrojos y altivos" se impusieron en diferentes partes del mundo requiere que echemos una ojeada muy especial a Europa, de lo cual nos ocuparemos en el capítulo iv.

III. MODOS DE PRODUCCIÓN

EN NUESTRO recorrido por el mundo del 1400 hemos dejado que nuestro viajero imaginario vagara entre poblaciones de cuatro continentes. De paso esbozamos los diferentes sistemas sociales y los variados modos culturales de ver que Europa encontraría tiempo después en el curso de su expansión. Para apreciar analítica y descriptivamente las características de esta variabilidad, emplearemos el concepto marxista del "modo de producción". Primero analizaremos las premisas del concepto y luego delinearemos modos que nos permitirán señalar los procesos centrales que operaron en la interacción de los europeos con la mayoría de los pueblos del mundo.

PRODUCCIÓN Y TRABAJO SOCIAL

Al formular el concepto de modo de producción, Marx empezó con dos sobreentendidos axiomáticos de la condición humana, que son también axiomas de la antropología moderna. El primero ve a la especie *Homo sapiens* como parte de la naturaleza; el segundo define al *Homo* como una especie social y a sus miembros individuales los ve ligados a otros en relaciones sociales. La especie humana es resultado de procesos naturales; al mismo tiempo, la especie es social por naturaleza.

Sin embargo, esta especie no es un simple producto pasivo de procesos naturales; en el curso de la evolución ha adquirido también la aptitud de transformar la naturaleza para su propio uso. Si la humanidad es a la naturaleza una parte del todo, eso quiere decir que esa parte del todo ha adquirido la aptitud de enfrentar al todo que la engloba; o, en palabras de Marx, "el hombre enfrenta el material de la naturaleza como una de sus propias fuerzas. . . [Al] cambiarla, cambia al mismo tiempo su propia naturaleza" (citado en Schmidt, 1971: 77-78). Esta relación activa de la especie con la naturaleza, aunque fincada en características biológicas, se pone en práctica por medios exosomáticos de tecnología, organización e ideas. El hombre se yergue frente a la naturaleza por medio de lo que hoy día llamamos cultura.

El segundo axioma de Marx destaca la sociabilidad de la humanidad. Los humanos existen en pluralidades organizadas. Más todavía, la forma en que están organizados socialmente rige la forma en que enfrentan y transforman a la naturaleza y, a su vez, la naturaleza así transformada afecta la arquitectura de los vínculos sociales humanos. En palabras de

Marx, "la relación restringida del hombre con la naturaleza determina la relación restringida de unos con otros, y la relación restringida de unos con otros determina la relación restringida del hombre con la naturaleza" (citado en Colletti, 1973: 228).

¿Existe un concepto que nos permita entender esta conexión compleja entre una humanidad interrelacionada socialmente y la naturaleza? Marx halló este concepto en su tesis de lo que es el trabajo. Es mediante el trabajo como la humanidad adapta y transforma la naturaleza a su propio uso. Por tanto, "el proceso de trabajo... es la condición general del metabolismo entre el hombre y la naturaleza; es la sempiterna condición que la naturaleza impone a la existencia humana" (citado en Schmidt, 1971: 136). Pero el trabajo es siempre social, porque siempre es una pluralidad social organizada la que lo moviliza y despliega. Es decir, que Marx trazó una distinción entre *work* y *labor*.* El trabajo (*work*) representa la actividad de individuos, aislados o en grupos, que dedican energía para producir energía; pero el trabajo (*labor*) y el proceso de trabajo es, a su juicio, un fenómeno social, realizado por individuos vinculados unos a otros dentro de una sociedad.

Este concepto de trabajo como un proceso social llevado a cabo por una pluralidad organizada no pudo ser concebido mientras diferentes tipos de trabajo —cultivar, hilar, orar— fueran vistos como cualitativamente diferentes. Sólo cuando diferentes tipos de trabajo fueron incluidos bajo el común denominador de dinero, "el trabajo en general" llegó a ser concebible. Marx atribuyó a Adam Smith la primera enunciación de este concepto, observando que este "inmenso paso hacia adelante" ocurrió precisamente cuando diferentes tipos de trabajo se habían vuelto intercambiables (*Gr.*, 1973:104), es decir, después del comienzo del capitalismo. Sin embargo, la utilidad del concepto trasciende sus orígenes históricos particulares. En cuanto uno puede hablar de trabajo en general puede empezar a visualizar cómo cualquier sociedad humana organizada activa este proceso y comparte sus productos.

Así pues, entender cómo los humanos transforman la naturaleza para su uso no termina con la descripción y análisis de la interacción tecnambiental. El trabajador, el productor directo, nunca es un Robinson Crusoe aislado sino alguien que siempre está en relación con otros, como

* En una nota a la 4ª ed. de *El capital* escribe F. Engels: "El idioma inglés tiene la ventaja de poseer dos términos distintos para designar estos dos aspectos distintos del trabajo. El trabajo que crea valores de uso y se determina cualitativamente recibe el nombre de *work*, para distinguirlo del trabajo que crea valor y sólo se mide cuantitativamente, al que se da el nombre de *labour*" (México, Fondo de Cultura Económica, 1972, p. 14 *infra*). En español se carece de tal ventaja, por lo que en uno y otro caso se traduce como *trabajo*. [Ed.]

pariente, siervo, esclavo o jornalero. Del mismo modo, a los controladores del trabajo social no debe vérselos como técnicos que guían las operaciones técnicas del trabajo. Sus puestos se los asigna el sistema de despliegue de trabajo social, que los sitúa en el papel del pariente más anciano, jefe, amo señorial o capitalista. Es este concepto de movilización social, de despliegue y de ubicación del trabajo lo que nos permite entender cómo la transformación técnica de la naturaleza se conjunta con la organización de la socialidad humana.

Marx adoptó el término *producción* para designar este conjunto complejo de relaciones mutuamente dependientes entre naturaleza, trabajo, trabajo social y organización social. Con esta acepción usaremos el término en esta obra. Debido a que el uso moderno suele restringirlo exclusivamente a la tecnología, es importante no perder de vista los antecedentes que lo produjeron. Marx empleó su concepto de producción para contrarrestar su perspectiva con el concepto de Hegel de *Geist* ("Espíritu"). Tiene, por tanto, sus matices de confrontación de Marx con el idealismo hegeliano. Para Hegel las diversas transformaciones humanas de la naturaleza representaban concretizaciones sucesivas del Espíritu o Mente ("modelos de" y "modelos para"). El uso que hace Marx de *producción* contrasta también con el materialismo contemplativo de Feuerbach, quien ha criticado a Hegel que trate al pensamiento como algo trascendental en vez de como un atributo de la humanidad natural. Sin embargo, no tomó en cuenta ni la socialidad humana ni la confrontación humana con la naturaleza. Marx, en cambio, destacó la actividad de la humanidad organizada socialmente en un sentido doble —activa, al cambiar la naturaleza y al crear y re-crear los lazos sociales que efectúan la transformación del medio. Para él, el término *producción* expresaba tanto esta participación activa con la naturaleza como la concomitante "reproducción" de lazos sociales.

Es también importante subrayar que el concepto marxista de producción incluye su hincapié en que la especie humana produce no nada más con la mano sino también con la cabeza. En contraste con otros animales, los humanos conceptualizan y plancan el proceso de trabajo. O sea, que trabajo presupone intencionalidad y, por consiguiente, información y significado. Así como trabajo siempre es trabajo social, así también información y significado son siempre sociales. Tal como lo enuncia Marx, el pensamiento no desciende desde lo alto y entra al mundo real; pensamiento y lenguaje "no son más que manifestaciones de vida real" (citado en Colletti, 1973: 225). El trabajo social de mano y cabeza es necesario para habérselas con la naturaleza; a su vez, el despliegue de trabajo social reproduce los vínculos materiales e ideacionales de la socialidad humana.

Modos de producción

Vemos, pues, que el concepto de trabajo social permite conceptualizar las formas principales en que los humanos organizan su producción. Cada gran forma de hacerlo constituye un modo de producción —un conjunto concreto, que ocurre históricamente, de relaciones sociales mediante las cuales se despliega trabajo para exprimir energía de la naturaleza por medio de utensilios, destrezas, organización y conocimiento.

¿Qué modos hay de desplegar el trabajo social? El propio Marx habló de un número de modos diferentes: un modo original, primitivo y comunitario, concebido según el modelo de comunismo primitivo de Morgan; el modo esclavista de la antigüedad europea clásica; un modo germánico, supuestamente característico de los pueblos germánicos en sus primeras migraciones; un modo eslavo, que se supone fue característico de los primeros eslavos; un modo campesino; un modo feudal; un modo asiático; un modo capitalista. No todos están basados en criterios equivalentes. Tal vez algunos nunca fueron modos primarios, sino accesorios o suplementarios; otros representan extrapolaciones de interpretaciones históricas que hoy se juzgan erróneas.

Para los fines de esta obra no importa si Marx estuvo o no en lo cierto, o que debiera haber postulado dos, ocho o quince modos de producción, o si otros modos debieron estar en lugar de los que él propuso. La utilidad del concepto no radica en el terreno de la clasificación sino en su capacidad para destacar las relaciones estratégicas que intervienen en el despliegue del trabajo social por parte de pluralidades humanas organizadas.

En vista de que lo que pretendemos es estudiar la propagación del modo capitalista y su repercusión sobre porciones del mundo en que el trabajo social se ubica diferentemente, sólo proyectaremos aquellos modos que nos permiten mostrar este encuentro del modo más circunscrito. Por esta razón sólo definiremos tres: un modo capitalista, un modo tributario y un modo ordenado conforme al parentesco. No sostenemos que esta trinidad agote todas las posibilidades. Para otros problemas y cuestiones puede resultar útil construir otros modos estableciendo otras distinciones, o bien, agrupar de un modo diferente las distinciones que hemos establecido aquí.

Tampoco queremos sostener en el presente contexto que estos tres modos representen una secuencia evolutiva. Aunque es verdad que exploraremos ciertas relaciones históricas entre modos, es tesis principal de esta obra que la mayor parte de las sociedades estudiadas por los antropólogos son resultado de la expansión de Europa y no los precipitados prístinos de

etapas evolutivas pasadas. Esta postura se extiende a las advertencias hechas por otros autores contra la equiparación irrestricta de bandas, tribus o jefaturazgos descritos por observadores a partir de 1400 con las sociedades que existían antes de la expansión europea e inclusive antes del surgimiento del Estado (Service, 1968: 167; Fried, 1966, 1975). Fried ha sostenido resueltamente que la "tribu" es "un fenómeno sociopolítico secundario hijo de la intersección de sociedades ordenadas más complejas, en particular, Estados" (1975: 114). Creo que todas las sociedades humanas de que tenemos registros son "secundarias", y con frecuencia terciarias, cuaternarias o centenarias. El cambio cultural o la evolución cultural no operan sobre sociedades aisladas sino siempre sobre sistemas interconectados en los cuales las sociedades están vinculadas de modos diversos con "campos sociales" más amplios. Una de las ventajas del concepto de modo de producción radica precisamente en que nos permite visualizar relaciones tanto intersistémicas como intrasistémicas. Usaremos ese concepto para poner de relieve los modos cambiantes en que un modo, el capitalismo, interactuó con otros modos para lograr su dominio actual. En este proceso participaron igualmente iroqueses, asantes, tamiles y chinos así como barbadianos, neolingües y polacos. El proceso vinculó víctimas y beneficiarios, contendientes y colaboradores.

Los tres modos que empleamos no deberán considerarse como esquemas para encasillar sociedades. Los dos conceptos —modo de producción y sociedad— pertenecen a diferentes niveles de abstracción. El concepto de sociedad arranca de relaciones reales o imputadas entre personas. En cambio, el concepto de modo de producción trata más bien de revelar las relaciones político-económicas que fundan, orientan y constriñen la interacción. Este tipo de relaciones clave puede caracterizar solamente una parte de la gama total de interacciones que ocurren dentro de una sociedad; pueden abarcar toda una sociedad, o trascender sistemas de interacción social particulares, constituidos históricamente. Usado comparativamente, el concepto de modo de producción llama nuestra atención hacia variaciones importantes en arreglos político-económicos y nos permite visualizar su efecto. Pero sobre todo, el uso del concepto nos permite adentrarnos en lo que ocurre en encuentros de sistemas de interacción constituidos diferentemente —sociedades— fundados en modos de producción diferentes.

Empezaremos nuestra exposición con el modo capitalista, pese al hecho de que se desarrolló después de los otros, en el curso del siglo xviii. En el análisis de este modo, Marx fundamentó sus conceptos generales; nosotros lo seguimos en su convicción de que entender cómo obra este modo nos dará la clave para entender los demás.

EL MODO CAPITALISTA

Marx dedicó la mayor parte de su vida a analizar el modo de producción capitalista. Lo hizo, ciertamente, para entenderlo de modo tal que le ayudara a darle fin. Según él, ¿cuáles eran sus características sobresalientes?

De acuerdo con Marx, el modo capitalista nació cuando a la riqueza monetaria se le permitió comprar fuerza de trabajo. Esta aptitud específica no es atributo inherente de la riqueza en sí; evoluciona históricamente y requiere la presencia de ciertos requisitos. La fuerza de trabajo no es en sí una mercancía creada para ofrecerse en el mercado. Es un atributo de los humanos, una aptitud del *Homo sapiens*. Mientras la gente tenga a su alcance los medios de producción (utensilios, recursos, tierra), y los use para proveer a su sostenimiento, independientemente del dispositivo social que se use, no hay razón imperiosa para que venda a otro su capacidad de trabajo. Para que la fuerza de trabajo se ofrezca en venta, el lazo entre productores y medios de producción deberá romperse definitivamente. Esto significa que quienes tienen la riqueza deben poder adquirir los medios de producción y negar acceso a ellos, excepto en sus propios términos, a todos los que quieran operarlos. Y a la inversa, la gente a quien se niega acceso a los medios de producción debe acercarse a quienes hoy controlan los medios y negocian la autorización para operarlos. A cambio, reciben salarios que les permiten pagar por lo que necesitan para sostenerse. Sin duda, en el modo capitalista la producción determina la distribución. Quienes poseen los medios de producción pueden retener los artículos producidos; y quienes producen las mercancías deben comprarlas a los dueños de los medios de producción. Por otra parte, los medios de producción sólo circulan entre aquellos que tienen capital para adquirirlos. Quienes carecen de capital y deben vender su fuerza de trabajo carecen también de medios de producción. Así pues, la forma en que el modo encauza el trabajo social a la transformación de la naturaleza gobierna también la forma en que los recursos usados y obtenidos se distribuyen entre productores y no productores. Las corrientes de recursos, incluyendo el ingreso, no son, como escribió hace poco un antropólogo orientado hacia la ecología (Love, 1977: 32), el análogo humano de la forma en que los organismos biológicos capturan la energía. Entre la gente y los recursos se interponen las relaciones estratégicas que rigen el modo de asignar trabajo social a la naturaleza.

Los dueños de riquezas que hoy en día tienen en sus manos los medios de producción, no tendrían razón alguna para contratar trabajadores que sólo produjeran lo suficiente para cubrir los costos de sus salarios y prestaciones. En el curso de una jornada de trabajo, los obreros producen

más que el costo de sus salarios; producen un excedente, el cual, dentro de las condiciones del modo capitalista, pertenece a quien tiene la riqueza, el capitalista, cuyos medios de producción operaron sus obreros. A mayor excedente, mayor el índice de la utilidad obtenida por el capitalista medido en comparación con sus desembolsos por fábrica, recursos y trabajo.

De dos formas pueden los capitalistas aumentar este excedente; uno es mantener bajos los salarios o reducirlos al punto más bajo posible, biológica o socialmente. El otro es elevar el nivel del excedente producido por encima del monto que debe pagarse por fuerza de trabajo, elevando para ello el rendimiento de los obreros durante un periodo dado de trabajo. Estos aumentos en la productividad requieren mejoras en la tecnología y en la organización de la producción. Dichos imperativos producen presiones inexorables, aguijonean a los capitalistas a seguir acumulando capital y a mejorar y renovar la tecnología. Cuanto mayor es el capital a su disposición, mayor es su aptitud para elevar la productividad tecnológica; y, consiguientemente, mayor su aptitud para acumular excedentes adicionales con los que ensanchar más la producción, dejar atrás la producción de sus competidores, vender más barato que los que no invierten en nueva tecnología o que quieren enfrentar la competencia colocando cargas mayores sobre quienes trabajan para ellos.

Se ve que el modo capitalista tiene tres características entrelazadas, a saber: los capitalistas retienen el control de los medios de producción; segunda, a los trabajadores se les niega el acceso independiente a los medios de producción y deben vender su fuerza de trabajo a los capitalistas; y tercera, la maximización de los excedentes producidos por los trabajadores con los medios de producción de los capitalistas trae consigo "acumulación incesante a la cual acompañan cambios en los métodos de producción" (Sweezy, 1942: 94; Mandel, 1978: 103-107).

Sin embargo, estas características deben ser entendidas no sólo sincrónica sino también históricamente, como facetas del desarrollo de un modo que tuvo orígenes determinados en el tiempo y que se desarrolla a lo largo del tiempo. Se trata de un punto crucial: la riqueza en manos de quienes la tienen no es capital sino hasta que controla medios de producción, compra fuerza de trabajo y la pone a trabajar, acrecentando continuamente los excedentes mediante la intensificación de la productividad merced a una curva siempre creciente de insumos tecnológicos. Para ello el capitalismo debe controlar la producción, invadir el proceso productivo y alterar incesantemente las condiciones mismas de la producción. Mientras la riqueza permanezca siendo externa al proceso de producción, mientras se limite a desnatar los productos de los productores primarios y a obtener sus utilidades vendiéndolos, esta riqueza no es capital.

Quizá sea riqueza obtenida y acrecentada por señores o mercaderes, pero aún no ha entrado en lo que Marx llamó "la senda verdaderamente revolucionaria" de apropiación y transformación de los medios de producción en sí (Cap., III, 1967: 334). Únicamente cuando la riqueza se ha hecho de las condiciones de producción en las formas especificadas podemos hablar de la existencia o dominio de un modo capitalista. Esto quiere decir que no hay capitalismo mercantil. Sólo hay riqueza mercantil; para que el capitalismo sea tal deberá ser capitalismo-en-la-producción.

Así concebido, el modo de producción capitalista se basa, por fuerza, en una división de clases. Inicia una división entre segmentos de la población que producen excedentes y segmentos de la población que controlan los medios de producción; continuamente re-crea tal diferenciación, y al mismo tiempo diferencia internamente a cada clase. En la carrera por una productividad mayor, los propietarios de los medios de producción se diferencian en victoriosos y vencidos. En el movimiento continuo entre la génesis de nuevas fuentes de producción de excedentes y de recesión renovada, la fuerza del trabajo pasa del empleo pleno al subempleo y al desempleo. De hecho los dos procesos de diferenciación están vinculados, pues los tenedores de acciones de capital están obligados de continuo a buscar nuevas fuentes de trabajo barato y dócil, o en caso contrario a sustituir con máquinas, trabajo costoso o indócil.

El crecimiento de este capitalismo-en-la-producción es un proceso histórico de desarrollo, que se originó en ciertas áreas de Europa; al crecer se esparció en otras regiones fuera de Europa. Su crecimiento se debió a su aptitud para reproducirse a sí mismo en una escala siempre creciente; también se debió a que logró acuerdos de trabajo con otros modos, a que se atrajo riqueza y gente y las convirtió en capital y fuerza de trabajo. Fue por esto que el modo capitalista mostró siempre un carácter doble: la aptitud para desarrollarse internamente y ramificarse, implantando sus nexos estratégicos de relaciones por toda la faz de la tierra; y la aptitud para tener relaciones de simbiosis y de competencia, temporales y cambiantes, con otros modos. Estas relaciones con otros modos constituyen parte de su historia y desarrollo. Vemos que la dinámica interna del modo capitalista quizá lo predisponga a la expansión externa y, por tanto, a intercambios con modos que son diferentes a sí mismo.

EL MODO TRIBUTARIO

En el mundo de 1400 las grandes regiones agrícolas visitadas por nuestro viajero imaginario estaban en manos de Estados basados en la extracción

de excedentes por gobernantes políticos o militares, producidos por productores primarios. Tales Estados representan un modo de producción en el cual al productor primario, sea cultivador o pastor, se le da acceso a los medios de producción, a la vez que, por medios políticos o militares, se le saca un tributo. He aquí cómo caracteriza Marx los atributos clave de este modo:

Asimismo es evidente que bajo todas las formas en que el trabajador directo es "poseedor" de los medios de producción y condiciones de trabajo necesarios para la producción de sus propios medios de subsistencia, la relación de propiedad tiene que manifestarse a la par como relación directa de dominio y de servidumbre y el productor directo, por consiguiente, como un hombre privado de libertad; carencia de libertad que puede ir desde la servidumbre de la gleba hasta el deber de abonar simplemente un tributo al señor. El productor directo se halla aquí, según el supuesto de que se parte, en posesión de sus propios medios de producción, de las condiciones objetivas de trabajo necesarias para la realización de su trabajo y para la creación de sus medios de subsistencia; efectúa su trabajo agrícola como la industria doméstico-rural con él relacionada, por su propia cuenta. . . . En estas condiciones, sólo la coacción extraeconómica, cualquiera que sea la forma que revista, puede arrancar a estos productores el trabajo sobrante para el terrateniente nominal. [Cap. III, 1967:790-791; p. 732 de la edición española del FCE, 1972.]

En otras palabras, bajo estas condiciones, el trabajo social es movilizado y encauzado a la transformación de la naturaleza mediante el ejercicio de poder y dominio, es decir, mediante un proceso político. En consecuencia, en este modo el despliegue del trabajo social es una función de la sede del poder político; diferirá según esta sede cambie de posición.

Es posible imaginar dos situaciones extremas: una en que el poder está concentrado fuertemente en las manos de una élite gobernante situada en la cima del sistema del poder, y otra en que el poder está más bien en manos de señores locales y en que el gobierno en la cima es frágil y débil. Estas dos situaciones definen un continuo de distribuciones de poder.

Será más fuerte la élite gobernante de aprovechadores de excedentes situada en la cima cuando controle, primeramente, algún elemento estratégico en el proceso de producción, digamos, obras hidráulicas (Wittfogel, 1931), y, en segundo lugar, algún elemento estratégico de coerción, por ejemplo, un ejército de capacidad militar superior. En este caso, los gobernantes desplegarán sus propios colectores de tributos sin necesidad de ayuda de los detentadores del poder local; podrán aflojar el agarre de los señores locales sobre los recursos y, consiguientemente, sobre los produc-

tores primarios de excedentes, y hacer que los señores dependan de ingresos que les den los gobernantes. En caso de lograr esto, también podrán inducir a los señores locales a pelear entre sí para obtener posiciones de privilegio en la fuente del ingreso. Tales gobernantes estarán en situación de limitar el poder de los comerciantes, de impedirles el acceso a los productores primarios del campo y evitar que financien en su propio beneficio a señores potencialmente rebeldes. Finalmente, un poder central así de fuerte podrá poner límites a organizaciones "populares" translocales, sean gremios, fincas, ligas o sectas religiosas. Al mismo tiempo, un gobierno central fuerte suele hallar apoyo entre el campesinado productor de excedentes, ya que los gobernantes centrales y los campesinos están unidos por un antagonismo común contra los intermediarios detentadores del poder y colectores de excedentes.

Y al contrario, el poder central será débil, y los detentadores del poder local fuertes, cuando los elementos estratégicos de producción así como los medios de coerción se hallen en manos de recolectores locales de excedentes. En tales casos, las figuras locales podrán interceptar el flujo de los tributos al centro, fortalecer su propio agarre sobre la tierra y la población que la trabaja, y formar alianzas propias, locales o regionales. Con frecuencia, sin embargo, tales alianzas estarán dirigidas no solamente contra el centro sino contra miembros de su propia clase, de lo cual resulta que las luchas faccionales se ramifican por todo el territorio, con lo cual se debilitará su posición como clase. A su vez, las luchas faccionales permiten a la élite central sobrevivir por medio de estratagemas de divide y vencerás. Paradójicamente, las luchas intestinas debilitan también la posición de los productores primarios, pues en ausencia de un control central fuerte deben buscar protectores contra la inquietud y la depredación.

En términos generales, estas dos situaciones corresponden a los conceptos marxistas de "modo de producción asiático" y "modo de producción feudal", a los que se presenta como opuestos perdurables y no cambiantes. Un término se adscribe a Europa y el otro a Asia. Sin embargo, la exposición precedente debe dejar en claro que estamos frente a resultados variables de la competencia entre clases de no productores por obtener el poder de la cima. En la medida en que estos resultados variables están totalmente anclados en mecanismos que ejercen "una presión que no es económica", tienen un aire de familia. (Vasiliev y Stuchevskii, 1967; Töpfer, 1967). Este parecido se cubre muy bien aplicando un término común a este modo: *modo de producción tributario*, que es el que usa Samir Amin (1973b).

El clasificar al feudalismo como un modo de producción aparte convierte a un breve periodo de la historia de Europa en un caso tipo contra

el cual deben medirse otros fenómenos "feudaloídes". Del mismo modo, el concepto de un modo de producción asiático en el cual una burocracia estatal centralizada domina comunidades aldeanas que no cambian, de indefensos campesinos, sufre también de una interpretación ahistórica e ideológica de la historia de Asia. En el mundo occidental, ha sido cosa común contraponer la libertad de Occidente con el despotismo de Asia; así lo hicieron, entre otros, Herodoto con referencia a ciudades-Estado griegas en sus luchas con Persia, o Montaigne y Voltaire que contrapusieron sociedades basadas en el contrato social con sociedades caracterizadas por multitudes gimiendo bajo un gobierno despótico. No obstante, nuestra descripción nos debe permitir delinear las variables que distinguen una situación tributaria de otra. De este modo, China, con su componente hidráulico fuertemente concentrado, representa claramente un conjunto de relaciones tributarias diferentes de las de la India, que dependía más bien de "depósitos" dispersos de riego, o de Irán, con su riego por medio de pozos o canales. Por otra parte, los Estados "asiáticos" fuertemente centralizados, con frecuencia se descomponían en oligopolios que recordaban al feudalismo; y controles más feudales y dispersos por parte de los detentadores locales del poder desembocan con el tiempo en un poder más centralizado y concentrado. El dar personalidad a fases débiles de Estados sasanianos, bizantinos o chinos Tang englobándolos en un modo de producción feudaloíde, y también a fases fuertes de esos mismos Estados para incluirlos en un modo asiático, erróneamente divide en dos modos de producción diferentes a simples oscilaciones que pertenecen al continuo de un solo modo.

Si la variación dentro del modo tributario depende de la organización del poder en Estados particulares, la operación del modo está determinada, al menos en parte, por el hecho de si un Estado es fuerte o débil en relación con otros Estados. Así por ejemplo, cambios de poder dentro de los Estados del norte de África y en el Asia occidental, central y oriental, se vincularon íntimamente con la expansión y contracción militar y política de poblaciones pastoriles-nómadas, y con un ensanchamiento y mengua de transferencia de excedentes por medio del comercio terrestre. Si es verdad que los modos no capitalistas, que dependen de la clase, utilizan "medios diferentes a los económicos" para la extracción de excedentes, se sigue de ahí que no es posible entender una extracción venturosa de excedentes únicamente en términos de una sociedad aislada; se trata, más bien, de una función de la organización cambiante del campo del poder (mayor) en cuyo seno está situado el conglomerado tributario.

En consecuencia, las sociedades históricas fundamentadas en el modo tributario tienden hacia la centralización o hacia la fragmentación, o bien,

oscilan entre estos dos polos. Presentan también una gran variación en la forma en que el tributo es recogido, hecho circular y distribuido. Sólo en los rarísimos casos en que el excedente es consumido *in situ* por el recolector y su cohorte, no hay procesos que hagan circular los excedentes social o geográficamente. Del mismo modo, son igualmente raros los casos en que todos los excedentes son llevados hacia arriba y redistribuidos hacia abajo a través de los escalones de una élite jerárquicamente organizada sin la participación de mercaderes o intermediarios comerciales. Parece ser que el gobierno inca andino se acercó mucho a esta forma; sin embargo, aun ahí hay indicios de que en regiones circunscritas del litoral peruano y ecuatoriano operaron mercaderes. Con mucho, lo más frecuente es que los excedentes se transfieran e intercambien por medio de transacciones de intermediarios comerciales.

Civilizaciones

Los campos sociales mayores constituidos por la interacción política y comercial de sociedades tributarias tuvieron sus contrapartes culturales en "civilizaciones", es decir, en zonas de interacción cultural que giraban sobre una sociedad hegemónica tributaria que era central en cada zona. Por lo común, esta hegemonía lleva en sí el desarrollo de un modelo ideológico por parte de una venturosa élite centralizada de tomadores de excedentes, que es reproducido por otras élites situadas dentro de una órbita de interacción político-económica más amplia. Aunque un modelo puede volverse dominante dentro de una órbita dada, como ocurrió con el modelo encarnado por la clase acomodada-docta china, la órbita civilizacional es también un terreno en que un cierto número de modelos coexisten o compiten en el seno de una amplia ordenación de símbolos, que encuentran sus referentes diferenciales en las cambiantes relaciones que se dan entre las sociedades tributarias que se hallan dentro de la órbita.

Una marca distintiva de estos modelos es que no solamente subrayan la posición relativa de los tomadores de excedentes y la distancia social que los separa del resto del pueblo, sino que también aducen validez y orígenes sobrenaturales. El emperador chino era el depositario del mandato del Cielo, a cuyo cargo estaba asegurar el equilibrio entre el Cielo y la Tierra; los estudiosos chinos portadores de la banda activaban ese mandato dando fuerza a las relaciones jerárquicas apropiadas. El *kraton*, o palacio, del gobernante del Asia Sudoriental era más que el centro del gobierno; era también la sede del ritual religioso que estaba a cargo del rey-dios y de su noble cohorte. El califa islámico es *emir el-mominin*, el Co-

mandante de los Fieles, el guardián de la ley y aquel que "ordena lo Bueno y prohíbe lo Malo" (Corán, III: 106). Entre los shonas los espíritus ancestrales del clan real del nembire unen al clan con dios, Mwari. En otros casos la relación del poder superordenado con el orden instituido sobrenaturalmente no es así de directa, pues puede tener sacerdotes intermedios. El rajá hindú se apega al *arta*, el principio egoísta y de utilidad, pero requiere los servicios del brahmán para instituir el *dharma*, que es el principio del orden natural. En el cristianismo, el rey gobierna por derecho divino, pero comparte el gobierno con el otro Poder Coordinado, la Iglesia. Sea monolítico o bifurcado, en todos estos casos el poder está inscrito en la estructura del universo.

Estos modelos ideológicos que corren paralelos al modo-tributario tienen ciertas características comunes. Rasgo típico es que ofrecen una representación jerárquica del cosmos, en la cual el orden sobrenatural dominante, que se deja sentir a través de los principales tenedores del poder, abarca y sujeta a toda la humanidad. Al mismo tiempo, el modelo ideológico desplaza la relación real entre tomadores-de-excedentes-detentadores-del poder y productores dominados hacia la relación imaginada entre la superior deidad y el inferior "súbdito" (véase Feuchtwang, 1975). De este modo el problema del poder público se transforma en un problema de moralidad privada, y al "sujeto" se le invita a hacer méritos manteniendo el orden por medio de la regulación de su propia conducta. Este desplazamiento lleva en sí, también, una contradicción. Si el poder público titubea y no se hace justicia, quedan en entredicho los vínculos ideológicos que ligan al sujeto con lo sobrenatural. Pierden legitimidad los gobernantes; el mandato del Cielo puede recaer en reclamantes alternos, o bien, la gente puede empezar a hacer valer las pretensiones de su moralidad segmental frente y contra el aparato oficial de mediación. Sin embargo, los argumentos esgrimidos en apoyo de estas pretensiones deberán centrarse en la índole del vínculo imaginario entre el sujeto y lo sobrenatural, no en la naturaleza de un dominio anclado en "medios diferentes a los económicos".

Riqueza mercantil

Como el modelo tributario apunta a relaciones clave por medio de las cuales se extraen excedentes, cabe también preguntarse cómo se distribuyen tales excedentes después de extraídos. En casi todos los casos, parte del excedente se pone en circulación y se intercambia. Desde mucho antes de 1400 los comerciantes traían y llevaban mercancías sobre amplios territorios, para lo cual usaban caravanas o barcos; como su venta les dejaba

buenas utilidades, acumulaban cuantiosas fortunas. Especialmente donde había sociedades tributarias en un campo más amplio creado por la competencia o la simbiosis entre entidades políticas rivales, el comercio de larga distancia en mercancías elitistas o de lujo era un fenómeno frecuente y muy desarrollado. Estas mercancías encarnaban los modelos ideológicos por medio de los cuales se afirmaba la superioridad, por lo que tenían un fuerte sabor político. He aquí cómo lo expone Jane Schneider:

La relación del comercio con la estratificación social no fue sólo que un grupo elevado se distinguiera por medio de la aplicación cuidadosa de leyes suntuarias y un monopolio de símbolos de posición relativa; exigía además la manipulación consciente y directa de varios grupos semiperiféricos y de nivel medio gracias a padrinzos, dádivas y la distribución calculada de mercancías exóticas y valiosas. [1977:23]

Sin embargo, con frecuencia este comercio en mercancías de lujo iba de la mano con operaciones a gran distancia de mercaderías voluminosas, especialmente en lugares en que el acceso a vías acuáticas reducía los costos de energía del transporte, por ejemplo, en el Mediterráneo, el Mar Negro, el Océano Índico y los mares de China. Por ello, cuando los comerciantes marítimos europeos se metieron en otros continentes, encontraron en muchos casos redes ya antiguas de relaciones comerciales que entrañaban principios y operaciones con los cuales ya estaban plenamente familiarizados.

Aunque las relaciones tributarias y la actividad mercantil habían coexistido desde hacía mucho, con frecuencia, para su mutuo beneficio, esta mutualidad no estuvo exenta de conflictos. El comerciante es un especialista en obtener un provecho mediante intercambios, compra y venta de mercancías. Para aumentar sus utilidades, procura ensanchar la esfera del intercambio, sacando mercancías de subsistencia o de prestigio producidas dentro de los modos de parentesco o tributarios para llevarlas a los canales del intercambio de mercancías, o sea, del mercado. Esta transformación de valores de uso en mercancías, en bienes producidos para el intercambio, tiene sus consecuencias. Puede debilitar seriamente el poder tributario si comercializa los bienes y servicios en que descansa ese poder. En caso de adquirir una gran amplitud puede hacer que clases completas de señores tributarios dependan del comercio, o que se rebarajen prioridades sociales para hacer que los comerciantes queden en situación ventajosa frente a jefes políticos o militares. De aquí que las sociedades basadas en el modo tributario no sólo dieran ímpetu al comercio sino que repetidamente lo acertaban cuando crecía demasiado. Dependiendo del tiempo y de las circunstancias, enseñaron a los comerciantes a "no salirse

de sus casillas", para lo cual los sometieron a la supervisión política o los obligaron a asociarse con los señores; les confiscaron sus bienes, les aplicaron impuestos especiales o les exigieron elevadas cuotas de "protección"; también denigraron socialmente al comercio, hicieron campañas en su contra diciendo que era pecaminoso o malo, inclusive delegaron la actividad mercantil en grupos despreciados y sin poder. Es decir, que la posición de los comerciantes se define siempre política y económicamente, y siempre se hace depender del poder e intereses de otras clases sociales.

Aunque es verdad que se hicieron valer mecanismos defensivos cuando el poder tributario se sintió amenazado por el avance del comercio, parece que los Estados europeos que se desarrollaron después del año 1000 concedieron a los comerciantes más independencia y privilegios que la mayoría de los demás sistemas políticos. Esto se pudo deber al atraso mismo de la periférica península europea en comparación con las estructuras tributarias más fuertes, sanas y centralizadas del Medio Oriente y del Oriente. En las regiones situadas en el centro de Europa fue común que los soberanos que buscaban consolidar su poder necesitaran la ayuda de los comerciantes para hacerse de fondos, amén de que con frecuencia apoyaron a grupos de comerciantes para contener las demandas de buscadores rivales de poder. Y dada la fragmentación política de la periferia europea, ahí los comerciantes resistían mejor las presiones políticas y sociales mediante la creación de sus propias y grandes redes de comercio y finanzas.

Por otra parte, los mercaderes europeos gozaban de ventajas locacionales y tecnológicas sobre los comerciantes de otros continentes: la proximidad de Europa al mar permitió el crecimiento temprano de la navegación fluvial y oceánica. El transporte acuático no sólo requería menos energía que el transporte por tierra, sino que también permitía una integración más estrecha del comercio local y translocal y evitaba los altos costos de protección que agobiaban al comercio de las caravanas transcontinentales. En cambio, una órbita en expansión de transacciones comerciales, desplegada sobre una amplia red de transportes, aceleraba el tiempo de recirculación del dinero, de modo que una suma determinada podía ganar repetidas utilidades.

No han faltado autores que hayan visto en estos comerciantes medievales europeos los antecesores directos del capitalismo. En esta tesis, el paso de la riqueza mercantil al capital es continuo, lineal y cuantitativo; se ve el desarrollo del capitalismo como una expansión de procesos ya en operación en el modo tributario. Tal es esencialmente la postura adoptada por Weber, Wallerstein y Frank. Si, no obstante, se ve al cambio de riqueza mercantil a capital como algo que lleva en sí no nada más crecimiento cuantitativo, sino más bien una gran alteración en los procesos

determinantes, entonces el capitalismo aparece como un fenómeno cuantitativamente nuevo, como un nuevo modo de movilizar el trabajo social en el curso de la transformación de la naturaleza. Tal fue la posición que adoptó Marx. Desde este punto de vista, la historia del dinero-engendrando-dinero no es más que la "prehistoria del capital". La riqueza mercantil no funcionó como capital mientras la producción estuvo dominada o por relaciones de parentesco o por relaciones tributarias. Lo que no era consumido por los productores o los tomadores de tributos podía ser llevado al mercado de otro lugar y cambiado por productos excedentes, lo que permitía a los comerciantes quedarse con las diferencias de precio obtenidas en la operación.

El gran crecimiento del comercio después de 1400 acrecentó muchísimo la escala del mercado, pero no llevó automáticamente al modo capitalista. El modo tributario siguió siendo el dominante hasta que el modo capitalista se desarrolló —en el curso del siglo xviii— y empezó a amenazarlo desde dentro. Durante este largo periodo, los excedentes tributarios siguieron siendo el sostén de la clase de señores, de sus seguidores y servidores. El tributo siguió siendo el nervio del Estado: el que pagaba sus ejércitos y armadas, avituallaba ejércitos y pagaba a sus oficiales. La extracción prolongada del tributo fijó los términos bajo los cuales podía operar y medrar la actividad mercantil. Con todo, por razón misma de su éxito, la riqueza mercantil empezó a multiplicar los canales del intercambio de mercancías, lo cual hizo que los tomadores de tributos dependieran cada vez más de él. Generó sumas todavía mayores de dinero-que-crea-dinero; esta riqueza se invirtió para acrecentar el flujo de mercancías al mercado. De paso atrajo productores de diferentes partes del mundo al seno de una red común de intercambios, ajustando las relaciones de producción existentes a fin de que abarcaran el intercambio de mercancías, o subvencionando arreglos obligatorios para la producción de mercancías.

De modos varios los comerciantes europeos que participaban en operaciones ultramarinas aportaban excedentes al intercambio mercantil. A veces, se mostraban a favor de una opción en detrimento de otras; en ciertas circunstancias las utilizaban todas juntas. Ninguna de estas formas de convertir bienes en mercancías de primera necesidad era nueva; todas tenían similares en otros sistemas tributarios; fueron hijas directas de la operación del modo tributario y durante mucho tiempo estuvieron entrelazadas con él.

Un modo entrañaba la venta de excedentes tributarios. Los comerciantes compraban partidas de excedentes a señores tributarios y a dependencias del Estado, y a cambio, daban mercancías. Sus artículos de primera necesidad garantizaban el género de vida de la clase tributaria; sus mer-

cancías abastecían los ejércitos del Estado y colmaban sus bodegas. A veces los comerciantes participaban en el saqueo y toma del botín para vender luego los despojos.

Una segunda forma en que los comerciantes inyectaban mercancías en los circuitos del comercio consistió en abrir intercambios con recolectores y productores primarios. Los comerciantes ofrecían mercancías que les resultaban baratas, pero que eran deseables para los nativos, a cambio de artículos de poco valor para los productores pero que en mercados distantes alcanzaban precios altos. En el curso de estos intercambios, los productores nativos recibían valores de uso que apreciaban mucho. Si estos intercambios se prolongaban lo suficiente hacían que las poblaciones que eran sus blancos acabaran por depender del comerciante. La producción intensificada del valor estratégico causaba —por lo general— la disminución o el abandono de otras actividades económicas importantes. A medida que los productores se especializaban más y más en un tipo de objeto dependían más y más también del comerciante para la obtención de utensilios, artículos domésticos, bienes de prestigio y hasta comida. Cuando los productores se negaban a entrar o a continuar en el comercio de intercambio, los comerciantes podían recurrir a ventas forzadas de artículos de primera necesidad, que los productores se veían obligados a pagar. En otros casos, los comerciantes suavizaban la relación de intercambio con licor o tabaco; esto hacía al productor somáticamente dependiente del donante, lo cual aseguraba la continuación del intercambio. Con el tiempo, este intercambio desigual, ensanchado temporalmente por medio de un sistema de avances, podía llegar a producir una especie de peonaje en el cual el productor primario se veía obligado por razón de sus necesidades a dedicarse por completo a la producción de la misma mercancía por el resto del tiempo.

Un proceso similar de aumento de la especialización y dependencia señaló el proceso de "colocar" sistemas bajo el control mercantil. Estos sistemas se originaron casi siempre con la producción de artículos especializados de primera necesidad en los hogares, que luego vendían su producto a los comerciantes para su reventa. Gradualmente, sin embargo, los comerciantes extendieron su control sobre el proceso de trabajo adelantando utensilios o materias primas y recibiendo el producto terminado en pago de los factores de producción que habían adelantado.

Tanto el peonaje como el proceso de colocación rayaban en el capitalismo, si bien todavía no estaban regidos por relaciones capitalistas. Ambas formas de empleo de trabajo se desarrollaron en términos mercantiles; el comerciante actuaba como agente de intercambio que adelantaba bienes manufacturados y de subsistencia y que recibía artículos especializados de

primera necesidad. Mediante adelantos el comerciante podía crear una dependencia a largo plazo sobre el trabajo, fuera de un grupo conforme al parentesco o de un taller artesanal que operara en los bordes de un dominio tributario. Podía, incluso, dar el paso siguiente de adelantar utensilios y materias primas —pólvora, tiros y trampas o telares y fibras textiles— y así dotar al trabajo con utensilios complejos. Sin embargo, este comerciante todavía no compra la fuerza de trabajo en un mercado en que los trabajadores compiten por los puestos disponibles; tampoco controla todavía el proceso real del trabajo. Los excedentes no se extraían como valor excedente sino por medio de un intercambio desigual dentro del marco de relaciones monopólicas y casi tributarias. El proceso de producción todavía estaba gobernado desde el extremo de la demanda, desde los requerimientos de comerciantes que intercambiaban en un mercado, en vez de fluir como resultado de la orquestación del poder del trabajo y de máquinas dentro del proceso mismo de producción. Mientras las cosas tuvieron este cariz, los comerciantes también se mantuvieron limitados en su aptitud para controlar el proceso productivo y para alterarlo en presencia de nuevas demandas.

Una tercera forma en que los comerciantes obtuvieron excedentes para intercambio fue ampliar la esclavitud. El trabajo esclavo nunca ha constituido un gran modo de producción independiente, pero ha desempeñado un papel subsidiario suministrando trabajo conforme a todos los modos: el basado en el parentesco, el tributario y el capitalista. La esclavitud se ha empleado repetidas veces en la producción en gran escala, agrícola y minera, donde el producto depende de una maximización del trabajo, con un mínimo despliegue de utensilios y destrezas. Desde la antigüedad clásica el uso de esclavos en esta producción tiene una historia no interrumpida en Europa; además la opción de usar esclavos para cultivar artículos de primera necesidad para su intercambio se usó desde el principio de la expansión europea allende los mares. El posterior crecimiento de la esclavitud en los Estados Unidos representa simplemente una reencarnación ultramarina de un proceso que ya estaba en marcha en Creta, Sicilia, Madeira, las Azores, las Canarias y las islas del Golfo de Guinea.

La esclavitud, al igual que el sistema de adelantos iniciado con productores y procesadores primarios, requirió una gran infusión de artículos de primera necesidad para que fuera puesta en marcha. Los comerciantes adelantaron artículos de primera necesidad a los abastecedores africanos de esclavos, con lo cual colocaron a los esclavos en los circuitos de intercambio como una especie entre otras, de artículos de primera necesidad. También adelantaron dinero y artículos de primera necesidad a los plantadores que compraban esclavos para trabajar en las plantaciones. Como

sistema de trabajo forzado, la esclavitud significaba costos inherentes que con frecuencia se cubrían por medio de adelantos mercantiles. A los esclavos había que venderlos en el mercado y vigilarlos; una productividad elevada significaba costos de coerción elevados. Puesto que la mayoría de las poblaciones esclavas no se reproducían, había que adquirir y pagar constantemente nuevos esclavos. Los amos debían mantener a los esclavos y sus costos gravitaban sobre las utilidades de la plantación. Si a los esclavos se les permitió satisfacer sus necesidades en "las tierras de provisión" de la plantación, su mayor autonomía menguaba el control del propietario. Así pues, el control efectivo solía depender de la importación de viveres y de otros requisitos. En el sistema no nada más participaban los comerciantes; los plantadores solían aportar riqueza tributaria heredada y reinvertían sus utilidades en sus propias plantaciones. Así y todo, los comerciantes desempeñaron una función cada vez más amplia en el financiamiento de la esclavitud, en la aportación de los artículos básicos necesarios y de mercados de productos, y en la repatriación de las utilidades al país de origen.

En este proceso de la expansión europea, la riqueza comercial exploró rutas de circulación y abrió canales de cambio. La fuente de sus utilidades fue el mantenimiento de diferenciales de precios, gracias a lo cual podía comprar barato y vender caro; se defendía muy ariosamente contra el igualamiento de precios por medio de alianzas con cualquier potencia que amenazara la existencia de un mercado "libre". Se atenia al poder político y militar para hacerse de regiones de abastecimiento, para obtener accesos privilegiados a los abastecedores, para excluir a competidores comerciales y para asegurar utilidades máximas por medio de controles monopolistas sobre las ventas. Como su meta fue hacerse de poder sobre personas para acrecentar y diversificar el producto, no creó un mercado de trabajo; por ello, la riqueza mercantil no alteró el modo de movilización del trabajo social y siguió estando unida al modo tributario. Esa dependencia perduraría hasta que nuevas circunstancias políticas y económicas condujeron al auge del capitalismo industrial.

EL MODO DE PRODUCCIÓN BASADO EN EL PARENTESCO

Es cierto que en 1400 en las regiones de producción agrícola intensiva dominaban las sociedades basadas en el modo tributario, pero también lo es que en la periferia de estas regiones, en todo el mundo, había grupos sociales organizados diferentemente. En la literatura antropológica, a estas poblaciones se les solió llamar "primitivas". El vocablo es engañoso

en cuanto que induce a pensar en los iroqueses, *crows* o *lundas* como "antecesores contemporáneos" nuestros, o como gente que aún no ha aspirado a alcanzar las cumbres de la civilización. También es analíticamente fuente de problemas, puesto que se refiere a un comienzo que no hace nada por retratar. Claude Meillassoux ha sostenido, y con razón, que caracterizar a estas poblaciones por una ausencia de rasgos y llamarlas "sin clase", "acéfalas", o "sin Estado" no nos dice nada sobre cómo eran.

Es común describir a estas poblaciones como vinculadas por "parentesco", pero no es así de común meterse a decir qué es parentesco. Empíricamente, las poblaciones varían según el grado e intensidad de sus vínculos de parentesco. Hay pueblos que tienen "mucho parentesco", y otros que tienen muy poco. La coresidencia suele ser de más influjo que la genealogía; muchos grupos locales contienen personas que son parientes, pero también gente que no lo son. Algunas tareas pueden ser llevadas a cabo por equipos de personas no emparentadas entre sí, en tanto que los productos de la caza o de otras actividades pueden ser compartidos por parientes y no parientes. En verdad, muchos antropólogos han considerado que la residencia es más decisiva que el parentesco para entender cómo se organiza la gente. No es raro, pues, que Kroeber y Titiev hayan sostenido que la coresidencia está en la base de la formación de linajes (Kroeber, 1952:210; Titiev, 1943). Del mismo modo, Leach se ha unido a las filas de antropólogos para "empezar desde una realidad concreta —un grupo local de personas— más bien que desde una realidad abstracta —como es el concepto de linaje o la tesis de sistemas de parentesco" (1961:104). Inclusive Meyer Fortes, cuya contribución principal es el análisis de sistemas de amplio parentesco y sus consecuencias jurídicas y políticas, ha observado:

Es difícil que un linaje actúe como grupo corporado si sus miembros nunca se pueden reunir para ver la conducción de sus negocios. Por ello no es difícil hallar que el linaje en las sociedades africanas está anclado localmente, aunque no por fuerza es territorialmente compacto o exclusivo. Un núcleo compacto suele ser suficiente para obrar como centro local de un grupo ampliamente disperso. [1953:36]

Las poblaciones locales varían también muchísimo en cuanto hasta dónde "extienden" pautas de parentesco propias de entidades familiares a familias emparentadas más distantemente. Difieren, además, en el grado en que las pautas extendidas o duplicadas de parentesco familiar están obligadas a cargar con el peso de obligaciones jurídicas y políticas entre grupos. En otras palabras, las reglas de parentesco pueden gobernar la filiación (vínculos entre padres individuales y descendencia) y el ma-

trimonio (vínculos entre esposos en particular), pero casi nada más. Además, estas reglas quizá den a la gente un vocabulario de "nombres" de familia, pero sin envolverlas en obligaciones jurídicas y políticas. Sin embargo, entre otras poblaciones el parentesco tiene un amplio lugar. Se pueden emplear pautas de parentesco para ensanchar el alcance de los vínculos sociales y económicos; estos vínculos pueden llegar a tener una gran influencia en el terreno jurídico y político.

De lo dicho se concluye que el parentesco puede obrar en dos niveles, el de la familia o grupo doméstico y el del orden político. Sin embargo, estos dos pronunciamientos siguen dando a entender lo que *hace* el parentesco, pero no lo que *es*. Y claro, si no podemos definir el parentesco es evidente que tampoco podremos decir lo que es el no-parentesco. Sin duda será una sorpresa para los lectores no antropólogos que los antropólogos no convengan en absoluto en lo que es el parentesco. Sobre esta cuestión se dividen, en términos generales, en tres grupos. El primero es el de los analistas que dan por sentado que los hechos del parentesco son una excrecencia propia de la biología humana. Los humanos son sexualmente dimorfos y tienen relaciones sexuales; como resultado, las mujeres tienen descendencia. Los hechos biológicos de las relaciones sexuales y de la procreación son considerados como básicos de las instituciones humanas del matrimonio y de la descendencia. En esta tesis el parentesco es sólo cuestión de remontar linajes. El segundo es el de los que enfrentan abiertamente esta tesis; se trata de antropólogos que afirman que el parentesco no nada más es una cuestión de control social del sexo y de la procreación; enuncian definiciones culturales del matrimonio y de elementos culturales que hacen que la descendencia sea asignada a determinadas parejas. Según esta tesis, el parentesco es un dominio cultural distinto con su contenido propio, que consta de elementos simbólicos de ascendencia y afinidad. Estos símbolos variarán de una cultura a otra. Hay, finalmente, los antropólogos que adoptan una tercera posición según la cual el parentesco no es más que un "idioma" en el cual se debaten las relaciones sociales, políticas y rituales. Según esta perspectiva el parentesco es una metáfora; su contenido real se encuentra en otra parte. Los hechos del parentesco se explican cuando se explican las relaciones que él "expresa".

Los antropólogos que ven el parentesco como la regulación social de la biología (sexo y procreación) acentúan la forma en que se comparten derechos y obligaciones, inclusive los derechos a los recursos y al apoyo, entre actores producidos biológicamente. Según ellos, las formas o pautas de parentesco son epifenómenos culturales que cumplen la función de realizar esta distribución. Hablando en términos generales, su concepto

del parentesco ha sido primordialmente jurídico: sirve para asignar posiciones jurídicas a los individuos nacidos dentro del grupo. Por el contrario, los simbolistas culturales consideran que el parentesco es un terreno de construcciones simbólicas conectadas con otras construcciones simbólicas de la cultura. La función de las construcciones del parentesco es más bien moral, es una aportación al ordenamiento ideológico del universo simbólico de los portadores de la cultura. En la práctica, los simbolistas ven a la familia elemental como una especie de almacén de símbolos de la cultura, y confían en que la indagación en dominios diferentes a lo familiar revelará construcciones simbólicas idénticas o paralelas (véase Schneider, 1972).

En un sentido más amplio estas dos posiciones son complementarias. Ante el hecho de que la gente, a diferencia de las grandes tortugas, no nace de huevos, puestos en un lugar seguro y luego abandonados, sino que nace y es socializada mediante operaciones de tabú incestuoso, los nombres y categorías de parentesco son construcciones simbólicas *ab ovo*. La institución humana del tabú incestuoso depende fundamentalmente de una diferenciación entre la gente con quien compartimos un tipo de sustancia, simbolizada por una comunidad de sangre y hueso, con quien no debemos aparearnos, y aquella gente con quien no compartimos nuestra herencia sustancial simbólica. Aunque todavía no son completas las explicaciones de los orígenes del tabú incestuoso, Claude Lévi-Strauss ha hecho de él, acertadamente, el punto de partida de su estudio del parentesco. Del mismo modo que todas las categorías iniciales de parentesco establecidas por el tabú son construcciones simbólicas, así también lo son todas las demás categorías básicas de parentesco, tales como género, edad absoluta y relativa, ascendencia y afinidad. Puesto que el simbolismo entra de este modo en la definición misma de socialidad humana, así también los seres humanos de cualquier parte han unido estas construcciones básicas de "naturaleza" humana con sus construcciones de naturaleza y supernaturaleza circundantes. (En vista de esto, la tercera posición de los estudios de parentesco que esbozamos anteriormente, que sólo admite una situación metafórica de los símbolos de parentesco, se ve ahora como una indagación insatisfactoria, que toma un atajo indebido respecto a fenómenos de los que no quiere ocuparse.)

Es posible aunar estos dos enfoques dentro de un punto de vista operacional del parentesco que nos permita verlo en el contexto de la economía política. En ese caso se puede entender el parentesco como un modo de encauzar el trabajo social a la transformación de la naturaleza mediante llamamientos a la filiación y al matrimonio, y a la consanguinidad y afinidad. Dicho en pocas palabras, por medio del parentesco el trabajo

social "se encierra" o "encasta" en relaciones particulares entre la gente. Esta labor sólo puede movilizarse por medio del acceso a la gente; a este acceso se le define simbólicamente. *Lo que se hace libera trabajo social; cómo se hace entraña definiciones simbólicas de parientes y afines.* Así pues, el parentesco entraña *a)* construcciones simbólicas ("filiación/matrimonio; consanguinidad/afinidad") que *b)* continuamente sitúan a los actores, natos y reclutados, *c)* en relaciones sociales recíprocas. Estas relaciones sociales *d)* permiten a la gente que de modos diversos invoque la porción de trabajo social realizado por cada quien, a fin de *e)* efectuar las necesarias transformaciones de la naturaleza.

Si el parentesco es un modo particular de establecer derechos en la gente y por consiguiente de reclamar porciones de trabajo social, también es verdad que el modo en que estos derechos y pretensiones se establecen varía grandemente entre diferentes poblaciones portadoras de cultura. Los antropólogos han acabado por reconocer que el parentesco opera en formas básicamente diferentes en dos tipos de situaciones, aquellas en que los recursos están fácilmente al alcance y abiertos a cualquiera que tenga la aptitud de obtenerlos, y aquellas en que el acceso a los recursos está restringido y únicamente al alcance de los pretendientes con una "licencia de parentesco". En el primer caso los lazos de parentesco nacen del toma y daca de la vida diaria y unen gente que está en interacción habitual recíproca. En el segundo caso, el círculo del parentesco está circunscrito estrechamente alrededor de la base de recursos por medio de definiciones estrictas de membresía de grupo.

Este contraste define dos variantes del modo basado en el parentesco, ya que el trabajo social se despliega diferentemente en las dos. La primera variante se ejemplifica mejor en la literatura antropológica por medio de las "bandas" recolectoras de alimento. Estas poblaciones no transforman la naturaleza, sino que sólo reúnen y concentran para uso humano recursos que están disponibles naturalmente en el medio. El medio natural no es un medio donde ocurran transformaciones orgánicas controladas por el hombre, como sucede en la agricultura o en la ganadería; es "el objeto del trabajo" pero no su "instrumento" (Marx, *Cap. I*, 1977:284-285). En estas circunstancias la agregación o la dispersión de gente, en que cada individuo encarna una porción de trabajo social, se apega a oportunidades y limitaciones ecológicas. Los límites superiores al trabajo social conjunto están fijados por la interacción de la tecnología con el medio local, así como por la aptitud del grupo para hacer frente a conflictos mediante la formación de consensos y de sanciones informales. En este caso el parentesco actúa primordialmente creando relaciones entre personas —asociaciones entre copartícipes en trabajo social— por medio del matrimonio

y de la filiación. Estas asociaciones se extienden en forma reticulada de un participante particular a otros. Como no tienen límite definido pueden captar extraños o excluirlos, como lo permitan o requieran los intereses de los socios entrelazados.

El despliegue del trabajo social actúa diferentemente en la segunda variante del modo ordenado por el parentesco. Cuando la naturaleza es sujeto de transformación por medio del trabajo social, el ambiente en sí se convierte en un medio de producción, un instrumento en el cual se gasta trabajo. Un segmento de la naturaleza es transformado por un conjunto de personas equipadas con utensilios, organización e ideas con el fin de producir cosechas o animales. En una sociedad así, el trabajo social se distribuye en conglomerados sociales que destinan trabajo acumulativo y transgeneracionalmente hacia un segmento particular del medio, acumulando al mismo tiempo un cuerpo transgeneracional de pretensiones y contrapretensiones al trabajo social. Cuando las condiciones tienden al encierro ecológico, las relaciones entre estos conglomerados necesitan estar definidas y circunscritas más estrechamente; en este caso los conglomerados no tardan en volverse grupos exclusivos.

En estas condiciones el idioma de filiación y matrimonio se usa para construir linajes transgeneracionales, reales o ficticios, que sirven para incluir o excluir gente que puede reclamar derechos a trabajo social con base en membresía privilegiada.

Típicamente estos grupos están equipados con cartas constitutivas que definen culturalmente líneas selectas y certificadas de conexión de parentesco. Estas cartas cumplen varias funciones. Primeramente permiten que los grupos reclamen privilegios con base en el parentesco; segundo, sirven para permitir o negar a la gente acceso a recursos estratégicos. Tercero, organizan el intercambio de personas entre grupos con linajes establecidos mediante su definición de vínculos de afinidad; el matrimonio, en vez de ser una relación entre los cónyuges y entre sus parientes más cercanos, se convierte en un vínculo de alianza política entre grupos; y cuarto, asignan funciones de dirección a posiciones particulares dentro de la genealogía, las distribuyen, por tanto, de un modo no uniforme en el campo político y jurídico; esto puede ocurrir poniendo a los mayores sobre los más jóvenes, a hermanos primogénitos sobre los segundones, o líneas de rango más elevado sobre líneas inferiores. En este proceso el parentesco en el nivel jurídico político incluye y organiza el parentesco sobre el nivel familiar doméstico, y hace que las relaciones interpersonales estén sujetas a cartas o privilegios en cuanto a la inclusión o exclusión en categorías.

Esta "extensión" del parentesco no es, por consiguiente, lo mismo que el parentesco en el nivel de filiación y matrimonio; se ocupa de la adscrip-

ción jurídica de derechos y pretensiones y, por tanto, de relaciones políticas entre la gente. En el nivel de filiación y matrimonio, el parentesco establece vínculos individuales entre los partícipes en el trabajo social; por el contrario, el parentesco extendido organiza el trabajo social en grupos de trabajo y establece controles sobre la transferencia de trabajo de un grupo a otro.

Sin embargo, la persistencia del idioma de parentesco en el terreno jurídico-político plantea un problema. La nomenclatura del parentesco entraña siempre un proceso simbólico. Al ascender la escala del parentesco desde un conjunto de relaciones interpersonales hasta el orden político, el parentesco se convierte en un elemento ideológico que gobierna la distribución del poder político. Pero, ¿por qué ha de persistir el lenguaje del parentesco en este entorno diferente? Meyer Fortes es uno de los pocos que se han ocupado de esta cuestión.

Una cuestión que necesita más estudio es saber por qué la ascendencia más que la localidad o algún otro principio constituye la base de estos grupos corporados. Debemos recordar que Radcliffe-Brown [1935] relacionó las reglas de sucesión a la necesidad de una diferenciación inequívoca de derechos *in rem* y *personam*. Quizá está estrechísimamente relacionado con el hecho de que los derechos sobre los poderes de reproducción de las mujeres son regulados fácilmente por un sistema de grupo de ascendencia. Pero yo creo que en esto hay algo más profundo; porque en una sociedad homogénea nada hay como la ascendencia para fijar precisa e incontrovertiblemente el lugar de uno en la sociedad. [1953:30]

Aunque esta explicación no es del todo satisfactoria, lo cierto es que Fortes señala dos fuentes principales de poder en el modo ordenado por el parentesco: control sobre los poderes reproductivos de la mujer y ascendencia. Ambos controles operan transgeneracionalmente; ambos asignan diferencialmente a la gente a puestos de poder e influencia. El primero otorga derechos sobre labor social propios de las mujeres, la descendencia y los afines; el segundo define no nada más la ascendencia sino también la colateralidad, el alcance genealógico de los aliados movilizables. O sea, que la terminología de matrimonio y filiación se usa para transmitir información sobre capacidades diferenciales para movilizar trabajo (*labor*) para trabajo (*work*) y apoyo, información que versa sobre la distribución cambiante del trabajo social entre grupos en pugna.

Cuando las construcciones simbólicas del parentesco se extienden en esta forma, las relaciones entre los portadores del trabajo social que compiten por los recursos se estructuran monopólicamente u oligopólicamente, con grupos sociales que pugnan por lograr precedencia o dominio. Al mismo

tiempo, la tendencia a maximizar oposiciones externas frente a otros grupos va de la mano con la multiplicación de las oposiciones internas. Primero hay oposiciones entre hombres y mujeres. Un cierto equilibrio complementario entre los papeles de los géneros quizá pueda mantenerse mientras el parentesco no sea otra cosa que un elemento ordenador más en una situación de recursos abiertos. Con la presencia de grupos con linaje en el terreno político, las relaciones de afinidad se vuelven políticas y las mujeres pierden posición relativa en relación con los hombres pues se vuelven prendas de alianza. Hay también la oposición de los mayores y de los jovencitos; los mayores ocupan posiciones características de mando gerencial dentro y fuera del grupo. Quizá algunos jóvenes se vuelvan mayores y tomen el puesto correspondiente, pero habrá otros que nunca tendrán ningún puesto de importancia. Es cosa sabida que esta oposición puede desembocar en un conflicto abierto. Veremos, por ejemplo, rebelión de los "muchachos" contra sus mayores en la expansión del pastoralismo de caballos en las Grandes Llanuras de Estados Unidos (capítulo vi) y en la formación de los grupos apesadores de esclavos en Angola (capítulo vii).

Finalmente, la jerarquización interna crea oposiciones entre colonizadores originales y advenedizos, entre líneas maduras y jóvenes de ascendencia provenientes del mismo antecesor y entre líneas que van hacia arriba y las que van hacia su ocaso. Las oscilaciones de auge y declinación pueden deberse a existencia o ausencia de ascendencia demográfica; al buen o mal ejemplo de alianzas, personas y recursos; a éxitos o fracasos en la guerra. Los líderes que logran matrimonios acertados políticamente o que logran una justa redistribución de bienes de subsistencia o de lujo entre sus seguidores destacan a expensas de rivales menos aptos. Con el paso del tiempo estas ganancias se pueden traducir en pretensiones genealógicas y en linajes modificados que exhiben el cambio.

El hecho de que los líderes puedan llegar a la prominencia por estos medios es uno de los talones de Aquiles del modo basado en el parentesco, uno de sus puntos de tirantez, porque cuando un jefe u otro líder se hace de seguidores merced a un buen manejo de alianzas y a venturosas medidas redistributivas, llega a un punto en que sólo puede seguir adelante irrumpiendo por entre los límites del orden del parentesco. Puede manipular riquezas nupciales adquiriendo mujeres que produzcan descendencia que primordialmente le sea leal a él; quizá invite a otros a establecerse en el dominio de su grupo, pensando que así se hará de seguidores; adquirirá peones y esclavos que trabajen bajo su control personal. Sin embargo, en la medida en que estas estrategias puedan ser frenadas por sus

parientes y aliados, se limitará su radio de acción. Una forma en que un jefe puede tratar de ensanchar su control sobre excedentes, es la guerra. Sin embargo, los frutos de la guerra son limitados, ya que el botín no es permanente, amén de que debe ser compartido con otros. Para abrirse paso por entre las limitaciones del orden de parentesco, el jefe debe conseguir un acceso independiente a recursos confiables y renovables propios.

Aunque es verdad que el ordenamiento por el parentesco establece límites superiores a la diferenciación interna, bajo condiciones de recursos cerrados parece ser más probable que produzca más desigualdades que una distribución igualitaria de las oportunidades de la vida. Hay distinciones de género, edad y fuerza de trabajo prescriptivo y adquirido que llegan a crear oposiciones que desorganizan desde dentro el orden del parentesco. Además, las desorganizaciones son causadas por conflictos entre individuos o grupos, por la afirmación de pretensiones en conflicto sobre individuos de parte de diferentes parientes, y por el incumplimiento de obligaciones normativas de parentesco entre parientes cercanos o distantes. Todas estas fuerzas amenazan la existencia del orden de parentesco. ¿Qué es, pues, lo que impide su desintegración? ¿Cómo se entreciñen las unidades ordenadas por el parentesco a lo largo del tiempo?

La capacidad del modo ordenado por el parentesco de regenerarse a sí mismo quizá se deba a la ausencia de mecanismos que puedan sumar o movilizar trabajo social aparte de las relaciones particulares establecidas por el parentesco. Las oposiciones, en la forma en que ocurren normalmente, son "particuladas", la conjunción de un cierto individuo maduro con un cierto joven de un cierto linaje en un cierto lugar y tiempo, y no la oposición general de los maduros contra los jóvenes como clases. En la vida diaria el modo ordenado por el parentesco contiene a sus oposiciones particularizando tensiones y conflictos.

No obstante, en el mito y en el rito, las oposiciones que están preñadas de peligro en la vida diaria se dramatizan en el nivel de la universalidad. En tanto que en la vida diaria la generalidad se disuelve en particularidades, en el mito y en el rito éstas se disuelven en generalidades, que llevan mensajes sobre la naturaleza del universo. Las explicaciones, cuando se ofrecen, toman la forma de verdades universalizadas. Uno puede especular que tal proyección de conflictos particulares en la pantalla de acontecimientos y significados míticos universales puede servir para quitar la espoleta a estos conflictos. La efectividad de un mecanismo así podría parecer que depende del grado en que es posible mantener particularizados y segmentados a los conflictos reales. Una constante acumulación de conflictos de la misma especie y en la misma dirección podría colocar al sistema mito-rito bajo una tensión acumulativa y disminuir su eficacia.

Igualmente, los conflictos entre y dentro de unidades ordenadas por el parentesco pueden sofocarse por el temor al elevado costo del apoyo masivo. Buscar aliados significa invocar promesas pasadas de ayuda y comprometerse a ayudar a aliados en el futuro. O sea, que toda escalada en el conflicto amenaza con extenderlo tanto temporal como espacialmente. Sin embargo, cuando lo que está en juego es muy cuantioso, la escalada puede resultar deseable, aun con su consiguiente aumento en dádivas y en intercambios de mujeres para aglutinar alianzas. La historia del comercio de pieles en los Estados Unidos y Canadá puede ser vista como la extensión gradual de alianzas de apoyo entre "indios ingleses" contra "indios franceses". A estas alianzas es posible reforzarlas y estabilizarlas mediante el mito y el rito, como sucedió con la liga iroquesa que quiso poner término a conflictos internos dirigiendo hacia afuera energías, contra enemigos comunes.

Sin embargo, la resolución de conflictos en el modo ordenado por el parentesco encuentra un límite final en los problemas estructurales del modo mismo. El conflicto acumulado rebasa a veces la capacidad de resolución de los mecanismos basados en el parentesco. En tal caso, los grupos se desintegran y escinden. Estos casos, que son frecuentes, son también fuentes importantes de cambio. Dado que hemos tendido a conceptualizar las sociedades como si existieran en un presente etnográfico intemporal y aisladas unas de otras, nos hemos engañado al considerar la desintegración y la escisión de grupos ordenados por el parentesco como simples réplicas del orden del grupo padre. En realidad, la escisión de grupos difícilmente puede escapar hacia algún terreno desocupado para esquivar a los competidores; es probable que experimente presiones provenientes de sociedades situadas en los modos tributario y capitalista. Según esto, la réplica es excepcional. Es más probable que los grupos en proceso de escisión empiecen a cambiar tan pronto como tropiezan con límites a su libertad de movimiento.

Esto significa que los agrupamientos sociales edificados sobre el parentesco, de ningún modo están exentos de diferenciaciones internas y de presiones externas encauzadas al cambio. La diferente distribución de participaciones de trabajo social favorece el surgimiento de administradores influyentes; al mismo tiempo, el contacto con otros grupos puede dar importancia a personas con aptitudes para enfrentar diferencias de intereses y conflictos posibles. Estas tendencias a las desigualdades en funciones se acrecientan mucho cuando los grupos ordenados conforme al parentesco entran en relación con sociedades tributarias o capitalistas. Estas relaciones brindan oportunidades para el apoderamiento y transferencia de excedentes más allá de los disponibles dentro del modo ordenado por el parentesco. En estos casos los jefes pueden emplear estos recursos externos

para inmovilizar la operación del orden del parentesco. Esto explica por qué los jefes han resultado colaboradores excelentísimos de traficantes de pieles y de tratantes de esclavos en dos continentes. Su conexión con los europeos ofrecía a los jefes acceso a armas y artículos valiosos y a un séquito fuera del parentesco y no estorbado por él.

El problema de las jefaturas

La palabra *jefe* ha acabado por denotar en el lenguaje común al líder o cabeza (del latín *caput*) reconocido de una población organizada socialmente. En la práctica, los europeos la aplicaron por lo general a cualquier nativo de influencia que se hallara en posición de favorecer o estorbar sus intereses. En este sentido, las referencias a los jefes cubren diferentes tipos de atribuciones y grados de autoridad, y analíticamente son de poca utilidad. La aptitud real de un individuo así para mandar trabajo social como para influir sobre el desarrollo de relaciones entre grupos dependerá de sus dotes en el juego del poder; del tamaño y la fuerza de la población bajo su jurisdicción; de la naturaleza de los recursos de esa población y su importancia para los extraños; y de su potencial bélico, de su capacidad para defender recursos y para oponerse a las operaciones de sus rivales. Un *tais* de la costa noroccidental tenía menos poder que un *induna* zulú, y éste menos que un *khan* mongol. Estas diferencias influían también en la aptitud del jefe para abrirse paso por entre las limitaciones del modo de producción ordenado según el parentesco y para llegar a ser un socio en relaciones tributarias o capitalistas.

Esta variación entre "jefes" arroja alguna luz sobre el añejo problema de "la jefatura". En el esfuerzo por establecer un ordenamiento evolutivo de las culturas, se conceptualizó la jefatura como un tipo de sociedad intermedia entre tribus ordenadas por el parentesco y Estados divididos por clases. En este concepto de la jefatura, la posición y el poder se atribuyen por rango diferencial dentro de una genealogía común, pero sin por ello implicar un acceso diferencial a los medios de producción. Al jefe y a su linaje de alto rango se les ve actuando en favor de un todo social en cuanto coordinan actividades especializadas, planean y supervisan obras públicas, dirigen la redistribución y son jefes en la guerra. Vistas así, las jefaturas son "sociedades de redistribución con una agencia permanente de coordinación" (Service, 1962:144). En tanto que el rango genealógico diferencia a los individuos por las funciones que desempeñan, la sociedad, vista como un todo, se ve entrelazada por causa de intereses, linaje y distribución general comunes. Todos son parientes, podría decirse, pero unos son más que otros.

Sin embargo, el concepto de modo de producción desvía su atención de la forma y lenguaje de interacción entre jefes de alto rango y comuneros en una sociedad dada y en vez de eso indaga los modos en que se despliega el trabajo social. En esta perspectiva las sociedades clasificadas como jefaturas aparecen en dos clases diferentes; las basadas en el modo ordenado por el parentesco, en el cual el jefe y su séquito siguen todavía encastados en acuerdos por parentesco y ligados por ellos, y aquellas en que la forma y lenguaje de parentesco se pueden mantener aún cuando un grupo dominante transforma las divisiones de rango en divisiones de clase, usando de hecho mecanismos de parentesco para fortalecer su propia posición. En este segundo tipo de jefatura, el linaje principal viene a ser, de hecho, una clase incipiente de tomadores de excedentes dentro del modo tributario.

El crecimiento de una clase así puede requerir la presencia de varios procesos diferentes. El aumento de población acrecentará la importancia de las familias principales. Este crecimiento del linaje principal le permite "muchas conexiones de tipos diferentes con otros linajes" (Service, 1962: 149). La busca de estrategias de afinidad exige que el linaje principal concentre en sus manos riquezas provenientes de intercambios matrimoniales. Esto, a su vez, exige tener control sobre mujeres cambiables e impedir a miembros de rangos inferiores el acceso a las mujeres de la élite. Este control sobre las mujeres puede ampliarse hacia abajo, para ensanchar el control de la élite sobre los intercambios de afinidad en general. Además, las estrategias sobre afinidad traen consigo estrategias de herencia. Quién recibe qué está circunscrito por la membresía en el estrato privilegiado; por tanto, los bienes estratégicos en los intercambios matrimoniales y en la riqueza heredada de la aristocracia pueden no entrar en la redistribución general.

Al mismo tiempo, el crecimiento de los linajes principales puede aumentar por medio de "injertos de familias" (Service, 1962: 166), dentro de la zona habitual de interacción y fuera de ella. Esta proliferación territorial de personal de alto rango puede crear una pluralidad de centros de poder en vez de una sola cima decisora. Los miembros del linaje principal pueden volverse competidores por la jefatura, o crear nuevos dominios suyos separándose del cuerpo padre. Esta competencia por el poder tiene efectos de retroalimentación sobre los procesos de acumulación y redistribución. Quienes contienden por el poder deben acumular "fondos de poder" adecuados y redistribuirlos selectivamente para hacerse de seguidores; esto en vez de abrir recursos a la redistribución general.

Vista así, la redistribución aparece como un conjunto de estrategias en la formación de clases, no como una característica general de jefaturas

como "sociedades de redistribución". Polanyi, a quien la antropología debe la introducción del concepto de redistribución, nos permite visualizar mecanismos de intercambio situados más allá de los cubiertos por el intercambio de "reciprocidad" o de "mercado". Sin embargo, es necesario calificar de tres modos el concepto de la redistribución. Primero hay que especificar las diferentes clases y esferas de la redistribución. La redistribución mediante regalos es diferente de la redistribución de abastecimientos para obras públicas o para la guerra o de la redistribución de recursos especializados a través del jefe. Segundo, es importante determinar qué se redistribuye, en qué cantidad y, sobre todo, a quién. Regalos y festejos con la participación general de todos es algo que puede ir de la mano de la acumulación privilegiada por parte de la élite de bienes estratégicos. Los banquetes dados a veteranos de la guerra pueden honrar la aportación militar de todo el ejército, aun cuando los prisioneros y los recursos capturados se distribuyan diferencialmente entre nobles y comuneros. Tercero, la redistribución puede servir también para "comprar" aliados y pacificar rivales potenciales atrayéndolos a ellos y a sus recursos al flujo de prestaciones administradas jerárquicamente. En este sentido, la redistribución aparece no como una especie de altruismo normativo característico de un tipo de sociedad, sino más bien como una estrategia recurrente en el seno de un proceso de formación de clases.

En las jefaturas de la segunda clase, la función del parentesco cambia y deja de ocuparse de la ordenación de grupos organizados similarmente en relación recíproca para ocuparse de establecer una distinción principal entre un estrato y otro. Ahora hay una aristocracia que utiliza y exhibe vínculos ordenados por el parentesco como señal de su distinción y separación, dejando a la capa de comuneros únicamente pretensiones residuales. De este modo, la clase aristocrática se constituye a sí misma alterando radicalmente los lazos de parentesco a fin de aumentar la distancia social entre gobernantes y gobernados. Pueden pretender tener un linaje diferencial desde los dioses, o la posesión privilegiada del mana; quizá quieran subvertir los lazos de parentesco de sus súbditos mediante el castigo del adulterio y del incesto (véase Cohen, 1969), aun cuando se sitúen a sí mismos como un estrato separado por medio de la práctica de la endogamia de clases; y tal vez invoquen derechos especiales sobre el destino del botín de guerra, incluyendo poblaciones conquistadas no incluidas en su carta de relaciones de parentesco.

Aristocracias como las que acabamos de describir nacen con frecuencia para conquistar y gobernar poblaciones extrañas. En una escisión y propagación así, es característico que la aristocracia mantenga sus vínculos de parentesco separados como fuente de solidaridad de clase y como me-

dio de conservarse aparte del cuerpo de los gobernados. Es concebible que esto ocurra de un modo pacífico; así sucedió cuando los grupos étnicos no-alures invitaron a los miembros de linajes predominantemente alures, que eran poseedores de poderes para hacer llover y resolver conflictos, para establecerse entre ellos como sus gobernantes (Southall, 1953). Lo más común, sin embargo, es que aristocracias guerreras y migratorias invoquen títulos sobrenaturales para imponer sus modelos de dominio a poblaciones sometidas. Ejemplos de estas aristocracias depredadoras son los toltecas, que partiendo de Tula se extendieron hacia afuera hasta las fronteras de Mesoamérica; las élites lubas y lundas que se abrieron en abanico a partir de su hogar en el centro de África (véase el capítulo VII); y las muchas aristocracias mongólicas, turcas y árabes que impusieron su dominio sobre poblaciones agrícolas a lo largo del corredor de la faja seca del Viejo Mundo.

De nuestro análisis se deduce que el despliegue del trabajo social tiene una dimensión económica y política. El modo ordenado según el parentesco inhibe la institucionalización del poder político, pues descansa esencialmente en la administración del consenso entre grupos de participantes. Además, los lazos del parentesco fijan límites a la cantidad de trabajo social que se puede movilizar con fines colectivos. El trabajo social se puede conjuntar mediante la convergencia temporal de muchos lazos separados, pero se dispersa nuevamente cuando un cambio en las condiciones requiere un reacomodo de atribuciones. Al mismo tiempo, la extensión y retracción de lazos de parentesco crea linderos abiertos y cambiantes en tales sociedades.

Un jefe puede volverse el pivote del poder de su grupo de parentesco; pero aunque a veces puede encarnar el orden del parentesco, lo cierto es que también es su prisionero. Los jefes que quieran abrirse paso por entre las limitaciones del orden de parentesco deben contar con mecanismos que les garanticen poder independiente sobre los recursos. Una de dos, o estos jefes asignan parte del trabajo controlado por ellos a otro modo, o entran en relación directa con ese modo, sea como señores tributarios o como participantes en la producción capitalista. Realizar este cambio requiere nuevos instrumentos políticos de dominio, sea que estén controlados directamente por el jefe o que sean aplicados por otros en su nombre. De no ocurrir esto, la gente que quieren movilizar podrá rebelarse y separarse, lo cual los dejará como jefes de nada.

En contraste con el modo ordenado según el parentesco, los modos tributario y capitalista dividen a la población bajo su mando en una clase de productores de excedentes y otra de tomadores de excedentes. Los dos

requieren mecanismos de dominio que aseguren que los excedentes se transfieran de una clase a otra conforme a una base predecible. Este dominio puede exigir, en un tiempo o en otro, un amplio conjunto de sanciones basadas en el temor, la esperanza y la caridad; pero sólo existirá mediante el desarrollo de un aparato coercitivo que sirva para mantener la división básica en clases y para defender la estructura resultante contra ataques externos. Así pues, tanto el modo tributario como el capitalista tienen como característica el desarrollo y establecimiento de un aparato así, concretamente, del Estado.

En el caso del modo tributario, el modo en sí está constituido por los mecanismos de dominio que extraen el tributo de los productores mediante "algo que no es presión económica" (véase p. 105). En un Estado tributario, la política puede afectar la concentración y distribución del tributo entre categorías contendientes de tomadores de excedentes, pero seguiría anclado en la relación extractiva directa, independientemente de la forma organizacional del Estado.

En cambio, el modo capitalista parece ser económicamente autorregulante. Mientras que los medios de producción estén en manos capitalistas y se nieguen a los trabajadores, éstos se verán continuamente forzados a caer en el empleo de los capitalistas después de que cada ciclo de producción se completa y da comienzo un nuevo ciclo. Sin embargo, el Estado tiene un papel estratégico tanto en la génesis del modo como en su mantenimiento. Para poner en movimiento al modo fue necesario reunir dinero que diera dinero, convertirlo en capital y crear una clase de trabajadores que ofrecieran en venta como mercancía su fuerza de trabajo. En estos procesos gemelos de "acumulación originaria", el Estado desempeñó un papel vital. Una vez que el modo quedó afincado, el Estado se vio obligado a desplegar su poder para mantener y garantizar la propiedad de los medios de producción por la clase capitalista, tanto en el país como fuera de él, y para apoyar los regímenes de disciplina de trabajo (*labor and work*) requeridos por el modo. Además, el Estado debió proporcionar la infraestructura de servicios técnicos, por ejemplo, transporte y comunicación, requeridos por el modo. Finalmente, cupo al nuevo Estado la facultad de arbitrar y manejar los conflictos entre grupos competidores de capitalistas que se presentaran dentro de su jurisdicción, y representar sus intereses en la competencia entre Estados, mediante la diplomacia cuando era posible, o por la guerra si se hacía necesario.

Los tres modos de producción que he bosquejado no constituyen ni tipos en los que puedan caber las sociedades humanas ni etapas de evolución cultural. Los he presentado como construcciones con las cuales es posible

contemplar ciertas relaciones estratégicas que conforman los términos en que se desenvuelven las vidas humanas. Los tres modos son instrumentos para pensar en las conexiones cruciales edificadas entre los europeos en expansión y los demás habitantes del globo, con el fin de que podamos apreciar las consecuencias de tales conexiones.

IV. EUROPA, PRELUDIO A LA EXPANSIÓN

NINGÚN observador que hubiera mirado el mundo en el año 800 habría advertido la península europea. Roma había caído y ninguna potencia centralizada había tomado su lugar; una multitud de dominios tributarios estrechos se disputaban los derechos a la herencia romana hecha pedazos. El centro de gravedad política y económica se había desplazado hacia el este, hacia Bizancio, "la nueva Roma", y al califato musulmán. Pero apenas 600 años después, en 1400, el observador habría encontrado una Europa muy diferente y un cambio muy acentuado en sus relaciones con las colindantes Asia y África. Un buen número de principados se habían fusionado y formado varias entidades administrativas, las cuales competían airesamente con sus vecinos del sur y este y se hallaban a punto de lanzarse en grandes aventuras al otro lado de los mares. ¿Qué había pasado?

Para responder esta pregunta debemos considerar cuando menos tres problemas interrelacionados. En primer lugar, los cambios habidos en el comercio de grandes distancias, que alteraron la posición de Europa, que dejó de ser un borde dependiente del Asia y se transformó en un territorio clave del desarrollo comercial. ¿De qué índole fueron estos cambios? En segundo, el hecho de que los muchos, pequeños y dispersos principados del año 800 se habían transformado en reinos consolidados en lo político y en lo militar. ¿Qué intervino en esta consolidación? Tercero, varios de estos regímenes consolidados buscaron nuevas fronteras, en abierta colaboración entre gobernantes guerreros y la clase mercantil. ¿Qué fuerzas impulsaron a dichos Estados hacia la expansión, y cuál fue la naturaleza de la colaboración en cada caso?

EL CAMBIO EN LAS PAUTAS DEL COMERCIO A GRAN DISTANCIA

La región del Mediterráneo occidental y la del suroeste de Asia estaban vinculadas por añejas conexiones. Periódicamente, el equilibrio del poder pasaba del sector occidental a su contraparte oriental y luego volvía a Occidente. La arqueología nos ofrece un cuadro en que Asia domina en producción de excedentes, formación de Estados, especialización en artesanías, construcción de ciudades y comercio a grandes distancias. La presencia de Egipto y Mesopotamia en el Egeo en el segundo milenio a.c., puso en marcha el crecimiento del comercio con el occidente de Europa, el

cual proporcionó al sector oriental algunos recursos, a cambio de los cuales transfirió artículos valiosos a los jefes de Occidente. Fenicios y cartagineses siguieron los pasos de los comerciantes egipcios; vino luego un cambio en la marca. En el siglo III a.c., la expansión griega abrió las puertas a "una corriente casi ininterrumpida de pueblos provenientes del sureste de Europa [que] se volcaron en Siria, Babilonia e Irán" (Ghirshman, 1954: 225). La expansión romana siguió el mismo curso y convirtió a Egipto en el granero de Roma.

Vino luego la prolongada caída del Imperio romano; gradualmente el campo se impuso sobre las ciudades. Económicamente, a partir del 100 d.c., las diversas partes del imperio se fueron volviendo autosuficientes. La producción de alimentos no podía abastecer a las ciudades; las artesanías urbanas abandonaron las ciudades y se establecieron en el interior. La notable estructura política y jurídica de Roma que se había "centrado en organizar un poder abrumador exigiendo inexorablemente orden y obediencia en una esfera de vida limitada" (Deutsch, 1954:10), fue perdiendo su eficacia. Los ejércitos provinciales se volvieron casi autónomos, y las provincias fronterizas del imperio ganaron presencia frente al centro del imperio.

Cuando un caudillo segundón, Odoakar el Heruliano, soltó el golpe final en el occidente a un ejército romano, Roma "cayó", pero únicamente en su órbita occidental. Sobrevivió un milenio en sus dominios orientales, Bizancio, la nueva Roma. Bizancio mantuvo su rumbo sobre las sendas señaladas por la expansión griega, pero conservando las instituciones y el derecho de Roma, una avanzada vida urbana, una lealtad religiosa común al cristianismo oriental y una moneda de oro que fue la envidia de Occidente hasta el siglo XI. En el siglo VI creó, además, una marina poderosa que cerró los accesos occidental y meridional a Bizancio a la vez que permitió al Estado extenderse hasta los linderos del Mar Negro, de donde tomó grandes cantidades de trigo, madera y esclavos. De hecho su poderío fue más helespontino que mediterráneo; esta última región la abandonó en manos de otros pretendientes.

Casi toda la región mediterránea se dividió entre el Islam y el cristianismo occidental. El islam se desbordó rápidamente, a partir de la ciudad de La Meca, centro y confluencia de caravanas, y en el curso del siglo VII conquistó todo el norte de África. Durante el segundo decenio del siglo VIII, los ejércitos musulmanes ocuparon casi toda la península ibérica; en el siglo IX cayó en sus manos la isla de Sicilia. Cuando la capital del califato islámico se pasó de Damasco a Bagdad a mediados del siglo VIII, el centro de gravedad islámico se mudó hacia el este, alejándose del Mediterráneo, en un movimiento que fue paralelo al cambio de Bizancio hacia

oriente. El comercio con el Cáucaso, el interior de Asia, Arabia, la India y China se hizo más importante que las conexiones comerciales con el Mediterráneo occidental. Este comercio mediterráneo, hoy marginal, lo continuaron comerciantes de Siria y, sobre todo, judíos, por ejemplo, los llamados radanitas o *al-radhaniva* (quizá del persa *rah dan*, que significa "conocer el camino"), que conectaban "las tierras de los francos" con Egipto y a Egipto con China.

Es poco lo que sabemos sobre la historia económica del mundo musulmán, pero podemos esbozar algunos de sus aspectos sobresalientes. Empezando en el siglo VIII, los países islámicos sufrieron una revolución agrícola que trajo consigo cambios en plantas y en estirpes de plantas, en costumbres agrícolas y en tecnología de riego. Esta revolución inició una gran expansión de la colonización y de la recolonización. El sector agrícola produjo rendimientos crecientes que se re-enviaron a la intensificación agrícola y que fundamentaron una expansión del comercio y de la vida urbana. A partir del siglo IX el mundo islámico disfrutó de un monopolio virtual sobre el oro del Sudán y los tesoros de Egipto e Irán. Todo lo cual aumentó enormemente la escala de las relaciones comerciales del Islam y su producción artesanal, tanto para élites internas como para consumidores externos de artículos de lujo.

Vemos, pues, que el Islam y el cristianismo de Oriente se habían dividido gran parte del litoral del Mediterráneo; sin embargo, ambos dieron la espalda al mar. La herencia desmoronada de la Roma occidental cayó en manos de la cristiandad occidental, y luego surgió un cúmulo de Estados tributarios encabezados por los jefes teutones a los que apoyaban sus guardias. En la cristiandad occidental no había ciudades comparables con Constantinopla, con no menos de 200 000 habitantes (Russell, 1958), Bagdad, con unos 400 000 (Adams, 1965:115) o Córdoba con 90 000 (Russell, 1972:178). Aunque las artesanías urbanas se habían establecido en el campo, las zonas rurales de Europa habían vuelto a caer en la agricultura de subsistencia y el intercambio localizado. No habían desaparecido los mercaderes europeos dedicados al comercio de grandes distancias (Vercauteren, 1967), pero sus actividades resultaron opacadas a partir de los siglos VI al VIII por sirios y judíos que conectaron el Levante con la península europea, que se convirtió en terreno "explotado para beneficio de Siria, Alejandría y Constantinopla" (Lewis, 1951:14). Europa proporcionaba principalmente esclavos y madera, y recibía a cambio algunos artículos de lujo.

Los esclavos europeos llegaron al Cercano Oriente no únicamente por las rutas marítimas del Mediterráneo, sino también, junto con pieles preciosas y otros productos, al Mar Negro, siguiendo el curso de los ríos de

Rusia. Los llevaban los varangian rus, una rama de pueblos marineros y saqueadores que había salido de sus *viks*, o caletas de Escandinavia, para hostigar los litorales de Europa y para llevar esclavos a los mercados del Cercano Oriente. En el siglo IX empezaron a subyugar y colonizar porciones de Inglaterra y Normandía, del litoral báltico y de Rusia. En esta etapa, es posible concebir a la península europea como un territorio rodeado de agua por tres lados, dominado por un comercio de grandes distancias cuyo centro se hallaba en el Helesponto y el Levante.

Surgen los puertos italianos

En el curso del siglo IX, se metieron en este comercio nuevos competidores que provenían de las ciudades portuarias que eran enclaves bizantinos situados a lo largo de la costa de Italia. Los más importantes eran Venecia, al fondo del Adriático, y Amalfi, sobre el Golfo de Salerno. Al principio fueron modestos intermediarios en un comercio que no era de gran importancia para las potencias que gobernaban el Levante. Partiendo de sus posiciones iniciales de agentes de negocios, ambas ciudades aprovecharon la gradual intensificación de su comercio.

En 977 el mercader árabe Ibn Hawqal dice que Amalfi era "la población más próspera de Lombardía, la más noble, la más ilustre, por razón de sus condiciones, la más rica y opulenta" (citado en López y Raymond, 1955: 54). Sin embargo, pronto fue víctima de vecinos depredadores. Por su parte, Venecia ascendió más y más; intercambió hierro, madera, equipos navales y esclavos de Occidente por sedas, especias y marfiles de Oriente, a lo que agregó sal de sus lagunas y productos de su industria del vidrio.

En el siglo X otros dos puertos de la Lombardía italiana se lanzaron en una carrea de expansión comercial y militar: Pisa y Génova, sobre el Mar Tirreno. Ante las correrías de los musulmanes convirtieron en buques sus botes pesqueros y atacaron venturosamente Córdoba, Cerdeña y el litoral del norte de África.

Gracias a sus triunfos en el comercio y en la guerra, estas ciudades italianas empezaron a inclinar el fiel del intercambio entre las mitades oriental y occidental del Mediterráneo en favor de esta última. Como no tenían territorio en el interior que dedicar a la agricultura, su frontera de expansión era el comercio marítimo. Esto las colocó en situación de ser las principales beneficiarias de la nueva unión de poder e influencia que se presentó en el Mediterráneo después del año 1000. Para entonces, Bizancio había puesto en marcha una política de consolidación militar en tierra; encomendó a sus campesinos armados que la defendieran contra los ata-

ques cada vez mayores que le llegaban de todos lados. Venecia se convirtió de hecho en agente comercial de Bizancio y acaparó gran parte de su comercio marítimo.

CONSOLIDACIÓN POLÍTICA

Y mientras las ciudades portuarias italianas cobraban importancia en la región del Mediterráneo, las tierras rurales del interior, al sur y al norte de los Alpes, iban quedando atrapadas en procesos de consolidación económica y política, los cuales operaban en dos niveles: uno local y otro regional. Vimos ya que la declinación de Roma en el Mediterráneo occidental significó un colapso y un desmantelamiento de la superestructura jurídica y política de Roma, así como una retirada simultánea de las artesanías urbanas al campo. La ruralización y la difusión crecientes de la tecnología artesanal proporcionaron la base técnica para el desarrollo de una nueva forma de organización político-económica. Esta forma agrupó a los cultivadores alrededor del fortín de un *lord* (del anglosajón *hlaf-weard*, o guardián del pan, el que da de comer a los dependientes) superordenado. Los cultivadores se asignaban a los *lords* conforme a acuerdos de dependencia, cuyos orígenes y características precisas variaban muchísimo, y que definían de diferentes maneras la transferencia de tributo de los productores de excedentes a los tomadores de excedentes. Estos acuerdos fundamentaban el poder militar y político de un determinado tomador de excedentes en sus relaciones con sus camaradas, así como el poder de los tomadores de excedentes como clase.

Después del año 1000 los excedentes así producidos aumentaron considerablemente, como resultado de la intensificación y extensión del cultivo. Esto fue particularmente cierto en regiones situadas al norte de los Alpes, donde la introducción de la rotación trienal por medio del arado pesado arrastrado por caballos dio por resultado un aumento absoluto en los excedentes. Al despejar los densos bosques que cubrían la Europa continental y arar la llanura europea aumentó el monto de la tierra árbale que podía producir excedentes. Ambos procesos ocurrieron bajo la autoridad de señores tomadores de tributos, y ambos, a su vez, aumentaron el poder de la clase dominante.

Una mayor producción de excedentes acrecentó todavía más la capacidad militar de esta clase, que descansaba en su aptitud de sostener el alto costo de los caballos y armaduras de guerra.

El movimiento hacia la consolidación política bajo un reino central dependía de la aptitud combinada de extraer tributo para pagar la guerra y para desarrollar un potencial bélico proporcionado a la escala de la

tarea política. En esencia, había tres modos en que esto podía lograrse. Uno era la expansión hacia afuera, contra potencias enemigas y para apoderarse de excedentes de enemigos externos. Otro era descubrir recursos, fueran internos o bien adquiridos como botín, que se vendían a comerciantes a cambio de artículos o créditos que eran muy convenientes. El último consistía en aumentar el dominio real, el territorio del cual el rey podía extraer apoyo directo sin la interferencia de intermediarios. Los nacientes Estados europeos siguieron estas tres estrategias, entremezclándolas de modo diferente en momentos diferentes y obtuvieron resultados también diferentes.

La guerra en el exterior

El apoderarse de recursos externos fue la estrategia dominante que siguieron las potencias ibéricas de Portugal, León-Castilla y Aragón en su reconquista de la España musulmana. Las Cruzadas fueron otro intento por usar esta estrategia, que siguieron los reyes de Francia e Inglaterra poco después de su consolidación inicial en el poder (1096-1291). El motivo declarado de las Cruzadas fue la reconquista de la Tierra Santa que estaba en manos de los infieles. En otro nivel, sin embargo, las Cruzadas fueron esfuerzos por consolidar sistemas políticos incipientes atacando a enemigos muy debilitados. Bizancio se estaba retirando hacia sus territorios centrales, y dejaba el grueso de su comercio en manos de los venecianos. El califato abasida de Bagdad se vio asolado por rebeliones internas y por ataques nómadas externos, quizá porque el éxito mismo de su comercio a gran distancia había gravado en exceso a su campesinado productor de tributos (véase Anderson, 1974:509). A final de cuentas, las Cruzadas fallaron, y en ningún caso produjeron beneficios directos a los reyes del noroeste de Europa.

Los verdaderos beneficiarios de las Cruzadas fueron las ciudades portuarias italianas a las que se pagó por los servicios de acarreo que prestaron, que comerciaron con el botín obtenido y que, en la estela de las guerras, establecieron colonias extraterritoriales tanto en Bizancio como en el Levante musulmán. Conforme franceses e ingleses se retiraban, los mercados italianos —ahora reforzados en número e influencia por la creciente participación de las ciudades italianas del interior— pudieron lanzar su gran expansión en comercio y en finanzas “desde Groenlandia hasta Pekín”, según expresión de Robert López. En su expansión, esta red comercial italiana, saltando los Alpes, inició contactos con poblaciones surgermanas y, cruzando la Renania, con Flandes e Inglaterra.

El emperador del Sacro Imperio Romano-Germánico hizo otro intento

por acrecentar los recursos reales por medio de la conquista externa. Apriionado en sus provincias germánicas originales (*Urdeutschland*) por competidores poderosos, la única estrategia que le quedaba para ampliar los recursos reales era la conquista externa. Tal estrategia exigía fundamentalmente poner a Italia en la corona imperial alemana. Este empeño falló en 1176, año en que las ciudades-Estados lombardas se unieron y derrotaron al emperador en Legnano, lo cual, de paso, puso fin a las aspiraciones centralizantes de los reyes alemanes.

Comercio

Una segunda estrategia que consistía en la comercialización de productos cosechados o ganados en la guerra, cobró fuerza al lado de otros medios para hacerse de excedentes. El comercio y la guerra se alimentaban forzosamente uno al otro; al mismo tiempo entrañaban diferentes principios de organización. El comercio indujo la formación de compañías comerciales y las federaciones de comerciantes. Y la guerra dio gran valor a los especialistas militares, a los que había que alimentar y abastecer por medio de una base segura de tributarios. A veces colaboraban los comerciantes y los militares; otras, estaban en malos términos. Edward W. Fox ha dicho:

El feudalismo, como sistema, se nutrió de la producción agrícola de innumerables feudos individuales, de hecho estaba unido muy sueltamente debido a la circulación de mensajes y hombres en la práctica de la protección militar. Para poder existir, la sociedad comercial dependía de la circulación de mercancías, transportadas por agua cuando ello era posible, y de mensajes, en forma de órdenes y pagos. Se trata de operaciones muy diferentes, sobre las que hay evidencia tradicional que indica que de ordinario no se mezclan [1971:57].

En cierta medida, podemos visualizar el crecimiento de Estados europeos durante la Edad Media como una contienda entre bloques políticos que descansaban en núcleos agrícolas y en el poder militar, por una parte, y por la otra en redes mercantiles situadas a lo largo de rutas de tráfico fluviales y marítimas. La suerte corrida por las ferias de Champagne nos ofrece un ejemplo muy expresivo. Estas ferias eran visitadas por comerciantes italianos que acudían a intercambiar mercancías del Mediterráneo por productos septentrionales a través de la garganta formada por los ríos Ródano y Saona. Florecieron mientras se mantuvieron independientes del reino de Francia y del Sacro Imperio Romano de la nación germánica.

Cuando en 1285 el reino de Francia se apoderó de la región, las ferias declinaron a resultas de un aumento en los impuestos, guerras crecientes y restricciones a la importación de lanas inglesas y de telas de Flandes.

Entonces el comercio se dirigió a las rutas costeras marítimas y a las rutas terrestres situadas entre el norte de Italia y el valle del Rin. A lo largo de la ruta marítima aumentó el número de corporaciones y ligas mercantiles que buscaban autonomía, tales como los *consolats* de Cataluña, la Hermandad de las Marismas de los puertos del Cantábrico y las hermandades comerciales o hansas que en el siglo XIII se extendieron desde Colonia y la Renania hacia Lübeck y Hamburgo. A lo largo de rutas que remontaban los Alpes y llegaban al Rin, se formaron Estados de paso íntimamente ligados con los movimientos de mercancías por arriba de las montañas; entre ellos cabe mencionar la Confederación Suiza y el Tirol. A lo largo del alto Danubio y el Rin, los siglos XIII y XIV presenciaron un florecimiento de casas de comercio en las poblaciones del sur de Alemania y de confederaciones mercantiles como la Liga Suaba, la Liga Renana y la Hermandad de las Diecisiete Poblaciones de Flandes y Brabante. Aunque ninguna de estas federaciones mercantiles fue independiente de señores militares basados en la tierra, "las ciudades de la faja de las rutas comerciales del Mediterráneo al Mar del Norte y al Báltico fueron a lo largo de muchos siglos lo bastante fuertes como para frustrar cualquier intento de administración militar" (Rokkan, 1975:576).

Se ensancha el dominio real

La tercera estrategia tendiente a la consolidación política, la expansión de un dominio central, ocurrió en las regiones que luego serían Francia e Inglaterra. Ésta fue una ruta muy diferente a la seguida en la península ibérica. Portugal y Castilla eran, predominantemente, Estados depredadores, que vivían de los recursos de la España musulmana. El embrión del Estado portugués fue la hermandad militar armada de los Caballeros de Aviz, cuyo Gran-Maestro fue el primer rey portugués (1384). Del mismo modo, el Estado de Castilla descansaba en las órdenes religioso-militares de Calatrava, Alcántara y Santiago, todas ellas fundadas en el siglo XII. En contraste, Francia e Inglaterra se consolidaron alrededor de los dominios personales de sus reyes.

El núcleo de la Francia futura fue el dominio directo de la dinastía Capeto; esta región, llamada Francia, abarcaba los valles del Sena y del Loira. Su importancia agrícola la atestiguan el hecho de que la primera prueba documental de una rotación trienal de cosecha y de medios mo-

ernos de enjazar animales de tiro se refiere a esta región. Desde esta base inicial, los reyes de Francia procedieron a ensanchar su dominio directo por medio de la guerra, de la ayuda del clero y de estrategias matrimoniales. Ya para 1328 el dominio real y los feudos de la Corona francesa abarcaban casi todo lo que hoy es Francia.

Inglaterra se formó cuando un grupo de vikingos franceses procedentes de Normandía, crearon, por la fuerza de las armas, una "Normandía Inglesa" (Douglas, 1969:29) al otro lado del Canal de la Mancha. El núcleo de esta Normandía Inglesa lo creó Guillermo el Conquistador cuando repartió feudos entre sus seguidores pero reservándose un dominio directo, dentro de cada señorío, mayor que el de cualquier vasallo. No tardaron en chocar los dominios inglés y francés. Los reyes de Francia e Inglaterra pelearon durante siglos la posesión de la "Francia" occidental y meridional. Hasta el siglo XIII los "ingleses" controlaron la mejor parte de "Francia", de la cual fueron expulsados en 1453.

Todos los Estados europeos crecieron lentamente, como entidades compuestas de diferentes segmentos y acreencias. Sus límites pudieron haber sido muy diferentes, lo cual hubiera creado un mapa de Europa muy diferente del conjunto de países que en nuestros días consideramos como entidades nacionales inalienables. Este mapa imaginario bien pudo haber mostrado un imperio con base marítima que comprendiera Escandinavia, el litoral septentrional de Europa e Inglaterra; un Estado que comprendiera el oeste de Francia y las Islas Británicas; una unión del oriente de Francia y del occidente de Alemania o un Estado que comprendiera los valles del Ródano y del Rin, situado como cuña entre Francia y Alemania; una unión de Alemania con el norte de Italia; un Estado que abarcara Cataluña y el sur de Francia; una Península Ibérica dividida en una porción septentrional de reinos cristianos y una meridional musulmana. Cada uno de estos casos representa una posibilidad que existió en un cierto tiempo, y cada uno sugiere que los límites geopolíticos que dividen a la Europa contemporánea requieren alguna explicación y que no se deben tomar sin antes hacer de ellos un buen análisis.

FORMACIÓN DE ESTADOS Y EXPANSIÓN

Las guerras y el comercio con el exterior, y la consolidación interna crearon nuevos Estados en Europa e invirtieron la relación entre el Oriente dominante y el empobrecido Occidente, que había caracterizado otros tiempos. Pero hacia el 1300 pareció menguar el ritmo del crecimiento de Europa; la agricultura dejó de crecer, debido tal vez a que la tecnología

en uso alcanzó los límites de su productividad. El clima se volvió adverso, lo cual hizo que el abasto de alimentos se hiciera precario e incierto. Las epidemias se cebaron en gran número de personas a quienes había debilitado una dieta pobre. Sin embargo, al parecer las dificultades ecológicas no fueron más que un aspecto de una crisis mayor, a la que a veces se ha llamado "la crisis del feudalismo". Para pagar sus guerras y expansiones, los tomadores de tributos militares elevaron la extracción de excedentes, lo que produjo una creciente oleada de resistencia y rebelión de los campesinos.

La salida a esta crisis era descubrir nuevas fronteras. Económicamente, esto era necesario para generar así nuevos excedentes. En la práctica ello significó avanzar hacia nuevos terrenos donde cultivar más alimentos, así como hallar nuevos conservadores de los alimentos. También significó la posibilidad de obtener bienes de lujo a precios más bajos, o si no, más oro y más plata para poder comprarlos. También significó la esperanza de detener el flujo de dinero hacia el Oriente, problema que había preocupado a los propios romanos y que para el año 1200 se había vuelto grave. La solución a la crisis exigía un aumento en la escala e intensidad de la guerra: un aumento en la producción de armamentos y barcos, en el entrenamiento de soldados y marineros y en el financiamiento de operaciones y avanzadillas militares.

Económicamente, la crisis del feudalismo se resolvió hallando, tomando y distribuyendo recursos existentes situados más allá de las fronteras de Europa. El movimiento hacia el Nuevo Mundo, el establecimiento de fuertes y factorías en las costas de África, haber entrado en los mares de China y en el Océano Índico y la propagación del comercio de pieles en los bosques boreales de América y Asia no fueron otra cosa que modos en que se buscaron y satisficieron estas metas. Nuevas mercancías entraron en los circuitos de intercambio: tabaco, cacao, papas, tulipanes. El oro de África y la plata de las Américas hicieron que Europa viviera en un lujo extremo.

Con todo, no era suficiente acrecentar la suma de riquezas que circulaban en Europa y multiplicar la variedad de sus formas. "La acumulación originaria" requería que hubiera no sólo apoderamiento de recursos, sino también su concentración, organización y distribución. Estas operaciones pronto dejaron atrás las capacidades de las empresas o gremios comerciales, o de cualquier organismo de soldados y funcionarios. Esta situación llevó a la constitución de organismos de gran fuste que pudieran controlar tan gran expansión y tan gran esfuerzo mercantil y que además pudieran aportar el esfuerzo del populacho productor de excedentes hacia tales metas.

Los grandes organismos que de aquí surgieron fueron Estados a los que caracterizó un alto grado de concentración del mando, sea que estuviera en manos de un gobernante único y su cohorte, como en Portugal y España, o en un comité de la oligarquía gobernante, como en las Provincias Unidas de Holanda. A tales Estados se les entiende mejor como coaliciones políticas entre el ejecutivo centralizador y la clase de comerciantes. El Estado compraba armas y barcos. Las mercancías ganadas por la fuerza de las armas pagaban a los mercenarios, la manufactura de armas y cañones y la construcción de más barcos. Los mercantes armados que saqueaban en ultramar necesitaban del Estado para que los escudara contra competidores y para que aportara el personal necesario para retener y consolidar los territorios recién ganados. Al mismo tiempo el Estado necesitaba de los comerciantes para que prestaran dinero a la Corona o a los capitanes de las expediciones; para reunir, embarcar y vender las mercancías necesarias en las avanzadas del reino. Diferentes autores han subrayado la índole burocrática del Estado expansionista, o su base en la producción de excedentes por parte de tenedores rurales del poder o su relación con comerciantes inclinados al saqueo en ultramar y las utilidades fáciles. Los Estados que iban surgiendo eran todas estas cosas, si bien en cada uno de ellos los elementos constitutivos se combinaban de modos diferentes.

Los Estados clave que llevaron a cabo la expansión allende los mares fueron Portugal, Castilla-Aragón, las Provincias Unidas, Francia e Inglaterra. Cada uno fue el producto de circunstancias distintas y de las estrategias igualmente distintas con que enfrentaron tales circunstancias. Cada uno desarrolló un conjunto distinto de clases dispuestas alrededor del pivote del Estado. Todos ellos destinaron gente y recursos a la tarea de la conquista y del comercio, y todos ellos pusieron su sello en alguna porción del globo, con lo cual afectaron a numerosas poblaciones. Todos ellos se esforzaron por alejar a los demás de los recursos en el exterior y en casa y por reducir la aptitud de los competidores para continuar en el juego de la expansión. Nos ocuparemos de cada una de estas formaciones políticas e indicaremos cómo se desarrollaron, cómo usaron los recursos de la guerra y de la expansión mercantil y cómo alcanzaron el límite de una economía política basada en la riqueza mercantil.

Portugal

Portugal fue el primero de los Estados europeos en llegar a ser un centro de actividad expansionista en la búsqueda de la riqueza. Es también,

probablemente, el menos entendido de los Estados que participaron en la expansión. Al término de la Edad Media europea era un país pobre que no llegaba al millón de habitantes. Pronto, empero, se hizo de colonias en lugares tan distantes como Brasil en América, Mozambique en África y Malaca en Asia Sudoriental. Todavía en 1725 el arzobispo de Goa podía abrigar el sueño de un imperio portugués, fincado "en las infalibles promesas de Dios sobre el sometimiento de todo el globo" (citado en Boxer, 1973a:376). Así las cosas, para 1800 había caído a la condición de potencia segundona. *A posteriori*, parece punto menos que extraordinario el poderío y el fervor de su expansión inicial, fundada en una base estrechísima de recursos ecológicos.

Portugal empezó como un feudo fronterizo del reino español de León. Al igual que León creció gradualmente conforme las bandas de caballeros merodeadores y de colonos marchaban hacia el sur y penetraban en los terrenos de la Iberia musulmana. Pero a diferencia de España logró tempranamente su definición política. En 1147 Lisboa cayó en manos portuguesas y en 1249, Silves, el último fortín musulmán, fue tomado por las tropas de Portugal. En 1385 el nuevo reino echó de sus fronteras a los castellanos y mantuvo su integridad bajo una dinastía fundada por el gran maestro de la orden religiosa-militar de Aviz.

Pese a que más adelante los portugueses llegarían a los más remotos confines del globo, el país siguió dependiendo en el curso de su historia de la agricultura. Esto ha sido verdad a pesar de que gran parte del territorio es tan empinado o pedregoso que no es cultivable, de que las lluvias son escasas e irregulares y de que, por consecuencia, las cosechas son magras. Sin embargo, el grueso de la población trabajaba la tierra, en su mayoría conforme a acuerdos de arrendamiento que garantizaban una prolongada ocupación a los cultivadores mediante pagos en especie o en dinero (que cubrían de un décimo a la mitad del producto anual), y que se complementaban con dos o tres días de trabajo no remunerado por semana.

Esta dependencia de la agricultura orientó el interior del país a alejarse del mar. Había pesca en la corriente fría que corre frente a Portugal y la costa occidental de África, pero había que batallar con mareas y vientos hostiles y con la ausencia de puertos de abrigo. Pese a sus hazañas marítimas, Portugal nunca tuvo una población marinera muy numerosa, ni suficientes navegantes para sus barcos del mar océano. Tampoco tuvo muchos barcos; el país tenía poca madera propia para hacer barcos, de modo que buena parte de ella y de avíos marítimos debían importarse. Incluso en el apogeo de su poderío, Portugal no tuvo arriba de 300 barcos trasatlánticos (Boxer, 1973a:56). Después de la expansión ultramarina, casi todos los barcos portugueses se construyeron o en Goa, en la India, con

sus grandes bosques de teca, o en Bahía, donde se usaban maderas duras de Brasil. Para compensar su falta de marineros el país se hizo de más y más esclavos europeos, asiáticos y africanos.

En casa, las rentas de la agricultura y los impuestos al trabajo sostenían una nobleza militar exenta de impuestos y protegida contra arrestos arbitrarios, amén de un numeroso establecimiento religioso. En el siglo xiv una caída en la población a resultas de la Peste Negra creó presiones hacia rentas más bajas en el campo, pero la promesa de salarios más altos llevó a los campesinos a las ciudades. Es probable que esta escasez de mano de obra agrícola haya inducido a la nobleza arrendadora a tomar las armas e ir a buscar otras fuentes de mano de obra en el exterior. De los 150 000 esclavos africanos tomados por los portugueses entre 1450 y 1500 (Boxer, 1973a: 31), algunos fueron enviados a las recién ocupadas islas de Madeira y Azores, productoras de azúcar y trigo; otros fueron vendidos en Italia y España, y muchos fueron a dar a Portugal donde significaron una nueva fuente de trabajo esclavo. Al mismo tiempo, los nobles militares perdieron una buena parte de su poder político después de la guerra con Castilla (1385), pues una mayoría de la "vieja nobleza" fue muerta o exiliada por haberse alineado con los castellanos. Esto despejó el camino a los nobles "nuevos" que apoyaban a la dinastía de Aviz y también acrecentó la importancia relativa de la clase mercantil.

Muy especialmente en Lisboa y Oporto los comerciantes alcanzaron más prominencia a fines del siglo xiv. Traficaban en productos agrícolas, primero en granos y luego en aceite de oliva, vino, corcho y colorantes para telas inglesas. De las salinas de Setúbal proporcionaban a Europa buena parte de la sal que necesitaba para preservar la carne y el pescado.

Pese a estos adelantos, tal vez no sea apropiado hablar de una emancipación creciente de la clase de los comerciantes respecto a los controles tributarios, cosa que han hecho algunos autores. El mayor comerciante de todos sería la Corona, a la cual puso en este camino el infante Dom Henrique (mejor conocido como el príncipe Enrique el Navegante). Dom Henrique ha pasado a la historia por su interés en la navegación y en la cartografía, aunque para financiar sus actividades tuvo que obtener ingresos del comercio en África Occidental y en las islas del Atlántico, de derechos de pesca frente a Algarve, de la importación a Portugal de colorantes y azúcar y del control de la fabricación del jabón, todo lo cual levantó repetidas protestas en el seno de la asamblea portuguesa. Fue también el arquitecto de la toma de Ceuta (1425), uno de los puntos terminales en el comercio de oro a través del Sahara, amén de que obtenía provecho de la captura y venta de esclavos, que era un negocio adyacente en los viajes efectuados por los litorales africanos. Con posterioridad, la Corona

se reservó el monopolio sobre la importación de oro, esclavos, especias y marfil, y sobre los derechos de exportación y re-exportación. Aunque los comerciantes se beneficiaron con toda esta actividad mediante concesiones y contratos, nunca se hicieron del poder necesario para alterar de un modo significativo la estructura de clase del país.

Castilla-Aragón (España)

En la península ibérica había otra potencia, España, que logró su unidad política en 1469 al unirse las coronas de Castilla y Aragón. Cuando las invasiones germánicas provenientes del norte y las invasiones islámicas del sur despedazaron la unidad administrativa de la provincia romana de Hispania, algunos Estados pequeños sobrevivieron en el norte, los que gradualmente se consolidaron en los dos Estados de la Corona de Castilla y de la Corona de León, que incluían el Principado de Cataluña y el Reino de Aragón.

En el siglo xiv la unión de estas dos entidades estaba muy lejos. Castilla, que marchaba contra los árabes de Andalucía, acabó aprisionada en un papel militar en que distribuía las tierras conquistadas entre los nobles militares que capitaneaban la conquista. Esto produjo, a fines del siglo xv, una división tal de la propiedad de la tierra en que el 2 o el 3% de la población tenía el 97% de la tierra, por lo común en manos de un puñado de familias (Elliott, 1966:111). La ocupación dominante en las tierras de Castilla llegó a ser la ganadería, sobre todo la cría de ovejas, cuya lana de merino iba a dar a Holanda, donde se convertía en finas telas.

Por el contrario, las tierras de la Corona de Aragón fueron colonizadas gradualmente por individuos que creaban comunidades pequeñas en que se distribuía la tierra con mucha más uniformidad que en Castilla. Al mismo tiempo, la Corona de Aragón había conjuntado el Principado de Cataluña, muy orientado hacia el comercio, y un Aragón que primordialmente era rural. En los siglos xiii y xiv Cataluña fue un próspero Estado comercial que tenía conexiones marítimas hasta el Levante. Sin embargo, en el siglo xv menguó ante la competencia de Génova, la cual no nada más redujo la influencia de Cataluña en el Mediterráneo sino que la pasó por alto pues entró en relaciones comerciales y financieras con Castilla. Esta coalición de financieros genoveses y de nobles castellanos productores de lana ahogó el crecimiento comercial de Cataluña y minó la eficacia de la producción y exportación de textiles de Cataluña. A fines del siglo xiv y durante el xv, se deterioró aún más la economía de Cataluña debido a una serie de fieros levantamientos de los campesinos contra los

impuestos tributarios ("feudales") y a conflictos abiertos en las ciudades entre el patriciado mercantil y los pequeños artesanos y comerciantes.

La unión de Castilla y Aragón unió dos socios muy desiguales y aseguró el predominio de Castilla sobre Aragón, que ya era "una sociedad en retirada" (Elliott, 1966:42). Otorgó un papel destacadísimo en el nuevo Estado ibero a los nobles propietarios de inmensos hatos de ovejas. Se habían organizado en una poderosa asociación de ovejeros, la Mesta, que podía promover sus intereses sociales y políticos relacionados con el Estado a cambio de pagar impuestos a la Corona. La exportación de lana castellana por los puertos del norte ligó esta periferia cantábrica a los intereses de la nobleza militar castellana.

La decisiva inclinación castellana hacia una economía pastoral no sólo ahogó el desarrollo industrial de España, sino que redujo la aptitud de otras clases para poner en jaque el dominio de los militares tomadores de tributos. La guerra y el apoderamiento de pueblos y recursos, no el desarrollo comercial e industrial, llegó a ser el modo dominante de reproducción social. Vistas así las cosas, la conquista del Nuevo Mundo no es más que una prolongación de la Reconquista dentro de la propia península ibérica. La afluencia de la plata del Nuevo Mundo a partir del siglo xvi redujo todavía más el desarrollo industrial de España, pues produjo alzas de precios e inflación, lo cual hizo que no pudiera competir con los productos industriales de Holanda.

Sin embargo, la plata del Nuevo Mundo acrecentó los ingresos de la Corona. Juntas, las ovejas de España y la plata de las Américas, costearon grandes operaciones militares de España en Europa y el crecimiento de una burocracia real que excedía con mucho las posibilidades de la economía española. Se compensó el déficit en los gastos mediante préstamos de financieros extranjeros a los que halagaba en extremo prestar sobre futuras importaciones de plata o sobre impuestos que se cobrarían por la venta de lana. Fue así como España nunca contó con una política económica coherente. La burocracia imperial se limitó a actuar como conductora de la riqueza hacia los cofres de Italia, el sur de Alemania y los Países Bajos. La expulsión entre 1609 y 1614 de 250 000 musulmanes no conversos, que vivían en el sur de España, debilitó aún más la agricultura del país pues detuvo los pagos por renta a los señores, los cuales a su vez no pudieron pagar sus deudas e hipotecas. A mediados del siglo xvii hasta las exportaciones españolas de lana empezaron a perder terreno ante la competencia inglesa. Declinó la navegación y para fines del siglo xvi los navieros españoles ya no podían competir eficientemente con las nuevas técnicas de los astilleros del norte de Europa. El capital fluyó más y más hacia préstamos privados y bonos del gobierno que ganaban más intereses que las

inversiones directas en empresas productivas. La España, del 1600 era ya ese mundo de descomposición y desencanto que Miguel de Cervantes describe tan magistralmente en el *Quijote*. La economía española se había transformado en un simple vehículo de riqueza comercial destinado a otras economías, "una madre para los extranjeros, una madrastra para los españoles".

Los circuitos internacionales de la riqueza mercantil

Fue así como tanto en Portugal como en Castilla-Aragón los comerciantes extranjeros acabaron por desempeñar una función estratégica en el desempeño de la economía. Portugal buscó y halló la riqueza y el apoyo mercantil que necesitaba en la ciudad italiana de Génova, que por ese entonces peleaba con Venecia por el control del comercio con el Levante y que estaba ansiosa por dar su apoyo al comercio portugués por considerarlo un medio de romper los asfixiantes límites del Mediterráneo. Los comerciantes genoveses aparecieron en Portugal en el siglo XIII, y para principios del XIV Lisboa se había convertido en un gran centro del comercio genovés. Los genoveses también se establecieron en Sevilla, pero en el siglo XV; y en ese siglo y el siguiente ayudaron a España a financiar sus viajes al Hemisferio Occidental. Destacados participantes en este proceso fueron las familias Spinola, Centurioni, Giustiniani y Doria. Ciertamente no fue accidente que Colón trabajara para los Centurioni en Lisboa en 1477 y que en 1478 pasara su luna de miel viajando a Madeira a fin de comprar azúcar para esa familia (Pike, 1966:154, n. 58; 206, n. 2). Francisco Pinelo (Pinelli, en italiano) dio dinero para el primero y segundo viajes de Colón. A los financieros genoveses se les unieron muy pronto los Fugger y Welsch de Augsburgo, en el sur de Alemania, cuya creciente prosperidad a partir de mediados del siglo XV estuvo muy relacionada con el comercio entre el sur de Alemania y Venecia y con operaciones mineras en los Alpes y Cárpatos.

El desarrollo financiero de Génova y Baviera cimentó el auge de la ciudad de Amberes, que está situada en el estuario del río Escalda en Brabante. Al comenzar el siglo era un puerto secundario, pero entre 1437 y 1555 saltó de unos 17 000 habitantes a más de 100 000 (Russell, 1972:117; Smith, 1967:395). Además de tener acceso a las vías marítimas, era el término de la ruta terrestre de Venecia al Rin y un eslabón en la cadena de ciudades hansáticas de los mares del norte. Cuando el duque de Borgoña, en cuyos dominios estaba Amberes, llegó a ser el emperador Carlos V, la red de la ciudad creció al grado de que llegó a abarcar las

rutas de la flota de la plata que provenía del Hemisferio Occidental. Fue así como en la primera mitad del siglo XVI Amberes llegó a ser el centro de un sistema internacional de crédito y de pagos. No pasó mucho tiempo sin que los banqueros de Génova y Baviera tuvieran derechos hipotecarios sobre la flota de la plata de América y sobre los impuestos de Castilla por haber adelantado dinero a la Corona imperial; de esta suerte, la plata fluyó a Amberes y de ahí pasó a los conductos internacionales.

No duró mucho, sin embargo, el predominio de Amberes y de sus padrinos. En 1550 la Corona española sufrió su primera quiebra. Poco después, en 1556, los Países Bajos se sublevaron; los rebeldes "mendigos del mar" aislaron Amberes del mar y en 1576 las tropas españolas entraron a saco en la ciudad a cambio de las pagas que se les debían. En 1575-1576 la Corona española sufrió su segunda quiebra, en la cual arrastró a las casas comerciales de Baviera. Por su parte, los genoveses se mantuvieron firmes y apretaron su asimiento sobre los recursos imperiales, que ahora fluían con más abundancia hacia Génova. El resultado fue que "a partir de 1579, quizá desde 1577, se convirtieron en los amos de los pagos internacionales, de las fortunas, de Europa y del mundo, en los amos, sin rival y bien atrincherados, de la plata política de España", (Braudel, 1972:393).

Con el tiempo, es decir a principios del siglo XVII, Amsterdam y las ciudades holandesas aliadas con ella, desalojaron a los genoveses. Amsterdam se convirtió en el centro del sistema internacional de pagos de Europa; recibía la plata de España y el oro de Portugal a cambio de mercancías manufacturadas en el norte de Europa. Buena parte de este poderío se debió a que los "Nuevos Cristianos" portugueses, bautizados o criptojudíos, habían emigrado a Amsterdam para evitar la persecución económica y religiosa de Iberia. Habían desempeñado un papel destacado en el comercio de los portugueses de esclavos y azúcar con el Nuevo Mundo; ahora ponían sus dineros y su saber a disposición de los holandeses.

Las Provincias Unidas

España y Portugal, además de batallar con los problemas propios de sus inmensos imperios, se toparon con un nuevo rival en los marinos y pescadores de Holanda. Los holandeses descollaron en el curso del siglo XV en el comercio marítimo entre el Báltico y el occidente de Europa; en sus viajes hacia el oeste llevaban granos y maderas del Báltico así como metales de Suecia y de regreso llevaban sal y telas. Después de que en 1452 los arenques migraron del Báltico a las aguas del Mar del Norte, intensificaron su pesca, a la que llamaban su "principal mina de oro". Este co-

mercio con el Báltico siguió siendo económicamente más importante que el comercio holandés con Asia y las Indias Occidentales. La expansión de Holanda hacia otros mares significó la continuación de esta dedicación al comercio marítimo.

Para financiar estas empresas ultramarinas, los holandeses se atuvieron inicialmente al capital extranjero, en particular al de banqueros italianos y del sur de Alemania. Cuando Carlos V incorporó Holanda a su imperio transoceánico, concedió también a sus comerciantes los privilegios de que disfrutaban los comerciantes y los puertos españoles. De este modo, los comerciantes holandeses aprovecharon también el flujo de metálico que provenía de Lisboa y Sevilla, con lo cual amasaron el capital suficiente para realizar operaciones comerciales independientemente de financieros extranjeros.

La Reforma protestante y la conversión de Holanda al protestantismo desembocó en una ruptura con la católica España y en una guerra de ochenta años entre los dos países. Cosa paradójica fue que de esta guerra, las Provincias Unidas surgieron más poderosas, no nada más en lo militar sino también en lo financiero. La revuelta aglutinó una alianza entre varias poblaciones holandesas, cada una de ellas gobernada por su élite local de oligarcas comerciantes, y también una alianza entre estas élites marítimas y los señores tributarios de las provincias terrestres. Como la nueva república recibió con los brazos abiertos a disidentes religiosos valones y flamencos y también judíos portugueses y españoles, empezó de inmediato con un buen capital humano. Antes de 1585 los barcos holandeses aparecían rara vez en el Mediterráneo; después de esa fecha fueron visitantes frecuentes de la región. El tráfico holandés directo con Brasil significó hacia 1621 entre la mitad y dos tercios del intercambio de este país y Europa. A lo largo de la prolongada guerra los comerciantes holandeses siguieron tratando con el enemigo; las marinas de España y Portugal necesitaban la madera y avíos navales que los holandeses acarreaban desde el Báltico; la principal fuente de ingresos de los holandeses para continuar la guerra fueron los impuestos que pagaron los comerciantes holandeses por permisos para traficar con el enemigo (Boxer, 1973b:23-24). En el siglo xvii, y como resultado de este comercio tan ambicioso, Amsterdam se convirtió en el centro del comercio europeo en efectivo, lugar que conservaría 200 años.

Sin embargo, durante la segunda mitad del siglo xvii la hegemonía holandesa llegó a su máximo y luego empezó a declinar. El grano del Báltico perdió importancia en los mercados de Europa, lo cual redujo la influencia holandesa (Glamann, 1971:42-44). Al mismo tiempo, las Provincias Unidas empezaron a resentir la competencia de Inglaterra, que en

respuesta a la depresión aumentó sus exportaciones de granos y que empezó a gravar las mercancías holandesas; de este modo alentó la sustitución de importaciones holandesas con artículos hechos en Inglaterra. A la economía holandesa también la afectaron guerras costosas, pues para librarlas hubo que aumentar los impuestos.

¿Por qué, entonces, las Provincias Unidas no volvieron la vista hacia el desarrollo industrial? Por varias razones. Primera, la navegación, la construcción de barcos y actividades relacionadas siguieron siendo importantes y remunerativas. Segunda, los rendimientos de la actividad mercantil eran elevados, sin duda más que las inversiones en la industria textil. Tercera, en las Provincias Unidas la agricultura era ya de capital intensivo y especializada y pagaba salarios buenos; no había, pues, un populacho rural pobre que proporcionara trabajo industrial barato, como era el caso de Inglaterra. Cuarta, todo el desarrollo holandés estaba fundado en la habilidad del país para capitalizar aptitudes y servicios, no en una base recia de recursos propios. Era poca su población. De 275 000 en 1514 había subido a 883 000 en 1680; cayó de nuevo a 783 000 en 1750. De hecho escaseaba la mano de obra incluso para empleos navieros, por lo que en el siglo xviii se contrató a marinos escandinavos y del norte de Alemania para hacerse cargo de naves holandesas. Por otra parte, el país carecía de carbón y hierro, que abundaban en Inglaterra. Finalmente, la república había sido siempre un Estado compuesto por ciudades-Estados casi autónomas; cada una tenía su propia oligarquía. Lo que les había dado una dirección común fue el predominio de Amsterdam y el éxito que tuvieron durante la fase del ascenso del país. En un periodo de dificultades crecientes, la intensificación de las luchas entre facciones significó un estorbo que se interpuso entre los diversos miembros de la alianza holandesa para formular y emprender una política común. Tal vez por ello, a partir de 1688, el capital holandés fluyó cada vez más hacia Inglaterra donde fue invertido en la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, en el Banco de Inglaterra y en la deuda nacional inglesa así como en industrias de reciente creación. En este terreno, Holanda pagó "la pena de ir a la cabeza". El dominio pasó a manos de su rival principal.

Francia

El caso de Francia es una respuesta más a la crisis del feudalismo; estuvo aquí el hogar del clásico feudalismo político, que se valió de la forma jurídica de vínculos entre señores y vasallos para alzar un gran edificio de relaciones escalonadas, del cual, el rey ocupaba la parte más alta. Aquí

la fuerza principal de la consolidación política era convertir la pirámide feudal, encabezada por el rey, en una urdimbre de relaciones de patron-clientes que abarcaba toda Francia y que se hallaba bajo el rey debido a que controlaba los recursos superiores (véase Koenigsberger, 1971:6). En Francia se logró esta transformación mediante la concentración de excedentes agrícolas internos y no por la expansión allende los mares. Al mismo tiempo, la Corona francesa evitó, en un grado mucho mayor que los gobernantes de Portugal o Castilla-Aragón, depender de financieros internacionales y de los consiguientes embrollos internacionales.

Ya vimos cómo lo que sería Francia emergió de una pequeña pero fértil región central que controlaba los cursos medios de los ríos Sena y Loira. Al principio el rey no era más que un simple *primus inter pares* frente a otros poderosos feudatarios, pero extendiendo el poder real directo en todas direcciones, aumentó su poder hasta que, hacia 1328, ya cubría la mitad de lo que hoy día es Francia. La otra mitad se hallaba en los feudos de la Corona. Sin embargo, en este proceso de expansión los reyes de Francia no sólo echaron a los ingleses y a sus señores feudales, sino que ganaron ascendencia sobre rivales potenciales en Aquitania al oeste y en Occitania al sur. Esto puso a disposición de la Corona nuevos recursos agrícolas y sometió al centro político de París los linderos marítimos del oeste y del sur, inclusive las ciudades comerciales de Nantes, Burdeos y Tolosa. A partir del siglo xv, las exigencias económicas y políticas del núcleo, fundado en la tierra, de la monarquía francesa, controló y limitó la actividad mercantil a lo largo del borde atlántico, lo cual tuvo grandes consecuencias en cuanto a la participación de Francia en el curso de la expansión europea (Fox, 1971).

Aunque el rey consolidó su control sobre Francia, no pudo ni quiso desafiar abiertamente los derechos de la nobleza para quitar excedentes al campesinado. Los campesinos tenían el derecho de pagar rentas en dinero o en especie, no en trabajos realizados en la heredad de un tomador de tributos. Fue el campesinado el que tuvo a su cargo la producción; los señores tomaban su parte de las cosechas como tributo que vendían en el mercado. En este sentido, el rey no era otra cosa que el noble más elevado, que vivía de lo que le dejaba su propio dominio. El gran tamaño de su dominio lo hacía correspondientemente más poderoso, pero como la nobleza estaba exenta de impuestos, eran limitados los recursos de la Corona. El rey trató de aprovechar relaciones de comercio y crédito con ciudades italianas para hacerse de recursos, pero la declinación de esas ciudades redujo sus posibilidades de obtener fondos.

Por último, el rey quiso resolver este problema creando una nobleza propia, la nobleza del manto en contraposición con la nobleza de la es-

pada, vendiendo cargos y títulos de nobleza a comerciantes y profesionales. Entre esta nueva nobleza figuraron campesinos contribuyentes que adelantaron dinero a la Corona a cambio del derecho para cobrar impuestos y retenerlos. A final de cuentas, el campesinado y los empresarios mercantiles y manufactureros eran quienes pagaban los impuestos. El ingreso obtenido por los impuestos era enorme, diez veces mayor, por ejemplo, que el obtenido en Inglaterra (Finer, 1975:128) y su misma cuantía aplastaba a la agricultura y asfixiaba al comercio y a la industria. El campesinado estaba agobiado; la burguesía también, apenas podía sobrevivir (Wallerstein, 1974:297).

Este conjunto de relaciones que privaba entre el rey, la vieja nobleza, la nueva nobleza y el campesinado fue despedazado por la Revolución francesa de 1789. La revolución fue hecha por labriegos que se alzaron para sacudirse a sus nobles rentistas, por artesanos y jornaleros pobres de París y por burgueses agobiados. Fue una revolución contra la aristocracia en cuanto que liberó al campesinado del pago de tributos y despejó el camino para que los miembros del Tercer Estado pudieran ocupar cargos públicos. No fue, empero, una revolución que abriera paso al desarrollo del capitalismo. La "burguesía" que liberó no era una clase de capitalistas industriales, sino una "pequeña" burguesía de artesanos, tenderos, comerciantes en pequeño y empresarios de poca monta. La industrialización en gran escala en Francia tendría que aguardar a la segunda mitad del siglo xix.

Los límites de la circulación mercantil

Hemos visto cómo tres Estados europeos —Portugal, España y las Provincias Unidas— experimentaron una fase de expansión mercantil en ultramar y cómo después sufrieron una terrible contracción. Un cuarto Estado, Francia, encauzó sus energías hacia la consolidación interna, para lo cual redujo las actividades de su frontera marítima mediante la centralización del poder en París.

La alianza del Estado y de los comerciantes que permitió el ascenso de Portugal empezó en los primeros años del siglo xv, adquirió impulso en el xvi y declinó en el xvii. El tratado de Methuen de 1703, que permitió la entrada a Portugal de textiles ingleses a cambio de la importación de vino de Oporto por Inglaterra, no hizo más que dar forma a esa declinación. España, la unión de Estados encabezados por los reyes de Castilla, creció en el siglo xvi y creó un imperio que iba de la Florida a Chile y de las islas del Caribe a Filipinas. Sin embargo, al comenzar el siglo xvii, España iba de bajada y empezaba a vivir de fantasías de grandezas pa-

sadas en medio de realidades de marchitamiento. Ni los vigorosos esfuerzos de la dinastía borbónica realizados en el siglo XVIII, para frenar esa declinación por medio de medidas de una "ilustración aplicada" resultaron. Por su parte, las Provincias Unidas se rebelaron exitosamente contra España en 1566, y en los siglos XVI y XVII se ensancharon allende los mares; pero a fines del siglo XVII, ante la presión creciente de los ingleses llegaron a los límites de su poderío. En el siglo XVIII Francia trató de expulsar a los ingleses de la India y de la América del Norte. Pero como había desatendido el crecimiento de su industria y de su capacidad naval, enfrentó esta tarea como potencia esencialmente terrestre incapaz de enfrentar a la armada y a la industria de Inglaterra.

El siglo XVII desempeñó un papel decisivo en estos negocios de Estado. Estados que habían tenido éxito al enfrentar "la crisis del feudalismo" en el siglo XV, se vieron arrastrados en el XVII por una depresión económica y por dificultades políticas. Esto se vio con más claridad en la península ibérica. Ahí, todos los excedentes que se habían generado se usaron en actividades políticas y militares del Estado y en el enorme consumo de la corte. La guerra y el pillaje constantes favorecieron la persistencia de los señores tributarios e inclusive acrecentaron su poder. La prolongación de la Reconquista en las Américas fortaleció el poder militar y social del rey y los nobles, a la vez que inducía el estancamiento económico de las ciudades y del campo. Al mismo tiempo, el creciente costo de la guerra consumía recursos o los entregaba a los acreedores de la Corona. En Francia, los excedentes se concentraron en las manos del rey y se usaron para aplastar o para comprar la oposición en casa y para hacer la guerra fuera de ella, con detrimento de las opciones alternativas económicas, y políticas. En el Estado holandés fueron más modestas las exigencias del gobierno, y no fueron tan acentuados los gastos fuertes. Sin embargo, la expansión comercial mundial recalcó el papel de los comerciantes holandeses, si bien indujo el desarrollo de manufacturas que fueran complementarias del comercio y la navegación, por ejemplo, astilleros y equipos navales. Lo ocurrido en Holanda demuestra que no fueron los grandes gastos de la guerra o de la vida cortesana como tal lo que generó la crisis, sino más bien el no saber convertir las ganancias de la guerra y de la actividad comercial en actividades generadoras de excedentes. Esta aptitud depende de la conversión de la riqueza mercantil en capital.

Tras las crisis económicas y políticas de los Estados del siglo XVII, se hallaba una crisis mayor, causada por la incapacidad de la riqueza mercantil para alterar y transformar las formas de encauzar el trabajo a la creación de nuevos recursos. Ya hemos trazado la distinción entre el capitalismo y el empleo de la riqueza para obtener un provecho. No hay

duda de que los comerciantes de Europa hicieron dinero y amontonaron riquezas; comerciaban en pieles, especias, esclavos, oro y plata. Lograron la especialización mediante el desarrollo del comercio de artículos básicos; cambiaban granos crecidos en un lugar por sal producida en otro, telas tejidas en un sitio por hierro fundido en otro. Crearon redes comerciales que permitieron conjuntar hombres y utensilios para producir mercancías en cantidades aún más grandes para centralizar las ventas. Afectaron y transformaron los sitios y rutas de la circulación. Ejercieron el *comercio*, tal y como lo entendió Ibn Jaldún, el sociólogo berberisco del siglo XIV, que escribió lo siguiente:

Debemos saber que el comercio es la búsqueda de ganancias mediante el aumento del fondo inicial cuando uno compra mercancías a un precio favorable y las revende a un precio mayor; estas mercancías pueden ser esclavos, cereales, animales o textiles. A este aumento se le llama utilidad, la cual se obtiene guardando la mercancía y esperando una fluctuación al alza en la tendencia del mercado, que produce una gran utilidad; o bien transportando a otra región la dicha mercancía, donde hay más demanda de ella; esto también produce una buena utilidad. [Citado en Rodinson, 1966:47.]

Los mercaderes europeos llegaron inclusive a alterar aquí y allá la organización y las condiciones del trabajo empleado en la producción de una mercancía para su venta. Sin embargo, lo que *no* hicieron fue usar su riqueza como capital para adquirir y transformar medios de producción y ponerlos en movimiento mediante la compra de fuerza de trabajo ofrecido en venta por una clase de trabajadores.

Inglaterra

Sólo Inglaterra daría el paso de la acumulación y distribución de riqueza mercantil a una completísima transformación capitalista. Sin embargo, si vemos a la Inglaterra anterior a 1400, se nos aparece como el candidato más inapropiado para llevar a cabo tan profunda transformación. Por su posición geográfica frente a la costa de Europa estaba fuera de centro; además el curso de su desarrollo se antoja demasiado peculiar comparado con el de los Estados de la tierra firme europea. Su conquista en 1066 por descendientes de habla francesa de vikingos noruegos impuso un sistema fiscal y judicial unificado bajo el mando del rey. En cuanto a su operación, este sistema se atenía más a la cooperación de los nobles que a la operación de una burocracia centralizada y compleja de tipo francés. Por

ello, los costos del gobierno se mantenían bajos, amén de que las cargas de los impuestos se habían distribuido más equitativamente que en Francia. Los nobles ingleses pagaban impuestos en tanto que la nobleza francesa estuvo exenta de ellos hasta la Revolución de 1789. Debido a su carácter insular, Inglaterra estuvo relativamente a salvo de ataques provenientes del continente, y después de que a los reyes ingleses se les arrojó del continente (de Francia), el país se ahorró los grandes gastos de guerra en mar y tierra que fueron la calamidad de sus rivales continentales posteriores.

Hasta fines del siglo xiv Inglaterra fue predominantemente un país agrícola, que miraba hacia su interior, que aún no sentía el atractivo del mar (Graham, 1970:14). Hubo, sin embargo, dos características que distinguieron la economía inglesa de lo ocurrido en el continente. La primera fue la gradual abrogación, durante los siglos xiv y xv, de la posesión heredable de la tenencia de la tierra que disfrutaban los amos; fue sustituida por rentas renegociables a intervalos según términos que se fijaban conforme a la situación económica. Esto permitió que con el paso del tiempo los tributos "consuetudinarios" se convirtieran en rentas en dinero variables. En un contraste muy marcado, en Francia, el campesinado pudo fortalecer su asimiento de la tierra mediante mayores garantías de herencia perpetua. El amo podía buscar aumentar el tributo que se le debía multiplicando los tributos que cobraba; pero de ningún modo podía alterar las condiciones fundamentales del manejo y cultivo de la tierra. Eso colocaba a los campesinos en una situación de gran debilidad en comparación con sus contrapartes franceses. El uso de la tierra para que diera provecho en forma de renta variable en dinero, ponía en manos del amo el poder para reasignar tierras a aquellos inquilinos que pudieran maximizar utilidades. De aquí que resultara más fácil, para el tomador inglés de tributos que para el francés, hacer de la tierra una mercancía. Por ello, en el curso del siglo xvi los terratenientes ingleses empezaron a buscar la producción de mercancías básicas como "terratenientes mejoradores".

La segunda característica importante de la economía inglesa fue el temprano papel de Inglaterra como productor de lana en rama, quizá la más fina de Europa. En los siglos xiii y xiv gran parte de esta lana se vendía en el exterior, especialmente en Flandes, cuya industria lanera alimentaba. El comercio de la lana no tardó en convertirse en pilar principal del ingreso real. Esta aportación de lana convirtió a Inglaterra en una especie de colonia de los flamencos, a quien "satisfacía", como dice Pirenne,

abastecerlos de materia prima. Fueron para la industria flamenca del vestido lo que la República Argentina y Australia son ahora para la industria del vestido de Europa y América del Norte. En vez de competir con ellos se dedicaron a producir más y más lana para la cual siempre había mercado. [1937:153]

Y esta lana no sólo estaba destinada a mercados extranjeros sino que eran casi únicamente extranjeros, en particular la Hansa, quienes la llevaban a su destino al otro lado del canal.

Sin embargo, al terminar el siglo xiv los ingleses dejaron de exportar lana y se aplicaron a fabricar telas por cuenta propia. Fueron varias las causas que facilitaron este cambio. Al aumentar la producción de telas, se volvió económicamente conveniente para los laneros ingleses competir en mercados extranjeros. Al mismo tiempo, las crisis que sufrió el feudalismo en el siglo xiv hicieron atractiva esta opción, especialmente en actividades agrícolas en que se buscaba enfrentar la depresión prevaleciente. Así fue como la manufactura de telas de lana se mudó de las ciudades a las zonas rurales, donde podía aprovechar la energía hidráulica para mover los batanes y encontrar mano de obra barata sin las trabas y restricciones de empleo que los gremios imponían en las ciudades. Esta posibilidad de hallar trabajo rural junto con la expansión de los ranchos ovejeros a costa del cultivo, intensificó el uso de la tierra como mercancía comercializable y como instrumento de la producción de mercancías.

Esta expansión de la manufactura de telas atrajo la atención del Estado, el cual protegió a la industria local contra las importaciones del extranjero. Se alentó la construcción de "grandes" veleros a los que se equipó con cañones. Se crearon organismos comerciales privilegiados por el Estado, tales como la London Mercers' Company (en el siglo xiv) y la Company of Merchant Adventurers (en el xv) para fomentar la exportación de las telas del país. En el exterior se multiplicaron en seguida las organizaciones de comerciantes: la Russia Company se creó en 1553; la Española en 1577; la Eastland se fundó en 1578, y comerció en Escandinavia y el Báltico; la Levant Company se estableció en 1592; la East India, en 1600; la Virginia en 1606; la English Amazon Company (1619-1623); y la Massachusetts Bay Company, en 1629. Años después, en 1660, llegó al África la Royal Adventurers, que doce años después sería sustituida por la Royal African Company, más eficiente. Estas compañías y sus sucesoras no tardaron en ensanchar la escala de las operaciones comerciales de Inglaterra. Esto alentó el desarrollo de artesanías y manufacturas con que abastecer las nuevas rutas y sitios de circulación.

Los trastornos políticos de 1640 y 1688 despejaron el camino de la

expansión. La Revolución Gloriosa alineó a los terratenientes tomadores de utilidades, manufactureros y agentes comerciales contra los privilegios mantenidos y defendidos por la corte, la alta nobleza y los comerciantes monopolistas. Destruyó el absolutismo real, simplificó al gobierno y cambió la base impositiva, abolió las exacciones de tributos sobre los monopolios manufactureros y los impuestos reales y los sustituyó por alcabalas (un impuesto sobre artículos de primera necesidad de uso general) y el avalúo, que fijaba impuestos a las fincas conforme a su extensión. Creó un ejército y una armada nacionales y los preparó para que pudieran competir militarmente con las Provincias Unidas y Francia. Aceleró el crecimiento. Aceleró el cultivo de artículos de primera necesidad pues abrió al cultivo nuevas tierras y pastos comunes. Apoyó el desarrollo de la industria doméstica, pues fomentó el empleo de la mano de obra de cultivadores desplazados o de jefes de familia sin tierras.

En el curso de la revolución el poder cambió de una clase a otra, de detentadores del poder que se apoyaban en la corte que seguían ateniéndose a arreglos fundados en un modo tributario, a coaliciones de empresarios provinciales. Sin embargo, la revolución no destruyó a los perdedores, los aceptó como socios (véase Hill, 1949:126). Los ingleses conservaron muchas instituciones de su tradición tributaria, por ejemplo, la monarquía, los pares, la Iglesia, el Parlamento y el derecho consuetudinario, y las adaptaron a nuevas funciones. Conservaron también la ideología y etiqueta de la nobleza como la forma, no el contenido, del gobierno de clase: el terrateniente tomador de utilidades, el manufacturero que iba en ascenso y el comerciante que declinaba adoptaron las formas tradicionales.

Así pues, en muchos terrenos, la situación inglesa es única. Inglaterra empezó como un país marginal y colonial, frente a un continente poblado con instituciones más complejas que las suyas. Sin embargo, bajo los reyes normandos logró una cierta unidad temprana: unificaron su administración y borrarón barreras internas, que impedían la libre circulación de individuos y mercaderías, barreras que todavía agobiaban a muchos de sus vecinos del continente hasta bien entrado el siglo XIX. Su campesinado reveló ser muy débil jurídicamente y fue desarraigado con facilidad. El crecimiento de su comercio textil, que fundamentó su entrada en mercados y órbitas políticas de mayor envergadura, resultó ser todo un éxito que aprovechó una serie de circunstancias afortunadas. Finalmente, su modo de gobierno, con su mezcla de cosas viejas y nuevas, pero sobre todo de costo muy bajo, tuvo un éxito notabilísimo en cuanto al establecimiento y sostenimiento de fuerzas de clases de las que dependería la industrialización capitalista venturosa. Inglaterra también tendría que pagar "la pena de

haber marchado a la cabeza", pero sólo un siglo después de haber puesto en marcha un nuevo modo de producción.

Los siglos que siguieron al año 800 fueron testigos de cómo Europa dejó de ser una frontera marginal del Viejo Mundo y se convirtió en un eje de riqueza y poder. El empuje de Europa estuvo a cargo de dos clases que se aliaron: la de los señores militares, muy dados a acrecentar sus dominios tributarios, y una clase de comerciantes que esperaban convertir excedentes tributarios en dinero contante y utilidades. La consolidación política y militar dio origen a Estados territoriales en los que el poder pasó de señores autónomos a gobernantes soberanos. En este proceso la aristocracia tributaria perdió su aptitud de formar alianzas independientes por encima de los límites entre Estados y cedió cada vez más a la guía proveniente de un centro político, ganando, en cambio, garantías de sus derechos tributarios. Al mismo tiempo, el crecimiento del comercio multiplicó las oportunidades para convertir los excedentes tributarios en artículos de primera necesidad tanto estratégicos como de prestigio. O sea, que la ayuda del comercio permitió a los sistemas políticos nuevos ensanchar la gama de recursos a su disposición. Sin embargo, el comercio planteó también una amenaza potencial: intercambios adversos debilitarían al Estado, "consumirían el corazón de la nación", en forma muy similar a como los intercambios favorables lo fortalecerían. Los nuevos sistemas políticos centralizantes debían definir también su relación con el comercio y con su ambivalente promesa.

En el curso de las guerras que sostuvieron contra Estados musulmanes en la península ibérica, Portugal y Castilla surgieron como organizaciones venturosas de tomadores de tributos. En ambos reinos, el control real del comercio acrecentó el poder de la monarquía y dio a la élite tomadora de tributos riqueza suficiente para comprar mercancías en el exterior sin alterar con ello la estructura tributaria interna. Sin embargo, en ninguno de esos dos países tal riqueza bastó para cubrir los costos de la administración y de la guerra. Las bancarrotas y deudas de la monarquía transfirieron el control de la real hacienda y del comercio a manos de banqueros extranjeros, lo cual convirtió a esos dos países en "las Indias de los genoveses" (Suárez de Figueroa, 1617, citado en Elliott, 1970:96). En cambio, Francia esquivó esta situación, pues logró la centralización política sin depender del crédito extranjero. Concedió prioridad a la producción interna de excedentes agrícolas sobre los intereses del comercio y en este proceso contribuyó al desarrollo del feudalismo tributario "clásico" basado en la tierra. Aunque es verdad que Francia evitó así el endeudamiento externo, también lo es que limitó durante un tiempo muy largo su aptitud para competir con eficiencia en el terreno del comercio exterior.

En tanto que las potencias ibéricas fueron presa del comercio exterior y Francia esquivó este peligro, Inglaterra y las Provincias Unidas de Holanda se adaptaron con éxito a dicha situación. Las Provincias Unidas se desarrollaron como una federación de oligarquías mercantiles. Como desde hacía mucho los holandeses dependían del comercio marítimo, extendieron al máximo sus posibilidades creando tierra adentro una buena base territorial. Llegaron a ser "los italianos del norte", y al igual que Génova y Venecia encauzaron sus principales esfuerzos hacia la expansión del comercio de larga distancia. Por el contrario, hasta el siglo xv Inglaterra siguió siendo una potencia territorial dominada por una aristocracia militar de tomadores de tributos; en esas fechas tuvo que abandonar sus campos de batalla predilectos en Francia. Rechazada hacia su propia isla, la aristocracia inglesa se destruyó en guerras civiles, con lo cual despejó el camino para el surgimiento de una nueva aristocracia más a tono con las oportunidades comerciales de la cría de ovejas, de la manufactura de lanas y del comercio de ultramar. Al mismo tiempo, la Corona inglesa resultó ser menos poderosa que sus contrapartes del continente; aunque inclinada a la centralización como los reyes de la Europa continental, la monarquía inglesa se vio frenada por los terratenientes acomodados y por grupos de comerciantes. La Corona, los terratenientes y los comerciantes se vieron obligados a asociarse unos con otros, y esta alianza produjo coaliciones flexibles que redundaron en provecho de todos los asociados.

Las Provincias Unidas e Inglaterra difirieron en su desarrollo, pero compartieron —en contraste con las demás potencias europeas— la inclinación a hacer del comercio un instrumento abierto de competencia política. Inglaterra se había librado desde hacía mucho del estrangulamiento de los mercaderes italianos y hanseáticos sobre su comercio exterior; los holandeses se habían independizado de España llevando la guerra económica y política a sus enemigos. Esta experiencia común llevó a ambos países a usar el comercio, no a ser usados por él, como "una guerra secreta política" (John Hagthorpe Gent, 1625). En manos de las oligarquías gobernantes holandesas e inglesas, el comercio y la guerra en el exterior se convirtieron en medios alternos para conseguir el mismo fin, que era la acumulación venturosa de tesoro, "cuerpo y sangre de los reyes" (Gerard Malynes, 1623).

Así pues, en la expansión allende los mares de Holanda e Inglaterra, los tres medios de edificar el poder del Estado que habían fundamentado la consolidación política de Europa se fundieron en una política unitaria, cuyo fin era la maximización de la posesión de efectivo en manos del Estado. Para lograr esta "Vivificación del Estado", como la llamó Thomas Hobbes, era necesario aumentar el flujo de dinero hacia las arcas nacionales

e impedir su salida al exterior. Para los holandeses e ingleses esto significaba atraer tanto oro y plata como fuera posible de España y Portugal y de sus posesiones americanas, y usar esa riqueza para organizar y monopolizar el comercio de Oriente. Asia, que desde el tiempo de los romanos había provisto de bienes valiosos a las clases europeas tomadoras de tributos, había sacado de Europa, por un tiempo igualmente largo, metales preciosos. Esto significaba que la conquista y el comercio con Asia invertirían esta relación asimétrica entre deudor y acreedor y que darían a los comerciantes marítimos europeos libre acceso a los tesoros de Oriente. Quien controlara ese comercio, escribió Charles Davenant en el siglo xvii, "impondría su ley a todo el mundo comercial".

SEGUNDA PARTE
EN BUSCA DE LA RIQUEZA

En 1415 empezó, con un acontecimiento secundón, la expansión ultramarina de Europa: fue la captura por los portugueses del puerto musulmán de Ceuta sobre el lado africano del Estrecho de Gibraltar. Su meta había sido solamente tomar "la llave del Mediterráneo", pero la invasión de la costa norafricana los llevaría a las islas del Atlántico y a la costa de África. En esta apertura de las rutas del Atlántico del Sur a las naves europeas, los portugueses actuaron como avanzada militar de la embestida europea. Hemos visto ya cómo la reducción de excedentes orilló a los europeos a buscar recursos fuera, especialmente cuando el surgimiento de nuevos Estados exigió más riquezas. Esta riqueza existía al este de Bizancio y del Islam, pero la senda a las riquezas que cruzaba el Mediterráneo estaba obstruida, por una parte por Bizancio y los turcos seljúcidas, y después de 1453 por los turcos otomanos, y, por otra parte, por Venecia y Génova, que eran los agentes del comercio europeo con el Oriente. Sin embargo, esta nueva ruta atlántica que habían abierto los portugueses ofrecía soslayar el obstáculo turco hacia los tesoros de Asia.

Inmediatamente después de tomar Ceuta los portugueses se aplicaron a ocupar Madeira (1420), a construir un fuerte y un almacén en la Isla Arguin frente a Mauritania (1448) y un fuerte más en Elmina (Mina) en el Golfo de Benin (1482). Un año después llegaron a la desembocadura del río Congo y en 1487 dieron vuelta al Cabo de Buena Esperanza. Eso abrió la senda a la India: en 1497 Vasco de Gama inició su viaje alrededor del cabo rumbo al África Oriental y la costa india de Malabar. En 1505, construyeron una base avanzada en Sofala (África Oriental) y cuatro años después se lanzaron a la conquista de fortines clave en los mares del Asia Sudoriental. También cruzaron el Atlántico; en 1500, fue su primer desembarco en Brasil, con la expedición de Cabral. Hacia 1502, a un converso de Lisboa se le autorizó a enviar a Portugal maderas brasileñas. En el decenio de 1520 se inició el cultivo del azúcar en el noreste de Brasil, y a partir de 1530 empezaron a llegar esclavos africanos a la nueva colonia. Fue de este modo como, por una parte, el comercio de especias unió a Lisboa con Asia, y el azúcar a la capital portuguesa con América, en tanto que el tráfico de esclavos forjaba una cadena a través del Atlántico del Sur.

A partir de este momento todas las luchas por el dominio interno en Europa adoptarían un carácter mundial, pues los Estados europeos buscarían controlar los océanos y expulsar a sus competidores de posiciones ventajosas de Asia, América o África. De ahí en adelante, lo que sucediera en una parte del globo tendría repercusiones en otras partes. Los continentes entrarían a formar parte de un sistema mundial de conexiones. Castilla y Aragón no tardaron en seguir los pasos de la expansión portuguesa. En 1492, Colón, navegando para Castilla, llegó a las islas del

Caribe, a lo cual siguió casi de inmediato la penetración de la tierra firme. En 1513, Balboa cruzó el Istmo de Panamá y llegó al Océano Pacífico. Seis años después, en 1519, Cortés empezó la conquista de México; en 1530 Pizarro salió de Panamá para conquistar Perú. En 1564 una fuerza expedicionaria española salida de México ocupó las Filipinas, lo cual ensanchó el alcance de España hasta muy adentro del Pacífico. En 1580 el rey de España ocupó también el trono de Portugal y las dos naciones quedaron unidas hasta 1640.

Esto justificó que los holandeses, que libraban su prolongada guerra contra España, expulsaran a los portugueses de sus posesiones en Asia y América. En 1621 se constituyó la Compañía Holandesa de las Indias Orientales con el fin de romper el monopolio portugués sobre el comercio de especias. En 1621 se constituyó otra compañía, la Holandesa de las Indias Occidentales. En sólo veinte años más, los holandeses se habían apoderado de la mayor parte de los puntos fuertes portugueses del litoral atlántico de África, de Brasil, de Curaçao y de varias islas del Caribe, además de haber establecido colonias en América del Norte, en Nueva Amsterdam sobre Long Island, y en Delaware. La ocupación por Holanda de las Indias Orientales fue todo un éxito, no así la de las posesiones occidentales. Brasil se rebeló y expulsó a los holandeses en 1654; los portugueses recapturaron buena parte de sus fuertes africanos y los ingleses les quitaron Nueva Amsterdam en 1644.

Inicialmente, la expansión inglesa por los mares siguió la estela del poder holandés. Desde 1600 se dio carta constitutiva a la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, pero sólo hasta la porción final del siglo xvii empezó a hacer sombra a la compañía holandesa. Desde el siglo xvi, durante su lucha con España, los ingleses incursionaron en sus posesiones americanas, pero no fue sino hasta 1624 cuando se apoderaron de Barbados en el Caribe español; a este hecho siguió en 1655 la toma de Jamaica. Habían fundado, además, varios establecimientos a lo largo de la costa norteamericana, en Virginia, Maryland y Nueva Inglaterra, los cuales consolidaron pese a la competencia de los holandeses; en el curso de la lucha generalizada que se trabó entre ingleses y holandeses en la segunda mitad del siglo xvii, estas posesiones inglesas en América cobraron brío en tanto que el poderío holandés retrocedió. La constitución en 1660 de una nueva compañía inglesa para comerciar en África permitió a los ingleses penetrar aún más en el comercio holandés.

Y aunque los holandeses dieron marcha atrás, no por eso descansaron los ingleses, pues pronto enfrentaron la competencia francesa en la América del Norte, donde desde principios del siglo xvi empezó la colonización francesa. Quebec fue fundada en 1608 y Montreal en 1642. Conforme

el comercio de pieles avanzaba hacia el oeste siguiendo el curso del río San Lorenzo y rumbo a los Grandes Lagos, se suscitó una prolongada lucha en la que los ingleses buscaron ahogar el avance francés. Este conflicto terminaría en 1763, año en que los ingleses se quedaron con Canadá. Al otro extremo del globo, la Compañía Inglesa de las Indias Orientales enfrentaría la feroz competencia de la Compañía Francesa de la India (fundada en 1664). Esta contienda se resolvió también en favor de Inglaterra: deudas ruinosas de guerra hicieron quebrar en 1769 a la Compañía Francesa.

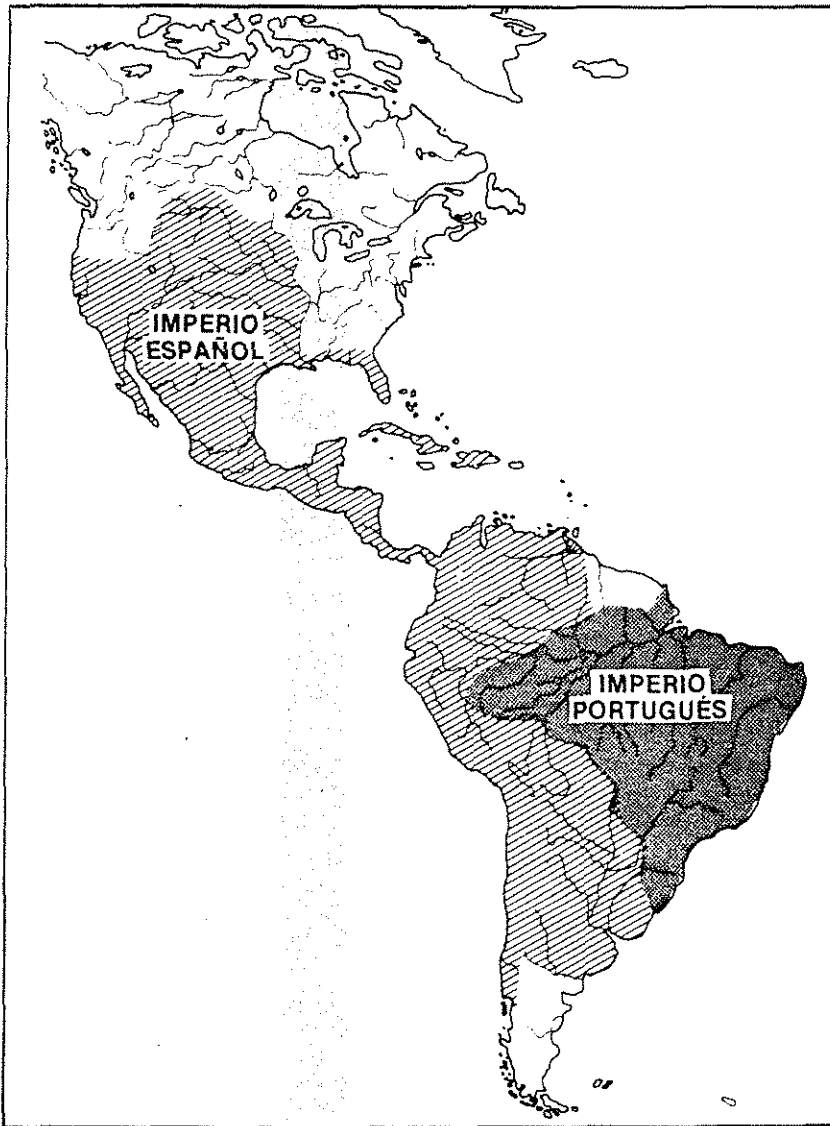
Así pues, en menos de dos siglos, las potencias europeas ensancharon el alcance de sus actividades comerciales a todos los continentes y convirtieron en campo de batalla a todo el mundo. La busca de la plata de las Américas, el comercio de pieles, el tráfico de esclavos y la codicia de las especias de Asia produjo interdependencias nuevas y no previstas que cambiaron profundamente las vidas de la gente.

V. LOS IBEROS EN AMERICA

EN 1493 regresó Colón de su primer viaje al Caribe en la creencia, que mantuvo hasta su muerte, de que había llegado a islas situadas frente a la costa oriental de Asia. Un año después, Castilla-Aragón y Portugal firmaron el Tratado de Tordesillas que delimitó sus esferas en las tierras recién descubiertas. Se trazó una línea divisoria a 370 leguas al oeste de las Islas del Cabo Verde. Castilla, creyendo que ahora controlaba una ruta directa al Oriente, reclamó todas las tierras situadas al oeste de esa línea, por cuya razón adquirió la mayor parte del Hemisferio Occidental. Portugal, resuelto sobre todo a alejar a los españoles del Atlántico del Sur, tomó todas las tierras al este de la línea, y por ello se posesionó de Brasil. Portugal, ocupado en establecer su hegemonía sobre el Atlántico del Sur y sobre el Asia monzónica, tardó en consolidar sus pretensiones sobre el Nuevo Mundo, en tanto que Castilla-Aragón se apresuraron a asegurar los fabulosos tesoros de las "Indias".

En sólo veinte años después del descubrimiento de América los castellanos consolidaron sus bases en las Grandes Antillas y en el Istmo de Panamá. En 1521 terminó la conquista de México por Hernán Cortés, con la destrucción de Tenochtitlan, la capital mexicana. En 1533 Pizarro capturó la capital inca de Cuzco y, en 1541, los castellanos pusieron los fundamentos de una nueva ciudad, Santiago de Chile. Estas Indias pertenecían a la Corona de Castilla y eran administradas por representantes directos de los reyes de España con sedes en la ciudad de México, centro del Virreinato de la Nueva España, y en Lima, centro del Virreinato de Perú.

En este reino hijo de la conquista, los premios de la victoria eran fama y fortuna y ambos dependían, se pensaba, del trabajo de las poblaciones nativas. A esto se debió que la nueva sociedad se dividiera desde sus orígenes entre "los naturales de la tierra" y los españoles. A los naturales se les categorizaba bajo el rubro de "indios", pese a que había diferencias marcadas en sus lenguas y culturas. Sobre los naturales estaban los españoles —los conquistadores, sus descendientes y los llegados posteriormente que aspiraban a esta misma condición—, a todos los cuales se definió como "gente de razón". Esta gente de razón no pertenecía tampoco a la misma clase. Entre los conquistadores figuraron nobles y comuneros, ricos y pobres, que después de la conquista se dividieron aún más en varias capas, con frecuencia antagónicas: los capitanes, de riqueza y de poder reales; los hombres de recursos, aptitudes e influencia moderados; un grupo de segui-



España y Portugal en el Nuevo Mundo

dores hambrientos a los que se llamó paniaguados y que por sus servicios recibían alimentación, techo y sueldo; y una nube de vagos, que vivían en los linderos de las redes en desarrollo de relaciones sociales. Todos ellos compartían un interés en mantener su común superioridad como conquistadores sobre los conquistados. Fueron el elemento dominante en las ciudades, que atraparon a las tierras conquistadas en una red de control español; así constituyeron los cimientos del poder español en las Indias. Estas ciudades tuvieron el mismo plano general que giraba alrededor de una plaza central que albergaba el ayuntamiento y la iglesia y que también servía de lugar de reunión del mercado regular y de las fuerzas militares convocadas urgentemente. Estas ciudades, con su cabildo oligárquico de vecinos, no eran otra cosa que un microcosmos de control español en un mar de "indios".

Los colonizadores esperaban acabar por controlar a estos indios; sin embargo, este recurso básico sufrió inmediatamente una declinación catastrófica.

LA GRAN MORTANDAD

La "gran mortandad" afectó primeramente las islas del Caribe, de donde saltó a la tierra firme de los litorales bajos de Meso y Sudamérica en general. Finalmente penetró en las mesetas del interior, que habían sostenido a los grandes Estados azteca, chibcha e inca. Vemos, por ejemplo, que La Española (Santo Domingo) tenía aproximadamente un millón de habitantes en 1492, cuando recibió la primera visita de Colón, y a fines del decenio de 1520 estaba casi deshabitada (Sauer, 1966: 65-69, 200-204). Causa muy principal de la baja de la población fue la propagación de los organismos patogénicos del Viejo Mundo a los que las poblaciones del Nuevo no eran inmunes. Hubo grandes territorios que fueron muy afectados por las viruelas y el sarampión, complicadas con frecuencia con males respiratorios. Entre 1520 y 1600 hubo cuando menos catorce grandes epidemias en Mesoamérica y tal vez unas diecisiete en la región andina (Gibson, 1964:448-451; Dobyns, 1963:494). Otras enfermedades tuvieron efectos más localizados. En el litoral mesoamericano, la malaria, introducida probablemente por comerciantes españoles y soldados venidos de Italia, asoló la región y luego se propagó por las tierras bajas tropicales.

Sin embargo, la presencia de estos patógenos no explica suficientemente lo ocurrido; es preciso también conocer las condiciones sociales y políticas que permitieron su rápida proliferación. En las islas y las playas del Caribe, entre estas condiciones figuraron muy destacadamente el uso desenfrenado del trabajo indio en la búsqueda del oro, y (después de 1494)

la intensificación de la esclavitud y de las correrías en busca de esclavos. Tan sólo Nicaragua perdió en la primera mitad del siglo xvi unos 200 000 habitantes a manos de los traficantes de esclavos que vendían sus presas en las islas del Caribe, y en Panamá y Perú (MacLeod, 1973:52). En los establecimientos portugueses de Brasil hubo también grandes cantidades de esclavos indios. Hacia 1560 había unos 40 000 nativos americanos trabajando como esclavos en el noreste de Brasil (Hemming, 1978:143). Durante el último tercio del siglo xvi, las relaciones sociales de los nativos se habían degradado a tal punto que los indios de Bahía se alzaron en un gran movimiento milenario, la *Santidade*, en el cual la gente dejó de cultivar alimentos para sí con la esperanza de que Dios los liberara de la esclavitud e hiciera que los europeos se volvieran sus esclavos. En total, se calcula que los bandeirantes de São Paulo en sus correrías en busca de esclavos han de haber aportado al noroeste de Brasil unos 350 000 esclavos nativos de América durante el periodo de la esclavitud en Brasil. Dado que la mayor parte de las poblaciones de las tierras bajas estaban organizadas conforme a modos basados en el parentesco, sangrías tan tremendas de fuerza de trabajo redujeron considerablemente su capacidad para hacer valer y reproducir aquellos derechos que hacían posible su supervivencia.

Tanto en Mesoamérica como en las regiones andinas, poblaciones numerosas habían sido el sostén de sistemas tributarios complejos tales como la confederación azteca y el dominio de los incas. En estos sitios la catastrófica declinación de la población ayudó a la fragmentación de las entidades políticas existentes. Se ha calculado la población prehispánica de Mesoamérica en 25 000 000 y la del dominio inca entre 6 000 000 (Rowe) y 30 000 000 (Dobyns). Sea cual fuere la cifra base, el hecho es que la declinación diezmo a la población. En Mesoamérica llegó a un mínimo de 1 500 000 (hacia 1650), aunque luego se recuperó lentamente. El número de habitantes de las audiencias españolas de Lima y Charcas, en el Bajo y Alto Perú respectivamente, cayó de 5 000 000 en tiempo de la Conquista a menos de 300 000 en los decenios de 1780 y 1790 (Kubler, 1946:340).

Es probable que la desnutrición haya acrecentado la virulencia de las nuevas enfermedades (véase Feinman, 1978). El abasto de alimentos, tanto en Mesoamérica como en los Andes, dependía, ante todo, de sistemas intensivos muy bien organizados del uso de la tierra. Cualquier dislocación de estos sistemas, por guerra, amenazas externas o muerte por enfermedad de una parte de la fuerza de trabajo, ponía en entredicho la supervivencia del resto de la población. El que se rompieran obras hidráulicas y el que se interrumpieran los intercambios entre regiones especializadas en productos diferentes disparaba consecuencias ramificantes. Ambas regio-

nes dependían también de un sistema finamente calibrado de transferencias de alimentos, mediante la concentración y redistribución de tributos en los Andes, y mediante distribución de tributos y acuerdos de mercado en Mesoamérica. Cuando estas mecánicas se destruían, los excedentes disponibles no podían llegar a las poblaciones que los necesitaban; el resultado era que muchos morían. Finalmente, estos mecanismos ordenadores dependían, a su vez, del papel político e ideológico de las clases gobernantes; la dislocación de la élite nativa y la imposición de normas españolas de gobierno y de religión minaron profundamente este papel.

Muy poco tiempo después, los europeos empezaron también a apropiarse de tierras y aguas para sus fincas, molinos y pastizales, y a reclutar poblaciones nativas para que trabajaran para ellos. Tal como había ocurrido en España, en muchas partes de Mesoamérica las ovejas empezaron a "comer" hombres. En los Andes, el desarrollo paralelo de la agricultura europea en la costa y de la minería en las altas mesetas del interior trastocó las relaciones ecológicas sincronizadas entre la costa, el *piedmont* , la meseta y la puna (véase el capítulo II). Esta nueva agricultura y pastoralismo se basaba en cosechas traídas del Viejo Mundo, por ejemplo, trigo, además de los productos nativos de maíz, o papás, amén de que introdujo animales de rebaños que eran desconocidos en América antes de la Conquista, tales como caballos, ganado vacuno, ovejas, cabras y cerdos. Sin embargo, el nuevo sistema de producción de alimentos no era tan intensivo como la horticultura hidráulica de las poblaciones prehispánicas, ni siquiera donde se construyeron presas, se cavaron canales y se regaron tierras. Esta menor intensidad e integración de los cultivos requería una fuerza de trabajo menor, gracias a lo cual la caída de la población se pudo capotear. Una agricultura basada en el cuidadoso cultivo, en el avenamiento y en el escalonamiento de parcelas de tamaño reducido.

LA RIQUEZA DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA

Tras la plata

Antes que otra cosa, los iberos buscaban en el Nuevo Mundo tesoros en forma de metales; al principio esto significó oro; en las Antillas se halló oro a placer, pero "los sitios productores eran pocos, pequeños y de poca profundidad" (Sauer, 1966:198). En poco tiempo se sacrificó a la población nativa en su extracción. Fueron efímeros los depósitos auríferos del istmo centroamericano. Sólo Colombia —"Castilla de oro", como se le llamó— produjo cantidades de importancia. Aportó la mayor parte de los

185 000 kilos de oro enviados a Sevilla entre 1503 y 1660, cantidad que acrecentó en un quinto la existencia europea de oro (Elliott, 1966:180). Finalmente, fue la producción de plata el puntal de la riqueza española, y consiguientemente el principal indicador de la fuerza o debilidad del control real.

En 1545 los españoles hallaron los primeros depósitos de plata; un cateador indio descubrió en lo que hoy es Bolivia la montaña de plata de 600 metros de altura de San Luis Potosí. Vinieron luego una sucesión de filones en las cadenas montañosas de México: en Zacatecas en 1546, en Guanajuato en 1548, en Taxco en 1549, en Pachuca en 1551, en Sombrerete y Durango en 1555, y en Fresnillo en 1569. Potosí acabó siendo sinónimo de una riqueza más allá de los sueños de la avaricia. Su escudo de armas proclamaba que era "el tesoro del mundo, la reina de todas las montañas, la envidia de todos los reyes". Para 1611 era la mayor y la más rica de todas las ciudades de las Américas, con una población de 160 000 habitantes. Estaba situada en una región de gran altura sobre el mar, 4 000 metros, tan inhóspita, que había que importar toda la comida, en tanto que las esposas de los españoles tenían que irse a vivir a valles más bajos para criar a sus hijos. Para explotar los minerales de la montaña mágica, los señores de las mismas recurrieron a los nativos americanos. En 1603 en Potosí había 58 800 indios trabajando, de los que 43 200 eran obreros libres; 10 500 eran mingas o contratados. El resto, 5 100, eran mitayos o trabajadores reclutados, que en su mayoría se hacían cargo del peligroso transporte de cestas de mineral por traicioneras escalas hasta la boca de la mina. Desde el tiempo de los incas había una rotación obligatoria del trabajo reclutado (mita); los españoles lo extendieron para el servicio de las minas. Institucionalizado en 1570, ordenaba que todos los poblados aportaran un séptimo de su población adulta de varones para trabajar en las minas o en obras públicas. Teóricamente los obreros no debían trabajar más de dieciocho semanas cada siete años, debían recibir su paga y trabajar en condiciones supervisadas por los inspectores reales. Los salarios recibidos debían permitir que los mineros pudieran pagar su tributo, que ahora era pagadero en plata.

Lo cierto es que los hechos fueron más duros que la teoría. Por ejemplo, a fines del siglo XVI, la provincia de Chuicuito, en las riberas del Lago Titicaca, enviaba 2 200 varones adultos cada año a las minas de Potosí. Como estos trabajadores reclutados iban con sus familias, el viaje de casi 500 kilómetros y dos meses de duración significaba mover no menos de 7 000 personas, así como de 30 000 a 50 000 llamas para llevar sus cosas y proveer de comida durante el recorrido. En Potosí, los mitayos trabajaban cuatro meses en las minas y otros dos en servicio adicional obliga-

torio. De sobrevivir a los seis meses de áridos trabajos, tendrían que viajar otros dos meses para volver a Chuicuito. Una vez en casa debían depender de sus vecinos hasta que pudieran levantar su propia cosecha y criar un nuevo rebaño de llamas. Además, en su aldea estaban sujetos a otros mitas en cuanto a labores domésticas, de transportes, de servicio de correos, de hospedería (tambos) y de obras en caminos (Kubler, 1946:372-373). Por si fuera poco, en los siglos XVII y XVIII era común obligar a los aldeanos a producir artesanías y a aportar comida, forrajes y madera a las ciudades (Villamarín y Villamarín, 1975:73). Los aldeanos residentes (hatunrunas) también debían pagar tributo.

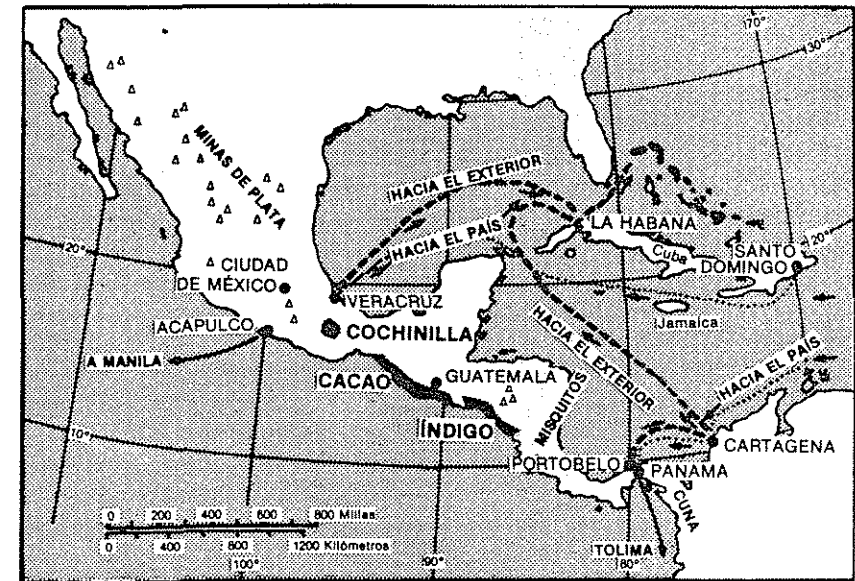


Vasija de madera (kero) de estilo anterior a la Conquista, región del Cuzco, que representa una escena de caza con jinetes españoles. (Fotografía cortesía del Museo del Indio Americano, Fundación Heye)

Durante el periodo de marcado descenso de la población se mantuvieron constantes las cuotas de servicios y de tributos; es decir, que las autoridades locales tenían que reclutar hombres con más frecuencia de la autorizada por la ley, cobrar contribuciones más altas a quienes se quedaban en

los pueblos o contratar trabajadores (mingas) para suplir a los ausentes. No eran pocos los trabajadores reclutados que se negaban a regresar a sus comunidades al terminar el periodo de su leva; de este modo buscaban evitar nuevos tributos y obligaciones forzosas. Algunos se quedaban en las minas, con lo cual engrosaban las filas de los trabajadores libres. Otros entraban al servicio doméstico (como siervos) de españoles, o yañacos, hasta que llegó el día en que había tantos siervos como aldeanos contribuyentes (Villamarín y Villamarín, 1975:76; Kubler, 1946:377-378). Los *forasteros* fueron otros mitayos que se hicieron migrantes. Aunque los registros coloniales no siempre distinguen entre cultivadores afiliados al poblado, que migraban con regularidad entre varias regiones ecológicas, según la costumbre tradicional andina, y los migrantes no afiliados, no hay duda de que los movimientos abiertos y generalizados eran cosa común (Rowe, 1957:180; Santamaría, 1977-255-257). Finalmente, algunos habitantes de las mesetas, lisa y llanamente, huían al bosque tropical (Rowe, 1957:175).

En tanto que en Potosí y en el Alto Perú la mita no se abolió sino hasta 1823, en México desapareció desde principios del siglo xvii el uso del trabajo rotacional en las minas. En cambio, este trabajo era necesario en la ejecución de obras públicas, por ejemplo, el drenaje del Valle de México. Por otra parte, hacia 1600 ya existía en los distritos mineros una fuerza de trabajo considerable y asalariada. Estaba compuesta por indios, que muy pronto perdían sus conexiones culturales y lingüísticas con sus aldeas, o bien, por españoles pobres, y africanos, tanto esclavos como libres. Las minas se explotaban análogamente a la aparcería en el campo. El dueño de la mina contrataba a un minero independiente (un buscón o cateador) que trabajaba por su propia cuenta o que contrataba a otros para que trabajaran por él. El dueño daba al cateador implementos y pólvora y a cambio recibía la mitad del producto. El cateador pagaba la iluminación del tiro y el transporte del mineral a la boca de la mina, por lo que recibía la otra mitad del producto; podía venderlo al dueño de la mina o directamente al fundidor. En cambio, la extracción de mineral de plata con mercurio, que entrañaba el riesgo de contraer silicosis o de salir envenenado con mercurio, estuvo a cargo de esclavos, primero indios y luego africanos. Este sistema de trabajo, que combinaba la mano de obra libre en la minería y la esclava en el procesamiento, sirvió en las minas mexicanas hasta el final del siglo xviii, fecha en que las grandes minas de Guanajuato compensaron en exceso la caída de la producción de plata en Potosí.



Los accesos marítimos a los dominios españoles en el Nuevo Mundo

El flujo de la plata

Para canalizar hacia España el flujo de la plata, la Corona hizo un monopolio real de los viajes y del comercio a las Indias. La entidad creada por la Corona para controlar el flujo del metálico, mercancías y gente fue la Casa de Contratación de Sevilla que autorizaba a barcos y comerciantes, expedía permisos para transporte de pasajeros y mercancías y recibía de las Indias la preciosa plata. En la segunda mitad del siglo xvi se organizó un sistema de salidas anuales de grandes flotas para salvaguardar el cruce del Atlántico contra ataques externos. A partir de 1560 salían de Cádiz o Sevilla dos flotas anuales con rumbo a las Américas. La primera, la flota de Nueva España, atracaba en Veracruz, México, y la segunda, la flota peruana, llegaba a Cartagena en Colombia o a Portobelo en el Istmo de Panamá. De Cartagena, trenes de mulas llevaban las mercancías europeas por arriba de los Andes hasta el Alto Perú, y de Portobelo, otros trenes de mulas la llevaban a la costa del Pacífico de donde se transbordaba a Lima. En sus viajes de vuelta, las mulas llevaban plata y mercancías americanas a las flotas que estaban invernando en los puertos ame-

ricos. La flota de Nueva España cargaba en Veracruz y la peruana en puertos de Colombia y Panamá. Ambas flotas convergían en La Habana, después de haber visitado algunos puertos antillanos, y ponían las velas rumbo a la desembocadura del Guadalquivir en España.

Entre 1503 y 1660 llegaron a Sevilla procedentes de América más de 7 000 000 de libras de plata, lo cual triplicó la cantidad que de ese metal había en Europa (Elliott, 1966:180). De este total, la Corona se quedaba con casi un 40%, sea como ajuste de impuestos americanos o en pago del quinto real sobre toda la producción argentífera. Sin embargo, ni toda la plata de las Américas pudo detener la quiebra de la Corona española; así de gravada estaba por sus empresas militares en Europa y en el resto del globo. Hasta más o menos 1550 el emperador Carlos V recibía entre 200 000 y 300 000 ducados anuales de plata americana, pero como gastaba 1 000 000, en 37 años acumuló una deuda de 39 000 000 de ducados, en su mayor parte a acreedores extranjeros. Felipe II, más parco que su padre, recibió unos 2 000 000 de ducados de plata americana en el decenio de 1590, amén de casi 8 000 000 en impuestos cobrados en Castilla y en ingresos eclesiásticos. Sin embargo, para esas fechas gastaba ya más de 21 000 000 de ducados al año (Elliott, 1966:203, 282-283). Al mismo tiempo, esta entrada de plata elevó los precios en una economía interna ya debilitada por una declinación en la producción de alimentos, por un alza en las exportaciones de madera para pagar importaciones extranjeras más baratas y por un fuerte aumento en la importación de mercancías manufacturadas para usarse en España y en las Indias. Así pues, la entrada de la plata de América sirvió de muy poco para aliviar los problemas financieros de la Corona, en tanto que sí aceleró la declinación de la industria española en favor de los competidores de España.

España sufrió un alza de precios generalizada y enorme, que acrecentó el precio de las mercancías no sólo para el pueblo, sino también para la propia Corona. Los testigos contemporáneos de esta "revolución en los precios" así como historiadores economistas posteriores opinaron que la causa primaria de ella fue el enorme ingreso de dinero. Ciertamente un abasto mayor de dinero puede haber sido una causa importante, pero no basta para explicar la crisis económica en su totalidad. Quizá la mayor demanda de mercancías europeas en las Américas haya hecho subir los precios en el siglo xvi; hubo también una mayor demanda interna de mercancías. Cuando las dependencias americanas se volvieron más autosuficientes en bienes y servicios, ello quizá influyó adversamente sobre la madre patria. Además, la mayor parte de la plata salía de España: así, a fines del siglo xvi, tres quintos de todo el metal que llegaba a España iban al exterior en pago de deudas reales y privadas; igualmente, conforme

crecía el tráfico americano, absorbía sumas mayores para barcos, abastecimientos y protección. El que España confiara en la exportación de productos primarios tales como lana, vino y aceite de oliva para adquirir abastos navales, estaño, telas, pescado y cereales acabó por crear un problema de balanza de pagos que se saldó con exportaciones de plata.

Exportaciones secundarias: colorantes y cacao en polvo

Aunque la plata fue la exportación principal de la América española, la cochinilla, el índigo y el cacao tuvieron su importancia. La cochinilla del nopal es un insecto que produce un colorante rojo. Se requieren unos 70 000 insectos para producir una libra del colorante. Encomenderos y corregidores presionaban a las comunidades de nativos, sobre todo en la provincia de Oaxaca (México), para que cogieran y procesaran estos insectos. En la segunda mitad del siglo xvi creció la importancia de la cochinilla, que después de la plata ocupó el segundo lugar en las exportaciones de la Nueva España. El índigo, otro colorante, produce un tinte azul de gran fiexa. Se obtiene macerando las hojas de un arbusto y luego dejando que el caldo resultante se haga panes. Fue producido por vez primera usando trabajo temporal de nativos, en el mismo litoral del Pacífico de América Central que primeramente había producido cacao. En el siglo xvii, por razones de menor costo de transporte, la industria del índigo fue a dar principalmente a Yucatán; ahí floreció hasta el siglo xix.

En tiempos prehispánicos el cacao se había cultivado en la vertiente del Pacífico de la América Central. Bajo los españoles, se obligó a la población nativa a pagar con cacao sus tributos y algunas mercancías. Hubo funcionarios y encomenderos que exigieron entregas de cacao a cultivadores de las tierras altas, que tuvieron que bajar a la costa para trabajar el cacao y poder así pagar sus tributos. Sin embargo, las altas tasas de mortalidad limitaron la producción de cacao, al grado de que América Central cedió el puesto de primer productor a las plantaciones que usaban esclavos en los litorales tropicales de Ecuador y Venezuela.

La sangría del comercio exterior

Del Nuevo Mundo, España se llevaba plata, oro, cacao, cochinilla e índigo y regresaba artículos manufacturados y de lujo de precio muy elevado. Una buena parte, tal vez la mayor, de estas mercancías se originaba fuera de España, sobre todo en el noroeste de Europa; el precio que se les fijaba era tal que producía impuestos y derechos aduaneros al Estado, así como

utilidades monopólicas a los vendedores. El intercambio estaba en manos de los comerciantes que en el lado europeo estaban organizados en el consulado o gremio de comerciantes de Sevilla, y en el extremo americano en los gremios gemelos de Nueva España y Lima. En el lado europeo el gremio hacía pareja con la Casa de Contratación, la gran dependencia del gobierno que tenía a su cargo la supervisión de naves, personas y mercancías que iban a las Indias y venían de ellas, y el cobro de impuestos y aduanas para las arcas del rey. Intencionalmente, el comercio estaba encajonado en cauces estrechos, cuyo fin era que se realizara exclusivamente por entidades monopólicas que usaban barcos españoles y agentes de la misma nacionalidad. No fue creado por los principios del libre juego de la oferta y la demanda; más bien era, según frase de Carmagnani, "comercio constreñido", constreñido por la demanda del lado europeo (1975:31).

De hecho, este comercio constreñido abarcaba dos ciclos diferentes de transacciones, uno trasatlántico y otro interamericano. Para activar el ciclo trasatlántico, los comerciantes europeos compraban mercancías con dinero y las enviaban a factores o agentes (habilitadores) que vivían en el Nuevo Mundo, esperando que se las pagaran con mercancías americanas que al venderse dejaran buenas utilidades. Al inicio del ciclo había una inversión de dinero en el lado europeo de la transacción, y una conversión de mercancías en dinero y utilidades en Europa, al fin del ciclo. Sin embargo, en las Américas no había cambio de dinero por dinero, sino sólo cambio de mercancías por mercancías. Los factores americanos adelantaban las mercancías europeas a los dueños de minas o empresarios de cochinilla, que debían ajustar cuentas con sus factores entregando mercancías americanas. Pero en tanto que en Europa subían los precios de las mercancías manufacturadas, los valores de cambio de la plata y de las mercancías americanas declinaban. Esta desproporción orillaba a los productores americanos a mantener bajos o a reducir los costos de producción. Después veremos cómo este ciclo contribuyó al resurgimiento del dominio tributario en la agricultura y en la ganadería del Nuevo Mundo. También ocasionó muchos fraudes y coerciones en los sistemas conforme a los cuales se obtenían la cochinilla y el índigo de los productores nativos.

NUEVOS SISTEMAS DE ABASTECIMIENTO

A medida que la minería de plata asumía un papel central en la economía de las Indias hispanas, iba dominando y reformando la estructura de los dominios españoles del Nuevo Mundo. El atenerse a la minería hizo que

las regiones económicas clave del reino estuvieran lejos de las áreas prehispanicas de horticultura y colonización intensivas y que ahora fueran las venas de plata de la Sierra Madre de la Nueva España y el hosco altiplano de Bolivia. Esto produjo cambios muy profundos en la producción de alimentos y de materias primas. Significó una gran alteración en las políticas de gobierno: del interés inicial en asegurar el control real de gobernantes y gobernados a políticas dirigidas primordialmente a maximizar la minería y garantizar sus abastecimientos. Estos cambios crearon una nueva geografía y alteraron las condiciones ecológicas, económicas y políticas de las poblaciones conquistadas.

Estos cambios estaban estrechamente vinculados. La disminución de la población nativa y la destrucción de los controles políticos que eran fundamentales a la horticultura intensiva nativa exigieron nuevas formas de producción de productos alimenticios y de ganado para las minas y poblaciones. La minería creó una fuerte demanda de alimentos y bebidas para abastecer trabajadores y animales, de pieles y cueros para hacer cuerdas y cubos, sebo para velas y grasa para antorchas con que iluminar los tiros, mercurio para la extracción del mineral de plata, pólvora, madera para alimentar las fundiciones y grandes cantidades de animales de carga para trabajo y transportes. La nueva economía agrícola debía también dar de comer a las poblaciones españolas, que eran el sostén de la red del control español, a los establecimientos eclesiásticos situados en poblados y en el campo, y a los lugares de parada situados a lo largo de las rutas de tráfico que ligaban las minas, las poblaciones y los puertos. Las necesidades de las minas y los requerimientos del consumo básico urbano exigían, además, que los productos resultaran lo más barato que fuera posible.

La Corona ayudó de modos muy diversos al crecimiento de este sistema. Como el mercurio era un ingrediente esencial en el procesamiento del mineral de plata y era un costo importante en esa industria, la Corona se esforzó por garantizar su abasto a precios bajos. Su producción y venta eran un monopolio real; los mineros peruanos lo recibían de la mina real de Huancavelica y los de la Nueva España de la mina española de Almadén. Mediante graneros públicos la Corona siguió la política de asegurar alimentos a las minas y poblados a precios regulados. Y, sobre todo, la política real buscaba transferir tierra y labor a empresarios agrícolas; esto significó que abandonaba su política de querer mantener su control soberano sobre la población india.

La intención inicial de la Corona fue negar a los conquistadores todo control directo sobre la tierra y sobre el trabajo indio. Quería evitar la constitución de una clase independiente de señores tributarios y por eso insistió al principio en conceder los servicios de los americanos nativos

únicamente conforme a sus propios términos. Esto se logró mediante la expedición de concesiones temporales (encomiendas). La encomienda permitía al beneficiario de ella emplear en su servicio el tributo y el trabajo de un cierto número de indios a cambio de cristianizar sus almas paganas. Sin embargo, la encomienda no daba al encomendero derechos sobre tierras indias ni acceso ilimitado a los servicios de los indios; la Corona se reservaba estos derechos. La Corona esperaba que surgiera una sociedad dividida en un sector de conquistadores y un sector indio aparte. Por ello trató de interponer a sus funcionarios reales entre los españoles empleadores de indios y los indios.

Después de 1542 los encomenderos estuvieron obligados a presentar una instancia oficial al funcionario real si querían que se les asignaran nativos para tareas específicas. Se daba por sentado que el funcionario, al recibir estas peticiones, las jerarquizaba y asignaba trabajadores sobre una base rotacional y veía que se les pagara conforme a una tasa estipulada. Esta forma de asignación de trabajo se conoció oficialmente con el nombre de repartimiento. Sin embargo, en Mesoamérica se le siguió llamando con la palabra náhuatl para el trabajo forzado en obras públicas, *cuatéquitl*, y en los Andes se le siguió llamando *mita*, palabra quechua.

Otro medio que se empleó para apartar a los españoles de la población india fue la abolición formal, en 1542, de la esclavitud india. Se declaró que la esclavitud de los indios era ilegal en todas partes, excepto en zonas fronterizas donde las poblaciones rebeldes se negaban a aceptar la soberanía española. Esto significó que hasta los años 1680 fue posible que los araucanos del sur de Chile fueran aprisionados y esclavizados. Esto fue también aplicable en las fronteras noroccidentales de México donde hasta bien entrado el siglo XIX siguieron esclavizados los indios apaches, navajos y shoshones (Bailey, 1966). Sin embargo, en las regiones centrales de la ocupación española, se abolió la esclavitud de los indios, o cuando menos se redujo considerablemente. Esta prohibición de la esclavitud no se extendió, sin embargo, a los africanos, que se siguieron importando en grandes números para remplazar a la menguante población nativa, sobre todo en las tierras bajas.

La hacienda

Gradualmente las encomiendas fueron sustituidas por las haciendas, que eran fincas trabajadas por gente que se establecía en ellas y que dependía directamente de los dueños de la tierra. La Corona no contaba con el personal ni los recursos suficientes para estimular su crecimiento, en tanto que empresarios agrarios con pleno control de la tierra y de la mano de

obra eran mejores que los encomenderos; dependían de los oficiales reales y respondían de las demandas de la población y de las minas. Sin embargo, la evolución de las haciendas no adoptó en todas partes la misma forma ni siguió el mismo ritmo. Aparecieron primeramente en territorios subpoblados en que el ganado podía criarse con pocas manos; luego crecieron en lugares en que las aldeas nativas o los corregidores reales interesados en la mano de obra y los tributos nativos se oponían a las peticiones de las haciendas sobre tierras y mano de obra. Por eso, en las elevadas mesetas peruanas las haciendas fueron un fenómeno del siglo XVIII, no anterior. En general, los encomenderos que obtuvieron sus títulos en el siglo XVI, se hicieron de la propiedad de las haciendas un siglo después. Legalmente, la concesión de una encomienda no podía producir una hacienda: las concesiones de encomienda eran donaciones reales que ni daban derechos a la tierra ni permitían al agraciado establecer los términos de servicios o tributos del trabajo de los nativos. En cambio, la hacienda se fundaba por completo en la propiedad de la tierra y en la aptitud del propietario para negociar directamente los términos de la contratación de trabajadores.

La mayoría de los trabajadores de las haciendas eran nativos americanos. A veces los terratenientes se hacían de trabajadores quitando su tierra a los establecimientos nativos; o traían migrantes que habían abandonado sus aldeas, tan cargadas de tributos, para establecerse en otra parte. También los dueños de las haciendas ofrecían pagar el tributo de sus trabajadores, o darles crédito en alguna otra forma. Al parecer, en siglos posteriores se desarrolló el estado de servidumbre debido a deudas, e incluso se estableció el endeudamiento hereditario.

Por lo general, al trabajador se le daba acceso a una porción de la tierra de la hacienda a cambio de los servicios convenidos y de la entrega de las cosechas al dueño. El dueño se reservaba el casco de la hacienda (el centro), con la maquinaria de procesamiento, el abasto estratégico de agua y la tierra más propia para cosechar el mejor producto; dejaba a sus inquilinos-trabajadores las tierras más pobres y alejadas de su propiedad. De este modo la hacienda llegó a ser una entidad basada en una estructura doble de cultivo de productos comerciales y de servidumbre real por parte del propietario y el cultivo comercial por siervos-inquilinos. Una ampliación del mercado provocaba la ampliación del sector del propietario a expensas de los siervos-inquilinos; una declinación del mercado favorecía a los inquilinos.

Las haciendas servían a propósitos diferentes. Las que eran de dueños de minas o talleres proporcionaban los productos necesarios para estas operaciones a un costo muy bajo o sin costo. Otras producían para un

mercado regional creado por la demanda de poblaciones cercanas, centros mineros o puertos. Algunas regiones geográficas se especializaron en la producción de alimentos para tales mercados. En el Valle Central de Chile se cultivaba trigo para Perú; los valles agrícolas de Cochabamba y Sucre alimentaban al Alto Perú (Bolivia); el Valle de México y la región del Bajío daban el grano que se consumía en la ciudad de México y en los centros mineros. En la seca región septentrional de México se criaba ganado para poblaciones y minas, como también se hacía en la cuenca del río de la Plata. Algunas tierras bajas se especializaron en la producción de azúcar y licor destilado para los mercados internos; en las mesetas mexicanas se cultivaban magueyes de los que se obtenía el aguamiel para la preparación del pulque; la vertiente tropical de los Andes producía hojas de coca. Por doquier había haciendas propiedad de establecimientos religiosos o de grupos de familias de clase alta, que comprendían parroquianos y dependientes. A veces cambiaba la función de la hacienda —dejaba de ser el granero de un poblado y abastecía a una mina o dejaba de estar orientada hacia el mercado y se volvía de subsistencia—. También eran sensibles a los cambios del mercado y sus operaciones crecían o menguaban según fluctuaba la demanda.

Pese a esta adaptabilidad de las haciendas, su crecimiento potencial estaba limitado por el tamaño de la demanda real y por las dificultades del transporte. Al parecer operaban mejor, con más utilidad, cuando vendían en un mercado, local o regional, seguro pero restringido, en el cual la escasez relativa garantizaba buenos niveles de precios. Esto era cierto, por ejemplo, en haciendas que producían un producto primario europeo, como el trigo, del cual había un mercado seguro aunque pequeño de consumidores europeos. Tal fue el caso también en que ventas obligatorias al granero público impedían que compitieran en precio las comunidades nativas que podían producir más barato.

En general, las haciendas no fueron empresas muy lucrativas; en su mayoría estaban endeudadas y con frecuencia iban a dar a manos de nuevos dueños, principalmente de organismos eclesiásticos que casi siempre las hacían producir bien. David Brading describió condiciones generales de la América hispana al caracterizar a la hacienda mexicana como

un desaguadero que recibía de continuo el capital excedente acumulado en la economía de exportación. Las fortunas creadas en la minería y en el comercio se invertían en tierras, donde se disipaban gradualmente o acababan en los cofres de la Iglesia. La consecuencia fue que la clase de hacendados se renovara continuamente. [1977:140]

Comunidades indias

Poblados y minas acababan rodeados por haciendas y, a su vez, éstas eran rodeadas por establecimientos de pobladores nativos sobrevivientes. Este patrón de asentamiento estaba orientado hacia las minas, aunque no era meramente ecológico o geográfico. Estaba organizado con base en la economía política que encarnaba, en la cual los niveles inferiores proporcionaban excedentes a los niveles que estaban arriba de ellos. Los mineros vendían a los comerciantes, que sacaban, a su vez, precios elevados por mercancías europeas manufacturadas. Luego, los dueños de las minas orillaban a los dueños o administradores de las haciendas para que les vendieran materias primas y comida a precios bajos. Por su parte los hacendados presionaban a las comunidades nativas y las encasillaban en la dependencia servidumbre-inquilinato en las fincas o en el empleo ocasional con sueldos muy bajos. Dentro de esta jerarquía, las comunidades indígenas ocupaban el último peldaño.

Ha sido cosa común que estas repúblicas de indios, como las llamaron los españoles, sean vistas por los antropólogos como repositorios de un pasado prehispánico intocado por tres siglos de dominación hispánica. Lo cierto es que a estas comunidades les dio forma organizacional la burocracia colonial, como componentes integrales del Estado español y de su sistema económico. Al ordenar el establecimiento de estas unidades, la Corona perseguía un doble propósito: romper el aparato de poder anterior a la Conquista y asegurar la separación y fragmentación de las jurisdicciones resultantes. Aunque la destrucción de los grandes Estados de los incas, mexicas o chibchas permitió el resurgimiento de algunas pretensiones antiguas al gobierno y a la lealtad, en general el resultado de eso fue la sustitución de los Estados anteriores a la Conquista por pequeños señoríos tributarios y por comunidades locales.

A la alta nobleza india se le asimiló formalmente dentro de la nobleza española y se le confirmaron sus pretensiones a tributos, propiedades y pensiones, pero se le privó de todo acceso al mando y al poder. Su conversión al cristianismo aseguró su rompimiento con las fuentes de influencia ideológica anteriores a la Conquista, y la integró a las actividades en curso de la Iglesia. A las órdenes inferiores de la nobleza india —principales en Mesoamérica, kurakas en los Andes— se les encargó la supervisión de las comunidades locales. Al igual que los jefes africanos que tres siglos después los ingleses pusieron a mandar sobre las poblaciones africanas en "gobierno indirecto", esta nobleza acabó mediando entre conquistadores y conquistados.

Ante las autoridades externas representaban a sus mandantes, pero

a la vez se esforzaban por mantener su jurisdicción interna mediante el ejercicio de pretensiones y lealtades tradicionales.

Las comunidades sobre las que se les dio autoridad no eran las mismas que habían existido antes de la Conquista. Muchas comunidades anteriores a la Conquista habían casi desaparecido ante el embate de la Peste Negra, pero se formaron otras nuevas conjuntando restos de poblaciones bajo un control administrativo y eclesiástico más estrecho. Esta política general española de re-establecimiento y concentración redefinió la naturaleza de las comunidades locales, no sólo demográfica, sino también económica y administrativamente. A cada comunidad nueva se le dio identidad legal, con su propio consejo administrativo local, o cabildo, y también identidad eclesiástica, con su capilla o iglesia local dedicada a un santo patrón. Además, se les definió económicamente pues se les dieron derechos sobre tierras y recursos del poblado, y también obligaciones de pagar tributo. En estas exacciones se incluían tributos en especie para la Corona, en bienes y servicios para el encomendero español, para el señor indio reconocido, y trabajo obligatorio en obras públicas como construcción de presas y caminos.

Los funcionarios reales, o corregidores de indios, vigilaban el sector administrativo indio compuesto por estas comunidades. Hubo tribunales indios especiales para atender litigios planteados por los representantes legales. Esta estructura administrativa estaba inspirada en la intención original de la Corona de mantener apartados a indios y españoles. Sin embargo, los tribunales indios pronto se vieron atiborrados por quejas contra los conquistadores y empresarios españoles que se empeñaban en incorporar a sus haciendas tierras de indios y cursos de agua. A veces, la élite india local de principales o kurakas, encargada de administrar los recursos y obligaciones de la comunidad, alargaba el alcance de su poder, coludiéndose con españoles extraños a sus poblados. Por su parte, la posición privilegiada de los corregidores les permitía aprovecharse comercialmente de sus cargos. Así, como en Perú, podían cobrar tributo, venderlo en subasta, volverlo a comprar a la mitad de su valor en el mercado hasta el monto del tributo debido y luego revenderlo al precio del mercado (Rowe, 1957:163). Podían comprar a bajo precio a los comerciantes del poblado y forzar a los indios a comprar esas mercancías a precios elevados, o también, comprar a los indios y vender esas mercancías más caras en otro lugar. Por último, podían convertirse en empresarios por su propia cuenta. Por ejemplo, en el occidente de Guatemala un corregidor podía comprar algodón en rama en la costa, obligar a las indias de su distrito a hilarlo y tejerlo para luego vender la tela a los mismos indios o colonos ganando una buena utilidad (véase MacLeod, 1973:316).

Estos jefes indios y funcionarios reales se unían para defender sus comu-

nidades nativas cuando intereses externos amenazaban sus fuentes de poder y de lucro. Al mismo tiempo, ante una mayor demanda de mano de obra de parte de empresarios industriales y agrícolas debida al decremento de la población nativa, muchos se inclinaron a bajar el nivel de su celo como defensores del pueblo. La Corona descubrió también que su interés en maximizar sus ingresos mediante impuestos y emolumentos con frecuencia se oponía a su papel de protectora de los naturales. Si algún colono usaba la mano de obra y los recursos naturales en un cierto modo que prometiera dar más entradas a la Corona, era cosa común que se hicieran a un lado las consideraciones políticas o morales. Esto fue más y más cierto a medida que los empresarios dejaron de interesarse en los bienes que eran valiosos antes de la Conquista como cacao, plumas preciosas y telas de algodón y se interesaron en reordenar la tierra y el trabajo, para cultivar trigo, explotar minas de plata, producir telas de lana, coleccionar cochinilla o criar ovejas laneras. Cuando lo que hablaba era el dinero, hablaba en español, no en náhuatl o quechua.

Finalmente, esta reordenación de recursos con vistas a producir bienes para minas y poblados dio origen a nuevos grupos que no eran parte de las comunidades indias; entre ellos había artesanos, peones y sirvientes que trabajaban en o cerca de los nuevos establecimientos, e intermediarios que llevaban mercancías de un lado a otro. Esta creciente población de indios y mestizos acabó por llenar en poco tiempo los intersticios sociales y económicos que había entre las comunidades y la pirámide tributaria formal, y empezó a conectar gente cuyas actividades e intereses estaban más allá de lo local. Las quejas constantes de los funcionarios reales de que algunos extraños penetraban en comunidades indias donde atendían sus propios intereses, y de que miembros de las comunidades indias estaban dejando sus jurisdicciones para unirse con extraños mestizos o cholos, demuestran que los linderos de las comunidades eran permeables y negociables.

Además, las comunidades no eran internamente ni unitarias ni indiferenciadas. En un cierto momento, una comunidad podía unirse bajo un principal suyo contra las intrusiones de empresarios o hacendados españoles. En otro momento, ese principal, que en sus tratos con la gente a él encomendada se hubiera vuelto similar a los hacendados o empresarios, podía aliarse con los españoles o ser acusado por sus partidarios de haberlo hecho. Y en todas partes, comerciantes y cultivadores, habiéndose vuelto acaudalados dentro de una comunidad, podrían entrar en conflicto con autoridades superiores, inclusive con su propio señor indio y presentarse a sí mismos como voceros de su comunidad contra la tiranía. Estos mismos comerciantes y cultivadores, arrastrados al mercado por causa de la

producción de cochinilla o tela de algodón, podrían entonces cerrar la comunidad para mantener un monopolio intermedio de derechos sobre el trabajo.

En los dos virreynatos, a las comunidades se les autorizó a manejar sus asuntos internos por medio de una jerarquía de funcionarios locales dotados de títulos y cargos españoles basados en prototipos también españoles. Al mismo tiempo, la Iglesia constituyó organismos eclesiásticos con base en las cofradías españolas, que se encargaron de representar los ritos del calendario católico. En los grandes establecimientos españoles e hispanizantes, estos dos tipos de organismos, civiles y religiosos, se mantuvieron bien diferenciados, pero en las comunidades indias fue cosa común la mezcla de jerarquías civiles y religiosas; en estos casos, se alternaba el ejercicio de un cargo secular con el patrocinio de un acto religioso. Este patrocinio solía exigir fuertes desembolsos para cohetes, fuegos artificiales, adornos, incienso y velas, músicos y comida y bebida que se distribuía entre los participantes. Esto solía significar que sólo los miembros pudientes de la comunidad podían aspirar a los puestos más altos y costosos de la jerarquía eclesiástica y de la autoridad política, que exigían una buena dosis de redistribución económica. Y a la inversa; esta redistribución acabó por desempeñar una parte importante en la economía de los recipientes a los que hizo económica, política y religiosamente dependientes de las operaciones de la oficialidad sacralizada. O sea, que las jerarquías civiles-religiosas instalaron dentro de las comunidades un sistema de dominación elitista, pero al mismo tiempo permitieron que la élite representara a toda la comunidad ante autoridades y tenedores externos del poder.

La jerarquía también tenía a su cargo los ritos que relacionaban a la comunidad con lo sobrenatural; cosa característica de ellos fue que tuvieran un doble carácter, en parte cristiano y en parte pagano. Al cristianismo le preocupa más definir el tiempo sagrado que el espacio sagrado; aunque no desdeña los santos lugares, como son Jerusalén, Roma, Asís o Lourdes, se centra más bien en hechos ocurridos en el tiempo, como son la Caída, la Redención, el Juicio y la Resurrección. En contraste, las religiones prehispánicas estaban fuertemente ancladas en términos espaciales; usaban porciones de espacio para demarcar segmentos de tiempo, atributos de grupos sociales, aspectos de la naturaleza y cohortes de cosas sobrenaturales. La fusión del calendario litúrgico cristiano con devociones prehispánicas conectó el marco del tiempo de la salvación cristiana con los referentes ecológicos de tradiciones precristianas. En tiempos prehispánicos estos referentes ecológicos locales formaron parte de una organización ideológica muy amplia de espacio sagrado, organizado y mantenido por la amplia entidad política inca, mexica o chibcha. La Conquista destruyó

este amplio marco ideológico y en su lugar puso la salvación cristiana. Al mismo tiempo, a esta liturgia dominante se unió la creencia y práctica local a cargo de misioneros que se esforzaban por anclarla en creencias locales y de practicantes locales que buscaban que fuera expresión de intereses locales. El resultado fue el desarrollo de estructuras religiosas que variaban de una comunidad a otra y que en su localocentrismo ideológico semejaban la separación política de las comunidades.

Lo cual significa que las comunidades indias eran porciones dependientes de un sistema político y económico mayor. No eran ni restos "tribales" del pasado prehispánico, ni un tipo estático de comunidad campesina caracterizado por un conjunto de atributos fijos. Se desarrollaron en la lucha a muerte entre conquistadores y conquistados y estuvieron sujetas a la acción recíproca de intereses externos e internos. El Estado español les concedió derechos a tierras e ingresos pero las obligó a aportar tributos y trabajo como parte de sus obligaciones políticas; con frecuencia resultaron indefensas ante las depredaciones de terratenientes, funcionarios y clérigos. A veces eran tales las exacciones, que se rebelaban, se negaban a cooperar o escapaban. A las comunidades se les permitía gobernarse por medio de sus jerarquías civiles-religiosas. Estos funcionarios locales podían defender la comunidad contra autoridades externas y competidores de fuera, pero también podían ensancharse a expensas de sus compañeros de aldea o traicionar sus intereses en favor de potencias externas.

Desde el punto de vista del orden colonial hispánico general, las comunidades indias no fueron sus fundamentos primarios sino más bien apoyos laterales y secundarios. El centro de este orden era la actividad minera y las actividades que la abastecían. Por su parte, las comunidades indias actuaban como almacenes de trabajo y como fuentes de productos agrícolas y artesanales baratos. Cuando los indios debían pagar tributo en dinero tenían que trabajar como asalariados o producir algo para vender en el mercado. Alternativamente, satisfacían obligaciones tributarias mediante pagos en especie. Estaban sujetos a trabajar en las obras públicas o privadas que los corregidores reales consideraran de importancia pública. Costeaban con su pobreza el sistema de extracción imperial.

BRASIL Y EL CARIBE

Mientras los españoles erigían su reino de las Indias sobre un fundamento de plata, los portugueses se aplicaron a la producción de azúcar en plantaciones en las tierras tropicales bajas del litoral de Brasil. La agricultura hispánica de Nueva España y Perú fue encauzada a satisfacer las necesi-

dades internas de las colonias, en tanto que las nuevas empresas portuguesas se organizaron desde sus comienzos para producir cosechas exportables. Lo que la plata era para la América española lo sería por mucho tiempo el azúcar para Portugal; sin embargo, a lo largo del siglo xvii, el cultivo del azúcar se propagó a las islas del Caribe de modo que holandeses, ingleses y franceses acabaron siendo rivales de Portugal en la producción de azúcar. La agricultura de la tierra firme española dio la espalda a Europa y se centró en las poblaciones y campos mineros del interior, pero la faja de plantaciones de la América tropical se vinculó directamente con los mercados europeos.

Al plantar azúcar en las arcillosas tierras negras (*massapé*) del noreste brasileño, los portugueses transfirieron al Nuevo Mundo un complejo agrícola ya antiguo en el Mediterráneo europeo, donde los árabes lo introdujeron al finalizar el primer milenio d.c. En los siglos anteriores a la conquista del Nuevo Mundo, el cultivo del azúcar se había difundido de firme hacia Occidente por entre las islas del Mediterráneo. En el último cuarto del siglo xv, los portugueses empezaron a sembrar caña de azúcar en Madeira y poco después en São Tomé, en el Golfo de Guinea, empleando para ello esclavos comprados en la cercana costa occidental de África. En 1500 una flota portuguesa cuyo destino eran las Indias avistó La Tierra de la Veracruz, que no tardaría en llamarse Brasil por el rojizo palo de tinte que crecía en sus riberas. Veinticinco años más tarde se pagarían derechos en las aduanas de Lisboa por el azúcar brasileño. Los planes portugueses para aumentar la producción de azúcar en África se vieron anulados por la resistencia de los africanos que confinó a los portugueses al litoral; en cambio, sí intensificaron la producción en Brasil. Hacia 1570 había ya en Brasil unos 60 ingenios que cada año producían más de 180 000 arrobas de azúcar; ese mismo año la producción de las regiones brasileñas de Pernambuco, Bahía y Río de Janeiro alcanzó los niveles de Madeira y São Tomé. Después de 1570 la producción brasileña de azúcar creció exponencialmente, y después de 1627 fue de más de un millón de arrobas al año (véanse Barrett y Schwartz, 1975:541).

El foco de la producción de los cañales brasileños fue el ingenio, el *engenho*, que no sólo molía la caña producida en sus propios terrenos sino también la de cultivadores libres que probablemente aportaban la mitad de la caña. El trabajo esclavo primero de indios brasileños y luego de africanos fue importante, pero también tuvo significación el de trabajadores libres. En los siglos xvi y xvii el mayor ingenio de Brasil fue el Sergipe do Conde, en Bahía, con una capacidad de molienda de 180 toneladas de caña; en 1600 tenía 259 trabajadores, pero también pagaba sueldos a 270 peones. Se calcula que los 20 cultivadores libres que llevaban

su caña a Sergipe deben de haber tenido otros 200 esclavos (Barrett y Schwartz, 1975:547).

Y en tanto que la producción estaba en manos portuguesas, el procesamiento y el financiamiento acabaron controlados por flamencos y holandeses. Desde un principio, buena parte del azúcar producida por los portugueses fue enviada a los Países Bajos. Primeramente Amberes, y después de 1590, Amsterdam, fueron el centro principal del refinamiento de azúcar y también del financiamiento del comercio portugués de ella. Inclusive durante el periodo entre 1580 y 1640, en que el reino de Portugal se unió a la Corona de Castilla, los holandeses se las arreglaron para conservar sus contactos portugueses a través de intermediarios portugueses. En 1624-1625 los holandeses hicieron un intento que se les frustró para apoderarse de Bahía; simultáneamente penetraron en el África Central para apoderarse de Luanda, que era una muy productiva fuente de esclavos. En 1629 invadieron Pernambuco y ocuparon durante 15 años los distritos azucareros. Sin embargo, en 1645, la población del Brasil holandés, dirigida por los endeudadísimos plantadores luso-brasileños, se alzó contra sus amos. Aunque los holandeses contaban con aliados americanos nativos en algunos grupos de potiguares y de tapuias que hablaban *gê*, otros potiguares y los tabajaras de Maranhao se pusieron del lado de los portugueses. En la guerra de guerrillas que siguió los luso-brasileños acabaron controlando el campo y los holandeses se vieron obligados a replegarse en las ciudades costeras. En Recife resistieron hasta 1654, cuando capitularon. Las tácticas de guerrillas que se habían usado contra ellos habían cobrado su precio; al mismo tiempo, Holanda se había visto envuelta en su primera guerra comercial con Inglaterra. Empero, los factores decisivos fueron que buena parte de la industria azucarera de Brasil había sido destruida físicamente, que el esfuerzo por fundar en Brasil una colonia azucarera perdurable había costado demasiado y que los accionistas de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales habían empezado a quejarse y reafunñar respecto a costos y pérdidas.

Acosados en Brasil por graves dificultades, los holandeses volvieron la vista al Caribe. Entre 1625 y 1650, islas inglesas como St. Kitts, Nevis y Barbados habían empezado a producir tabaco en fincas pequeñas. Hacia 1639 los mercados europeos se saturaron con la hoja, por lo que muchos isleños marcharon a otras partes en busca de mejores oportunidades. A principios del decenio de 1640, holandeses provenientes del Brasil enseñaron a colonos ingleses de Barbados el cultivo de la caña de azúcar. Abrieron crédito a los ingleses a fin de que pudieran comprar esclavos africanos así como las ollas de cocción y de enfriamiento necesarias para convertir en azúcar el jugo de la caña; ofrecieron, además, vender el

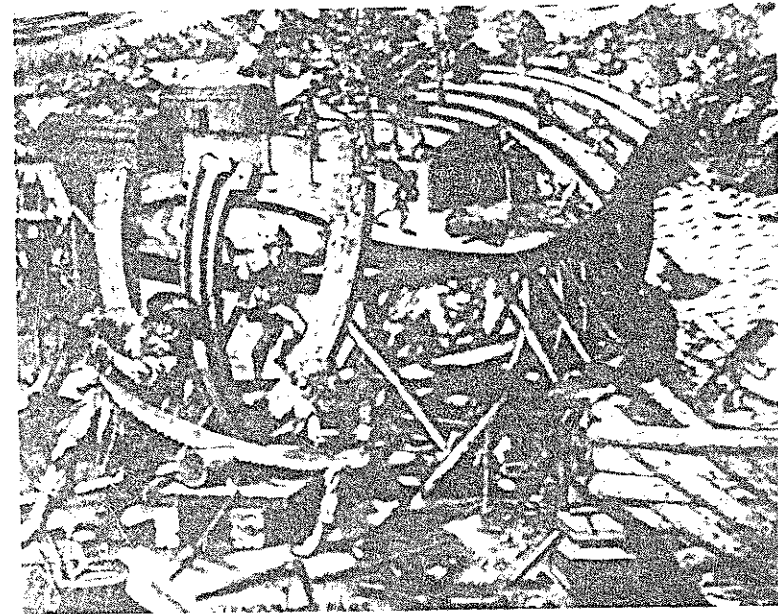
producto en Europa. Muy pronto el azúcar transformó el panorama económico y político de las islas. Los cultivadores en pequeño del tabaco se volvieron "blancos pobres" y rápidamente fueron desplazados por las grandes plantaciones trabajadas por esclavos africanos, de modo que tuvieron que migrar a otras partes. En 1655 los ingleses invadieron Jamaica y cinco años después expulsaron de ahí a los últimos españoles.

A partir de este momento creció rápidamente el cultivo de la caña de azúcar en las islas. Pronto superó en escala a la industria luso-brasileña e inclusive logró acumular capital aun cuando los precios del azúcar declinaban en el mercado mundial. Fue constantemente positivo el índice de utilidades de las plantaciones azucareras conocidas: quizá de 20% sobre el capital invertido antes de 1700, cuando menos 10% entre 1750 y 1775 y como de 7.5% alrededor de 1790 (Craton, 1974:139). En Inglaterra gran parte de la vida de Bristol y Liverpool acabó dependiendo de Jamaica y Barbados; a fines del siglo XVIII William Pitt el Joven calculó que unas cuatro quintas partes de los ingresos ingleses de ultramar provenían de las Indias Occidentales. En Francia, Nantes y Burdeos dependieron en igual forma de la productividad de la isla francesa de Santo Domingo (Haití). Cuando en 1791 los esclavos haitianos se rebelaron contra sus amos, echaron abajo una estructura que había absorbido dos tercios de los intereses comerciales extranjeros de Francia.

Contrabando

Una de las consecuencias de la propagación del cultivo de la caña en las islas del Caribe fue crear una serie de bases avanzadas al servicio de las potencias atlánticas europeas a las puertas mismas de entrada del reino español de las Indias. Esta embestida holandesa, inglesa y francesa ocurrió en un momento en que el poderío español iba cuesta abajo. A lo largo del siglo XVI las remisiones de plata a España aumentaron de fijo, llegando a su máximo en el último decenio del siglo para, en seguida, empezar a menguar. Sin embargo, lo cierto es que aunque disminuyó el monto de la plata enviada a España, la producción de este metal en el Nuevo Mundo no cayó gran cosa. La plata, o bien se quedaba en América o buscaba otros cauces. Parte de ella servía para pagar defensas mejores contra las amenazas y la competencia del extranjero. Empero, una parte considerable iba de contrabando a las manos de los enemigos de la Corona española —la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales y los traficantes marítimos ingleses.

Conforme menguaba el poderío español, estos competidores y antagonis-



Europeos construyendo una carabela en el litoral caribe de Panamá (Veragua). Grabado en cobre por Theodor de Bry, 1590. (Cortesía del Departamento de Libros Raros y Manuscritos, Biblioteca Pública de la Ciudad de Nueva York. Fundaciones Astor, Lenox y Tilden)

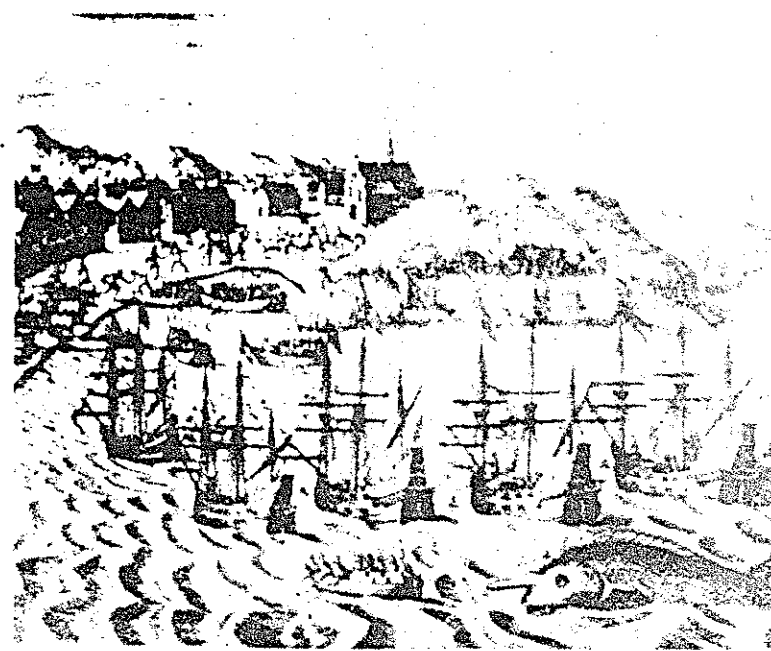
tas buscaban entrar a las riquezas de las posesiones españolas del Nuevo Mundo. Más y más extranjeros compraban privilegios de naturalización, que les permitían traficar con las Indias. El número de naves extranjeras que había en las flotas trasatlánticas creció y creció, hasta que llegaron a constituir, en 1630, un tercio de todas las naves que cruzaban el Atlántico. A partir de esta fecha, el contrabando alcanzó alturas sin precedente.

Habiendo perdido el acceso a la sal ibérica debido a la ocupación de Portugal y de Setúbal por España, en 1594 los holandeses iniciaron viajes regulares por el Caribe; en 1599 se apoderaron de la isla de sal de Araya. De inmediato empezaron a comerciar directamente con las colonias españolas de la costa de Venezuela y Colombia; daban mercancías del norte de Europa y esclavos africanos, primeramente a cambio de sal, luego de tabaco y cueros y después por cantidades más y más grandes de cacao. La toma de Jamaica por los ingleses abrió otro lucrativo centro de contrabando de esclavos y mercancías europeas con las posesiones españolas.

Cuando Venezuela aumentó su producción de cacao empezó a trocarlo por plata española procedente de México. Fue así como ingleses y holandeses pudieron abreviar en el flujo de la plata española. Se ha calculado que al finalizar el siglo xvii, la cantidad de plata española sacada de contrabando por Jamaica, era de unas 200 000 libras esterlinas anuales, o sea, más o menos la mitad del metálico que anualmente exportaba al Lejano Oriente la Compañía Inglesa de las Indias Orientales (Lang, 1975:57). Mercancías provenientes del noroeste de Europa entraban también al Hemisferio Occidental por Brasil; ahí los portugueses comerciaban por tierra con las posesiones españolas de Potosí y del Alto Perú. Los españoles pagaban estas mercancías con plata; se calcula que durante el siglo xvii este comercio por Brasil desvió una cuarta parte de la producción argentífera de Potosí (Lang, 1975:56). Cuando a resultas del Tratado de Utrecht (1730) Inglaterra obtuvo el derecho de abastecer de esclavos africanos a las colonias españolas, el flujo del contrabando al Caribe español aumentó al parejo que la venta de esclavos.

La plata española, empero, no nada más iba hacia Europa; también iba al Pacífico, hacia el oeste. En la segunda parte del siglo xvi creció una red multilateral de comercio, gran parte de ella de contrabando, alrededor del eje comercial principal que conectaba Acapulco, en México, con Manila, en las Filipinas. En 1564, los españoles, aprovechando la inermia del poderío portugués en los mares del sur de Asia, emprendieron la conquista de las islas Filipinas. Sin embargo, aun después de que Portugal perdió sus pretensiones a las islas, sus comerciantes establecidos en Macao, frente a la costa de China, siguieron comerciando con Manila. En 1573 el primer galeón de Manila, llevando sedas, satines, porcelanas chinas y especias del Lejano Oriente, llegó a Acapulco y regresó a Manila con plata española del Nuevo Mundo. A partir de este momento, Manila se convirtió en el eje de una red comercial que arrastró a los chinos a la órbita filipina y que creó un circuito comercial en el cual los textiles chinos se cambiaban por plata del Nuevo Mundo. Manila se convirtió en una ciudad que no sólo era española sino también china. En los dos últimos decenios del siglo xvi, se volvieron tan numerosos los chinos de Manila que se creó un barrio especial para ellos (*Parian*, es decir, mercado). Hacia mediados del siglo xvii, Manila alardeaba de tener 42 000 habitantes, sostenidos por el arroz, la madera y el trabajo que proporcionaban como tributo los habitantes de las cercanas islas de Luzón y Pampanga por intermedio de los *principales* nativos.

Desde Acapulco, las mercancías se enviaban a lomo de mula a la ciudad de México; también llegaban en grandes números comerciantes peruanos, con plata de su país, que cambiaban por mercancías chinas. Pronto este



Acapulco. Grabado en cobre por Theodor de Bry, 1590. (Cortesía de la Biblioteca Pública de la Ciudad de Nueva York)

comercio ilegal peruano en Acapulco y a lo largo de la costa de Nicaragua se convirtió en fuerte preocupación para la Corona española, que se esforzó por limitarlo. Sin embargo el comercio continuó, pese a las prohibiciones gubernamentales y al aumento de las incursiones holandesas en los mares del sur de Asia; en el siglo xviii se produjo no nada más una participación mayor de los chinos con base en Cantón, sino de los comerciantes de la India, vía Manila (Chaunu, 1960; Bertin *et al.*, 1966). De hecho, en el curso del siglo xviii se establecieron dos circuitos de comercio chino: uno que se movía en dirección oeste y que cambiaba té chino por opio de la India, y el otro, en dirección opuesta, que intercambiaba textiles chinos por plata americana. Este tráfico chino-sudamericano duró hasta el fin del gobierno español en América del Sur (Cheong, 1965).

Fue grande la escala de este comercio. En 1597, que ciertamente fue un año excepcional, el metálico enviado de Acapulco a Manila fue de 12 000 000 de pesos, suma mayor que el importe de todos los envíos tras-

atlánticos. En los últimos decenios del siglo xvi, las exportaciones de metálico fluctuaban entre 3 000 000 y 5 000 000 de pesos, de los que unos dos tercios provenían probablemente de Perú (Parry, 1973:119). Se calcula que entre 1570 y 1780 se exportaron al Lejano Oriente entre 4 000 y 5 000 toneladas de plata (Konetzke, 1971:310).

Piratas, "tribus coloniales" y cimarrones

En la estela del contrabando, de las correrías en busca de esclavos y de la esclavitud misma, florecieron —en los linderos del Caribe— algunas poblaciones que habitaron las márgenes de la sociedad constituida y que vivieron a expensas de los desechos de sus recursos. El Caribe, montañoso y dividido, con sus muchas islas y abras y lo denso de su vegetación tropical, proporcionaba buenos escondites a contrabandistas y esclavos escapados, así como oportunidades comerciales o militares para los aliados de ambos.

Los bucaneros fueron un elemento de este mundo inestable. En su mayoría eran franceses, aunque también los había ingleses. Empezaron como cazadores de ganado silvestre dejado por los españoles en Santo Domingo; su nombre viene de *boucan*, que es la parrilla de madera usada para curar carne ahumándola; vendían carne y cueros a las tripulaciones de los barcos de paso. Rechazados por los españoles, empezaron a conjuntar la caza con la piratería. Cuando los españoles quisieron poner fin a sus actos, aumentaron sus depredaciones, aliándose alternativamente con el gobernador inglés de Jamaica y con el gobernador francés de Santo Domingo, primero contra los españoles y después contra los holandeses. Mitad piratas y mitad mercenarios, atacaron grandes ciudades y puertos españoles, pero sin dejar de comerciar con el litoral y el interior del país. En el último cuarto del siglo xvii sus actividades se volvieron a tal grado amenazadoras al crecimiento del comercio de la región que las grandes potencias europeas con intereses en el Caribe tomaron medidas para echarlos. Entonces, algunos se dedicaron a la esclavitud y a la tala de bosques a lo largo de Honduras Británica. Otros mudaron su base de operaciones a Sierra Leona, en el África Occidental, y de ahí se fueron a Madagascar, donde fundaron la República Pirata de Libertalia, que fue un verdadero "mercado de la Bandera Negra de la Piratería" (Toussaint, 1966:146). Dispersados por una poderosa flota francesa, buscaron refugio en el Estado traficante de esclavos de los betsimisarakas sobre la costa oriental de Madagascar; ahí prosiguieron su piratería, contando con la alianza de la población nativa, hasta los comienzos del siglo xix.

Un segundo elemento de esta mezcla circuncaribeña fueron los grupos que Mary Helms ha llamado "tribus coloniales". Las más conocidas son los misquitos del litoral mosquito de Honduras y Nicaragua, y los cunas de Panamá y Colombia. Los misquitos eran una población americana nativa ordenada por el parentesco que absorbieron grandes números de esclavos y bucaneros africanos escapados. Con armas de fuego y municiones que les dieron los bucaneros, los misquitos empezaron a hostigar y comerciar con sus vecinos de tierra adentro. De los productores del interior obtenían cacao, oro, tabaco, índigo y, tiempo después, ganado, y estos artículos, junto con sus propias canoas, zaguales, conchas de tortugas, pieles, gomas y hamacas los cambiaban por bienes manufacturados a los ingleses que llegaban a sus playas. Los misquitos también batían el terreno en busca de esclavos; los ingleses los usaban para cazar en Jamaica a los cimarrones rebeldes (Campbell, 1977:395, 411-412).

Los cunas eran una población de habla chibcha que desde antes de la llegada de los europeos habían sostenido una organización y tecnología mucho más compleja que la de los misquitos. Los cunas estaban organizados en entidades tributarias divididas en clases, y contaban con dinastías gobernantes; les dio fama su metalurgia muy trabajada y su especialización en el comercio a grandes distancias. Con posterioridad a la Conquista perdieron su compleja organización social y política, dejaron el trabajo de los metales y se dedicaron más y más a la recolección de alimentos para su subsistencia; de este modo se convirtieron en uno de los casos clásicos de Steward y Faron de "deculturación histórica". Al igual que los misquitos, dieron cobijo a esclavos escapados y se aliaron con los bucaneros, de los cuales recibieron armas de fuego y municiones. En el siglo xvii, usando su armamento recién adquirido, iniciaron una feroz expansión al otro lado del río Atrato y se internaron en Colombia, donde, en 1779, quemaron Montería sobre el río Sinú y obligaron a los españoles a proteger el cruce del Sinú con flotillas de piraguas (Fals Borda, 1976:18). Sólo hasta el siglo xix los logró controlar Colombia.

Esta importancia de los esclavos escapados entre los misquitos y los cunas nos hace mirar hacia un tercer elemento de población en el vórtice circuncaribeño, el de los esclavos escapados o cimarrones. La palabra española cimarrón se aplicó inicialmente a ganado español escapado y salvaje, después a indios esclavos escapados, y, finalmente, en el decenio de 1530, a africanos escapados. Con frecuencia, los cimarrones se unían para darse apoyo, defenderse e incursionar. Formaban bandas, y cuando los ayudaban las condiciones del medio, constituían comunidades más duraderas.

El *marronage*, como lo denominaron los franceses, fue una caracte-

terística constante y significativa de la vida de las plantaciones, una especie de hemorragia, lenta pero constante, del sistema de plantación. Por doquier hubo comunidades de esclavos escapados. Una de las primeras fue la comunidad rebelde formada en las minas de Bursia, cerca de Barquismeto, Colombia. En la década de 1530 aparecieron otras en Cuba. Con el tiempo hubo muchos de estos grupos en los escondrijos de los litorales del Caribe y del Istmo, a lo largo de la costa del Pacífico de Colombia y Ecuador, y en las fragosidades montañosas de algunas islas del Caribe. Con frecuencia estos grupos se dedicaban al contrabando y a la piratería a fin de complementar su agricultura de subsistencia, amén de que también ayudaban a los corsarios armados que sondeaban las defensas de la tierra firme española.

Esto muestra que el "mar interior" del Caribe era la región blanda de los dominios españoles del Nuevo Mundo. Por ahí pasaban las líneas estratégicas de transporte que conectaban los dominios con la metrópoli española; era una región militarmente vulnerable, el punto de entrada de los enemigos de España. Era también una región de debilidad política y económica, por donde los contrabandistas, los dueños de plantaciones de productos de venta inmediata y los empresarios de la violencia horadaban la estructura monopolista del imperio español y sangraban su fortaleza en provecho de la economía internacional externa.

Los albores del siglo XVI vieron la expansión de los dos reinos iberos en las Américas: los españoles conquistaron la América dispersa y consolidaron su asimiento de la tierra firme, y Portugal ocupó el litoral atlántico de Brasil.

En las mesetas de la América hispana, la Corona española erigió un nuevo orden colonial sobre las ruinas de los Estados tributarios prehispánicos. Este orden se basó en la extracción de metales preciosos; se creó también un nuevo sistema de estilo europeo de producción de alimentos para dar a las empresas mineras los abastecimientos necesarios. Con líneas de comercio forzoso se unió la economía de la plata con el mundo exterior, si bien el sistema que proporcionaba alimentos y materias primas miraba hacia adentro, no hacia el mar, sino a las instalaciones mineras del interior. Para controlar a las poblaciones americanas nativas, el nuevo orden hizo que sus comunidades fueran instituciones de gobierno indirecto, cuya autonomía estuviera determinada siempre por las disposiciones del sector español. Los indios daban a ese sector trabajo y artículos de primera necesidad baratos, y en él adquirían mercancías, a menudo bajo coacción. A los indios se les permitía construir dentro de sus comunidades sus propias jerarquías de funcionarios, que representaban a las comunidades ante

el exterior, a la vez que ordenaban sus cuestiones internas mediante la jerarquización civil-religiosa, la redistribución económica y la administración de símbolos religiosos que conjuntaban formas culturales cristianas y locales. Dentro del sistema general español, el sector indio, descompuesto en una multitud de entidades locales, constituía una reserva de mano de obra y productos.

En la faja de plantaciones de las islas y litorales bajos, los plantadores europeos y sus descendientes quebrantaron la resistencia de sociedades preexistentes tributarias y ordenadas conforme al parentesco y las sustituyeron con pelotones de esclavos africanos que trabajaban conforme a un sistema de agricultura regimentada y forzada. El sistema buscaba producir cosechas de venta inmediata para su exportación, pero también acordonaba los linderos de la plantación contra intrusos nativos americanos y contra la huida al exterior de los trabajadores del litoral. La producción de cosechas de exportación de venta inmediata ligaba a la zona con los mercados europeos, en tanto que la necesidad constante de nuevos esclavos integraba la América de las Plantaciones directamente con el creciente comercio tricontinental de esclavos. Fue por esto que los esclavos africanos y sus descendientes llegaron a ser la población dominante a lo largo de la costa de Brasil, en las islas del Caribe y en los litorales de Colombia, Ecuador y Perú. Ahí forjaron, en las plantaciones y en los reductos de esclavos escapados, sus propios modos de adaptación y rebelión y escribieron una historia que apenas empieza a ser explorada.

VI. EL TRÁFICO DE PIELES

HASTA fines del siglo xvi, las flotas ibéricas dominaron el Atlántico e impidieron la expansión en Norteamérica de otras naciones de Europa. Pero, a medida que decaía el poderío ibérico, aumentaba con rapidez la colonización por parte de países del norte de Europa, que trajo consigo el florecimiento del comercio de pieles en la América del Norte. Para los europeos que buscaban riquezas, las pieles no eran bienes de alta prioridad; más deseables para ellos eran oro, plata, azúcar, especias y esclavos pues dejaban más provecho. Así y todo, la búsqueda de pieles tendría una repercusión profunda en los pueblos nativos de la América del Norte y en sus modos de vida, y constituiría uno de los episodios más espectaculares en la historia de la expansión mercantil europea.

HISTORIA DEL TRÁFICO DE PIELES

Para cuando los primeros comerciantes europeos en pieles iniciaron sus actividades en el continente norteamericano, el comercio de pieles ya tenía una historia larga y remunerativa en Europa y Asia. Escandinavia había proporcionado a la antigua Roma no nada más pieles sino también ámbar, marfil marino y esclavos, y recibió a cambio oro, plata y tesoros (Jones, 1968:23). A fines del siglo ix d.c. comerciantes señoriales, como Ottar, que radicaba en los fiordos noruegos cerca de donde hoy está Tromsø, recibían como tributo de los cazadores lapones pieles de marta, de reno, de oso y de nutria y las vendían en Noruega, Dinamarca e Inglaterra (Jones, 1968:161-162). En los comienzos del siglo x los rusos vikingos entregaban a los búlgaros en la comarca del Volga martas cebellinas, ardillas, armiños, zorros blancos y negros, martas, castores y esclavos; en 922 d.c. el árabe Ibn Fadlan describió gráficamente el viaje Volga abajo de los comerciantes rusos llevando cebellinas y esclavas a los mercados del Levante islámico. Después de los vikingos, la Liga Hanseática de Alemania del Norte también explotó el comercio de pieles en el norte. Desde una factoría situada en Bergen explotaron sin piedad a los noruegos, y los obligaron a entregar y limpiar enormes cantidades de pieles y peces a cambio de adelantos en dinero; operaron una especie de "peonaje internacional por deudas" (Wallerstein, 1974:121).

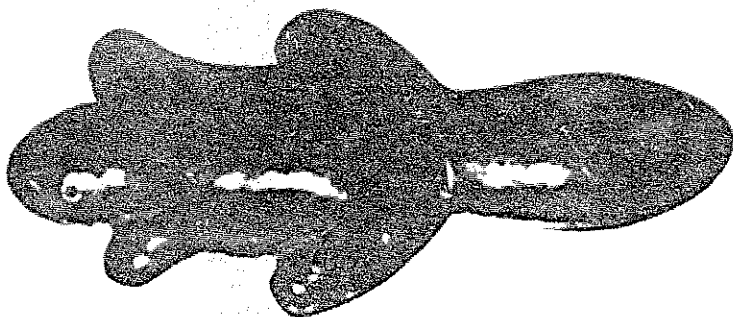
En lo que hoy es Rusia, las operaciones de los rusos vikingos llevaron al desarrollo de las entidades políticas de Kiev y Novgorod en los siglos ix

y x. Para dichos Estados, así como para todos sus sucesores, el comercio de pieles llegó a ser "el renglón de comercio más valioso, desde sus más remotos comienzos hasta el siglo xviii y más allá" (Kerner, 1942:8). Y, ciertamente, el curso de la expansión rusa ha sido descrito como una búsqueda amplia de "control de cuencas fluviales sucesivas mediante la regulación del transporte entre ellas; la rapidez de esta expansión la determinaba el agotamiento de animales de piel en cada una de las sucesivas cuencas" (Kerner, 1942:30). Los rusos, al igual que los otomanos que los precedieron, se hacían de pieles mediante el tributo (*iasak*) impuesto a las poblaciones nativas consideradas como organismo, y por medio de un diezmo sobre todas las pieles logradas por cada individuo. Las pieles así obtenidas llegaron a ser un renglón importante de los ingresos del Estado ruso; en 1589 significaron el 3.8% de todos los ingresos del Estado y en 1644 esta cifra había subido al 10%. Sólo cuando Pedro el Grande lanzó a Rusia en la senda de la industrialización declinó la importancia del tributo en pieles. Y aun entonces, siguió siendo hasta el siglo xix la contribución principal de Siberia a la economía rusa.

Vemos, pues, que el comercio de pieles no fue un fenómeno norteamericano sino mundial. El eslabón unidor entre el Viejo y el Nuevo Mundo fue la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales. Hasta que Inglaterra conquistó Canadá, Amsterdam se quedó con un porcentaje elevado de las pieles obtenidas en la América del Norte; además, reexportaba pieles de castor a Rusia para un procesamiento posterior que era parte de su comercio de exportación en el Báltico. Fue común que esta red internacional de re-exportaciones evitara congestiones en los mercados europeos, especialmente durante las guerras del siglo xvii; también mantuvo los precios estables en todo el sistema internacional (Rich, 1955). En el siglo xix, los castores perdieron importancia; su lugar lo ocuparon las nutrias y las focas marinas exportadas principalmente de América del Norte a China. A fines del siglo xvii Rusia también perdió su papel dominante en el mercado europeo de pieles, por lo que buscó salida para sus pieles en China y en otras partes de Asia (Mancall, 1971:12).

El objetivo principal del comercio norteamericano fue el castor, especialmente después de las postrimerías del siglo xvi, en que el animal menegó mucho en Europa. Se le buscó no por la piel sino por la lana de piel, una capa de pelo suave y rizado que crece junto a la piel, la cual debía ser separada del pellejo y de la capa de pelos más largos y tiesos. A esta lanilla de la piel se la procesaba y se convertía en fieltros propios para telas o sombreros. Cobró gran importancia la lana de la piel de castor para hacer sombreros. Así, en Inglaterra, inmigrantes españoles y ho-

landeses popularizaron en el siglo xvi la moda de los sombreros en vez de las cachuchas de lana. En lo sucesivo, la legislación suntuaria no pudo evitar, pese a ser muy copiosa, la declinación de la fabricación de cachuchas; la cachucha acabó por ser una marca distintiva de las clases bajas. Para los miembros de las capas superiores, la forma y el tipo del sombrero se convirtieron en indicadores de las inclinaciones políticas. Los Estuardo y sus partidarios se inclinaron por el "castor español" de copa alta, alas anchas y tendiendo a lo cuadrado. Los Puritanos introdujeron el sombrero sencillo y cónico, de fieltro o de castor. La Restauración ideó el sombrero de ala ancha, achatado y un tanto desmañado, al que adornaba una pluma. La Revolución Gloriosa impuso el "sombrero clerical de teja" de copa baja y ala ancha que cedió el terreno al sombrero de tres picos. Este estilo se sostuvo hasta la Revolución Francesa, que trajo consigo la "chistera". El sombrero de castor siguió de moda hasta principios del siglo xix en que fue sustituido por sombreros hechos de seda o de otros materiales.



Efigie en cobre de un castorcito; proviene de la Bahía de Hudson, y sirvió como amuleto a comienzos del comercio de pieles. Valía la piel de un castor. (Fotografía cortesía del Museo del Indio Americano, Fundación Heye)

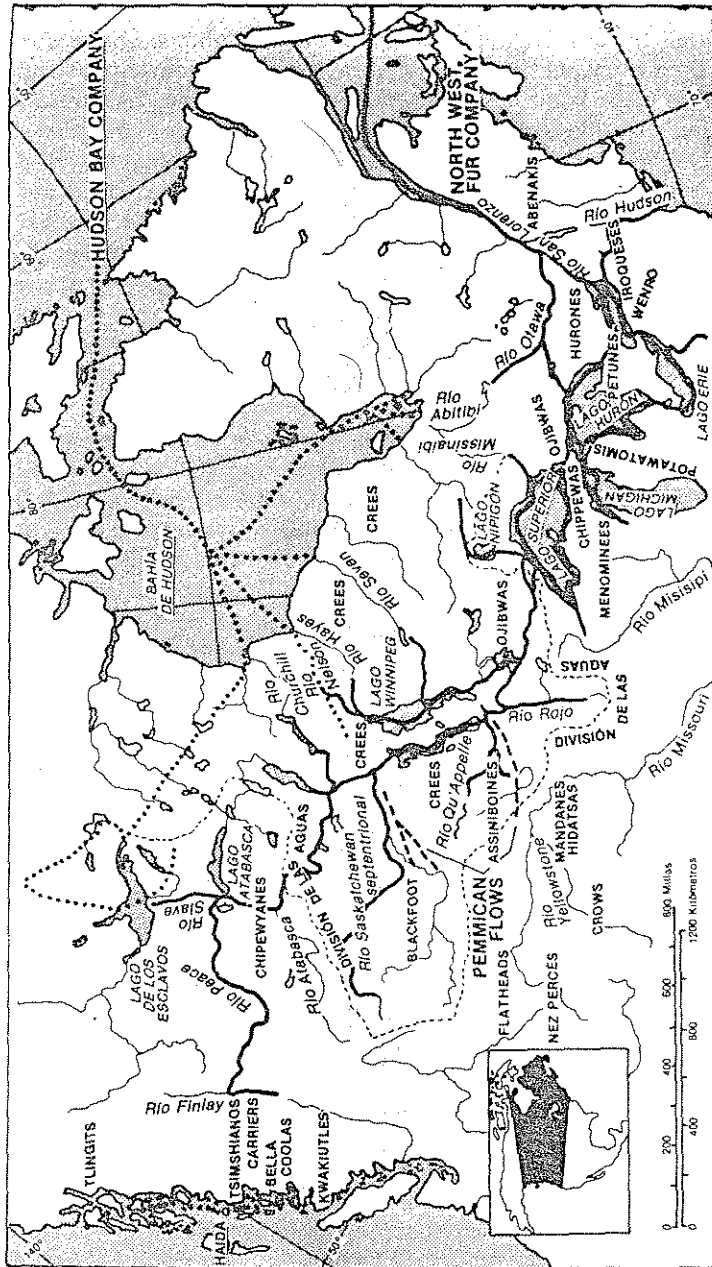
Sin embargo, al principio no fue la búsqueda de pieles sino de peces lo que llevó a los marinos europeos a las aguas del Atlántico del Norte. En la Europa medieval el pescado fue un artículo comercial estratégico. Seco y salado daba proteínas, y era esencial en los días de vigilia obligatoria y muy conveniente en los largos inviernos. Como en los siglos xv y xvi bajó la pesca de arenque en el Báltico, los pescadores empezaron a explorar los bancos de bacalao frente a las costas del Labrador, de Terranova y de Nueva Inglaterra. Probablemente los pescadores portugueses fueron los pri-

meros en llegar e inclusive presentaron reclamación oficial sobre todo el litoral, pero no pudieron defenderlo contra el creciente número de competidores llegados de Normandía, Bretaña y el occidente de Inglaterra. Al principio, las recaladas fueron esporádicas, y los marinos regresaban a sus puertos de origen con peces frescos listos para el mercado. Luego, sin embargo, los pescadores empezaron a pasar el verano en tierra remendando sus redes y secando y ahumando sus pescados para preservarlos. Por esto, "las playas de las costas de Terranova se convirtieron en campamentos estacionales regulares de una recia comunidad de pescadores, independientes y cosmopolitas" (Parry, 1966:69).

El comercio de pieles en América del Norte nació cuando estos pescadores empezaron a cambalachear su mercancía por pieles que les daban los algonquinos. La posibilidad de explotar "las tierras novas" con el comercio de pieles no pasó inadvertida a los agentes y colonizadores reales que exploraron los litorales de la América del Norte. Sin embargo, la colonización en forma de la costa por europeos del norte hubo de esperar a la desaparición de la hegemonía marítima ibérica en el Atlántico, cosa que ocurrió a la muerte de Felipe II en 1603. Casi en seguida se establecieron varios asentos: Jamestown, fundado por la Compañía Inglesa de Virginia en 1608; Quebec, base de la Compañía de la Nueva Francia establecida en ese mismo año; Fuerte Nassau en Albany en 1614, y Nueva Amsterdam en 1624, ambas fundadas por la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales; Nueva Plymouth en 1620, y Massachusetts Bay en 1630.

Entre estos establecimientos, Quebec y Nueva Amsterdam desempeñarían un papel central en el crecimiento del comercio. Estas dos poblaciones estaban situadas sobre una ruta principal a las riquezas de tierra adentro de la región de las pieles. Quebec controlaba el curso del río San Lorenzo, que llevaba a la cadena de los Grandes Lagos y a sus sucesivos escalones. Nueva Amsterdam controlaba el río Hudson hasta Albany y la ruta occidental a Oswego sobre el Lago Ontario. Así pues, la ruta septentrional estuvo controlada largo tiempo por los franceses, y los accesos meridionales estuvieron primero en poder de los holandeses y luego, después de 1644, pasaron a manos de los ingleses. Desde el principio, por tanto, el comercio de pieles se realizó en el contexto de una competencia entre dos Estados, la cual afectó no solamente a los comerciantes europeos, sino también a las poblaciones americanas nativas que les daban las pieles.

Una de las características del comercio fue su rápido desplazamiento hacia el oeste a medida que una población tras otra de castores se agotaba, por cuya razón los cazadores tenían que internarse más y más en busca de tierras de castores no tocadas. Esto significó, inevitablemente,



Rutas del tráfico de pieles en América del Norte

que la gente que había sentido el primer impacto del comercio de pieles quedara rezagada, a la vez que nuevos grupos buscaban entrar a este comercio. Por doquier, la presencia del comercio tuvo consecuencias ramificantes en las vidas de los participantes. Trastornó relaciones sociales y hábitos culturales e indujo la formación de nuevas reacciones, tanto internas, en la vida diaria de las diversas poblaciones humanas, como externas, en las relaciones entre ellas. Los comerciantes pedían pieles a un grupo tras otro y pagaban en artefactos europeos, lo que hizo que los grupos remodelaran sus formas de vida alrededor de los manufactureros. Al mismo tiempo, las demandas de los europeos de más pieles acrecentó la competencia entre grupos americanos nativos, competencia por nuevos terrenos de caza para satisfacer la creciente demanda europea, y competencia para el acceso a las mercancías europeas, que muy pronto se convirtieron en componentes esenciales de la tecnología nativa como señaladores de posiciones relativas diferentes. El comercio de pieles cambió el carácter de la guerra entre las poblaciones amerindias y aumentó su intensidad y alcance. Produjo bajas muy grandes en poblaciones enteras y el desplazamiento de otras de sus hábitats previos. Además, los indios no nada más daban pieles. El comercio creciente exigía también abastecimientos, de modo que al marchar hacia Occidente el comercio de pieles alteraba e intensificaba las pautas conforme a las cuales se producían alimentos para cazadores y comerciantes por igual.

Por lo tanto, un estudio general del comercio de pieles exige considerar varias dimensiones. Franceses e ingleses interactuaron entre sí y también con varios grupos de indios. A su vez, sucesivas poblaciones amerindias se vieron obligadas a hacer nuevas concesiones a los europeos y entre ellas mismas. La mira de todos estos conflictos y acomodamientos era la utilidad que dejaba el atrapar un animalito de piel que no pesaba arriba de setecientos gramos.

POBLACIONES DEL NORESTE

Abenakis

Los abenakis del este, de habla algonquina, del litoral de Maine, fueron de las primeras poblaciones americanas nativas con quienes los europeos tuvieron comercio de pieles sostenido. Su caso pone de relieve dos efectos recurrentes de este contacto. Uno fue la caída vertical de la población nativa, el otro fue un cambio en la mezcla de actividades económicas realizadas por los grupos indígenas, y los cambios resultantes en sus relaciones

sociales. En los primeros años del siglo xvii, los abenakis del este ocupaban más de veinte aldeas, cada una sometida a un jefe, con una población total de unos 10 000 individuos. En 1611 apenas restaban 3 000, pues los demás sucumbieron a enfermedades llevadas por los europeos, contra las cuales no eran inmunes los nativos. Los sobrevivientes se dedicaron con más ahínco a intercambiar castores con los europeos. Siguieron cultivando el maíz, cierto, pero debido a la brevedad de la estación de crecimiento y a las frecuentes pérdidas de las cosechas, pronto desearon también cambiar pieles por comida; tal fue el caso de la Colonia Plymouth después de 1625. Abandonaron el litoral donde anteriormente habían pescado y cazado aves acuáticas, y se refugiaron tierra adentro, en pequeños territorios de caza; puntal decisivo de su nuevo género de vida fue la caza llevada a cabo por grupos familiares.

En esta evolución del territorio de caza familiar, no es un caso único el de los abenakis. Es muy posible que antes de la llegada de los europeos, los cazadores nativos hayan preferido ciertos terrenos de caza en los que cazaban en invierno. Sin embargo, el territorio de caza, sostenido y defendido exclusivamente por grupitos familiares contra otros posibles usuarios, fue consecuencia de la nueva relación de intercambio individualizada entre trampero y comerciante (Leacock, 1954). Los misioneros católicos que siguieron los pasos de los primeros exploradores aprovecharon esta subdivisión de los grandes grupos, pues así era más fácil la conversión: cada familia tomaba "su propio territorio de caza sin seguir la huella de sus vecinos" (Relaciones Jesuitas, 1632; citado en Bailey, 1969:89).

Huronos

Remontando el curso del San Lorenzo, los exploradores y comerciantes franceses no tardaron en establecer relaciones con los hurones, pueblo de habla iroquesa. Los hurones (del francés derivado de *hure*, que significa jabalí, rufián, salvaje), que se autollamaban wendars, formaban una confederación de 20 000 a 30 000 personas de diversos orígenes, que se establecieron tal vez desde el siglo xv. Inicialmente se dedicaron con ahínco a la horticultura; se establecieron en las orillas de la Bahía Georgiana en el Lago Hurón e iniciaron relaciones comerciales con cazadores y recolectores que vivían al norte de ellos; trocaban maíz, tabaco y cáñamo indio por pieles, ropas, peces, cobre y artículos de caza y de viaje. Los hurones se hallaban, pues, en una posición estratégica para poder llevar a cabo el creciente comercio en pieles con los habitantes de los bosques septentrionales.

Conforme se dedicaban más y más a este comercio, descuidaban la horticultura, por lo que pedían cantidades más y más grandes de maíz a sus aliados, los petunes (tiontatis), que vivían al oeste, y a los neutrales (attiwandarones, que significa "los que hablan una lengua ligeramente diferente") que vivían en el puente de tierra entre los lagos Ontario y Erie. De los habitantes de los bosques del norte tomaron la canoa de corteza de abedul, que acabó siendo el medio de transporte preferido para llevar río abajo grandes cantidades de pieles a las ferias anuales de Montreal. Por un tiempo, el idioma hurón fue la lengua franca de los Grandes Lagos Septentrionales y del Escudo Canadiense. Hasta su destrucción por los iroqueses en 1648, fueron los agentes y beneficiarios principales del comercio francés con el interior, y el puntal de las operaciones militares de los franceses en la región.

Varias fueron las razones del éxito de los hurones en este papel. Ocupaban un terreno estratégico entre la zona biótica situada al sur, donde se daban productos tales como maíz, frijoles, calabazas y tabaco, y la zona situada al norte, ocupada por cazadores y pescadores. Estos intercambios fueron varios siglos anteriores al contacto con los europeos; quizá se remonten al estímulo que proporcionó la horticultura alrededor del 1200 d.c. (McPherron, 1967). Cuando el comercio de pieles entró en la región, ya había mecanismos que permitían y facilitaban los trueques de mercancías, a los cuales ahora se podían agregar las pieles de castor y de otros animales. En 1636, el padre Jean de Brebeuf indica que ciertos circuitos o líneas de trueque estaban en manos de ciertos linajes familiares que debían ser activados por un "amo", cuyo papel era hereditario.

Las transacciones de cualquier clase se acompañaban por intercambios de regalos que se daban como prenda de amistad; este dar regalos era también parte de ceremonias de curación y de fiestas diplomáticas (Wright, 1967). Hubo algo en verdad notable: intercambios de regalos en gran escala se llevaban a cabo en la Fiesta de los Muertos, que se celebraba cada decenio, más o menos, para enterrar los restos de los que habían muerto después de la última fiesta. En estas ocasiones se daba posesión de sus cargos a los sucesores de los jefes muertos a los que se les transfería también sus nombres. Por consiguiente, este ritual servía para asegurar la continuidad de la dirección de los grupos locales, y a la vez daba ocasión para que hubiera intercambios de regalos entre los jefes de tales grupos. Subrayaba la identidad separada y el carácter distintivo de tales grupos, y simultáneamente establecía vínculos de alianza entre ellos. Estas festividades podían reunir miembros de diferentes grupos lingüísticos y políticos, como ocurrió en la fiesta que presenció en 1641 el misionero francés Lallemant en la Bahía Georgiana, en que los nipissings locales invitaron a

2 000 personas de asentamientos situados tan al oeste como el de los saults y tan al este como el de los hurones. Era cuantiosa la cantidad de artículos ofrecidos en pieles, ropas, cuentas y utensilios. En esa ocasión, dice Lalemant, "los presentes que los nipissirianos dieron a las otras naciones habrían costado en Francia cuarenta o quizá cincuenta mil francos" (citado en Hickerson, 1960:91). Estos intercambios de regalos, que encarnaban vínculos de alianza y reconocimiento de condiciones de mando, llegaron a ser un concomitante generalizado del comercio de pieles en su marcha al interior del país. Adoptados primeramente por individuos de habla algonquina, de los Grandes Lagos, a fines del siglo xvii se propagaron hacia el oeste crec del Lago Superior, y de la tierra de los crees a las Grandes Llanuras (Nekich, 1974).

Iroqueses

En Nueva Amsterdam, primero los holandeses y luego los ingleses, que los desplazaron en 1644, encontraron en la cuenca alta del río Hudson otra población de horticultores de habla iroquesa, a quienes los europeos llamaron "iroqueses", versión francesa de una palabra algonquina que significa "víbora real". Los iroqueses estaban organizados en una confederación, a la que llamaron *Ganonsyoni* ("La Casa Extendida a lo Largo"). Las cinco "naciones" o grupos con nombre, matrilineales, que eran miembros de la confederación, eran: los mohawk (de una palabra algonquina que significa "caníbal"), que se autollamaban *ganiengehagas* o "Pueblo Pedernal"; los oneidas; los onondagas; los cayugas y los senecas (de *sinnaken*, una traducción holandesa equivocada de una versión mohicana del nombre iroqués de los oneidas). A principios del siglo xviii, los oneidas permitieron a los tuscaroras entrar a la confederación. Para los extraños la confederación estuvo compuesta por las "Seis Naciones", pese a que los tuscaroras nunca participaron en los consejos de la confederación. Existen indicios de que los iroqueses vivían desde hacía mucho en esa región. En tiempos históricos, cada una de las cinco naciones controlaba su propio campo, con sus bosques y terrenos de caza. Aunque ligados dentro de una organización política, había diferencias culturales y lingüísticas entre ellos. Las lenguas de los diferentes grupos no eran inteligibles fuera del grupo, por lo que los negocios de la confederación estaban a cargo de jefes políglotos.

La confederación iroquesa nació probablemente en el curso del siglo xv, como medio de reducir conflictos y guerras entre los grupos, pero en poco tiempo, el creciente comercio de pieles dio a los grupos un interés

convergente arrollador. Aunque los castores no abundaban en el país iroqués y en poco tiempo se volvieron aún más escasos debido a la cacería, los iroqueses no tardaron en comprender que su futuro individual y colectivo dependía del castor. Sin embargo, para aumentar su acceso a las pieles debían primero reducir o eliminar la competencia de sus vecinos. Con apoyo de los holandeses, y posteriormente de los ingleses, desencadenaron una serie de ataques destructores contra sus rivales, apoyados por los franceses. Después de que en 1640 una epidemia de viruelas debilitó a los hurones, los iroqueses atacaron y destruyeron Huronia, como entidad aparte (1648). En 1656 destruyeron a los neutrales y a los eries. En 1675 los mohawks cayeron sobre la confederación algonquina, que se había constituido para enfrentar a los colonos ingleses de Nueva Inglaterra. Ese mismo año, los senecas, en liga con los colonos ingleses de Maryland y Virginia, terminaron con la amenaza de los susquehannocks, que controlaban el valle central de Pennsylvania. En 1680 las Cinco Naciones abrieron la guerra contra los illinois para evitar que los franceses hicieran contacto con ellos.

A pesar de la escala de las operaciones militares iroquesas, el número de guerreros que participaron en estas secciones fue bastante reducido. Un padre jesuita calculó en 1660 que los mohawks movilizaron unos 500 guerreros, los oneidas menos de 100, los onondagas 300, los cayugas otros tantos y los senecas menos de 1 000 (citado en Trelease, 1960:16). Lo que aumentó la capacidad militar de los iroqueses fue que holandeses e ingleses les dieron acceso a armas de fuego. Para 1660, es probable que cada guerrero tuviera su propio mosquete, y un poder de fuego mayor, aunado a un estilo de guerra de guerrillas, les daba gran superioridad sobre sus vecinos (Otterbein, 1964).

Su participación en el comercio de pieles y la intensificación de la guerra causaron otros cambios en la ecología iroquesa y en su organización social. Antes del auge del comercio de pieles, la base económica de la vida iroquesa era la horticultura y la caza. La horticultura estaba más bien en manos de las mujeres, si bien los hombres ayudaban a desmontar la tierra durante el ciclo de tumba-roza-y-quema. Se desconoce la composición de los grupos desmontadores, pero se sabe que otras tareas del cultivo estaban a cargo de las mujeres de la aldea a las que guiaba una matrona del linaje dominante auxiliada por matronas de otras líneas familiares. Los derechos al uso de la tierra así como los utensilios usados en el cultivo y en el procesamiento de los alimentos, se transmitían por la línea femenina; así también la distribución del producto estaba en manos de las mujeres. El peso de estos papeles económicos daba a las mujeres gran autoridad, pues podían valerse de esta facultad de dar comida y mocasines para vetar las

actividades bélicas que no aprobaran (Randle, 1951:172). También ponía en sus manos la dispensa de hospitalidad en las festividades, cosa importantísima para estrechar alianzas en y entre grupos (Brown, 1975: 247-248; Rothenberg, 1976:112). Además, las mujeres eran dueñas de las viviendas multifamiliares y tenían el derecho de nombrar consejeros ante el Consejo de la Casa Extendida a lo Largo.

Por el contrario, la caza y la guerra eran asunto de los hombres; estas actividades cobraron importancia a medida que los iroqueses se enfrascaban en el comercio de pieles y dependían más y más de él. Desde 1570, el comercio de mercancías europeas, presumiblemente trocadas por pieles, aparece en lugares iroqueses; un siglo después, estos indios dependían casi por completo del comercio y de obsequios diplomáticos para hacerse de armas, utensilios de metal, cacerolas, ropa, joyas y licores. Hacia 1640 habían casi desaparecido los castores en la región iroquesa, de modo que sus habitantes tenían que penetrar más y más profundamente en las tierras de sus vecinos y enemigos para hacerse de los recursos necesarios para pagar mercancías europeas, o para hacer la guerra y así compensar los regalos diplomáticos que se les hacían. La separación entre las funciones encomendadas a hombres y mujeres aumentó al crecer el comercio de pieles y la participación en actividades extranjeras; era cosa corriente que los hombres pasaran años lejos de casa ocupados en la búsqueda de pieles o enemigos y que las mujeres se ligaran más estrechamente a sus campos y jardines. En respuesta a esta bifurcación de actividades es posible que los iroqueses se hayan vuelto más y más matrilocales después de los primeros años del siglo xvii (Richards, 1957).

Parece también probable que, como dice Richards, las mujeres hayan contraído gradualmente el derecho a adoptar cautivos en el seno de los matrilinajes locales; esta función cobró más importancia conforme los iroqueses buscaban sustitutos de los hombres muertos en la guerra. Se dijo que en 1657 los senecas "tenían más extranjeros que nativos del país". En 1659 dijo el jesuita Lalemant: "Si quisiéramos saber el número de iroqueses de pura sangre, tal vez no hallaríamos más de 1 200 en las Cinco Naciones puesto que en su mayor parte no son más que agregados de las diferentes tribus que han conquistado." En 1669, dos tercios de los oneidas eran algonquinos y hurones. Los jesuitas llegaron a quejarse de que se había hecho difícil predicar a los iroqueses en su propio idioma. (Véase Quain, 1937:246-247.)

Estos hechos tienen consecuencias muy notables. Indican la posibilidad de que en el curso del comercio de pieles y del incremento de la guerra no hayan cambiado las formas de afiliación de parentesco, pero que su significado y función sí hayan experimentado un gran cambio. A la llegada

de los europeos, la Casa Extendida a lo Largo era más bien una liga de grupos locales que adjudicaban intereses locales en tierras cultivadas y otros recursos, y que también hacían que las querellas locales se convirtieran en enemistades entre grupos y en guerra abierta. Sin embargo, el hecho es que la confederación iroquesa llegó a actuar como una asociación de comerciantes de pieles y de guerreros, a veces de orígenes muy diversos, en relación con los imperativos translocales del comercio de pieles y de las contiendas políticas entre sistemas estatales europeos rivales. William Fenton ha hablado de la Liga como de un "Estado de parentesco", con lo cual vinculó dos conceptos que a veces se consideran incompatibles. Se caracteriza mejor a la confederación iroquesa como una asociación que trató de usar las formas de parentesco en su búsqueda de funciones asociacionales. Se puede ver inclusive como un paralelo americano de la estructura de las compañías comerciales europeas, que también sumaban funciones económicas y políticas. En el campo de esta característica los iroqueses sugieren comparaciones con los aros de la región del Bajo Níger en África Occidental, que también utilizaron mecanismos y rituales de parentesco para organizar y dominar el tráfico local de esclavos (véase el capítulo vii). Al igual que los aros, los iroqueses no fueron un Estado sino una asociación basada en afiliaciones de parentesco que se desarrolló en respuesta a presiones translocales, políticas y económicas.

El que la confederación se hubiera fundado en el parentesco fue la fuente tanto de su fuerza como de su debilidad. Hemos visto ya que las iroquesas tenían derecho a nombrar miembros varones de sus matrilinajes para ocupar posiciones en el Consejo de los onondagas. Estas posiciones estaban asociadas con cincuenta títulos o nombres, que eran propiedad o estaban bajo el control de matrilineas. Es importante observar que los consejeros siempre dieron fuerte apoyo a los intereses y sentimientos locales, y que cuando hablaban en el Consejo, no lo hacían en sus propios nombres sino en interés de sus representados. Esto significa que la confederación no fue nunca un instrumento político monolítico. Su función fue más bien suavizar las peleas y rivalidades internas y ganar cierto ascendiente en negociaciones con embajadores y agentes extranjeros. Podía declarar la guerra en nombre de la confederación, pero la decisión debía ser unánime. Los casos en que hubiera desacuerdo debían ser puestos a un lado y ser resueltos por uno u otro grupo. Muchas de las actividades de la confederación eran ceremoniales, por ejemplo, los consejos de condolencia en que se lloraba a los consejeros muertos y se nombraban nuevos consejeros. Mediante estos rituales y títulos se perpetuaba la unidad del Consejo en el plano ideológico, aun cuando intereses divergentes dividie-

ran a los electores en cuanto a problemas económicos, sociales, políticos y religiosos.

Al intensificarse la guerra creció la división en el seno del Consejo. Como dijo Quain,

cuando, por el estímulo del contacto europeo, la guerra se convirtió en parte de la vida diaria, los jefes guerreros, valiéndose de su popularidad militar, asumieron el papel principal gubernamental. El equilibrio del poder entre caciques y jefes guerreros, que anteriormente se inclinó en favor de los caciques, se alteró de modo que dejaron de tener importancia los motivos de cooperación del gobierno de los caciques. [1937:267]

A final de cuentas, desaparecieron los mecanismos que pudieran eliminar la disidencia real o potencial. Así fue como las relaciones entre los mohawks del este y los senecas del oeste se tensaron a veces al extremo de que en 1657 estuvo a punto de estallar la guerra entre los dos. Los senecas y los onondagas aplaudían los ataques de los franceses contra los mohawks, en tanto que éstos no ayudaban a los senecas y a los cayugas en sus guerras con los susquehannas. A veces uno u otro grupo de poblados firmarían acuerdos separados de los demás miembros del grupo, con representantes ingleses o franceses. Muy raras veces hubo una acción unida de parte de la confederación, por cuya razón no significó un poder unido ante los franceses o ingleses. Como ha dicho Allen Trelease (1960:342), la dificultad estribaba en que los consejeros "carecían o de la decisión o del poder para adoptar un curso de acción". Esta misma incapacidad para formular y seguir una política común aquejó a los iroqueses durante la Guerra de Independencia de Estados Unidos. Los mohawks y los onondagas se dividieron, y unos apoyaron a los rebeldes americanistas y otros a los leales proingleses. Los cayugas y los senecas estuvieron con los ingleses y los oneidas y tuscaroras con los norteamericanos, a pesar de sus declaraciones oficiales de neutralidad.

Por tanto, no debemos exagerar la unidad política de la confederación iroquesa ni atribuirle alguna estrategia concertada para monopolizar el comercio de pieles. Evidentemente, era de primordial importancia para los iroqueses tener castores, pero esto lo lograban o bien ocupando las tierras de caza de sus vecinos, o bien apoderándose de pieles recogidas y transportadas por otros. Aunque quitaron a los hurones su posición de intermediarios en el comercio, no pudieron evitar que esta función fuera a dar a manos de los ottawas, vecinos occidentales de los hurones. Su poderío militar fue grande, pero no habría bastado para evitar una invasión europea, de no haber sido porque franceses e ingleses compartían un fuerte interés en que los iroqueses desempeñaran

el papel de amortiguador entre ellos. Dando armas a los iroqueses, los ingleses podían impedir la conexión de los franceses con los ottawas y con los terrenos de caza de los Grandes Lagos. Por su parte, los franceses vieron que les convenía "debilitar a los iroqueses, pero no al grado de verlos totalmente derrotados", como dijo el barón de Lahontan hacia el año 1700 (citado en Trelease, 1960:246, n. 44). La relación entre franceses e iroqueses fue en extremo paradójica, en cuanto que

a pesar de que los iroqueses significaban la mayor amenaza económica y militar contra Canadá, eran también el único factor que impedía que Albany abriera relaciones directas con los ottawas, lo cual habría arruinado el comercio de pieles de Canadá. [Trelease, 1960:246]

Y, sin duda, de haberse abierto una ruta directa entre Albany y el oeste, Nueva Francia no habría podido competir con Nueva York. Los ingleses tenían de su lado la ventaja de costos más bajos de manufactura y de embarque, impuestos más bajos, mercancía de más calidad y acceso al ron barato de las Indias Occidentales. En 1689, con cinco pieles de castor se conseguía una pistola en Montreal, pero en Albany una bastaba; dos pieles se necesitaban para comprar una manta roja o blanca en Montreal, pero sólo una en Albany. En Albany, con el precio de una piel de castor se conseguían casi seis litros de ron, pero en Montreal esa misma piel no bastaría para un litro de brandy (Trelease, 1960:217, n. 27). Estas mismas diferencias subsistían todavía en el siglo XVIII; Cadwallader Colson las resumió diciendo "que los comerciantes de Nueva York pueden vender sus mercancías en los territorios indios a la mitad del precio que la gente de Canadá, y obtener el doble de utilidad" (véase Washburn, 1964:153). O sea, que la presencia de los iroqueses protegía al comercio francés con Occidente, a pesar de que casi siempre fueron enemigos.

Y, a la inversa, los iroqueses podían enfrentar a ingleses y franceses, aunque este juego diplomático rara vez ocurrió al nivel de la confederación; en general, algunos grupos estaban ora con los franceses, ora con los ingleses; sólo los mohawks estuvieron siempre al lado de la causa inglesa. Otros, como algunos de los senecas, lucharon del lado de los franceses a mediados del siglo XVIII y tomaron parte en el levantamiento de Pontiac contra los ingleses, que apoyaron los franceses (1763-1764).

Estas diferentes inclinaciones de los iroqueses, afectaron su unidad. La Guerra de Independencia de Estados Unidos enfrentó grupos contra grupos, y facciones dentro de cada grupo enfrentaron entre sí a parientes, lo cual dividió y dividió a la confederación; siguió en vigor

sobre una base ceremonial pero con la victoria de los rebeldes norteamericanos perdió sus principales funciones militares y políticas. Los iroqueses pro-ingleses se fueron a Canadá donde hoy día viven sus descendientes.

Es decir, que la confederación iroquesa tuvo debilidades esenciales. Resolvió conflictos entre grupos siempre y cuando no se volvieran insuperables. Pudo enfrentar los intereses de potencias extranjeras rivales y de sus aliados indios, pero no pudo desarrollar una estrategia concertada ante un adversario dominante. Los lazos que la mantenían unida fueron los del parentesco y del ceremonial. Al adoptar el rito de los consejos de condolencia se valió del sistema, muy generalizado entre tribus vecinas, de conmemorar la partida de jefes muertos y de anunciar a sus sucesores. Para los hurones, la Fiesta de los Muertos tenía el mismo fin, y unía a los participantes en relaciones de alianza. Hallaremos este mismo sistema entre los ojibwas y grupos aliados. En todos esos casos, con medios rituales se producía cohesión. El ritual creaba vínculos políticamente viables siempre y cuando los intereses políticos obraran en una dirección común. Sin embargo, no podía proporcionar a estas poblaciones, que estaban enfrascadas en las contradicciones del comercio de pieles y de la política, ningún mecanismo que hiciera obligatorio para todas las partes el consenso logrado de un modo temporal. Pese a lo avanzados que estaban política y militarmente, los iroqueses no lograron crear un Estado, y, en competencia con entidades políticas más centralizadas, se hallaban en clara desventaja.

POBLACIONES DE LOS GRANDES LAGOS

Los iroqueses nunca pudieron monopolizar el comercio de pieles al oeste del bajo San Lorenzo, a pesar de lo cual tuvieron un influjo enorme sobre la población de la región de los Grandes Lagos. Los hurones que no fueron muertos o absorbidos por los iroqueses huyeron al oeste. Los iroqueses también echaron de sus tierras a pueblos habitantes de praderas y cultivadores de maíz como los potawatomis, sauks, foxes, kikapúes, mascoutens y porciones de los illinois. Estas poblaciones fueron empujadas de la región del bajo Michigan y Ohio, situada al norte del río Ohio, hacia el lado occidental del Lago Michigan. Allí entraron al comercio de pieles por medio de intermediarios potawatomis y ottawas y de la factoría francesa establecida en 1634 en Green Bay. Ninguno de estos pueblos era oriundo de dicha región, y ninguno se estableció allí (como se ha dicho) para aprovechar la presencia del arroz silves-

tre. El imán que los llevó a Green Bay fueron las pieles; la fuerza que los sacó de su hábitat original fueron los iroqueses (Wilson, 1956).

Los ottawas, así llamados por la palabra algonquina *adave*, se hicieron cargo de la función intermedia de los hurones. La palabra, familiar a muchos hablantes de algonquino de diversas afiliaciones, servía para designar grupos del habla algonquina que abandonaban sus tradicionales actividades de subsistencia para dedicarse al comercio, y que hacia 1660 marcharon rumbo al oeste hasta los terrenos de castores situados en la Bahía de Chequamegon. Desde 1683, dos tercios de todas las pieles que llegaban a manos de los franceses habían pasado por manos ottawas (Peckham, 1970:6).

Buscando pieles, otros grupos migraron al oeste. Ya desde 1620, grupos de hablantes de algonquino con nombres de animales como Oso o Grulla empezaron a convergir en el río Sault Saint Marie, que por medio de rápidos une el Lago Hurón con el Lago Superior. Los franceses llamaron a estos rápidos Sault, y a la gente de los rápidos saulteurs o saulteaux. El terreno era un lugar de reunión ideal para comerciantes de pieles, pues contaba con un alimento abundante y accesible, el pescado blanco. Pronto se unieron a los grupos saulteurs, refugiados de los iroqueses así como potawatomis, crees, algonquinos y winnebagos. Gradualmente la palabra *saulteurs* cedió ante el nombre de uno de los grupos locales, los *outchibous* u ojibwas.

Estas fusiones y cambios de identidad son ejemplos de un proceso más general puesto en marcha por la intensificación del comercio de pieles en el subártico oriental. Grupos locales pequeños, con nombres localistas,

se desubicaron, casi siempre marchando hacia el oeste en su búsqueda de pieles; crecieron los conflictos intergrupales y los grupos se entremezclaron. Con el tiempo perdieron su identidad y acabaron formando parte de nombres de grupos mayores. En ocasiones, los nombres de esos grupos mayores se derivaron al parecer de algunos de los grupos locales menores tales como los *saulteurs* (saulteaux) o los "outchibons" (ojibwas). En tiempo de los franceses no hubo un grupo grande con el nombre de ojibwa o saulteaux. Más aún, el establecimiento de factorías en lugar de las estaciones de misiones alentó probablemente la formación de grupos mayores de diversos orígenes provenientes de las regiones circundantes. [Rogers, 1969:38]

Uno de estos puntos de fusión fue la aldea de Chequamegon sobre la orilla meridional del Lago Superior. En 1679, los ojibwas ocuparon este poblado, después de haber llegado a un acuerdo con los dakotas

—que cazaban y cultivaban maíz al oeste del lago— para que les dieran acceso a sus territorios de caza a cambio de mercancías que habían obtenido de los franceses. Hacia 1736 Chequamegon, que producía maíz y otras cosechas, alcanzó una población de entre 750 y 1 000 habitantes; en esa fecha el acuerdo fue desconocido y estalló una violenta guerra entre los anteriores miembros del tratado.

El "Midewiwin"

Este proceso de fusión y alianza entre grupos que anteriormente habían tenido identidades locales separadas tuvo repercusiones ideológicas importantes. La Fiesta de los Muertos, que había sido el rito principal de intercambios y alianzas, fue sustituida por nuevas formas religiosas, de las cuales, la más conocida es el *Midewiwin*; este culto se originó probablemente en Chequamegon alrededor del año 1680. Con la Fiesta de los Muertos se había celebrado la identidad del grupo local y la sucesión a la jefatura local, todo ello al mismo tiempo que fortalecía alianzas e intercambios entre grupos locales similares. En contraste, el *Midewiwin* estaba dirigido más bien hacia el individuo y hacia su integración en una asociación jerárquica que iba más allá de lo local y del linaje del grupo.

En la ceremonia del *Midewiwin*, el poder individual ganado por medio del contacto directo con lo sobrenatural se transfería por medio de una concha blanca o *megis*. Todos los miembros de las viviendas *Mide* tenían una bolsa "medicinal" de artefactos religiosos entre los que figuraba esa concha. A las personas se les iniciaba mediante "disparos" de "rayos" emanados de estas conchas. Las *megis* eran depósitos de poderes sobrenaturales y reproducían dentro de cada vivienda el poder de la asociación vista como un todo. Al mismo tiempo, el mito básico de la asociación decía que se había formado antes que cualesquier emblemas o tótems de ascendencia del grupo y que por ello tenía prioridad sobre cualquier grupo particular de linaje. La asociación en sí estaba graduada, y sus miembros avanzaban de los grados inferiores a los superiores y de niveles inferiores a superiores de saber sagrado recompensando a los funcionarios correspondientes.

Así pues, la riqueza era un requisito para ascender dentro de la asociación; el liderazgo adscrito era menos importante que el desempeño en la guerra y en el comercio de pieles. Además, el alcance de la sociedad era translocal. Los líderes y sacerdotes de la asociación eran simultáneamente los portadores de un conocimiento sacro de la más alta

calidad y árbitros de relaciones sociales y jurídicas habidas en el seno de los establecimientos recién formados. También se ocupaban de los tratos con extraños: comerciantes, funcionarios del gobierno y misioneros. Conforme a las normas del comercio de pieles, los símbolos distintivos de los grupos de linaje cedían ante la evolución de una "iglesia" translocal, y proporcionaban un mecanismo para lograr el control social e ideológico de las grandes poblaciones mezcladas que se congregaban durante los meses de invierno.

EXPANSIÓN HACIA EL OESTE

Hacia el último tercio del siglo xvii, las pieles norteamericanas llegaban a Europa principalmente a través de dos rutas fluviales, una del San Lorenzo y otra del Hudson. Así las cosas, en 1668 se abrió una nueva ruta comercial, esta vez muy al norte, cuando The Governor and Company y Adventurers of England, que comerciaban en la Bahía de Hudson, construyeron un fuerte en el estuario del río Rupert, que desemboca en la Bahía de James. Al fuerte se le acabó llamando Rupert's House y a la empresa la Hudson Bay Company. Vinieron en seguida otros puestos que atrajeron a los crees y a los assiniboinos de habla sioux, que anteriormente habían estado en guerra con los crees pero que ahora se unieron con ellos contra su propia parentela, los yanktonais. Como principal atractivo, la Hudson Bay Company ofrecía armas, de las cuales se intercambiaron más de 400 cada año entre 1689 y 1694 (Ray, 1974: 13). Aunque muchas de las armas resultaban inútiles cuando se descomponían, su posesión daba a los crees y a los assiniboinos una clara ventaja sobre sus competidores, que eran los sioux dakotas por el sur, los gros ventres y los blackfoots por el suroeste y los de lengua atabasca por el norte.

Los franceses, que ahora temían que los cercaran por la Bahía de Hudson así como desde Nueva York y Nueva Inglaterra, iniciaron una guerra feroz por la posesión de los fuertes situados a lo largo de la bahía; además procuraron enfrentar a los dakotas contra las factorías inglesas. Sin embargo, conforme al Tratado de Utrecht, la bahía quedaba en manos inglesas, en tanto que los crees y los assiniboinos equipados con armas inglesas aumentaron su presión sobre los dakotas. Por su parte, los franceses empezaron a llevar hacia el oeste sus factorías y misiones, y también a entrar en contacto directo con poblaciones americanas nativas en nuevos territorios de caza y a contrarrestar el avance de la Hudson Company desde el norte así como el movimiento de co-

merciantes provenientes de la colonia de Louisiana por el sur. En este punto, sólo consiguieron despertar las sospechas de los ojibwas haciéndoles temer que estaban a punto de perder su papel de intermediarios a manos de los dakotas. Fue así como los ojibwas, inclusive los procedentes de Chequamegon, se unieron con los assiniboinés y los crees en una guerra sangrienta contra los dakotas, que los expulsó de sus territorios en Minnesota y en el norte de Wisconsin. Por su parte los crees y los assiniboinés se desbordaron en territorio atabasca hasta el río Churchill; se detuvieron cuando la apertura del Fuerte Churchill en 1717 dio a los atabascas acceso a armas de fuego propias.

Los conflictos entre los dakotas y los ojibwas, crees y assiniboinés no fueron simples disputas entre poblaciones americanas nativas, sino una manifestación norteamericana del conflicto general entre Francia e Inglaterra. En la India, la Compañía Francesa de las Indias Orientales y la Compañía Inglesa de las Indias Orientales libraron una guerra no declarada, hasta el estallido en 1756 de la Guerra de los Siete Años (conocida en Estados Unidos como la Guerra Francesa e India) que trajo un enfrentamiento abierto entre los dos Estados y sus aliados. Conforme al Tratado de Utrecht, Inglaterra había conservado la Bahía de Hudson, pero en el intervalo entre 1713 y 1756 los franceses reforzaron su posición consolidando alianzas con grupos nativos, fundando Nueva Orleans para abrir el río Misisipí a la navegación marítima y constituyendo Fort Duquesne en Pittsburgh para consolidar su control sobre Ohio. En 1755 los ingleses intentaron tomar el fuerte pero fallaron miserablemente. A lo largo de los siete años de la guerra, los ingleses derrotaron decisivamente a los franceses en tres continentes. En la India, Clive venció a los franceses y sus aliados en Plassey en 1757. El año siguiente los ingleses tomaron Fort Duquesne, y lo rebautizaron como Fort Pitt en honor del primer ministro inglés. En 1759 la armada inglesa inutilizó a la francesa frente a las costas de Francia. En 1760 los ingleses tomaron la ciudad de Quebec. En el Tratado de 1763 Francia cedió Canadá a Inglaterra y la región del Alto Missouri a España.

Cambios en el comercio de pieles

En el curso de la segunda mitad del siglo XVIII el comercio de pieles se propagó hasta la cuenca del Saskatchewan, lo cual produjo una serie de cambios escalonados: hubo un cambio en la logística de comercio en sí, que produjo como consecuencia cambios en la estructura interna de los grupos americanos nativos que participaban en el comercio, y cam-

bios en las relaciones entre comerciantes y tramperos. Anteriormente, las rutas del comercio de pieles habían seguido los cauces naturales de penetración que partían de la costa oriental, seguían los ríos, luego unas cadenas de lagos hasta llegar a los mares interiores. Las principales factorías y fuertes interiores se habían construido al inicio de estas rutas marítimas o fluviales. Ahora se estaban haciendo esfuerzos por trazar rutas terrestres más allá del partecaguas entre el Atlántico y el Pacífico. Estos empeños también dejaron atrás las bases de aprovisionamiento del bajo San Lorenzo y los terrenos de pesca y los litorales productores de maíz de los Grandes Lagos, para entrar en una región que requería nuevas fuentes de transporte.

Junto con estas nuevas exigencias ecológicas se produjeron cambios organizacionales en el comercio. Hasta mediados del siglo XVIII, las compañías comerciales se habían atendido a la ayuda de los intermediarios americanos nativos para la consecución de pieles. Sin embargo, esta cooperación sólo satisfacía parcialmente las necesidades de las compañías, pues como los grupos intermediarios eran autónomos, las compañías tenían únicamente control marginal sobre sus relaciones sociales y políticas, inclusive sobre sus alianzas y conflictos. Por eso las compañías procuraron prescindir de los intermediarios e ir directamente al "productor" primario, es decir a los cazadores y recolectores de pieles. Por esta razón los comerciantes penetraron más y más directamente en el interior del continente para aprovechar el abasto de pieles en su fuente.

La revuelta de Pontiac

Estos cambios en el comercio, que coincidieron con la guerra franco-inglesa, provocaron un gran alzamiento entre los nativos americanos, la revuelta de Pontiac de 1763. Pontiac fue un ottawa que era miembro de un destacado grupo de intermediarios que operaban en los Grandes Lagos. Hacia 1750, los ottawas dependían ya en gran medida de los comerciantes europeos para seguir desempeñando el papel de intermediarios y para proveerse de manufacturas europeas. Al mismo tiempo, la penetración directa del interior por parte de los comerciantes europeos de pieles amenazaba su posición privilegiada. Cada vez se veía con más claridad que los europeos se quedarían ahí para siempre, no como huéspedes de los americanos nativos sino como residentes permanentes dispuestos a quedarse con todo. Esta dependencia "doblemente vinculadora" con relación a los mismísimos agentes que minaban simultáneamente sus posibilidades de supervivencia produjo entre las poblaciones

americanas nativas de los bosques orientales fuertes corrientes de resistencia ideológica. Los profetas predicaron la reforma moral, a la vez que hacían llamamientos para expulsar a los amenazadores colonos. La revuelta de Pontiac fue tanto una respuesta mística al mensaje del Amo de la Vida como una respuesta militar a la decisión de los ingleses de que en lo sucesivo los ottawas se "sostuvieran a sí y a sus familias merced a un 'industrioso género de vida' sin ninguna otra ayuda" (Jacobs, 1972:81; véase también Peckham, 1970; Wallace, 1970:120-121). A la revuelta se unieron shawnees, ojibwas, hurones, miamis, potawatomis y senecas. Después de éxitos iniciales, el movimiento se desplomó pues los rebeldes no pudieron tomar los grandes fortines ingleses de Detroit, Niágara y Pittsburgh. Con pocas armas y municiones, y abandonados por los franceses que en ese año firmaron una paz separada con Inglaterra, los rebeldes cayeron víctimas de disensiones internas.

Atabascos del Noroeste

Al mismo tiempo que grupos de intermediarios eran excluidos de su función estratégica en el comercio de pieles, entraban directamente en dicho comercio nuevas poblaciones que vivían al oeste de la Bahía de Hudson. Los comerciantes de pieles entraron en contacto con los chipeweyanes de habla atabasca entre el Fuerte Churchill y los lagos Atabasca y de los Esclavos. Bandas chipeweyanes, que ahora tenían armas de fuego, empezaron a hostilizar poblaciones de la región del Lago Atabasca y del río de los Esclavos y a exigir pieles a los yellowknives y a los dogribs. Hubo también fricciones entre los chipeweyanes y los crees de las tierras boscosas situadas al sur y al este; los crees, que en otro tiempo habían sido intermediarios, estaban perdiendo esa posición. Algunas bandas de crees y assiniboinés se desplazaron gradualmente hacia la zona limítrofe entre el bosque subártico y la pradera, y allí empezaron a cazar bisontes. Después de 1730 se hicieron de caballos y se convirtieron en pastores de caballos plenamente especializados.

Los comerciantes de pieles trataron de llevar el comercio a los tramperos, en vez de hacer que los tramperos llevaran el comercio a ellos. Las exigencias de la caza del caribú y de la pesca se contrapunteaban con el atrapamiento de castores. Por consiguiente, los comerciantes de pieles se esforzaron por convertir a los "comedores de caribúes" en "porteadores" (esta distinción la hicieron los chipeweyanes), a cuyo efecto adelantaron alimentos, armas de fuego y municiones, trampas, telas, mantas, licor y tabaco tanto a los "jefes" como a los indios individuales.

A lo largo del siglo XVIII, estos anticipos de productos alimenticios tales como harina, lardo y té produjeron una declinación en las actividades autónomas de cacería de las poblaciones tramperas. Conforme la gente se atenía cada vez menos a la caza del caribú y a la pesca en grupos, perdía su función "el gran hombre a quien seguimos todos", que organizaba las grandes bandas de cazadores de caribúes. Ahora los comerciantes de pieles contrataban cazadores para que proveyeran de carne a sus fuertes o para que negociaran con "jefes comerciantes", que se hicieron de alguna influencia sobre sus seguidores consiguiendo anticipos de equipo de caza y de artículos básicos en las factorías. Algunos grupos basados en el parentesco empezaron a cazar y a comerciar por cuenta propia, especialmente cuando la competencia por las pieles multiplicó el número de jefes deseosos de aliarse con ellos y los conflictos entre tales jefes. Fue así como la relación de comerciante y trampero favoreció la formación de pequeñas bandas basadas en pares intervenculados situados por encima de los grandes agregados de caza de los primeros tiempos.

Nuevas compañías

En 1797 la Hudson Bay Company se halló frente a un nuevo competidor, la Northwest Company, que era de comerciantes de pieles desplazados procedentes de Albany que habían permanecido fieles a la Corona británica a lo largo de la Guerra de Independencia de Estados Unidos. Se fundó en la pericia adquirida por los comerciantes franceses de pieles y empleó casi únicamente viajeros franco-canadienses y veteranos escoceses que habían peleado con los ingleses durante su conquista de Canadá o contra los norteamericanos. La nueva compañía promovió con gran vigor la exploración y el comercio en los lagos y portazgos hasta las Montañas Rocosas y más allá. Con frecuencia sus hombres eran los primeros europeos en pisar los nuevos territorios del noroeste.

Tal expansión hacia el oeste de estas dos compañías canadienses aguijoneó a los norteamericanos que querían asegurar el control del continente a favor de su recién formada república. En 1803, los Estados Unidos adquirieron el Territorio de la Louisiana, y entre 1804 y 1806 Lewis y Clark exploraron el Oeste en nombre del Congreso de Estados Unidos. En 1808 John Jacob Astor constituyó la American Fur Company, con la aprobación tácita del presidente Jefferson, y en 1811 la compañía estableció el Fuerte Astoria en la desembocadura del río Columbia. Aunque Astoria se rindió a los ingleses dos años después, la American Fur Company pudo desplazar a las antiguas compañías fran-

cesas que operaban desde San Luis y competir venturosamente con las compañías canadienses hasta 1842, año en que quebró.

Pastores de caballos en las Llanuras

En los territorios situados al oeste de los Grandes Lagos, los comerciantes de pieles se atenían cada vez más para su abasto de comida a la carne que les proporcionaban los jinetes cazadores de búfalos de las Llanuras. El desarrollo del pastoreo a caballo en esta región fue un acontecimiento histórico, posterior a la introducción del caballo por los españoles en 1519 durante la conquista de México. Los primeros americanos nativos que montaron caballos fueron los chichimecas, recolectores de alimento de las fronteras septentrionales de la Nueva España, que los capturaron o robaron de los puestos avanzados españoles. A partir de entonces diversas poblaciones consiguieron caballos con los que atacaron vecinos más débiles que vendían como esclavos a franceses y españoles.

Hacia 1630 los chichimecas vendieron caballos a los apaches; a su vez los apaches se los dieron a utes y comanches alrededor de 1700. Los shoshones orientales del este de Wyoming y Montana, incluyendo a los snakes, cabalgaron en el primer tercio del siglo XVIII; los snakes pronto se convirtieron en los principales traficantes de caballos y en los mejores apesadores de esclavos de las praderas del norte. Por su parte, los shoshones dieron caballos a los blackfoots. Otra ruta en la difusión del caballo llegó hasta el noreste. Los comanches los proporcionaron a los kiowas hacia 1730; es probable que los kiowas hayan sido la principal fuente de caballos de los pawnes, arikaras, hidatsas y mandanos.

El caballo daba una mayor capacidad militar y también mejores rendimientos en la caza del búfalo y en el transporte de utensilios y abastecimientos. A su vez, una mayor movilidad permitía una participación también mayor en las crecientes redes comerciales; el comercio pronto brindó acceso a un nuevo recurso militar, el arma de fuego.

Los dakotas fueron los primeros nativos americanos que aunaron el caballo con el uso del arma de fuego; ya vimos que hasta los años 1730 los dakotas habían sido horticultores y cazadores pedestres en las boscosidades y praderas situadas al oeste del Lago Superior; en este año hicieron frente al avance de los crees, assiniboinés y ojibwas a quienes proporcionaba armas de fuego la Hudson Bay Company. Por su parte los franceses, en su afán de detener a los aliados de los ingleses, daban armas a los dakotas; todavía a pie, usaron estas armas para rechazar

ataques provenientes del norte, para desalojar otros pueblos (por ejemplo los cheyenes), y para saquear aldeas hortícolas a lo largo del río Missouri y hacerse de esclavos que vendían a los europeos. Sin embargo, los aldeanos a quienes los kiowas habían vendido caballos, echaron la caballería sobre los dakotas, aunque éstos finalmente se hicieron de caballos con los arikaras, alrededor de 1750. Hacia 1775 los dakotas, jinetes y pistoleros, señorearon las llanuras nororientales. Establecieron relaciones directas en San Luis con comerciantes europeos, merced a lo cual hicieron a un lado a los mandanos que habían monopolizado gran parte del comercio entre las Llanuras y las poblaciones ribereñas del Misisipi. Los dakotas derrotaron a los cheyenes, aislaron a los kiowas de los arikaras, e interrumpieron contactos entre los crows y los mandanos.

En las llanuras noroccidentales cupo un papel similar a los blackfoots. Recolectores de alimentos que habían sido expulsados de su antiguo hábitat al oeste de la Bahía del Hudson por el avance de los crees y assiniboinés, los blackfoots consiguieron caballos hacia 1730 y armas de fuego en la segunda mitad del siglo XVIII. Pronto estuvieron en condiciones de arrollar a sus principales competidores, los snakes, así como los kutenais y los flatheads, ninguno de los cuales tenía acceso a armas de fuego.

La llegada del caballo no sólo alteró pautas militares y acrecentó la movilidad; también permitió un acceso más eficaz a los búfalos, los que ahora podían ser cazados en grandes números en los alrededores de las tierras tribales. Este atractivo de una nueva vida hizo que muchas poblaciones se dedicaran íntegramente a la caza de búfalos; los horticultores marginales abandonaron sus campos; algunos ejemplos son los gros ventres, los dakotas, los cheyenes y los arapahos; en otras ocasiones se escindieron grupos de las poblaciones hortícolas, como en el caso de los crows, que fueron una rama de los hidatsas.

Inclusive las aldeas permanentemente hortícolas de los mandanos, arikaras, hidatsas y pawnes situadas a lo largo de los ríos Missouri y Platte sintieron el impacto de estas nuevas oportunidades. Estos grandes poblados tenían como base el cultivo del maíz llevado a cabo por mujeres en terrenos controlados matrilinealmente. Los hombres iban a la guerra y cazaban, aunque el ritual de la jardinería y de la horticultura dominaba el ciclo anual que incluía una cacería anual de bisontes. Los matrilineajes estaban estratificados en familias de élite y comunes. De un linaje salía el jefe de la aldea, de otro el jefe del ceremonial. El jefe de la aldea mantenía el orden dentro del poblado y controlaba la guerra; el del ceremonial, junto con otros miembros de la élite, se ocupaba de los haces sagrados de los matrilineajes guardándolos en un sitio que ocupaba un lugar central en cada poblado. La élite sacaba excedentes de la muy

productiva horticultura; también recibía regalos ofrecidos durante las ceremonias, cuotas pagadas por entrar en las asociaciones graduadas jerárquicamente de los hombres, y bienes provenientes de los recolectores de comida que los entregaban a cambio de productos hortícolas. La riqueza así obtenida se redistribuía conforme a las situaciones relativas diferentes de los recipientes. Al parecer la configuración general se basó en el modo ordenado por el parentesco. Aunque las prestaciones se basaban en el parentesco y en la participación ceremonial es posible que se les estuvieran pegando características tributarias, a medida que la élite empezaba a usar el maíz excedente para participar en intercambios más amplios con los assiniboinés (que comerciaban con armas de fuego y manufacturas que les había dado la Hudson Bay Company) y con comerciantes europeos.

Las nuevas oportunidades que la caza del bisonte ofrecía a la empresa individual tuvieron como efecto poner en tela de juicio el control de la élite sobre la guerra, la actividad asociacional y la adquisición de poderes sobrenaturales. A medida que los guerreros jóvenes o "muchachos" buscaban cazar, comerciar o hacer la guerra en sus propios términos, empezaron a desafiar la autoridad de los líderes de su poblado. Así, cuando los miembros de la Young Dog Society entre los pawnes robaron carne sagrada mientras patrullaban el poblado, justificaron su acto diciendo que habían estado en el oeste en un lugar donde la gente compartía sus cosas (Holder, 1970:133). Entre los arikaras, "los jóvenes malos" que se pusieron del lado de los sioux tuvieron que ser expulsados (Holder, 1970:129).

Pero lo más importante fue que esta mayor habilidad para cazar búfalos les dio un artículo nuevo e importante para comerciar con los europeos. Cuando en la segunda mitad del siglo XVIII el comercio de pieles llegó a la cuenca del Mackenzie, los comerciantes en pieles descubrieron que ahora podían tener una nueva fuente de comida entre los pastores de caballos. Era el *pemmican* —carne de bisonte rebanada, secada al sol o sobre el fuego, machacada con un mazo, mezclada con grasa, tuétano y con una pasta hecha de una variedad de cerezas astringentes. La mezcla se empacaba en sacos de cuero que pesaban unos 40 kilos. Se ha calculado que los viajeros dedicados al comercio de pieles requerían un promedio de 700 gramos de pemmican al día; esto quiere decir que cada saco servía para alimentar a cualquier viajero durante 60 días (Merriman, 1926:5, 7). En 1813 la Northwest Company necesitó unas 25 toneladas de pemmican, 644 sacos, para abastecer a sus 219 canoas (Ray, 1974:130, 132). Los nómadas de las Llanuras llegaron a ser los principales proveedores de pemmican para los puestos de Woodland, Ba-



Mujer nez percé preparando pemmican. Fotografía de William Henry Jackson, 1871. (Institución Smithsonian. National Anthropological Archives).

rrren Grounds, y de los ríos Churchill, Columbia y Fraser. También empezaron a darles caballos muy necesarios para el transporte en el norte, más arriba del anclaje de canoas de Fort Edmonton. Los búfalos daban además otras cosas. Gracias a ellos se estableció un comercio activo con San Luis, de lenguas y sebo de búfalo, además de que a medida que a partir del primer cuarto del siglo XIX declinaba la importancia de los castores, aumentaba el número de piezas de vestir hechas de piel de búfalo. Entre 1841 y 1870, tan sólo en Fort Benton, en el territorio de los blackfoots, se juntaron 20 000 prendas de esta ropa (Lewis, 1942:29).

Así pues, la combinación de caballo y arma de fuego en el contexto de las crecientes relaciones de comercio, fue el escenario del surgimiento de la configuración del indio de las Llanuras en el curso de unos cuantos años. Esta configuración fue adoptada de inmediato por cultivadores y cazadores-y-recolectores pedestres. Además, a pesar de sus diversos orígenes estas diferentes poblaciones acabaron pareciéndose entre sí. Algunas de las razones de esta convergencia se pueden encontrar en el nuevo modo de adaptación ecológica. Los rebaños de bisontes se dispersaban durante el invierno, y en pequeños grupos se refugiaban en las montañas; en la primavera los animales volvían a los pastizales de las llanuras y formaban grandes rebaños durante la temporada de aparcamiento en los meses de julio y agosto. La cacería de los bisontes debía ajustarse a este ritmo. Durante el invierno la gente se dispersaba en pequeñas bandas o grupos familiares y se congregaban nuevamente durante el verano. Los campamentos debían escogerse también para que pudieran satisfacer las necesidades de pastoreo y protección de los caballos.

Otras razones del desarrollo convergente de la cultura de las Llanuras fueron los requerimientos de las grandes bandas, las cuales debían reunirse y mantenerse juntas para la cacería y la recolección, pero sin perder su flexibilidad de adaptación a las cambiantes exigencias estacionales. El gran rodeo anual requería que los grupos dispersos y con frecuencia diferentes se reunieran en un gran círculo común; en respuesta a esta exigencia los pastores de caballos adoptaron formas organizacionales con funciones centrípetas que tomaron de horticultores sedentarios adyacentes, tales como los mandanos y los pawnes. Entre tales formas destacaron las cofradías de varones que servían como lugares para bailar, asociaciones militares y "policía de búfalos" que coordinaban la cacería anual. Otro mecanismo unificador fue el uso de símbolos que enlazaban las diferentes bandas, por ejemplo el haz medicinal de los pawnes, las flechas sagradas de los cheyenes, y la pipa y la rueda sagrada de los arapahos. En este terreno tuvo particular importancia la gran ceremonia anual de la Danza del Sol, cuyos orígenes se remontan a grupos hortíco-

las como los arapahos, cheyenes y dakotas. Elementos particulares de este ritual tienen prototipos o análogos entre los mandanos, arikaras, y pawnes, pero en su adopción por los pastores de caballos se combinaron con la pauta del mérito individual. Esta ceremonia se realizaba generalmente en conjunción con la cacería anual de bisontes. Aunque se centraba en la auto-tortura individual, invocaba una promesa de renovación mundial para todos. Este nuevo ceremonial se propagó desde las Llanuras nororientales a prácticamente todas las poblaciones que se movían en las Llanuras.

Las tierras, privilegios y haces medicinales de los poblados habían sido propiedad de matrilineajes o clanes, pero en las Llanuras las unidades de parentesco corporado se atenuaron o desaparecieron por completo. Se individualizaron la propiedad de los medios de producción, tales como caballos y armas, y también los derechos a los haces medicinales, a canciones, danzas y nombres. La terminología del parentesco se asoció con líneas de ascendencia que cedieron el terreno a un acento bilateral, que subrayaron la filiación entre ambos padres; además, la ampliación de la palabra *hermano* a no parientes fortaleció la unidad igualitaria de los guerreros a expensas de la unidad de las líneas de ascendencia. En las aldeas el liderazgo había sido prerrogativa hereditaria de las casas de la élite que exigían obediencia a toda la población de la aldea. Pero entre los pastores de caballo el liderazgo dependió primordialmente de los logros en la guerra y en el comercio; en estos casos el jefe recibía la mayor parte de su apoyo en su propio grupo y no de la tribu en general; o sea, que si bien es cierto que la configuración de las Llanuras atraía elementos centrípetos de las aldeas hortícolas, también lo es que debilitó vínculos de parentesco y autoridad.

Esta descentralización de la toma de decisiones y la mayor movilidad de los grupos de a caballo en las Llanuras tuvo también sus raíces en los requisitos del comercio en expansión. Para tener más armas y municiones, sartenes y utensilios de metal, tabaco y licor, los pastores de caballos debían disponer de más pemmican y caballos que vender a los comerciantes de pieles. Hubo, pues, una demanda mayor de caballos y un aumento concomitante en la montía y robo de caballos, lo cual acrecentó, a su vez, la necesidad de caballos para la defensa y el ataque. Creció el número de caballos para hacerse de una esposa; esto aumentó la demanda de caballos, pues a más caballos más esposas para preparar pemmican.

A mayor cantidad de pemmican que un hombre pudiera encauzar hacia el comercio, mayor era su capacidad para hacerse de armas y equipo para dotar a un grupo y mayor su capacidad para liberar a sus

parientes varones y dependientes para hacer la guerra. Así pues, los empresarios y jefes más venturosos, aquellos que tenían vínculos con factorías, llegaron también a ser buenos jefes guerreros. El resultado fue una concentración de caballos y de mercancías valiosas en las manos de los ricos y afortunados, que produjo una diferenciación entre los más ricos y los más pobres, entre jefes y sus dependientes. Dado que el logro de posición social requería distribuciones generosas de riquezas, de cuotas de entrada y ascenso en asociaciones, de pagos por haces medicinales y prerrogativas de danza y gastos para conseguir esposa, el tener acceso a caballos y armas significaba tener éxito en relaciones sociales y sobrenaturales. Incluso el desarrollo de relaciones escalonadas en los black-foots, arapahos y gros ventres pudo no deberse a haber pedido prestados elementos de las tribus de aldeas. Esto vino a ocurrir tardíamente, probablemente alrededor de 1830. Las asociaciones proporcionaron "un mecanismo ideal para expresar y canalizar la movilidad vertical que se presentó con el aumento en la riqueza" (Lewis, 1942:42).

Los metis del río Rojo

Los indios de las Llanuras no fueron por mucho tiempo los únicos proveedores de pemmican para el comercio de pieles, ni tampoco su adaptación ecológica fue privativa de los indios. A principios del siglo XIX unos inmigrantes escoceses se establecieron en la región del río Rojo en Manitoba, que casi en seguida recurrieron a la caza para reforzar una agricultura pobre. Con el tiempo se les unieron los llamados metis, que eran una mezcla de europeos y de americanos, muchos de los cuales habían sido desplazados como tramperos e intermediarios para la racionalización del comercio de pieles así como por bandas de crees y ojibwas. Cuando la Northwest Company quiso equipar sus brigadas de saskatchewan y atabascos se dirigió a estos cazadores y tramperos del río Rojo para que le proporcionaran pemmican; esto significa que a lo largo del río Rojo se presentó un ciclo de actividades similares a las de los aldeanos de Missouri. La gente del río Rojo viviría casi todo el año en lugares estables, en cabañas de troncos cercanas a sus fincas; las compañías les adelantarían dinero. En la temporada de celo de los animales vivían en tiendas, siguiendo a los búfalos y acarreado sus presas en carros de dos ejes con capacidad de carga de unos 400 kilos de carne de búfalo. A veces peleaban con los dakotas. Durante una cacería de dos meses (1840), los metis del río Rojo obtuvieron unos 400 000 kilos de carne de búfalo, que vendieron a la compañía para saldar deudas y comprar

mercancías para el hogar; hubo, empero, muchos cazadores en esa misma temporada que tuvieron que salir una segunda y una tercera vez para hacerse de carne suficiente para que sus familias pasaran el invierno. Los metis fueron excluidos de las reservaciones que el gobierno canadiense dio a los grupos nativos americanos y a los mitad nativos afiliados a tales grupos. Manifestaron su descontento con dos grandes rebeliones, una en 1869 y otra en 1885, ambas bajo la dirección de Louis Riehl.

EL LITORAL DEL NOROESTE

En el último cuarto del siglo XVIII se abrió una nueva frontera al comercio de pieles en el Litoral del Noroeste de América del Norte. El *Resolution* y el *Discovery*, naves del capitán Cook, fundearon en 1778 en la sonda de Nootka, donde adquirieron varias pieles de nutrias marinas; las llevaron a vender a China, donde por las mejores les dieron 120 dólares. Se propagó la noticia y ya en 1792 había 21 barcos europeos entregados al empeño de conseguir más pieles de nutrias marinas. El comercio marítimo llegó a su culminación entre 1792 y 1812. Poco después de sus comienzos, los comerciantes de pieles de la Northwest Company llegaron por tierra a la costa, y en 1805 se estableció la primera factoría de pieles al oeste de las Rocosas. Al terminar la Guerra Anglo-Norteamericana de 1812, la Northwest Company tenía ya pleno control sobre la pendiente del Pacífico. No fue sino hasta 1821, año en que la Northwest Company se fusionó con la Hudson Bay Company, cuando dio comienzo el comercio sistemático por tierra. Los fuertes más importantes de la compañía fueron Fort Simpson, construido en 1831 entre los tsimshianos cerca del "gran mercado" en la desembocadura del río Nass, y Fort Rupert, establecido en 1849 entre los kwakiutles.

El comercio de pieles de Siberia

Al entrar los europeos en las aguas del Litoral del Noroeste sus mercantes toparon con los rusos que desde el año 1730 habían empezado a explorar la costa. Ya dijimos que desde el siglo X los rusos habían empezado a buscar pieles; su búsqueda cobró bríos después de sus victorias de mediados del siglo XVI sobre los khanates mongoles-turcos de la Cuenca del Volga. En 1581 un contingente de cosacos a sueldo de la casa comercial de Stroganov cruzó los Urales y destruyó a los khanates de Sibir. Luego, los cosacos siguieron su avance hasta que en 1638 llegaron al

litoral del Pacífico. En 1690 ya había establecimientos permanentes en Kamchatka, amén de que entre 1730 y 1740 se exploraron las Kuriles y las Aleutianas. En 1797 se constituyó una compañía comercial estatal para explorar los recursos que en pieles hubiera en el Lejano Noreste; estableció una base en la isla de Kodiak y fundó colonias hacia el sur, hasta la propia California. En 1839 la Hudson Bay Company rentó la costa de la tierra firme desde el monte Fairweather hasta el canal Portland, a cambio de proporcionar abastecimientos a los fuertes septentrionales rusos. En 1867, mediante una operación de compra, Alaska pasó a manos de Estados Unidos.

En contraste marcado con el comercio norteamericano, que significaba intercambio de bienes básicos por pieles, el comercio ruso de pieles se atuvo principalmente al tributo, es decir, a pagos en pieles hechos como reconocimiento de sometimiento político. Así, cuando conquistaron Siberia, se impuso de inmediato un tributo anual que debía cubrirse con martas y zorros plateados. Boris Godunov, mejor conocido como el zar que impuso la servidumbre a los campesinos rusos, fijó los términos del tributo en pieles en diez martas cebellinas por cada hombre casado, cinco por cada soltero, amén de un 10% de todas las demás pieles cazadas. La palabra rusa para comercio de pieles era *iasak*, palabra común a mongoles y turcos que significa "regular" o "fijar" (Grousset, 1970:586, n. 106), que es un legado de la estatificación mongólica. La expansión en Siberia corrió al parejo que la imposición de tributos en pieles. El mapa etnográfico (*Remezoff Atlas*) hecho en 1673 para Pedro el Grande muestra la distribución del *iasak* en relación con establecimientos y grupos sociales (Baddeley, 1919. I: cxxxvi). Al principio los comandantes militares estaban a cargo de la recolección de las pieles; luego esta tarea se asignó a "hombres juramentados" a los que no se les pagaba pero que tenían permiso de destilar alcohol y tener tabernas, además de que con frecuencia recibían pieles a cambio de bebidas. Allí muy al principio, los comerciantes privados desempeñaban un papel muy restringido, pero en el siglo xviii cobraron importancia, pues empezaron a llevar pieles a China, de donde traían té, sedas, telas y ruibarbo. En estas empresas, los comerciantes contaron con el apoyo de los clanes y jefes tribales de los buriats, tungusés y yakuts, a quienes los rusos atrajeron volviéndolos nobles hereditarios. Se les dieron títulos y privilegios rusos, y después de los años 1760, el derecho a cobrar el *iasak* (Watrous, 1966: 75).

Sin embargo, al igual que en la América del Norte, el aumento de la caza para satisfacer los requerimientos del *iasak* llevó al borde de la extinción a los animales de piel. En el siglo xv las cebellinas habían mero-

deado tan al oeste como Finlandia; hacia 1674 se habían circunscrito a Siberia y para 1750 al sureste de Siberia. En el siglo xviii el interés del comercio pasó de las cebellinas a la nutria marina, apreciadísima en China, sobre todo entre los nobles manchúes. La expansión rusa hacia el norte del Pacífico fue inducida por la búsqueda de nutrias marinas.

La propagación del comercio ruso en la órbita del Pacífico requirió un enorme esfuerzo logístico. Irkutsk era el centro del comercio; las mercaderías debían llevarse desde Yeniseisk, muy al oeste. Los yakuts locales fueron obligados no nada más a dar ganado sino también caballos para llevar el grano al litoral y a las penínsulas. Se juntaban muchos caballos con sus guías yakuts bajo el mando de jefes (*toiones*) que actuaban como armadores; los yakuts estaban sujetos a requisa. Los animales pequeños pero recios que usaban eran los famosos caballos "ictiófagos" del Yakut; comían pescado fresco, además de pasto, cortezas y ramitas de sauces (Gibson, 1969:191). En invierno, el transporte se hacía mediante perros; la pesca debía intensificarse para conseguir el gran número de peces necesarios para alimentar a los seis perros que necesitaba cada uno de los hombres.

Los rusos, además de atenerse a la población local para conseguir pescado, necesitaban ser buenos marinos para cazar nutrias. Primeramente emplearon kamchadales, si bien en Kamchatka se cazaba la nutria marina desde 1750. En ese decenio los comerciantes rusos se desplazaron a las Aleutianas, e impusieron a los aleutas servicio obligatorio en la caza de la nutria; la población aleuta cayó a la vigésima parte de sus números originales en sólo 70 años; hacia 1789 la nutria marina se volvió muy rara en las Aleutianas. A partir de este año casi todo el comercio de la nutria de mar se pasó al Litoral del Noroeste de América del Norte; estuvo casi por completo en manos de naves inglesas y norteamericanas con base en Boston; casi no participaron los rusos en él.

Poblaciones del Litoral del Noroeste

Al llegar a la costa, los europeos penetraron en un medio muy diferente del de la América septentrional. El clima es templado; aire tibio y húmedo proveniente de la Corriente de Japón se eleva y condensa como lluvia y niebla sobre las serranías del litoral. Copiosa precipitación pluvial da vida a tupidos bosques de coníferas —abetos, piceas, cedros, tejos y pinos gigantes. Los habitantes del Litoral del Noroeste fueron primordialmente pescadores, que dependían en gran medida del salmón y del arenque del mar, a los que cogían en sus migraciones anuales río arriba cuando los

animales iban en busca de aguas dulces y frías propias para su desove. La cosecha se completaba pescando en aguas costeras, cazando aves silvestres y recogiendo crustáceos y raíces comestibles. Un grupo, los nootkas, se especializó en la pesca de ballenas; en la costa abundaba la comida, si bien periodos de mal tiempo y fluctuaciones anuales en el desove de los peces ocasionaban escaseces.

El primer encuentro de que se tiene memoria entre navegantes europeos y habitantes de la costa, tuvo lugar en 1774, año en que la nave española *Santiago* comerció con un grupo de haidas a los que dio ropa, cuentas y cuchillos a cambio de pieles de nutria, mantas y cajas de madera tallada y otros artículos. Cuatro años después, las naves del capitán Cook echaron anclas y comerciaron pieles de nutria marina en la Sonda de Nootka.

Los recién llegados se dieron cuenta en seguida de que estaban tratando con socios comerciales tan astutos y calculadores como los que habían conocido en sus viajes. Lo cierto es que se hallaban en un territorio de amplio comercio nativo; como los recursos del Litoral del Noroeste eran con frecuencia locales, desde hacía mucho había habido comercio entre isleños y la tierra firme así como entre poblaciones costeras y del interior. Así, sólo en lugares limitados había peces olachen, por ejemplo, en el Nass y en otros ríos y abras a lo largo de la Sonda de la Reina Carlota; desde muy lejos venía gente a comerciar el aceite de olachen, que estaba monopolizado por grupos con derechos sobre los territorios de pesca. La caza de animales terrestres fue de importancia particular para las comunidades situadas río arriba. Los tlingits —del norte— tejían las mantas chilkats con lana de cabras monteses y corteza de cedro, pero como no había cedros en su hábitat, debían recibir la corteza y el cedro del sur. De la región del Río Copper se llevaba el cobre a los chilkats, los cuales a su vez lo llevaban al sur. Haidas y nootkas fueron famosos por la calidad de sus canoas; y las ropas, hechas de corteza de cedro amarillo por los nootkas y los kwakiutles, así como las hechas por los salishes de lana de cabra montés, de pelo de perro y de plumas del pecho de aves silvestres se comerciaban a lo largo de toda la costa. Los isleños daban a los del interior venado seco, aceite de foca, pescado seco, mariscos, jades para hacer utensilios, corteza de cedro, cestas de corteza de cedro, madera de cedro para hacer artefactos ceremoniales y madera de tejo para hacer arcos y cajas de almacenaje. Por su parte, los del interior daban a los isleños cueros y pieles, telas y ropa, olachen y aceite de olachen, arándanos, cucharas de cuerno, cestas de raíces de abeto y mantas chilkats.

Aunque los viajes comerciales de los nativos no entrañaban internarse

en el mar abierto sino no separarse de la costa, a veces cubrían grandes distancias. Los grupos tlingites viajaban casi 500 kilómetros para comerciar con los haidas o los tsinsianos. Los de la tierra firme también comerciaban con hablantes de atabasco del interior, llevándoles cestas de corteza de cedro, aceite de pescado, hierro y adornos de concha, y regresando a sus tierras con cueros, mocasines, correas y cobre de placer (Drucker, 1963; Oberg, 1973:107-108). Una población situada a lo largo del bajo río Columbia, los chinooks, tuvieron un papel importante como intermediarios en el comercio entre la costa y el interior. Comerciaban con esclavos desde California hasta el Columbia y luego hasta el litoral (véase French, 1961:363-364), cambiándolos por canoas nootkas y conchas de dentaliums. Su idioma, que contenía características chinooks y nootkas y palabras inglesas, acabó siendo la "jerga" chinook, el lenguaje comercial del Litoral del Noroeste.

Lo que los europeos buscaban, sobre todo en la costa, eran pieles de nutrias marinas. Entre 1785 y 1825 hay datos de que unos 330 barcos visitaron la costa; unos dos tercios comerciaron en dos o más temporadas (Fisher, 1977:13). Al principio, las pieles de nutria marina se obtenían a cambio de hierro y otros metales; después, a cambio de ropa, de telas y mantas; y más tarde, de ron, tabaco, melaza y mosquetes. Los comerciantes americanos nativos eran casi siempre "jefes" que se valían de sus seguidores y de sus contactos personales para entregar las pieles de nutrias; su poder creció al mismo tiempo que se desarrollaba el comercio.

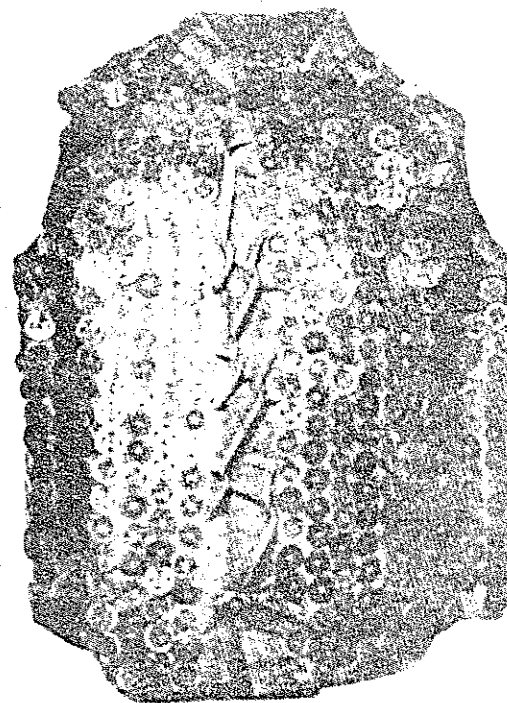
Estos jefes ocupaban las posiciones cimeras en las unidades de parentesco de la región. Entre las poblaciones situadas al norte del canal Douglas —tlingits, haidas y tsinsianos— la unidad básica eran matrilineajes; al sur del canal, sobre todo entre los nootkas y los kwakiutles, las unidades eran familias o "casas" extendidas ambilateralmente. Cada linaje o grupo de casas formaba una agrupación local que sostenía derechos, como cuerpo, sobre recursos tales como terrenos de pesca, territorios de caza, campos de conchas y mariscos y parcelas de bayas, además de que poseían prerrogativas ceremoniales. Los derechos al manejo de estos recursos correspondían a ciertas posiciones, cuyos ocupantes eran jefes; los españoles los llamaron *tais* y en jerga chinook se les llamó *tyees*. Por ser los organizadores de los recursos del grupo estos jefes fueron también los agentes principales del comercio de pieles. El más conocido entre ellos es el jefe nootka que ostentaba el título de Maquinna, con quien se tuvo el primer contacto en 1791. Controlaba una red comercial de poblaciones que vivían en la costa oriental de la isla de Vancouver; pronto fue reconocido como el principal comerciante de la región. En 1803 ya era lo suficientemente rico como para ofrecer en un solo lote 200 mosquetes,

cerca de 200 metros de tela, 100 camisas, 100 espejos y siete barriles de pólvora (Jewitt, 1815, citado en Fisher, 1977:18). Hubo otros jefes así, que no sólo dedicaron su gente a la intensificación de la caza de nutrias, sino que metieron en sus redes comerciales a otros pueblos, cuyas pieles reexportaban.

Entrar al comercio de pieles debe de haber parecido muy atractivo a estos hombres, porque les ofrecía un medio inmediato de acrecentar la escala de los recursos a su disposición. Como ha dicho Joyce Wike (1957:309), "En la mayoría de los sectores los recursos más accesibles de importancia o valor, parecen estar ya apropiados o divididos a tal grado que para que un grupo crezca deberá hacerlo a expensas de los demás". La disponibilidad creciente de armas europeas indujo una intensificación de la guerra tanto para adquirir territorio como para hacerse de esclavos. Al mismo tiempo, los jefes locales deben de haber visto al nuevo comercio como un medio de mejorar su posición dentro de sus sociedades. Puesto que la ocupación de un cargo no era un pase automático sino que requería el destinar recursos a actos públicos, la participación en el comercio de pieles prometía ensanchar las riquezas en que se fundaba su posición relativa.

Donde la gente se agrupaba en matrilineajes, cada uno de estos grupos compartía una genealogía común y un conjunto de títulos ceremoniales. El ocupante del cargo debía provenir de la línea principal de ascendencia, si bien la regla sólo determinaba los elegibles, no el heredero real. La elección del sucesor dependía de la aptitud del individuo para validar la herencia por medio de obsequios que se ofrecían a invitados escogidos entre linajes afines reales o potenciales. A estos obsequios se les llamaba *potlatches*, de una palabra chinook que significaba "dar". El ascender a cualquier cargo exigía alguna forma de obsequiar a las personas apropiadas, pero entre los pueblos del norte, el potlatch estratégico era el que anunciaba la sucesión a la jefatura (esta función recuerda la Fiesta de los Muertos de los hurones y de los algonquinos de los Grandes Lagos). Como consecuencia del comercio de pieles creció mucho el alcance de estos obsequios. Antes de la llegada de los europeos, se daban más bien ropas de pieles y comida. Una vez implantado el comercio de pieles los obsequios abarcaban toda la gama de mercancías europeas importadas así como productos alimenticios y artesanales conseguidos mediante el comercio.

Entre los grupos meridionales, las "casas" ambilaterales extensas se jerarquizaban unas con respecto a otras, pero los pretendientes a un rango alto debían presentar un "conjunto" de títulos tanto por el lado paterno como por el materno. Por consiguiente, la senda hacia el éxito entre



Coraza de piel de morsa adornada con monedas chinas. Tlingit. (Fotografía cortesía del Museo del Indio Americano, Fundación Heye)

estos pueblos no era la herencia siguiendo la línea principal de ascendencia, sino la acumulación bilateral de títulos siguiendo varios ritos de aceptación, el más significativo de los cuales era el matrimonio. Cada rito de aceptación iba acompañado por un obsequio; en el matrimonio los potlatches desempeñaban un papel determinante en el establecimiento del conjunto de títulos de un aspirante al puesto de jefe.

Desde luego, los miembros de un matrilineaje o de una casa extendida ambilateralmente estaban ligados por parentesco, pero estaban divididos por el rango. En el norte, los descendientes de la línea "senior", y en el sur, los pretendientes "bien nacidos", formaban un estrato distintivo de "nobles" que se diferenciaban por la ropa, el comportamiento y prerrogativas rituales, del estrato de los "comuneros". La nobleza del norte reforzaba su posición especial mediante matrimonios entre primos, con lo que mantenía la pureza del linaje y la riqueza potlatch dentro de líneas circunscritas. En el sur, donde el ascenso en la posición y los obse-

quios potlatches eran más abiertos —en teoría— sucedía que los títulos estratégicos eran acaparados por cada generación de titulares en beneficio de sus descendientes inmediatos. Poseer títulos tenía sus ventajas: la nobleza recibía entre un quinto y la mitad de los alimentos producidos por los comuneros (Ruyle, 1973:615). De entre los nobles salían los administradores de los recursos del linaje, los líderes guerreros, los empresarios comerciales y los organizadores de los intercambios ceremoniales, y recibían todos los requisitos que correspondían a tales cargos.

Además, la nobleza tenía esclavos y traficaba con ellos. En general eran cautivos de guerra, o si no, hombres y mujeres trocados en la sonda de Puget o el norte de California. Se ha calculado que el porcentaje de esclavos en diferentes grupos de población era de un séptimo a un cuarto del total (Ruyle, 1973: 613-614). Maquinna, el jefe nootka, tuvo casi 50 esclavos, según dice Jewitt (1815), que fue esclavo de Maquinna durante tres años. Roderick Finlayson, empleado de la Hudson Bay Company, decía que en Fort Stikine había dos jefes tlingit cada uno con entre 90 y 100 esclavos, en su mayoría comprados a los haídas (Hays, 1975:45). Los esclavos podían ser rescatados por sus grupos familiares, cosa frecuente cuando los captores vivían cerca o cuando el cautivo era persona importante. Entre los tlingits, durante el primer decenio del siglo XIX, el rescate consistió principalmente en pieles de nutria marina (Langsdorff, 1817, citado en Gunther, 1972:191). Mientras más distante estaba el cautivo de su grupo de origen menos probable era que fuese rescatado.

La esclavitud era hereditaria. Los esclavos eran de sus dueños y no podían abandonarlos; en cambio los comuneros podían irse a formar nuevos establecimientos. Los esclavos podían ser sacrificados o entregados en intercambios de obsequios. También se les podía poner a trabajar, por lo general en trabajos domésticos humildes, pero al crecer el comercio de pieles se les puso a secar y a extender las pieles con objeto de alistarlas para su venta. No sabemos cuánto valían los esclavos cuando llegaron los europeos. Sin embargo, hacia 1840, los jefes tlingits del Fuerte Stikine los vendían a 10 dólares. En el decenio de 1870 los tlingits chilcats rentaban sus esclavos a los blancos por entre 9 y 12 dólares la carga (Hays, 1975:96). En 1931, los viejos informantes de Oberg dijeron que cuando eran jóvenes (presumiblemente en el último cuarto del siglo XIX) un esclavo valía cuatro mantas chilcats o un rifle de retrocarga; entre diez y quince esclavos podían comprar una gran canoa (1973:111-112).

Vemos que los jefes se valían de sus puestos de influencia en el comercio de pieles para acumular riqueza potlatch, aumentar sus conexiones de afinidad mediante matrimonios prometedores, ensanchar sus redes

comerciales y reforzar sus prerrogativas sociales. Algunos usaban el trabajo de sus esclavos para aumentar la producción de objetos de valor. Sin embargo, el despliegue básico del trabajo social en las sociedades del Litoral del Noroeste siguió basándose en el modo ordenado por el parentesco. El jefe ocupaba su posición directriz como ejecutivo de su grupo de parentesco. Las casas aportaban mercancías a cambio de sus prestaciones por razón de sus conexiones de parentesco y por esperar beneficios provenientes de la redistribución. La frecuencia con que "gente sin valor" aparece en relatos etnográficos hace pensar que las contribuciones de los parientes a los jefes, en forma de trabajo o de riqueza potlatch, no siempre era automática. Si el jefe no le parecía, la gente podía separarse y de hecho lo hacía y se establecía en otra parte. Finalmente si un jefe maladministraba los recursos del grupo, era reo de muerte.

A medida que las autoridades civiles de Columbia se entrometían más y más en las guerras nativas, probablemente se acrecentó la función política del potlatch en las rivalidades y en la concertación de alianzas; "contuvieron ríos de sangre con ríos de riqueza". Ciertamente, la creciente utilidad económica de los esclavos disminuyó su sacrificio ceremonial y de paso ayudó al venturoso ascenso de empresarios advenedizos; los jefes, empero, no podían independizarse del sistema potlatch. Si en verdad el potlatch constituía una especie de banco, como sugirió el jefe Maquinna de Nootka en 1896 en una carta al *Daily Colonist* (Hays, 1975:88), consistía en operaciones de relaciones ordenadas conforme al parentesco, no de riqueza o de capital de naturaleza tributaria.

Hacia el decenio de 1830 empezó a escasear la nutria marina y el comercio pasó de los isleños a la tierra firme, cuyos comerciantes tenían interés en establecer y mantener control sobre los abastos de pieles provenientes de las montañas del interior. En Wrangell, los tlingits mandados por el jefe Shakes monopolizaban el comercio con los atabascos en las fuentes del río Stikine. En Taku, los tlingits controlaban el comercio corriente abajo y arriba del río Taku, y en Chilkat, el valle del río Chilkat. Los habitantes de la sonda de Milbanke dominaban las rutas entre el Fuerte McLoughlin y el Chilkat interior. En el Fuerte Simpson de la Hudson Bay Company, los tsinsianos bajo el jefe Legaic monopolizaban el comercio sobre el alto Skeena con los gitskans, que a su vez controlaban el comercio con los sekanis; los bella coolas desempeñaron el mismo papel en relación con los alkatcho carriers. Cuando la Hudson Bay Company estableció el Fuerte Rupert en 1849, los kwakwiltles, que se fueron a vivir allí, controlaron el comercio con otras poblaciones.

En estas relaciones entre grupos costeros y del interior, era común que

los vínculos de parentesco estructuraran la asociación de comercio asimétrico. Por ejemplo, los bella coolas integraron a los alkatcho carriers en su red de socios comerciales, pues aceptaron varones alkatchos como yernos. Estos afines alkatchos se entresacaban de "los cazadores afortunados, los comerciantes astutos y enérgicos y los jugadores con suerte" (Goldman, 1940:344): aquellos que podían dar a sus suegros bella coolas buen número de pieles. A cambio recibían esposas bella coolas nobles así como títulos y nombres destacados del linaje de la esposa. La consecuencia fue que se creó una "aristocracia" alkatcho que se entremezcló con el sistema potlatch de los bella coolas. El "noble" alkatcho más importante de una aldea se convertía en su jefe potlatch y en su agente en potlatches inter-aldeas. Sin embargo, la autoridad real de estos personajes era bastante limitada. La base de subsistencia de los alkatchos era demasiado limitada como para permitir intercambios potlatches de cuantía; "un intercambio ordinario comprendía unas diez mantas" (Goldman, 1940:347). Entre los bella coolas la propiedad se destruía en verdad, pero entre los alkatchos sólo simbólicamente era "arrojada al fuego". El potlatch aumentó la productividad de las familias ampliadas que participaban en él, e hizo que algunos empresarios alkatchos consiguieran pieles con los vecinos carrier y chilcotin, aunque la base productiva restringida acabó por limitar el ascenso del potlatch. Además, los alkatchos no adoptaron el complejo de sociedad secreta llena de requisitos de sus afines más ricos. El no haber adoptado estas formas pudo haberse debido a lo difícil que resultaba costear tales rituales con los humildes recursos de los poblados alkatchos. Al mismo tiempo, los bella coolas miraban estas ceremonias y sus prerrogativas rituales asociadas como formas para impresionar a sus vecinos, que también temían a la hechicería de los bella coolas.

Las poblaciones comerciales dominantes estaban prestas a defender sus monopolios. Así, en 1834, cuando la Hudson Bay Company quiso construir un fuerte sobre el Stikine para interceptar el comercio de pieles de los tlingits con los rusos, los tlingits amenazaron con destruirlo. (Fue construido en 1839 con el consenso de los rusos.) En 1854 los tlingits chilkats enviaron una partida de guerra para que destruyera el Fuerte Selkirk de la Hudson Bay Company situado en el Valle del Yukón, casi 500 kilómetros tierra adentro, porque sentían que estorbaba su comercio.

Este control por la fuerza, de los canales del comercio, beneficiaba a los intermediarios costeros a expensas de los grupos del interior. Todavía en los años 1930 algunos tlingits evocaban con deleite los tiempos en que conseguían fusiles de chispa con los traficantes europeos a cambio de una pila de pieles del alto del propio rifle y que luego cambalacheaban

el mismo rifle a los atabascos por una pila de pieles del doble de alto (Oberge, 1973:10). Hubo también un gran aumento en las correrías en busca de esclavos y en el comercio de esclavos. La posesión temprana de rifles por los habitantes que estaban al norte de la sonda de Puget les dio gran ventaja sobre los salishes del litoral que todavía peleaban con arcos y flechas. Se volvieron tan frecuentes las correrías en busca de esclavos que muy pronto quienes vivían río arriba temieron llegar al mar en el curso de su ciclo anual (Collins, 1950:337). Tanto el Fuerte Simpson como The Dalles llegaron a ser grandes mercados de esclavos.



Contando mantas en preparación de un potlatch, Fort Rupert. Fotografía de Franz Boas, 1894. (Cortesía del Museo Norteamericano de Historia Natural, Nueva York)

Por otra parte, en el Fuerte Simpson y en el Fuerte Rupert se presentaron nuevos fenómenos políticos entre los tsinsianos y los kwakiutles. El Fuerte Simpson se construyó en territorio tsinsiano. Nueve de los catorce grupos o conjuntos tsinsianos, con lugares para pesca de salmón situados en el bajo Skeena y en terrenos olachen sobre el Nass constituyeron un conjunto invernal común en el Paso Metlakatla (cerca de donde está hoy Prince Rupert). Estos grupos ya habían desarrollado un sistema de jerarquización de linajes dentro de cada conjunto en el cual se daba el puesto más alto al jefe del linaje de más rango. Al formar una confederación se toparon con el problema de jerarquizar los nueve grupos de linajes en su relación recíproca. Los cuatro grupos de kwakiutles que

se mudaron al Fuerte Rupert en 1849 formaron, a su vez, una confederación, y se les conoció como los "fort ruperts". Franz Boas describió por vez primera con detalle a esta gente; los caracterizó por una eflorescencia extraordinaria de su potlatch. Lejos de constituir una región amplia del fenómeno de precontacto, los competitivos potlatches "pertenecen en realidad al reino de los estudios sobre asimilación de culturas, no de economías primitivas" (Ruyle, 1973:625). Philip Drucker observa (1955: 137-140) que en estos dos grupos que enfrentaron problemas idénticos, se destaca particularmente el potlatch competitivo. Los fort ruperts no contaban con precedentes para jerarquizar a los jefes de los cuatro grupos constitutivos de la nueva confederación, de modo que se puso en marcha el potlatching competitivo para establecer su jerarquía. Eso mismo hicieron en el Fuerte Simpson los tsinsianos; mediante el potlatch jerarquizaron los nueve grupos de la confederación. Por tanto, cabe decir que en estos dos lugares los potlatches competitivos "alcanzaron su máximo desenvolvimiento —o tal vez sería mejor decir la cima de su más amarga rivalidad" (Drucker, 1963:137).

El potlatching competitivo no sólo significaba una escalada en amargura, sino también un aumento en la cantidad de artículos que se daban. Helen Codere, al hablar sobre los potlatches anteriores a 1849, señala que

durante las seis generaciones anteriores a 1849, cada una de unos veinte años (no hay antecedentes de potlatches muy anteriores a esto o hasta las fabulosas tres primeras generaciones del relato), cinco de los diez potlatches mencionados tienen un tamaño de 170 a 220 mantas, en una gama de tamaño de 75 a 287 mantas; no se aprecia tendencia a aumentar el tamaño; los dos potlatches relativamente pequeños del relato se dieron en años posteriores. [1961:443]

De ahí en adelante, aumentó a saltos el número de mantas distribuidas. Un potlatch habido en 1869 abarcó 9 000 mantas; otro, en 1895, más de 13 000, y el último potlatch kwakiutl (1921) más de 30 000 (1961: 467), así como otros artículos.

Parte de esta riqueza tuvo su origen en el comercio de pieles; se calcula que el Fuerte Rupert ganó en 1850 unas 6 000 libras de plata por ese comercio (Codere, 1961:457); y a partir de 1858, la población en auge de Victoria ofreció empleo a los kwakiutles como jornaleros y a las kwakiutles como lavanderas y prostitutas. Un número creciente de empacadoras empleó también a los hombres como pescadores y a las mujeres como enlatadoras. Simultáneamente se presentó un catastrófico descenso de la población, en gran parte debido a enfermedades como la sífilis y la viruela, desconocidas en América. Los kwakiutles, que en

1835 sumaban entre 7 500 y 8 000, bajaron a 2 300 en 1881 y a 1 200 en 1911, un sexto de lo que habían sido 75 años antes (Codere, 1961: 457). De este modo, al aumentar el volumen y la circulación del dinero bajaba el número de los aspirantes a timbres, títulos y prerrogativas, lo cual dio nuevas oportunidades a la gente social y económicamente inquieta. Un comunero podía aprovechar la desaparición de casas y herederos y lograr títulos con el dinero fruto de la prostitución y los honorarios de los delatores (Wike, 1957:311; véase Boas, 1921: 1113-1117).

En 1858 las poblaciones americanas nativas sufrieron un golpe final cuando llegó a California la noticia de que se había descubierto oro en el río Fraser. En unos cuantos meses llegaron miles de mineros a los que siguieron colonos ansiosos de establecerse en una tierra que según afirmaban, "era un yermo sin posibilidades de mejoramiento" (citado en Fisher, 1977:104). Un nativo de la isla de Vancouver vio las consecuencias de lo anterior cuando dijo, en 1860, "que pronto vendrán más hombres-del-Rey-Jorge, y tomarán nuestras tierras, nuestros pinos gigantes, nuestros terrenos de pesca; que sólo nos dejarán un trocito de tierra y tendremos que hacer todo conforme a los caprichos de los hombres-de-la-tierra-del-Rey-Jorge" (citado en Fisher, 1977:117).

A lo largo de más de tres siglos, el comercio de pieles medró y creció en la América del Norte, atrayendo inclusive a los nuevos grupos de americanos nativos a los circuitos cada vez más amplios del intercambio de mercancías que se abrieron entre los europeos y sus socios comerciales nativos. Principalmente, el comercio tocó a los recolectores de alimentos y a los horticultores de los bosques subárticos y del este. Luego, con la expulsión de los franceses y la participación entre el Canadá inglés y los Estados Unidos del territorio del norte, dejó atrás a los Grandes Lagos y llegó al subártico occidental, pero a la vez creó una nueva región de abastecimiento en la región de las Llanuras. Finalmente, en las postrimerías del siglo XVIII, el comercio estableció una cabeza de playa en el noroeste del Pacífico, y acabó por unirse, cruzando las sierras de la costa, con las factorías de tierra adentro.

Por donde fue, el comercio de pieles llevó consigo enfermedades contagiosas y guerras más y más enconadas. Muchos grupos nativos fueron destruidos y desaparecidos por completo; otros fueron diezmados, desbaratados y arrojados de sus hábitats originales. Las poblaciones sobrevivientes buscaron refugio con aliados o se unieron a otras poblaciones, con frecuencia bajo nuevos nombres e identidades étnicas. Unos cuantos, como los iroqueses, crecieron a costa de sus vecinos.

Por su situación estratégica o su fuerza militar, algunos grupos sa-

lieron muy beneficiados por el comercio de pieles. Medraron y crearon nuevas configuraciones culturales que combinaron artefactos y pautas europeas y nativas. Esta evolución cultural fue posible merced al flujo de nuevas y valiosas mercancías europeas en una economía nativa autorregulante. Mientras los nativos americanos pudieron encauzar la mayor parte de su trabajo social disponible a través de relaciones ordenadas conforme al parentesco hacia el fin de garantizar su subsistencia, las mercancías obtenidas merced a la caza ocasional de pieles complementaron, no reemplazaron, sus propios medios de producción.

Hasta finales del siglo XVIII, se buscaba a los grupos de nativos americanos como aliados de las potencias europeas enfrascadas en una competencia política y militar. Los indios eran todavía militarmente independientes y agentes políticos —“naciones” en la jerga de aquellos días— cuyo apoyo debía ganarse con mercancías, inclusive con armas. El resultado fue que el intercambio de bienes y servicios entre indios y europeos más parecía un obsequio de regalos que un intercambio de mercancías; estas relaciones trascendían lo meramente material. Como dijo Marcel Mauss, el intercambio de regalos encarnaba una invitación a la amistad y a la alianza, o al cese de enemistades y guerras.

El acceso a bienes y regalos europeos pronto alteró las pautas de interacción en los grupos y entre ellos. En grupos sociales ordenados conforme al parentesco, una mayor capacidad para obtener tales bienes y para distribuirlos entre parientes y seguidores dio prominencia a los “grandes hombres” o a los líderes guerreros, o amplió la influencia y el alcance de los jefes redistribuidores. Regalos y mercancías —en suma, regalos— crearon también alianzas entre grupos indios, así como entre europeos e indios. Estos intercambios desempeñaron una parte importante en la formación de nuevos grupos y en el desarrollo de identidades étnicas de mayor convergadura. A veces estas entidades étnicas mayores (o confederaciones) fueron hijas de la amalgama de grupos locales anteriormente diferentes alrededor de un fortín o emporio comercial. En otras ocasiones, estas alianzas o confederaciones se constituyeron con el fin de controlar nuevas tierras de caza o rutas estratégicas de acceso al comercio. Muchas de las “naciones” o “tribus” indias, reconocidas posteriormente como entidades étnicas diferentes por agentes del gobierno o por antropólogos, cobraron forma en respuesta a la propagación del comercio de pieles en cuyo proceso los americanos nativos fueron participantes tan activos como los comerciantes, misioneros o soldados de los acometedores europeos. O sea, que la historia de estos pueblos supuestamente sin historia no es otra cosa que una parte de la historia de la expansión europea.

Para unir estas nuevas entidades étnicas, los nativos americanos crearon formas y rituales colectivos de gran alcance. A veces comunicaron nuevas funciones a formas culturales tradicionales, como en la transformación de la Fiesta de los Muertos de los algonquinos en el “ritual del comercio”, en la creación de pugnas chamánicas en la “iglesia” midewiwin, o en el empleo de potlatch del Litoral del Noroeste para aglutinar asociaciones de comercio o para coordinar grupos competidores. En otras ocasiones se crearon solidaridades más amplias por medio de combinaciones nuevas de formas culturales de orígenes diversos, como cuando los pueblos de las Llanuras crearon la Danza del Sol, un ritual de grupo apropiado a su modo de vida más móvil.

Sin embargo, conforme los comerciantes europeos consolidaban su posición económica y política, la equilibrada relación entre tramperos nativos y europeos cedió el paso al desequilibrio. La mengua de la guerra internacional disminuyó el flujo —motivado políticamente— de mercancías procedentes de autoridades europeas a aliados americanos nativos. Por su parte, estos nativos acabaron ateniéndose cada vez más a la factoría, no sólo respecto a los utensilios del comercio de pieles, sino también a su propia subsistencia. Esta dependencia cada vez mayor orilló a los cazadores y proveedores nativos de pemmican a dedicar más trabajo al comercio para poder pagar las mercancías que les adelantaban los comerciantes. Abandonaron las actividades relacionadas con su subsistencia, y se especializaron en un sistema de toma y daca, en el cual los empresarios adelantaban bienes de producción y bienes de consumo contra artículos que debían entregarse en un tiempo futuro. Esta especialización ató más firmemente a los americanos nativos en redes continentales e internacionales de intercambio, más como productores subordinados que como socios.

nadas conforme al parentesco. Hacia el sureste de esta faja estaba el país de los *igbos*, donde la sujeción común a las correrías de los caza-esclavos venidos de la costa impartió una comunidad "étnica" a los grupos locales basados en el parentesco que llegaron a ser los ibos modernos. Otra región preferida por los caza-esclavos fue el confín entre las modernas Angola, Zaire y Zambia, habitado por los lundas meridionales, de los cuales los *ndembus* han llegado a ser bien conocidos en la antropología. Aquí, jefes segundones de una élite lunda se hicieron, en la segunda mitad del siglo XIX, de una nueva vida económica y política, por haberse vuelto agentes caza-esclavos de los *ovimbundus*, que eran tratantes.

Aunque África había sido desde hacía mucho parte integral del sistema político y económico del Viejo Mundo, la expansión europea posterior a 1400 arrastró al continente al seno de una escala mundial de tráfico. La demanda de esclavos africanos dio nueva forma a la economía política de todo el continente. Dio origen, en el seno de un proceso común, a nuevos Estados tributarios y a organizaciones especializadas, y convirtió a sociedades que los antropólogos describieron como "acéfalas, segmentadas, basadas en el linaje" en poblaciones predilectas de los cazadores de esclavos. Por consiguiente, estas configuraciones diferentes no pueden ser entendidas o concebidas como Estados separables tipológicamente o "tribus" de gente sin historia. Son, más bien, los resultados variables de un proceso histórico unitario. Así también, no es posible entender a Europa sin tener en mente la función que África desempeñó en su desarrollo y expansión. Participantes principales en ese crecimiento fueron no solamente los mercaderes y beneficiarios europeos de la trata de esclavos, sino también sus organizadores, agentes y víctimas africanos.

VIII. EL COMERCIO Y LA CONQUISTA EN EL ORIENTE

Los viajes de los exploradores y mercaderes europeos a América y África se debieron a la busca de rutas a Asia, ese imaginario país de los tesoros de ilimitada riqueza. En 1291, el año en que Marco Polo regresó a Venecia y contó de sus viajes a Oriente, los hermanos Vivaldi salieron de Génova para buscar una ruta marítima "por occidente" a las "Indias". Nunca más se volvió a saber de ellos, pese a lo cual no cesaron los intentos por llegar a Asia navegando hacia occidente. Colón pensó que se había embarcado rumbo al Cipango (Japón) de Marco Polo. El veneciano Giovanni Caboto (John Cabot) sostenía que navegando hacia occidente por latitudes muy septentrionales, donde el mundo debía ser más angosto, llegaría a Cipango por el norte. El propio Jean Nicolet, comerciante en pieles, al establecer contacto con los indios *winnebagos* en la margen occidental del Lago Michigan (1638) se puso ropas chinas que había llevado consigo pues esperaba encontrar al Gran Khan de China.

Desde los viajes de Marco Polo, los europeos conocieron las rutas terrestres a China. A principios del siglo XIV el toscano Pegolotti anotó en su obra *Práctica del Comercio*, instrucciones detalladas para hacer el viaje de Azov a Cathay. La posibilidad de una ruta oriental a Asia —contraria a la declaración de Tolomeo de que el Océano Índico estaba cerrado por tierra—, se insinuó en un mapa del veneciano Fra Mauro, de 1459; una copia de él cayó en manos del príncipe portugués Enrique el Navegante. En muy poco tiempo, los marineros portugueses hicieron realidad esa posibilidad. Siguieron la costa de África, no únicamente en busca del oro de Guinea, sino también en busca del Preste Juan, potentado mítico que gobernaba alguna porción de las fabulosas Indias. En 1487 Bartholomeu Dias, navegando alrededor del Cabo de Buena Esperanza, probó la falacia del dicho de Tolomeo. Diez años después, Vasco da Gama dobló el cabo y en Malindi subió a bordo a un experimentado navegante árabe y llegó a Calicut en la India. Se había abierto la ruta al Oriente.

Cuando en el siglo XVI los marinos mercantes europeos empezaron a ensanchar el comercio con Asia, la masa terrestre del continente estaba en poder de Estados tributarios grandes y poderosos, mayores, más densamente poblados y con frecuencia más productivos que sus contrapartes europeos. Sin embargo, las rutas marítimas alrededor de Asia estaban abiertas a cualquier intruso que tuviera suficientes recursos militares y de organización para hacer a un lado a la flota costera turca y penetrar

Los bembas

Los bembas definen su identidad por medio del reconocimiento común de una línea de jefes que parten del clan cocodrilo y que ostentan a perpetuidad el título de *chitimukulus*. Dicen que descienden de los seguidores del primer balopwe luba, que fundó el reino de Lunda. (Chitimukula —Chiti el Grande— es el título de alabanza de este luba —Chiti Maluba, o Chiti el Luba.) Los bembas llegaron al alto río Lualaba más o menos hacia la parte media del siglo xviii; se apegaron a la costumbre lunda de establecer jefaturas entre las poblaciones locales que arrollaban. Al terminar el siglo xviii empezaron a coleccionar tributos en marfil y a cazar elefantes. Entre 1800 y 1840, sometieron gradualmente a los bisas. Situados ahora estratégicamente entre el Lago Nyasa y Kilwa, sobre el Lago Meru, los bembas estuvieron en posición de controlar el comercio más y más cuantioso en marfil y esclavos con la costa swahili.

Hacia 1840, un jefe distrital bamba, que se había enriquecido en el comercio de marfil por haber controlado a sus intermediarios, se apoderó de la corona bamba y centralizó el control en sus manos. Organizó un ejército permanente a la vez que decretaba que el comercio de marfil era un monopolio real. Cambiando marfil por rifles, ensanchó su agarre sobre el comercio del marfil y atacó a sus vecinos para hacerse de esclavos a sus expensas. Aliándose con los recién llegados árabes, este soberano bamba pudo hacer a un lado a todos los competidores, inclusive a los ngonis; así fue como creó el prestigio bamba de hazañas militares, prestigio que todavía perdura. Una vez más, somos testigos del rápido desarrollo de un Estado depredador y militarista que está relacionado con el comercio exterior de esclavos, marfil y armas de fuego. Cuando los ingleses abolieron la esclavitud y prohibieron cazar elefantes, los bembas se vieron obligados a cultivar tierras pobres y a emigrar hacia la faja donde se encontraban las minas de cobre (véase Stevenson, 1968:114).

Durante 500 años, desde Senegambia en el oeste hasta el litoral de habla swahili del este, el tráfico de esclavos envió millones de personas hacia las costas para ser llevadas a otras tierras, muy principalmente el Nuevo Mundo. La trata de negros llevó a una división del trabajo según la cual la captura, manutención y transporte por tierra de los esclavos estaba en manos africanas, en tanto que a los europeos se les encomendaba el transporte transoceánico, el "aclimatamiento" o doblegamiento de los esclavos y su distribución final. En respuesta a la demanda americana, el comercio dependió de la colaboración activa de compradores

de gente con sus abastecedores, y de una compleja orquestación de actividades por ambos lados.

Este punto básico exige que lo destaquemos porque una historia escrita por tratantes y sus beneficiarios ha borrado desde hace mucho el pasado africano y ha presentado a los africanos como salvajes a quienes los europeos llevaron a la luz de la civilización. Esta historia negó tanto la existencia de una economía política compleja desde antes de la llegada de los europeos como la habilidad organizativa de que hicieron gala los africanos para llevar a cabo el comercio, una vez iniciado. Más recientemente, otro enfoque de la historia africana —con los signos invertidos— ha saltado a la palestra para negar la participación de las élites africanas militares y políticas en el sometimiento a esclavitud de sus camaradas. Empero, la tarea de escribir un relato realista de las poblaciones africanas no es justificar a un grupo contra otro, sino dejar al descubierto las fuerzas que pusieron en contacto a europeos y africanos (y otros) en la construcción del mundo; son perfectamente determinables las causas y consecuencias económicas y políticas que afectaron a todos los participantes.

En el África Occidental el tráfico fortaleció Estados que ya existían, como Benin, y causó el surgimiento de otros, como fueron los de Asante, Oyo y Dahomey. En el Delta del Níger fundamentó la transformación de patrilinajes ordenados conforme al parentesco y los convirtió en organismos comerciales acometedores capitaneados por destacados empresarios. A lo largo del Níger, el tráfico aumentó el poder de los gobernantes tributarios locales que acabaron dedicándose a este negocio, en tanto que en el interior indujo la formación del linaje de la federación de los aros, basada en la caza de esclavos. En el Congo, la trata de esclavos debilitó una estructura estatal previa y produjo en el África Central una proliferación de élites tributarias militares y comerciales que, traficando y guerreando, se desbordaron hacia el este.

En estas operaciones comerciales y militares hubo vencedores y vencidos; los vencidos fueron esclavizados o empujados hasta regiones limítrofes, en las cuales todavía sobreviven algunos. Tal fue el caso de los lodagaas, "grunshis", tallensis y kokombas en la frontera entre el alto Volta y Ghana. Los tallensis, famosos en el medio antropológico, se formaron por la fusión de habitantes originales del país con inmigrantes encabezados por jefes caza-esclavos, que eran parte de una jerarquía de jefes que tributaban esclavos a los asantes. Otra región de conflicto creada por la trata fue la Faja Media Nigeriana, terreno favorito para tomar esclavos tanto por los emiratos islámicos del norte como por los tratantes de la costa que buscaban esclavos entre sus poblaciones orde-

Otros jefes lundas se internaron hacia el este en la región situada entre los ríos Lualaba y Luapula. Esta vez la consumación del dominio lunda fue pronta, pues la apoyaron, armas de fuego. Aquí también se conservó un lazo ritual con el Mwaant Yaav, aunque los jefes del nuevo dominio se hacían cada vez más independientes, políticamente hablando. Ya para terminar el siglo XVIII, uno de estos jefes lundas que tenía el título de Kazembe se volvió dominante en una región muy amplia, que se extendía más allá del Lago Mweru, y organizó cacicazgos que le pagaban tributo. En Tete abrió tratos comerciales con los portugueses por su propia cuenta; su capital llegó a ser parada regular en la ruta que iba al Lago Nyasa y de ahí a Kilwa. Pese a esto, los kazembes nunca renunciaron a sus relaciones comerciales con el Mwaant Yaav: a Mussamba enviaban esclavos a cambio de finas lanas, conchas de ciprea, collares de perlas azules, cuentas de *velorio*, espejos y juegos de té (Cunnison, 1961:65). En dirección este se movían también maíz, mandioca y palma rafia (Vansina, 1969:173).

Así pues, al término del siglo XVIII una gran ruta comercial transcontinental ligaba las riberas atlánticas con el litoral del Océano Índico. Operaba por intermediación de los ibangalas de Kasanje en el oeste y de los bisas en el este. Estos bisas —cuyo origen estaba en la región situada entre el Lago Bangweulu y la meseta Bemba— habían sido organizados por capitanes lundas que dieron a los kazembes su hegemonía. Tenían fama de comerciantes a largas distancias. Un portugués que visitó la capital de Kazembe sobre el río Luapula en 1806 halló un bisa que conocía muy bien Angola (Cunnison, 1961:65).

El marfil y el tráfico de esclavos en el África Oriental

A fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, los confines orientales del dominio de Kazembe sufrieron las presiones debidas a la creciente demanda de marfil y esclavos. Desde hacía mucho, el África Oriental había proporcionado colmillos de elefante a los mercados de Asia, pero el siglo XVIII fue testigo de la entrada en los europeos de los gustos chinos e indios en trabajos artísticos como tallados en marfil, taraceados, abanicos, bolas de billar y teclas de piano. Al mismo tiempo se presentó una demanda mayor de esclavos. Los franceses los querían para sus nuevas plantaciones en las islas del Océano Índico, de la Reunión y Mauritius; los compraron en cifras cada vez mayores en los reinos caza-esclavos de Madagascar y a traficantes que operaban en los puertos musulmanes del litoral del África Oriental. La intromisión inglesa en las

fuentes de esclavos del África Occidental después de 1807, año en que Inglaterra abolió el tráfico de esclavos, obligó a los negreros brasileños y cubanos a dirigir la vista al África Oriental como fuente de esclavos. Al mismo tiempo, árabes omaníes abrieron plantíos de clavo en Zanzíbar, para atender los cuales compraron esclavos en la cercana costa de África.

Esta doble demanda de marfil y de esclavos fue satisfecha por un buen número de poblaciones que desde por 1700 habían empezado a llevar marfil a la costa. Un grupo importante de estos comerciantes fueron los bisas, que unieron la capital de Kazembe sobre el Luapula, con Kilwa, sobre la costa; también, y en forma alterna, comerciaron con los yaos, que eran los principales abastecedores de marfil de los portugueses. Los yaos, que ocupaban la región situada al este del Lago Malawi (anteriormente, Lago Nyasa), empezaron a extender hacia el norte su red comercial a fin de que incluyera Kilwa y Zanzíbar, así como los asentamientos portugueses a lo largo del río Zambeze. A medida que los kazembes y los bisas perdían su anterior control sobre el comercio, los yaos intensificaban su participación en la esclavitud, cosa que también hizo otro grupo, los chikundas, que empezaron a incursionar hacia el oeste, a lo largo del río Zambeze. En el curso de su participación en el comercio, estos chikundas, que eran de orígenes étnicos mezclados, formaron una "nueva" tribu, con una lengua e identidad étnica distintivas. En la región situada al norte del Lago Malawi, el papel de traficantes y comerciantes corrió a cargo de los nyamwezis, que estaban organizados en grupos distintos bajo jefes *ntemi* (decididores) en los que se conjuntaban funciones rituales y judiciales con facultades empresariales propias del comercio de caravanas que operaba entre el interior y la costa.

Estas nuevas oportunidades comerciales no nada más alentaron a grupos del interior a dedicarse al comercio de marfil y esclavos; también atrajeron árabes omaníes de Zanzíbar y comerciantes swahilis musulmanes de la costa. Estos advenedizos organizaron caravanas armadas y construyeron fuertes y factorías en el interior. Disponiendo de más y más armas de fuego se colocaron como potentados locales, a veces aliados con jefes africanos, a veces en conflicto abierto con ellos. Competencias políticas cada vez más intensas, más el comercio de esclavos siempre en ascenso, trajeron consigo oleadas crecientes de conflictos armados. Unos Estados se iban al fondo, en tanto que otros, más a tono con la escalada militar, afloraban con vigor. Entre los que ascendían destacó el grupo de los bembas.

ceptualizaba su poder como el de los "dueños rituales de la tierra". Luego los lubas se extendieron aún más enviando colonias dirigidas por jefes, responsables ante el centro, que se establecerían entre las poblaciones adyacentes. Sin embargo, la soberanía luba seguía estando limitada, por razón de que la élite balopwe y los "dueños de la tierra" se mantenían como categorías separadas. Los dueños de la tierra no se fundían con la élite gobernante luba, sino que se mantenían como recolectores de tributos; por ello con frecuencia se convertían en fuentes de disidencia local. Al mismo tiempo, el poder de la monarquía estaba constreñido por el poder de los patrilinajes balopwes que habían proporcionado esposas a la línea real, y que podían entregar su apoyo a los herederos contendientes. Esta pauta caracteriza al gran reino de Luba situado entre los ríos Lwembe y Lualaba, así como a los pequeños reinos lubas de Kikonja hacia el este y de Kalundwe y Kaniok al oeste.

Algunos linajes de balopwes lubas se establecieron en el valle del río Nkalaany, y con el tiempo llegaron a ser el núcleo del reino de Lunda. En contraste con los lubas, entre quienes los linajes balopwes siempre se mantuvieron aparte de los grupos nativos, los lundas crearon un modelo político que mantuvo vínculos de parentesco entre la élite lunda al mismo tiempo que permitía la incorporación de los no lundas por medio de ficciones de parentesco. Este modelo comprendió los principios gemelos de sucesión posicional y de parentesco perpetuo (Vansina, 1968:80-83). La sucesión posicional significaba que el titular de un puesto heredaba no nada más el puesto, sino los recursos y la identidad social de su predecesor, inclusive su nombre y sus conexiones de parentesco. Así, descendientes genalógicos de dos hermanos, separados por una gran distancia de parentesco, podían ser identificados con los dos antecesores y conceptualizados como hermanos. Los sucesivos titulares de los puestos asumirían la identidad de los antecesores originales que estuvieron presentes en la fundación del reino. Al mismo tiempo se podían asimilar capitanes locales no lundas nombrándolos jefes de aldea y dándoles identidades sociales dentro del esquema del parentesco perpetuo lunda.

Conforme al modelo lunda, las aldeas eran gobernadas por estos jefes, cuya posición era hereditaria dentro de la línea materna, y que estaban respaldados por un consejo de ancianos. Los jefes de las quince aldeas más antiguas tenían posiciones rituales especiales en la corte. Las aldeas estaban agrupadas conforme a los lazos de parentesco perpetuo reconocidos entre sus jefes; grupos de aldeas formaban distritos que supervisaba el centro pero que estaban gobernados por caciques nom-

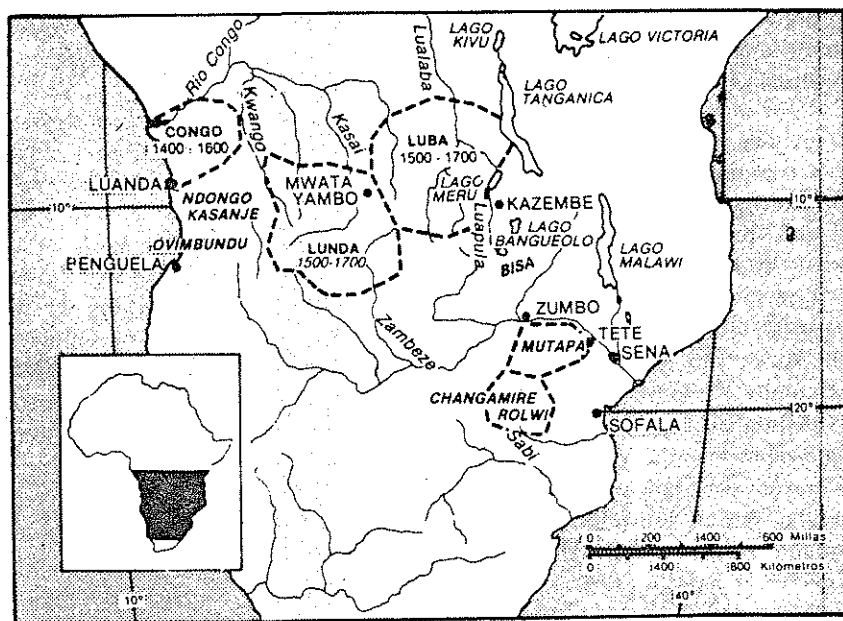
brados por los jefes. La principal función de estos caciques era coleccionar tributos.

Al centro de esta jerarquía estaba el rey, Mwaant Yaav. Rodeándole estaban dignatarios religiosos, entre ellos los jefes de las aldeas más antiguas; funcionarios "padres", cuyos "hijos" coleccionaban el tributo pagado por jefes distritales; y los representantes de jefes no lundas en el campo, que eran "hijos" del rey. "Jefes viajeros" se internaban en la periferia no lunda del reino para recoger tributos y ejecutar órdenes.

El reino de Lunda no era una entidad atada sino una esfera de poder, que se concentraba principalmente en el centro y que menguaba conforme uno se alejaba de la capital. Esta capital, Mussamba, se sostenía por medio de tributos y del comercio. Los tributos le llegaban en forma de sal, cobre, alimentos y esclavos. Era un gran centro comercial; a partir del siglo xvii tuvo como socio principal al reino de los imbangalas de Kasanje, situado al oeste, que estaba ligado al de Mwaant Yaav por vínculos rituales y de parentesco. De Mussamba a Kasanje iban esclavos y marfil, que luego proseguían hacia la costa, en tanto que en dirección contraria iban armas de fuego y telas. Ésta fue también la ruta por donde se difundieron tierra adentro los productos agrícolas americanos. En la segunda mitad del siglo xvi llegó el maíz a la costa, y la mandioca fue introducida hacia 1600 (Vansina, 1968:21). Es probable que estos productos hayan contribuido a la consolidación del poderío lunda. En Mussamba se hacía trabajar a los esclavos en huertos de mandioca, lo cual es probable que haya aumentado la base productiva del reino. Salta a la vista que la estructura mandioca descansaba en la esclavitud y en la capacidad de la aristocracia guerrera para entregar esclavos al centro (Vellut, 1972:77, 83-84).

Las élites guerreras lundas llevaron al sur y al oriente este modelo político. Entre quienes marcharon hacia el sur y se acercaron a las fuentes del río Zambeze figuró un jefe guerrero, Kanongesha, que dividió sus recién ganadas tierras entre parientes y miembros de su comitiva, a cambio del tributo, que en parte se pasaba al Mwaant Yaav. Con el tiempo, los jefes de estas nuevas tierras se hicieron más y más autónomos, y luego se les unieron otros advenedizos junto con sus comitivas. Entre los pueblos que cayeron bajo la hegemonía lunda por virtud de este proceso de colonización por la élite figuraron los ndembus, que los antropólogos conocen merced al trabajo de Victor Turner. Aunque el vínculo entre los gobernantes de los ndembus y el centro lunda en Mussamba se fue adelgazando con el paso del tiempo, todavía en el decenio de 1950 se identificaron ante Turner como el "pueblo de Mwaant Yaav" (Turner, 1967:3).

esclavos de mejorar los términos de su intercambio con los portugueses, monopolizando el comercio desde más lejos de la costa.



Formación de Estados en África Central

Imbangala

La mengua de la hegemonía kongo y la expansión del comercio hacia el interior desataron una cadena de acontecimientos en territorios muy alejados de la influencia portuguesa directa. Un lugar en que ocurrieron algunos de estos acontecimientos fue la sabana situada entre el alto río Lualaba y el río Kasai, donde hubo grandes cambios políticos después de 1500. Tal vez al principio tales cambios se debieron a influencias externas, pero pronto se vieron mezclados con procesos que se originaron en la trata de esclavos.

Estos cambios se sintieron primeramente en la región de la influencia portuguesa cuando los cazadores de esclavos aparecieron en los confines orientales de Kongo y Ndongo. Aprovechando el creciente desorden que había en Kongo, que contraponía a jefes y subjes que contendían

por la autoridad real, bandas armadas provenientes de muy al interior arrollaron grupos tributarios de los grandes reinos y establecieron Estados negreros propios. Durante dos siglos los gobernantes de estas entidades desempeñaron un papel importante como cazadores y traficantes de esclavos al servicio de los portugueses, pero al mismo tiempo evitaban nuevos avances de los europeos al interior del país. Se les conoce generalmente con el nombre de imbangolas o imbangalas, si bien algunos segmentos imbangalas son conocidos en la historia como los jagas, pueblo que en los relatos novelados portugueses aparece como caníbal, que se comía a sus propios hijos cuando resultaban ser un estorbo (Miller, 1973). La presencia de los imbangalas en los confines orientales de Kongo y Ndongo puede haber sido resultado, al menos en parte, de la expansión de los lubas y lundas hacia el este; pero también, innegablemente, fue resultado del potencial de tráfico de negros. Los imbangalas establecieron una cadena de Estados en las regiones de Kwango, Ambaka, Kasanje y las mesetas de Benguela; Kasanje no tardó en convertirse en el más importante mercado de esclavos destinados a la costa (Vansina, 1968: 145, 202). Más al norte, el reino Yaka de los kwangos aterrizó a la gente que habitaba en la parte media de la cuenca fluvial Kwango-Kasai. Matamba era el principal centro yaka del tráfico de esclavos; estaba en manos de ambakas locales, de otros africanos y de portugueses. Los reinos que los imbangalas establecieron entre los ovimbundus en las mesetas benguélas, pronto incursionaron hacia el interior; sus cautivos los vendían a los tratantes de Ndongo. En el siglo xviii, todos estos reinos participaron activamente en la trata de negros (Vansina, 1968:199).

Luba-Lunda

La presencia de los imbangalas a lo largo de las fronteras de Kongo y Ndongo pudo haber sido resultado de procesos políticos más amplios, cuyas raíces estaban mucho más al este, alrededor del Lago Kisale. De este proceso, que fue una radiación de aristocracias político-militares, resultó el desarrollo de los reinos de Luba y Lunda.

Los lubas emergieron inicialmente como un conjunto de patrilinajes que impusieron su dominio sobre un gran número de grupos locales. Estos patrilinajes lubas llegaron a constituir una élite de invasores, los *balopwes*. De esta élite salía el rey, cuya autoridad se conceptualizaba como el ejercicio del *bulopwe*, poder sobrenatural transmisible por la línea masculina. De la élite salían también los jefes que quedaban a cargo de los grupos conquistados. Se conservaba a los jefes nativos, y se con-

grandes). Las conchas nzimbus eran la parte principal de los pagos de tributos en tiempos precuropeos, y eran la moneda del reino, el instrumento principal de las finanzas públicas. Tratándose de transacciones privadas lo común eran tamaños de tela estandarizados; en las postrimerías del siglo xvii, 100 *mpusus* del tamaño de un pañuelo correspondían a 4 000 reis portugueses o un esclavo (Balandier, 1968:129-132). Resulta claro que el poder real haya visto con buenos ojos el advenimiento de nuevos recursos del exterior para ampliar los fondos de su gobierno.

Por ello los portugueses fueron recibidos con los brazos abiertos por el *mani kongo*, el gobernante de Kongo, pero resultó que pidieron esclavos y marfil a cambio de sus mercancías. Por ello, todo incremento en los trueques con los portugueses intensificaba el tráfico de esclavos y las formas de esclavitud preexistentes. Por un tiempo, el reino de Kongo fue aliado de los portugueses; enviaron misioneros para instruir a la corte bakonga en la fe cristiana y para bautizar a sus miembros. El rey Nzinga Nvemba (1506-1543) se convirtió y adoptó el nombre de Don Alfonso I, renunciando en el proceso a las confirmaciones de realeza divina tal como las entendían los bakongos. Los portugueses ofrecían lo que hoy día llamaríamos asistencia técnica, tal vez porque su producción de bienes manufacturados era muy reducida. De Lisboa se enviaron a Mbanzakongo, obreros, artesanos y hasta instructores en economía doméstica para que transmitieran sus conocimientos a los bakongos; algunos jóvenes bakongos fueron enviados a Portugal para que estudiaran allí.

Sin embargo, el creciente tráfico de esclavos subvirtió estos esfuerzos. En 1530 la exportación de esclavos del Kongo fue de entre 4 000 y 5 000 *peças de Indias*. Una *peça*, o pieza, equivalía a un joven bien formado; las mujeres y los esclavos de otras edades valían menos. Al principio los esclavos se conseguían en regiones situadas más allá del reino Bakongo, mediante trueques con los tekes y mpumbus del noreste, o por medio de la guerra o comercio con los mbundus del sur. Pero con el paso del tiempo, los portugueses empezaron a codiciar esclavos del mismo Kongo. Artesanos, mercaderes, sacerdotes, marinos y oficiales portugueses, así como funcionarios reales entraron al comercio de esclavos por su propia cuenta. Esta participación en masa significó también que las mercancías y armas de fuego europeas no llegarían únicamente a través de las manos reales, sino que quedaron al alcance de los jefes locales u hombres fuertes que pudieran conseguir esclavos. Fue así como se desplomó la organización sociopolítica del reino de Kongo, junto con su urdimbre jerárquica de matrilineajes y su flujo de mujeres y presta-

ciones. Este colapso arrastró en su caída el poder mismo del rey. Además, conforme los jefes empezaron a incursionar por cuenta propia en busca de esclavos, la jerarquía matrilineal fue cediendo el campo a los grupos patrilineales, porque los jefes, que necesitaban gente para constituir una fuerza caza-esclavos, empezaron a reclamar los hijos que tenían con sus propias esclavas.

Para ampliar su superficie de captura, los portugueses llevaron su comercio al reino de Mbundu, al sur del río Dande, y pusieron jefes kongos como superiores de los capitanes mbundus, además de que les exigieron esclavos. Este tráfico lo iniciaron empresarios privados de São Tomé, que embarcaban esclavos en la desembocadura del río Kwanza a pesar de los esfuerzos de la Corona por encauzar toda la trata de negros por medio del puerto kongolés de Mpinda. Sin embargo, después de la primera mitad del siglo xvi, la Corona se interesó más y más en aumentar su control sobre el Estado de Ndongo y en contener en los bordes orientales de la región, a los caza-esclavos que se habían venido aprovechando de la debilidad del Estado de Kongo para cazar esclavos por su propia cuenta. Y a fines del siglo xvi, tropas reales portuguesas penetraron sistemáticamente en Angola, tomando esclavos como cautivos, imponiendo a los jefes mbundus tributos en forma de esclavos y enviando traficantes euro-africanos, o *pombeiros*, a comprar esclavos en los *pombos*, o ferias de tierra adentro. La palabra *pombo* se deriva del nombre de una de las más importantes de estas ferias, la que se celebraba entre los hums en Stanley Pool. Gradualmente el término se aplicó a los jefes de las expediciones compra-esclavos; a los esclavos se les compraba y vendía a cambio de vino y brandy portugueses, ron y tabaco de Brasil, telas europeas y de la India y finas telas africanas de palma que se conseguían entre los habitantes de los bosques del lindero norte del Kongo a cambio de sal y conchas marinas llevadas del litoral. Como resultado de esta expansión del tráfico de esclavos, a mediados del siglo xvii salieron de Angola de 13 000 a 16 000 esclavos. La declinación del reino del Kongo se hizo más palpable porque a mediados del siglo xvii los portugueses se apoderaron de las pesquerías *nzimbu*, acto que tuvo el efecto de transferir el tesoro real del Kongo a la autoridad del rey João de Portugal.

Inicialmente, el tráfico de esclavos, aunado al comercio en general, atrajo gente a la costa, pero después, los saqueos y abusos de ese comercio hicieron que la gente se ahuyentara hacia el interior del continente; esta retirada fue en parte un modo de escapar de los cazadores de esclavos, pero también se debió al deseo de los capitanes caza-

estaba su control sobre las armas de fuego, de las que recibían muchas por medio de sus conexiones en Calabar.

Los aros no establecieron un Estado verdadero; nunca tuvieron una jerarquía centralizada de mando ni les interesó el dominio político por sí. Sin embargo, desempeñaron algunas de las funciones asociadas con los Estados, por ejemplo, una especie de mafia económica con un aura de legitimidad religiosa. En cuanto a estas características, tienen más parecido con la confederación iroquesa y con los rus varangianos que en el siglo IX bogaban Volga abajo con esclavos y ámbar, que con los Estados centralizados del África Occidental de Asante, Dahomey o Benin.

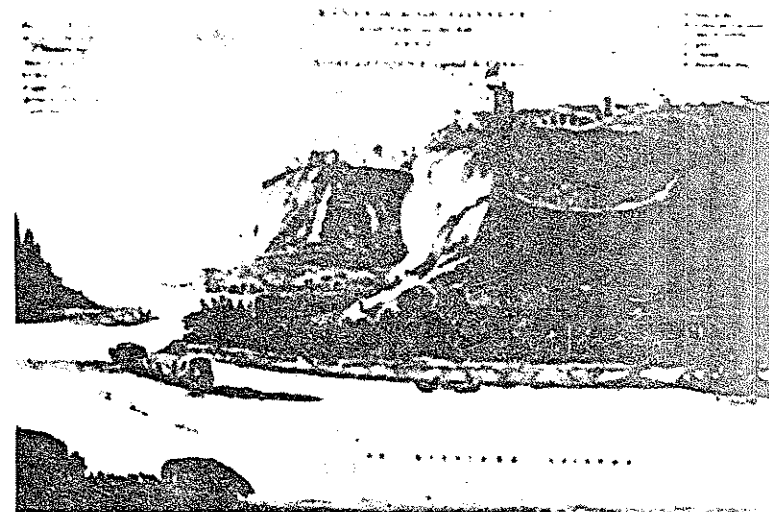
REGIONES DE ABASTECIMIENTO: ÁFRICA CENTRAL

El reino de Kongo

Cuando los portugueses remontaron el río Congo en 1483, quedaron frente a frente con una de las entidades políticas más grandes de África, el reino de los bakongos, cuya capital era Mbanzakongo (después San Salvador). Este reino de Kongo había crecido hasta llegar a ser uno de los Estados más importantes asentados a lo largo del alto río Congo y de sus dos tributarios, el Kasai y el Sankuru. Todos estos Estados remontan su origen a un reino fundador situado al norte de la región de Stanley Pool. Más al este, arriba de las impenetrables cataratas Stanley, había una segunda región de formación de Estados en los confines del río Congo y de sus tributarios. Su centro estaba situado alrededor del Lago Kisale. Aquí estuvo el punto de origen de las élites Luba y Songye que participaron activamente en la formación de Estados, a medida que la influencia del tráfico de esclavos penetrando tierra adentro llegaba a las orillas del río Lualaba (véase Vansina, Mauny y Thomas, 1964: 96-97).

El reino de Kongo fue grande; cubría una superficie de casi 160 000 km²; comprendía desde el río Congo al río Dande por el sur, y del litoral del Atlántico hasta el río Kwango por el este. Al momento de la llegada de los europeos, esta región tenía alrededor de 2 500 000 de habitantes. La organización social del reino descansaba en la ascendencia matrilineal, aunada a la residencia avunculocal. Las unidades sociales básicas eran matrilineajes, que estaban jerarquizadas, teniendo en la cima el matrilineaje real. Cada matrilineaje daba sus mujeres en matrimonio a la siguiente jerarquía superior en grado, y recibía a cambio regalos y

compensación nupcial. También recibía del matrilineaje que tomaba la esposa, los hijos varones nacidos de estos matrimonios. Los hijos residirían con el matrilineaje que daba la esposa en los terrenos de los hermanos de su madre. El linaje real no intercambiaba mujeres: las retenía. Sus mujeres podían casarse con comuneros y esclavos; tanto las mujeres como sus descendientes se quedaban dentro del linaje real. Una consecuencia de este sistema fue que el linaje real fuera también el iniciador de la cadena de dotes y obsequios que descendían hacia los matrilineajes de rango inferior (Ekholm, 1977). Dado que el matrilineaje real no recibía regalos, sino que los daba, uno de los requisitos básicos de todo el conjunto de intercambios matrimoniales fue el acceso del rey a recursos que no estaban al alcance de ningún otro grupo.



Mbanza o Salvador, principal ciudad del Reino del Congo. Grabado en cobre publicado por Olfert Dapper, 1676. (Cortesía del Departamento General de Investigación, Biblioteca Pública de la Ciudad de Nueva York. Fundaciones Astor, Lenox y Tilden)

En tiempos preeuropeos estos recursos eran cobre, sal y conchas *nzimbus* de la pesquería real de la isla de Luanda, que Pigafetta llamó "la mina del dinero usado por el rey del Congo y los habitantes de las regiones circunvecinas" (citado en Balandier, 1968:130). Las unidades de esta moneda de conchas estaban estandarizadas: un *kofo* (20 000 conchas grandes) representaba dos veces el valor de un *lufuku* (10 000 conchas grandes), y un *lufuku* era igual a diez *fundas* (1 000 conchas

de habla ibidia el tráfico de esclavos minó los patrilinajes y los concilios formados por jefes de linaje. Siete distritos tomaron el lugar de los patrilinajes, cada uno compuesto de varias familias extensas y de segmentos de linaje agrupados alrededor de un comerciante importante y de su cohorte de esclavos. Algunos de estos distritos crecieron y prosperaron a expensas de otros. Dice A. J. H. Latham que

Aquellos distritos que tuvieron más éxito en el comercio se ensancharon más aprisa porque acumularon a la mayor parte de ayudantes. Algunos distritos crecieron más aprisa que otros, porque los europeos comerciaban y daban crédito a los que pagaban sus deudas pronta y honestamente. Con el tiempo, las malas pagas perdieron su acceso al crédito, en tanto que los dignos de crédito recibieron apoyo. Mientras más confianza se les daba mayores eran sus organizaciones y reservas y más se justificaba seguirles dando crédito. [1973:51]

En contraste con los hablantes de *ijaw*, los *efiks* no incorporaban esclavos a sus familias y linajes extensos. Mantenían e intensificaban su solidaridad como estrato superior, en parte por medio del culto a una deidad tutelar común, *Ndem Efik*. Sin embargo, abrían la puerta a empresarios que no tuvieran linaje *efik* permitiéndoles participar en la hermandad secreta *ekpe*, así llamada en honor de un espíritu del bosque. Esta *ekpe* (a la que los europeos llamaron *egbo*), que cobró importancia a principios del siglo XVIII, estaba abierta a todos los varones, libres y esclavos. La membresía se compraba; la hermandad estaba graduada; teóricamente los cuatro grados más altos sólo podían ocuparse por hombres libres, aunque se sabe que un hombre nacido esclavo llegó a vicepresidente. Cada grado tenía un maestro (*obong*); en la cúspide estaban el presidente (*eyamba*) y el vicepresidente (*ebunko*). Las maestrías, la presidencia y la vicepresidencia solían quedar en manos de distritos dominantes. Los miembros de los grados superiores componían el consejo decidor; el segundo grado se encargaba de hacer cumplir las decisiones.

Esta hermandad tenía varias funciones. En un nivel, era un club social donde varones de distritos importantes se reunían para hablar o divertirse. En otro nivel residía la autoridad legal; hacía la ley y se encargaba de su cumplimiento. Imponía multas, decretaba arrestos, mandaba arrestos domiciliarios y ejecutaba a los transgresores. También declaraba boicotos. Confiscaba o destruía los bienes de los inculpados, o declaraba tabú su uso. Lo más importante es que las hermandades tenían una función económica; estaban facultadas para ordenar el pago de deudas. Fue "esta facultad para insistir en el pago de créditos lo que

explica la propagación de las sociedades *ekpes* entre los pueblos de tierra adentro, ribereños del río Cross, porque siendo *ekpes* se hacían dignos de crédito a los ojos de los *efiks*, y por tanto podían contar con el crédito *efik*" (Latham, 1973:39). Como resultado, varios comerciantes europeos se hicieron miembros de alguna *ekpe*.

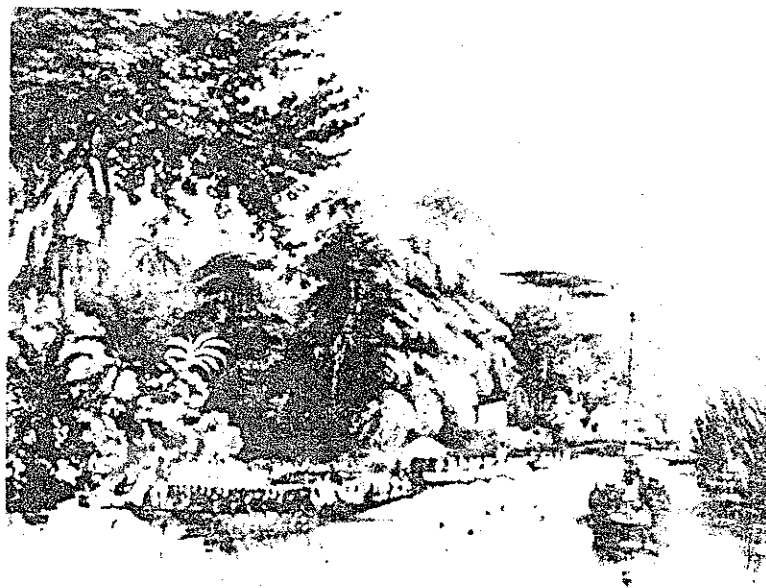
Los *efiks* se hacían cargo del tráfico de esclavos en el punto de embarque, si bien la mayoría de los esclavos de sus mercados se los proporcionaba un grupo de tierra adentro, los aros. Se trataba de un pueblo de orígenes diversos que fue conjuntado por mercenarios *okoyongos* procedentes de Akankpa, cerca de Creek Town. La costumbre de contratar mercenarios para hacer el comercio o la guerra fue común, pero los aros representaban una faceta especial de esta costumbre. Los primeros se establecieron cerca del río Cross, justo al este del gran mercado de esclavos de Bende. Estos asentamientos consistían en nueve aldeas primarias, cada una de las cuales albergaba un patrilinaje original, y diez aldeas secundarias, compuestas de segmentos de estos linajes. En la aldea de Otusi, la cabeza del patrilinaje central era también la cabeza del linaje principal aro. Las nueve cabezas de patrilinaje, junto con representantes de las aldeas secundarias, componían el consejo aro. Siguiendo una costumbre generalizada entre los pueblos *ibos*, establecieron en Aro Chukwu un oráculo y un centro de peregrinación (que entre los ingleses se conocería con el nombre de Big Juju).

Desde su centro en Aro Chukwu, los aros enviaron colonias para situarse entre otros pueblos, cuyo tamaño variaba desde pequeños puestos a lo largo de las rutas comerciales aros a grandes establecimientos que dominaban un mercado o un grupo de aldeas. Con frecuencia estas colonias albergaban un oráculo local al cual el pueblo podía someter conflictos, así como disputas sobre tierras y herencias, enemistades, robos, hechicería, brujería y homicidios. Aquellas disputas que no podían resolverse localmente se enviaban para su resolución al gran oráculo de Aro Chukwu. Todos los aros tenían el derecho de enviar gente a un oráculo aro. Al hacerlo, debía reunir información para los guardianes del oráculo, que la usarían para dar su resolución. El individuo al que los oráculos hallaran culpable podía ser multado, muerto o vendido como esclavo.

Los aros otorgaban crédito a no aros, y en caso de que no les pagaran los forzaban a venderse como esclavos ellos mismos o a un miembro de su familia. También adquirían esclavos comprándolos en los mercados locales o contratando mercenarios que los apresaran para ellos. Respaldando las funciones judiciales, sobrenaturales y económicas de los aros

abajo de Aboh, estaban habitadas por gente que hablaba ijaw, organizada en aldeas autónomas compuestas de "casas" (*waris*) familiares ampliadas. Los ijaws pescaban y reunían sal y trocaban sus productos por las cosechas, aves de corral y ganado de los reinos satélites situados al norte. La sal y los pescados de ijaws se trocaban más al norte, siguiendo el Níger, por batatas, productos de palma, ganado, madera roja, marfil y potasa.

Cuando los europeos tocaron la costa, los ijaws se hallaban en una posición estratégica para sacar provecho de las rutas que llevaban de los puertos nuevos sobre los riachuelos y ramales del delta a las ciudades situadas río arriba. En los albores del siglo xvi, los reinos del norte empezaron a comerciar con los poblados ijaws dándoles, a cambio de sal, esclavos, provisiones y ganado, cosas estas que los ijaws cambiaban a los europeos por brazaletes de cobre. Al terminar el siglo xvii, las comunidades ijaws de Kalabari, Andoni, Bonny, Okrika y Brass (Nembe), eran ya centros importantes en el intercambio de esclavos por manu-



Una partida de ingleses es escoltada hacia Aboh. Dibujo de William Allen que reconoció el Níger por cuenta del Almirantazgo Británico, 1832-1833; tomado de su *Picturesque Views of the River Niger, 1840*. (Cortesía del Departamento General de Investigación, Biblioteca Pública de la Ciudad de Nueva York. Fundaciones Astor, Lenox y Tilden)

facturas europeas. En el siglo xvii, con la generalización de las armas de fuego, los líderes guerreros ijaws subieron cañones a sus canoas de cincuenta hombres y compitieron por, y lograron, el control del creciente comercio. En el curso del tráfico y de la pelea, las casas familiares ampliadas se convirtieron en "casas canoas" —agrupaciones compuestas de parientes y de esclavos asimilados que participaban en amplias operaciones comerciales y guerreras encaminadas a hacerse de esclavos.

Ya para el siglo xviii había también en Aboh casas canoas armadas, con muchas canoas equipadas con cañones. De hecho, Aboh llegó a ser la principal fuente de estas canoas para la región del delta. La mayoría de los esclavos que adquirían los abohs venían de los igalas de Idah, al norte, que sacaban sus esclavos y marfil de la región en que convergen los ríos Níger y Benue; en el sur los cambiaban por sal y mercancías europeas. Estas actividades esclavistas polarizaron a las poblaciones de la región en *olus* e *igbos* —poblaciones ribereñas cazadoras de esclavos encabezadas por reyes (*olus*), y genté de tierra arriba que era atacada para sacar esclavos de ella (*igbos*). Así pues, la palabra *igbo* se aplicó originalmente a las víctimas del comercio; pero gradualmente se fue convirtiendo en el nombre de una categoría étnica, los ibos de hoy día (véase Henderson, 1972:40-41). A resultas de estas rivalidades, los poblados de Brass, Kalabari y Bonny surgieron como los centros principales del oriente del Delta.

En Old Calabar, sobre el río Cross, entre los pueblos costeros de lengua ibidia, creció otro de estos centros de tráfico de esclavos. Aquí también había poblaciones que vivían principalmente de la pesca, de hacer sal y de intercambiar algunos de sus productos por boniatos con las regiones ibos del norte. A fines del siglo xvi, un grupo de pescadores y comerciantes de lengua ibidia se mudaron de su aldea y se establecieron en lo que se llamó después Creek Town (Etunko). A principios del siglo xvii, una parte de los habitantes de la aldea Creek enjambró y formó Old Town (Obutong); luego, en los decenios de 1620 y 1630, una sección emparentada se desprendió de Old Town y estableció Duke Town (Atakpa). Estos poblados constituyeron Old Calabar. A mediados del siglo xvii empezó aquí el tráfico de esclavos; se calcula que entre 1650 y 1841, año en que terminó el tráfico con el exterior, se exportaron unos 250 000 esclavos (Latham, 1973:22-23). Al principio las mercancías europeas recibidas fueron hierro, cobre, artículos de ferretería y telas; en 1713 se agregaron armas de fuego.

No tardó en volverse un gran negocio el tráfico de esclavos. Como entre los hablantes de ijaw, donde el esclavismo había transformado las casas de familia extensa en "casa canoas", así también entre los efiks

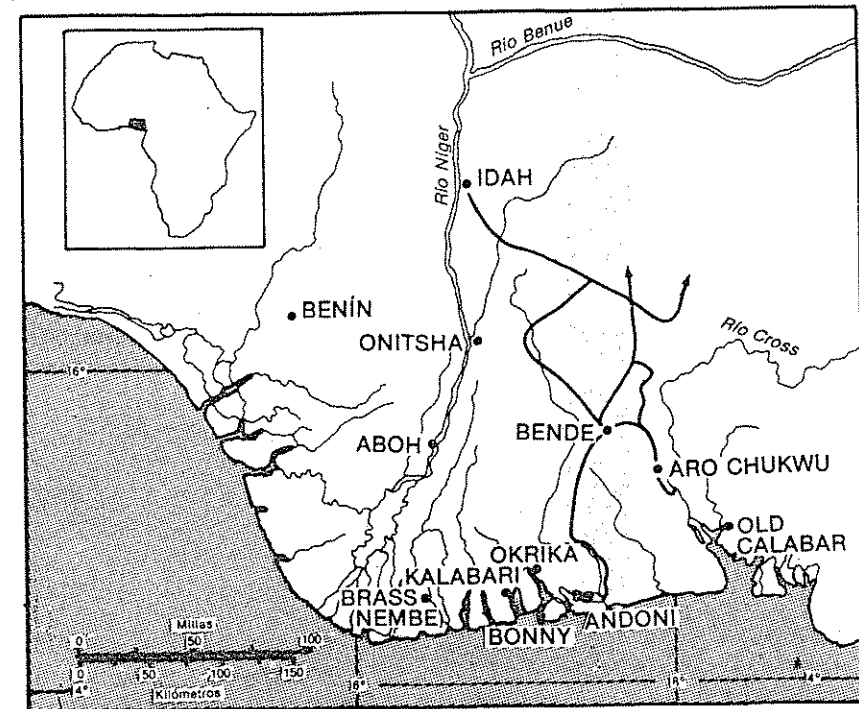
los yorubas. Hacia 1400, esta dinastía logró controlar a unos hablantes de edo de la región de Benin, tal vez con relación con el comercio sobre el río Níger. En contraste con Oyo, donde los alafines debían habérselas con una nobleza hereditaria, el Estado de Benin contenía una plétora de asociaciones que permitían a los comuneros avanzar en la escala social. Estas asociaciones, que recuerdan a las existentes en la región del río Níger situada al este, eran cuerpos organizados de comerciantes y gentes con títulos (Bradbury, 1964). A la vez que Benin prosperaba, probablemente estas asociaciones ensanchaban la base de apoyo de la autoridad del rey entre la población nativa.

Benin, que primeramente vendió pimienta y luego esclavos a los portugueses, fue la primera potencia de la Costa de los Esclavos en tener armas de fuego. Los gobernantes de Benin usaron sus mosquetes para llegar hasta Bonny en el este y hasta Eko (Lagos) en el oeste. Durante el siglo xvii Benin llegó a ser una fuente importante de esclavos. Sin embargo, al terminar el siglo, la competencia de otras poblaciones yorubas elevó el precio de los esclavos sacados de Benin e hizo que los europeos buscaran mejores precios en Whydah y Calabar. Conforme Benin declinaba económicamente crecían sus conflictos internos. El oba siguió siendo el centro sagrado de Benin, pero a su alrededor remolineaban los conflictos entre nobles hereditarios, individuos que ostentaban títulos dentro de las diferentes asociaciones de partidarios palaciegos, representantes rituales de los comuneros y miembros de las asociaciones comerciales que controlaban rutas entre la Costa de los Esclavos y los mercados del interior. Esta divergencia de intereses llevó a revueltas internas, y por fin, en las postrimerías del siglo xviii, Benin se encontró con que había desaparecido gran parte de su poder.

El Delta del Níger

Los Estados de la Costa de los Esclavos y de la Costa de Oro —Asante, Oyo, Dahomey y Benin— tenían sus bases tierra adentro, desde donde alcanzaban el litoral y controlaban los puntos vitales de embarque y de importación. En la región situada al oeste de Benin, que comprendía el delta del río Níger, florecieron centros del tráfico de esclavos a lo largo de la costa y de vías de agua. Surgieron grandes puertos como Bonny, New Calabar y Old Calabar, que servían de puntos de entrada de las mercancías e influencia de los europeos y como sitios de embarque de los esclavos provenientes del interior. En contraste con lo que ocurría en las costas de Oro y de los Esclavos, donde el tráfico de

esclavos estaba a cargo de Estados tributarios, en el Delta del Níger este tráfico se arraigó dentro de un contexto social dominado por empresas de parientes.



El Delta del Níger. (Rutas aro de comercio según Ottenberg, 1958; cortesía del autor)

Benin ya había explorado el Delta del Níger, enviando colonos encabezados por parientes o paniaguados del oba. Estos colonos habían constituido pequeños reinos satélites vinculados diversamente con Benin. Uno de estos reinos fue Aboh, estratégicamente situado en el punto en que el Níger forma tres brazos en su marcha al mar. Otro satélite de Benin fue Idah, al norte, en el reino de Igala. Desde Idah, el gobernante igala, o ata, envió jefes con cartas para colonizar más al interior; de esta región tributaria sacaron esclavos, marfil y otros productos que trocaban río abajo, en Aboh, a cambio de sal y manufacturas europeas. Las tierras pantanosas y de manglares del delta, situadas corriente

El Estado de Dahomey, gobernado por el onidada o rey de los fons, suele ser representado como Estado totalmente autónomo, que por cuenta propia apresaba esclavos y traficaba con ellos. En realidad fue un tributario de Oyo, a resultas de haber sido derrotado por él en 1712. Los oyos reforzaron su posición dominante lanzando su caballería contra Dahomey no menos de cinco veces entre 1724 y 1730. El tributo anual, el *agban*, se pagó ininterrumpidamente casi durante un siglo. Entre los artículos tributados figuraban unos 1 700 rifles por año. Los ataques de los oyos contra Abomey tenían por mira no la obtención del tributo sino evitar que los fons controlaran el litoral. En 1725 los fons atacaron Ardrah, por esos días reino bajo la hegemonía oyo que controlaba algunos puertos del litoral. Los propios fons se apoderaron de algunos de estos puertos, por ejemplo, de Whydah (1727), Savi (1728) y Jakin (1732); pero no tardaron mucho en ceder el control de Ardrah y Jakin (o Porto Novo) a los oyos. Después de un intento por interesar a los ingleses en tomar Whydah y quedarse ahí de un modo permanente y exclusivo (véase Polanyi, 1966:29-30), los fons aceptaron en 1704 un convenio celebrado entre el gobernante de Savi y los europeos para abrir el puerto a todo el mundo. Al apoderarse de Whydah los fons pudieron sistematizar el tráfico de esclavos; sin embargo, hasta 1772, enfrentaron muchas rebeliones locales, apoyadas por los oyos o por diversos agentes y compañías extranjeras. De este modo, Whydah, lejos de ser un elemento de valía para Dahomey, se convirtió en "una herida abierta del organismo político" (Polanyi, 1966:33).

Pese a dificultades externas, que continuaron hasta que Oyo se desintegró en los albores del siglo XIX, el Estado Dahomey, fue muy centralizado y coherente en lo interno. Las unidades básicas del Estado fueron patrilinajes terratenientes, encabezados por los mayores. Varios de estos patrilinajes constituían una aldea, que tenía su propia organización de trabajo comunal, el *dokpwe*. La jefatura de la aldea estaba sujeta a la aprobación del rey. Sin embargo, el nuevo Estado era más que una organización en la cual el patrilinaje real estaba por encima de otros patrilinajes. Tenía un ejército permanente equipado con mosquetes y una guardia de *corps* real de 2 500 mujeres soldados. Además, en caso de guerra había una conscripción general. El Estado contaba también con un buen sistema tributario, que consideraba un impuesto básico sobre producción agrícola de cada aldea; había también impuestos sobre el ganado, la sal, y productos artesanales; y peajes sobre las mercancías llevadas al mercado. Mediante métodos ingeniosos se llevaban y controlaban censos de población y producción. El reino también ejercía un estricto control judicial. Si un jefe cometía un delito, su recinto era des-

truido, su propiedad confiscada, las mujeres de su casa vendidas como esclavas y sus descendientes varones enganchados en el ejército. Las asociaciones secretas, comunes en la faja boscosa del África Occidental, en Dahomey estaban proscritas para evitar la existencia de fuerzas desestabilizadoras del poder. Había en su lugar un culto al Estado a cargo de sacerdotes que controlaban la iniciación. Para evitar amenazas al Estado, no estaba permitido que los miembros del patrilinaje real ocuparan cargos públicos; de modo que sólo los hijos del rey nacidos de mujeres comuneras podían llegar a reinar. Por lo general, los funcionarios estatales eran comuneros, que entraban al servicio del Estado por el señuelo de obsequios y del permiso para casarse con mujeres del clan real. No podían consolidar ningún poder porque servían a instancias del rey, sus cargos no eran hereditarios y su trabajo estaba sujeto a la supervisión minuciosa de una mujer del clan real, la "madre" del oficial a su cargo.

El Estado controlaba también el comercio exterior. Cada vez que un barco llegaba a Whydah, era recibido por representantes del rey; porteadores locales acarrearían la carga al almacén de la ciudad. Los europeos vivían en la ciudad mientras realizaban sus negocios; se les darían sirvientes y ayudantes. El comercio estaba bajo la dirección de un funcionario real. El rey fijaba los precios de las mercancías y de los esclavos. Sólo con permiso del rey podían los europeos salir de la ciudad. Igualmente, los traficantes de esclavos del norte no podían entrar a Whydah y negociar directamente con los europeos, sino que tenían que vender sus cautivos a factores dahomeyanos. No estaba permitido sacar de Dahomey armas de fuego o municiones con destino a los Estados del norte.

Se podían tener esclavos, sí, pero sólo mediante una merced pública del rey; nadie podía poseer esclavos ni traficar independientemente con ellos. Sin embargo, algunos oficiales podían ir a cazar esclavos con sus propios cuerpos armados, y mediante el pago de un impuesto al Estado se podían quedar con los esclavos que hubieran capturado. Cuando en la guerra se tomaba una población, el oficial victorioso podía monopolizar su comercio, pero pagando impuestos. Estaba obligado, sin embargo, a operar por medio de funcionarios de comercio autorizados, que eran independientes de los militares.

Benin

Probablemente Benin fue el único Estado del litoral del África Occidental, en el este de Guinea, que antecedió al control europeo. Al igual que los *alafines* de Oyo y los *onidadas* de Abomey, los gobernantes, u *obas*, de Benin remontaban su origen al Odua de Ile-Ife, la ciudad sagrada de

inclusive en cuanto a organización militar; así pues, el Estado asante era más bien un conglomerado de linajes, no una unidad centralizada.

El distrito de Kumasi era la sede del asantehene, sentado en su banquillo; era también una región de mucha población, que contenía un poblado de buen tamaño (entre 12 000 y 15 000 habitantes en 1817) y gran número de cultivadores que cosechaban alimentos para los jefes y sus familias. Constituía la unidad militar más poderosa dentro del ejército asante. En 1817 dio 60 000 soldados; el siguiente distrito en tamaño, Dwaben, dio 35 000, en tanto que otros tres distritos dieron 15 000 cada uno. En la medida en que prosperaba el tráfico de esclavos, todos los conglomerados territoriales dentro del Estado se mostraron interesados en la expansión de la autoridad asante porque les proporcionaba acceso a nuevas rutas comerciales y a esclavos.

Con los mosquetes recibidos de los holandeses, los asantes se desbordaron en todas direcciones. Se extendieron por Gonja Occidental (1722-1723), Gonja Oriental (1732-1733), Accra (1742), Akyem Abuakwa (1744) y Mamprusi (1744-1745). En los comienzos del siglo XIX rompieron la alianza entre los ingleses y los fantes del litoral. Los datos de los éxitos militares de la primera mitad del siglo XVIII se reflejan en el gran número de esclavos de la Costa de Oro que se exportaron en esos días. Con cada triunfo, los asantes se hacían de esclavos (cautivos de guerra) y tributos. En 1751 el rey de Kpembe reconoció la superioridad asante y se comprometió a pagar un tributo anual de 1 000 esclavos. Cuando en 1772 los asantes se apoderaron del gobernante de Dagomba, sus hijos lo rescataron entregando 1 000 esclavos (Wilks, 1975:22). Parecía que conforme prosperaba el tráfico de esclavos se reforzaba la orientación militar de los asantes. Los comerciantes se mantenían bajo el control del Estado, amén de que no se permitía la creación de una clase independiente de comerciantes.

La declinación del tráfico de esclavos en el siglo XIX debilitó la influencia de los militares y produjo, a su vez, una nueva coalición política. Enlazó a los empresarios comerciales (*asikafo*) con la clase baja (*ahiafo*), compuesta por esclavos (en su mayoría originarios del norte) asantes pignorados en pago de deudas y funcionarios privados de su posición. Esta coalición cobró forma concretamente alrededor de la cuestión de la conscripción militar (Wilks, 1975:701-720).

Oyo y Dahomey

El Estado asante se expandió a partir de un núcleo situado en el terreno boscoso y acabó abarcando provincias en la costa meridional y en la

sabana de tierra adentro. Otro Estado, el reino yoruba de Oyo, se expandió a partir de un núcleo de terrenos silvestres, avanzó hacia el norte y arrancó tributos a los nupes, sobre el río Níger, y hacia el sur, y estableció contactos con los europeos en los nuevos puertos. Entre el terreno boscoso occidental de los asantes y los bosques orientales que se extienden hasta el río Níger, hay una amplia faja de sabana abierta que llega hasta la costa: Allí, el Estado Oyo desplegó su caballería en una forma inconcebible en las zonas boscosas. Comprando caballos a los hausas, situados al norte de ellos, hacia 1550 los gobernantes de Oyo empezaron a crecer militar y políticamente y acabaron por dominar el corredor de sabana.

Los gobernantes oyo, o *alafines*, eran miembros de una dinastía de habla yoruba, que remontaba su genealogía hasta Odua, de quien se decía era el creador de la tierra y el primer rey de la ciudad santa de Ile-Ife. Todavía en nuestros días, esta creencia sirve como carta mítica de la realeza entre la mayor parte de los subgrupos yorubas, amén de que el orden de precedencia entre los reyes está basado en términos de conexiones genealógicas con los dieciséis hijos de Odua (véase Bascom, 1969:9-12). Aunque a los alafines se les atribuía ascendencia divina, en la práctica estaban bajo el poder de los nobles oyo, todos los cuales controlaban caballería. Buscaron contener a los nobles reclutando funcionarios de la corte entre antiguos esclavos. Para los oyo, atenerse a los caballos resultó ser una fuente tanto de fortaleza como de debilidad. Su crianza en la localidad resultaba difícilísima debido a la presencia de la mosca tsetse, por lo que debían traerse continuamente del norte junto con almohazadores que los cuidaran. Para pagar los caballos, los alafines tenían que estar seguros del flujo de sus mercancías hacia el norte. Con la llegada de los europeos, los artículos más codiciados fueron mercancías llevadas por los comerciantes marítimos, que a su vez exigían pago en esclavos. Por ello el reino Oyo llegó a ser un gran proveedor de esclavos. La mengua del tráfico de esclavos en el siglo XIX acabó por alterar esta pauta de intercambio, lo que ocasionó constantes conflictos entre los nobles y el rey.

Los oyo, empero, no cubrían con sus propias fuentes sus necesidades de esclavos; otros Estados les enviaban como tributo esclavos y mercancías. Uno de tales Estados era Dahomey, organizado por el clan alladaxonu entre los fons en la segunda mitad del siglo XVII. Los alladaxonus, como los alafines de Oyo, afirmaban descender de Odua, y como otras ramas de los descendientes de Odua habían asumido el control de poblaciones locales estableciéndose en la meseta Abomey (de aquí el nombre Dahomey) dentro del trecho de sabana.

acrecentó muchísimo su número en esa región. Entre 1658 y 1661, la Compañía vendió 5 531 mosquetes y pólvora tan sólo en la Costa de Oro. En 1700 el comerciante holandés William Bosman escribió desde Elmina:

Las principales armas militares son mosquetes o carabinas, que estos africanos saben usar a las mil maravillas... les vendemos cantidades en verdad grandes y de paso les ofrecemos un cuchillo con el que tal vez acaben degollándonos. Estamos obligados a hacer esto, porque si no lo hiciéramos, con toda facilidad conseguirían mosquetes con los ingleses, o con los daneses o con los prusianos. Y aunque nosotros como gobernadores conviniéramos en detener la venta de armas de fuego, los comerciantes privados de los ingleses o de los holandeses seguirían vendiéndolas. [Citado en Davidson, 1966:217]

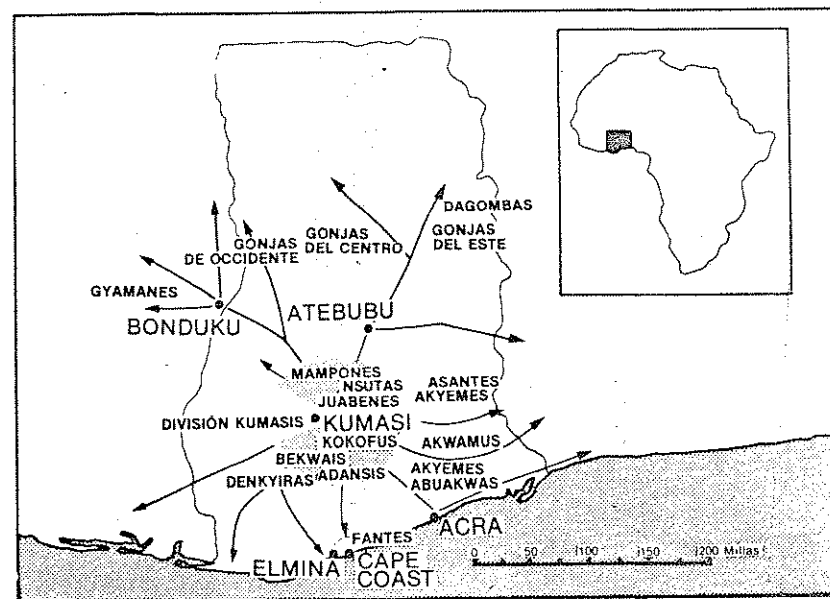
Para 1730 las importaciones anuales de armas de fuego en el África Occidental habían llegado a la cantidad de 180 000 unidades; entre 1750 y 1807 las importaciones oscilaron entre 283 000 y 394 000 por año (Inikori, 1977; Richards, 1980). Para satisfacer la inmensa demanda de armas, el fusil de chispa resultó crucial. Acrecentó la capacidad militar de sus dueños y proporcionó medios de violencia a organizaciones políticas con capacidad para utilizarlo.

Las nuevas oportunidades para comerciar y guerrear estimularon el nacimiento de Estados pequeños, todos ellos basados, como ha dicho Kea (1971:201), "en el arma de fuego". Denkyira, sobre el río Oda, fue uno de los primeros de tales Estados. Gracias a la fuerza que le dieron los holandeses de Elmina, que le proporcionaron armas de fuego, Denkyira pudo sacudirse a su antiguo amo, Adanse, y convertirse en Estado independiente. Más al este, los akwamus, que eran una federación situada a lo largo del río Birim, irrumpieron en 1667 hasta llegar a la costa; sometieron los poblados gas, en especial la Gran Accra, y establecieron contacto directo con los ingleses, holandeses y daneses. Ayudados por los europeos, los akwamus se extendieron aún más, hasta englobar el Estado fante de Agona, al oeste, y todo el este de la Costa de Oro hasta Whydah (1702). Sin embargo, entre 1729 y 1730 Akwamu fue destruida por su vecino del norte, Akyem, que controlaba ricas minas de oro y organizó el efímero Estado de Akyem Abuakwa.

Las maniobras de todos estos grupos cesaron debido a la rápida expansión de los asantes. Este pueblo, que en los siglos XVIII y XIX dominó la Costa de Oro, afloró como una entidad política distinta desde las postrimerías del siglo XVII. En los primeros decenios de ese siglo unos matrilineajes de habla twi empezaron a salir de la región adanse. Al

mediar el siglo, algunos de éstos, en particular los ekuonos y los oyokos *mmusua*, destacaron políticamente, tal vez en relación con la adquisición de armas de fuego por medio del comercio costero de ellas (Wilks, 1975:110). Entre 1660 y 1700 estos linajes se enzarzaron en una lucha por el control de la región kwaman, situada alrededor del antiguo mercado de oro de Tafo. Al principio los sometió el Estado de Denkyira, que les sacó oro y esclavos con los que pagó armas y otros artículos en Elmina. En 1699 se alzaron contra Denkyira y en 1701 destruyeron su poderío para tomar finalmente su lugar en cuanto a trueques con los europeos.

El poder del banquillo real, que acabó siendo el símbolo del reino de Asante, parece haberse basado simplemente en la capacidad del asantehene (el gobernante asante) para hacerse de armas de fuego con los europeos y para controlar el comercio, en pocas palabras, en una centralización de funciones militares y comerciales. El banquillo de oro de los asantes también simbolizaba la soberanía judicial, así como el vínculo de todos los asantes con lo sobrenatural. Al mismo tiempo, los matrilineajes que estaban bajo sus jefes siguieron siendo del todo autónomos,



La expansión de los asantes

del tráfico y su repercusión sobre poblaciones locales, estudiaremos dos territorios que proporcionaron el grueso de los esclavos enviados al Hemisferio Occidental: África Occidental (en particular la Costa de Oro, la Costa de los Esclavos y el Delta del Níger) y el África Central, la fuente de los "angolas" y "congós" de los registros de esclavos.

TERRENOS DE ABASTECIMIENTO: ÁFRICA OCCIDENTAL

La Costa de Oro

La llegada del tráfico de esclavos desató de inmediato una serie de trastornos políticos en la Costa de Oro. Durante la segunda mitad del siglo xvi, un cierto número de Estados pequeños cobraron vida a lo largo de la faja de bosques tropicales aprovechando las nuevas oportunidades comerciales. Algunos se formaron alrededor de "hombres fuertes", hombres lo bastante poderosos como para quitar su apoyo a un grupo de comerciantes europeos y dárselo a otro, siguiendo la conveniencia de sus intereses comerciales. Hombres así fueron los hermanos Akrosan, que gozaron del poder en Fetu a mediados del siglo xvii. A la muerte del hermano mayor en 1656, el hermano menor, a quien los europeos llamaron John Claessen, se convirtió en "el hombre más poderoso de la costa de Guinea" (Daaku, 1970:109). Su poderío lo basaba, entre otras cosas, en una flotilla de canoas de guerra y 2 000 soldados armados con mosquetes. Maniobrando entre los holandeses de Elmina y la Compañía Sueca, se hallaba en condiciones de rechazar los ofrecimientos de ambos. Aunque se le ofreció la corona de Fetu, la desairó, porque entrañaba una prohibición ritual de que el rey no debía entrar en contacto con el mar, lo cual le habría impedido negociar con los europeos. Otro hombre igualmente poderoso fue Akomani de Akwamu, que tenía un cañón que le permitió tomar y retener el Castillo de Christiansborg.

Sin embargo, el más famoso de estos empresarios del litoral fue Johnny Kabes de Komenda. Nació entre 1640 y 1650 y murió en 1722. Llegó a ser uno de los principales intermediarios entre los ingleses y los asantes, pero no perdió su independencia ante ninguno de ellos. Controlaba salinas vitales y plantíos de maíz que proporcionaban comida a los esclavistas que ponían velas hacia el Atlántico, daba trabajo y materias primas para la construcción de fuertes y factorías y disponía de flotillas de canoas, que alquilaba. Aunque reconocía la soberanía del gobernante de Egufo, él tenía su ejército propio. Contemporáneo de Johnny

Kabes fue Johnny Konny de Pokoso en Ahanta. También fue intermediario en relaciones con los asantes, en especial en su comercio de oro. Anti-holandés, se alineó con la Compañía de Brandeburgo. Ingleses y holandeses se aliaron para deshacerse de él, pero fracasaron en su empeño (véase Daaku, 1970; Henige, 1977).

El que tales empresarios tempraneros mantuvieran sus propias fuerzas militares señala el advenimiento de las armas de fuego, que fueron un nuevo factor político. La repercusión en sí de las armas de fuego no debe ser sobrestimada, ya que en los bosques tropicales las formas primeras de las armas de fuego no fueron del todo eficaces. Estas armas nuevas cobraron importancia cuando cayeron en manos que las usaron con eficacia. El Estado de Benin se desarrolló en esta región antes de la introducción de las armas de fuego; la dinastía que gobernaba dicho Estado boscoso cobró vida a principios del siglo xiv, es decir, antes de la llegada de los portugueses (Bradbury, 1964:149; Kea, 1971:185-186).

No nada más los europeos introdujeron en esta región las armas de fuego y las aptitudes relacionadas con ellas. En la faja de sabana situada al norte del bosque, el empleo de las armas de fuego y de la pólvora se apegó a modelos del Cercano Oriente, no a los europeos. En Europa Occidental y en Escandinavia las armas de fuego de metal se usaron por vez primera a principios del siglo xv, y a fines de ese siglo, los cañones se habían propagado a los Balcanes y habían llegado a los turcos otomanos. Las armas de fuego de mano se generalizaron en los primeros años del siglo xv; a mediados de ese siglo, cañones y arcabuces habían revolucionado la forma de guerra de los otomanos. En 1590 tropas marroquíes compuestas de arcabuceros musulmano-españoles y de prisioneros de guerra portugueses y españoles, destruyeron Songhay; y a fines del siglo xvi, el gobernante de Bornú entrenaba un cuerpo de mosqueteros con instructores turcos llevados de Trípoli (Goody, 1971:52; Davidson, 1966:139). O sea, que las armas de fuego ya eran conocidas en los bordes septentrionales de la zona boscosa cuando se presentaron los europeos.

Es claro, empero, que la tenencia en gran escala de armas de fuego por los habitantes de los bosques alteró muchísimo el equilibrio del poder político y aceleró la formación de nuevos Estados. Para proteger sus fuertes, los portugueses distribuyeron armas de fuego a "nativos amistosos" establecidos en las proximidades de Elmina, y a partir de 1610, los ingleses vendieron armas de fuego. De 1660 en adelante hubo un comercio floreciente de armas de fuego con comerciantes "Akanys" (akanes). En la segunda mitad del siglo xvii la Compañía Inglesa de las Indias Orientales empezó a vender libremente armas de fuego, lo cual

de Estados posterior al contacto europeo fue la Costa de Oro, donde un buen número de entidades menores cedieron el paso ante el crecimiento del poder asante, a fines del siglo xvii.

Mecanismos de la esclavitud

¿Quiénes eran los esclavos y por qué medios se les convertía en esclavos? Antes de la llegada de los europeos había tres mecanismos que podían convertir a un hombre libre en esclavo potencial: la institución de la pignoración, la separación judicial de una persona de la protección de su linaje y la guerra para coger cautivos.

El primero de estos mecanismos, la pignoración, estaba muy extendido. Servía para saldar deudas poniendo a una persona en posesión de otra en pago de una deuda. Esto transfería al receptor todos los derechos sobre el trabajo de la persona, sobre sus actividades reproductoras y su progenic por el lapso de la pignoración. La gente también se podía pignorar a sí misma o a sus parientes en casos de hambruna, trocando derechos sobre personas a cambio de comida.

El segundo mecanismo que creaba esclavos potenciales operaba por medio de un proceso judicial. En pocas palabras, las transgresiones contra el orden de parentesco y la estructura del linaje eran vistas como amenazas no nada más contra los vivos, sino contra los antecesores, y, por consiguiente, contra lo sobrenatural. Cuando un delito se castigaba con la separación del individuo de su linaje, no nada más se le privaba del apoyo de su parentela, sino que se declaraba que estaba contrapunteado con el orden sobrenatural. En cierto sentido, el orden de parentesco se protegía expulsando de su seno a quienes lo amenazaban. A estas personas se les podía vender como esclavos. A veces a este esclavo se le acusaba de delitos porque el linaje propio o sus afines se valían de su poder para evitar ser acusados (Balandier, 1970:338-339).

Un tercer mecanismo era la captura en guerra. Como en los otros mecanismos, esto significaba que la víctima era separada de su linaje nativo y privada del apoyo de su parentela. Es decir, que los esclavos potenciales en general, fueran pignorados, delincuentes o cautivos, se conseguían cortando sus vínculos de parentesco y transfiriendo a la víctima al grupo de parentesco de su propietario.

Es importante reconocer que una vez en posesión del linaje de su propietario, un pignorado o esclavo podía llegar a ser un miembro activo del grupo doméstico, aun cuando se le negara vinculación con el linaje de su dueño. Es decir, que la pignoración y la esclavitud podían

tener consecuencias relativamente benignas, sin ninguna de las características de la esclavitud descarnada, que fue característica del Hemisferio Occidental. Pero tanto los pignorados como los esclavos carecían de los derechos de los miembros del linaje y por tanto estaban sujetos a las manipulaciones de sus dueños. Mary Douglas ha señalado cómo esta capacidad para manipular pignorados tuvo especial significación en grupos sociales organizados matrilinealmente:

Una mujer pignorada produce segmentos de linaje de otros clanes y puede esperarse que resida en el poblado de su dueño y que no se saiga de su control. El dueño puede ofrecer las hijas de la mujer a sus parientes jóvenes y de este modo edificar su sección del clan local. A los hijos de la mujer, que también serán esclavos del amo, éste los puede persuadir para que vivan en su poblado. Ofreciéndoles esposas tomadas de su propio clan puede contrarrestar la tendencia de los hombres a unirse a los hermanos de su madre. Los dueños de pignorados pueden también construir alianzas complejas entre sus pignorados de diferentes clanes. [1964:303]

En condiciones de poliandria, además, la pignoración podría poner poder adicional en manos de los mayores en linaje, que controlarían la distribución de las mujeres y de la riqueza matrimonial, de esponsales (véase Douglas, 1964:310).

Todos estos mecanismos obraron diferentemente al nivel de los grupos domésticos cultivadores y al nivel de la élite administradora. Pignorados, delincuentes y cautivos adquiridos por los jefes y por el gobernante general no se volvían miembros de los grupos domésticos, sino que se les ponía a trabajar en los jardines del jefe, en las minas reales de oro o en el transporte de mercancías en el comercio a grandes distancias. Los comerciantes usaban a los esclavos para cultivar alimentos para las paradas de las caravanas a lo largo de las rutas comerciales y como porteadores. Así pues, para las élites militar, judicial y comercial, el trabajo esclavo proporcionaba una buena porción de los excedentes que luego usarían para su sostenimiento, así como los bienes y servicios apropiados a su posición. La guerra y el control judicial juntos se empleaban para ensanchar la clase cuyo trabajo era el fundamento de los privilegios de la élite (Terry: 1975).

Todos estos mecanismos se usaron para conseguir esclavos para el tráfico; fue así como instituciones preexistentes fueron puestas al servicio de la expansión mercantil europea. Las sociedades africanas se especializaron en la entrega de esclavos y en los eslabones primeros y finales que entrañaba su comercio. Para examinar las ramificaciones

ban de la concertación de alianzas entre linajes mediante el intercambio de derechos por razón del matrimonio sobre las aptitudes de reproducción de las mujeres y sobre su descendencia. En esta adaptación el factor que escaseaba no era la tierra sino el trabajo; los derechos al trabajo se conservaban en acuerdos de parentesco que manipulaban los mayores como representantes del linaje.

En tanto que estos linajes interconectores tendían a formar sistemas sociales y económicos autónomos, otras veces se formaban grandes entidades políticas bajo la dirección de "reyes divinos", que en su persona y condición encarnaban los atributos de lo sobrenatural. Cuando este reinado ritual se aunó con el control real sobre recursos estratégicos tales como oro, depósitos de mineral de hierro, sal y esclavos, y con jurisdicción sobre el comercio a grandes distancias, surgieron estructuras políticas "piramidales" más complejas. Estos gobiernos remontan sus orígenes por entre cartas de derechos míticas que hacen derivar sus linajes gobernantes de grandes centros de poder sobrenatural, aunque su formación probablemente esté relacionada estrechamente con las relaciones políticas cambiantes que hubo entre las poblaciones que vivieron a lo largo de las rutas de comercio que iban de la zona boscosa de África al Mediterráneo (véase el capítulo II). La consolidación política por medio de la guerra y del comercio a grandes distancias fundamentó el desarrollo de élites guerreras y comerciales, que podían ostentar un buen número de linajes locales alrededor de un centro real. Las resultantes "pirámides" políticas descansaron en una base agrícola relativamente autónoma, aunque una capa gobernante agregó recursos militares y económicos y los concentró en una corte real. Los linajes locales organizados conforme al parentesco conservaron una buena dosis de control sobre la tierra y el trabajo, pero cedieron al centro real lo referente a las cuestiones de guerra y de comercio. Esta distribución del poder permitió también que los intereses de los "mayores", que operaban la economía local de tierra y riqueza nupcial, se fusionaran con los intereses más amplios de la élite ritual y comercial del linaje real. (Esta convergencia se refleja probablemente en la ideología reinante, según la cual la autoridad no es algo que se delegue sino que se comparte y participa.) El desarrollo de monopolios clave, la intensificación de la guerra y la expansión del comercio a grandes distancias ensancharon la pirámide sociopolítica; las amenazas externas y la secesión la han de haber reducido. Y, también, estos sistemas piramidales estaban expuestos a la conquista o a la infiltración venida del exterior.

El contacto con los europeos, que llevaban metales, accesorios metálicos, armas de fuego y pólvora, textiles, ron y tabaco afectó en dos

puntos este sistema piramidal: primero, en la circulación de bienes de prestigio que regían las alianzas matrimoniales y la ubicación de la descendencia; segundo, en el punto de consumo de la élite —la cima de las relaciones que involucraban al comercio de larga distancia—. Cabría decir, por tanto, que la expansión europea se correspondía con circuitos africanos preexistentes de intercambio, sin alterar su estructura básica, simplemente agregándose las mercancías que circulaban dentro de él. Hay, sin embargo, otro aspecto de este encuentro que muy pronto afectó no solamente la circulación como tal sino también la ubicación de la fuerza de trabajo. Mientras los europeos sólo quisieron pimienta, oro o alumbre, quedó en segundo lugar la cuestión de la esclavitud; pero cuando, poco después, se presentó la demanda de gente a cambio de las importaciones, se afectó la naturaleza íntima de las relaciones de producción.

Inevitablemente, el florecimiento de la esclavitud tuvo repercusiones políticas en los terrenos de abastecimiento, debido sobre todo a que únicamente en casos rarísimos los europeos se entregaron a la cacería de esclavos. Se atuvieron más bien, como escribió el factor francés Jean Barbot a fines del siglo XVII, a "reyes africanos, gente rica y mercaderes destacados" (citado en Davidson, 1966:213). Por su parte, la colaboración de los africanos robusteció a los Estados existentes y alentó la formación de Estados en regiones donde no los había habido antes de la influencia europea.

Sin embargo, a la llegada de los europeos había dos regiones que desempeñarían un papel importante en el tráfico de esclavos y que ya estaban bajo la autoridad de Estados africanos. La primera de ellas, el Reino de Kongo, afirmaba haber sido fundada en la segunda parte del siglo XIV, cuando varios grupos jerarquizados por el parentesco originarios del norte del río Congo se sobrepusieron a las poblaciones del sur. La segunda región con un Estado preeuropeo fue Benin, en el sur de Nigeria. Los gobernantes de Benin, como los de los Estados posteriores de Oyo y Dahomey en esta misma región, remontaban sus orígenes genealógicos a la ciudad sagrada yoruba de Ile-Ife, que tal vez tuvo vínculos con la región del Níger situada mucho más al este y al norte.

En otras dos regiones, la formación de Estados es posterior a la llegada de los europeos. Una de ellas, al este de Kongo, tenía su centro en los alrededores del Lago Kisale, en la región del alto río Congo, que por ese entonces, ya adentrado el siglo XVII, era el núcleo de la expansión luba-lunda, la cual probablemente fue puesta en marcha por el "estímulo económico que dio la apertura de la costa atlántica por los portugueses" (Oliver y Fage, 1962:129). La segunda región de formación

Mientras que los siervos blancos y los esclavos americanos nativos podían contar, hasta cierto punto, con la ayuda de sus propios grupos, los esclavos africanos no contaban con un apoyo así. La venta o captura en el extremo africano del comercio los apartaba de sus parientes y vecinos; a su llegada a puertos norteamericanos se mezclaba deliberadamente a esclavos de diferentes orígenes étnicos y lingüísticos, a fin de evitar que hubiera el menor asomo de solidaridad entre ellos. Una vez asignados a sus dueños, su segregación de siervos blancos y de americanos nativos se confirmaba mediante discriminación legal y se alentaba vigorizando el sentimiento racista. Si huían, el color de su piel era una identificación para los "patrulleros" que tuvieran deseos de cobrar una recompensa. Así pues, el esclavizar africanos brindaba una fuerza de trabajo que podía emplearse en operaciones arduas y continuas bajo la dirección del propietario, y con mínimas restricciones legales y consuetudinarias. Esto excluía opciones que en el Nuevo Mundo estaban abiertas a otros trabajadores.

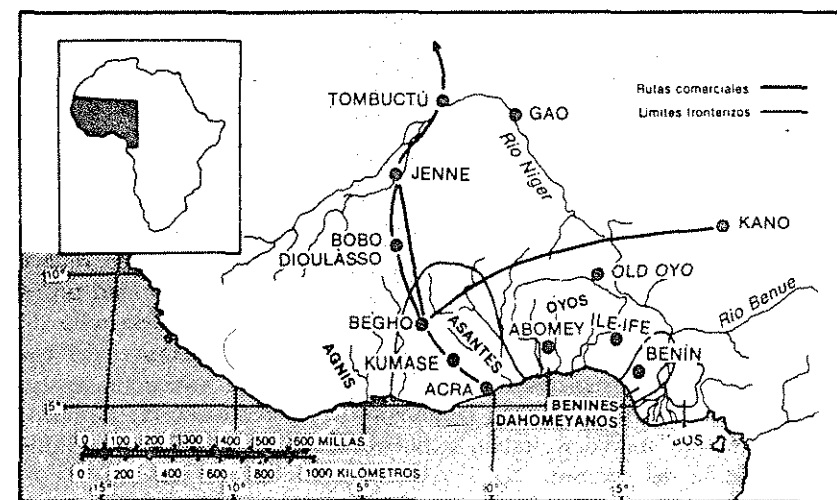
Entonces, ¿por qué África? Cuando españoles y portugueses exploraron el Atlántico, en el Mediterráneo había una buena dosis de tráfico de esclavos. Sin embargo, la toma de Constantinopla por los otomanos en 1453 y el consiguiente bloqueo turco de las rutas de comercio hacia el este, cortó al Mediterráneo occidental de la fuente de esclavos del Mediterráneo oriental y los alrededores del Mar Negro. Por esos días empezó la toma de esclavos por los portugueses a lo largo de los litorales occidentales de África; holandeses, franceses e ingleses no hicieron más que seguir los pasos de los precursores portugueses. En 1562, en su primer viaje, John Hawkins oyó en las Canarias "que los negros son una mercancía muy apreciada en la Hispaniola" (citado en Jordan, 1968:59). La idea de que en este comercio se podían obtener "algunas ganancias", sin duda inspiró su escudo, que lucía un individuo "mitad moro cautivo y atado".

LOS ANTECEDENTES AFRICANOS

Aunque a Hawkins se le dijo que "con facilidad se podría poner un almacén de negros en la costa de Guinea", África no era ni mucho menos un territorio en que abundara la población. Se ha calculado que en 1500 la población del África Occidental, de los límites septentrionales de Senegal al borde oriental de la actual Nigeria, era de unos 11 000 000; el África Occidental Central (Equatoria, Zaire y Angola) tenía unos 8 000 000 de habitantes (McEvedy y Jones, 1978:243, 249). La introducción en estas regiones de plantas alimenticias americanas como el maíz

y la mandioca llevó su población, hacia 1800, a unos 20 y 10 000 000 respectivamente. Por esto sorprende la capacidad de esta región para sostener un comercio de personas en gran escala; pasma también el rápido desarrollo del sistema de entrega que ligó la demanda europea con la oferta africana. Este desarrollo aunó la iniciativa europea con la colaboración africana. Los europeos financiaron y organizaron el comercio; en manos africanas quedó la captura, entrega, control y mantenimiento de los cautivos mientras esperaban el transporte marítimo. En cambio, el transporte, "el aclimatamiento", o sea, el proceso de habituar a los cautivos a sus nuevas condiciones, y su venta en los puntos de llegada, quedó a cargo de los europeos.

Este nuevo comercio se injertó en sociedades que tenían una base ecológica similar en el cultivo de tumba-roza-y-quema de tubérculos, plátanos, mijos y sorgos, y —cuando eso era posible— de cría de ganado. (En gran parte de la faja boscosa no fue posible la cría de ganado y de caballos porque había mosca tsé-tsé.) Diestros herreros proporcionaron azadas y hachas con cabeza de hierro, así como lanzas y espadas. Hubo mucho intercambio de artesanías y de recursos locales, tales como mineral de hierro, cobre, sal y productos de palma, por medio de amplias redes de intercambio y de mercados. Los linajes controlaban el acceso a la tierra y a otros recursos; representaban unidades continuas de antecesores y descendientes. Los ancianos manejaban estos linajes; también se encarga-



Formación de Estados y de rutas comerciales en África Occidental

Gran parte de la riqueza de Venecia acabó dependiendo del tráfico de esclavos. Aunque después de 1386 estaba prohibida en Venecia la venta de esclavos en pública subasta, se siguieron vendiendo mediante contratos privados a lo largo del siglo xvi. Y ya bien entrado el xvii el tráfico de esclavos constituyó también parte considerable de las actividades de los piratas a ambos lados del Mediterráneo. La esclavitud en Europa no fue un fenómeno del todo mediterráneo. En Escocia, los mineros de carbón y los obreros de las salinas siguieron siendo esclavos durante los siglos xvii y xviii; inclusive algunos llevaban collares que tenían el nombre de sus amos (John Millar, 1781, citado en Davis, 1966:437; Mantoux, 1928:74-75). Además, a los prisioneros de guerra escoceses e irlandeses se les enviaba como siervos (no en esclavitud vitalicia) al Nuevo Mundo.

Por otra parte, los ingleses se atenían en gran medida a la servidumbre por contrato para llevar mano de obra a sus colonias del Nuevo Mundo; este contrato era una relación bilateral conforme a la cual "las partes están sometidas bajo ciertos términos o condiciones y por un cierto tiempo a la voluntad de un hombre" (Baynes, 1641-1643, citado en Jordan, 1968:62). En la práctica, la servidumbre por contrato apenas se diferenciaba de la esclavitud. Era común que los siervos bajo contrato se compraran y vendieran aun cuando estuvieran ligados contractualmente; se les castigaba con rudeza por quebrantos de la disciplina y muchos no sobrevivían al periodo de su servidumbre, como pasaba con los esclavos africanos importados al Caribe, que tenían vidas muy breves. Entre 1607 y 1776, de diez siervos por contrato de la América del Norte inglesa, apenas dos lograban vivir para llegar a ser campesinos o artesanos independientes después del término de su servidumbre. La mayoría moría antes de la expiración de su contrato; el resto acababa como jornaleros o viviendo de limosna (Smith, 1947:297-300). Esta servidumbre llegó a su máximo en la América del Norte al finalizar el siglo xviii; para los patrones, tenía más ventajas que la esclavitud, pues el precio de un siervo era menor que el de un esclavo. Al mismo tiempo, la servidumbre no era vitalicia, estaba compensada por una serie de limitaciones legales y consuetudinarias, amén de que los siervos podían escapar con relativa facilidad. Sea como fuere, no deberá sobrestimarse la fuerza de las limitaciones legales o ideológicas al hecho de esclavizar europeos. Sigue en pie el interrogante de por qué a los europeos no se les esclavizó legalmente. Quizá conceptos mercantilistas sobre la conservación de la fuerza de trabajo interna desempeñaron un papel considerable, en tanto que los llamamientos a la igualdad cristiana mostraron ser insuficientes. En el contexto del Nuevo Mundo la distinción entre

europcos sometidos a servidumbre por tiempo limitado y esclavos africanos vitalicios separó a blancos de negros en muchos aspectos legales y sociales.

¿Por qué, entonces, los europeos no emplearon más a fondo a los esclavos americanos nativos? Los españoles no tuvieron escrúpulos para esclavizar a los indios, principalmente en la primera fase de su colonización, en el Caribe. En busca de esclavos, recorrieron no nada más la tierra firme de la América Central, sino también los litorales atlántico y del Golfo de la América del Norte. En 1520 Lucas Vázquez de Ayllón llevó 50 indios de la tierra firme de la América del Norte a las Indias Occidentales (Nash, 1974:110). En el siglo xvi, en Brasil, los portugueses empezaron a usar mano de obra nativa en los distritos azucareros de Bahía, y se dice que en el curso de los siglos xvi y xvii los esclavistas que operaban en los alrededores de São Paulo esclavizaron a unos 350 000 indios (Curtin, 1977:6).

En la América del Norte, en lo que con el tiempo sería Carolina del Sur, los colonos ingleses se hicieron de esclavos indios —capturados en la guerra— así como de pieles de venado que les dieron las poblaciones nativas; a los grupos cazadores de esclavos los premiaban con mercancías europeas. Dice Gary Nash que los ingleses "subcontrataban la guerra" con los indios (1977:117). Enfrentaron a los westos con gente del interior; a los shawnes contra los westos; a los crics contra los timicúas, guals y apalaches (en 1704, 10 000 miembros de estos grupos fueron exportados como esclavos); a los catawbas contra los shawnes; a los catawbas, congares y shawnes contra los cheroquíes; y a los cheroquíes contra todo el mundo. El tráfico de esclavos indios en las Carolinas llegó a su máximo en la guerra Yamasee de 1715-1717, pero después menguó.

Con frecuencia se aduce como razón para explicar la preferencia por los esclavos africanos respecto a los americanos nativos que eran trabajadores mejores y más confiables. Hacia 1720, ya los africanos valían más que los indios (véase Perdue, 1979:152, n. 5). Sin embargo, parece ser que el factor determinante fue que la cercanía de los indios a sus grupos nativos alentaba rebeliones y con frecuencia escapadas. Los colonos ingleses también temían que esclavizar a los indios los malquistaría con sus aliados americanos en las guerras que libraban contra españoles y franceses. Finalmente, a los grupos americanos nativos se les podía pedir que ayudaran a devolver a sus dueños esclavos africanos escapados. Así, en 1730, los cheroquíes firmaron un compromiso para apresar y devolver a los esclavos escapados, a cambio de la promesa de recibir un rifle y una mecha por cada esclavo devuelto (Perdue, 1979:39).

tuguesa del reino de Ndongo (Curtin, 1969:101-102). A mediados del siglo xvii, la gran mayoría de los esclavos exportados a los territorios ibéricos del Nuevo Mundo eran "angolas".

Durante el siglo xvii Brasil recibió 42% de los esclavos embarcados y la América española recibió 22% de ellos, mientras que los ingleses del Caribe se quedaron con un 20% y los franceses, también del Caribe, con un 12%. Sin embargo, los esclavos comprados por los ingleses provenían de una nueva región de abastecimiento situada en el África Occidental, entre Cabo Mount y la Quebrada de Benin, que comprendía la Costa Grain, la Costa de Marfil, la Costa de Oro y la Costa de los Esclavos. Hacia 1675, el 64% de los esclavos comerciados por la Real Compañía de África salieron de esta región (Curtin, 1969:122). Este cambio en la distribución debe de haber tenido efecto sobre las nuevas culturas afroamericanas del Hemisferio Occidental.

A lo largo del siglo xviii, Senegambia y Sierra Leona pasaron aún más a un segundo plano, en tanto que África Occidental ocupó el primer lugar como fuente de abastecimiento. En este lapso, alrededor del 60% de los esclavos tomados por comerciantes portugueses, ingleses y franceses provinieron del África Occidental (unos 3 234 000), en tanto que un 40% (2 228 000) provinieron del centro y del sureste de África (Curtin, 1969:211). Dentro de la misma África Occidental, el número de esclavos tomados de las diferentes regiones cambió al cambiar las circunstancias. Durante el primer decenio del siglo, el Golfo de Benin o Costa de los Esclavos tuvo mucha importancia en el tráfico, que se realizó por el estratégico puerto de Whydah. Entre 1730 y 1750, período caracterizado por el nacimiento y consolidación del Estado Asante, la Costa de Oro fue una destacada fuente de abastecimiento. En el decenio de 1740, y nuevamente en el de 1760, los esclavos provinieron de la Costa de Barlovento, sobre todo de la región donde hoy está Liberia, en donde los krus empezaron a desempeñar un papel de negreros y marineros. A partir de 1740 el Golfo de Biafra —la región del delta del Níger— también empezó a dar grandes cantidades de esclavos. A partir de esta fecha y hasta fines del siglo, esta región exportó más de 100 000 esclavos por década; en la de 1760, y otra vez en la de 1790, la cifra subió a unos 140 000. Este incremento en las exportaciones de esclavos está relacionado con una mayor eficiencia en su captura y en las organizaciones de entrega en regiones caracterizadas anteriormente por estar habitadas por poblaciones ordenadas conforme al parentesco. En los años 1780 la Costa de los Esclavos volvió a cobrar importancia como fuente de abastecimiento, pues envió más de 120 000; por estos años el reino de Oyo intensificó su participación en el tráfico.

En el siglo xviii, el tráfico de esclavos se aceleró también en el centro de África. Aunque en los años 1710 y 1720 los portugueses sacaron la mayor parte de sus esclavos del Golfo de Benin, en ningún decenio a partir del de 1730 y hasta el fin del tráfico de esclavos exportaron menos de 120 000 esclavos del centro de África y Mozambique, amén de que el número de los que salieron de esta región pasó de 180 000 en el último decenio del siglo. También los ingleses explotaron esta región, pues durante los decenios entre 1781 y 1810 recibieron de ella más de 100 000 esclavos; en el decenio de 1780 los franceses compraron unos 130 000 esclavos en esta región (Curtin, 1969:211). Estas cifras nos hablan de una gran expansión del comercio en el África Central que tuvo grandes consecuencias sociopolíticas en la región.

Aunque la decisión inglesa de 1807 de abolir la esclavitud terminó con el flujo al Caribe inglés y redujo muchísimo las importaciones de esclavos de Estados Unidos, en el siglo xix todavía entraron más de 600 000 a los dominios españoles del Nuevo Mundo, de los cuales 550 000 fueron para Cuba. Entre 1811 y 1870, el Caribe francés adquirió más de 100 000 esclavos, y Brasil nada menos que 1 145 000. Los enviados a Brasil provinieron principalmente de la región de captura del Congo y Angola. Sin embargo, números todavía mayores salieron de Mozambique, en el África Oriental, donde los yaos operaron en el extremo oriental de la gran senda de comercio de esclavos que se había forjado por entre la parte media del África Central.

¿POR QUÉ ÁFRICA?

¿Por qué África llegó a ser la fuente principal de esclavos del Hemisferio Occidental? En verdad, ¿por qué África se convirtió en la fuente de esclavos de los europeos en vez de la misma Europa? La respuesta está muy lejos de ser clara, pero algunas piezas del rompecabezas empiezan a caer en su lugar. Vimos ya que en el primer milenio d.c., Europa dio esclavos a los musulmanes y a los bizantinos. Durante los siglos de las Cruzadas, los musulmanes esclavizaron cristianos y los cristianos esclavizaron musulmanes, y esta norma se continuó en la península ibérica hasta el fin del siglo xv. En el siglo xiii los genoveses y los venecianos empezaron a importar esclavos turcos y mongoles que les llegaban por Tana, sobre el Mar Negro, en tanto que la mayoría de los esclavos importados a Europa durante el siglo xiv fueron eslavos y griegos. En los siglos xiv y xv los esclavos procedentes de estas regiones constituían una parte importante de la población de Toscana y de Cataluña-Aragón.

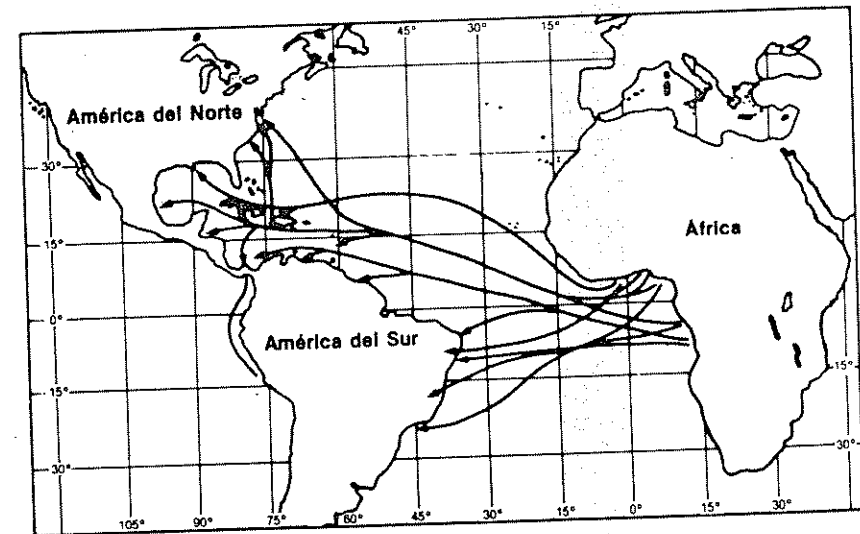
120). En 1700 la Real Compañía de África esperó vender esclavos a cuatro veces el valor de las mercancías pagadas por ellos, en tanto que los comerciantes privados esperaban una utilidad de seis a uno. Craton calcula la utilidad total entre 1620 y 1807 en unos 12 000 000 de libras, y que quizá la mitad de esta suma se originó entre 1750 y 1790 (1974:117). Klingberg calculó la utilidad anual del comercio durante el siglo XVIII en un 24% (en Davis, 1966:155, n. 60); sin embargo, según Anstey, entre 1769 y 1800, las utilidades eran menores, entre un 8 y un 13% anual (1977:84).

El tráfico tuvo efectos indirectos en los países europeos que participaron en él. Las mercancías que se trocaban por esclavos en las costas africanas debían producirse o pagarse en el país de origen. Ello explica que entre 1730 y 1775 aumentara 400% el valor de las exportaciones inglesas a África. Fabricantes, abastecedores y marinos se beneficiaban con el comercio y en diversas ocasiones pidieron su continuación. Además, las plantaciones operadas con esclavos daban utilidades, muchas de las cuales regresaban a la madre patria. Las plantaciones de azúcar de las Indias Occidentales dejaban aproximadamente 20% anual antes de 1700, no menos de 10% anual entre 1750 y 1775, y alrededor de 7.5% en 1790 (Craton, 1974:139). Craton afirma que

es, pues, razonable concluir que las utilidades en las plantaciones de las Indias Occidentales a lo largo del siglo XVIII nunca bajaron de entre el 8 y el 12% del valor comercial de los esclavos deducido de las plantaciones azucareras. [1974:140]

En su obra *Capitalism and Slavery* Eric Williams sostiene que el tráfico de esclavos y sus accesorios proporcionó el capital que permitió a Inglaterra lanzarse a la Revolución Industrial. Es probable que Williams subestime el crecimiento del mercado interno y sobrestime el papel que África y las Américas desempeñaron en la generación del capital del crecimiento inglés. El mercado interno fue importante y en los siglos XVII y XVIII las exportaciones inglesas a Europa tuvieron mayor valor que las enviadas a África y las Américas. Sin embargo, la creciente demanda de las plantaciones inglesas en la segunda mitad del siglo XVII proporcionó "un mercado en el cual los fabricantes ingleses estaban a cubierto, en que tenían poca competencia de parte de los nativos y una capacidad de absorción que crecía rápidamente conforme crecían las exportaciones a las colonias" (Davis, 1954:154). Por otra parte, las exportaciones inglesas a África y las Américas se decuplicaron durante el siglo XVIII, en tanto que el monto de las enviadas a Europa no varió.

"Así pues, en los decenios medios del siglo XVIII, el principal elemento dinámico del comercio inglés de exportación fue el comercio colonial" (Davis, 1962:290). O sea, que la tesis de Williams puede reenumerarse de modo que indique, no que el desarrollo industrial inglés se basó sobre todo en el comercio atlántico, sino que este último proporcionó al desarrollo industrial inglés un "elemento dinámico principal".



Orígenes y destinos del tráfico de esclavos en el Atlántico

En el decurso del comercio, cambió la fuente de la demanda de esclavos, pues a las antiguas plantaciones y a los viejos distritos mineros se superpusieron nuevas entidades; y también los territorios que proveían de esclavos cambiaron al cambiar las fortunas de los traficantes y abastecedores. Durante el periodo inicial del ascenso portugués a lo largo del siglo XV, la fuente principal de esclavos fue la región que se extiende del sur del río Senegal a la Sierra Leona, territorio al que se llegaba con facilidad desde las islas de Cabo Verde y al que los portugueses llamaron Guinea de Cabo Verde (Curtin, 1969:96). En el siglo XVI Senegambia se mantuvo como buen terreno de aprovisionamiento, pues entregó los muchos cautivos que hizo en las guerras que siguieron al colapso del Estado Jolof. Al mismo tiempo, creció la importancia de la región situada al sur del río Congo, debido a la penetración por-

un monto promedio de 170 000 *dobras*, o moneda de oro (Boxer, 1973a:29). A cambio, los portugueses llevaron a África textiles de Inglaterra, Irlanda, Francia y Flandes; trigo de Marruecos, de las islas frente a la costa de África y del norte de Europa; utensilios de bronce y cuentas de vidrio de Alemania, Flandes e Italia; y conchas de ostras de las Canarias. Vemos que más bien eran reexportadores de las mercancías de otros pueblos. El tabaco de Brasil pronto se hizo famoso en África y les dio a los portugueses un artículo que seguiría siendo codiciado a lo largo de todo el comercio africano.

Aunque los portugueses comerciaron en muchos artículos, lo cierto es que los esclavos fueron lucrativos desde un principio. Entre 1450 y 1500 han de haber adquirido unos 150 000 esclavos, que en su mayoría enviaron a Portugal (Boxer, 1973a:31). El tráfico de esclavos creció aún más cuando se descubrió, hacia 1500, que São Tomé y Príncipe, anteriormente deshabitadas, eran ideales para la caña de azúcar. En lo sucesivo creció el flujo de esclavos, si bien otra gente —por ejemplo, niños judíos, deportados de Portugal— se estableció también ahí. São Tomé llegó a ser una de las chispas que encendieron el florecimiento del comercio en azúcar y esclavos. Entre 1500 y 1530 su producción de azúcar creció treinta veces. Sin embargo, en 1520 empezó a cultivarse la caña en Brasil, lo que hizo de este país el principal consumidor de esclavos.

Los portugueses fueron, no hay duda, los principales abastecedores del mercado de esclavos durante los siglos xv y xvi, pero la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales no tardó en entrometerse en los cotos portugueses y pronto dominó el mercado. La presencia de los holandeses en las costas de África entre 1624 y 1654, debe ser vista junto con su empeño por arrancar a los portugueses el control de la costa azucarera de Brasil. Penetrando en el África Oriental atacaron a los portugueses en Mozambique en 1607 y 1608; en el África Occidental se apoderaron en 1637 de Elmina, Axim y Shama sobre la Costa de Oro, y entre 1641 y 1648 ocuparon la costa de Angola. Sin embargo, en 1654 perdieron su último reducto en Brasil y luego abandonaron su empeño por hacerse de territorio en Brasil y en África, aunque conservaron con firmeza las islas costeras de Curaçao y Aruba en el Caribe.

En vez de ocuparse directamente de la producción de azúcar, los holandeses abastecieron a los productores del Caribe con capital y técnica, y con esclavos. Gran parte del azúcar brasileña destinada a Europa entraría por Amsterdam, pues los portugueses refinaban su azúcar en ingenios holandeses. Empero, en 1660, los holandeses enfrentaron la primera gran competencia inglesa organizada, la de los Aventureros Reales

y la de sus más eficaces sucesores, la Real Compañía de África. A partir de 1644, los franceses constituyeron también varias compañías para comerciar en el Atlántico del Sur.

A semejanza de los portugueses, que los precedieron, los ingleses no llegaron a África únicamente para comerciar con esclavos. A fines del siglo xvii el oro era el artículo más importante de las mercancías manejadas por la Real Compañía de África. Y, ciertamente, se considera que sólo la Costa de Oro exportó oro por valor de 200 000 libras esterlinas anuales entre 1500 y 1700 (Bean, 1974:353), aunque a partir de los primeros años del siglo xviii los esclavos constituyeron la mercancía más importante del comercio con África, comercio que dominaban los ingleses. Entre 1701 y 1810 Inglaterra exportó de África Occidental más de 2 000 000 de esclavos, o sea, unos dos tercios del total despachado por las tres potencias principales del tráfico de esclavos; las otras dos, Francia y Portugal, transportaron unos 600 000 esclavos cada una durante el mismo periodo. Para 1710, la Real Compañía de África, con base en Londres, había cedido su puesto a armadores privados que operaban desde Bristol, aunque para mediados de siglo ésta había doblado las manos ante Liverpool, puerto que fue el más destacado de Europa en el tráfico de esclavos hasta 1807 en que se abolió dicho tráfico; a esta ciudad la favoreció su estrecha conexión con el interior del país, crecientemente industrializado, que proporcionó capital y bienes industriales baratos para darlos en intercambio a los traficantes de África. En Francia, Nantes fue el principal puerto esclavista; otros puertos se le unieron después de 1763, pues así se procuró compensar la pérdida del comercio de pieles de Canadá a manos de los ingleses.

Aunque el número de esclavos llevados a América creció de firme, el índice de utilidades que dejaba es materia de discusión. Los traficantes individuales ganaban hasta un 300% (Craton, 1974:120); sin embargo, otros muchos quebraron. Los negreros tenían que pagar honorarios e impuestos a las autoridades africanas locales, contratar trabajadores locales, absorber los costos de las demoras en la carga y las pérdidas de tripulaciones y esclavos en el cruce del océano. Pese a todo, el tráfico era, sin duda, productivo. Malachy Postlethwayt, el mercantilista inglés que escribió en defensa de los intereses de la Real Compañía de África, sostuvo que “el comercio de negros y las consecuencias naturales que son su resultado, pueden ser vistos con toda justificación como un inagotable fondo de riqueza y de poderío naval de esta nación” (citado en Davis, 1966:150). Escribió que el tráfico de esclavos era “el primer principio y fundamento de todo lo demás, el resorte principal de la máquina que da movimiento a todas sus ruedas” (citado en Craton, 1974:

VII. EL TRÁFICO DE ESCLAVOS

EN América del Sur la búsqueda de la riqueza se centró en el oro y la plata; en la del Norte se buscó al castor, "el amor" de los europeos, como lo llamaron los nativos micmacs. En África, la mercancía más codiciada acabó siendo el "marfil negro" —gente—, que se vendería sobre todo en las Américas.

El tráfico de gente no fue un fenómeno nuevo ni circunscrito a las Américas. Desde hacía mucho la península europea había proporcionado esclavos, primero a Bizancio y después al mundo islámico; ya desde el siglo XII, en el Mediterráneo, en Chipre y Sicilia se empleó el trabajo esclavo en el cultivo de la caña de azúcar y el trabajo en las minas. Por esos días la esclavitud no distinguía colores. También en Asia usaron esclavos los europeos. Por ejemplo, en el siglo XVII los holandeses tomaron esclavos de lugares tan distantes como Madagascar y Mindanao para trabajar en los establecimientos del Cabo de Buena Esperanza en África y en los boscajes de nuez moscada de las islas de Banda. La población de Batavia, en Java, recién fundada por los holandeses, se pobló con esclavos llevados desde la Bahía de Bengala (Boxer, 1973 b: 268-269). Pero conforme se desenvolvía el tráfico de esclavos (en el siglo XV) se llevaban más y más de África y con el tiempo su destino principal fue las Américas, que eran la fuente principal de demanda; África, el principal abastecedor.

EL CURSO DEL TRÁFICO DE ESCLAVOS

Esta demanda americana sufrió varios cambios; creció gradualmente, durante el siglo XVI, en respuesta a la demanda española de mano de obra para las minas de plata y las plantaciones, y de la portuguesa de cortadores y moledores de caña de azúcar en el noreste de Brasil. Entre 1451 y 1600 fueron enviados unos 275 000 a América y Europa. En el curso del siglo XVII, las exportaciones de esclavos de África se quintuplicaron, pues alcanzaron la cifra de 1 341 000, principalmente en respuesta al crecimiento del cultivo de caña de azúcar en las islas del Caribe. (Este auge antillano compensó en cierto grado la depresión económica que sufrió Europa Occidental en el siglo XVII.) La parte media de este siglo marca un parteaguas en la producción agrícola de las islas del Caribe. Antes de 1650 casi todas las islas producían tabaco, que se daba única-

mente en fincas pequeñas que trabajaban cultivadores europeos. Después de 1650, las islas se volcaron a la producción de caña de azúcar en plantaciones con esclavos, en tanto que el tabaco, también con trabajo esclavo, se cultivó cada vez más en grandes fincas de la tierra firme de la América del Norte, sobre todo en Virginia y las Carolinas.

Entre 1701 y 1810, 6 000 000 de personas salieron por la fuerza de África, lo que hizo del siglo XVIII la edad de oro de la esclavitud. Los centros principales de producción eran Jamaica, de propiedad británica, y Santo Domingo, de franceses; dos tercios de los esclavos enviados al Caribe trabajaron en campos azucareros. En 1807 Inglaterra abolió el tráfico de esclavos, pese a lo cual casi 2 000 000 más de esclavos salieron de África entre 1810 y 1870, muchos destinados a Cuba, que en el siglo XIX fue el principal productor de azúcar del Caribe. Es evidente que el siglo XVIII y la primera mitad del XIX fueron testigos del apogeo del tráfico de esclavos; entre 1701 y 1850 llegó al Nuevo Mundo el 80% de todos los esclavos.

Los portugueses fueron los iniciadores del tráfico a lo largo de la costa occidental de África, que además llevaron su colonización a las islas situadas al sur de su país: Madeira, conocida ya por los cartógrafos desde el siglo XIV, fue colonizada por los portugueses en 1402. En 1344 Castilla ocupó las Canarias, pero en el segundo cuarto del siglo XV Portugal empezó a establecerse en algunas de las islas, y luchó, como lo habían hecho los castellanos, contra los nativos blancos que las habitaban, los guanches, a quienes esclavizó y llevó a Madeira donde los hizo trabajar en obras de riego que pronto convirtieron a Madeira en "un verdadero paraíso agrícola" de trigo y cañales de azúcar (Greenfield, 1977). En los años 1430 llegaron los portugueses a las Azores. La primera factoría (*feitoria*) la establecieron en Arguin, frente a la costa de Mauritania; en 1445. Vino luego el descubrimiento, en 1470 de las islas de São Tomé y Príncipe en el Golfo de Guinea y de Fernando Poo en la desembocadura del Níger, en 1471. Poco después, en 1482, establecieron en Elmina, en el Golfo de Benin, su segunda gran factoría costera, a la cual siguió en 1503 la de Axim. En 1483 Diogo Cão remontó el río Congo e inició un periodo de "relaciones amistosas" entre el reino del Congo y el rey de Portugal.

Al principio, el comercio portugués con África Occidental no se concentró en la consecución de esclavos; fue la busca de oro y especias el motor de los viajes portugueses; los comerciantes enviaban a casa oro, pimienta, marfil, palos de tinte, goma, cera de abejas, cuero y madera así como esclavos. Durante el reinado de Don Manuel I (1496-1521), tan sólo el oro que se envió de Elmina a Portugal tuvo

general, y la India y China en particular, lejos de ser secundarias en la evolución de la economía internacional de la época, fueron capitales" (Latham, 1978:70). Bajo el dominio inglés, la India se convirtió en un basamento clave del edificio capitalista que empezaba a asomar en el mundo.

TERCERA PARTE

CAPITALISMO

A partir del siglo xv, soldados y marinos europeos llevaron los pendones de sus gobernantes hasta los últimos rincones del globo, y los comerciantes europeos establecieron sus almacenes en puntos tan apartados como Veracruz o Nagasaki. Después de dominar las rutas marítimas del globo, estos comerciantes invadieron las redes existentes de intercambio y las conectaron entre sí. Al servicio de "Dios y lucro", hallaron fuentes de productos codiciados en Europa y crearon sistemas coercitivos para su entrega. En respuesta, los talleres europeos, aisladamente o unidos en manufactureras, empezaron a producir mercancías para surtir los amplios empeños militares y navales y para que los comerciantes de ultramar dieran a cambio de las que se venderían en la madre patria. El resultado fue la creación de una red comercial de escala mundial.

Durante los tres y medio siglos de la expansión europea, España y Portugal se dividieron el continente sudamericano. Inglaterra y Francia pusieron pie en las Antillas y plantaron caña de azúcar. También pelearon por el control del litoral oriental de la América del Norte, disputándose las rutas de acceso a los Grandes Lagos y más allá. En contraste, en el Viejo Mundo rara vez los europeos penetraron tierra adentro; tal fue el caso de los portugueses, que penetraron en Angola, y los ingleses, que acabaron controlando el subcontinente indio. En general, los marinos-mercantes europeos que estuvieron por Asia y África prefirieron apoderarse de las principales rutas marítimas y conservarlas, y explotar la riqueza de los continentes controlando puertos vitales.

Pero al mismo tiempo, el crecimiento del comercio europeo acabó tropezando con sus propios límites y contradicciones. Los comerciantes se valieron de diversos monopolios y coacciones para controlar fuentes de abastecimiento a buen precio. En esta empresa contaron con la ayuda de sus gobernantes, que esperaban mejorar sus erarios disminuyendo los que estaban en poder de sus rivales. La actividad mercantil, alentada y robustecida por la protección del Estado, ensanchó muchísimo el flujo de mercancías, aunque en gran medida se mantuvo dentro de cauces definidos, protegida por un carapacho de privilegios y prerrogativas. Incluso donde los comerciantes habían empezado a movilizar artesanos y productores domésticos y familiares para que fabricaran mercancías vendibles por medio de acuerdos de compra, sólo en contadas ocasiones pusieron a los trabajadores en establecimientos vigilados directamente por el dueño. Preferían cosechar los beneficios de la circulación de mercancías, a la vez que pasaban los riesgos de la producción a los productores directos. He aquí cómo lo expresa Dobb: "las relaciones de dependencia económica entre productores individuales o entre productores y comerciantes no eran impuestas directamente por necesidades del acto de producción en sí, sino por circunstancias externas a él" (1947:260).

Antes de que las relaciones capitalistas pudieran llegar a dominar la producción industrial, era necesario que se produjera un conjunto de cambios relacionados que garantizaran el nuevo orden. Había que transformar al Estado para que dejara de ser una estructura tributaria y se convirtiera en una estructura de apoyo de la empresa capitalista. Las relaciones tributarias, encastradas en monopolios de todo tipo, penetraban en la capacidad reproductora del capital y debían desaparecer. A la oficialidad del aparato del Estado debía hacerse responsable de las necesidades de acumulación de capital, para lo cual había que eliminar el control del Estado sobre los recursos productivos y reducir el asimiento de los señores tributarios sobre la maquinaria del Estado. Al mismo tiempo, la inversión estatal tenía que ser reencauzada hacia la creación de una infraestructura de transportes y comunicaciones que beneficiara al capital sin exigirle desembolsos cuantiosos. Se necesitaban nuevas disposiciones legales que por una parte protegieran los derechos de propiedad y de acumulación privadas y que por la otra establecieran nuevas formas de contratación del trabajo. La intervención del Estado también debía dirigirse a derribar las barreras que hubiera entre diversos Estados y que impidieran el movimiento de capitales, máquinas, materias primas y mano de obra. Finalmente, la ayuda y los subsidios estatales eran necesarios para proteger industrias nuevas contra la competencia exterior o para abrir mercados fuera del país.

En la segunda mitad del siglo xviii se abrió en Inglaterra una brecha que la llevó del dominio mercantil al modo de producción capitalista. Espoleadas por la inversión capitalista, una serie de inversiones relacionadas establecieron el predominio de la producción por medio de máquinas, primeramente en la producción textil y luego en la construcción de ferrocarriles. El ejemplo de Inglaterra fue seguido de inmediato por otros países de Europa y América. Esta creciente producción industrial exigía materias primas y comestibles para los nuevos "talleres del mundo". En tanto que la producción industrial bajo los auspicios capitalistas transformaba las regiones en vías de industrializarse, fuerzas igualmente poderosas desataron cambios concomitantes en las vidas de quienes vivían en las regiones de abastecimiento del mundo. La propagación del modo capitalista puso en marcha no nada más nuevas corrientes de mercancías sino también movimientos de gente en gran escala hacia los nuevos centros de actividad industrial. El mundo presenció el surgimiento de clases trabajadoras, cuyas características variaban conforme al lugar y momento de su entrada en el proceso. Impulsada por una dinámica general, del capitalismo surgió una variabilidad muy suya.

IX. LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

EL VEHÍCULO más trascendental de la transición al modo de producción capitalista fue la industria textil de la Inglaterra del siglo XVIII. En la producción comercial de telas la riqueza se transformaba visiblemente en capital, conforme iba adquiriendo la doble función de comprar, por una parte, máquinas y materias primas, y por la otra, energía humana para impulsar su operación. En lo sucesivo, la acumulación de riqueza ya no dependería de la extracción de excedentes "por medios no económicos", y de la comercialización de los excedentes por los mercaderes. Mediante la compra de máquinas, la riqueza-como-capital se apoderó de la tecnología y se apropió del aparato material con que se lograba la transformación de la naturaleza. Comprando fuerza de trabajo, el capital se adueñó del trabajo social y lo aplicó a la transformación de la naturaleza conforme a sus propios términos. Ciertamente es que antes del establecimiento del modo capitalista la gente había trabajado a cambio del salario, pero ahora el trabajo asalariado se convertía en la forma central de obtención de trabajo; además, la existencia de una clase de obreros, que dependían del salario, se convirtió en el factor dominante que regía la movilización y despliegue del trabajo social. La tecnología y el trabajo social dependían del deseo de crear valor excedente. El resultado fue acelerar el paso del cambio tecnológico y la sincronización de la fuerza de trabajo con los requerimientos de la tecnología. Como ha dicho Polanyi, "hasta el fin del siglo XVIII, la producción industrial en Europa Occidental no fue más que un accesorio del comercio" (1957: 74). Y ahora, en palabras de Marx, el comercio se convertía en siervo de la producción industrial (*Cap. III*, 1967:330, 336).

¿Por qué ocurrió esta transformación en Europa? Una respuesta común dice que Europa estaba "dotada con el privilegio del atraso". Antes de 1000 d.c., Europa era una región de frontera, marginal al Mediterráneo, al Cercano Oriente Islámico y a los Estados centralizados del Oriente. El poder político estaba fragmentado y eran débiles quienes lo ejercían. Con frecuencia las relaciones entre señores militares-políticos y comerciantes eran ambiguas y antagónicas. Los señores podían saquear a los comerciantes, restringir su autonomía política o prohibirles hacer inversiones mercantiles en tierras. Pese a todo, ellos necesitaban, más que los grandes Estados centralizados —que mediante impuestos podían elevar la gama de abastecimientos necesarios—, que los comerciantes trocaran excedentes por artículos estratégicos que eran necesarios. Paradójicamente,

al evitar que los comerciantes adquirieran tierras y ganaran poder político, los señores de Europa los obligaban a reinvertir en el comercio, a arriesgar su fortuna en esa actividad en vez de invertirla seguramente en bienes raíces. O sea que en los intersticios de dominios débiles y en los espacios entre ellos, los comerciantes europeos podían edificar lazos comerciales que convertían excedentes en mercancías y éstas en dinero, todo ello en regiones geográficas muy amplias.

La presencia del comercio no llevó por sí al surgimiento del modo de producción capitalista. Había un amplio comercio generalizado y entrelazado en el Cercano Oriente, la India y China, e inclusive producción artesanal auspiciada por comerciantes, concentrada en manufactureras o dispersada en talleres familiares en todas estas regiones. Empero, en dichos Estados tributarios centralizados, los comerciantes estaban muy constreñidos por gobernantes políticos de los cuales dependían. Quizá hubo "brotes de capitalismo", como han dicho los especialistas chinos, pero no hubo modo de producción capitalista. Lo que distingue al caso inglés no es que los comerciantes traficaran en mercancías, sino que fueron arrastrados —rápida e irresistiblemente— al reino de la producción.

LA TRANSFORMACIÓN INGLESA

¿Cómo y por qué sucedió esto y por qué en Inglaterra? A pesar de muchas indagaciones no se ha encontrado todavía una respuesta que abarque todo el problema. Sin embargo, es posible señalar varias causas de este singular desarrollo.

Ya desde el siglo xv Inglaterra había efectuado la transición de criar ovejas para vender su lana en el exterior a producir artículos de lana por su propia cuenta; en adelante la producción de estos artículos se convirtió en la principal manufactura de Inglaterra. En las poblaciones del interior aparecieron jerarquías de comerciantes y financieros que obtenían el producto de los fabricantes originales, vigilaban su procesamiento y lo enviaban al mercado. Fue así como las lanas originaron un escalafón de intereses comerciales que ligaron firmemente a Londres con el interior del país.

Vinieron luego cuatro hechos interrelacionados. Primero, los terratenientes se apresuraron a hacer de la agricultura un negocio; dedicaron la tierra a la cría de ovejas pero también intensificaron los cultivos por medio de nuevos métodos llevados desde el continente. Como ha dicho Tawney, los terratenientes "podían ganar mucho si adaptaban sus cul-

tivos a las nuevas condiciones comerciales. Se arriesgaban a perder mucho si se apegaban a los viejos métodos" (1967:195).

Segundo, la cadena de eslabones entre el interior y Londres no sólo dio origen a una variedad de grupos comerciales, sino que también trajo consigo un alto grado de interacción y mutualidad entre agentes comerciales y señores tributarios, entre comerciantes y aristócratas terratenientes. En muchas partes de Europa, los nobles terratenientes no podían participar en el comercio ni los comerciantes podían hacerse de tierras. Pero en Inglaterra, familias de comerciantes y aristócratas terratenientes se casaban y se interrelacionaban de un modo poco común.

Tercero, unidos, estos comerciantes y terratenientes podían aprovechar la situación peculiar de los "granjeros" ingleses. Esta situación había sido el resultado de una paradoja característica del desarrollo inglés: desde mediados del siglo xv, los cultivadores habían ganado libertad respecto a los pagos de tributos a los señores, pero al mismo tiempo no habían logrado la propiedad absoluta sobre la tierra. Al mediar el siglo, el campesinado inglés había ganado ya la liberación de la servidumbre y, de paso, el fin de las cuotas de trabajo y de las alcabalas arbitrarias. La renta se fijó por la costumbre, y su valor real disminuyó conforme el dinero perdía valor debido a la inflación. Los señores, incapaces de llevar a cabo una reacción que hubiera reinstituído e intensificado la servidumbre, empezaron a racionalizar la producción agrícola mediante el uso de instrumentos financieros. Transformaron las tierras de los campesinos, sometidas a tenencia consuetudinaria, en arrendamientos, favoreciendo a inquilinos acomodados que trabajaban bien la tierra en unidades de gran extensión. Además, agobiaron a los campesinos con cuotas sobre herencias y por la confirmación de títulos de propiedad. En lugares en que era productivo el cultivo de granos, los campesinos cedieron ante la agricultura comercial mejorada. En regiones donde la agricultura era pobre y predominaba la ganadería, sobre todo en las mesetas del norte y del oeste, los campesinos buscaron empleo alterno en artesanías rurales y en actividades subsidiarias. Así, en algunos lugares en donde los campesinos empezaron a reforzar su ingreso, primero haciendo telas de lana y luego tejiendo, el número de campesinos que pagaban rentas consuetudinarias (enfiteusis) creció en el curso de los siglos xvi y xvii, si bien sobre propiedades reducidas (Thirsk, 1974). Esta aptitud de combinar el cultivo o el pastoreo con la producción artesanal y —luego— con el trabajo asalariado, significó también que las parejas podían casarse y tener hijos antes que en otros tiempos. Estos aumentos en la población probablemente fragmentaron aún más las parcelas (véase Tilly, 1975:404-405). Aumentó también el número de los que no

tenían nada de tierra. En las postrimerías del siglo xvii, los señores tenían en su poder entre el 70 y el 75% de la tierra cultivable (Brenner, 1976:63); y hacia el decenio de 1790 los grandes terratenientes y la clase media controlaban entre el 80 y el 85% de la tierra (Mingay, 1973:25). E. L. Jones ha calculado que al finalizar el siglo xvii, no menos de un 40% de la población inglesa había dejado el campo y que buen número estaban empleados en la industria (citado en Brenner, 1976:66). A la vez que los terratenientes y sus inquilinos "mejoraban" y ponían así las bases de una agricultura de capital intensivo, se ponía a disposición de la industria una fuerza de trabajo de operarios "libres" y móviles.

Cuarto, luchas políticas continuadas debilitaron el poder de los aristócratas y comerciantes destacados que apoyaban al rey, lo cual dio mayor libertad a los estratos inferiores de terratenientes y de agentes comerciales de las provincias. Se había preparado el escenario para producir una acción innovadora en el nivel local.

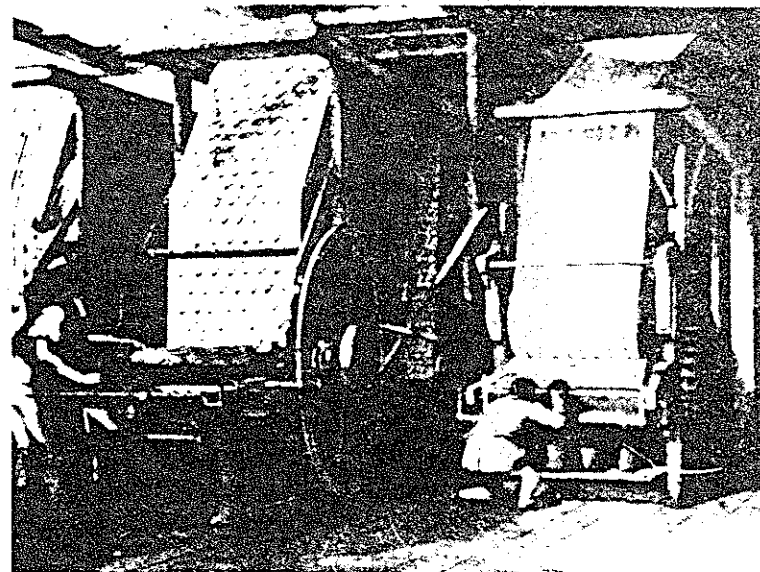
Esta transformación de la agricultura y el desarrollo de una población rural que necesitaba empleo de jornada completa o incompleta permitió a los comerciantes extender sus operaciones por todo el campo. Una forma en que hicieron esto último fue colocando órdenes de trabajo con maestros artesanos en ciudades provincianas, que pasaban a talleres en pequeño que usaban mano de obra familiar o asalariada. Otra forma fue el sistema conforme al cual los comerciantes distribuían las materias primas entre trabajadores que las procesaban en sus casas, con frecuencia usando máquinas sencillas que les rentaba el intermediario. Generalmente estos dos sistemas se entrelazaban: el maestro artesano se ocupaba de una fase del proceso, y en otra fase funcionaba como factor rural. Al final, los comerciantes y sus agentes recogían el producto terminado y lo enviaban al mercado.

Competencia holandesa e india

Este comercio textil, operado bajo los auspicios de una riqueza mercantil, no tardó en enfrentar una competencia al parecer abrumadora proveniente de dos fuentes: la rival Holanda y los artesanos de la India.

La competencia de Holanda fue muy seria. Sus técnicas de teñido y acabado eran superiores a las de los ingleses. Para hacer frente a esta competencia, los ingleses adoptaron un producto más barato; en vez de los "antiguos paños" de lana, sin teñir y sin acabar, que habían producido hasta entonces, se pusieron a producir "paños nuevos" —mezclas

de lana con seda, lino o algodón, así como estambres en los cuales la urdimbre y la trama eran de lana peinada. Estos materiales los pudieron vender a menor precio que los holandeses, primero porque llevaron la producción de las regiones urbanas al campo, y después por la mecanización de la industria textil. Los holandeses se rezagaron debido a que tenían salarios más elevados en la industria y en la agricultura (De Vries, 1975:56), y porque su comercio les dejaba utilidades más altas que la industria textil (véase Smit, 1975:62). El trabajo holandés era caro en esos días, mientras que el trabajo rural inglés era barato.



Estampando calicó en una máquina estampadora de marco de madera. Grabado a línea por J. Carter, de hacia 1835. (The Granger Collection, Nueva York)

Sin embargo esta ventaja en cuanto al costo no operó cuando se trató de la competencia inglesa con la industria textil de la India. Este país producía textiles que eran no sólo más baratos sino técnicamente mejores que cualquiera de los hechos por los europeos. Los algodones o calicós de la India, así llamados por la ciudad de Calicut en la costa malabar, enloquecieron a Europa. Tanto la Compañía Holandesa como

la Inglesa de las Indias Orientales, encargaron a tejedores indios que produjeran calicós para el gusto europeo, y luego importaron a Europa calicós indios para estamparles dibujos europeos. También se popularizaron en Europa las sedas y muselinas de la India; ambas compañías las importaron junto con algodones de la India, especialmente de Bengala. Pero al llegar a este punto las industrias nacionales recurrieron a medios políticos para impedir la entrada de textiles de la India. A la Compañía Inglesa de las Indias Orientales se le prohibió importar calicós o mandarlos estampar. Al mismo tiempo, la industria inglesa empezó a producir copias, sobre todo de fustán —una mezcla de lino y algodón—, que se confundían fácilmente con el producto indio. A su vez esta competencia reforzó la mecanización de la industria inglesa, que por producir telas más baratas pudo derrotar a sus competidores asiáticos. Al mismo tiempo, el éxito que tuvieron los ingleses al finalizar el siglo XVIII en cuanto a valerse de la producción mecánica para instrumentar la “sustitución de importaciones” de los productos asiáticos, les permitió suprimir la competencia de alemanes y franceses.

Los nuevos empresarios

A partir de 1760 las máquinas con que se fabricaban los algodones ingleses seguían siendo “casi tan simples como las de la India” (E. Baines, 1835, citado en Rostow, 1975:126). El sistema conforme al cual el algodón era hilado y tejido en innumerables hogares “evolucionado como una innovación en la organización, sin ningún cambio drástico en la técnica” (Coleman, 1973:14). Veinte años después los cambios organizacionales y tecnológicos estaban en su apogeo. ¿A quiénes achacar este cambio?

No a los grandes comerciantes londinenses de Blackwell Hall, el mercado de telas de esa ciudad, sino más bien a los comerciantes provinciales y a sus agentes o factores que participaban en las redes comerciales del sistema. Estos comerciantes y factores empezaron a llevar su supervisión a las etapas finales de la producción de telas, al blanqueado, teñido y estampado, para obtener una calidad uniforme que pudiera competir con las telas producidas en el extranjero. Del control del acabado se desplazaron a la producción de hilos mejorados, sea volviéndose productores de hilos o motivando a los dueños de talleres para que emplearan nuevas máquinas. Ya hicimos ver que con frecuencia estos dos papeles se entremezclaban: los dueños de talleres podían también ser factores en el campo que obraban en beneficio de los comerciantes.

Ciertamente, como ha mostrado Chapman (1973) en un análisis de los activos de 1 000 empresarios textiles entre 1730 y 1750, también participaban en la preparación de la malta, en la fabricación de cerveza y en la hostelería, en el comercio al menudeo y en la agricultura, y en la compra-venta de casas y bienes raíces. Estas actividades les permitían acumular alguna riqueza y mejorar su posición social, a la vez que servían como freno contra bajas en el mercado textil. Edificios, mesones y patios de mesones se convertían fácilmente en talleres y tejedurías, y también se hipotecaban para tener fondos que invertir. El capital necesario para comprar aquellas primeras máquinas y para contratar operarios era bajo (entre 3 000 y 5 000 libras esterlinas); pero luego la propagación de la hiladora mecánica intermitente de Robert decuplicó la inversión a partir de 1830 (Chapman, 1972:26, 30). Como veremos, cuando el hilado se mecanizó, fue preciso transformar el tejido para mantenerlo al paso del aumento en la producción de hilos. Una vez puesto en marcha, el gasto de capital en máquinas, materias primas y trabajo creó su propia lógica de operación, según la cual se buscaba maximizar el valor excedente mediante el acoplamiento “racional” de los factores de la producción. Fue así como el proceso mismo de enjaezar hombres a las máquinas aceleró el nacimiento del empresario capitalista, que aunó en su persona “las funciones de capitalista, financiero, gerente de operación, comerciante y vendedor” (Wilson, 1957:103). Socialmente fue esta una clase de hombres “nuevos”, venidos de los segmentos más bajos de la clase media de las provincias, “cuya condición”, según palabras de un contemporáneo, los colocaba “entre caballeros y jornaleros de campo o campesinos” (citado en Dobb, 1947:125). También de este mismo estrato y medio salieron los “ingenieros” y “artífices” que diseñaban, mejoraban y producían las nuevas máquinas junto con ruedas hidráulicas, motores de vapor y equipo agrícola.

Inicialmente, el capital para la industria era de origen más bien local, suscrito por medio de lazos de parentesco, matrimonio, amistad y conocidos; “no provenía de fuentes institucionales” (Perkin, 1969:80). Además, las transacciones se facilitaron gracias a un instrumento —la letra de cambio— que daba crédito a corto plazo. Era una manifestación enviada al deudor, de dinero debido por bienes y servicios. El deudor debía firmar la letra como aceptación de su deuda y devolverla al proveedor; éste la endosaría y la usaría para satisfacer sus propias obligaciones. A fines del siglo XVIII, los intermediarios —conocidos como corredores o agentes de cambio— facilitaron y aceleraron estas transacciones. Por lo general operaban con los bancos agrarios recién establecidos, que giraban letras desde Londres para uso de la industria.

Mecanización

Con acciones de capital se pagaban máquinas, si bien el problema clave del empleo de maquinaria para lograr costos bajos y competitivos era que no había sincronización entre el hilado y el tejido. Con el torno de hilar, el hilado era lento respecto al tejido, que comparativamente era rápido. La introducción en 1733 de la "lanzadera volante" de Kay, operada manualmente, duplicó el rendimiento de los tejedores, pues aumentó muchísimo la velocidad con que la trama se hacía pasar por la urdimbre. Pronto aparecieron cuellos de botella en la entrega de hilos a los telares. De inmediato los inventores se aplicaron a lograr que el hilado fuera más eficiente y productivo.

En 1770 James Hargreaves presentó la "hiladora", que permitía que una hiladora hilara simultáneamente varios hilos finos. En 1769 Arkwright patentó su "telar" hidráulico, que tiraba de fibras torcidas sueltamente y las arrollaba en carretes verticalmente, todo ello en una operación continua. En 1779 Crompton presentó su hiladora, que aunaba las cualidades del telar hidráulico y de la hiladora; a este aparato se le adaptó el vapor en 1790. Los nuevos inventos trajeron consigo un aumento pasmoso en la productividad. Un hilador indio del siglo XVIII necesitaba más de 50 000 horas para procesar 100 libras (45 kilos) de algodón; la hiladora de Crompton redujo este tiempo a 2 000 horas y los telares con energía mecánica de hacia 1795 redujeron el tiempo todavía más, a 300 horas. Éste fue también el nivel de rendimiento de la máquina de Arkwright, que empleaba sobre todo a mujeres y niños no adiestrados y mal pagados, y que más o menos se defendió ariosamente en cuanto a productividad, hasta que las hiladoras automáticas de Roberts redujeron en 1825 a 135 horas el tiempo de operación por 100 libras de algodón (Chapman, 1972:20-21). Una mayor productividad se logró cuando se mejoró la calidad del hilo producido. Se mide ésta por el número de madejas o cadejos de fibra tejida por cada libra de hilo. El número saltó de entre 16 a 20 madejas tejidas por la rueca manual a más de 300 por la hiladora de Crompton a fines del siglo XVIII. El número de hiladoras saltó de unas 50 000 en 1788 a 4 600 000 en 1811 (Chapman, 1972: 21-22).

Al mismo tiempo, la mecanización transformó también los pasos preparatorios del hilado. El algodón recién sacado de la paca debía ser escogido y limpiado. Había que golpearlo para abrirle las fibras, peinarlo o cepillararlo para desenredarlas y colocarlas paralelamente. Cuando todos estos pasos se colocaron bajo un control mecánico, se pusieron las bases para coordinar las diversas actividades que eran necesarias para

hilar conforme a un flujo continuo de operaciones. En todas estas máquinas, la aplicación del motor de vapor de Watt (1764) dio la transición de la operación manual a la mecánica.

Las nuevas máquinas afectaron también los tipos de trabajo que se necesitaban para moverlas. Ya vimos que el telar hidráulico de Arkwright podía ser operado por mujeres y niños y que por ello compitió ventajosamente hasta finalizar el siglo con máquinas más productivas, e inclusive después de esas fechas en regiones marginales. Evidentemente la nueva maquinaria aumentó el número de husos que podía atender una persona. Con la introducción en el decenio de 1830 de la hiladora automática de Roberts, con ayuda de dos o tres jovencitos, una hiladora podía ocuparse de hasta 1 600 husos. De este modo, el hilado se convirtió en una especialidad muy bien pagada que requería mucha capacitación; pronto los hilanderos formaron su propio sindicato, cuyos miembros ocupaban los mejores lugares en las tabernas, que se reservaban con el rótulo de "Sólo para Hilanderos".

Paradójicamente, mientras el hilado se mecanizaba, el tejido se mantuvo tecnológicamente estancado por mucho tiempo. El telar mecánico de Cartwright, aunque patentado en 1785, empezó a propagarse 40 o 50 años después; su número pasó de 12 150 en 1820 a 85 000 en 1833. Sin embargo, en ese mismo lapso el número de tejedores de telares de mano subió de 75 000 en 1795 a 250 000 en 1833 (Chapman, 1972: 60). Estas cifras indican varios cambios. Primero, la competencia con el telar de fuerza motriz desplomó los salarios e ingresos de los tejedores de telares de mano, que no tardaron en perder su independencia y que se empobrecieron y arruinaron rápidamente (Thompson, 1966: cap. 9). Quizá esta caída en los salarios de los tejedores manuales retardó la adopción del telar mecánico. Segundo, la caída en los salarios y en la posición afectó a personas que vivían en lugares muy dispersos; esta misma dispersión los hizo indefensos. Sin embargo, una consecuencia de esto fue que se retardara hasta el decenio de 1830 la generalización del trabajo del algodón en las fábricas. Poco después de 1830 los tejedores de algodón en telares de mano eran más numerosos que los trabajadores adultos, hombres y mujeres de las hilanderías y tejedurías de algodón, lana y seda combinadas. Tercero, en esta nueva fuerza de trabajo que manejaba los telares mecánicos predominaban las mujeres y los jóvenes. En 1838, sólo 23% de los trabajadores de la industria textil eran varones adultos (Hobsbawm, 1969:68).

La fábrica

Fue inevitable que la dispersión del trabajo diera lugar al desarrollo de una nueva forma de empresa productiva: la fábrica. No era nueva la idea de concentrar en un lugar, inclusive en un conjunto de edificios, un gran número de trabajadores dedicados a diferentes operaciones técnicas. Sin embargo, algo nuevo había: la creación de estas organizaciones bajo una administración técnica unificada responsable de procesos productivos sincronizados y de cambios en la producción en respuesta a las cambiantes condiciones del mercado. Los talleres y casas del sistema anterior habían operado "en un medio parcialmente inmóvil, con una tecnología bastante estática, disfrutando de un monopolio de hecho o legal o bien de órdenes cuantiosas de compradores no comerciales como cortes o ejércitos" (Pollard, 1965:7).

La llegada de la fábrica fue consecuencia de las limitaciones del sistema de producir para vender (véase Landes, 1969:55-60; Pollard, 1965:30-37; Schlumbohm, 1977:274-276). Ese sistema, en el cual un comerciante-empresario proporcionaba las materias primas que debían ser procesadas en muchos establecimientos domésticos pequeños, tropezó con serias dificultades cuando trató de sostener y ensanchar la escala y alcance de sus operaciones. Por consiguiente, estableció límites a la posible acumulación de capital. Hubo límites a la intensidad y duración del trabajo cuando los productores trabajaban en unidades económicas dispersas y no supervisables. Eso fue particularmente cierto mientras las operaciones industriales complementaron las tareas agrícolas, de tal suerte que el trabajo en el campo podía ser precedente al trabajo en la hiladora o en el telar. Del mismo modo, las actividades religiosas, de parentesco y de recreación, podían interferir y de hecho interferían con la intensidad y los procedimientos del trabajo. Además, el comerciante tenía poca defensa contra raterías y hurtos de materias primas por parte de sus dispersos trabajadores, y poco control sobre la calidad del producto; en el curso del siglo XVIII estos dos problemas se volvieron cada vez más graves. La falta de sincronización entre los diferentes pasos del proceso de producción se vino a sumar a los costos del transporte: cuando el hilado era lento, el comerciante-coordinador debía ir en busca de hiladeros que alimentaran los telares; cuando el hilado mejoró debido a innovaciones, los comerciantes tenían que salir a buscar tejedores manuales.

Estas demoras en el procesamiento y en las entregas retardaban el tiempo de recirculación del capital y molestaban a los clientes. Así pues, este comercio en gran escala y siempre creciente se topaba con las

limitaciones de un sistema productivo subdividido en innumerables talleres individuales, "no supervisados y no supervisables" (Pollard, 1965:31). La respuesta a esta contradicción fue el establecimiento de la fábrica capitalista.

Esta nueva forma de organizar el trabajo entrañaba un cierto número de cambios interconectados. En primer lugar, reunió "bajo un mismo techo" tantas fases del trabajo como era posible y provechoso. Esta concentración reducía los costos de supervisión y transporte que eran la característica del sistema anterior. También aumentó el control sobre la fuerza de trabajo, pues permitió a los organizadores de la producción "someter los temperamentos refractarios de gente acostumbrada a paroxismos irregulares de diligencia", según palabras que Andrew Ure, defensor del sistema de fábricas, escribió en 1835 (1967:16). Segundo, el proceso de trabajo se subdividió "en sus contribuyentes esenciales", y reemplazó así "la división de gradaciones de trabajo entre artesanos" (Ure, 1967:20). Tercero, estas diferentes fases de trabajo acabaron siendo jerarquizadas por la capacitación y destreza requeridas, y fueron remuneradas diferencialmente. Esto permitió una sincronización más eficiente del trabajo, a la vez que acrecentaba el control del trabajo mediante la división de la fuerza de trabajo en equipos motivados por intereses diferentes. Cuarto, la sincronización de las tareas dio continuidad al proceso de trabajo, y maximizó la extracción de valores excedentes. Ciertamente, a medida que mayores sumas de capital se invertían en máquinas y quedaban fijas en ellas, la continuidad del trabajo se convirtió en un imperativo importante de la operación de la fábrica. El comerciante que dirigía un sistema de producción para vender podía, simplemente, detener las operaciones cuando bajaba la demanda. Empero, bajo las relaciones de producción capitalistas, el que la maquinaria se depreciara estando ociosa roía directamente al capital. Por otra parte, si a la maquinaria no la ponían a trabajar de inmediato cuando era nueva, tal vez no pagara su precio antes de volverse anticuada. El empresario se había vuelto "un prisionero de su inversión" (Landes, 1969:43).

Lo cierto es que las primeras fábricas textiles inglesas enfrentaron una renuencia general de parte de la clase trabajadora potencial a aceptar el empleo en fábricas. Se opusieron sobre todo al trabajo inflexible y a la disciplina de las fábricas, tan contraria a las costumbres anteriores de sociabilidad del trabajo autónomo. Muchas de estas primeras fábricas se modelaron conforme a casas correccionales y prisiones y eran manejadas por aprendices indigentes "involuntarios". Esta identificación de la fábrica con el trabajo forzado penal significó también que los an-

tiguos artesanos y trabajadores de las industrias caseras sintieran que perdían posición social al dejar la relativa autodeterminación de la producción en el hogar para aceptar la servidumbre del trabajador industrial. La verdad era que "en tanto hubiera algún grado de libertad de elección entre el trabajo casero y la fábrica, el trabajador prefería la casa" (Pollard, 1965:162). Fue lento y resistido el crecimiento de un proletariado fabril libre. El odio al sistema de fábricas alentó, en no pequeña parte, la situación muy cercana a la guerra civil entre la clase acomodada y el hombre común que caracterizó en Inglaterra la primera parte del siglo XIX. Este conflicto no empezó a menguar sino hasta la segunda mitad del siglo, cuando hubo una mayor estabilidad en el trabajo de la fábrica y una creciente diferenciación en la situación y en las percepciones de las diferentes posiciones; además, la disciplina en la fábrica se vigorizó cuando entre la nueva clase trabajadora se generalizó un sentimiento de trabajo y obediencia (Pollard, 1965:186, 197; Foster, 1974).

El crecimiento de las fábricas de telas de algodón trajo consigo el crecimiento de los grandes centros de producción textil de Inglaterra. Ya antes había habido grandes aglomeraciones urbanas, pero en el surgimiento de ciudades manufactureras en Inglaterra, el mundo presenció un cambio cualitativo en escala y rapidez como no había habido otro. La gran ciudad de Londres que en 1660 ya estaba atestada con su medio millón de habitantes, no era una ciudad industrial, sino "un centro importante de comercio y distribución: de artesanos calificados en metales e impresión; de ropas, muebles y modas; de todo el trabajo relacionado con la navegación y el mercado" (Williams, 1973:147). En contraste, las nuevas poblaciones industriales en donde se desarrollaba la revolución industrial "estaban organizadas alrededor de sus lugares de trabajo, que por lo general era una sola especie de trabajo" (Williams, 1973:154). Entre estas poblaciones, Manchester era la quintaesencia y símbolo. En 1773 apenas tenía 24 000 habitantes; en 1851, año en que la mayoría de los habitantes de las Islas Británicas vivían ya en ciudades, su población se había decuplicado: más de 250 000 habitantes, de los cuales, al mediar el siglo, un 66% eran obreros; en cambio, en las cercanas ciudades satélites que circundaban Manchester el porcentaje era de 90%. Por ese entonces, más de dos tercios de la población mayor de 20 años había nacido en alguna otra parte. De entre estos últimos, unos 130 000 provenían de condados vecinos, y unos 40 000 de Irlanda. Para algunos, la nueva ciudad era "sublime como el Niágara" (Carlyle), para otros era "un nuevo Hades" (De Tocqueville), "la entrada al infierno hecha realidad" (Napier). Para Friedrich Engels, fue uno de

los lugares de nacimiento del proletariado inglés. La gente se mudaba ahí "por su propia y libre voluntad" (1971:135), libres, sin duda, para vender su fuerza de trabajo debido a la desintegración de un modo de producción que en otro tiempo los retuvo. Pero ahora estaban sometidos a las exigencias del modo capitalista, que arrojaba al obrero al mercado de trabajo como si fuera un vendedor de fuerza de trabajo, para transformar su producto en el mismísimo medio por el cual el capitalista podría luego comprarlo. Fue así como las ciudades industriales llegaron a ser sedes de grandes mercados de trabajo en los que diversos grupos y categorías —hilanderos manuales y mecánicos, operadores de telares mecánicos y manuales, hombres, mujeres y niños, antiguos artesanos y nuevos inmigrantes— competían por los empleos disponibles. Estos mercados de trabajo creaban una oposición constante: oposición entre artesanos desplazados por las máquinas y operadores de esas máquinas; oposición entre supervisores de producción y productores; oposición entre hombres, cuyo trabajo era más caro, y mujeres y niños; oposición entre empleados y desempleados, especialmente durante las crisis cíclicas de 1826 y del decenio de 1840; y oposición entre trabajadores ingleses e inmigrantes irlandeses.

El conflicto entre trabajadores ingleses e irlandeses se agudizó con el progreso de la industrialización. La inmigración de irlandeses a las ciudades inglesas creció después de 1800. Por los años 1830 había irlandeses en "todos los compartimientos más bajos de trabajo manual" (Informe sobre la Situación de los Irlandeses Pobres Residentes en Gran Bretaña, citado en Thompson, 1966:435). En 1870, Marx escribió:

Todos los centros industriales y comerciales de Inglaterra tienen hoy en día una clase trabajadora que está dividida en dos campos hostiles, proletarios ingleses y proletarios irlandeses. El trabajador ordinario inglés odia al irlandés por considerarlo un competidor que rebaja su nivel de vida. En relación con el trabajador irlandés, se considera miembro de la nación gobernante y de este modo se convierte en instrumento de los aristócratas y capitalistas de su propio país contra Irlanda, y de este modo robustece el dominio que se ejerce sobre él mismo. Alienta los prejuicios religiosos, sociales y nacionales contra el trabajador irlandés. Su actitud hacia él es muy similar a la de los "pobres blancos" con respecto a los "negros" de los antiguos Estados esclavistas de los Estados Unidos. Por su parte, el irlandés le paga en su propia moneda, y con intereses. En el trabajador inglés ve en seguida al cómplice y al instrumento estúpido de la dominación inglesa sobre Irlanda... Este antagonismo es el secreto de la impotencia de la clase obrera inglesa, pese a su organización. [1972:293-294]

En la primera mitad del siglo XIX estallaron ocasionalmente conflictos entre ingleses e irlandeses, pero en la segunda mitad fueron muy numerosos. Esta intensificación está eslabonada con un cambio general en la política de la clase trabajadora que de un cartismo común antigubernamental, que predominó en la primera mitad del siglo, pasó a una aceptación mayor del dominio capitalista en la segunda. El movimiento sindical organizó poco a poco a los trabajadores, pero a la vez institucionalizó gradaciones de destreza, reforzó las jerarquías ocupacionales, incluyendo la supervisión del trabajo de las mujeres por los hombres, y buscó la estabilización del empleo y de las condiciones de trabajo mediante la aceptación de las normas educativas y morales de la clase alta (véase Foster, 1974). Al mismo tiempo, se intensificaron los conflictos entre los obreros ingleses e irlandeses, a los que alentó la agitación anticatólica de la Iglesia de Inglaterra, que quería negar las reivindicaciones políticas de los católicos irlandeses (véase Hechter, 1975:269, n.).

Exportaciones de algodón

Fue así como la producción de textiles de algodón se convirtió en el principal "porteador" de la revolución industrial bajo la égida capitalista en Inglaterra. Después de las guerras napoleónicas, dice Eric Hobsbawm,

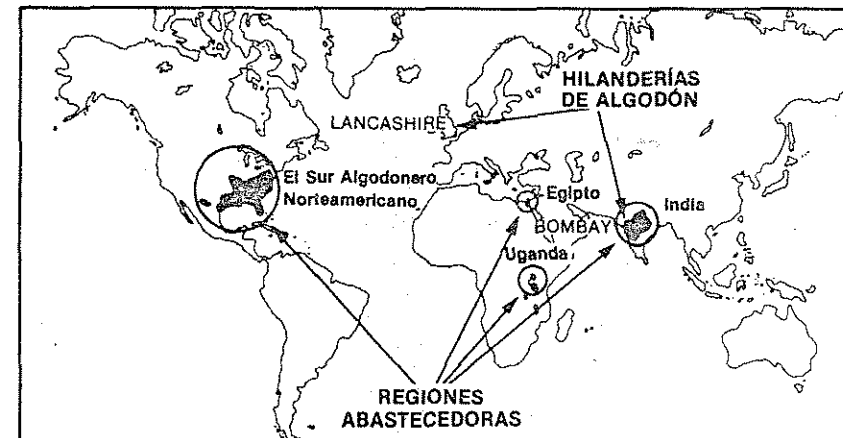
aproximadamente la mitad del valor de todas las exportaciones inglesas fue de productos de algodón, y en su punto culminante (a mediados del decenio de 1830) el algodón en rama representó hasta un 20% de las importaciones netas totales. En un sentido real, la balanza de pagos de Inglaterra dependía de los vaivenes de esta sola industria, cosa que también ocurría en gran parte de la navegación y del comercio ultramarino de la Inglaterra. En tercer lugar, casi seguramente contribuyó más que las demás industrias a la acumulación de capital. [1969:51]

¿Adónde iba todo ese algodón? Para los ojos ingleses, la América Latina constituía un gran mercado no explotado; hacia 1840 absorbía el 35% de las exportaciones textiles inglesas (Hobsbawm, 1969:147). Este incremento coincidió con la propagación en América Latina de las firmas comerciales inglesas. Durante el segundo decenio del siglo, más de 150 empresas comerciales operaban en América Latina, mayormente en Brasil y Argentina. Sin embargo, el mercado al alcance de los importadores latinoamericanos llegó a su límite cuando la producción local pudo competir con los productos ingleses, a pesar de la disminu-

ción constante en los precios de las importaciones. Para conservar el mercado latinoamericano, el gobierno inglés empleó fondos públicos para abrir líneas de crédito a los gobiernos de la América Latina a favor de las firmas inglesas que operaban en esa región. Sin embargo, esta medida contrarrestó la caída en las ventas únicamente en Brasil y Argentina. Buscando compensar estas pérdidas, los exportadores ingleses de textiles ampliaron sus ventas en Asia. China y la India, que después de las guerras napoleónicas compraban sólo el 6% de las exportaciones de algodón, en 1840 compraron el 22%, en 1850 el 31, y más del 50 después de 1873. A partir de esta fecha, la India se convirtió en el principal participante del comercio de Asia (Hobsbawm, 1969:147).

REGIONES DE ABASTECIMIENTO: EL ALGODÓN SUREÑO

A diferencia de la lana, que fue la primera carta de triunfo de Inglaterra para entrar al comercio de ultramar, y que se había producido en el país, el algodón debía ser importado. En 1787 más de la mitad de estas importaciones de algodón en rama provinieron de posesiones europeas en las Indias Occidentales. Esmirna y Turquía proporcionaban un cuarto más. Sin embargo, a partir de 1807, más del 60% de todas las pacas de algodón desembarcadas en Londres, Liverpool y Glasgow llegaron de



Los textiles de algodón en la Revolución industrial: centros manufactureros y regiones abastecedoras

la antigua colonia inglesa —los Estados Unidos (North, 1961:41); de ahí en adelante, este país sería la fuente principal del algodón inglés. Por otra parte la cosecha de algodón llegó a ser "la causa inmediata más importante de expansión" de la economía norteamericana después de 1815 (North, 1961:68). Entre 1815 y 1860 representó más de la mitad del valor total de las exportaciones norteamericanas.

Y así como en Inglaterra el hilado y el tejido se facilitaron debido al acoplamiento tecnológico del motor de vapor con las hiladoras y los telares mecánicos, así también en el Sur norteamericano la producción de algodón se hizo posible gracias a una máquina, la desmotadora de Eli Whitney. El algodón de las islas llevado en 1786 de las Bahamas al litoral de Georgia-Carolina, fue el que los ingleses compraron inicialmente. En este algodón era fácil separar las semillas de las fibras; bastaba prensarlas con rodillos; sin embargo, requisitos climáticos restrictivos mantuvieron baja su producción. Por ello, la mayor parte del algodón norteamericano exportado era de segunda, de la "clase Uplands". Pero la desmotadora de Whitney, que separaba con facilidad las semillas de las pegajosas fibras, hizo que un operario limpiara 50 libras (poco más de 20 kilos) de Uplands en el tiempo que antes tardaba en limpiar una libra.

Las empresas algodonerías, basadas en el uso de la mano de obra esclava, eran unidades de producción de trabajo intensivo y altamente organizadas. Conforme el sistema de plantación avanzaba hacia el oeste, se producía un cambio del cultivo de tabaco y granos al de algodón; esto significaba una mayor escala y, por tanto, un aumento en el número de esclavos. Sólo unos cuantos dueños de esclavos quedaron a la altura de esta situación. La producción de algodón, que era muy especializada, sólo podía lograrse en fincas que tuvieran 30 o más esclavos. En el decenio que precedió a la guerra entre la Unión y la Confederación, el mínimo de esclavos de una plantación eficiente era de 50 en la faja de tierras negras de Alabama y Texas y de más de 200 en las tierras de la llanura aluvial del río Misisipí. Se obtenía un trabajo intensivo asignando equipos a tareas específicas sucesivas dentro del ciclo de cultivo, en un ritmo que traía a la mente la producción industrial. La razón final de la disciplina requerida en estas operaciones, no fue otra que la fuerza, ejercida por capataces y sobrestantes. La fuerza fue fundamental para el sistema, porque, como dicen Fogel y Engerman (1974: 238). "la evidencia disponible muestra que la aplicación de la fuerza permitió obtener trabajo de los esclavos a menos de la mitad del precio que se habría pagado de no mediar la fuerza".

Con ayuda del trabajo esclavo, el algodón era un buen negocio. En

promedio, quienes tenían esclavos ganaban alrededor de un 10% sobre el precio de mercado de sus esclavos, lo cual se compara favorablemente con los rendimientos de las más prósperas firmas textiles de Nueva Inglaterra en la porción media del siglo XIX (Fogel y Engerman, 1974: 70). Al mismo tiempo cabe recordar que hubo muchas familias blancas que no tenían ningún esclavo y que entre las que tenían esclavos casi la mitad tenían menos de cinco esclavos a la vez (Bruchey, 1967:165).

El cultivo del algodón no fue la causa de la esclavitud en Estados Unidos, pero sí resultó un factor de importancia en la perduración de la esclavitud hasta ya bien entrado el siglo XIX. Como causa de esta perduración debemos considerar la firme demanda, casi únicamente inglesa, de algodón. De un total de 3 000 pacas en 1790, la producción norteamericana subió a 178 000 en 1810, a 732 000 en 1830 y a 4 500 000 en 1860 (Fogel y Engerman, 1974:44). A este crecimiento de la producción lo acompañó un crecimiento de la siembra de algodón, conforme la producción se desplazaba hacia el oeste, desde el litoral atlántico al Sur Profundo, a lo largo de una faja climática en que había el mínimo de 200 días sin heladas y la cantidad de lluvia que necesita el algodón. La propagación del cultivo estuvo acompañada por el firme avance del transporte por botes de vapor y por ferrocarril, lo que puso regiones aún más distantes en contacto con los principales puertos de embarque. Esta expansión trajo consigo una reubicación en masa de la gente. Entre 1790 y 1860 se mudó a 835 000 esclavos, sobre todo de Maryland, Virginia y las Carolinas hacia Alabama, Misisipí, Louisiana y Texas. Más de dos tercios de estos esclavos cambiaron de residencia entre 1830 y 1860 en una de las migraciones forzadas más grandes de todos los tiempos.

En contraste con la población esclava de las Indias Occidentales, la de Norteamérica era autorreproductora. Ya desde 1680, los negros nacidos en las colonias de Estados Unidos eran mayoría entre la población esclava. Al término de la Guerra de Independencia de Estados Unidos, los esclavos nacidos en el país superaban a los traídos de África en proporción de cuatro a uno. Para 1860 apenas un 1% de los esclavos no habían nacido en el país; muchos de ellos descendían, en tercera o cuarta generación, de esclavos nativos. Esto contrasta marcadamente con lo que ocurría en las Indias Occidentales y en Brasil, donde la población debía ser repuesta por medio de importaciones continuas. "De todas las sociedades esclavas del Nuevo Mundo —dice Eugene Genovese (1972:5)—, sólo la del Viejo Sur tuvo una fuerza esclava que se reproducía por sí misma." No están muy claras las razones de esto. La tesis de que los esclavos eran criados para su venta se

contradice por investigaciones hechas en los registros de las plantaciones (véase Fogel y Engerman, 1974:78-86). Se ha dicho que la fiebre amarilla mataba a los esclavos en las tropicales Indias Occidentales, pero no en el continente que era más saludable; esto, sin embargo, sería convincente si se comparara todo el medio epidemiológico de las dos regiones. Gutman (1976:341-343) ha hecho ver que los decenios inmediatamente posteriores a 1720 fueron cruciales en el cambio que hubo en el continente: de una pauta de mortalidad de esclavos similar a la de las Indias Occidentales a una reproducción autoperpetuante, y ha sugerido que la formación de familias y de redes de parentesco entre los esclavos de la América del Norte jugaron un papel importante en el crecimiento posterior.

Sean cuales fueren las razones de esta reproducción sostenida de esclavos en los Estados Unidos, lo cierto es que esta población desarrolló su propio acervo de experiencia y de modos de defensa y que los transmitiría a lo largo de las generaciones. Indagaciones recientes (véase principalmente Gutman, 1976) han puesto al descubierto cómo se desarrollaron y funcionaron redes de parentesco, reales y ficticias, entre los esclavos, y cómo se usaron para transmitir y edificar saber y creencias basadas en la experiencia esclava, no en los requerimientos de los amos.

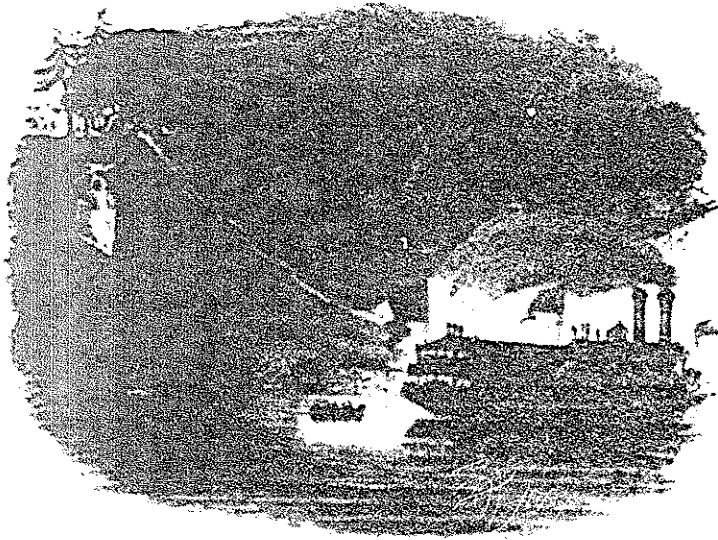
La existencia de estas redes, que eslabonan en espacio y tiempo generaciones de parientes y cuasi-parientes, también pone en tela de juicio la imagen del esclavo como individuo perfectamente socializado en la ideología patriarcal de su amo. Los esclavos aprendieron a habérselas con sus amos, pero no hay pruebas de que hayan incorporado pasivamente el mandato del amo como su recompensa psíquica. No es posible que en un sistema de trabajo así se haya podido usar "óptimamente" la fuerza para lograr el máximo producto al menor costo, como han indicado Fogel y Engerman (1974:232). Entre amos y esclavo: estaba en juego no la calibración cuidadosa del "tratamiento" para obtener "sumisión óptima", sino una relación compleja y cambiante entre dos clases que se mantenían unidas por el mandato y por el trabajo pero que se diferenciaban por organización e intereses de clase. Gutman ha sugerido que "la presencia de redes de parentesco y de cuasi-parentesco en todo el Sur en los decenios de 1840 y 1850 es una buena razón que ayuda a explicar por qué el sistema de esclavos siguió siendo áspero y coercitivo" (1976:325). Sin embargo, dentro de estas limitaciones, había que renegociar continuamente las relaciones de un día a otro. Como ha dicho George Rawick (1972:62), "La relación estaba llena de problemas y exigía la constante creación y re-creación de una norma de convivencia de día tras día que ayudara a humanizar relaciones

sociales que eran jerárquicas, y que estaban basadas lisa y llanamente en el poder".

O sea, que la plantación sureña contenía una doble hilada de relaciones: las relaciones jerárquicas de la Casa Grande y sus esclavos, y los lazos horizontales de la comunidad negra que iban más allá de la plantación. La unidad típica de la plantación se componía de un sobrestante, casi siempre blanco; guías, por lo común negros; gran número de artesanos esclavos, con frecuencia muy diestros; y peones de campo. Había también esclavos que eran servidores domésticos, aunque la distinción entre ellos y los peones de campo representaba una etapa en el ciclo de vida, no una barrera absoluta: los sirvientes se tomaban de entre los jóvenes y los viejos, en tanto que los peones de campo de entre los jóvenes y maduros bien dotados físicamente. Hacia 1860 ya había negros libres, aproximadamente medio millón, casi todos concentrados en Maryland, Virginia, las Carolinas y Louisiana; trabajaban como artesanos o peones, especialmente en Louisiana, aunque en otras partes los dueños de las plantaciones los veían con ambivalencia. Y a la inversa, en las ciudades era común dar en renta a los esclavos para que trabajaran en otra parte.

Intermediarios

Los esclavos, guías, el sobrestante y el dueño de una plantación no eran más que eslabones de una cadena, que también comprendía los intermediarios que enviaban a su destino la cosecha de algodón y los comerciantes que aceleraban su marcha. El algodón fluía hacia afuera de los estados del Sur a cambio de crédito y mercancías compradas con crédito, que fluían hacia dentro. El factor era el agente principal que manejaba este doble flujo a cambio de una comisión sobre las ventas. Había factores que residían en puertos de la costa, como Savanna y Charleston, y factores de tierra adentro en poblaciones como Fayetteville, Columbia, Augusta, Macon, Atlanta, Montgomery, Nashville, Memphis y Shreveport. Estos factores de tierra adentro trataban directamente con los grandes plantadores, y a los pequeños llegaban por medio de tenderos del interior que daban crédito en forma de adelantos y que luego recibían algodón. Los blancos también participaban en las operaciones descontando las notas de los plantadores que habían sido endosadas por sus factores. Por un lado fluía el crédito al interior y por el otro salía el algodón. Los tenderos o plantadores pasaban el algodón a los factores del interior, que negociaban con los factores del litoral para su embarque a Europa. Hasta el fin de las guerras napoleónicas (1815), casi todo el



A la luz de antorchas, unos esclavos cargan algodón en el río Alabama. Grabado por W. Floyd, 1842. (Cortesía de la Sociedad Histórica de Nueva York, ciudad de Nueva York)

algodón que iba para Liverpool salía de Savanna y Charleston. Después de esa fecha, Baltimore, y especialmente Nueva York, se convirtieron en los principales puertos de embarque a Europa.

Nueva York debió su ascendencia sobre el comercio del algodón del Sur a diversas causas. En 1816 un grupo de empresarios, en su mayoría cuáqueros conectados por vínculos de matrimonio, estableció la Línea Black Ball, que no tardó en operar servicios regulares de envío a Europa y a lo largo de la costa norteamericana. Este comercio empezó llevando algodón de los puertos sureños y de Nueva York a Liverpool, regresando de Europa con manufacturas inglesas e inmigrantes europeos. En seguida se enviarían al Sur manufacturas europeas y del Norte (Albion, 1939). El estratégico papel de Nueva York en este comercio triangular fue robustecido cuando granos, carne y madera del Oeste empezaron a fluir hacia el Este por el recién terminado canal Erie, en tanto que manufacturas nativas y extranjeras, viajaban de este a oeste. Otro factor en la creciente prominencia de Nueva York fue que estableció reglas que prohibían retirar mercancías ofrecidas en venta cuando las pujas eran bajas.

Consecuentemente, la ciudad atrajo más y más compradores en busca de gangas. A su vez, estas múltiples transacciones comerciales fueron facilitadas por el auge de instituciones bancarias. Finalmente, muchos factores de algodón eran o neoyorquinos o agentes de firmas neoyorquinas. Gran parte de los créditos adelantados a los plantadores del Sur venía de Nueva York, en una escala tal, que excedía con mucho el crédito que podían proporcionar las casas comerciales del Sur (Foner, 1941:12).

La mayoría de las manufacturas empleadas en el Sur venían del Noroeste y habían sido hechas en el país o habían sido importadas del exterior. Después de las guerras napoleónicas, el Noroeste empezó también a emplear una parte del algodón del Sur en su creciente industria textil. Entre 1815 y 1831 se triplicó el número de husos en la región, y volvió a triplicarse entre 1831 y 1860 (North, 1961:160). El próspero Oeste suministró al Sur alimentos en cantidades cada vez mayores, especialmente después de 1816 cuando los vapores empezaron a surcar el río Misisipi. Y, con la apertura en los años 1820 y 1830 de los canales Ohio, Erie y Pensilvania, los alimentos del Oeste también corrieron hacia el Noroeste. Con la construcción en los años 1850 de los ferrocarriles este-oeste, financiados en buena parte con dinero inglés, Chicago se convirtió en el elevador de granos y en el "carnicero de cerdos" de los Estados Unidos. Así pues, las regiones que componían los Estados Unidos se especializaron más y más y se hicieron complementarias en su especialización; pero en esta red de interdependencias, el Sur estaba, evidentemente, en desventaja. En cuanto las utilidades llegaban a las manos de los dueños de las plantaciones, la nueva riqueza emigraba de nuevo para pagar alimentos destinados a las fincas mal provistas y para importar manufacturas: ropa y quincallería para los esclavos, artículos de lujo para sus dueños.

Expulsión de los indios

La expansión hacia el oeste pareció el "sueño americano" vuelto realidad. Parecía haber tierra suficiente para que cada quien tomara la que quisiera, y los demócratas agrarios como Jefferson contemplaban una nación de recios labriegos, sin más amos que ellos mismos gracias a la posesión de sus tierras. Pero, claro, esta no era "una tierra sin gente para una gente sin tierra". La tierra estaba ocupada y aprovechada por pobladores americanos nativos; y para hacer recios labriegos, era preciso desposeer previamente a los nativos. Para los nuevos colonos, la tierra era mucho más valiosa que las cosechas y el ganado que podría sostener. "En el primer medio siglo de la república la tierra fue la mer-

cancia más buscada en la nación" (Rohrbough, 1968:xii), su "mayor oportunidad de inversión" (Rogin, 1975:81).

Las principales unidades políticas indias del Sureste eran los cheroquíes, que vivían en lo que hoy son Alabama, Georgia, Carolina del Norte y Tennessee; los crics, en lo que hoy día son Alabama y Georgia; y los choctawas, en Misisipí. Los chikasawas, que eran los menos numerosos, habitaban en el norte de Misisipí, y los seminoles en el sur de Florida. Todos estos grupos eran horticultores (el cultivo estaba a cargo de las mujeres) y también cazadores, establecidos firmemente en sus tierras y terrenos de caza y renuentes a cederlos a los recién llegados. La unidad básica era la aldea, cuya población fluctuaba entre 350 y 600 habitantes entre los cheroquíes, entre 100 y hasta 1 000 entre los crics. Las aldeas eran autónomas, cada una con su complemento de clanes matrilineales, un consejo de ancianos sacados de los matrilineajes, y un jefe de aldea, sacado casi siempre de un matrilineaje particular. Como los clanes no eran locales y cruzaban por entre las aldeas, proveían un mecanismo de posibles alianzas; y en los comienzos del siglo XVIII, entre los cheroquíes y los crics, las aldeas empezaron a formar confederaciones. Ante la presión europea, transmitida con frecuencia por intermedio de aliados indios de los franceses, ingleses o españoles, estas confederaciones se centralizaron cada vez más. Especialmente influyó en esta centralización la necesidad de defenderse contra la expansionista colonia Carolina, que incursionaba muy profundamente en busca de esclavos. Al mismo tiempo, las relaciones con los europeos indujeron la adopción de muchas formas europeas, entre otras de cultivo y ganadería, así como el uso de armas de fuego. Algunos jefes importantes llegaron a ser dueños de plantaciones de algodón e inclusive llegaron a tener esclavos africanos que compraron a los europeos. A fines del siglo XVIII y principios del XIX surgió una élite nativa, que a veces se enlazó en matrimonio con europeos y que inclusive fue cristianizada. En el caso de los cheroquíes, la élite aprendió a leer y escribir; la escritura cheroquí se desarrolló en el siglo XIX, por los sequoyas, que adoptaron el concepto de la escritura sin saber leer ni escribir en inglés (Kroeber, 1948: 369).

Esas tribus, especialmente los crics y los choctawas, cerraban el camino a la expansión de la frontera y de su interés primario, que era la adquisición de tierra para el cultivo del algodón. La guerra de 1813-1814 contra los crics abrió la primera brecha a través de la cual los plantadores blancos penetraron en Alabama después del alza en los precios de algodón que fue resultado de la guerra de 1812 entre Inglaterra y Estados Unidos. La guerra que en 1817-1818 libró Andrew Jackson

contra los seminoles, una población cric que se había filtrado a lo largo de la península de Florida, no sólo agregó Florida a los Estados Unidos, sino que también cerró un santuario en el que habían hallado refugio entre nativos americanos muchos esclavos negros escapados.

Hacia 1817 cobró cuerpo la idea de llevarse a todos los indios a la región situada al oeste del Misisipí, idea que había sido ya propugnada por Jefferson. A iniciativa de Jackson, a los indios se les dio la alternativa de aceptar su tierra en parcelas individuales comercialmente vendibles o de mudarse a otra parte. La campaña de mudanza estuvo acompañada por una oleada de intromisiones en terrenos indios, que por lo general contaron con el apoyo encubierto del gobierno. Hubo apoderamiento de tierras, utensilios y mejoras; mataron a los animales de caza; se atacó a los cazadores indios por cazar dentro de los linderos del Estado. Se dio dinero a los indios para que vendieran sus tierras, y mediante engaños se les arrancaron sus títulos de propiedad. Para hostigar a los indios que vivían dentro de los límites del Estado se invocaban las leyes de ese Estado. Se insertaron agentes del gobierno entre los indios para que abogaran por la mudanza, en tanto que a los jefes indios se les ablandaba con regalos y pensiones para que hablaran en favor de esa medida. A los misioneros y a otros blancos que vivían entre los indios y que se oponían a la mudanza se les ordenó largarse.

En 1830 la mudanza se convirtió en ley. Cuando los grupos indios no se iban voluntariamente, se enviaba al ejército a hacer cumplir la ley. Entre 1820 y 1840, el 75% de los 125 000 indios que vivían al oriente del Misisipí cayeron bajo programas gubernamentales de mudanza; durante ese mismo periodo murieron entre un 25 y un 33% de todos los indios del sur. Ya para 1844 había menos de 30 000 indios en la parte oriental de Estados Unidos; la mayor parte vivía alrededor del Lago Superior. Todo el proceso de la migración forzada estuvo acompañado por himnos en que se ensalzaba la victoria de la civilización sobre el salvajismo. La venturosa conclusión de la operación hizo realidad la esperanza de Jackson de que las tierras indias se pusieran prontamente "en el mercado" (citado en Rogin, 1975:174).

REGIONES DE ABASTECIMIENTO: EGIPTO

La industria textil inglesa importaba su algodón no únicamente del Sur norteamericano, sino también de la porción oriental de las tierras mediterráneas. Desde hacía mucho, el Levante había cultivado algodón que vendía en Europa, y en el XIX Egipto ocupó un lugar importante como

productor de fibras para el mercado europeo. Esta presencia egipcia tiene un doble interés. Egipto fue una de las primeras regiones otomanas en buscar lazos comerciales con Occidente, y al hacerlo se convirtió en el primer caso de un Estado no europeo que trató de ponerse al paso de la industrialización y comercialización de Europa.

Por principio de cuentas, este doble esfuerzo requirió una transformación total de las anteriores relaciones políticas y económicas. Durante el siglo xviii, el poder en Egipto estuvo en manos de los *mamluks* (mamelucos), élite turco-circasiana de servidores militares y tomadores de tributo, que compraron al super-Estado otomano el derecho a los tributos del campesinado. Egipto había tenido un intenso comercio de tránsito con Europa en café del Yemen, que decayó sensiblemente al concluir el siglo. Esta declinación repercutió en forma de un aumento proporcional a los tributos que ya agobiaban al sufrido campesinado. La competencia por el poder y los recursos entre los militares tomadores de tributos acrecentó aún más la carga del tributo. Sin embargo, las aldeas campesinas se las arreglaron para defender sus jurisdicciones autónomas sobre parcelas comunales y transferencias de tierra, y se les dejó cultivar lo que quisieran siempre y cuando el jefe de la aldea entregara a los mamelucos el tributo apropiado.

Esta distribución de fuerzas políticas y económicas se alteró drásticamente en 1803, con el ascenso al poder de Mehemet Alí, sobrino de un vicegobernador otomano procedente de Albania. Con el comercio de tabaco se había hecho rico en su tierra y había desempeñado un papel importante al frente de un contingente de tropas albanesas durante la expulsión de los franceses de Egipto. Mehemet Alí no sólo sostuvo su autonomía respecto al Imperio otomano sino que acabó con el poder de los mamelucos matando a muchos de ellos. Aunque Mehemet Alí consideraba que Egipto era el dominio privado de su familia en vez de verlo como un cargo público, admitía que era necesario un cambio político y económico para hacer frente a la competencia externa. En consecuencia, en los años 1820 puso en marcha un programa conforme al cual se reduciría la producción de grano para la subsistencia interna y se aumentaría la producción de la única cosecha que podía exportarse, el algodón de fibra larga. También se esforzó por edificar una industria y por robustecer su capacidad militar, por lo que creó un ejército de campesinos conscriptos con los que replazó a su contingente albanés, tan poco confiable. En estos empeños contó con la ayuda de los primeros "tecnócratas" de Europa, los franceses sansimonianos utópicos socialistas. Como parte de esta ayuda se construyó el Canal de Suez (terminado en 1869) bajo la dirección del sansimoniano De Lesseps; también se

llamó a muchos campesinos a trabajar en obras y canales de riego para crear así la infraestructura hidráulica exigida por el cultivo del algodón.

Bajo Mehemet Alí y sus sucesores, la autonomía de los campesinos para cultivar cosechas de subsistencia se vio muy limitada porque se establecieron entregas obligatorias de algodón así como trabajos gratuitos forzados; muchas tierras de campesinos se entregaron a los grandes terratenientes para acrecentar aún más la producción de algodón. Entre estos terratenientes figuraba, por supuesto, la familia real. Entre 1818 y 1844, las tierras en manos del campesinado disminuyeron de 85-90% de la superficie total de tierra, a 56%. Los préstamos extranjeros obtenidos por el régimen que buscaba el desarrollo trajeron consigo todavía más aumentos en los tributos exigidos por el Estado, lo que a su vez llevó a dar mayor importancia a la producción de algodón en las grandes fincas, en las de los medieros y en las de los pequeños propietarios que trataban de mantenerse al paso de los impuestos. En este proceso, los jefes de aldea ganaron en poder, en su calidad de intermediarios entre el campesinado y el Estado, y también como prestamistas. El resultado fue que aumentaran también sus posesiones. El creciente descontento y la rebelión junto con la incapacidad cada vez mayor del Estado para hacer frente a la deuda externa, llevaron a la intervención extranjera para ahogar una revuelta militar antiextranjera. En 1882 los ingleses ocuparon Egipto. Vigorizaron el cultivo del algodón en las grandes fincas, con lo cual pusieron la base de los problemas que en el siglo xx agobiaron a Egipto.

LA INDUSTRIA TEXTIL DE LA INDIA

Fue en la segunda parte del siglo xix cuando se empezó a desarrollar la producción de textiles en las provincias asiáticas del Imperio británico. Este desarrollo no fue resultado del mucho adelanto de las artesanías textiles de la India del periodo inicial de la expansión europea en Asia. La industria manufacturera fue punto menos que destruida por las importaciones inglesas a la India de telas e hilos hechos en máquina, a tal grado que en 1840 el director de una firma inglesa que comerciaba con la India pudo decir que las *bandannas*, pañoletas de seda estampadas a mano, eran "la última de las moribundas manufacturas de la India" (citado en Thorner y Thorner, 1962:71). Por otra parte, el algodón en rama de la India no gozó de favores en el mercado inglés, excepto cuando se cortó el abasto de algodón norteamericano; era una variedad de fibra corta, de limpieza más difícil, que exigía gran atención y, por

tanto, tenía mayores costos de mano de obra que las variedades de fibra larga de los Estados Unidos. Así y todo, el algodón en rama de la India constituyó uno de los renglones principales de las exportaciones inglesas a China. De aquí que la superficie cultivada con algodón en la India fuera de más de 3 000 000 de hectáreas en 1850; la mitad de ella estaba en la porción occidental de la India, al alcance de la pujante ciudad de Bombay (Guha, 1972, 1973). Los comerciantes y agencias de Bombay, operando a través de intermediarios, adelantaban dinero para cultivo a terratenientes de las provincias, y luego concentraban el producto para uso local o para exportación. La necesidad de transportar enormes cantidades de algodón trajo consigo una "revolución en los carros tirados por bueyes" (Guha, 1972:21); los carros tirados por dos bueyes acarreaban seis veces más que los tirados por un solo animal. Luego, ayudada ya por el ferrocarril, la producción de algodón abarcó casi 8 000 000 de hectáreas al finalizar el siglo XIX (Guha, 1973).

El crecimiento inicial de la industria textil mecánica de la India y la expansión de la superficie dedicada al cultivo del algodón, deben ser entendidas en términos del papel de la India como base importante del comercio inglés con China. Los hilos y las manufacturas de algodón ocupaban el segundo lugar después del opio entre los artículos enviados a China, y al declinar el opio subieron al primer lugar (Latham, 1978: 88-90). La participación de los comerciantes indios en el comercio del opio y del algodón sentó las bases de las fortunas indias que se invirtieron en el desarrollo de la industria textil, la única industria de la India que "debió su nacimiento y desarrollo a la iniciativa de capital doméstico y de empresarios del país" (Saini, 1971:98). Este desarrollo autónomo fue posible gracias a que la India actuaba como estación retransmisora en la extracción de excedentes provenientes de China. La industria se expandió hasta que a fines del siglo XIX topó con la competencia japonesa por el mercado de China; pero aun entonces la industria textil india siguió suministrando una buena proporción del hilo empleado en las fábricas japonesas.

Bombay

Bombay fue el centro de esta nueva industria textil. Originalmente una pequeña colonia en una de siete islas, llamada así en honor de una diosa de los pescadores locales, fue transferida en 1665 a la Corona inglesa. Para atraer colonos al poblado, el gobernador inglés siguió el sistema indio de negociar contratos entre el gobernante y las castas sirvientes. Aunque al principio su importancia como puerto comercial

resintió la sombra de Surat y Broach, términos del comercio con el Levante, pronto destacó Bombay en importancia comercial cuando se establecieron ahí comerciantes de Diu y Surat y con el crecimiento de una colonia de parsis. Se trataba de artesanos, comerciantes y constructores de barcos zoroastrianos, procedentes de Irán, que muy pronto acrecentaron su participación en el lucrativo mercado del Oriente. Inicialmente, la población de Bombay fue de unos 10 000 habitantes pero en el segundo decenio del siglo XIX fue de entre 160 000 y 180 000 (Morris, 1965; Rowe, 1973).

Ya para 1800 Bombay era el puerto mayor del occidente de la India; a China exportaba opio y algodón en rama y a sus muelles llegaban azúcar y artículos de metal. Al mediar el siglo era ya el principal punto de distribución de manufacturas inglesas en Asia y el principal almacén intermedio para el transbordo de algodón en rama de fibra corta a Europa. Después de 1850, el ferrocarril destacó aún más el papel de Bombay como el eje del transbordo de algodón proveniente de Gujarat y Nagpur. Evidentemente, las exportaciones de algodón de la India se fueron a las nubes cuando se cortó el abasto norteamericano durante la Guerra de Secesión.

Fue también hacia la mitad del siglo cuando la ciudad se convirtió en centro de la industria textil india del algodón. La primera hilandería, que usó tecnología inglesa pero que fue financiada por capital indio, principalmente parsi, empezó a producir en 1856. Al principio la industria sólo produjo hilos, pero pronto, al empezar a tejer, aumentó el número de fábricas a 86 (1900). Consecuentemente, el número de obreros saltó de 6 600 en 1865 a 80 000 en 1900, de los cuales, entre un 20 y un 25% eran mujeres.

Aunque el capital indio participó vigorosamente en la constitución de estas fábricas, su control quedó en manos de agencias administradoras; por lo común estas agencias habían comenzado como comerciantes, controlaban participaciones estratégicas en compañías de capital conjunto y en directorados entrelazados en diversas industrias. Desempeñaron un papel vital y a veces especulativo en el desarrollo de los recursos que la India empleaba para pagar importaciones. La industria textil del algodón era una de estas empresas y con frecuencia la trataban como si fuera "una vaca lechera a la que había que ordeñar" (Morris, 1965: 34) para beneficio de otras empresas operadas por las agencias.

Dentro de cada industria textil, inicialmente el personal administrativo y técnico fue inglés, pero pronto los indios fueron contratados. La figura clave en la organización de la industria fue una especie de capataz encargado de reclutar y supervisar a los trabajadores no adiestrados.

Tenía un gran poder. Como escogía a los nuevos trabajadores en la puerta misma de la fábrica, podía preferir parientes y miembros de las castas de su aldea o región, a menos que fuera disuadido por un emolumento o, posteriormente, por sobornos. Estando a su cargo el mantenimiento de la disciplina del trabajo, su voz en cuanto a quién podía quedarse y quién debía irse constituía otra fuente de ingresos que frecuentemente aceleraba el movimiento de personal. También prestaba dinero a interés a los obreros y les vendía mercancías que recibía a comisión. A pesar de que técnicamente no era un contratista de trabajo, de hecho desempeñaba un importante papel en la organización del mercado del trabajo merced a vínculos personales que lo unían con sus amistades. Es de suponerse que daba preferencia a los miembros de su linaje o segmento de casta.

Con una sola excepción, no había especialización ocupacional por razón de casta en las textileras. Los intocables, que constituían menos del 10% de la fuerza de trabajo, eran relegados al desempeño de las tareas más humildes. Les estaba completamente prohibido intervenir en el tejido, que era el departamento de crecimiento más rápido y mejor pagado, con el pretexto de que si los intocables chupaban el hilo al introducirlo en la lanzadera, al remplazar una bobina de la trama, contaminarían a sus compañeros de trabajo que ritualmente estaban por encima de ellos (Morris, 1965:79).

A lo largo del siglo XIX, la mayoría de los trabajadores de las textileras provenían desde una distancia de entre 150 y 300 kilómetros, es decir, desde el distrito de Konkan y de la meseta del Decán, al sur y al este de Bombay. En el siglo XX, hubo un aumento acentuado en el número de obreros inmigrantes provenientes de Uttar Pradesh en el norte, a más de 1 200 kilómetros. William Rowe, que estudió en el decenio de 1950 a estos inmigrantes venidos del norte, sugiere que al principio los recludaban entre castas musulmanas cardadoras y tejedoras de algodón (1973: 222). Por razón de origen y casta se establecieron en Bombay. Hacia 1955 estos agrupamientos por residencia se formaron con consanguíneos aunque también con afines de la misma casa. Esta solaridad del grupo fue reforzada por el parentesco ficticio, que se basaba en los *hermanos de aldea (goan bhai)*. Los grupos tenían también jefes que conocían la ciudad y que actuaban como autoridades dentro de los grupos y como representantes fuera de ellos. Al mismo tiempo los grupos ya residentes de mayor posición por casta tenían relaciones de parentesco más amplias y las usaban para ocupar puestos mejores y mejor pagados.

La producción textil de la India, que tenía mercados predominantemente asiáticos, representa un ejemplo temprano de proliferación indus-

trial en la "periferia" del creciente sistema capitalista industrial. A pesar de los derechos de importación de Inglaterra, de impuestos ordinarios y de exportaciones capitales, los textiles representan el único renglón económico en que predominó el capital nativo. Aunque inicialmente se ensanchó la producción, el índice de su crecimiento empezó a fluctuar y finalmente se estabilizó en niveles bajos después de 1890. El valor de las exportaciones textiles de la India, que consistían principalmente en hilos, cayó casi a la mitad de su punto más alto al concluir el siglo XIX y en el segundo decenio del XX. La razón de esta declinación fue la competencia extranjera, que tuvo como resultado la pérdida de los mercados de Japón y China a manos de la industria de Japón, país que inició su propia industria textil en 1869, después de la Restauración Meiji. Entonces la industria india se dedicó a la producción de telas para el mercado interno, llegando inclusive, después de la primera Guerra Mundial, a importar hilo japonés (Saini, 1971).

En la misma India, el desarrollo de la industria textil afectó, a su vez, aquellas regiones en que estaba situada. Hemos visto ya cómo originó una clase obrera de trabajadores textiles. También estimuló la siembra del algodón en la India, especialmente en Bombay-Sind, Berar y Hyderabad (Guha, 1973); independientemente, en Bombay había agencias que daban crédito a cambio de la cosecha. Cuando se necesitó sembrar más algodón se recurrió a otras posesiones inglesas, en especial, a Uganda. Aquí, el Uganda Agreement de 1900 convirtió a las tierras de linaje y clan en propiedades heredables y de libre disposición, de lo que resultó que gran parte de la tierra fue monopolizada por una clase compuesta por unos 1 000 jefes y notables, que empleaban a sus hermanos de clan como aparceros en el cultivo del algodón (Mair, 1934, Apter, 1961: 122-123).

Así pues, después de un periodo inicial de destrucción política y económica de buena parte de la población artesanal india dedicada a tejer a mano, la expansión del Imperio británico y su comercio, principalmente el encauzado al Oriente, permitió el crecimiento secundario de una industria textil india basada en maquinaria, con su propia base de abastecimientos y mano de obra. Aun cuando este crecimiento industrial no se sostuvo, nos ofrece un ejemplo temprano de industrialización capitalista en la periferia; este proceso se aceleró en el siglo XX.

CRISIS Y EXPANSIÓN RENOVADAS

Inglaterra fue el lugar donde los capitalistas tomaron por vez primera "la senda verdaderamente revolucionaria" de transformar los medios de

producción; tal cosa la hicieron en la producción de textiles de algodón. Hemos seguido el desarrollo de esta "industria porteadora" y de su impacto sobre regiones de abastecimiento situadas fuera de Europa, en particular en la región sureña de Estados Unidos y en Egipto. No debemos perder de vista el hecho de que este primer lanzamiento, por importante que haya sido para estimular la economía de Inglaterra, y por mucho que haya anunciado el futuro, fue relativamente modesto. La industria textil no era más que otra industria entre muchas, y el capital que requirió para la construcción y operación de nuevas fábricas estuvo muy al alcance aun de empresarios con capitales modestos. Al mismo tiempo, era una industria que producía principalmente bienes de consumo, a pesar de lo cual creó una demanda de nuevas máquinas. Su éxito inicial se debió a sus crecientes utilidades, que se debieron a su vez a una maquinaria de bajo precio construida por artesanos, y a costos de mano de obra decrecientes.

La industria textil inglesa marchaba al parecer muy segura cuando en el segundo cuarto del siglo XIX experimentó repentinamente una caída, una de las primeras grandes crisis "estructurales" del modo capitalista. Quizá se haya debido en parte al costo cada vez mayor de la maquinaria, que a su vez produjo una ausencia de utilidades. Quizá también haya sido parcialmente debida a una crisis "de realización", porque los bajos salarios internos redujeron ese mercado, a la vez que los mercados externos parecían saturados. Sea cual fuera la causa, lo cierto es que el periodo entre 1826 y 1847-1848 fue de contracción. En Inglaterra se presentó acompañado por graves trastornos políticos, pues una creciente oleada de descontento se convirtió en agitación radical. Fue este también un tiempo en que se produjo una fuerte emigración de las Islas Británicas; la gente empezaba a buscar nuevos hogares y empleos en otros países (véase el capítulo XII).

Construcción de ferrocarriles

Para volver a poner en marcha el motor creador de dinero se necesitaban nuevas infusiones de capital y el florecimiento de una nueva industria capaz de restaurar el índice de acumulación y de abrir nuevos mercados. Esta industria fue la construcción de ferrocarriles, con sus dos satélites gemelos, la producción de acero y la minería de carbón. Como Dobb ha observado (1947:296), la construcción de ferrocarriles tuvo "la inestimable ventaja para el capitalismo de absorber enormes cantidades de capital. En este terreno solamente la sobrepasan la industria

de armamentos de la guerra moderna, y apenas la iguala la construcción urbana moderna".

Esta industria se originó también en Inglaterra, cuyo primer ferrocarril, en 1825, unió los campos carboníferos de Durham con la costa. Al mismo tiempo, esta nueva invención se propagó velozmente en el exterior. En 1827 la Baltimore and Ohio Company recibió una concesión para un ferrocarril del cual concluyó 120 kilómetros en cinco años. El nacimiento y el rápido desarrollo de los ferrocarriles en Estados Unidos se debió en gran parte a la participación del capital inglés. Su obra más espectacular fue el canal Erie, empezado en 1817 y terminado en 1825. Unió a Nueva York con Buffalo, y a través de Buffalo con el Oeste, con lo cual la ciudad de Nueva York se convirtió en la gran terminal y puerto de transbordo del comercio occidental. La construcción de los ferrocarriles norteamericanos fue consecuencia directa de este éxito. Otros Estados, no queriendo quedarse atrás, invitaron al capital inglés a financiar la construcción de canales y ferrocarriles. En 1836 los inversionistas ingleses tenían no menos de 200 000 000 de dólares en valores norteamericanos; el auge terminó en un estallido financiero tan completo que "el comercio de tres continentes cayó a la mitad" (Jenks, 1973:98). El hecho de que los Estados Unidos no pagaran intereses sobre los préstamos "determinó que las acciones norteamericanas fueran a unirse a las de Portugal, México y Grecia en los ghettos de las finanzas" (Jenks, 1973:99).

En este punto, empero, la construcción de ferrocarriles en la propia Inglaterra ofrecía oportunidades nuevas de inversión. Cuando los efectos del estallido norteamericano se hicieron sentir en Inglaterra, se descubrió que los ferrocarriles ingleses construidos en los años 1830 por capitalistas provinciales estaban desempeñándose bien y pagando buenos dividendos. El auge ferrocarrilero resultante no tardó en absorber más de 60 000 000 de libras esterlinas que buscaban inversión. Entre 1844 y 1849 se triplicó la capitalización para los ferrocarriles ingleses; su kilometraje casi se triplicó y la producción de acero creció concomitantemente. "Hombres y mujeres maduros con pequeñas fortunas, comerciantes de toda especie, funcionarios públicos, profesionistas, caballeros del campo" (Thomas Tooke, citado en Jenks, 1973:132) volcaron sus fondos en la construcción de ferrocarriles; este renovado auge de la economía silenció los ruidos de la revolución social.

Así pues, los ferrocarriles apadrinaron la segunda fase de la Revolución industrial: hicieron que la producción ya no dependiera en gran modo de los textiles de algodón y dependiera principalmente del hierro y del acero. Estamos ya tan acostumbrados a pensar en la industria en

términos de industria "pesada" que nos suena extraño el dicho de Fernand Braudel de que el hierro dejó de ser "un pariente pobre" hasta el comienzo del siglo XIX (1973b: 275-277). Antes, las industrias metalúrgicas eran importantes casi más bien para hacer la guerra, floreciendo cuando la había y languideciendo en tiempos de paz. En el siglo XVI Inglaterra iba a la zaga de muchas regiones productoras de hierro, por ejemplo, el país vasco, Stiria, Lieja, Francia, Alemania y Suecia. En 1539 produjo apenas 6 000 toneladas. En vísperas de la Guerra Civil inglesa (1640), la producción de Inglaterra subió a 75 000 toneladas, para caer a 68 000 hacia 1788, casi siglo y medio después.

Pero en el siglo XIX se produjo el gran salto adelante, algunos de cuyos requisitos fueron tecnológicos. El gran aumento en la producción requería convertidores de combustible y potencia para sacar energía del calor. Además, los minerales ingleses eran de baja calidad y se necesitaba gran potencia para purificarlos mediante la fundición, el pudelaje y el laminado. Para conseguir la potencia requerida por estas operaciones, los innovadores adaptaron las bombas que se usaban para desaguar las minas. De ahí en adelante, el uso del carbón y del hierro convirtió a Inglaterra en "el taller del mundo".

El ferrocarril fue la fuerza impulsora de esta transformación. La construcción de vías férreas saltó de 72 000 kilómetros en 1840 —de los cuales 27 000 estaban en Europa y 45 000 en América— a casi 370 000 en sólo cuarenta años (Hobsbawm, 1975:54). Una gran parte de esta construcción se emprendió porque

las organizaciones necesitaban trabajo, órdenes las acerías y los banqueros y organizadores de negocios un proyecto en que trabajar. Y la construcción de ferrocarriles llegó a ser un servicio que la Gran Bretaña exportó al exterior cuando su planta financiadora y constructora ya no tuvo trabajo en el país. [Jenks, 1973:133-134]

Al mediar el siglo, la producción inglesa de hierro llegó a los 2 500 000 toneladas. Entre 1845 y 1875 las exportaciones inglesas de hierro y acero se triplicaron, en tanto que las de maquinaria se decuplicaron (Hobsbawm, 1975:40, 39). Financiadas por los "reyes" de los ferrocarriles y organizadas por los contratistas, "las tropas de choque de la industrialización" (Hobsbawm, 1975:39) se lanzaron al exterior a construir ferrocarriles desde Argentina al Pendjab. Una parte de esta construcción de ferrocarriles no fue más que "producción conspicua", pero la mayor parte de ella proporcionó la infraestructura del transporte que permitía un aumento enorme en la transferencia por tierra de bienes

de los sitios de producción a los puntos de embarque en el litoral. Aspecto importante de este creciente movimiento de mercancías fue la baja de las tarifas de carga de los ferrocarriles, que en el último cuarto del siglo XIX fue de más de 90% (Bairoch, 1975:115-119).

Marina mercante

Durante el siglo el precio del transporte por mar cayó casi tan aporatosamente como había caído el del transporte por tierra. Tecnológicamente esto fue posible por las mejoras introducidas en los veleros, en particular en los clíperes norteamericanos, de proa aguda y de manga angosta. A estas naves —clíperes Baltimore, clíperes de opio y clíperes de té— el desarrollo naval norteamericano debió gran parte de su ascendencia en la primera mitad del siglo XIX. Sin embargo, en la segunda parte del siglo, los ingleses recuperaron su hegemonía naval, pues construyeron clíperes mejor adaptados que los norteamericanos a cargar una mayor variedad de productos. En 1853 se construyeron con cascos de hierro; hacia 1864 empezaron a hacerse de acero. Estos veleros con cascos de metal tenían una capacidad de carga de entre 1 500 y 2 000 toneladas, lo cual los hizo buenos rivales —por un tiempo— de los más costosos buques de vapor.

A final de cuentas, el vapor venció a la vela, por su mayor tonelaje y velocidad. El paso decisivo de esta victoria fueron las calderas de acero, que por levantar mayor presión daban más potencia. En tanto que el clíper medio de unas 1 000 toneladas de capacidad tardaba de 120 a 130 días en el viaje de la costa sur de China a Londres, los vapores de la Blue Funnel Line, con 3 000 toneladas de capacidad, botados en 1865, hacían el viaje en 77 días (Hyde, 1973:22). El barco de vapor, introducido primeramente en el cruce del Atlántico, conquistó este océano en los años 1840 y 1850. La apertura del Canal de Suez en 1869 alentó inmensamente el empleo de barcos de vapor en los mares de Asia. Los clíperes, pese a todo esto, no desaparecieron de esos mares sino hasta el último cuarto del siglo XIX. La victoria final del vapor sobre la vela no ocurrió sino hasta la Gran Depresión de 1873-1894, cuando una abundancia tremenda de tonelaje provocó una crisis de sobreproducción en el arte naviero (A. Lacroix, citado en Toussaint, 1966:212).

La construcción del Canal de Suez bajó a la mitad el tiempo de viaje entre Inglaterra y el este de Asia. En 1851 se inició la construcción de un ferrocarril que cruzaría el istmo, y en 1854 un Egipto pujante otorgó a un consorcio francés la concesión para construir el canal (véase p.

346). Francia suscribió un tercio del costo y el gobernante egipcio (*je-dive*) otro tercio, pensándose que el tercio final se vendería en otros países; pero como nunca halló compradores, el canal tuvo que ser refinanciado por financieros europeos. Con el sudor de 20 000 peones egipcios, se terminó en 1869. Pero el costo del canal y de otros proyectos de desarrollo, desembocó en préstamos aún más cuantiosos a tasas de interés más altas (véase Jenks, 1973: capítulo x) que acabaron desbancando al tesoro egipcio. En 1874, y por medio de un acuerdo con el banco Rothschild, que adelantó el dinero necesario, el gobierno inglés adquirió la mayoría de las acciones de la Compañía del Canal de Suez. La aplastante deuda que gravó a Egipto puso al país bajo la administración judicial financiera de la Tesorería Anglo-Francesa de la Deuda Pública, y lo obligó a hacer en lo sucesivo reembolsos anuales de intereses. Al cabo, la deuda fue pagada por los peones egipcios. Cuando una sección de la milicia egipcia, apoyada por los jefes de las aldeas, se levantó en armas contra los gobernantes que habían llevado al país a una tan gran dependencia del capital externo, el gobierno inglés intervino e impuso un control unilateral.

En 1879 dio comienzo un esfuerzo por construir la contrapartida occidental del Canal de Suez a través del Istmo de Panamá; esto ocurrió apenas diez años después de terminado el Canal de Suez, bajo los auspicios de una compañía francesa y la dirección del propio Lesseps, el constructor de Suez. Los trabajos se iniciaron en 1881, con mano de obra jamaíquina, pero dificultades técnicas detuvieron la obra en 1888. Se reanudó en 1903, cuando los Estados Unidos indujeron a Panamá a separarse de Colombia, y recibieron derechos sobre el istmo de 18 kilómetros de anchura a cambio de un pago inmediato en oro y de pagos anuales "en moneda similar". En 1904 los Estados Unidos compraron a la compañía francesa los derechos al canal; diez años después se abrió a barcos de gran calado.

El crecimiento de la industria textil inglesa inició un orden social edificado sobre un nuevo modo de producción. De conformidad con las relaciones que regían este modo, los capitalistas compraban máquinas y contrataban trabajadores para moverlas, a la vez que una nueva población de trabajadores se sometía a la disciplina del trabajo de fábrica a cambio de salarios. Este control de los medios de producción permitió al capital combinar según se hiciera necesario las máquinas y la fuerza de trabajo, y disponerlos y volver a disponerlos al servicio del aumento de producción y del provecho. Igualmente, el capital detendría máquinas y despediría trabajadores en lugares de poca ganancia,

y reiniciaría la producción en otras regiones que prometieran utilidades más elevadas. Bajo las condiciones impuestas por el nuevo modo, el capital pudo embarcarse en un proceso de migración continua interna e internacional, atrayendo a su órbita más grupos de personas y reproduciendo sus relaciones estratégicas dondequiera y cuando quiera que tomaba carta de ciudadanía.

Históricamente, este acoplamiento en gran escala del capital con el trabajo dependiente del salario es lo bastante insólito como para que nos preguntemos cómo fue que el trabajo "libre" llegó a desarrollarse. ¿Por qué el trabajo libre y no una u otra forma de servidumbre? Los ingleses, como otros europeos, estaban familiarizados con el trabajo penal, el forzado de los vagabundos, el aprendizaje de los pobres, el trabajo obligatorio en los hospicios y el obligado por medio de un contrato; podían haber empleado cualquiera de estos mecanismos coercitivos para reclutar trabajadores para las nacientes factorías. Los primeros dueños de las factorías hallaron, sin embargo, una oferta de trabajadores desempleados, creada históricamente por el circundamiento y el desmonte de tierras y por el tamaño cada vez mayor de las familias que trabajaban en el sistema de producir para vender. Ayudada por esta singular conjunción de factores, la industria textil inglesa pudo emplear trabajo libre para superar la competencia holandesa e india.

Las nuevas industrias no nada más requerían fuerza de trabajo y máquinas sino también materias primas, por cuya razón amplias regiones del globo se reorganizaron con vistas a proporcionar a las fábricas esos materiales. Estos empeños ocasionaron nuevos regímenes de trabajo, o intensificaron mucho las demandas sobre el trabajo en los sistemas ya existentes. Para aprovisionar las fábricas de Lancashire, las plantaciones trabajadas por esclavos desplazaron a las poblaciones nativas indias del Sur norteamericano, en tanto que la creciente demanda de algodón agobiaba a los esclavos con exacciones cada vez mayores. En Egipto, la producción por labriegos cedió el terreno a grandes fincas algodoneras. Para proveer de algodón a las fábricas de Bombay, millones de hectáreas del occidente de la India, dedicadas en otro tiempo a producir alimentos, se sembraron de algodón.

Cuando el capital empezó a desplazarse de la manufactura de textiles para irse a los ferrocarriles, se abrieron regiones de abastecimiento de materias primas para respaldar las nuevas combinaciones de hombres y máquinas creadas por la era del ferrocarril. A su vez, la construcción de ferrocarriles y el florecimiento de la navegación ampliaron la superficie de abastecimiento y de tráfico de mercancías. Sin embargo, si bien es cierto que el modo capitalista llevó directa e indirectamente a nuevas

poblaciones a la órbita cada vez mayor de sus eslabonamientos, también lo es que las sometió a su ritmo de aceleraciones y adelantos y de desaceleraciones y retrocesos. Bajo el nuevo modo, la incorporación trajo consigo la especialización, y ésta significó dependencia de coyunturas económicas y políticas de alcance universal.

X. CRISIS Y DIFERENCIACIÓN EN EL CAPITALISMO

Con la mecanización de la industria textil bajo el capitalismo, Inglaterra entró en la "senda verdaderamente revolucionaria" que llevó al predominio del modo de producción capitalista. Expandiéndose hacia afuera a lo largo del siglo XIX, este modo puso al mundo entero bajo el dominio inglés. Algunas regiones cayeron bajo su dominio directo, por ejemplo, parte de la América del Norte, y después de 1868, Japón. En otras partes envolvió y penetró otros modos, con lo que estableció enclaves capitalistas en territorios internos organizados diferentemente.

Este proceso de crear bases estratégicas del modo capitalista y regiones dependientes de apoyo se desarrolló tanto en naciones capitalistas como fuera de ellas. Es preciso destacar este punto porque con frecuencia lo enturbia el empleo incorrecto de palabras tales como *centro* y *periferia*. El desarrollo capitalista creó periferias dentro de su mismísimo centro. El advenimiento del capitalismo industrial en Inglaterra basado en el hilado y el tejido, causó un colapso generalizado en las artesanías domésticas organizadas bajo el sistema mercantil de producir para vender. Dentro de Inglaterra, aquellas regiones que fueron capaces de realizar rápidamente la transición tales como West Riding y Ulster, se convirtieron en grandes centros industriales, en tanto que otras, como la West Country, East Anglia e Irlanda del Sur, declinaron. Cuando el fin del bloqueo continental napoleónico abrió los mercados europeos a los textiles ingleses, las regiones de Europa con gran producción artesanal cayeron una tras otra ante la competencia de importaciones más baratas. Y otras regiones de Europa que habían producido textiles para los mercados de ultramar, en especial los de América Latina, no resistieron la competencia inglesa en el exterior. Irlanda, Flandes y Brabante, el occidente de Francia, el sur de España, el sur de Italia y el sur y el este de Alemania resultaron particularmente afectados por esta declinación. Se convirtieron en regiones subsidiarias o dependientes, que proporcionaban sustancias alimenticias, materias primas y mano de obra a las regiones centrales en vías de industrialización.

CAPITALISMO: MODO Y MERCADO

El resultado de este proceso fue un complejo sistema jerárquico controlado por el modo de producción capitalista, que incluía un vasto con-

junto de regiones subsidiarias con diferentes combinaciones del modo capitalista con otros modos. Las industrias porteadoras del modo capitalista dominaban el sistema, pero descansaban en apoyos variables y cambiantes que con frecuencia se incrustaban en modos de producción diferentes. Ernest Mandel (1978:48-49) ha captado las complejas relaciones que intervienen en este sistema al definirlo como "un sistema articulado de relaciones de producción capitalistas, semicapitalistas y pre-capitalistas, eslabonadas entre sí por relaciones capitalistas de intercambio y dominadas por el mercado mundial capitalista". Esta definición cumple cuando menos con tres objetos. Primero, establece una distinción entre el modo de producción capitalista y "el mercado mundial capitalista". El modo de producción capitalista puede dominar dentro del sistema de relaciones capitalistas de mercado, pero no transforma a todos los pueblos del mundo en productores industriales de valores excedentes. Segundo, plantea la cuestión de cómo el modo capitalista se relaciona con otros modos de producción. Tercero, nos permite conocer la heterogeneidad de las diferentes sociedades y subsociedades que componen el sistema en vez de borrar esa heterogeneidad en dicotomías tales como "centro-periferia" o "metrópoli-satélite".

Es preciso subrayar que la definición de Mandel apunta en una dirección diferente de los modelos del sistema capitalista creados por A. G. Frank e Immanuel Wallerstein, quienes —implícitamente en el caso de Frank y explícitamente en el caso de Wallerstein— definen el capitalismo como un sistema de producción para el mercado, impulsado por la búsqueda de utilidad, realizado por empresarios no productores que se embolsan el excedente del productor directo. Ambos autores se han centrado en el proceso de transferencia de excedentes más que en el modo de producción bajo el cual se generan los excedentes. En especial para Wallerstein, la forma en que se despliega el trabajo social en la producción de excedentes es cosa secundaria, pues para él todos los productores de excedentes que operan bajo relaciones capitalistas son "proletarios" y todos los tomadores de excedentes, "capitalistas". Estos modelos disuelven el concepto del modo de producción capitalista en el concepto del mercado mundial capitalista. Además, al definir el capitalismo como modo de producción para un mercado con el fin de obtener utilidades, identifican la expansión de Europa a partir del siglo xv con el surgimiento del capitalismo en su integridad. Frank y Wallerstein no se limitaron a definir así, como capitalismo puro y simple, la búsqueda europea de riqueza a lo largo de los siglos xvi y xvii, sino que para ellos, todo el mundo y todas sus partes se han vuelto similarmente capitalistas desde entonces.

El capitalismo como modo de producción no es meramente una acción económica que "descansa en la expectativa de un provecho por la utilización de oportunidades de cambio, es decir, en cambios (formalmente) pacíficos de provecho... acción que en último análisis está orientada hacia las utilidades provenientes del intercambio", o una disciplinada "búsqueda de provecho, de un provecho renovado eternamente por medio de una empresa continua, racional y capitalista" (Weber, 1958:17). La definición de Max Weber de capitalismo no es otra cosa que una versión moderna de la "búsqueda de utilidad" de Ibn Jaldún o del postulado de Adam Smith "de la propensión humana a trocar y a traficar". Nadie niega que los comerciantes buscan ganar. Fue por esto que Francesco di Marco Datini, comerciante del siglo xiv del Prato, puso en sus libros comerciales el lema, "En el nombre de Dios y de la utilidad" (Origo, 1957). Lo que debe quedar muy claro, sin embargo, es la distinción analítica entre el empleo de la riqueza, y el capitalismo como un modo cualitativamente diferente de destinar el trabajo social a la transformación de la naturaleza.

Nos estamos ocupando aquí de la diferencia que hay entre Max Weber y Karl Marx. Para Marx el capital no era simplemente una cierta riqueza sino un elemento financiero estratégico que se combinaba con otros elementos: maquinaria, materias primas y fuerza de trabajo. Esta combinación, según Marx, no está arraigada en ninguna supuesta propensión humana, sino en la codicia humana. No es cosa universal, sino que corresponde a un cierto tiempo y lugar. Lleva en sí el desarrollo histórico de elementos identificables, que son requisitos, y su combinación en el tiempo. Estos elementos adoptan la forma de acumulaciones de riqueza, de energía humana y de instrumentos. Pero es precisamente cuando una acumulación de riqueza puede comprar energía humana y ponerla a trabajar con instrumentos para producir más riqueza, la cual puede comprar más energía humana e instrumentos, que la riqueza se vuelve capital. La riqueza, la energía humana y los instrumentos son únicamente factores mientras no se combinen en un conjunto relacional, en un sistema en el cual cada factor obra en relación con todos los demás. Sólo cuando la acumulación de riqueza se puede relacionar con la energía humana, al comprar energía viva como "fuerza de trabajo", ofrecida en venta por gente que no tiene otros medios de usar su trabajo para ganarse la vida; y solamente cuando se puede relacionar esa fuerza de trabajo con máquinas compradas, que son encarnaciones de anteriores transformaciones de la naturaleza por energía humana gastada en el pasado, sólo entonces "la riqueza" se vuelve "capital".

Así pues, en contraste, con Frank y Wallerstein sostengo que el modo

de producción capitalista no cobró vida sino hasta la parte final del siglo XVIII. Antes, la expansión europea produjo una amplia red de relaciones mercantiles ancladas en modos de producción no capitalistas. El movimiento mundial de mercancías generó precios y dinero-que-producía dinero, sin todavía someter al capital los medios de producción ni la fuerza de trabajo. Solamente la conversión de los medios de producción y la fuerza de trabajo en factores que se vendían y compraban en el mercado creó el amplio y "autorregulador" mercado de los economistas. Después de eso, "la organización del trabajo cambiaría concurrentemente con la organización del sistema de mercado" (Polanyi, 1957:75). El modo capitalista produjo simultáneamente una nueva forma de despliegue del trabajo social y un cambio del mercado mercantil al capitalista. Así pues, el surgimiento de las relaciones capitalistas de intercambio comercial se basa en el desarrollo del modo de producción capitalista, no a la inversa. La enorme escalada de estas relaciones hasta alcanzar el nivel de un mercado capitalista mundial se debió al dinamismo del modo recién nacido.

LA EXPANSIÓN DEL CAPITALISMO

Pero, ¿cuál es la fuente de la tendencia del capitalismo a moverse incesantemente más allá de sus fronteras? La respuesta de Marx fue que la incesante acumulación de capital, junto con los crecientes niveles de productividad debidos a la inversión en tecnología producen resultados extraños y contradictorios. En el curso de la producción capitalista, el capital compra dos elementos: medios de producción y fuerza de trabajo. Al aumentar los insumos tecnológicos aumentaba la proporción de capital invertido en medios de producción, en tanto que la proporción de capital invertido en fuerza de trabajo disminuía. "Excedente" en condiciones capitalistas es el monto del valor producido por la fuerza de trabajo durante el tiempo que opera los medios de producción más allá del tiempo necesitado para devengar su salario. Por consiguiente, elevar la cantidad de capital destinada a insumos tecnológicos baja la relativa aportación de capital invertido en fuerza de trabajo en la mezcla total de insumos de capital. Ciertamente, el excedente puede ser mayor, pero la tasa de producción de excedentes, y por consiguiente, la tasa de ganancia obtenida, disminuirá (véase Sweezy, 1942:69). En esta desproporción vio Marx la contradicción crucial del modo de producción capitalista. La competencia requiere una inversión incesante en el crecimiento de los medios de producción, pero ese mismo crecimiento ame-

naza con producir una declinación en la tasa de ganancia. Cuando la proporción cae por debajo de un cierto punto crítico, sobreviene la crisis.

¿Qué ocurre entonces? Una consecuencia, que Marx destacó, es que el capital se vuelve improductivo e inclusive queda expuesto a destrucción. Cierran las fábricas, se desploma el crédito basado en la producción futura y se deprecia el valor del capital. Al mismo tiempo, el desempleo creciente hace bajar los salarios. Este doble movimiento hace que el ciclo comience de nuevo. El capital invertido en medios de producción se habrá depreciado en el curso de la crisis y se podrá comprar a menor precio la fuerza de trabajo. En consecuencia, la proporción del capital invertido en medios de producción ahora será lo opuesto de lo que fue antes de la crisis. Antes, la proporción acrecentada de la planta con relación al trabajo ocasionó una caída en la tasa de ganancia; ahora, la proporción aumentada de trabajo con relación a la planta ocasiona que vuelva a subir la tasa de ganancia, por cuya razón recomenzará la expansión. Este modelo no debe ser visto como una relación de lo que sucede en realidad en crisis concretas, sino más bien como un esfuerzo por delinear un desequilibrio estructural inherente del modo capitalista, que lo hace inestable siempre.

El propio Marx observó, pero no agotó, otra fuente de crisis: el problema de realizar el valor excedente cuando se ha producido demasiado, los precios del mercado se abaten por debajo del valor y la ganancia se reduce o desaparece. Esta "crisis de realización" no surge de la tendencia inherente de la tasa de ganancia a decrecer, sino de la imposibilidad de que los capitalistas obtengan alguna utilidad por la incapacidad de los consumidores para absorber el conjunto de mercancías producidas (véase Sweezy, 1942: capítulo x). Esta crisis puede ser resultado de que la competencia entre capitalistas haga que se produzca más de lo que se puede vender, o también puede deberse a la falta de poder de compra de los consumidores.

Los autores que siguen a Marx se valen de uno u otro aspecto de este modelo de crisis capitalista para explicar la tendencia del capitalismo a extenderse más allá de los confines de un sistema político individual. Este fue un problema del que Marx se ocupó únicamente de un modo tangencial. No habló de imperialismo, sino de comercio exterior. La palabra *imperialismo* no aparece en sus escritos, pese a que ya se usaba hacia 1850; le interesó sobre todo valerse de la situación inglesa como base de un modelo abstracto que le permitiera definir "la ley del movimiento" del capitalismo. Sin embargo, la búsqueda de una explicación del imperialismo fue el principal interés de algunos de sus sucesores, en particular de Lenin y Rosa Luxemburgo. Lenin escribió su

obra *El imperialismo* en 1916; *La acumulación de capital*, de Rosa Luxemburgo, es de 1913.

Lenin se basó en la obra del economista inglés John Hobson, cuyo *Imperialism: A Study* fue publicado en 1902. Hobson trató de explicar el desarrollo del imperialismo arguyendo que mientras el capital tendía a acumularse en las manos de los capitalistas, no había, como contraparte, un mercado interno suficiente para las mercancías producidas; por ello el capital buscaba nuevas inversiones en el exterior. Atrás de la competencia política y militar de las naciones-Estados se hallaba, según Hobson, la competencia económica de capitalistas que buscaban oportunidades para exportar e invertir capitales. Pero, en tanto que la obra de Hobson fue escrita para hablar en favor de la creación de un poder de compra mayor en el país y de mercados alimentados por ese poder de compra, Lenin extendió el análisis de Hobson y argumentó que el imperialismo no era una variante reversible del capitalismo sino más bien una etapa posterior-necesaria, del capitalismo en desarrollo. Según Lenin, el capitalismo había dejado atrás las condiciones de competencia entre firmas individuales y se hallaba en una etapa en que gigantescas combinaciones de capital financiero e industrial concentraban la producción y la acumulación de capital en manos de una oligarquía financiera que dominaba toda la economía. Dueñas de capitales demasiado grandes para hallar destino en la producción, estas entidades gigantescas buscaban en el exterior oportunidades de inversión. Dado que la inversión en el extranjero exigía una correspondiente extensión de los controles políticos, estas uniones se dedicaron a establecer en el mundo esferas de influencia. Logrado esto, indujeron guerras entre naciones-Estados capitalistas. De este modo, el razonamiento de Lenin conecta el capitalismo de monopolios, la necesidad de exportar capital, el apoderamiento político de las colonias y la guerra abierta entre potencias capitalistas rivales; todo esto en una cadena de causaciones.

Con posterioridad a la aparición de la obra de Lenin, se ha visto que algunos de los eslabones de esta cadena de causación son rasgos contingentes de circunstancias particulares y no pasos secuenciales e inevitables. En primer lugar, es probable que Lenin haya sobrestimado el papel del monopolio en el capitalismo en la época en que escribió. En 1900 había pocas combinaciones de gran fuste de capital-industria en la Gran Bretaña. En Alemania, los bancos llegaron a tener un control temprano sobre la industria, cierto, pero los grandes monopolios no aparecieron sino ya empezado el siglo xx. En los Estados Unidos el movimiento hacia la fusión de los primeros años del siglo xx llevó a más competencia, no a menos (Kolko, 1963). O sea que las uniones gigantescas

no crecieron del mismo modo en todas partes ni al mismo tiempo, ni tampoco su crecimiento produjo resultados uniformes.

Segundo, el grueso de las exportaciones de capital inglés no fue a las colonias sino a otros países capitalistas, como Estados Unidos, Argentina y los dominios ingleses de Canadá, Australia y África del Sur; la India recibió apenas un 20% del capital exportado. Las compañías africanas obtenían la mayor parte de sus fondos de pequeños suscriptores, no de las grandes casas bancarias (Caincross, 1953). Aun en tiempos del propio-Lenin, el capitalismo mostró la tendencia a reinvertir en centros de acumulación ya existentes, no a abrir regiones de nuevas inversiones.

Tercero, en muchos países del mundo, la relación entre el comercio y la bandera fue más indirecta de lo que sugiere el análisis de Lenin. Para el sistema imperial inglés ciertamente fue vital la conexión de Inglaterra con la India, e Inglaterra sí intervino en Egipto en 1882 para proteger el Canal de Suez, línea vital para Asia. Sin embargo, la intervención inglesa en África y en Malaya fue con más frecuencia resultado de conflictos entre comerciantes europeos establecidos en ultramar y de jefes locales que competían entre sí. Estos conflictos locales se complicaban aún más por la posibilidad, siempre presente, de que las potencias europeas rivales se valieran de la situación para sus propios fines. En América Latina muy rara vez intentaron los ingleses establecer gobiernos coloniales; fue excepcional la ocupación de Belice (Honduras Británica), y el intento de apoderarse de Buenos Aires fue desechado prontamente. Sin embargo, en el juego capitalista de la expansión, la intervención y el apoderamiento subsiguieron a situaciones locales particulares. Ronald Robinson ha destacado las dificultades que surgen de mezclar conjuntos capitalistas y no capitalistas; para sincronizarlos debe presentarse un grupo social de mediadores o colaboradores. Si estos colaboradores están divididos por conflictos entre ellos mismos, o no pueden concentrar en sus manos las funciones mediadoras necesarias, a los portadores del modo capitalista se les dificultará realizar sus operaciones. Robinson atribuye los apoderamientos imperiales "al desplome de mecanismos de colaboración en regiones extraeuropeas que hasta ese momento les habían brindado oportunidades y protección apropiadas" (1972:132).

No debemos perder de vista el hecho de que los conjuntos sociales de Europa fueron también inestables, aunque probablemente de un modo diferente. Joseph Schumpeter pensó, por ejemplo, que las grandes guerras fueron resultado no del capitalismo como tal, sino de la fusión de una industria monopolista con maquinarias estatales anacrónicas caracterizadas por tradiciones guerreras. Aunque pudo haberse equivocado en cuanto a las consecuencias pacifistas del modo capitalista, su juicio apun-

ta con claridad la posibilidad de que una clase de señores tributarios asociados con un modo no capitalista previo se pueda perpetuar bajo el capitalismo incrustándose en la oficialidad militar o colonial. Una clase así, que estuviera a favor de la guerra y del dominio colonial, podría hallar aliados entre los capitanes de industria y los trabajadores industriales, pues ambos ganarían de haber una carrera armamentista o por conseguir acceso a materias primas más baratas; también encontrarían aliados entre colonos y comerciantes con intereses activos en apropiaciones locales. Finalmente, siempre hay la posibilidad de un "imperialismo social" que quiera unificar al pueblo en casa desplazando conflictos internos hacia un enemigo externo, lo que producirá grandes ventajas a los miembros de una "raza superior" mediante el dominio de multitudes "grises". Así pues, la propagación del imperialismo y la extensión del dominio colonial abierto parecen ser más bien resultado de una interacción más compleja de conjuntos sociales de la que podría colegirse de la explicación de Lenin.

El análisis de Rosa Luxemburgo es importante por otras razones. Para ella, la causa verdadera de la crisis capitalista no radica ni en la tendencia decreciente de la tasa de ganancia ni en la acumulación de capital sin oportunidades de inversión, sino en la tendencia del sistema a producir más bienes de los que puede absorber el poder de compra. Por tanto, pensó, el capitalismo sólo puede crecer ampliando sus mercados, vendiendo sus productos a nuevos compradores. Para ella, estos compradores sólo pueden hallarse en economías no capitalistas.

Es probable que haya estado equivocada en su diagnóstico económico. Se desentendió del hecho de que la expansión de la producción capitalista se basa en la tendencia de la producción a ser su propio consumidor —a producir más medios de producción para aumentar la producción, en vez de producir mayores cantidades de valores de uso para consumo general. Dijo también que el ingreso del trabajador no podría aumentar bajo el capitalismo; en realidad, la expansión capitalista aumenta la inversión de capital en medios de producción, no solamente en la industria de los productores sino también en la industria de artículos de consumo, lo cual eleva el valor real de los salarios del trabajador. Por otra parte, no dice de dónde sacarán el poder de compra los posibles compradores, para adquirir los bienes producidos por la industria capitalista.

En cambio, sí señala la tendencia del modo capitalista a ensancharse en busca de materias primas y de mano de obra barata para procesarlas. Además, sus ejemplos empíricos están repletos de hechos que muestran que este control sobre las materias primas y la mano de obra, a

veces se obtenía por la fuerza, la cual también se empleaba para obligar a las poblaciones trabajadoras a comprar mercancías fabricadas en algún sitio. Pese a todo, mostró con más claridad que nunca antes, que la expansión del modo capitalista en el extranjero solía entrañar la instalación de procesos de dominio sobre modos no capitalistas. Fue una precursora de puntos de vista que rechazan un concepto de la nación-Estado capitalista como fenómeno aislado y que destacan más bien relaciones entre un centro capitalista y una periferia dominada.

DIFERENCIACIÓN EN EL MODO CAPITALISTA

Marx construyó un modelo del modo de producción capitalista en su forma más pura, pero no sabemos si alguna vez pensó que ese modo acabaría por establecerse idénticamente en todas partes. En *El capital* (III, 1967:792) escribió que la misma base económica puede mostrar "infinitas variaciones y gradaciones en su aspecto" debido a "innumerales y diferentes causas empíricas, al entorno natural, relaciones raciales, influencias históricas externas, etc.". Observó también que la presencia de un campesinado numeroso puede inhibir el pleno desenvolvimiento del modo capitalista (*Cap.*, III, 1967:196; también el capítulo 6 original de *Cap.*, I, citado en Mandel, 1978:45). En 1881, en una carta que escribió a Vera Zasulich, dice que su análisis del modo capitalista está "expresamente circunscrito a los países del Occidente de Europa" (véase en particular el borrador de esta carta [Marx, 1942:298-302]). Es significativo que Marx haya escrito esta carta en un tiempo en que se hallaba metido profundamente en la lectura de material etnológico y agrario-histórico.

Tanto Lenin como Luxemburgo quisieron aplicar el modelo puro de Marx a un análisis de la propagación y repercusión mundiales del modo capitalista entre el principio de la Gran Depresión de 1873-1894 y la primera Guerra Mundial. Lenin se centró en la necesidad de exportaciones de capital, Luxemburgo en las limitaciones del mercado interno. Tanto uno como la otra se interesaron primordialmente en definir la "ley del movimiento" que impelia al modo capitalista desde su punto de origen hacia otras regiones del globo. Se centraron en el vórtice capitalista que escupía capital o mercancías; y visualizaron sus efectos como esencialmente similares en todas partes; englobaron a todo el mundo en un campo homogéneo de efectos.

El estallido de la Revolución Rusa (1917) y la incapacidad de Alemania para unirse a ella, destacaron que las "infinitas variaciones y

gradaciones en su aspecto", que Marx había observado, tenían consecuencias estratégicas en cuanto a la forma en que el sistema postulado operaba en la realidad histórica. Cuando Lenin caracterizó a Rusia como "el eslabón más débil" en la cadena de dominación capitalista, implícitamente planteó el interrogante de qué hacía que unos eslabones fueran más débiles que otros. Trotsky, al tratar de dar una respuesta, arguyó que esta variabilidad se debía a "un desarrollo desigual y combinado" —"desigual" porque el capitalismo encontraba condiciones extremadamente diversas producidas por el desarrollo desigual en el pasado, y "combinado" porque el capitalismo tenía que combinarse con estas condiciones dispares en el acto mismo de penetrarlas. Esta respuesta otorgó una cierta influencia a modos no capitalistas preexistentes y reconoció que la forma en que el capitalismo operaba dependía de esta influencia. Pese a lo cual Trotsky siguió definiendo al capitalismo como uniforme en su "ley del movimiento", y por consiguiente, uniforme en sus efectos. ¿Qué decir, sin embargo, si el modo capitalista generaba variabilidad y diferenciación no nada más combinándose con otros modos sino también en el curso mismo de sus operaciones?

Podemos distinguir un cierto número de fuentes de diferenciación. Algunas provienen del modo mismo. Todos los capitalistas saben que la tendencia a utilidades más altas exige que inviertan continuamente en nueva tecnología, si bien no todos pueden responder de un modo apropiado. En todos los puntos de la curva ascendente de la acumulación de capital, algunos agregados de capital se hacen mayores en tanto que otros se rezagan. Algunos tenedores de capital irrumpen hacia adelante; otros conservan sus posiciones en tanto que otros se retiran o son eliminados de la carrera. Los victoriosos cobran las fichas de los perdedores:

las diferencias en el nivel de provecho provienen de la competencia de capitales y de la inexorable condena de todas las firmas, ramas y regiones que se rezagan en esta carrera y que por ello se ven obligadas a entregar parte de su "propio" valor excedente a quienes van a la cabeza. ¿Qué es este proceso, si no la producción continua de firmas, ramas y regiones subdesarrolladas? [Mandel, 1978:85]

Por consiguiente, en cada punto, el modo capitalista genera distinciones entre los agregados de capital que emplean proporciones más elevadas de capital en medios de producción respecto a capital empleado en fuerza de trabajo, y aquellos que emplean proporciones menores. A su vez, esta distinción influye en los diferentes modos en que las unidades de capital se relacionan con otras fuentes de financiamiento, con insumos

tecnológicos, mercados, acuerdos para conseguir fuerza de trabajo e influencias políticas, en casa y en el extranjero.

Otra fuente de variabilidad es la tendencia del modo capitalista a sufrir alzas y bajas de actividad económica, a alternar avances y retiradas de acumulación de capital. En el modelo marxista, se ve a estas oscilaciones como hijas de las contradicciones del propio modo. En su obra *Late Capitalism* (1978), Ernest Mandel define siete "ondas largas" en el desarrollo del modo capitalista, desde el último decenio del siglo XVII al tiempo de la guerra de Vietnam. Cada onda se distingue de la precedente por un cambio en la tasa de ganancia, producido a su vez por cambios en la proporción del capital invertido en medios de producción respecto al invertido en fuerza de trabajo. Cada vez que se invertía capital en una nueva tecnología, un monto mayor de capital invertido en la planta, en relación con el invertido en trabajo, resultaba en una aceleración del índice de utilidad. Esto fue cierto en cuanto a la primera fase de la industrialización (1793-1825), que señaló la sustitución de los artesanos por máquinas producidas por artesanos; del periodo entre 1848 y 1873 en que aparecieron las máquinas hechas por máquinas y fue el auge de la construcción de ferrocarriles; del periodo entre 1894 y 1913 en que se introdujeron las máquinas eléctricas y el motor de combustión; y nuevamente entre el comienzo de la segunda Guerra Mundial y 1966, cuando el capital se invirtió en industrias de guerra y luego en industrias electrónicas.

A cada fase de aceleración de la tasa de ganancia siguió una fase de desaceleración. Así, al trastorno y solevantamiento de la revolución industrial siguió un periodo de depresión (1826-1847), con su "crisis de realización" que fue resultado de la contracción de los mercados para los productos de la industria. El lapso tranquilo, entre 1848 y 1873, de máquinas que hacían máquinas y de febril construcción de ferrocarriles, desembocó en la Gran Depresión de 1873-1894. Esta caída se caracterizó por una exportación creciente de capitales y por esfuerzos tendientes a reducir los precios de las materias primas. Su manifestación política se intensificó por causa de la competencia entre las potencias europeas rivales por esferas de influencia y por acceso a las materias primas del exterior. El breve auge entre 1894 y 1913 segó la cosecha de las exportaciones de capital del periodo precedente, alentó la producción de materias primas, amén de que la productividad del trabajo aumentó muchísimo merced a la introducción de nueva tecnología. Sin embargo, el auge terminó con la primera Guerra Mundial y con los trastornos económicos y políticos que la siguieron (1914-1939). Pero la segunda Guerra Mundial y la revolución tecnológica que la siguió rescataron al

sistema de la depresión y pusieron en marcha una nueva fase de exportación en la tasa de ganancia.

Esta periodicidad del desarrollo capitalista muestra que el impacto del modo capitalista no es el mismo en todas las fases. El modo varía en cuanto a sus requerimientos en diferentes momentos y, consiguientemente, en las exigencias con que grava a las diferentes regiones del mundo.

Otra fuente de diferenciación se encuentra en el hecho de que ciertas pautas precapitalistas de riqueza mercantil sobreviven en el capitalismo. Desde el punto de vista histórico y de desarrollo, el dinero-que-hace-dinero se convirtió en capital cuando asumió la función de capital en la producción. En este sentido, el capital es hijo de la riqueza mercantil acumulada. Y al cambiar su función, el dinero-como-capital logró lo que no pudo lograr el dinero-que-hace-dinero: la capacidad de afectar y regular la cantidad y calidad de trabajo social que entra en las mercancías.

La actividad mercantil había buscado la utilidad comprando barato y vendiendo caro, lo que generalmente se conoce como intercambio no equivalente o desigual. Para este comercio los comerciantes obtenían mercancías de diferentes modos; en el comercio de pieles, el comerciante adelantaba objetos apreciados, como armas de fuego y mantas, y recibía pieles a cambio; en el de las especias, la Compañía Holandesa de las Indias Orientales trocaba mercancías europeas o telas finas hechas en la India por especias que los señores nativos recibían como tributo. En el caso del azúcar producido por esclavos, el comerciante adelantaba los medios de producción en forma de esclavos y de equipo de procesamiento, así como mercancías europeas, a cambio de lo cual el plantador le daba azúcar. En todos estos casos, los comerciantes empleaban el dinero y bienes comprados con dinero para obtener un derecho sobre la producción, pero quedando fuera del proceso mismo de producción. Implantaron sus circuitos de intercambio en otros modos de despliegue del trabajo social, usando una mezcla de fuerza y de atractivo de ventas para obtener la colaboración y el sometimiento. Sin embargo, esta colaboración y sometimiento fueron inestables y estaban sujetas a renegociación cuando el aliado local aumentaba sus exigencias, llevaba su comercio a un competidor o se negaba abiertamente a cooperar. El comerciante dependía siempre de su Estado para que respaldara sus pretensiones. Al mismo tiempo, estaba obligado a endulzar la disposición de su socio comercial con vistas a perpetuar su desigual comercio.

Con el establecimiento del modo capitalista en Inglaterra y en sus linderos, el capital industrial se hizo del control de la producción de mercancías en casa; de este modo aplicó el término doméstico del circuito

mercantil a una nueva base productiva. Conforme el modo capitalista se propagaba a otras regiones, afectaba, a su vez, el término extranjero de las operaciones del comerciante. Esto fue más y más cierto a medida que el desarrollo de nueva maquinaria requería entregas de mercancías más cuantiosas y más seguras provenientes del exterior. Fue así como a lo largo del siglo XIX, el capital industrial quitó gradualmente su autonomía a los comerciantes y los convirtió en agentes del capital; dejaron de ser actores que obraban por cuenta propia. Este proceso obró diferentemente en diversas fases y regiones de la expansión capitalista. En el primer cuarto del siglo XIX, los comerciantes, actuando como agentes de la pujante industria textil, buscaron mercados en la América Latina, si bien el posterior desplome económico los llevó a buscar nuevos cauces en África y Asia. Durante la fase de construcción de ferrocarriles creció la actividad mercantil, pero la depresión que siguió sometió a los comerciantes a una gran presión. La gran demanda de materias primas que ocurrió durante este tiempo llevó al establecimiento en diversas partes del mundo, de plantaciones y minas operadas "capitalísticamente". En estos lugares, los comerciantes se veían obligados a marchar al borde mismo del nuevo sector de esta agricultura y minería industriales, o bien, a agregar sus esfuerzos a los de los grandes cárteles comerciales-industriales, por ejemplo, de las compañías inglesas y francesas que operaban en África Occidental.

Sin embargo, la actividad y la acumulación mercantil siguieron siendo importantes en muchas regiones del globo que fueron influidas por los avances del modo capitalista, aunque no fueron rodeadas por completo por la producción a base de máquinas o por "fábricas-en-el-campo" —regiones que se encuentran a lo largo de los bordes delanteros de la expansión capitalista o entre los salientes de sus avanzadas. Estas regiones comprendían las tierras interiores del Imperio británico fuera de sus colonias "blancas" y de las grandes regiones productoras de materias primas; el interior de la América Latina situado más al interior de la faja de plantaciones costeras; los bordes del avance norteamericano y canadiense en su marcha a través de la América del Norte; y las islas del Pacífico. En estos lugares, los comerciantes crearon en su avance fronteras de mercancías y fronteras de trabajo. Llevaban a estas regiones mercancías sacadas de los centros industriales, las trocaban por productos locales o las adelantaban para contratar trabajadores para plantaciones o minas.

En estas regiones, la penetración mercantil inicial con frecuencia permitió que los grupos continuaran viviendo dentro de los modos tributarios u ordenados conforme al parentesco, a lo largo del siglo XIX y hasta

dentro del xx. Algunos intercambios podían reforzar la capacidad de un grupo para enfrentarse a su medio y para defenderse de amenazas de los extraños. Sin embargo, a mayor intercambio se minaba la autonomía de los grupos locales. Mientras permaneció limitada la esfera de relaciones de intercambio, el socio comercial nativo y el comerciante del exterior fueron más o menos iguales en sus tratos, pues cada uno ofrecía mercancías que el otro deseaba. Pero a medida que se ensanchaba la esfera del intercambio, los productores nativos dejaron de ser socios simétricos y se fueron convirtiendo en clientes del comerciante. Al depender más y más del comerciante para obtener instrumentos de producción tales como armas de fuego, municiones, trampas de acero y utensilios de metal, así como artículos de consumo, tales como manufacturas y hasta alimentos, aumentó su dependencia respecto al gran mercado capitalista. Enfrentaron una reducción gradual en su capacidad para controlar sus medios de producción, especialmente porque el ensanchamiento del intercambio roía su aptitud para reproducir esos medios valiéndose de los mecanismos del parentesco o del poder. Igualmente, las élites tributarias que iban dependiendo de mercancías producidas bajo auspicios capitalistas se hallaron obligadas a intensificar el trabajo tributario y reencauzarlo hacia la producción comercial. Los enganchadores de trabajo que intercambiaban dinero o mercancías por fuerza de trabajo pusieron en marcha cambios en los vínculos que ligaban a los trabajadores con sus parientes o con sus señores. En tales circunstancias, los recursos y servicios locales se fueron convirtiendo en mercancías sujetas a transacciones operadas fuera de los modos preexistentes.

Así, estos perímetros fronterizos cayeron gradualmente dentro del mercado capitalista y se eslabonaron indirectamente con las bases industriales del modo de producción capitalista. En este proceso, los comerciantes quedaron atrapados en una contradicción. Como agentes de avanzada del mercado que eran en las zonas fronterizas, gozaban de una cierta medida de autonomía que con frecuencia convirtieron en dominio local o regional. Pero al hacerse más intensas las relaciones del mercado, su creciente necesidad de capital y mercancías los ligaba más estrechamente con los centros metropolitanos de producción y distribución. Al mismo tiempo, sus monopolios locales, que por fuerza eran temporales, se disolvían ante el impacto de una competencia cada vez mayor.

Algunas regiones de frontera que sirvieron como fuentes de trabajo ocasional, acabaron siendo reservas permanentes de trabajo. Entre estas regiones figuraron las regiones de China e India en que se atrapaba a los trabajadores durante el siglo xix, las "reservas de nativos" creadas en África en las postrimerías del siglo xix, y las zonas de aprovisionamiento

cercanas al Mediterráneo, que se usaron en el siglo xx. Históricamente, estas regiones formaron parte de Estados que habían sido derrotados militarmente, o que la expansión europea había pasado de largo. Estas regiones se organizaron para proveer de trabajo cuando se necesitara y para mantenerlo después de sus años productivos. Una parte de la población era movilizada para trabajar a cambio de un salario fuera de la zona de abastecimiento, mientras sus familias y parientes se mantenían en las reservas, sosteniéndose merced a una combinación de producción doméstica de subsistencia y producción de mercancías para su venta. El flujo de salarios y de remisiones provenientes del exterior, y las mercancías producidas en el país, llevaron al surgimiento de intermediarios mercantiles que unieron la reserva de trabajo a su matriz capitalista.

Diferenciación: El Estado

Una razón de peso que explica la diferenciación que existe dentro del modo capitalista es que el desarrollo capitalista está a cargo de Estados políticamente separados y diferentes. Para entender este aspecto del modo, debemos antes preguntarnos con Ber Borochov,

por qué, por una parte, el sistema capitalista se ve como algo internacional, que destruye todos los linderos entre tribus y pueblos y desarraiga todas las tradiciones, en tanto que, por otra parte, es en sí instrumento que contribuye a la intensificación de las luchas internacionales y robustece la autoconciencia nacional. [1937:160]

En el capítulo II definimos al Estado en el modo capitalista como un aparato instalado para mantener y promover las relaciones estratégicas que gobiernan el despliegue capitalista del trabajo social. El Estado capitalista existe para asegurar el dominio de una clase sobre otra. Sin embargo, en cada Estado esta función se lleva a cabo diferentemente y con consecuencias diferentes.

Esto tiene razones históricas. El modo capitalista no alcanzó el poder repentinamente. Se incubó en situaciones tributarias más antiguas, y se ensanchó espasmódica y gradualmente, acabando por ocupar un terreno social más amplio. Cada nuevo grupo de capitalistas halló otras clases preexistentes arraigadas en situaciones tributarias variadas. Cada sociedad capitalista difirió de las demás en cuanto a los antecedentes de su clase obrera y en la rapidez e intensidad con que esta clase se desarrolló. Esta variabilidad en la "mixtura" que era la clase se amplió aún más por razón de que hubo muchos modos diferentes por medio de los cuales

las clases capitalistas se hicieron del poder. En su ascenso hacia el poder, los industriales ingleses se aliaron con "terratenientes que iban mejorando". En el curso de la industrialización alemana, los capitanes de la industria se unieron a los dueños de plantaciones del Este del Elba (*junkers*) en un pacto de "acero y pan". En los Estados Unidos, la cuestión de quién dominaría el Estado desembocó finalmente en la guerra entre la Unión y la Confederación, que terminó en la derrota de las fuerzas de clase que representaba el Sur.

Una vez concluidas estas guerras internas, el problema del dominio de clase asumió la forma política de "quién recibe qué y cuándo" dentro del encuadre de la dominación de clase. Estas soluciones también difieren de un Estado a otro. Dentro del capitalismo, la política entraña, antes que nada, conflictos entre segmentos de la misma clase capitalista. Si bien es cierto que todos los capitalistas comparten un interés común en el dominio de clase, también lo es que los grupos individuales de capitalistas suelen estar en desacuerdo, pues los impulsan intereses divergentes a corto plazo. Estos conflictos pueden llegar a ser tan grandes que amenacen al propio Estado. Llegado este caso, diferentes segmentos de la clase capitalista se aliarán con segmentos de otras clases, inclusive con segmentos de la naciente clase trabajadora. Dado que las características de todas estas clases varían de un Estado a otro, variará también la índole de los conflictos y alianzas intraclases e interclases. Esta variabilidad, que obra a lo largo del tiempo, modela acumulativamente la forma y función del aparato del Estado.

Otra fuente más de diferenciación entre Estados capitalistas es el modo en que cada grupo capitalista participó en la acumulación de capital en el exterior. La expansión inicial en el extranjero de los comerciantes europeos había creado redes de influencia y de poder comerciales en diferentes regiones del mundo. Algunos grupos de capitalistas pujantes aprovecharon estas redes mercantiles y las convirtieron en recursos para su propia acumulación. Además, cada vez que un Estado capitalista se hacía del control de una región, alteraba los términos de entrada de competidores posteriores. Así, Inglaterra, al abrir la primera brecha del modo capitalista, capitalizando la red comercial que crearon los comerciantes ingleses, ganó ventajas estratégicas en cuanto a acceso a mercados y materias primas y cerró la puerta de tales ventajas a competidores posteriores, digamos, a Francia y Alemania.

Por otra parte, el éxito inglés alteró el curso del desarrollo político de sus competidores. La expansión hegemónica de Inglaterra y de su clase capitalista, indujo la consolidación de Estados nacionales entre todos sus rivales. Por esta consolidación se buscaba mejorar el control de cada

sociedad capitalista sobre sus propias "condiciones de producción" mediante el fortalecimiento del poder del Estado. Se adoptaron políticas de apoyo a la expansión capitalista: para proteger a las industrias jóvenes contra la competencia inglesa, para desarrollar una infraestructura de transporte y comunicación apropiada a las necesidades nacionales, para establecer inversiones y banca centralizadas, para crear sistemas nacionales de disciplina del trabajo y de educación costeadas por el Estado y para crear un buen potencial bélico. Inglaterra emprendió el desarrollo capitalista con un Estado "barato" que aún podía delegar muchas funciones de dominio a los jefes locales; en cambio los competidores posteriores tuvieron que edificar Estados fuertes y costosos para poder sostenerse en la carrera.

Todos los Estados, caros o baratos, necesitan fondos para pagar sus servicios. Por lo general, tales fondos se consiguen mediante impuestos o préstamos públicos que luego se pagan con impuestos. Los impuestos se cobran mediante deducciones a los sueldos o mediante transferencias de valor excedente de los capitalistas al Estado. Estas deducciones o transferencias de valor excedente no se manejan del mismo modo entre los diferentes Estados, lo cual se refleja en resultados diferentes entre los ciudadanos. Sin embargo, todas sirven para acumular un fondo de "valor de excedente indirecto" (O'Connor, 1974:39-42) cuyo manejo corre a cargo del aparato del Estado. Este fondo se puede destinar a generar desarrollo industrial adicional, especialmente en industrias relacionadas con la guerra, que favorecen a un segmento de la clase capitalista en detrimento de otros; o puede dedicarse a prestar servicios sociales o a programas de diversas especies de apoyo de precios que favorecen a ciertas clases o segmentos de la sociedad. Aquí también, cuestiones de dominio de clase se reflejan en la política. Los diversos resultados de los conflictos sobre "quién recibe qué y cuándo" aumentan la diferenciación de los Estados capitalistas. Aunque aquí estamos hablando primordialmente del desarrollo inicial del sistema del Estado internacional bajo el capitalismo durante el siglo XIX, no está de más señalar que estas funciones del Estado, basadas en la acumulación del valor excedente indirecto, crecieron enormemente en el siglo XX, en especial después de 1930, por el impacto de la depresión, de la dislocación social y de la guerra.

XI. EL MOVIMIENTO DE MERCANCIAS

DURANTE la porción final del siglo XIX, la producción capitalista dio un gran salto hacia adelante, subió la demanda de materias primas y alimentos y creó un mercado amplísimo de alcance mundial. Regiones enteras se especializaron en la producción de alguna materia prima, cosecha o estimulante. Algunas de estas especializaciones regionales eran anteriores, pues se remontaban a la era mercantil; tal fue el caso de las regiones productoras de azúcar del Caribe. Otras se especializaron en respuesta al inicio del desarrollo capitalista, como ocurrió con las regiones algodoneras de Estados Unidos, Egipto, y la India. Y otras más fueron completamente nuevas. Esta especialización regional en un monocultivo o en una materia prima exigía, a su vez, que en otras regiones se cultivaran alimentos para dar de comer a los productores primarios, o que dieran mano de obra a las nuevas plantaciones, fincas agrícolas, minas, plantas procesadoras y sistemas de transporte. Debido a la especialización creciente de producción de mercancías, los cambios ocurridos al nivel del mercado mundial tuvieron consecuencias al nivel de la casa, del grupo vinculado por parentesco, de la comunidad, región y clase.

Para entender cómo la gente fue empujada o atraída hacia este mercado se requiere conocer el mercado no nada más como medio para el intercambio de mercancías y servicios sino también como conjunto de "mecanismos de articulación social" (Mintz, 1959a:20). Los bienes y servicios producidos para un mercado son mercancías; como tales es posible compararlas e intercambiarlas sin hacer referencia a la matriz social en que se produjeron. Hemos visto ya que el intercambio de mercancías fue muy anterior al nacimiento del modo de producción capitalista; bajo los modos tributario u ordenado conforme el parentesco, los comerciantes intercambiaban mercancías. Cada mercancía encarna una fracción del trabajo social empleado en transformar la naturaleza para fines humanos; este trabajo social ha sido movilizadado bajo las relaciones que gobiernan un modo de producción. Con el desarrollo del capitalismo, cantidades mayores aún entraban en los mercados donde hallaban mercancías producidas bajo otros modos, y competían con ellos. Ante el creciente predominio general del capitalismo, el mercado se convirtió en un campo de batalla, de articulación y conflicto entre modos de producción-competidores; esto se expresó en el intercambio de diversas mercancías. No siempre el capitalismo anuló otros modos de producción, pero sí transformó las vidas de los pueblos.

Este desarrollo del capitalismo industrial no siguió una tersa línea ascendente. Tras una fase de acumulación de capital venían algunos retrocesos; tras periodos de expansión optimista seguían otros sombríos e inciertos. Cada fase del avance abría nuevos teatros de operaciones y nuevas zonas de abastecimiento. Cada retroceso ponía en tela de juicio el curso dominante de inversión de capital y evocaba el espectro de la contracción del mercado, como ocurrió en América Latina después de 1825. Cada fase de adelanto y cada esfuerzo por contener la oleada de la depresión producía efectos en la población atrapada en la urdimbre de los lazos capitalistas. A veces eran directos los efectos del capitalismo, el resultado de inversión o desinversión en instalaciones industriales, abasto de materias primas o empresas productoras de alimentos. Otras veces sus efectos se trasmitían por entre el mecanismo del mercado, intensificando o disminuyendo el impacto transformador del modo capitalista sobre otros modos. Cada adelanto traía consigo cambios en la forma en que se organizaba el trabajo social. Sin embargo, cuando después del avance venía el retroceso, ya no era posible regresar a las anteriores adaptaciones. Para muchos de los pueblos que han estudiado los antropólogos, estos cambios fueron particularmente críticos en el último cuarto del siglo XIX.

LA GRAN DEPRESIÓN

Apenas cinco años después de la apertura del Canal de Suez, con su promesa de un comercio muy ampliado entre Europa y Asia, la expansión capitalista experimentó otro gran retroceso. La construcción de ferrocarriles había sacado al capitalismo de la baja de 1826-1847, y había alentado en los años 1848-1873 un nuevo desarrollo gracias a la gran alza en la producción de hierro, acero y carbón. Pero en 1873 vino una nueva baja, cuyos efectos han llegado a conocerse con el nombre de Gran Depresión. Los historiadores económicos no aceptan la generalidad del fenómeno y observan que no fue tan generalizado ni tan intenso en todas partes. No han faltado especialistas que inclusive lo hayan negado. La verdad es que ocurrió un gran cambio en el paso y la naturaleza de la acumulación capitalista, cambio que todavía reverbera en nuestros días. La Gran Depresión abrió una nueva fase en el encuentro entre el capitalismo y el resto del mundo. Durante esta fase, un capitalismo militante se introdujo con más fuerza e intensidad en las disposiciones sociales basadas en los modos de producción tributario o basado en el parentesco. Esto lo llevó a cabo extrayendo recursos y mano de obra que es-

taban organizados diferentemente y metiéndolos en un sistema mayor dominado y penetrado por relaciones de producción capitalista. Dentro de este sistema, las porciones subsidiarias fueron obligadas o inducidas a convertirse en productoras de mercancías especializadas, todas creadas y comercializadas conforme a las directivas del proceso central de acumulación de capital.

Son varios los factores que se encuentran en la base de este cambio de engranes en el desarrollo capitalista. En Europa declinó la tasa de ganancia y subieron los salarios reales, y en otras partes del mundo subió el precio de las materias primas. La inversión de capital necesaria para financiar la renovación de los medios de producción, a fin de cortar esta alza de los costos, se presentó de un modo lento. Es muy posible que el capital disponible en esos días no haya sido bastante para financiar el rápido cambio en la tecnología que exigía el abandono del motor de vapor a la turbina y motor de combustión interna, movidos por petróleo o electricidad. Igualmente, la nueva industria química se hallaba en su infancia.

Este retardo industrial tuvo un aspecto geográfico y político. La industria inglesa, movida por el vapor, aflojó el paso, en tanto que los Estados Unidos y Alemania expandían gradualmente sus industrias con base en los nuevos adelantos técnicos. Inglaterra perdió su predominio en el mundo industrial. Hacia 1870 tenía no más del 25% de la potencia de vapor del mundo y producía menos de la mitad del acero mundial (Hobsbawm, 1969:134). Entre 1880 y 1890 la producción de acero de Estados Unidos alcanzó a la de Inglaterra; y en una década más Alemania había alcanzado a Inglaterra (Barratt Brown, 1970:82). Las "aceras satánicas" de Birmingham y Sheffield todavía destellaban; su banco —La Venerable Dama de la Calle Threadneedle— seguía siendo el centro de las transacciones financieras del globo; y Britania "seguía señoreando las olas". Ya no era, sin embargo, el líder industrial del mundo; no era más que uno más de los países que se estaban industrializando.

La Gran Depresión fue, pues, una crisis en la acumulación capitalista porque afectó al país que había inducido el proceso y alterado su relación con el resto del mundo; inició una crisis en la hegemonía inglesa. En lo sucesivo, la continuación de la influencia inglesa se basó más en el recuerdo de sus éxitos pasados que en su capacidad industrial. Su control de la India fue lo que la mantuvo al frente de la competencia internacional. El algodón y los textiles de la India, vendidos en cantidades cada vez mayores a Estados Unidos, el continente europeo y Japón, dieron excedentes al sistema imperial. En la segunda mitad del siglo XIX

el comercio indio de algodón y textiles saltó de 4 a 50 000 000 de dólares. Pero más importantes aún fueron los llamados "cargos domésticos", el tributo exigido a la India para sufragar los costos de la administración inglesa y los intereses pagaderos por deudas contraídas por el gobierno colonial inglés de la India que subieron de 70 millones a 225 millones de libras esterlinas en el último cuarto del siglo (Barratt Brown, 1970:85). El flujo de tan enormes sumas mantuvo el predominio inglés como centro financiero, pero el personal del liderazgo internacional se fue a otras manos.

Simultáneamente ocurrió un cambio profundo en la producción agrícola de Europa. La agricultura europea confrontó repentinamente importaciones cuantiosísimas de trigo norteamericano y ruso, que provocaron una caída vertical en los precios. El avance norteamericano en las llanuras y el cultivo ruso de la estepa sudoriental aumentaron las existencias de trigo a la vez que un transporte mejor —por la construcción de ferrocarriles y la expansión de los vapores y veleros en el Atlántico— produjo una declinación rápida en los costos del transporte. El costo del transporte entre Chicago y Liverpool cayó a casi la cuarta parte entre 1869-1879 y 1902 (Bagwell y Mingay, 1970:75). Esto cimbró los fundamentos de la agricultura europea e intensificó el flujo de emigrantes a las Américas (véase el capítulo XI).

El resultado fue que varias naciones-Estados capitalistas de Europa emprendieran una búsqueda intensa de nuevas inversiones y mercados en un periodo de pocas oportunidades. Entraron en una fiera competencia por el control de regiones que podían proporcionar materias primas y trabajo a bajo precio. En Estados Unidos y Rusia este mismo ímpetu indujo la expansión, la colonización y la consolidación a través de continentes enteros. El creciente descontento interno y la fuerte competencia externa desataron deseos de expansión por medios políticos, la política del imperialismo. Esta política buscó unificar clases descontentas y en pugna en casa, merced a una lucha común para conseguir colonias o esferas de influencia en el exterior, para dar así a la madre patria acceso privilegiado a mercados y recursos. La Gran Depresión aguijonó la ampliación de la soberanía europea en el exterior. África fue tasajada; en Asia se establecieron nuevas colonias; se colonizó el Pacífico. Durante este periodo de estancamiento económico, las potencias europeas triplicaron sus adquisiciones territoriales. Se restauró la acumulación capitalista, aunque con ciertos titubeos. Aprovechando los nuevos medios de transporte abiertos en el último cuarto del siglo XIX, el capital se lanzó al desarrollo de productos agrícolas y materias primas tropicales para los mercados europeos.

ESPECIALIZACIÓN REGIONAL

La presencia de nuevas cosechas y productos alteró significativamente las relaciones entre regiones del mismo continente y entre continentes enteros. Algunas regiones se especializaron en la producción de alimentos o de materias primas industriales; otras procesaban las materias primas, los grános o la carne y devolvían bienes manufacturados. Vimos ya cómo Inglaterra dependió de los envíos de algodón norteamericano y después, de los de la India y Egipto. A su vez, estas regiones algodone-ras se especializaron a tal grado en la producción de su gran cosecha de venta inmediata que tuvieron que comprar en otras partes alimentos y manufacturas.

Inglaterra, país que durante el siglo XVIII había sido autosuficiente y que inclusive había exportado alimentos, en el XIX, sobre todo a fines, dependió a tal grado de los alimentos extranjeros que cuatro quintas partes de su trigo y dos quintas partes de su carne le llegaban de fuera (Woodruff, 1971:12). El algodoneero Sur de Estados Unidos dependió casi totalmente de las manufacturas del Norte y del trigo del Oeste del propio país.

La especialización regional no se circunscribió a los granos, la carne y el algodón; para proporcionar productos tropicales tales como azúcar, té, café o caucho, regiones enteras del planeta se transformaron en plantaciones de azúcar, té, caucho o café. Dado que la producción de las plantaciones se concentraba en uno o dos productos comerciales, su fuerza de trabajo debía sostenerse por productores que le proporcionaran alimentos y otras mercancías. En Asia, fue el arroz, no el trigo, el que daba el alimento básico de la fuerza de trabajo; por ello, el crecimiento de la agricultura de plantación fue correlativo al crecimiento de la producción de arroz destinado a regiones sin arroz. Y otras regiones del mundo no se especializaron en cosechas ni en actividades industriales sino en trabajadores para la agricultura o la industria. En tanto que bajo el manto del capitalismo industrial se forjaban lazos comunes entre estas regiones, su relación recíproca llevó a divergencias y a una constante reorganización de relaciones sociales y pautas culturales dentro de cada región.

Cuando Adam Smith y David Ricardo contemplaron una creciente división del trabajo del mundo, pensaron que cada país escogería libremente las mercancías que produciría mejor, y que cada uno intercambiaría su mercancía óptima por mercancías óptimas de otros. Entonces, en el ejemplo de Ricardo, Inglaterra enviaría textiles a Portugal y recibiría vinos de este país. Esta imagen de libre intercambio de mercancías no

tomó en cuenta las restricciones que gobernarían la selección de mercancías particulares, ni las sanciones políticas y militares que apoyaban la continuación de intercambios totalmente asimétricos que beneficiaban a una parte pero que empobrecían a la otra.

Rara vez fue libre la elección en el sistema de interrelaciones; en casi todos los casos fue impuesta por la fuerza, o por exigencias provenientes del dominio que ejercían sobre el mercado participantes más poderosos. La coacción o constrictión, por la ocupación política abierta de una colonia, o simplemente por la dominación económica de ella, fueron la esencia del proceso; no fueron epifenómenos. Además, una vez que una región era incluida en los circuitos de capital, los requerimientos de acumulación eran tales que tenía que reorganizar sus factores de producción para intensificar el crecimiento de capital, pues de otra suerte caería aplastada bajo las ruedas del progreso. En la agricultura capitalista esto llevó o al crecimiento de "fábricas en el campo" altamente capitalizadas, o al crecimiento de productores en pequeño especializados cuyas operaciones eran dictadas por los mercados de cultivos comerciales. Simultáneamente, el proceso mismo de acumulación privó a otras regiones de acceso a medios de producción, lo cual las "liberó" y las hizo vendedoras de fuerza de trabajo a otros.

En este capítulo examinaremos la forma en que algunos productos agrarios y de pastoreo acabaron siendo producidos en plantaciones o en fincas pequeñas, e ilustraremos algunas de las formas en que estos nuevos modos de producción afectaron a las poblaciones participantes. En el capítulo siguiente examinaremos más de cerca el desarrollo en el mundo de las clases trabajadoras, que manejaron las nuevas industrias y empresas agrícolas erigidas por la acumulación de capital en el curso de su reproducción cada vez más intensa.

Agricultura comercial: plantaciones

En la agricultura, los instrumentos principales de la expansión capitalista a lo largo del siglo XIX fueron la plantación y la finca-pequeña especializada que producía bienes comerciales. Podemos definir la plantación diciendo que es una unidad que emplea capital y una gran cantidad de fuerza de trabajo, a la orden de una estrecha supervisión, para producir una cosecha comercial. Por lo común, la fuerza de trabajo opera en grupos que realizan tareas repetitivas y agotadoras bajo la vigilante mirada de capataces que hacen cumplir la secuencia y sincronización de las tareas. Es decir, que la agricultura de plantación tiene

un saborcillo que recuerda el orden y el entrenamiento de un ejército, cosa que hizo decir a Edgar T. Thompson que se trataba de una agricultura "militar". Su fin es producir uno o dos artículos. Tal especialización es causa de su fuerza y de su debilidad. El organismo puede hacer frente a aumentos en la demanda, pero es muy vulnerable a caídas económicas.

Las plantaciones tienden a ser muy extensas; logran economías de escala dedicando tantos recursos como les es posible al cultivo de un solo artículo. La producción en gran escala exige procesamiento en gran escala. El producto en bruto debe llevarse de los campos a un centro de procesamiento y el artículo procesado deberá almacenarse hasta su envío al mercado. Las funciones conjuntas del control organizacional, del procesamiento y almacenaje constituyen el centro de la plantación, que viene a ser un puesto de mando, amurallado de los campos colindantes y de las barracas de los trabajadores. Cuando la plantación, con sus formas y funciones nuevas, se establece en medio de un campo ya habitado, se ve como un enclave encajado en un medio extraño. Cuando las plantaciones se forman en el borde de asentamientos más antiguos, se convierten en una "frontera" en expansión. Son, de hecho, avanzadas de un modo de producción situadas en medio de otros modos. En general, la relación entre las plantaciones y las formas de producción fundadas en estos otros modos, es antagonica. La plantación es un invasor y su éxito se debe a que tuvo éxito su invasión.

Todavía hasta fines del siglo xviii sólo había plantaciones en las Américas y en unas cuantas islas del Océano Índico. Se trabajaban casi exclusivamente con mano de obra esclava llevada de África, la cual consumían en grandes cantidades. Sin embargo, en 1807, Inglaterra abolió el tráfico de esclavos; su ejemplo lo siguieron los Estados Unidos, Francia y los Países Bajos. En 1833 fue más lejos, pues declaró que en sus posesiones el trabajo esclavo estaba fuera de la ley.

No es fácil contestar por qué se abolió el comercio de esclavos y la esclavitud en los primeros decenios del siglo xix. Ciertamente es que habían bajado las utilidades del tráfico de esclavos (véase Craton, 1974:113). También es evidente que la clase plantadora de las islas azucareras del Caribe inglés, en otros tiempos la guía financiera del creciente imperio, se había debilitado muchísimo en los últimos 25 años del siglo xix. La competencia francesa de Santo Domingo, basada en la explotación de trabajo esclavo, junto con las importaciones de Bengala, cada vez más cuantiosas, habían hecho bajar el precio del azúcar. La guerra con los Estados Unidos y luego con Francia había desarticulado las relaciones con las colonias de la América del Norte y habían producido hambre

e inflación en las islas. En algunas de ellas, la producción de caña había alcanzado los límites de la productividad. Durante las guerras napoleónicas, la Europa continental se había dedicado a producir azúcar de remolacha y pronto se convirtió en un competidor formidable del azúcar de caña. Acosados por las deudas, los plantadores ingleses del Caribe experimentaron una verdadera "crisis de la clase plantadora" (véase Ragatz, 1928).

Sin embargo, el paso del trabajo-esclavo a otras formas de control del trabajo dentro de la órbita inglesa debe entenderse no nada más en términos del desarrollo interno inglés sino también en términos del cambiante sistema internacional del cual Inglaterra formaba parte. Dentro de la creciente hegemonía del capitalismo industrial, se vino a preferir el trabajo libre sobre el esclavo. Cabe observar, sin embargo, que en el curso del siglo xix la esclavitud prosiguió en los Estados Unidos y que en Brasil y Cuba se intensificó. Brasil la abolió en 1871, y Cuba, que en sus florecientes ingenios lograba una producción más y más grande, la abolió en 1886. Los antiguos esclavos de Jamaica se retiraron de las plantaciones para dedicarse a la agricultura de subsistencia en sus propias parcelas. Brasil todavía alcanzó a importar como 1 900 000 esclavos entre 1811 y 1870, y Cuba otros 550 000. Sin embargo, el fin del tráfico de esclavos y de la esclavitud en una parte del mundo produjo su continuación y hasta su intensificación en otra parte. Una de las regiones que siguieron usando trabajo esclavo fue el algodónero Sur de Estados Unidos, que para entonces era el mayor productor de esa materia prima estratégica para el pujante capitalismo inglés. O sea, que el ascenso del capitalismo industrial descansaba en la continuación de la esclavitud en otra parte del mundo, aun cuando ésta ya no dependía del tráfico de esclavos.

Otro elemento que explica la desaparición de la esclavitud dentro de la órbita británica fue que las guerras napoleónicas colocaron en manos inglesas el control de gran parte del mundo tropical fuera del Caribe. Aunque una buena porción de la riqueza inglesa anterior a las guerras había salido del Caribe, después de las guerras los manufactureros ingleses pudieron dirigir la vista y contemplar un "nuevo" imperio, que no se basaría en el trabajo forzado de un puñado de islas sino en exportaciones de productos manufacturados a Asia y África y en importaciones de productos tropicales de esos dos continentes. Nuevos tipos de transportes marítimos llevarían estas mercancías a través de los océanos, que la marina inglesa había vuelto seguros. En consecuencia, se quitó la esclavitud en las islas azucareras inglesas y en su lugar se puso en otras partes del mundo una agricultura de plantación y de pequeños produc-

tores. Como consecuencia de la reorientación de los intereses ingleses, el azúcar del Caribe cultivado con esclavos perdió importancia como fuente de acumulación de capital, pero la ganaron otros tipos de cosechas de otras regiones del mundo.

A lo largo del siglo XIX sufrió un gran cambio la agricultura en plantaciones: se alejó de las fincas capitalizadas con los recursos financieros de familias de plantadores y de comerciantes que adelantaban mercancías a cuenta de la cosecha, y se acercó a "fábricas en el campo", altamente capitalizadas, por acciones, en las cuales todos los factores de producción, inclusive el trabajo, estaban determinados por el juego del mercado capitalista siempre en expansión. "La caída de la clase plantadora" no se circunscribió al Caribe; fue mundial (Beckford, 1972:102-110). Las relaciones privilegiadas entre plantador y comerciante cedieron el paso al libre flujo del capital líquido. Para maximizar la acumulación de capital y para bajar los costos de trabajo, debía permitirse que el capital fluyera libremente hacia formas y variedades de agricultura susceptibles de intensificación y expansión y hacer que se alejara de aquellas que estuvieran embarazadas por causa de una tecnología anticuada, por organización limitadora y por abasto inmóvil de mano de obra.

En una región de una plantación tras otra, la clase de plantadores, que tenía un acceso limitado al capital y que estaba aferrada a pautas de producción fuera de época, no pudo llevar a cabo la transición. Las sociedades por acciones metropolitanas adquirieron sus bienes y transformaron la tecnología y organización de plantación y la pusieron bajo el control de sociedades por acciones, con capital sacado de Londres, París, Nueva York o Hamburgo. Gigantescos organismos productores y distribuidores tales como United Africa Company, United Fruit, Harrisons and Crosfields, Brooke Bond, la Compagnie Française de l'Afrique Occidentale, y la Société Commerciale de l'Ouest Africain, acabaron por dominar ramas enteras de las actividades económicas y también países enteros. Fue así como tanto la agricultura de plantación, como la producción en pequeña escala de artículos de consumo inmediato quedaron sujetas a controles comerciales y financieros situados en centros distantes.

Agricultura comercial: cultivos comerciales en fincas pequeñas

El siglo XIX presenció también, tanto en Europa como en otras partes del mundo, un incremento y perfeccionamiento de la producción de cultivos comerciales en fincas pequeñas. En términos generales se puede decir que los campesinos se volvieron agricultores; en Europa esto ocu-

rrió de dos modos: uno fue liberar económica y políticamente al campesinado de obligaciones tributarias hacia una clase de señores; esto permitió a los campesinos usar sus tierras y su trabajo como factores del mercado de producción. Fue un proceso gradual, que obró en fases y etapas, que avanzó de occidente a oriente; empezó en Francia en 1789, en 1848 llegó a los dominios austro-húngaros y llegó victorioso a Rusia con los decretos de emancipación de 1861. El segundo modo de llevar al campesinado hacia la producción especializada de cultivos comerciales fue cortar la conexión que había bajo el sistema de producción para venta entre la agricultura de subsistencia y la producción artesanal doméstica. Conforme la producción artesanal bajo el control de comerciantes cedía el paso a la industria capitalista, los campesinos-artistas más pobres se veían orillados a renunciar al cultivo y a mudarse a fuentes de empleo en la industria, dejando así que sus vecinos más afortunados o más ricos absorbieran su tierra y la emplearan para cosechar productos especializados. De más está decir que este no fue un proceso terso que ocurrió en todas partes al mismo tiempo. Hubo regiones en que ocurrió a lo largo de varias generaciones. Sin embargo, a final de cuentas, los modos tributarios y las operaciones mercantiles que existían lado a lado acabaron, y en su lugar apareció un nuevo tipo de productor agrícola, que podía reaccionar libremente ante los vaivenes del mercado.

Como veremos, estos fenómenos ocurrieron no nada más en Europa, sino fuera de ella, en especial en África Occidental y en el Sudeste de Asia. La expansión capitalista fue inducida tanto por los propietarios en pequeño como por la agricultura de plantación; sin embargo, estos no fueron más que agentes sobre el terreno, por así decirlo, de tenedores de capital en corporaciones (sociedades por acciones) o factores situados en otras partes. La expansión de la agricultura comercial incluyó el desarrollo de una estructura de varias capas de flujos de capital, de producción y venta locales y de flujos de capital. Seguiremos el crecimiento y propagación de algunas cosechas y productos, y esbozaremos algunas formas en que este crecimiento y propagación afectó las vidas de poblaciones "en el terreno". Empero, estos fenómenos y sus efectos no fueron más que episodios locales de un gigantesco proceso mundial de acumulación de capital.

PRODUCCIÓN DE MERCANCIAS: ALIMENTOS

De particular importancia en la nueva especialización agrícola mundial fueron los granos: en Europa y América el trigo, y el arroz en Asia;

también lo fueron la ganadería especializada y las cosechas de alimentos, por ejemplo plátanos, en plantaciones.

Trigo

Hemos hablado ya de hasta qué punto la Gran Bretaña llegó a depender de las importaciones de granos para atender a las necesidades del "taller del mundo". En este periodo destacan tres regiones en la producción especializada de trigo para exportación. La primera fue el Medio Oeste y el Oeste norteamericano, donde los cultivadores avanzaron por las Grandes Llanuras y penetraron por entre los recios pastizales con el arado profundo y la segadora mecánica. El primer embarque de trigo enviado al este —78 bushels (un bushel = 35.2 litros) llegó a Chicago en 1838, pero el gran aumento en la producción de granos ocurrió después de la guerra entre la Unión y la Confederación. Fue entonces cuando la construcción de ferrocarriles y la presencia del vapor volandero permitieron exportaciones crecientes a ultramar.

La marcha de los ferrocarriles al interior indujo la creación de fincas trigueras de grán "bonanza" con mano de obra migratoria. Sin embargo, en los años 1880 fallaron estas fincas y fueron sustituidas por granjas operadas por familias que contaban con maquinaria agrícola; en los años 1830 aparecieron las trilladoras de vapor, dos décadas después, las mecánicas, y en los años 1880, la combinación cosechadora-trilladora. Con esta maquinaria fue posible que una familia con dos varones, digamos padre e hijo, cultivara bien fincas de unas 80 hectáreas. No se trataba de campesinos de subsistencia, sino de productores de mercancías que compraban sus medios de producción en el mercado y en el mercado en turno vendían su producto (Friedmann, 1978).

El trigo de Estados Unidos, que en Europa se vendía a precios inferiores al producto doméstico, trajo una crisis en la agricultura europea, que disparó una corriente de campesinos arruinados a buscar nuevas fuentes de subsistencia en las florecientes Américas. Irónicamente, muchos hicieron el viaje al Occidente en los mismos barcos que llevaron a Europa el trigo que los arruinó.

Los *junkers* de Alemania Oriental respondieron a la crisis de granos poniendo trabajadores migratorios a sueldo en lugar de los trabajadores-inquilinos permanentes. Los inquilinos habían trabajado en las fincas de los *junkers* a cambio de derechos a una cabaña, a una parcela para cultivarla a su antojo, pasto para sus vacas y una parte de la cosecha. De pronto perdieron tales derechos; muchos emigraron (Walker, 1964:

184-90). Para remplazarlos, los *junkers* llevaron agricultores polacos temporeros a los que pagaban poco. Estos salarios se mantenían bajos debido a una política estatal cuyo fin era impedir el establecimiento de fincas propiedad de polacos (Weber, 1979; Gerschenkron, 1943).

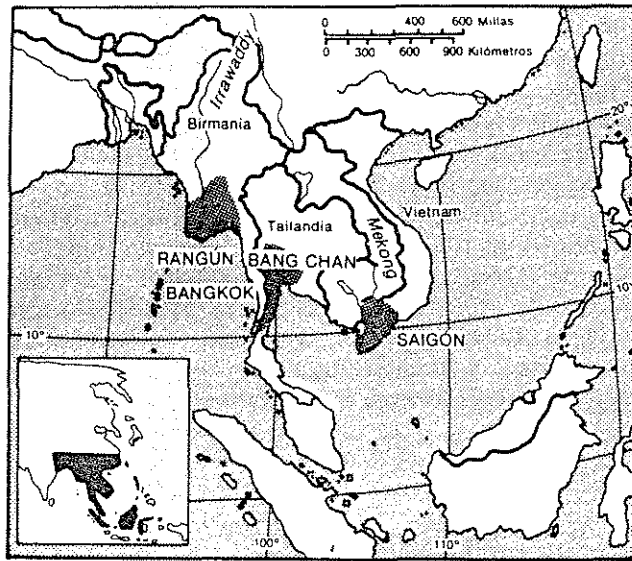
En los años 1880, Argentina entró al grupo de los grandes productores de trigo del mundo. Todavía en 1870 importó trigo, pero al finalizar el siglo era un gran exportador. Colonos europeos inmigrantes, campesinos-inquilinos y labriegos empujaron la frontera triguera hasta que llegó a su límite en la línea de precipitación pluvial mínima.

El occidente de Europa, en cambio, recibía trigo de una tercera región productora, el sur de Rusia, donde la producción de trigo de la estepa se triplicó entre 1831 y 1860. El 90% de este trigo se exportaba por el puerto de Odesa, donde los precios mundiales empezaron a fijar niveles para toda la región rusa (Lyashchenko, 1949:367). En contraste con el resto de la Rusia europea, en la estepa rusa se presentaron pautas de trabajo asalariado en la agricultura que remplazaron a la servidumbre en fincas que crecientemente se cultivaban con maquinaria.

Arroz

En tanto que el trigo proveniente de Rusia y de las Américas se volcaba en la península europea, el arroz llegaba a ser una exportación vital del Sur y el Sudeste de Asia. En 1855 Inglaterra se apoderó de la porción inferior de Birmania, la región del delta del río Irrawaddy donde alrededor de 400 000 hectáreas estaban cultivadas con arroz. Entre 1855 y 1881 esa superficie creció nueve veces. Los productores primarios eran campesinos, muchos de ellos inmigrantes recientes provenientes de la región seca de la parte superior de Birmania. La producción la financiaban grandes molinos de arroz situados en Rangún y Bassein que se valían de una red rural de prestamistas, que en su mayoría pertenecían a la casta chettiar de Madrás que había desplazado a los prestamistas birmanos. El endeudamiento de los campesinos, que indujo nuevos aumentos en la producción de arroz, creció todavía más debido a préstamos de tenderos birmanos y chinos, préstamos cuyo fin era financiar consumo, ceremonias de ciclo-de-vida y representaciones teatrales (*pwe*). Del arroz de Birmania, más o menos la mitad iba a la India; un cuarto a las plantaciones de Ceilán y Malaya, que se estaban especializando en la producción de té y caucho; y el resto a las colonias azucareras de Mauricio y las Indias Occidentales. Buena parte de este arroz de Birmania iba destinada a los trabajadores indios obligados por contrato, que tra-

bajaban en fincas ultramarinas; las naves que llevaban a sus destinos a estos trabajadores llevaban también el arroz que los alimentaba.



Asia Sudoriental: regiones productoras de arroz para exportación.

Por su parte, Tailandia empezó a producir también arroz para exportación, aunque en menor escala que Birmania. Aquí, los molinos de arroz estaban en manos chinas; fueron los chinos los que se extendieron al interior de los distritos rurales actuando como intermediarios y prestamistas. El cultivo del arroz creció con particularidad en la llanura central de Tailandia. Uno de los asentamientos fundados al mediar el siglo fue Bang Chan, al noreste de Bangkok, que un siglo después sería estudiado por Lauriston Sharp y el Cornell Thailand Project (Sharp *et al.*, 1953; Sharp y Hanks, 1978; Hanks, 1972). El asentamiento creció como respuesta a la construcción del canal Saen Saeb, que con sus 55 kilómetros ligó la llanura oriental con el río Chao Phraya, en cuya orilla está Bangkok. Fue construido por razones militares, pero con el tiempo abrió la región al mercado de Bangkok. La gente que se estableció en Bang Chan era una mezcla de chinos hainaneses, casados con prisioneros tais, malayos musulmanes procedentes del sur, prisioneros de guerra laosianos

del noreste y esclavos libertos de Bangkok. El templo budista, que comunica su identidad al establecimiento, fue construido hacia 1891 por un comerciante del río, de origen chino, de la aldea donde se juntan el canal y el Mae Nam. El cultivo del arroz para el mercado subió mucho en el tercer cuarto del siglo y desde el estallido de la primera Guerra Mundial ha predominado.

Bang Chan ha cobrado importancia en la literatura antropológica como un caso práctico de un "sistema social estructurado sin mucha cohesión"; este concepto lo enunció primeramente John Embree (1950) para caracterizar la sociedad tai. El estudio de Bang Chan concluye diciendo que "el carácter relativamente amorfo y poco estructurado de la sociedad tai se refleja claramente en la organización social indiferenciada de Bang Chan" (Sharp *et al.*, 1953:26). Esta opinión provocó muchos debates sobre los modelos de la estructura social tai. Hizo que Jack Potter (1976) propusiera un modelo alterno de algunos "elementos estructurales" que "generan" las comunidades rurales tai. Sin embargo, las características "estructuradas sin mucha cohesión" —como las características de otras aldeas tais que han quedado atrapadas en otras formas en la economía del arroz— deben entenderse no nada más como una estructura social de una cierta especie sino como resultado de la expansión de la producción de artículos básicos.

La tercera región asiática productora de arroz para exportación fue Cochinchina, el delta meridional de Vietnam, que los franceses ocuparon en 1861. En gran medida esta región es producto de la ingeniería hidráulica francesa, que se encauzó a producir grandes cantidades de arroz para exportación. La mayor parte de este arroz se producía en fincas inmensas trabajadas por inquilinos. Entre 1880 y 1900 se duplicó la superficie cultivada de arroz (encauzada a través de Saigón) y casi se triplicaron las exportaciones durante ese mismo periodo. Gran cantidad de este arroz iba a dar a China, por el puerto de Hong Kong; su comercio acabó casi totalmente en manos de comerciantes chinos.

Carne

Con el inicio de la Revolución industrial, el consumo de carne en Europa, que anteriormente había sido relativamente alto, decreció marcadamente. Luego, el advenimiento del ferrocarril y el barco de vapor llevaron al establecimiento de nuevas "fronteras ganaderas". Ya para 1860 había nuevas fuentes de carne para las mesas de Europa y América del Norte.

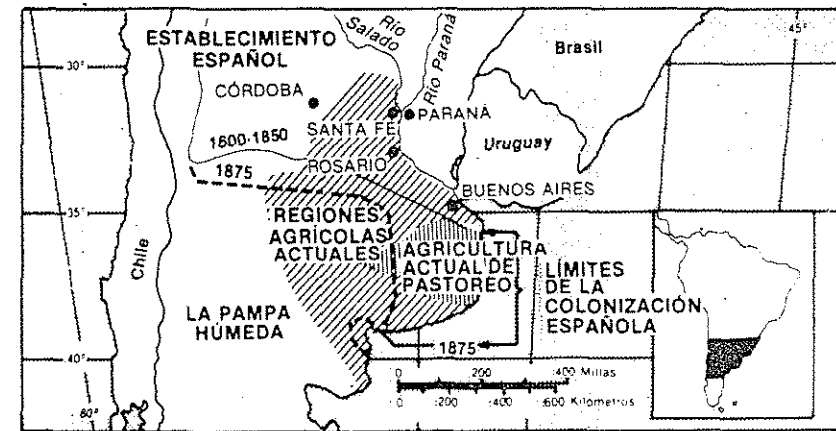
La más conocida de estas fronteras es la del "Oeste Virgen" de Esta-

dos Unidos, que al término de la guerra entre la Unión y la Confederación llegó a ser uno de los "reinos ganaderos" del orbe. Antes de la guerra, inmensos rebaños de reses semisalvajes y sin marca vagaban en campo abierto en el sur de Texas. El término del conflicto trajo consigo un salto repentino en la demanda de carne que convirtió a la hasta entonces inútil ganadería en una mercancía comercializable. Este cambio inició las grandes manadas de reses a las que guiaban los vaqueros hacia las terminales ferroviarias donde se embarcaban rumbo a los rastros del Este. Estos jinetes a sueldo eran angloamericanos, mexicanos y negros americanos que al término de la esclavitud se habían ido al Oeste. La tecnología de la ganadería se derivó de la tecnología del pastoreo mexicano.

Aunque los días de los vaqueros forman ya parte de la mitología popular norteamericana, lo cierto es que apenas duraron un cuarto de siglo; por si fuera poco, el Oeste nunca dio más de un tercio de todo el ganado producido en los Estados Unidos. El pastoreo de ganado semisalvaje en campo abierto fue sólo un episodio en el desarrollo de la industria de la ganadería que pronto firmó la paz con los cultivadores que avanzaban; en lo sucesivo se criaron reses mansas en ranchos cuidadosamente cercados.

La industria ganadera de Estados Unidos se desarrolló como un agregado de las empacadoras de Chicago, St. Louis y Kansas City; de un modo similar, la cría de ganado se desarrolló en la pampa argentina como un accesorio de las empacadoras de Buenos Aires. En esta herbosa estepa, el ganado, que se había vuelto salvaje, fue cazado primero por sus pieles y luego para hacer carne salada para dar a los esclavos de las plantaciones de Brasil. Sin embargo, la ganadería argentina industrializada no cobró vida sino hasta el último cuarto del siglo XIX, pues sólo hasta entonces se pudo refrigerar la carne para transportarla económicamente a los mercados europeos, en particular a Inglaterra. Fue el capital inglés el que construyó y dio bríos a casi todos los ferrocarriles argentinos, proporcionó los pies de cría, cercó los ranchos con alambre de púas, construyó los cuartos refrigeradores indispensables para congelar la carne inmediatamente después de muerta la res y puso los barcos refrigeradores que llevaban la carne a través del Atlántico. "Al terminar el siglo XIX —dice George Pendle (1963:141)—, la pampa había sido domada, organizada y punto menos que uncida a la economía de la Gran Bretaña."

La expansión de la industria ganadera argentina se logró mediante tres fases interrelacionadas. Primero, los jinetes araucanos de los pastizales fueron derrotados y destruidos militarmente. Segundo, a los caza-



La región ganadera de Argentina

dores pamperos semi-independientes de ganado, los gauchos, se les privó de autonomía. Las cercas de alambre redujeron el número de hombres que eran necesarios para mantener a los animales dentro de los linderos del rancho. El gaucho se convirtió en un auxiliar a sueldo. Tercero, se sincronizó la producción en ranchos y fincas agrícolas. Las fincas, dadas ahora en arrendamiento a inmigrantes españoles e italianos, cultivadas en rotación dieron trigo para exportar y alfalfa para los ranchos ganaderos.

Australia fue la tercera región en que se estableció una industria ganadera. Desde los primeros años del siglo XIX se habían criado ahí ovejas, cuya lana se exportaba, en amplios pastizales de donde se había expulsado a sus ocupantes originales. Cuando la fiebre de oro de mediados del siglo restó brazos a los ranchos ovejeros, sus dueños racionalizaron su producción empleando pastores-jinetes y aplicando técnicas del Nuevo Mundo de cercamiento y otras innovaciones. Estos ranchos ovejeros se mantuvieron aparte de las regiones agrícolas que bordeaban la periferia del continente. El número de ovejas creció de 8 000 000 a mediados del siglo, a 70 000 000 a su término.

En el último cuarto del siglo, la ganadería de reses se extendió tierra adentro. Ovejas y reses acabaron compitiendo cada vez más, por la vegetación y el agua, con la población aborigen ordenada conforme al parentesco, lo cual produjo inevitables conflictos entre aborígenes y europeos. Algunos grupos, como los ngadidjis y arandas, fueron fácilmente arrollados por los de pastores. Otros, como los walbiris, que vivían fuera

de las regiones de pastoreo, conservaron su autonomía por un tiempo, hasta que los jóvenes empezaron a trabajar como jornaleros en estaciones de pastoreo; muy pronto los siguieron los demás. Mervyn Meggitt ha observado que a mediados de los años 1950 y gracias al trabajo asalariado, los walbiris se habían liberado de las tensas exigencias de la recolección de alimentos, y aprovechaban su tiempo libre para dar mayor intensidad a actividades sociales y ceremoniales (1962:333).

Plátanos

Los plátanos no son productos básicos de la misma especie que los granos y la carne; sin embargo, el desarrollo de las plantaciones de plátanos, al que estimuló la bonanza comercial del siglo XIX, afectó regiones extensas, sobre todo en la América Central. Durante los primeros años de la Conquista, los españoles los llevaron de las islas Canarias. En las tierras bajas tropicales se propagó prontamente como producto básico entre las poblaciones primitivas y campesinas. En el decenio de 1870 se convirtió en cosecha de plantación. En 1871 un promotor ferrocarrilero norteamericano, que había participado en la construcción de ferrocarriles en Costa Rica, empezó a experimentar en la comercialización del plátano, pues de tener éxito daría carga a su ferrocarril. De estos experimentos surgió la United Fruit Company, que en 1889 se constituyó como sociedad.

En el curso de 35 años, la Compañía produjo unos 2 000 000 000 de pencas de plátano en sus amplias fincas de Costa Rica, Panamá, Honduras, Colombia y Ecuador. Esta dispersión geográfica permitió a la empresa soslayar presiones políticas en cualquier país que pudiera volverse hostil; también le permitió aprovechar medios propicios en lugares diferentes, con lo cual reducía el riesgo de que inundaciones, huracanes, agotamiento del suelo y enfermedades de las plantas pararan la producción en algún país. Para reducir aún más estos riesgos, la Compañía compró mucho más terreno del que podía usar en un momento dado, para tenerlo como reserva futura. En algunos lugares formó lazos con cultivadores locales que cultivaban sus plátanos y luego los vendían a la Compañía.

Tal fue el caso de la costa septentrional de Colombia en la llanura aluvial situada en la base de la Sierra Nevada de Santa Marta (véase Partridge, 1979). Esta región, que en tiempos prehispánicos había sidoavenada, regada y cultivada intensamente por los taironas (véase el capítulo II) fue semicolonizada después de que la Conquista española

diezmó la población nativa. Hasta el último cuarto del siglo XIX la tierra estaba dividida en amplias fincas ganaderas pero también residían en ella cultivadores que habitaban cabañas dispersas y tenían cultivos de subsistencia que a veces llegaban a vender. Las formas de vida de estos colonos forman el telón de fondo de *Cien años de soledad* del novelista colombiano Gabriel García Márquez, que sintetizó la experiencia de varios de estos asentamientos en su retrato de la imaginaria aldea de Macondo. En el decenio de 1870, empresarios colombianos abrieron la región pues construyeron un ferrocarril, un canal de avenamiento y diques de riego. Muy poco después, los plantadores colombianos iniciaron la producción de plátanos; enviaron sus pencas al mercado de Nueva York. En 1896, la United Fruit Company compró el ferrocarril y adquirió tierras situadas al sur de las fincas colombianas para hacer ahí su propio distrito de riego. Este control por la compañía del transporte terrestre y marítimo y de la comercialización hizo que los plantadores colombianos dependieran totalmente de ella, que tuvieran que sincronizar sus procesos productivos con los de sus plantaciones y que vender su fruta por intermedio de ellas. Enganchadores de trabajadores conseguían a los trabajadores de las plantaciones y supervisaban el proceso de trabajo. A los trabajadores se les daba a cuenta de sueldo una pequeña suma diaria, la cual se complementaba con vales redimibles en las oficinas de la plantación. Conmovedoramente, la novela de García Márquez describe los cambios ocasionados por el trabajo asalariado en la vida de la población local y su culminación en la sangrienta huelga de 1928.

En las fincas plataneras de Colombia casi todos los trabajadores provenían de la localidad, no así en Centroamérica, donde la Compañía prefirió trabajadores de las islas caribeñas de habla inglesa, en especial de Jamaica. A la Compañía se le dificultó atraer peones de las mesetas adyacentes para trabajar en las tierras bajas. Los peones de habla inglesa de las Indias Occidentales tenían a su favor dos ventajas: se podían comunicar con el personal norteamericano de las plantaciones y, más importante aún, dependían completamente de la Compañía mientras estuvieran fuera de su patria, y eso los hacía más manejables que los trabajadores nativos; por otra parte, era fácil despedir a los isleños cuando la Compañía abandonaba el cultivo en una región para irse a otra. Sin embargo, el papel de los peones de las Indias Occidentales en las plantaciones de la United Fruit Company disminuyó gradualmente, pues los gobiernos hospedantes ejercieron más y más presión contra la importación de peones extranjeros, amén de que las poblaciones nativas se familiarizaron más y más con el trabajo asalariado de la costa.

Los guaymies fueron un grupo de centroamericanos que trabajaron

en las plantaciones de la Compañía en Panamá. Este pueblo de habla chibcha se había retirado desde la Conquista española al santuario de la fragosa serranía del oeste de Panamá, donde preservaron sus grupos de tenencia colectiva de la tierra basados en el parentesco. A partir de los años 1930, los guaymíes empezaron a combinar el cultivo cambiante en su tierra con periódicos lapsos de trabajo asalariado para la Compañía. Poco a poco se hicieron dependientes de los salarios y de las mercancías que compraban en tiendas; por ello cuando en los años 1960 la Compañía empezó a mecanizar sus campos, resultaron gravemente afectados. Philip Young (1971) ha visto en esta carencia la causa principal del movimiento milenarista nativista llamado Mama Chi, que en esos días cobró fuerza entre los guaymíes.

COSECHAS INDUSTRIALES

El caucho en América

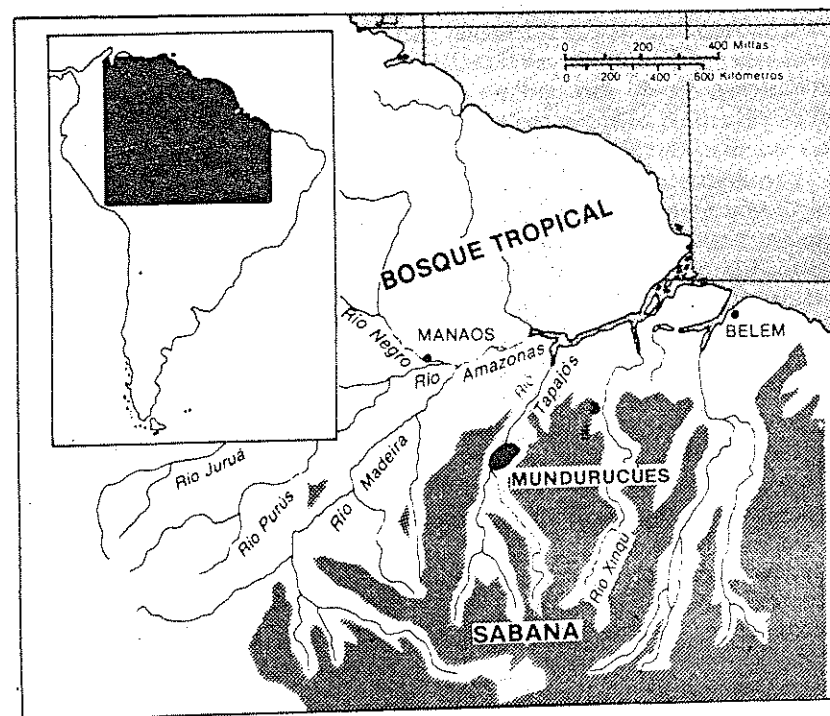
A lo largo del siglo XIX se volvió importante el caucho, que es un árbol industrializable. A partir de 1839, año en que se descubrió la vulcanización, se convirtió en un material industrial primordial que se usó en la fabricación de impermeables, zapatos, neumáticos para bicicleta, condones y otros artículos domésticos; se usó después en los ferrocarriles, en ingeniería y como aislante en las nuevas industrias eléctricas. Por último, al concluir el siglo llegó a ser material importante de la industria del automóvil.

Hasta 1900 Brasil fue el único productor de caucho; llevó su producción de apenas 27 toneladas en 1827 a un promedio anual de 20 000 en el último decenio del siglo (Poppino, 1968:140-141). Los productores iniciales fueron los indios de la Amazonia y los cultivadores luso-brasileños que operaban en el Amazonas. Luego, peones obligados bajo contrato fueron llevados desde el Noreste Brasileño (los llamados *flagelados*) a recoger caucho. Se vieron orillados a buscar una nueva fuente de subsistencia en el bosque tropical debido a la declinación económica general de la industria del azúcar en el Noreste, que fue el corazón de la economía brasileña. En términos más inmediatos, fueron víctimas de la gran sequía que asoló la región entre 1877 y 1880, que muy probablemente mató de hambre a unas 200 000 personas. Más o menos un número igual se mudó a la Amazonia en las últimas décadas del siglo (Furtado, 1963:143-144). La población que describe Charles Wagley

(1953) con el nombre de Itá debe su origen a la llegada en 1880 de esos migrantes del Noreste.

Recolectores de caucho: Mundurucúes

La reacción de los indios de la Amazonia a la introducción del comercio del caucho se encuentra bien ejemplificada por el pueblo que se llamó a sí mismo *weidyenye* ("nuestro pueblo"), pero que es más conocido con el nombre que le dieron sus enemigos *parintintines* —*mundurucúes*, que es el nombre de una especie de hormigas. Los luso-brasileños tuvieron su primer contacto con ellos a fines del siglo XVIII, cuando atacaron otros asentamientos de indios y blancos en el Valle bajo del Amazonas. Los *mundurucúes* y los intrusos, acabaron siendo aliados, una alianza



El habitat de los mundurucúes

en que los varones y las mujeres mundurucúes desempeñaron papeles diferentes. Las mujeres empezaron a producir mandioca para los colonos de la frontera. Los hombres, aunque inicialmente hostiles, se unieron a sus nuevos aliados como mercenarios en la guerra contra los indios muras (que habitaban la región entre el Amazonas y el río Negro) y los cawahiwas en el alto Tapajós. Los luso-brasileños emplearon a los mundurucúes para atrapar esclavos entre estas poblaciones, para ahogar las rebeliones locales y para derrotar rebeliones generales, tales como la Revolución de las Cabañas de 1835, una sublevación de blancos, afro-brasileños, muras y otros indios.

El incremento en la producción de mandioca, que se debió a las mujeres, y la expansión de la guerra a gran distancia, que fue obra de los hombres, no nada más ocasionó una mayor división de trabajo entre los sexos sino que afectó las pautas de residencia y de ascendencia de los mundurucúes. Cuando Robert Murphy se presentó a estudiar a los mundurucúes en los años 1950, vio que representaban una anomalía etnográfica. Aunaban la consideración patrilineal de la ascendencia con la residencia matrilocal. Kroeber (1952:213) ha dicho que "no supo de la existencia de tal sociedad y que supone que su acaecimiento debe ser raro". Murphy, además, halló que los mundurucúes habían adquirido esta singular combinación evolucionando a partir de una antigua pauta de patrilinealidad y patrilocalidad, cambio que a juicio de algunos antropólogos es tan poco probable que los obstáculos para su existencia parecen "casi insuperables" (Murdock, 1949:217). Sin embargo, Murphy mostró que los mundurucúes habían realizado este cambio.

Hasta los comienzos del siglo XIX, los mundurucúes habían vivido en aldeas, cada una centrada sobre un patrilineaje único que aceptaba mujeres en matrimonio de otras aldeas patrilineales apegándose a las normas de residencia patrilocal. Cada patrilineaje simbolizaba su unidad mediante la posesión y uso ritual de trompetas sagradas que encarnaban los espíritus ancestrales que se guardaban en una "casa de hombres". Pero con el advenimiento del comercio de mandioca basado en la producción por las mujeres, la norma del matrimonio se volvió matrilocal, lo cual tuvo el efecto de mantener la unidad y continuidad de la fuerza de trabajo doméstica centrada en la mujer. En vez de que las mujeres se mudaran a las aldeas de sus maridos por razón de su matrimonio, ahora eran los hombres los que se mudaban a la residencia de sus esposas. En cualquier aldea, los hombres salían de un cierto número de diferentes patrilineajes, que ya no estaban anclados localmente. La casa de los hombres de la aldea ya no servía a un solo patrilineaje sino que era una como casa-club y "barraca" de los varones. Las trompetas sagradas dejaron de simbo-

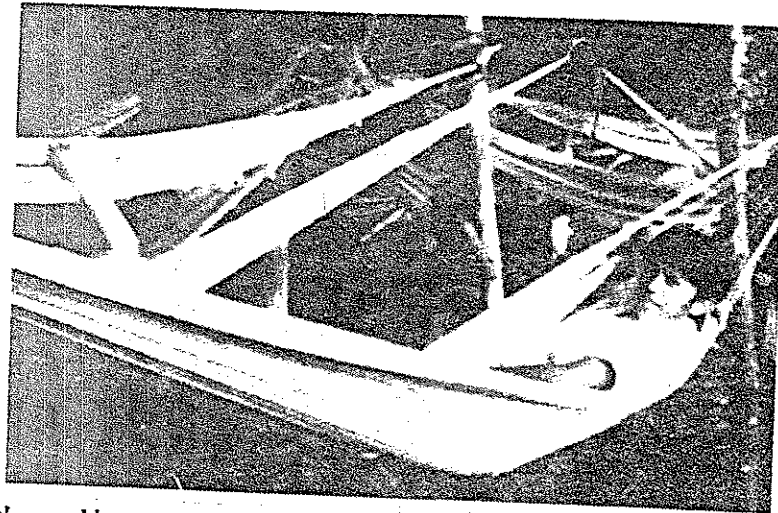
lizar las cualidades distintivas de los patrilineajes. En realidad empezaron a significar la unidad de la casa de los hombres, pero destacando su potencial militar translocal.

La recolección de caucho trajo otra transformación de la organización social mundurucú. Antes del advenimiento del comercio del caucho, las aldeas mundurucúes estaban generalmente en un terreno alto, como de sabana. En la estación seca del año, los aldeanos bajaban al río a pescar. Pero con el crecimiento de la demanda de caucho, empezaron a ordeñar los árboles silvestres en los bosques de las orillas de los ríos; trocaban el látex que recogían por artículos de metal, ropa e inclusive comida. Gradualmente, grupos domésticos separados establecieron residencias permanentes a lo largo del río, y reclamaron exclusividad a porciones del bosque. Más y más intercambiaban látex por mercancías en la factoría, y por ello abandonaban sus artesanías y dependían más y más de los artículos que ofrecía el comerciante. Las aldeas mundurucúes, que en un tiempo fueron unidades guerreras que cultivaban la mandioca, se disolvieron en muchas casas, vinculadas por su lado a la factoría dentro de una urdimbre de intercambios y deudas crecientes. El comerciante tomó el lugar del jefe mundurucú como pivote de los circuitos locales de producción e intercambio. A su vez, el comerciante en caucho dependía de las casas comerciales situadas río abajo, que le recibían el caucho y le daban las mercancías que necesitaba; por su parte el comerciante dependía de una firma de exportación e importación en cuanto a abastecimientos y ventas de caucho. Es decir, que el mundurucú, el tendero, el comerciante y la firma de exportaciones e importaciones quedaron unidos en una red cada vez más amplia de producción y circulación.

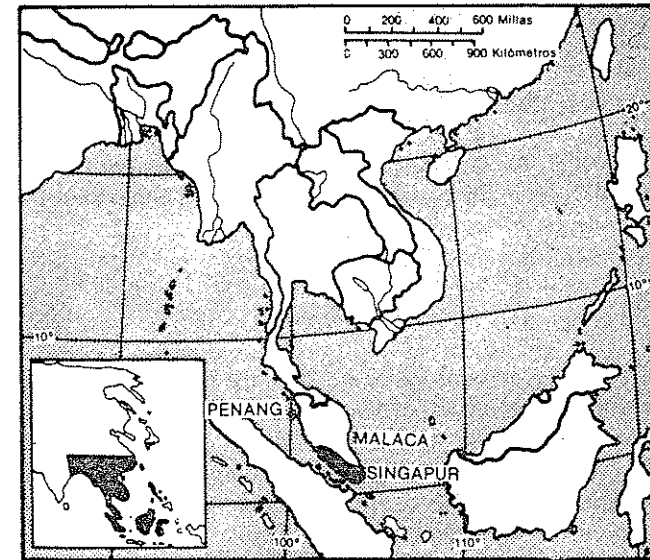
El caucho en Asia

Durante casi todo el siglo XIX el caucho silvestre de Brasil monopolizó el mercado mundial. Así las cosas, en 1876, Sir Robert Wickham escamoteó semillas del caucho del Amazonas y las llevó a los Kew Gardens, en Londres, donde las aclimataron y escogieron para ir las a sembrar a Malaya. A partir de 1900 la producción de caucho creció rápidamente en Asia, en particular en Malaya. Las plantaciones de caucho de Malaya que en 1900 apenas ocupaban unos 5 000 acres (2 009 hectáreas, un acre = 0.40469 hectáreas) en 1913 cubrían 1 250 000. La clase original de plantadores de medios modestos fue remplazada por administradores instalados por casas que emitían préstamos en Londres (Jackson, 1968). En su mayoría los trabajadores habían sido importados del sur

de la India. Eran tamiles que trabajaban bajo contrato para contratistas que empleaban trabajadores en sus aldeas nativas y supervisaban su trabajo en grupos o en la plantación (Jain, 1970).



Cabra, aldea mundurucú. Mujeres secando harina de mandioca sobre una lumbrada; hombres descansando en la casa de los hombres. Fotografías de Robert F. Murphy. (Cortesía del autor)



Malaya: la región cauchera

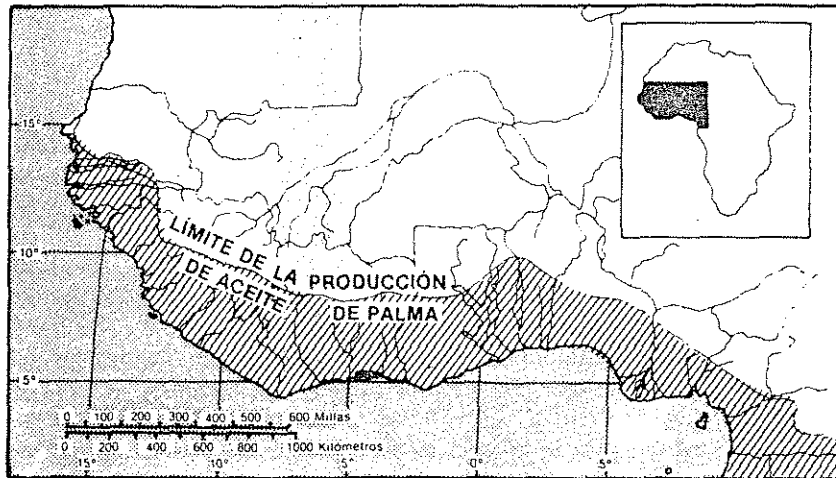
En la costa oriental de Sumatra, alrededor de Deli, se constituyó otra región productora de caucho. Allí, los holandeses habían cultivado desde hacía mucho tabaco en plantaciones, que se desarrolló en simbiosis con la agricultura de tumba-roza-y-quema de los aldeanos malayos y batak locales. La plantación tomó a su cargo el trabajo de quemar la cubierta de vegetación, y en seguida levantó su primera cosecha, tabaco. Cuando en el segundo año decreció la producción, la plantación abrió un nuevo campo y permitió a los aldeanos ocupar las parcelas de tabaco para que cultivaran alimentos. En 1906, cuando se introdujo el caucho, terminó esta relación simbiótica. Como las caucheras son plantas perennes no se pueden alternar con cultivos anuales. Al contrario, el cultivo del caucho, que llevaban a cabo peones javaneses y chinos, engulló las parcelas de subsistencia de la población nativa. Las aldeas locales cedieron ante las poblaciones de la compañía.

Las plantaciones de caucho no fueron la única fuente de subsistencia

ni en Malaya ni en Indonesia. En Indonesia, tanto en Sumatra como en Borneo, los pequeños propietarios también se aplicaron a cultivar el caucho. Al principio lo plantaron en combinación con artículos alimenticios, pero gradualmente, y conforme permitían las condiciones y precios del mercado, se atuvieron más y más a las cosechas de venta inmediata. Y también los cultivadores de Malaya acabaron dependiendo del caucho como fuente de ingreso. Por ejemplo, en una aldea campesina de Kelantan, estudiada a fines del decenio de 1950 (véase Downs, 1967:162-166), el sacar el jugo de los árboles había llegado a ser una fuente de ingresos para casi el 75% de la población de aldeanos adultos. Se le prefirió con mucho al cultivo del arroz de riego, pese al alto valor básico que había alcanzado el arroz en Malaya.

Aceite de palma

La palma fue otro árbol importante durante el siglo XIX. La exportación de aceite de palma del África Occidental igualó y luego superó a la exportación de esclavos y acabó siendo la exportación principal de los bosques de la región en los años 1860, después de la abolición de la esclavitud. En 1810 el África Occidental exportó a Inglaterra 1 000 toneladas de aceite, en tanto que entre 1860 y 1900, el promedio anual de exportaciones de aceite de palma fue de 50 000 toneladas. El acci-



África Occidental: la región productora de aceite de palma

te de palma tomó el lugar del sebo animal en la fabricación de jabones, y cobró más y más importancia como elemento de los lubricantes de las máquinas. A fines del siglo XIX, las almendras de la palma sirvieron para hacer margarina y alimento para el ganado.

Los antiguos centros de la trata de esclavos respondieron a esta nueva demanda; sin embargo, este nuevo tráfico trajo consigo grandes trastornos en las relaciones internas y externas. Consecuencia inmediata del nuevo tráfico fue una "crisis de la aristocracia", es decir, de las élites guerreras y organizaciones estatales que se habían vuelto poderosas y ricas con la esclavitud. Entidades como Dahomey, que se habían especializado en la caza y tráfico de esclavos, hallaron muy difícil dedicarse al comercio de la nueva mercadería. Aumentó la bellicosidad entre los Estados por disputas sobre fuentes de tributos y de saqueos. Por otra parte, los jefes de Dahomey y los jefes de los yorubas trataron de producir aceite de palma en plantaciones trabajadas por esclavos. El Estado de Asante extendió su producción y venta de nueces de kola hasta Hausa, en el norte, para contrarrestar la caída de la esclavitud; al mismo tiempo, intermediarios fantes del litoral se escapaban del asimiento de los asantes y producían por cuenta propia aceite de palma para el nuevo mercado. Las viejas élites sintieron que sus ingresos eran amenazados. Se desintegraron las casas canoas del delta del Níger; antiguos esclavos hicieron valer su independencia para tomar parte en el nuevo comercio, y entre los esclavos hubo repercusiones y desórdenes. La producción de aceite de palma era un negocio al que podía entrar cualquiera, aun cultivadores en pequeño que tuvieran acceso a las palmas de aceite en tierras de su grupo de ascendencia y que pudieran movilizar la mano de obra de sus hogares (véase Uchendu, 1965).

En contraste con el tráfico de esclavos, en el cual los intermediarios africanos entregaban esclavos en la costa para su embarque, el comercio de aceite de palma indujo a los mayoristas europeos a establecer contacto directo en el interior de África con los productores o sus representantes. Con el tiempo, una nueva élite comercial de africanos, muchos de ellos ex esclavos educados en misiones religiosas de Europa, se hicieron cargo del comercio de importación que anteriormente estuvo en manos de los traficantes de esclavos. Este doble desarrollo de los comerciantes europeos de aceite de palma y de importadores africanos fue robustecido por la propagación del dinero sin destino obligado, en lugar del hierro, del cobre y de las conchas que se habían usado anteriormente. Esto redujo el intercambio de mercancías europeas por esclavos o por productos africanos y colocó a la exportación de aceite de palma y a las importaciones de mercancías en una base de pago al contado.

Este juego recíproco de fuerzas opuestas resultó afectado profundamente por la Gran Depresión de 1873. Bajaron los precios del aceite de palma y también las tasas de ganancia. Los antiguos aristócratas del tráfico de esclavos, intermediarios africanos de nuevo cuño, mayoristas europeos y productores africanos, todos por igual vieron menguar sus oportunidades y aumentar grandemente la competencia por la consecución de recursos escasos. "Nada tiene de sorprendente —dice A. G. Hopkins— que a fines del siglo XIX hubiera una lucha feroz debido a que todas las partes interesadas buscaban controlar el mercado local e imponer sus términos a los demás" (1973: 154). Los comerciantes europeos llamaron a la ley y al orden, llamado que con frecuencia fue apoyado por funcionarios coloniales cuya reputación estaba ligada a la expansión del comercio con base en Europa. Los europeos buscaron racionalizar aún más el comercio y el transporte, para lo cual extendieron los ferrocarriles al interior; la antigua clase gobernante vio en esto, acertadamente, el ariete final contra su decadente poderío. Para complicar aún más las cosas, las potencias europeas competían entre sí; cada una tenía el apoyo de un contingente mercantil que buscaba tener acceso privilegiado a un mercado controlado.

El resultado fue la entrada de tropas europeas, la conquista de los reinos de tierra adentro de Asante, Dahomey, Oyo y Benin, la destrucción del Aro y del Gran Oráculo, y el establecimiento de la dominación europea. En el África Occidental, la expansión del gobierno de la Europa imperial estuvo a cargo de funcionarios imperiales que probablemente no tuvieron mucho en cuenta imperativos económicos. La dialéctica de las fuerzas fue compleja, y el desorden resultante invitó a la intervención política y militar. Lo cierto es que los desórdenes tuvieron causas básicas económicas y la intervención tuvo consecuencias económicas.

ESTIMULANTES

Entre la panoplia de productos destinados al consumo en las regiones industrializadas, hay unos cuantos que claramente no son ni productos alimenticios básicos ni productos industriales, sino más bien estimulantes. Aunque ya eran importantes en el periodo de la expansión inicial europea en ultramar, artículos tales como té, café, cacao en polvo, azúcar, tabaco e inclusive opio se presentan con tanta frecuencia en la lista de importaciones y exportaciones de fines del siglo XIX que algunos especialistas han comenzado a hablar de su papel como "La Gran Inyección Estimulante".

No es fácil explicar la popularidad de estos estimulantes; quizá se deba a que farmacológicamente producen adicción porque responden a ciertas propensiones bioquímicas del cuerpo humano. En este sentido no son únicos, sino que forman parte de un conjunto más amplio de estimulantes entre los que figuran la nuez de kola, la de betel del Sur y del Sudeste de Asia, el mate argentino y la coca de los Andes. Sin embargo, estos otros productos fueron de interés regional, y nunca entraron en los circuitos del tráfico mundial, en contraste con los productos popularizados en el curso de la Revolución industrial. Se ha sugerido que estos estimulantes de la era industrial fueron preferidos porque proporcionaban energía inmediata en un periodo en que se pidió al cuerpo humano un desempeño más intenso y prolongado. Algunos de ellos proporcionaban carbohidratos y energía, sin restarle por ello eficiencia al organismo, como ocurre con el alcohol. Por ello, "la hora del té" y "el descanso para el café" encajaban mejor en la nueva planeación industrial del trabajo que libaciones de ginebra o de ron. Estas últimas dos bebidas siguieron bebiéndose considerablemente, pese a los grandes esfuerzos de un movimiento temperante cada vez mayor.

Quizá no debamos ver en las propiedades fisiológicas de algunos estimulantes la explicación final, sino más bien pensar que su uso en ascenso es parte de una reforma general de las pautas de consumo. En los siglos XVIII y XIX hubo cambios profundos en la alimentación, muchos de ellos nutricionalmente adversos (Braudel, 1973b: 129-130; Hobsbawm, 1967: capítulos V y VII). Hubo menos acceso a la producción campesina, en especial a la carne, cuando sobrevino la declinación de los pequeños productores que abastecían los mercados locales. Hubo mayor demanda de unos cuantos productos a granel para satisfacer necesidades de las aglomeraciones crecientes de ciudades y centros industriales. Hubo también nuevas pautas de sociabilidad y de comunicación debido a las cafeterías y salones de té. Se establecieron nuevas normas basadas en la clase, sobre dónde, cuándo y cómo comer, que a su vez fijaron nuevas normas de emulación cultural en sociedades que estaban sufriendo un cambio social y cultural muy rápido. Ante estas nuevas pautas, el consumo de alcaloides, teobrominas, azúcares y hasta "tranquilizantes" subió con rapidez en todas las clases sociales. Por su parte, dando estos nuevos productos, "la empresa europea acumuló grandes ahorros pues proporcionó alimentos y sustitutos de bajo precio a las clases trabajadoras europeas" (Mintz, 1979b: 61).

Azúcar

El azúcar seguía ocupando el primer lugar entre los estimulantes, pues era un aditivo indispensable de salsas y pasteles, así como un endulzador de innumerables tazas de té, café y chocolate. Aunque la supremacía de la caña de azúcar como fuente de azúcar había sido puesta en duda, primero por la rebelión de los esclavos en Santo Domingo (Haití), que era de Francia, por la abolición de la esclavitud en Jamaica, que era de Inglaterra, y luego por la difusión del azúcar de remolacha en la moderada Europa, nunca fue totalmente derrotada, y una vez más, después del tercer decenio del siglo XIX, creció la superficie sembrada con caña de azúcar.

En la órbita inglesa, esta alza ocurrió con la ayuda de una nueva fuente de trabajo, peones por contrato provenientes de las Indias Orientales. La isla de Mauricio en el Océano Índico, que Inglaterra le quitó a Francia en 1815, fue la primera colonia inglesa en aprovechar la llegada de estos trabajadores; en seguida ocupó un primer lugar entre los nuevos productores de azúcar. La siguió Trinidad, que Inglaterra arrebató a los españoles, y Guyana, que quitó a los holandeses. En la segunda mitad del siglo, los trabajadores indios por contrato empezaron a trabajar en los cañales de Fiji (1850) y de Natal, África del Sur (1860), en tanto que los melanesios, la mayoría procedentes de las Nuevas Hébridas, trabajaron en Queensland, Australia (1863), así como en Fiji (1864).

El reclutamiento forzado de melanesios afectó a un gran número de hombres. Entre 1863 y 1907, no menos de 61 000 melanesios fueron llevados a Queensland; de ellos sólo regresaron 45 000 (Docker, 1970: 274). En muchas islas, los peones melanesios hicieron quedar bien a los reclutadores de peones o cazadores de hombres. Uno de ellos fue Kwaisulia de la isla de Sulu Vou, que había llevado peones a Queensland y que había regresado a casa en los años 1880. Aprovechando su red local proporcionó peones y jornaleros a los enganchadores, a cambio de lo cual recibió armas de fuego y municiones, dinamita, queroseno, medicinas, quincallería y materiales de construcción (Docker, 1970: 130-138). Esta riqueza le permitió ensanchar la escala de sus operaciones. En otras regiones el extremo local del comercio no estuvo controlado por monopolistas. Sin embargo, los trabajadores melanesios significaban la llegada de armas de fuego, circunstancia que desembocaba en un aumento de tropelías y de peleas y en la consiguiente disminución de la población local.

A partir de 1830, los holandeses se aplicaron a ampliar su producción de azúcar, especialmente en Java, Indonesia, conforme a un sistema co-

nocido en holandés como *Cultuurstelsel*, que significa "sistema de cultivo" (véase Geertz, 1963). Este sistema de cultivo requería que los aldeanos pagaran sus impuestos no en dinero sino más bien en productos. Ideado para estimular y acrecentar la producción de los cultivos tropicales, tuvo gran éxito en el caso del azúcar y del café, que acabaron siendo las dos exportaciones agrícolas más cuantiosas de las Indias Orientales holandesas. El azúcar, planta anual, podía crecer en la misma tierra que el arroz de riego de los aldeanos javaneses. Destinando un quinto de las tierras de las aldeas a la producción de azúcar, las fincas azucareras holandesas adquirieron simultáneamente una base de tierras y una fuerza de trabajo que residía en las aldeas y que al llegar el tiempo de corte de la caña trabajaría en los cañales. Se desalentó la producción independiente de azúcar por parte de los pequeños propietarios javaneses, pero se alentaron los trabajos usuales de las aldeas javanesas. Estas aldeas, donde la mano de obra se reproducía a sí misma intensificando el cultivo del arroz de riego, funcionaron eficientemente —de este modo— como reservas de mano de obra para las operaciones de producción de azúcar.

En 1870 se promulgó una nueva legislación que transfirió a las empresas privadas la responsabilidad de mantener la eficiencia del sistema. Como protegía los títulos de la aldea a la propiedad de la tierra, la ley siguió defendiendo su integridad, si bien ahora reconocía a los tenedores privados la propiedad de los sembradíos de caña. Muy poco después, cuando estos recién creados plantadores fueron a la quiebra, sus derechos pasaron a compañías con oficinas matrices en Holanda, que con gran éxito aunaron las fincas azucareras con las instalaciones procesadoras de capital intensivo. La mano de obra en el azúcar siguió proviniendo de aldeas que cultivaban arroz de riego, pero la administración de los nuevos ingenios y de las tierras azucareras vinculadas con ellos quedó por completo en manos de personal europeo.

Nacimiento de la plantación intensiva en capital

La transformación que llevó a cabo Holanda en las fincas azucareras de las Indias Orientales, que las hizo pasar de una unidad que dependía primordialmente del uso masivo de la mano de obra a una unidad organizada alrededor de un ingenio azucarero de capital intensivo, ilustra el desplome mundial de "los plantadores como clase". El plantador, que dependía de un capital comercial y que tenía que entregar su cosecha para pagarlo, no pudo reunir los recursos financieros y técnicos reque-

ridos para organizar el transporte, las operaciones de trabajo y el procesamiento en el elevado nivel que requería una siempre creciente acumulación de capital. En la producción de azúcar este requerimiento casi insaciable exigía cuantiosos desembolsos para adquirir tierras, equipo de procesamiento e infraestructura de transporte, todo lo cual creaba "fábricas en el campo". Simultáneamente, el control financiero de la empresa cambió de las casas comerciales a compañías de capital conjunto o de responsabilidad limitada, y, más adelante, de sociedades anónimas.

Esta transformación ocurrió en el Caribe y en Indonesia; fue particularmente considerable en Cuba, donde la producción de azúcar se intensificó en la segunda mitad del siglo XIX, lo que también acrecentó las exigencias impuestas a la esclavitud. En Cuba y en Puerto Rico, la intervención norteamericana, que condujo a la separación de las islas de



Cortando y cargando caña de azúcar en Las Cañas, uno de los ingenios azucareros de Cuba tecnológicamente más avanzados durante la segunda mitad del siglo XIX. Boceto de Walter Yeager, 1880. (Cortesía de la Sociedad Histórica de Nueva York, ciudad de Nueva York)

España, creó las condiciones para la sustitución del capital de los plantadores con capital de sociedades anónimas procedentes de Estados Unidos.

Sidney Mintz (1974: capítulo IV) ha seguido en detalle la transformación de una plantación así en la costa sur de Puerto Rico. Antes de

1873, año en que se abolió la esclavitud, Hacienda Vieja dependió de un abasto de mano de obra de hombres libres pero sin tierra obligados a trabajar por virtud de una legislación laboral coercitiva; además, contó con su abasto normal de esclavos. La plantación, propiedad de una sola familia, era pequeña: entre 40 y 160 hectáreas. Un 25% de la tierra estaba sembrado de caña de azúcar; el resto, con pasto y cosechas de subsistencia para alimentar a los jornaleros. Los campos se trabajaban con arados tipo garfio; no había más fertilizante que el abono animal; y el riego, necesario en este seco litoral, no abundaba. La maquinaria procesadora era anticuada y el azúcar producida no era refinada. Al abolirse la esclavitud, la plantación adoptó el trabajo libre, pagó sueldos y otorgó parcelas de subsistencia para que los peones cultivaran sus propios alimentos. Sin embargo, el capital disponible no bastaba para permitir el paso a la agricultura y tecnología de procesamiento más modernas.

Esta transición llegó veinticinco años después, con la ocupación norteamericana. La plantación fue vendida a una sociedad norteamericana, que conjuntó las antiguas plantaciones en un gran complejo de "granjas tributarias" centradas alrededor de un ingenio enorme. El cultivo se amplió y se tragó a las parcelas de subsistencia y de forraje, con lo que toda la región se convirtió en una faja continua de florecientes cañales. Se extendieron el riego y el avenamiento de pantanos; se introdujeron los fertilizantes. Desaparecieron las parcelas de subsistencia, y el trabajo, que ahora se pagaba a destajo, se remuneró en salarios en forma de contraseñas que se cambiaban por mercancías en la tienda de la compañía. En cosa de unas cuantas safras, la fuerza de trabajo de la región dejó de ser una población a la que se pagaba casi nada más en especie y se convirtió en un proletariado rural.

Café

Por medio de contactos con el Cercano Oriente llegó a Europa el gusto por beber café. Oriundo de Etiopía, ya se bebía en Adén a fines del siglo XV, y en el curso del XVI, pese a frecuentes prohibiciones, se popularizó en todo el Imperio otomano. En las postrimerías del siglo XVII se propagó por Europa junto con la institución de la cafetería. Al principio la única fuente del grano fue el territorio del poblado de Al Mukhá (Mocha), en Yemen, pero hacia 1712 los holandeses ya sembraban arbustos de café en Java. En 1833 ya había más de 1 000 000 de cafetos en Java: al mediar el siglo su número llegaba a 300 000 000 (Geertz,

1963:66). El café producido en fincas holandesas y por pequeños propietarios holandeses pronto llegó a ser la mayor cosecha de exportación de las Indias Orientales holandesas.

Sin embargo, la producción cayó muchísimo entre 1880 y 1890 cuando el hongo del añublo del café se abatió sobre las huertas. Se recuperó después cuando hubo un cambio en la especie de *arabica* a *robusta*, tanto en latifundios como en fincas de labriegos en las Islas Exteriores; para entonces, empero, ya había perdido a manos del azúcar el primer lugar como exportación agrícola principal. Entre tanto, un decenio de destrucción de cosechas en Java dio a Brasil la oportunidad de ensanchar sus cosechas.

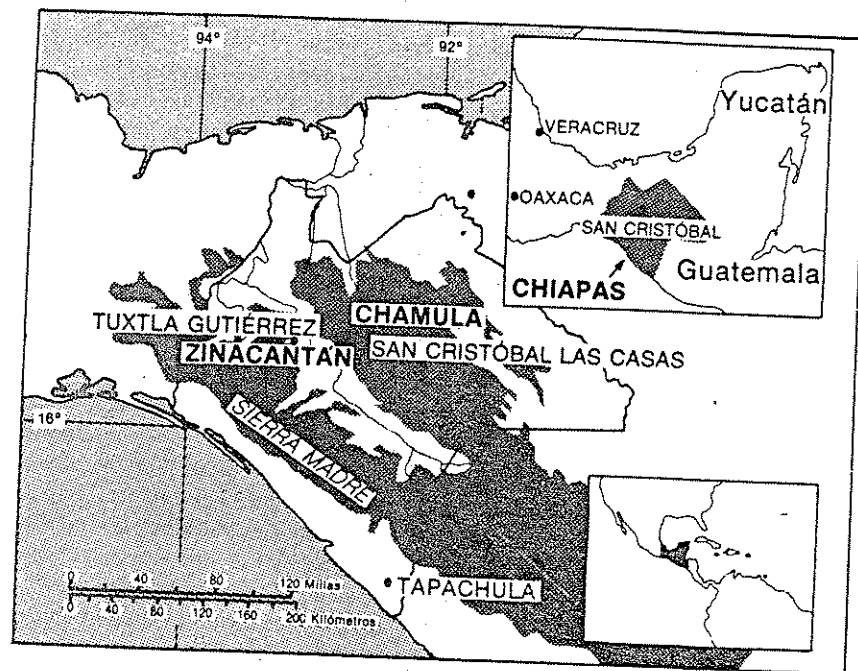
El café llegó a Brasil a principios del siglo xviii, pero su cultivo se había circunscrito a satisfacer el consumo doméstico. La rebelión de los esclavos en Santo Domingo (Haití) trajo consigo un aumento en los precios del café, lo que a su vez llevó a una alza en las exportaciones del café brasileño. El café producido en plantaciones con esclavos pronto llegó a ser el principal producto agrícola de exportación del Brasil, a pesar de una declinación en los precios. El empleo de trabajo esclavo no remunerado compensó la caída en los ingresos. Al querer acrecentar aún más su producción, Brasil se topó con un serio problema de escasez de mano de obra (véase Furtado, 1963: capítulos xxi, xxii). Se había detenido el tráfico de esclavos de África, y en Brasil los que se habían traído no se reproducían; por si fuera poco, en 1888 se abolió la esclavitud con fundamento en varias razones. Trasladar la fuerza de trabajo del precario sector de subsistencia a la agricultura de plantación habría socavado la economía de los alimentos y no habría llevado consigo un incremento en la fuerza de trabajo disponible. En la mente de algunos brasileños bullía la idea de importar asiáticos cuando problemas agrícolas y la declinación de la industria textil en el sur de Italia desataron una corriente de emigrantes europeos hacia Brasil. Entre 1880 y 1890 llegaron a Brasil millón y medio de inmigrantes, mayormente italianos, muchos de los cuales hallaron empleo inmediato en las pujantes *fazendas* de café de São Paulo. Al terminar el siglo, Brasil se hacía cargo del 75% de las necesidades de café del globo.

Aunque Brasil dominó el mercado mundial del café, otras regiones lo produjeron, entre ellas destacan la América Central, concretamente el estado mexicano de Chiapas, y Guatemala, lugares donde la legislación ayudó a la propagación de la producción comercial del café (México, 1856; Guatemala, 1877); se abolió la jurisdicción comunal sobre la tierra; se hizo a un lado la protección legal que había permitido la supervivencia y estabilización de comunidades corporadas de nativos ame-

ricanos, frente a los repetidos intentos por apoderarse de sus recursos y por explotar su abasto de mano de obra (véase el capítulo v). En lo sucesivo la tierra sería de propiedad privada, sujeta a compra, venta e hipoteca. Esta situación permitió a los no indios acaparar tierras no registradas y rematar propiedades de indios que no pudieran cubrir sus adeudos. Al mediar el siglo xix, las comunidades de habla tzeltal y tzotzil que rodeaban a San Cristóbal de las Casas, en Chiapas, habían perdido la mayor parte de su base territorial; sólo se había salvado un pequeño remanente de tierra comunal muy utilizada. En 1869 los tzeltales se rebelaron contra esta disminución de sus recursos debida a presiones extrañas. Sin embargo, en los años 1870, el café fue introducido en fincas propiedad de extranjeros, y a muchos indios se les alentó a establecerse en las nuevas regiones cafetaleras. Después de la primera Guerra Mundial, los plantadores acrecentaron aún más su fuerza de trabajo contratando trabajadores temporales provenientes de comunidades de las altas mesetas a los que les adelantaban dinero en efectivo. Este sistema de adelantos hizo del trabajo asalariado la fuente principal de ingresos de muchos habitantes de las mesetas del interior, los cuales entre una y otra temporada de trabajo regresaban a sus comunidades para cultivar pequeñas parcelas de subsistencia (Wasserstrom, 1977, 1978). Una vez más vemos el desarrollo de un sistema en el cual plantaciones que cultivaban un producto de venta inmediata convivían lado a lado con "reservas de trabajo" orientadas a la subsistencia.

Más recientemente, durante la segunda Guerra Mundial, los terratenientes de la cuenca del bajo Grijalva ensancharon su producción de alimentos, sobre todo de maíz, en respuesta a los buenos precios que se pagaban en la capital de la nación. Lo hicieron rentando tierras no usadas o no aprovechadas a inquilinos zinacantecos que debían desmontarlas y cultivarlas; de este modo conservaban derechos de propiedad sobre la tierra a la vez que conseguían una buena fuerza de trabajo. Los más despiertos inquilinos zinacantecos, contrataban a su vez peones chamulas, con lo que maximizaban su rendimiento, o empleaban otros miembros de su comunidad para reclutar y organizar cuadrillas de trabajo que laboraran en su propio beneficio.

A partir de los años 1940, antropólogos norteamericanos han estudiado intensivamente comunidades zinacantecas, chamulas y otras de lengua tzeltal y tzotzil de las cercanías de San Cristóbal de las Casas, en la meseta de Chiapas. La mayoría de estos estudios se han ocupado de ellos bien como sobrevivientes "tribales" de los antiguos mayas, mantenidos en un aislamiento relativo del contacto exterior, o como partes de una sociedad hispánica colonial preservada en forma encapsulada den-



Chiapas, México

tro de un México en vías de modernización. Tzeltals y tzotziles, junto con otros americanos nativos habitantes de Centroamérica, fueron atraídos tempranamente hacia las redes de expansión mercantil (véase McLeod, 1973), y han participado activamente desde el siglo XIX en el comercio del café y en la economía del maíz de la región, así como en la política del Estado mexicano. Estas participaciones, a su vez, han alterado su adaptación agrícola, cambiado su estructura de clase y afectado su organización política y ceremonial. Su perseverante identidad como habitantes de comunidades "indias" no es, pues, un conjunto de tradiciones inalteradas mantenido sin ruptura respecto a un pasado distante. Es, más bien, el resultado de una multitud de procesos interrelacionados y a menudo antagónicos puestos en marcha por la evolución capitalista.

Té

El té llegó a ser, evidentemente, el principal competidor del café en cuanto a suministro al mundo de alcaloides estimulantes. La primera referencia histórica confiable al té se halla en una fuente china que data del siglo IV d.c., pero no fue sino hasta el siglo VIII cuando se le dio su carácter propio, *ch'a*, en la escritura, y llegó a tener importancia económica suficiente como para que el Estado le impusiera contribuciones. Probablemente, los misioneros portugueses fueron los primeros europeos en hablar del té, aunque estuvo a cargo de los holandeses introducir la infusión en Europa. Al mediar el siglo XVII, había llegado a ser una bebida popular en Holanda y Francia, y durante el último tercio de ese siglo llegó a ser bebida predilecta en círculos cortesanos ingleses. Por esos días todavía China era su fuente exclusiva. Durante el primer cuarto del siglo XVIII, el té reemplazó a la seda como el artículo más importante que cargaban los buques ingleses que traficaban a lo largo de la costa de China.

Pronto se bebió no nada más en las Islas Británicas sino también en las colonias americanas, donde ocupó el tercer lugar de sus importaciones, después de los textiles y artículos de ferretería, hasta que el grupo de rebeldes de Sam Adams, mal disfrazados de indios, inició la Guerra de Independencia de Estados Unidos, arrojando en la bahía de Boston un embarque recién llegado de té.

A partir de 1840 se empezó a cultivar en grande en Asam, donde la mata crecía en forma silvestre, y en varias partes de la India. Sin embargo, hasta la apertura del Canal de Suez, los tés de la India dieron solamente una pequeña parte de la producción mundial de té, pero ya abierto el Canal, los vapores triunfaron sobre los cliperes en el acarreo del té, por cuya razón los tés negros de la India le ganaron la partida a los tés verdes de China.

En los años 1870, en Ceilán, las plantaciones de té se propagaron con rapidez pasmosa en las mesetas del interior, casi siempre a costas del campesinado singalés kandiano. Grandes extensiones de tierras comunes de aldeas fueron declaradas tierras reales y vendidas a los plantadores. En 1848 había unas 25 000 hectáreas sembradas de café en 367 plantaciones, pero cuando llegó la plaga en 1868, los plantadores sembraron té. En 1903 había más de 160 000 hectáreas sembradas con matas de té (Royal Kandy Peasantry Commission, citada en Yalman, 1971:20, n. 10). Esto dio como resultado confinar al campesinado singalés a sus parcelas comunes de arroz de riego y limitar su opción

de abrir al cultivo sus reservas de tierra por medio del sistema de tumba-roza-y-quema.

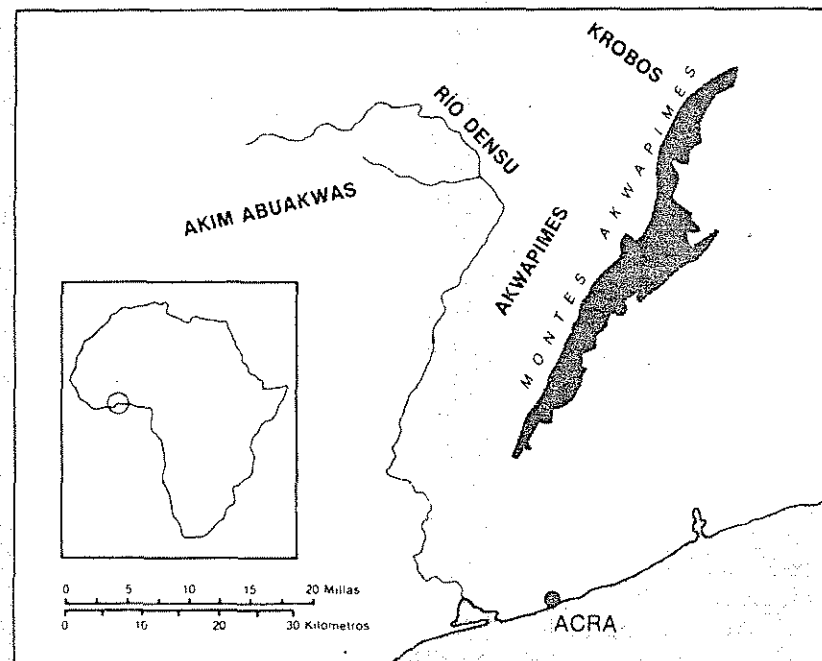
Es enormemente laborioso el cultivo del té. Por cada hectárea, que tiene entre 8 000 y 12 000 matas (cada mata da entre 150 y 250 gramos de té), se necesitan de 50 a 100 cultivadores por día. Para obtener la mano de obra necesaria, los cultivadores llevaron a Ceilán gente de habla tamil, del sur de la India. Estos "tamiles de la India", que difieren de los mucho más antiguos tamiles de "Ceilán" o de "Jaffna", del litoral este y norte, hoy día suman casi 1 000 000 en comparación con los 2 000 000 de los singaleses kandiños. La oposición socioeconómica entre el tamil de la India y el campesinado singalés circundante ha sido exacerbada por diferencias lingüísticas y religiosas. Los singaleses hablan una lengua indoeuropea, los tamiles hablaban dravidiano; los singaleses son budistas, los tamiles, hindúes. Estas diferencias han alentado conflictos abiertos entre los cultivadores singaleses y el proletariado tamil de las plantaciones.

Cacao

El cacao es oriundo de Mesoamérica. En el siglo xvii los holandeses lo llevaron a la isla de São Tomé en el Golfo de Guinea, frente a la costa de África Occidental. En 1879 un emprendedor hablante de ga llevó la semilla de la vecina isla de Fernando Poo a la Sierra de Akwapim, arriba de la ciudad de Accra, sobre la Costa de Oro del actual Estado de Ghana. En el decenio de 1890 el cacao se cultivaba en la Sierra de Akwapim, en vez de los productos de palma cuyos precios bajaron después de 1885. El cacao se adoptó con presteza: no requería nuevos utensilios; el secado y la fermentación de los granos eran procesos sencillos; y sólo en tiempo de cosecha se necesitaba mucha mano de obra. También existían los recursos financieros para producir y comercializar el nuevo producto. En el capítulo vii vimos que los oeste-africanos conocían ya a fondo los mecanismos del comercio. Los cultivadores que emprendieron la producción de cacao estaban familiarizados con los mecanismos del dinero y del crédito. Algunos ya habían sido comerciantes; y otros habían recogido caucho silvestre para su venta.

Para hacerse de tierras en donde sembrar cacao, los nuevos cultivadores negociaron con los jefes que controlaban tierras sobrantes en Akim Abuakwa. En la compra de estos terrenos, los nuevos ocupantes conjuntaron los nuevos modos de adquisición de tierras con viejas formas de organización de grupo. Poblaciones patrilineales, como los krobos, constituyeron "compañías" de no parientes, o clubes de compradores de

tierras, que se hicieron de ellas separadamente, es decir, asignando franjas diferentes a los miembros de la compañía. Los matrilineales aburis y akropongos compraban tierras para su matrilinaje (*abusua*), y asignaban tierras en usufructo a los miembros del linaje. Por lo general, los colonos originales conservaban la cohesión de su núcleo inicial, inclusive su subordinación política a un jefe local de aldea.



Ghana y Costa de Marfil.
Regiones productoras de cacao, de la misma afiliación étnica

Inicialmente, los productores de cacao cultivaron las cercanías de su poblado, esperando a que los árboles llegaran a la madurez. Con los productos de estas primeras cosechas abrían una nueva franja de cultivo; llamaban aparceros con sus familias para que la cultivaran y cosecharan, por lo general, a cambio de una tercera cosecha. También se contrataban peones ewes y otros del oriente del río Volta para que, entre cosechas, desyerbaran el campo. A su tiempo, individuos ya enriquecidos comprarían tierras "a futuro" y comprometerían a otros a comprar nue-

vas tierras para cacao; también se apoderarían de tierras abandonadas por cultivadores que ya no podían competir.

En 1911 (Ghana) fue el mayor productor de cacao del mundo, de esa mercancía que es cara para todo aquel que adora los dulces de chocolate. Esta cuantiosa producción puso en ventaja a los dueños de grandes extensiones que las trabajaban con medieros y con peones de temporada, respecto a las familias que sólo empleaban el trabajo de sus miembros. Fue así como el cultivo en gran escala acentuó las diferencias de clases pues creó agricultores y labriegos (Hill, 1963).

El cultivo del cacao se propagó rápidamente por toda el África Occidental: hacia el norte, los asantes, hacia el este, los yorubas de Nigeria, hacia el oeste, los de la Costa de Marfil. En este último lugar no fue introducido por cultivadores africanos sino por el gobierno colonial francés, que esperaba crear una nueva fuente de riqueza comercial —y de impuestos—. Quienes participaron aquí en el cultivo del cacao no fueron como en el caso de Ghana, cultivadores precursores en un asentamiento en la frontera, sino miembros de Estados africanos organizados jerárquicamente bajo el control colonial francés. Tales Estados habían sido formados por los agnis, pueblo guerrero emparentado con los asantes, que en el siglo xvii se mudó a lo que hoy es el sudeste de Costa de Marfil, donde formó dos Estados, Ndenié en el norte y Sanwi en el sur. Estos dos Estados se organizaron alrededor de un rey que delegaba facultades a los jefes matrilineales y de aldea. La población fue dividida entre tomadores y productores de tributos. Los primeros eran los miembros de la familia real (descendientes matrilineales de los primeros jefes agnis) y varias capas de jefes, que incluían guerreros nombrados por la jefatura y los jefes de inmigrantes y de grupos disidentes. Los productores de tributos —en trabajo y en especie— eran o miembros libres de matrilineajes agnis o esclavos que por lo general eran descendientes de poblaciones conquistadas por los agnis. Los derechos de uso de la tierra se heredaban matrilinealmente; la sucesión al usufructo pasaba del hermano de la madre al hijo de la hermana.

La llegada del cultivo del cacao a Costa de Marfil puso en tensión a este sistema. Por principio de cuentas, los jefes de linajes con derechos preferentes a la tierra empezaron a rebajar a compañeros de linaje a la situación de peones y a acaparar los productos de la nueva cosecha, hecho que causó cismas en los linajes. Segundo, la sucesión matrilineal a derechos entró en conflicto con la pauta según la cual el cultivo del cacao se llevaba a cabo por grupos de trabajo patrilocales. Era frecuente que los nuevos herederos de la tierra se hallaran en conflicto con la gente que la estaba trabajando, fuera como medieros (*abusans*) o como

destajistas. La sucesión matrilineal a derechos significaba que un hijo no podía heredar la tierra en que había invertido su trabajo; ni tampoco podía estar seguro de que su tío le diera una propiedad comparable. Tercero, los extranjeros —diulas, baoulés o mossis— que solicitaran derechos de uso sobre tierras de linaje agni se topaban con la oposición de los jefes agnis que eran quienes otorgaban tales derechos. Los recién llegados querían transmitir a sus hijos sus recién trabajadas tierras, pero se encontraban con la oposición de sus señores organizados matrilinealmente. Como por lo general tenían éxito como cultivadores de cacao, aspiraban a una condición igual a la de los agnis, que se consideraban —como guerreros victoriosos que eran— superiores a todos los extranjeros. Por último, la necesidad creciente de dinero y capital colocaba el poder en las manos de los comerciantes ricos, de los prestamistas y de los plantadores de cacao. Esto hacía que la posesión de la riqueza arrollara la relación de parentesco y las distinciones de posición relativa basadas en la polaridad agni/no agni. Además, la nueva élite acaudalada, que comprendía agnis y no-agnis, creó vínculos con extraños que relacionaban la condición de agnis con los círculos de capital de Abidjan y de más allá. Estos extraños eran, por lo general, comerciantes diulas o libaneses. Así pues, sobre la sociedad agni se superpuso un conjunto totalmente diferente de relaciones sociales, de lo que resultaron conflictos entre clases y grupos étnicos.

Opio

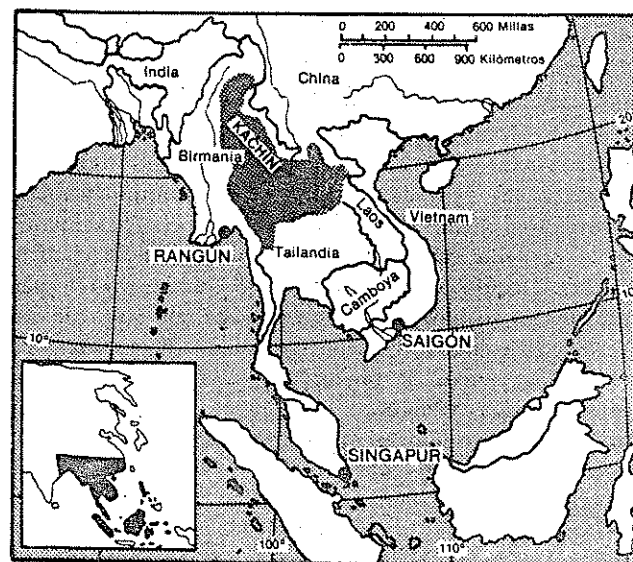
El opio figuró entre los productos que cobraron importancia en el siglo xix. Ya vimos que jugó un papel fundamental en el comercio inglés con China. En vano se esforzó el Estado chino en evitar el aumento de su producción en China y la importación del "lodo extranjero". En 1729 se prohibió fumar opio; un edicto posterior, de 1800, prohibió no sólo fumarlo, sino también cultivarlo e importarlo. Sin embargo, esto fue más bien un estímulo para contrabandearlo y para producirlo localmente en las provincias chinas de Sechuán y Yunnán. Finalmente, la derrota china en la Guerra del Opio contra Inglaterra (1839-1842) obligó a China a aceptar cantidades ilimitadas de opio de la India. En 1858 el gobierno chino reconoció la imposibilidad de controlar el comercio de opio que auspiciaba Inglaterra, por lo que firmó un acuerdo que fijaba un pequeño derecho sobre las importaciones de opio. Al mismo tiempo, a partir de 1860 creció tan terriblemente la producción interna de opio que pudo competir con el producto extranjero. Hacia los años

1880 la provincia de Sechuán cosechaba unas 10 000 toneladas de opio en bruto al año, y la de Yunnán empezó a exportarlo al Sudeste de Asia.

La producción y el contrabando de opio llegó a ser uno de los puntales de la economía de los pueblos que habitaban la región montañosa situada entre la frontera china y las tierras bajas del Sudeste de Asia. Entre ellos figuraban los hmongs (“meos” o “miao”) y los iu miens (“yaos” o “mans”), que desde fines del siglo XVII habían sido expulsados gradualmente de China. Ahora empezaban a producir por su cuenta la resinosa flor. En los años 1890, el opio se producía en Tailandia y en el noreste de Birmania, donde un observador británico vio “kilómetros de laderas cubiertas de amapolas” (J. Scott, citado en McCoy, 1972:65). Entre la mayoría de los montañeses del Sudeste de Asia —hmongs, iu miens, akhas, lahus, lisus— el opio ha llegado a ser el principal producto de venta inmediata.

Dado que la variedad yunnán de la amapola del opio crece mejor arriba de los 1 000 metros de altitud, se cultiva en tierras situadas arriba de arrozales secos, o bien se rota con maizales como cosecha alterna anual. La declinación de la producción que ocurre cada cinco años ocasiona migraciones. Para asegurar terrenos apropiados ante la competencia de otros grupos, la gente alega amplios vínculos de parentesco y recurre al respaldo de su categoría étnica.

La producción de opio exige mucho trabajo. No basta con despejar la tierra; hay que desyerbarla y entresacarla de continuo. En cuanto caen los pétalos de la flor, las cápsulas desnudas deben ser aprovechadas. Hay que rallarlas con cuidado para que pueda fluir la resina, que una vez condensada debe ser recogida y empacada. Por supuesto, este trabajo debe sincronizarse con otras labores de cultivo de arroz, maíz o verduras. Con los miembros de la familia, inclusive con los yernos, se cubre esta elevada demanda de mano de obra. Las familias intercambian trabajo y también se utilizan jornaleros que hacen todo menos la delicada operación del rallado. Estos jornaleros suelen ser adictos de otras categorías étnicas a los que parte de su paga se les da en opio para su propio uso. Así pues, el éxito del cultivo del opio depende de la habilidad del individuo para atraer suficiente mano de obra y de su fecundidad para tener muchos descendientes y yernos. A su vez, tener gran familia y yernos depende de manipular bien el mercado de matrimonios y el flujo de dotes. Tener éxito en el cultivo de la amapola y en el ensanchamiento de los vínculos de parentesco da influencia política al individuo, el cual la puede acrecentar aún más ofreciendo fiestas costosas en honor de los espíritus de la casa y del linaje.



Asia Sudoriental: regiones de cultivo de la amapola del opio

El papel del opio como factor económico clave en las vidas de los montañeses se ejemplifica con el caso de los kachines, que ocupan las regiones onduladas del noreste de Birmania. Se trata de un pueblo que ha cobrado importancia en los estudios antropológicos como resultado del trabajo precursor de Edmund Leach (1954), que fue uno de los primeros antropólogos sociales ingleses en ir más allá del estructuralismo estático defendido por Radcliffe-Brown para describir las estructuras sociales kachines como un proceso reversible de oscilación entre un modelo jerárquico de relaciones jefe-seguidor, llamado *gumsa*, y un modelo igualitario de organización, llamado *gumlao*. El modelo *gumsa* jerárquico representó una semejanza kachín al reino teocrático del valle Shan. Era, empero, inherentemente inestable, puesto que carecía de una base económica en la agricultura de riego de las tierras bajas y de una base política en un Estado teocrático. En vez de esto, estaba anclado en un sistema en el que los patrilinajes estaban jerarquizados, de dadores-de-esposa a tomadores-de-esposa. Este sistema se vio amenazado de continuo por cismas, pues los hermanos rivalizaban por hacerse de la misma posición de jefatura y los yernos se negaban a aceptar que su “servicio nupcial” se transformara en una forma más permanente y coercitiva de dependen-

cia. Esto significa que la jerarquía gumsa estaba sujeta inherentemente a desmembrarse y a crear nuevos grupos organizados sobre las bases gumlaos más igualitarias. Mas las bases gumlaos cederían el terreno a las gumsas cuando los aspirantes a las jefaturas estilo shan empezaron a ensanchar sus papeles como "jefes come-muslos".

Jonathan Friedman (1975) ha impugnado esta interpretación que sitúa la causa de la diferenciación kachín en las contradicciones inherentes de su organización social. En el modelo alterno de Friedman, la causa principal de la revuelta gumlao es una combinación de condiciones político-económicas. Debido a que el cultivo de tumba-roza-y-quema rinde cada vez menos, los grupos dan cosas valiosas en pago de esposas, se endeudan, y esta situación la resuelven mediante la escisión. Y a la inversa, la conversión exitosa de objetos de valor en fiestas para agradar a los espíritus, permite a algunos segmentos kachines hacerse de más esposas y seguidores, logrando así más renombre e influencia.

Cuando se colocan en un contexto histórico más amplio los conjuntos gumsa y gumlao, se ve con claridad que las revueltas gumlaos representan reacciones históricamente recientes a cambios que afectaron las colinas kachines a fines del siglo XIX, y que no son resultados invariables de la emulación gumsa de situación relativa y de pretensiones sobre el trabajo de los parientes políticos.

Recientemente (1980), Nugent analizó esta historia. Hasta el último cuarto del siglo XIX, los jefes kachines eran todos gumsas. Con ayuda de esclavos cultivaban opio y controlaban depósitos de ámbar, serpentina y jade; desde los albores del siglo XVIII dieron casi todo el jade de China (Leach, 1954:290). Pero sobre todo, cobraban peaje al amplio y lucrativo comercio entre China y Birmania; a fines del siglo XIX estos cobros constituyeron la mayor fuente de poder de los principales jefes gumsas (Leach, 1954:237). A estos jefes gumsas los buscaron, primero, los ingleses como aliados en su avance a través de Asam, luego los birmanos que querían contener el avance inglés y finalmente los comerciantes que llevaban caravanas entre Yunnán y Birmania. O sea, que la aptitud de los jefes kachines para emular a los *saohpas* shanes se basaba en su control del trabajo esclavo, del comercio y de las armas proporcionadas por las potencias políticas que competían en la región.

Esta bonancible situación fue socavada a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. Revueltas en Yunnán y rebeliones shanes contra el Estado birmano, que se iba desintegrando, trajeron consigo la declinación del comercio entre China y Birmania. La intromisión inglesa en los asuntos de Birmania llevó a la anexión en 1852 de la Baja Birmania y a la ocupación de la Alta en 1886, así como a guerras de pacificación

contra los shanes y los kachines hasta 1891. Con excepción de la región triangular situada al norte de Myitkyina, que no fue pacificada sino hasta los años 1920, el gobierno inglés limitó grandemente el poder y la influencia de los jefes gumsas kachines. Se fragmentaron sus dominios y a cada aldea gobernada por su propio jefe se le trató como una entidad política aparte. Se liberó a los esclavos, lo que aminoró su participación en la producción de opio. A los jefes se les impidió cobrar peaje por el paso de caravanas (su principal fuente de ingresos en el siglo XIX) y se les prohibió cobrar tributos a las comunidades shanes colindantes. La mengua forzada del poder de los jefes por causa de los ingleses inició el mustiamiento del comercio fronterizo entre China y Birmania. En cuanto se desvaneció el poder de los jefes gumsas aparecieron las revueltas gumlaos. Vistas así las cosas, estas revueltas se entienden mejor como reacción ante la debilidad más que como un aumento de la fuerza de los jefes.

Estas revueltas tuvieron como trasfondo la producción de opio. Como ha observado Maran La Raw, "la desviación gumlao del *gumchyng gumsa*, el modelo ideal kachín tradicional y original, ha coincidido con su creciente dependencia en el cultivo en las mesetas elevadas de la amapola del opio, en vez de en la agricultura de subsistencia de arroz en tales mesetas" (1967, I:138-139; véase también Leach, 1954:26). Al cultivar opio, puede decirse que los kachines cultivaban dinero, ya que el opio siempre sirvió y sigue sirviendo como moneda de uso general entre las poblaciones de las colinas. Desempeña un papel importante en la manipulación de la riqueza nupcial que tanto influye en la obtención de posición y poder. Leach menciona el caso de un hombre que se había enriquecido comerciando opio, y que pagó con opio el precio de una novia que se había fijado en ganado, plata, opio y rifles (1954:151, n. 66). Parece cosa probable que la consolidación de riqueza obtenida por medio de la producción de opio explique el surgimiento de nuevos jefes gumsas, que primordialmente dependieron de la producción, venta y contrabando del opio. Quizá esto ocurrió en los Estados Wa de Birmania, donde exitosos cultivadores de opio se han modelado sobre productores de arroz de riego de las llanuras, han adoptado el budismo y han llegado a ser conocidos como Shanes de las Colinas (Tai Loi).

ORO Y DIAMANTES

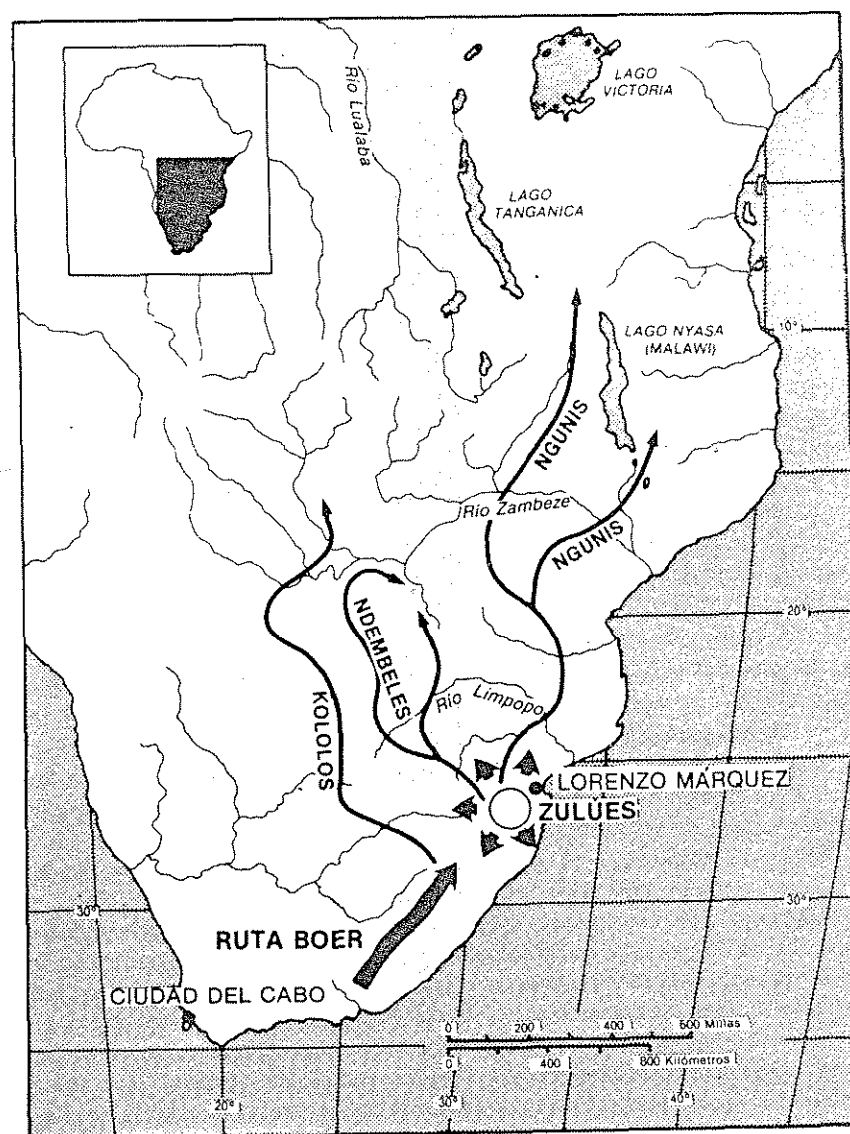
Los productos vegetales y ganaderos no fueron las únicas mercancías que entraron en grandes cantidades al mercado mundial durante el siglo XIX.

Hubo también metales como el estaño de Malaya y el cobre de Chile. En 1866 se hallaron diamantes en el territorio boer del Afrikaaner, después Estado Libre de Orange, en África del Sur, y 20 años después se descubrió oro en el Witwatersrand de Transvaal. En 1874 trabajaban en las minas de diamantes unos 10 000 africanos, y diez años después del descubrimiento del oro había unos 97 000 en las minas de ese metal. En 1910 su número subió a 255 000 y en 1940 llegó a 444 000.

En África del Sur, la colonización europea había abierto una frontera parecida a la de América del Norte. El establecimiento europeo inicial en la región estuvo en el Cabo, una estación de aprovisionamiento abierta en 1652 por la Compañía Holandesa de las Indias Orientales para servicio de su comercio con Asia. Desde esta estación los colonos holandeses iniciales se abrieron en abanico para empujar y destruir a los san (bosquimanos) recolectores de alimentos y para reducir a servidumbre a los pastorales khoi-khoi (hotentotes), a la vez que se apropiaban de sus ovejas y de su ganado.

Nuevas expansiones hacia el norte pusieron a los europeos en contacto con poblaciones de habla bantú, a las cuales hicieron retroceder hasta que llegaron al río Fish en 1775. Allí se fijó la frontera durante 50 años; fue un perímetro determinado por la distancia a Ciudad del Cabo con su mercado ganadero. Después, en 1820, llegó un gran contingente de colonos ingleses a la Bahía Albany sobre el bajo río Fish, y la frontera se volvió a poner en marcha, esta vez desatando conflictos sobre ganado y pasturas entre boers y grupos xhosas de habla bantú. Con estos encuentros se produjeron presiones en la región entre el río Fish, al sur, y la Bahía Delagoa, en manos portuguesas, al norte.

Esta región estaba ocupada por pequeñas jefaturas ngunis, fincadas alrededor de un jefe; su patrilineaje y otros patrilineajes estaban determinados por ascendencia o alianza. La organización militar y de caza de los ngunis, se centraba alrededor de la figura de un jefe, pero se fragmentaba cuando se rompía un dominio principal que se re-formaba en otro, en un proceso continuo de escisiones y alianzas renovadas. Durante el último cuarto del siglo XVIII, tres agrupamientos principales destacaron sobre los demás; en el primer decenio del siglo XIX, uno de estos agrupamientos, el de los mthetwas, dominó a los otros, en parte por hazañas militares de su jefe Dingiswayo, y en parte, tal vez, por conexiones comerciales con los portugueses de la costa. Dingiswayo reemplazó a los organismos militares y de caza que debían lealtad a subjefes militarizando los grados de edad de su pueblo. Además adaptó una técnica de caza —el copamiento por movimientos de pinzas— a la guerra. Después de la muerte de Dingiswayo, Shaka, líder de un clan aliado se-



Expansión y migración en el sur de Africa

gundón, los zulúes, usurpó la jefatura de los mthetwas y edificó un Estado zulú mayor aún, al cual organizó para la guerra valiéndose de la organización y tácticas de edad-grado de Dingiswayo. Shaka realzó también el valor de choque de las tropas zulúes introduciendo el *assagai*, que era una lanza corta, que probablemente inventó, pero cuya fabricación, en todo caso, ordenó a los herreros zulúes.

La formación del Estado zulú ofrece un ejemplo más dinámico de transformación cultural del que suele estar al alcance de los antropólogos. Tanto Dingiswayo como Shaka respondieron a cambios habidos en el terreno de las fuerzas políticas que los rodeaban, para lo cual construyeron una nueva entidad política. Para ello se basaron en pautas de organización tomadas del pasado, que les eran familiares; en el proceso, empero, las alteraron radicalmente. Estos cambios minaron los intereses particularistas del patrilineaje basado localmente, pero al mismo tiempo consolidaron su fuerza de trabajo en una poderosa máquina militar. Por ello Dingiswayo prohibió las escuelas de purificación espiritual que habían unido a los miembros de las casas emparentadas bajo la jurisdicción del hijo de su jefe (de ellas). La organización militar previa había unido parientes provenientes de casas vecinas bajo el mando de los jefes locales; en cambio, Dingiswayo militarizó los grupos de edad. Este uso de los grupos de edad asignó generaciones sucesivas del mismo linaje y composición a diferentes regimientos, y dirigió su lealtad hacia el monarca. A cada regimiento se le dio ropa especial y escudos de piel de vaca de un color distintivo. Shaka reforzó el papel de los regimientos estableciendo organizaciones paralelas para mujeres. A los hombres se les prohibió casarse antes de los cuarenta años, y entonces se les asignó tomar esposa de entre la correspondiente unidad femenina.

Shaka se hizo cargo de toda la responsabilidad derivada de la magia. Expulsó a los propiciadores de la lluvia y tomó sus funciones; obligó a los médicos a enseñarle sus curaciones; y ordenó que todos los veredictos pronunciados en casos de hechicería estuvieran sujetos a la confirmación real. Buscando fortificar aún más la monarquía zulú, centró los ritos anuales de los primeros frutos y de la guerra en la figura del rey y en la línea de sus antecesores reales. La ceremonia anual se convirtió en una exhibición de fuerza y unidad por parte del ejército. "Las tradiciones del linaje real zulú se convirtieron en las tradiciones de la nación; el dialecto zulú fue hecho el lenguaje de la nación; y todos los habitantes, sin importar sus orígenes, se volvieron zulúes, que debían lealtad a Shaka" (Thompson, 1969:345). Esta transformación muestra al desnudo la forma en que los ritos fueron manipulados en un proceso de

formación de Estado puesto en marcha por las amenazantes fronteras de la colonización europea.

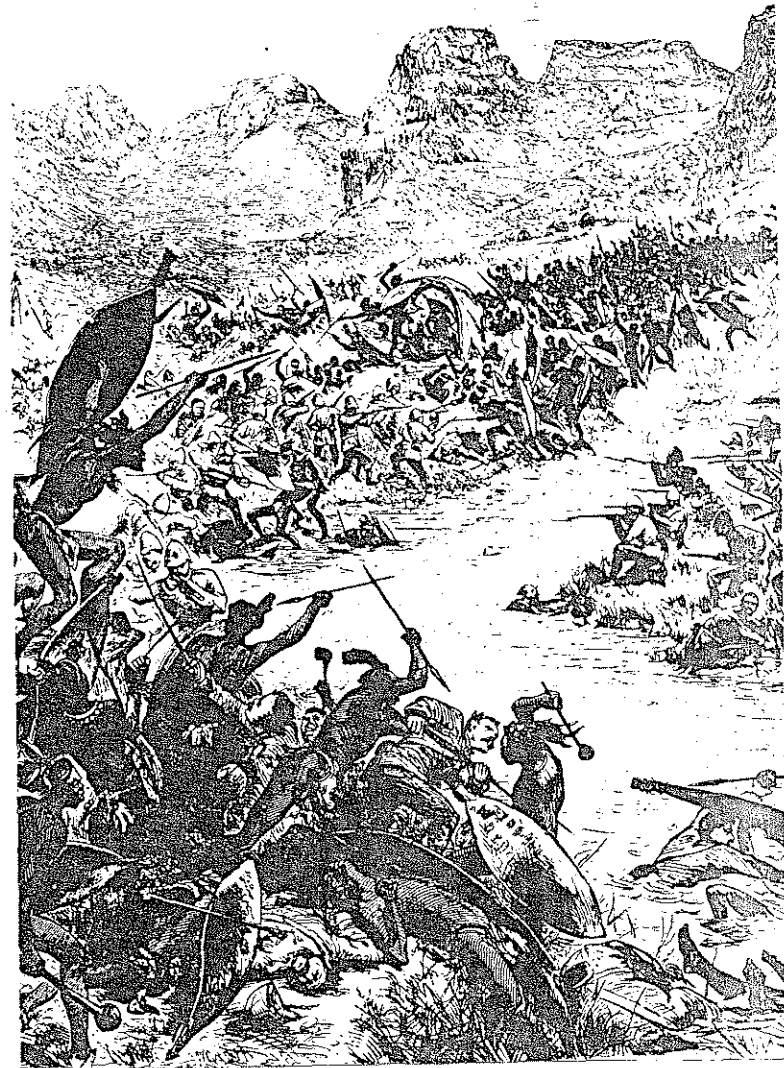
Por su parte, la expansión zulú entre el comienzo del siglo y 1836, despidió centrifugamente a otras poblaciones en todas direcciones, lo que en muchos casos llevó a la creación de nuevos agrupamientos políticos. Fue así como el clan Kumalo de los ngunis estableció primeramente su dominio sobre las vecinas poblaciones tswana y sotho, y luego arrolló poblaciones al otro lado del río Limpopo de Zimbabwe-Rodesia y así formó el macro-grupo ndebele (matabele). El clan Makololo marchó hacia el norte, penetró en el Valle del Zambeze, dominó Barotse y se convirtió en Kololo. Los dlamini de la Bahía Delagoa dominaron a los ngunis y sothos del norte de Swazilandia y formaron el macro-grupo swazi. Otros grupos, tales como los basutos de Lesotho, se formaron con refugiados de otros grupos. El grupo ngwato, de la Botswana de nuestros días, se formó a partir de un grupo de hablantes de sotho, a los que se agregaron elementos de Tswana, el Norte de Sotho, Shona, Rotse, Kubam, Subia, Herero y Bantuized San (Schapera, 1940). Así pues, la *difaqane*, o migración forzada, iniciada por los zulúes, creó muchos grupos políticos nuevos, desconocidos antes del siglo XIX, que hoy día se describen en el material escrito antropológico como "tribus" o "Estados primitivos".

En 1795 los ingleses conquistaron el Cabo, y después del segundo decenio del siglo XIX empezaron a establecerse a lo largo del litoral. Esta colonización envió a los colonizadores y pastores holandeses (*boers*) a una migración (*trek*) tierra adentro, donde establecieron las repúblicas independientes de Transvaal y Orange Free State, respectivamente en 1852 y 1854. Holandeses e ingleses marcharon contra los africanos en las llamadas guerras Kaffir contra los xhosas (1835, 1847, 1851) y contra los basuthos (1858, 1865-1866, 1867-1888). Estas guerras destruyeron la base pastoral de la vida xhosa, y redujeron a los xhosas a la servidumbre y a una tenencia precaria en las fincas de los europeos. En los años 1850 movimientos milenarios, en que se sacrificó el ganado para traer el tan esperado estado de purificación y abundancia, así como el desastre para los blancos y sus aliados, debilitaron aún más la capacidad de los xhosas para resistir. Los zulúes todavía estaban lo suficientemente fuertes como para derrotar a los ingleses en Isandhlwana, si bien, cinco meses después, en Ulundi, perdieron la batalla final. Con esta derrota dejó de existir el ejército zulú. De ahí en adelante, pese a frecuentes guerras y rebeliones, fueron cayendo una población africana tras otra, bajo el control de los europeos. Basuto y Tswana cayeron en los años 1880 y Swazi en el decenio siguiente.

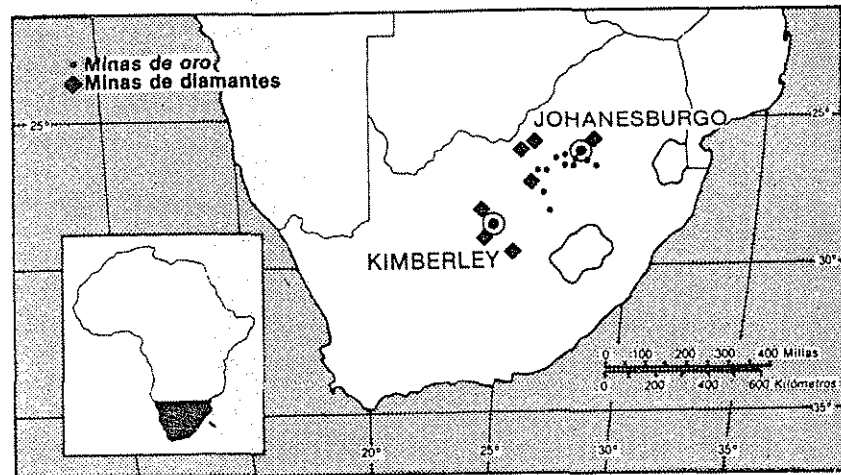
La pacificación de la población africana fue simultánea al crecimiento de la industria minera de África del Sur; la industria se basó en el uso de mano de obra africana, según se vio en el capítulo xi. A los cinco años del descubrimiento de diamantes en Griqualand, las exportaciones de diamantes montaban ya a 1 600 000 libras por año. Durante los cien años siguientes, las minas produjeron no menos de 700 000 libras por año. En los ochenta años siguientes a 1886, fecha del descubrimiento de oro en África del Sur, las minas de oro dieron 6 000 000 000 de libras. Ambos tipos de explotación exigieron ingentes sumas de dinero, especialmente cuando la explotación a cielo abierto fue sustituida por la minería bajo tierra; la minería de oro exigió instalaciones muy costosas para extraer el oro de depósitos inmensos pero de poca graduación. La compañía De Beers Consolidated Mines Ltd. fue fundada por Cecil Rhodes; su nombre lo debe a uno de los primeros fundos mineros de Kimberley, cerca de una granja propiedad de un boer llamado De Beer. Rhodes compró la finca en 18 000 dólares (Gunther, 1953:553). Hoy es un conglomerado de siete compañías, que controla la producción y la comercialización de diamantes. La producción de oro está controlada por siete inmensas compañías entrelazadas; dos de las más grandes —De Beers y Anglo-American— son de la misma familia.

La Gran Depresión de fines del siglo xix inició una expansión sin precedentes en el flujo de mercancías entre todos los puntos del globo. Todos los artículos que servían al desarrollo del capitalismo —productos alimenticios, cosechas industriales, estimulantes, oro, diamantes— participaron en una corriente cada vez mayor; todos ellos ensanchaban e intensificaban su volumen. Hemos estudiado algunos de estos artículos que han sido de importancia para algunos de los pueblos que componen el registro antropológico. Hubo otros muchos, cuyos movimientos acelerados se representan gráficamente en las transacciones de los mercados financieros del mundo.

Ciertamente, no fueron cosa nueva ni la producción ni la comercialización de mercancías. El mundo anterior a 1400 estaba ya cruzado por sendas de intercambio mercantil dentro y entre sociedades tributarias, así como entre sociedades y grupos ordenados conforme al parentesco. Mucho antes de la llegada de los marinos mercantes europeos, muchas poblaciones se vieron arrastradas a la producción de mercancías para abastecer este comercio. Sin embargo, la expansión europea creó un mercado de tamaño mundial. Incorporó redes preexistentes de intercambio y creó nuevos itinerarios entre continentes; alentó la especialización regional e inició movimientos mundiales de mercancías.



Ataque zulú contra el 80o. regimiento en el río Intombi durante la embestida final inglesa para capturar Ulundi, la capital zulú. Grabado en madera basado en un boceto del teniente L. W. R. Ussher, 1879. (The Granger Collection, Nueva York)



África del Sur: Regiones mineras

El crecimiento del capitalismo trajo consigo un cambio cualitativo no nada más en el modo de producción existente sino en las redes comerciales conectadas con él. Estas redes servían ahora al proceso de acumulación capitalista, que no sólo multiplicó las mercancías para así crear más dinero, sino que generó capital para comprar máquinas, materias primas y fuerza de trabajo para ensanchar la producción y, consiguientemente, para acumular más capital. Se acabaron la independencia y la autonomía del intercambio comercial, pues la tasa de ganancia ya no dependía únicamente de discrepancias regionales en precios (gracias a lo cual los comerciantes compraban barato y vendían caro), sino de los procesos de la producción misma.

Ahora, "los pueblos sin historia" fueron atraídos al seno de un sistema que enjaezó los recursos del mundo a la causa de la acumulación de capital. Esto no significa, empero, que todos los arreglos de producción tendientes a llevar mercancías al mercado fueran capitalistas. Según Mandel, la economía del mundo capitalista es un sistema articulado de relaciones de producción capitalistas y no capitalistas, unido por relaciones de intercambio que están dominadas por la acumulación capitalista (véase p. 360). En un cierto momento, algunos sectores y regiones de este sistema son centrales y estratégicos en cuanto a su operación, en tanto que otros ocupan posiciones auxiliares o marginales, dando mercancías o fuerza de trabajo al centro. Con el paso del tiempo puede

cambiar la distribución de las regiones centrales y secundarias, a medida que las demandas de acumulación de capital elevan segmentos auxiliares a una posición de centralidad o relegan a posiciones secundarias a elementos que antes fueron centrales.

Puesto que los sectores y regiones centrales están gobernados directamente por las relaciones de producción del modo capitalista, en áreas marginales se toleran, mantienen e inclusive se refuerzan, arreglos sociales edificados conforme a modos tributarios u ordenados conforme al parentesco. Cuando esto ocurre es bajo condiciones limitadísimas de autonomía política y económica. Primero, las sociedades en cuestión deben renunciar a su soberanía sustantiva y a su capacidad para desplegar armas en apoyo de sus intereses independientes. Segundo, gradualmente renuncian a la capacidad de reproducir sus redes y jerarquías sociales y a participar en el mercado dominado capitalistamente. Su gente, vista como trabajadora y productora de mercancías, se vuelve parte de un ejército de reserva del capitalismo, movilizable durante periodos de avance y enviado a sus reservaciones y enclaves en periodos de retirada. En una tras otra, en todas las poblaciones del globo, se reformaron las vidas de la gente para hacerlas corresponder a las exigencias del modo capitalista.

XII. LOS NUEVOS TRABAJADORES

LA ESENCIA del capital es su aptitud para movilizar trabajo social comprando fuerza de trabajo y poniéndola a trabajar. Esto requiere un mercado en el cual la capacidad de los hombres para trabajar pueda comprarse y venderse como cualquier otra mercancía: los compradores de fuerza de trabajo ofrecen salarios, que son aceptados por los vendedores a cambio de una mercancía, su trabajo. El mercado crea la ficción de que esta compra y venta es un intercambio simétrico entre socios, aunque de hecho la transacción del mercado fundamenta una relación asimétrica entre clases. Por virtud de esta transacción, a los trabajadores se les paga una porción de los productos de su propio trabajo en forma de salario, pero renuncian al resto, que es valor excedente a favor de la clase capitalista.

Las clases trabajadoras que entraban a la industria o a la agricultura de plantación bajo la égida del modo de producción capitalista, constituían un fenómeno nuevo en el mundo, una novedad que muchos observadores del siglo XIX entendieron perfectamente. La aparición de estas clases trabajadoras proporcionó un nuevo programa de historia moderna y de ciencia social; sin embargo, los especialistas avanzaron titubeantemente hacia la comprensión de su nuevo papel en la creación de nuevas clases de sociedades. Su surgimiento al escenario de la historia hizo temer alguna irrupción por parte de las masas así como desórdenes sociales, y también esperanzas exageradas de una renovación social inminente. Para los historiadores a quienes les interesaban primordialmente los actos de los poderosos, las nuevas clases trabajadoras no tenían historia, solamente una anti-historia. Para los científicos sociales que definían a la sociología primordialmente como una ciencia "moral", las "masas" que iban surgiendo presagiaban desarraigamiento y colapso social. Para los humanistas interesados en el mantenimiento de los logros alcanzados por el Espíritu Humano, el proletariado evocaba la imagen de los ostrogodos preparando sus caballos en las afueras de la Ciudad. Para los revolucionarios, las clases trabajadoras encarnaban la promesa de transformación social, los "hombres nuevos" que daban la antítesis de la Civilización.

Cierto que los científicos sociales empezaron a examinar muy estrechamente a estos nuevos hombres, pero los trataron más como problemas sociales, problemas creados por haberlos arrancado de sus raíces por la destribilización o inmigración, que como actores sociales por propio

derecho que respondían a condiciones nuevas. Inclusive los historiadores del trabajo se centraron inicialmente en la historia de las organizaciones y movimientos del trabajo; es decir, les interesaban más los esfuerzos por ir más allá de una condición que por delinear esa condición. O sea, que la investigación se interesó principalmente en lo que no estaba presente, en condiciones y características que habían existido pero que ya no estaban, o bien, en condiciones que estaban por venir. Se decía menos de lo que estaba presente, de la matriz y contenido relacionales de la existencia de la clase trabajadora. Hace muy poco que algunos historiadores sociales se interesaron en escribir la historia del proceso y relaciones de las clases trabajadoras, en forma muy similar a como se ha empezado a escribir la historia de poblaciones supuestamente detenidas en una etapa intemporal de la evolución. De hecho, las dos ramas de la historia son sólo una. Las trayectorias de los "pueblos sin historia" en los diversos continentes del globo convergen en el seno de la matriz más amplia creada por la expansión europea y el modo de producción capitalista.

MERCADOS DE TRABAJO

A lo largo del siglo XIX, corrieron al mismo paso la industrialización y la introducción en gran escala de la agricultura de artículos de venta inmediata. Conforme el capital fluía hacia nuevas áreas de oportunidad y hacia nuevas ramas de actividad, acumulaba máquinas en conjuntos cada vez mayores y llevaba nuevos batallones de trabajadores al creciente ejército industrial. La manufactura, es decir, la producción en que "el paso lo fijaban los hombres y no las máquinas" (Landes, 1969:121), cedía cada vez más a la "maquinofactura", en la cual quien fijaba el paso del trabajo era la máquina. Se reestructuraron las economías políticas, se reacomodaron los vínculos sociales y la gente se mudó de las áreas de abastecimiento a las de demanda.

Muchos índices hablan de los aumentos en la escala de rendimiento y reflejan la demanda cada vez mayor de mano de obra industrial. Desde los comienzos de la industrialización en la segunda mitad del siglo XVIII, creció la producción de energía por vapor hasta llegar a 4 000 000 de caballos en 1850, y a 18 500 000 apenas veinte años después. La producción de carbón, estratégica en el crecimiento del industrialismo, fue de 15 000 000 de toneladas anuales hacia 1800, llegó a 132 000 000 en 1860, y en 1900 a 701 000 000. La producción mundial de minerales ferrosos subió de 1 000 000 de toneladas métricas en 1820 a 65 000 000 en 1910. La energía inánimada producida en 1860 por

carbón mineral, lignito, petróleo, gasolina natural, gas natural y energía hidráulica sumaba en 1860 1 100 000 000 de megavatios-hora, 6 100 000 000 en 1900, 21 000 000 000 en 1950 (Cipolla, 1962:48, 49, 51; Woodruff, 1971: 9). Las vías ferroviarias saltaron de 332 kilómetros en 1831 a más de 300 000 en 1876; el tonelaje marítimo, que era de 32 000 toneladas en 1831, subió a 3 300 000 toneladas en 1876 (Hobsbawm, 1975:310). En todos los puestos del mundo desbordaban los productos de las plantaciones cuyo destino sería Europa y América.

Como creció el tamaño de las unidades de producción, se aceleró la demanda de mano de obra; en los años 1820 la hilandería promedio de algodón de Lancashire empleaba entre 100 y 200 manos; y en Oldham en 1851 un tercio de los obreros del algodón trabajaban en hilanderías de más de 250 manos (Chapman, 1972:26; Foster, 1974:91). Para 1841 más de la mitad de los mineros de Oldham estaban en minas que empleaban más de 200 hombres. Anteriormente aparecieron conjuntos de trabajadores mucho mayores, y con el tiempo se hicieron cosa común. Así, en 1815-1816 Robert Owen empleaba entre 1 600 y 1 700 manos en New Lanark (Chapman, 1972:32). En 1849 la fundición de New Dowlais, la mayor de Inglaterra, tenía más de 7 000 obreros (Landes, 1969:121). En 1848, en Essen, había sólo 72 obreros en las fábricas Krupp, pero casi llegaban a 12 000 en 1873; en Le Creusot, Francia, la compañía Schneider empleaba 12 500 obreros en 1870, o sea, más de la mitad de los habitantes del poblado (Hobsbawm, 1975:213). Del mismo modo, la agricultura de plantación exigía brazos, lo que llevó a la formación de conjuntos de 2 000 trabajadores en una plantación del litoral de Perú, y de varios miles en las grandes fincas de Java.

El nuevo régimen de la mano de obra puesto en marcha por el modo capitalista permitía a los empresarios una gran flexibilidad en cuanto a oportunidades y requerimientos de crecimiento. Conforme al modo ordenado por el parentesco no era posible contratar y despedir a los parientes. Un señor tributario debía valerse de la fuerza militar o de algo equivalente para aumentar o disminuir el número de productores de excedentes en su jurisdicción. Hasta el dueño de esclavos tiene limitada su capacidad de barajar su fuerza de trabajo, ya que debe proteger su inversión en esclavos alimentándolos aunque no trabajen. Por el contrario, los empresarios capitalistas pueden contratar y despedir trabajadores o alterar sus salarios en respuesta a circunstancias cambiantes. Cambios en el índice de utilidades traen consigo cambios en el abasto y remuneración del trabajo, y, consiguientemente, fluctuaciones en el tamaño y carácter de los mercados del trabajo. La acumulación intensificada abre nuevos sectores del mercado del trabajo o ensancha los

viejos; la acumulación de desaceleración estrecha las oportunidades de trabajo, o las cambia a regiones de costos de trabajo inferiores. Al ocurrir cambios en la acumulación de capital, los cambios consiguientes que ocurren en la demanda de trabajo, alteran, a su vez, las condiciones propicias para el surgimiento y estabilización de clases obreras diferentes.

Bajo el capitalismo, los empresarios pueden también variar el uso que hagan del trabajo en relación con la maquinaria: llamar trabajadores adicionales para manejar las máquinas disponibles, o reducir el monto de sus salarios conjuntos sustituyendo con máquinas el trabajo humano. En su incontenible marcha hacia la acumulación, el modo capitalista de producción ha tendido históricamente a aumentar la relación del capital invertido en la planta y materias primas respecto al capital pagado por fuerza de trabajo. Las unidades industriales que usan máquinas para aumentar la escala de producción, a la vez que disminuyen el costo del trabajo por unidad producida, han tendido a remplazar unidades industriales con una relación más elevada de potencia de trabajo respecto a planta. Sin embargo, esta tendencia no es ni lineal a lo largo del tiempo ni general en un momento dado. En un cierto tiempo, la competencia entre capitalistas origina una distribución de industrias, de ramas de industrias y de empresas dentro de industrias que tiene como característica mezclas de capital muy diferentes. Así, las unidades industriales que se atienden más a las máquinas y a las materias primas que a la fuerza de trabajo siempre coexistirán y confrontarán unidades industriales que dan mayor importancia a la fuerza de trabajo.

Sin embargo, circunstancias especiales pueden favorecer a empresas con una mezcla de mucha mano de obra y poca maquinaria. Por ejemplo, mujeres y niños poco capacitados y mal pagados, usando la antigua técnica Arkwright de hilado circular en plantas que contaban con una abundante provisión de agua, pudieron competir por un tiempo con las más productivas hiladoras antiguas (Chapman, 1972:20-21). Una situación similar fue la causa de la reacción retardada de los manufactureros textiles del continente ante la competencia inglesa (Landes, 1969: capítulo III). A veces puede resultar eficiente y provechoso que empresarios que trabajan dentro de una relación elevada de máquina-trabajo deleguen fases del proceso del trabajo a firmas que operan en un nivel inferior. Aumentos en la escala de plantas y firmas que tengan por mira bajar los costos de producción por unidad, pueden llegar a un punto crítico en que los costos de producción por unidad no cambien e inclusive suban. Estos puntos críticos no son simplemente resultado de procesos mecánicos de crecimiento sino que están estrechamente relacionados con

factores de concentración, ubicación, administración, disciplina del trabajo y demanda. Es, pues, posible que industrias con una relación de capital que favorezca a las máquinas sobre la fuerza de trabajo originen industrias de composición orgánica inferior.

Esta variación entre unidades industriales con diferentes relaciones de capital afecta el mercado de trabajo, pues produce variación en la demanda cualitativa y cuantitativa de trabajo. El resultado es que el mercado de trabajo no es homogéneo sino "segmentado" o "diferenciado" (Gordon, 1972). En un momento cualquiera, las ramas de la industria con una elevada relación de capital de planta con fuerza de trabajo demandarán un alto nivel de destreza y capacitación formal o en el trabajo, pagarán salarios relativamente altos y compensaciones en cuanto a posición relativa, y buscarán la estabilidad de su fuerza de trabajo, en tanto que las ramas de la industria con una menor relación de capital de planta con fuerza de trabajo bajarán los salarios, no tomarán en cuenta las compensaciones sobre posición relativa, restarán importancia a los requisitos de capacitación y adiestramiento, y emplearán una fuerza de trabajo inestable o circulante. Segmentos del mercado del trabajo, y los trabajadores que respondan a las demandas generadas en estos diversos segmentos, acaban distribuyéndose jerárquicamente uno con respecto a otro, pero con una "aristocracia de trabajo" situada en la cima que cosecha los más grandes premios en cuanto a ingresos y prestigio, en tanto que trabajadores que reciben salarios magros y tienen empleos inestables están en la parte más baja. Tal jerarquía puede caracterizar una determinada región industrial; puede describir los contrastes entre lugares industriales conectados con diferentes ramas de la industria; e internacionalmente, puede destacar, jerarquizando fuerzas de trabajo empeñadas en diversas clases de empleo industrial en diferentes países y continentes.

La distribución de mercados de capital y de trabajo, y la resultante diferenciación de la fuerza de trabajo local, regional, nacional e internacionalmente, nunca son fijas ni estables. Del mismo modo que la vanguardia de los empresarios industriales puede caer vencida en el curso de la competencia, así también la aristocracia del trabajo de ayer puede ser remplazada por máquinas. La historia del cambio tecnológico bajo el capitalismo está llena de ejemplos de mano de obra diestra que sufre "desadiestramiento" (Burawoy, 1979; Warner y Low, 1947). Al mismo tiempo grupos de la clase trabajadora situados en una región pueden ser arrojados a las filas semiempleadas y desempleadas del "ejército industrial de reserva" debido a mudanzas de capital a otras regiones. La declinación de la industria textil de la Nueva Inglaterra debida a la reubicación de plantas y capital en el sur de Estados Unidos después de

la segunda Guerra Mundial, así como la reubicación más reciente de actividad manufacturera a regiones de mano de obra más barata como Formosa, Hong Kong y Corea, ofrecen un ejemplo contemporáneo y un proceso que se repite continuamente bajo la égida del modo capitalista.

Clases trabajadoras

Cuando la expresión *clases trabajadoras* cobró vida allá por 1815, tomó forma plural porque describía una pluralidad de clases. Por otra parte, aunque el desarrollo de las clases trabajadoras en todas partes "reproduce" la relación general del trabajo con el capital, hay una gran variación de clases trabajadoras particulares. Difieren en su origen, en el punto de entrada a la fuerza de trabajo, en su composición, y en la forma en que se relacionan con otros grupos y categorías sociales.

Diferencias de origen pueden colocar recursos variables a disposición de nuevas clases trabajadoras. Un grupo de artesanos, por ejemplo, los sopladores de vidrio de Carmaux en el suroeste de Francia, pertenecen a una clase de trabajadores diferente de los mineros de la misma región. Los sopladores de vidrio descienden de una corporación de diestros artesanos migratorios con amplias conexiones "cosmopolitas"; en cambio los mineros descienden de campesinos en pequeño, con raíces y lengua locales, que la hacen de mineros durante el descanso agrícola. Según perdían sus tierras dependían más y más de la minería industrial, lo cual borraba diferencias de aptitudes y situación entre ellos (Scott, 1974; Trespé, 1971). En las clases obreras alemanas había un porcentaje elevado de artesanos diestros; las clases trabajadoras rusas salían en gran cantidad de los hijos e hijas de campesinos (Walker, 1971; Moore, 1978; Lyashchenko, 1949). Países hubo cuyas clases trabajadoras provinieron principalmente de sus territorios nacionales; otros, como los Estados Unidos, hicieron su fuerza de trabajo importando de otros países diferentes grupos y categorías étnicas.

Las circunstancias particulares que distinguen el reclutamiento de una clase trabajadora acrecientan aún más la variabilidad de la clase trabajadora. Una clase trabajadora "vieja" tendrá características diferentes de las "nuevas". La clase trabajadora inglesa, que estuvo subdividida en una gran variedad de "oficios" y que se reclutó en plantas relativamente pequeñas, se desarrolló en respuesta a condiciones de mercado muy diferentes a las que enfrentó la nueva clase trabajadora rusa de fines del siglo XIX (Gordon, 1941), o la clase obrera china de los primeros decenios del siglo XX (Chesneaux, 1962), o los bembas que entraron a tra-

bajar en las minas de cobre de Rodesia en los años 1920 (Epstein, 1958). También en cuanto a composición varían las clases trabajadoras. Gran parte de la fuerza de trabajo reclutada en las hilanderías en la primera fase de la industrialización consistía en mujeres, niños y aprendices pobres. Los obreros de los primeros tiempos de las hilanderías de Nueva Inglaterra eran sobre todo mujeres jóvenes y solteras. En cambio la fuerza de trabajo de las hilanderías de Bombay que se echaron a andar después de 1850 estaba compuesta mayormente por varones adultos casados. Además, las clases trabajadoras difieren en la ubicación, alcance geográfico y capacidad de apoyo de los lazos sociales que fundamentan su mantenimiento y reproducción. En las poblaciones textiles inglesas de hacia 1850, las unidades constitutivas de la clase trabajadora fueron familias iniciales o derivadas, que enfrentaban los problemas de la supervivencia enviando a trabajar a las mujeres y los niños, o bien anexándose a grupos domésticos mayores. En el centro textil de Oldham, un tercio de las madres con hijos de once años o menos, trabajaban, como también trabajaba un 25% de los niños. Muchas familias se apiñaban en viviendas compartidas (Foster, 1974:96-99). Al mismo tiempo, quienes estaban en las poblaciones textiles procuraban mantener vínculos con parientes que residían en el campo, probablemente pensando maximizar sus mutuas ventajas (véase Anderson, 1971:999). Y en contraste con lo que ocurría en Inglaterra, los obreros textiles de la India dejaban a sus mujeres e hijos con sus familias comunes en sus poblados de origen; luego regresaban para que otros miembros de la familia ocuparan sus lugares en el trabajo (Morris, 1960). En otras partes, la experiencia de la clase trabajadora ocupó solamente una fase del ciclo de vida. Por ejemplo, en la Nueva Inglaterra, fueron más bien las hijas no casadas de los cultivadores precursores quienes trabajaban en la hilandería de la región. Sus salarios permitían a sus familias campesinas quedarse en la región; al casarse, las mujeres volvían. En África del Sur, este ir y venir durante el ciclo de vida estaba escrito en los propios contratos de trabajo. Los trabajadores eran llevados a las minas desde las diferentes reservas "tribales", y cuando expiraban sus contratos se les obligaba a regresar a sus lugares de origen; de este modo se evitaba la formación de una clase trabajadora residente. Entre los que inmigraron a los Estados Unidos entre 1879 y 1918, los hombres predominaron en proporción de dos a uno respecto a las mujeres. Los factores de distancia y de precio del viaje impedían la migración de regreso, por lo que la mayoría de los inmigrantes se quedó en el Nuevo Mundo; aun así, más del 30% de los que inmigraron después de los años 1880 regresó a Europa (Rosenblum, 1973:72-73, 126).

Por consiguiente, las características de una clase trabajadora están determinadas no solamente por el nexo del salario sino también por lazos de parentesco, localidad y asociación que salvan la distancia entre aldeas y poblaciones de origen y las nuevas vecindades de las regiones industriales. Hay conexiones con padres, parientes, novias y novios, cónyuges e hijos en el lejano hogar; con parientes en el mismo lugar de residencia; con jefes en el trabajo, agentes emigrantes, prestamistas, sacerdotes; con amigos, vecinos, compañeros de trabajo, relaciones formadas en la casa de huéspedes, y en cantinas y salones sindicales; con compañeros de asociaciones parroquiales y clubes de excursionistas. Las clases trabajadoras no se "crean" únicamente en el lugar de trabajo; son el resultado de muchos vínculos que penetran en la sociedad en general. Es esta urdimbre de conexiones la que también determina la política de la clase trabajadora, que no es otra cosa que la habilidad de las clases obreras en particular para enfrentar patronos y gobiernos, para organizar asociaciones, sindicatos y organizaciones de partido, y para mejorar sus condiciones de vida y de trabajo.

Urbanización

La evolución de las clases trabajadoras se relacionó íntimamente con el crecimiento acelerado de las ciudades después de 1800 y el enorme aumento en tamaño, densidad y heterogeneidad de las poblaciones urbanas. En 1600 apenas un 1.6% de la población europea vivía en ciudades de 100 000 habitantes o más; en 1700 esta cifra era de 1.9% y en 1800 de 2.2. Inglaterra, que fue el país precursor de la industrialización, encabezó la urbanización. En 1801 aproximadamente un décimo de la población de Inglaterra y Gales vivía en ciudades de 100 000 o más habitantes; hacia 1840 ese porcentaje se había duplicado; al final del siglo había vuelto a duplicarse. "Hacia 1900 Inglaterra era una sociedad urbanizada" (Davis, 1965:43). Otros países europeos que se embarcaron en la industrialización algo después de Inglaterra no tardaron en seguir un curso paralelo de expansión urbana.

Este movimiento de la población hacia centros urbanos grandes y densos que estaban conectados con una industria en gran escala invirtió una tendencia anterior. Durante los dos siglos transcurridos entre 1600 y 1800, la difusión del sistema de producir para vender había diseminado islotes de "industrialización antes de la industrialización" por todo el campo. Durante este periodo, la proporción de europeos que vivía en poblaciones de más de 20 000 habitantes no creció significativamente,

y tal vez haya declinado, pese a un crecimiento general de la población (Tilly, 1976). La población había emigrado de los grandes centros hacia poblados menores y hacia el campo, probablemente debido a la participación creciente de labriegos y artesanos en las industrias rurales domésticas. Después de 1800 la industrialización capitalista tiró de la gente en dirección contraria, y al convertir a las regiones rurales en cuencas de atrapamiento de trabajo rural, actuó también para desindustrializar el campo.

Este cambio hacia una mayor concentración urbana no fue nada más cuantitativo sino que también entrañó un cambio cualitativo en los mecanismos distribuidores de la gente en cuanto a espacio y actividades. Los centros más antiguos de administración política, de comercio o de comunicación simbólica se habían convertido en pivotes del nuevo modo de producción. La maquinafactura originó nuevas poblaciones fabriles como Manchester y Essen, y rodeó a las ciudades existentes con un anillo de distritos industriales. El desarrollo de servicios financieros y las necesidades de la comunicación comercial coadyuvieron al crecimiento de distritos comerciales por medio de bancos, oficinas y clubes. Las crecientes clases obreras fueron albergadas en barrios o distritos obreros, caracterizados por la construcción en gran escala de viviendas o "barracas de alquiler". Se construyeron instalaciones portuarias y el entorno urbano se transformó debido a la presencia de vías, patios y estaciones ferroviarias. Más allá de los distritos industriales, de las barriadas obreras y de los patios de carga, los capitanes de la industria y del comercio edificaron nuevas mansiones y villas campestres.

LA MANO DE OBRA SE MUDA

Para satisfacer la creciente demanda de fuerza de trabajo, los obreros empezaron a emigrar de las regiones donde había desempleo o desplazamientos en la agricultura o industrias domésticas, hacia regiones de actividad industrial o agrícola acrecentada. El subsecuente crecimiento y expansión del capitalismo trajo consigo reubicaciones de poblaciones humanas debidas a que la gente llevaba su trabajo y sus recursos de regiones en que eran redundantes o anticuadas a nuevas áreas clave de acumulación. Esto no quiere decir que los movimientos de población ocurren siempre en respuesta a altas o bajas de la demanda. Lo común es que el trabajo esté determinado por normas, amén de que no siempre los gobiernos aceptan que sus ciudadanos emigren. A veces los movimientos de población preceden, no siguen, a las alteraciones de la actividad eco-

nómica; los aumentos de la oferta de trabajadores hacen bajar los salarios y favorecen la inversión. Sin embargo, el capitalismo ha encontrado trabajadores cuando y donde los ha necesitado, y por su parte los movimientos migratorios han llevado fuerza de trabajo a los mercados de todos los rincones del globo.

Al ocuparse del problema de la migración los científicos sociales suelen distinguir entre migración "interna" e "internacional", o contrastan flujos de población "intracontinentales" e "intercontinentales". Los movimientos a través de grandes distancias físicas o de fronteras demarcadas políticamente crean problemas especiales de logística y comunicación, tanto para los emigrantes como para las poblaciones recipientes. No obstante, el tamaño de la brecha social y cultural entre origen y destino no está determinado por distancia física o por límites políticos; ni tampoco debemos prejuzgar el grado de falta de adaptación experimentado por los emigrantes aplicando para ello una medida ahistórica de identidad nacional. El siglo XIX fue en Europa un siglo de edificación de naciones, un siglo de incorporación económica y política, de estandarización lingüística y de creación, imposición y difusión de pautas culturales hegemónicas. Estos procesos se pusieron en marcha desde los comienzos del siglo pero no cobraron fuerza de inmediato. Sucedió que los habitantes de la misma entidad política solían estar divididos por barreras debidas a falta de amplitud lingüística y cultural. Estas barreras internas entre la ciudad y el campo, entre clases y entre regiones no eran de especie diferente a las que enfrentaron los participantes en movimientos migratorios externos e intercontinentales.

Es un error pensar que el emigrante es portador y protagonista de una cultura integrada homogéneamente que o retiene o cede como un todo. Hemos aprendido ya lo suficiente sobre pautas culturales para saber que con frecuencia se contradicen internamente y también que al mismo tiempo se combinan con pautas tomadas de otras culturas. Es igualmente difícil que un zulú o un hawaiano aprenda u olvide cultura y que la olvide o aprenda un pomeriano o un chino de Fukien. Para el emigrante lo significativo es la posición en que está colocado en relación con otros grupos al momento de su llegada. Esta posición determina cuál de sus anteriores recursos podrá aplicar y cuáles deberá adquirir entre los nuevos.

Es evidente que la posición del emigrante está determinada no tanto por él mismo o su cultura como por la estructura de la situación en que se encuentra. Bajo el modo de producción capitalista, dicha estructura es creada por la relación del capital con el trabajo en su operación espacial y temporal particular, es decir, en la estructura del mercado de trabajo. La gente se puede mudar por razones religiosas, políticas, eco-

lógicas o de otra índole; pero las migraciones de los siglos XIX y XX se debieron en gran medida a razones de trabajo; fueron movimientos de los portadores de la fuerza de trabajo. En estas migraciones de trabajadores iban también, por supuesto, editores de periódicos que sirvieron a compañeros emigrantes, como mineros polacos o metalisteros alemanes, tenderos de otras nacionalidades que vendían pastas o frijoles rojos, así como especialistas religiosos para atender almas católicas, budistas o de otras religiones. Cada migración significaba transferir a la nueva ubicación geográfica no nada más fuerza de trabajo sino también servicios y recursos. A su vez, cada oleada migratoria creaba proporcionadores de servicios en el punto de llegada que podían ser tan variados como agentes de trabajo, comerciantes, abogados, o ejecutantes de instrumentos de percusión.

En el desarrollo del capitalismo destacan tres oleadas de migración, cada una de las cuales, al responder a cambios críticos en la demanda de trabajo, crea nuevas clases trabajadoras. La primera de estas oleadas se asoció con el periodo inicial de la industrialización europea. Estos movimientos iniciales hacia el capitalismo industrial empezaron en Inglaterra y cubrieron distancias cortas, ya que el desarrollo industrial era todavía local y limitado. Así, por ejemplo, en la población algodonera de Preston, en Lancashire, donde en 1851, aproximadamente la mitad de la población era de inmigrantes, más del 40% provenían de una distancia menor de 18 kilómetros, en tanto que apenas un 30% se habían desplazado desde más de 45 kilómetros. El 14% de todos los inmigrantes habían nacido en Irlanda y habían llegado a Preston como parte de la creciente marca de inmigración de irlandeses de los años 1840 (Anderson, 1971:37). Estos movimientos, aunque de índole local, hicieron de Lancashire el condado más urbanizado de Inglaterra hacia la parte media del siglo XIX: más de la mitad de su población vivía en 14 poblados con más de 10 000 habitantes cada uno (Anderson, 1971:32).

En este movimiento de trabajadores del campo a la ciudad, Bélgica siguió los pasos de Inglaterra; las poblaciones industriales de habla valona de las provincias meridionales florecieron en los años 1820. En el decenio siguiente las provincias prusianas de Westfalia, del Rin, Berlín y Brandeburgo iniciaron su expansión industrial y atrajeron un gran flujo de población de las regiones agrícolas del este de Prusia (Milward y Saul, 1977:44-46). Esta corriente se intensificó muchísimo en el último cuarto del siglo, debido a que los cultivadores fueron desplazados por la consolidación y mecanización de las grandes fincas de los *junkers*.

En tanto que la primera oleada de trabajo migratorio bajo el capi-

talismo llevaba gente hacia los centros industriales situados dentro de la península europea, una segunda corriente enviaba europeos al otro lado del mar. Se calcula que entre 1800 y 1914 unos 50 000 000 de personas emigraron de Europa. El destino más importante de este movimiento fueron los Estados Unidos, que entre 1820 y 1915 absorbieron unos 32 000 000 de inmigrantes, mayormente de origen europeo (Rosenblum, 1973:70). Esta entrada de gente proporcionó la fuerza de trabajo que fundamentó la industrialización de los Estados Unidos.

Una tercera oleada de migración llevó trabajadores bajo contrato a las pujantes minas y plantaciones de los trópicos. Esta corriente explica un buen número de fenómenos, tales como el establecimiento de una fuerza migratoria de trabajo en las minas de África del Sur, el crecimiento del comercio sobre mano de obra india y china por contrato y la migración subvencionada de trabajadores italianos a las regiones cafetaleras de Brasil. Estos movimientos pusieron las bases de un gran aumento en la producción de los trópicos y también desempeñaron un gran papel en la creación de una infraestructura de transporte y comunicación, que son requisitos de la aceleración posterior del desarrollo capitalista.

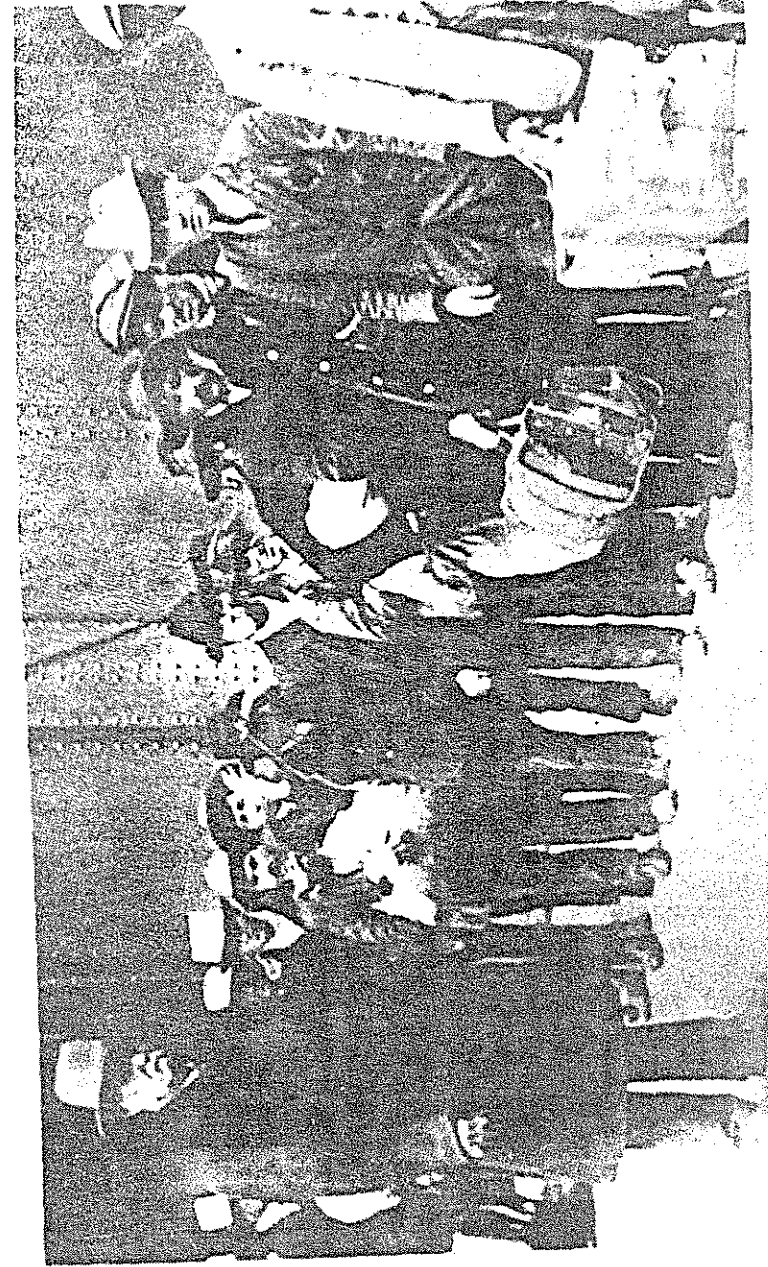
Los Estados Unidos

Mientras que Inglaterra, Bélgica y Alemania conseguían sus clases trabajadoras casi exclusivamente por medio de la migración interna e intracontinental, los Estados Unidos importaron su clase trabajadora mediante veleros y vapores. Esta dependencia en el trabajo inmigrante anuncia, por supuesto, y es anterior al comienzo de la industrialización de los Estados Unidos. Hemos hablado ya del movimiento forzado de africanos hacia el Nuevo Mundo, inclusive a la región que con el tiempo llegaría a ser, bajo el impacto del desarrollo textil inglés, el Sur Algodonero. La migración europea anterior a la Guerra de Independencia de Estados Unidos incluyó mucha gente que aceptó la dependencia temporal del contrato de servidumbre con la esperanza de establecerse independientemente en el Nuevo Mundo; es probable que estos trabajadores bajo contrato hayan significado dos tercios o quizá más de los primeros inmigrantes. Posteriormente, en el siglo XVIII, entró al país un cuarto de millón de escoceses-irlandeses, trasplantados primeramente de las tierras bajas de Escocia, a Ulster, que luego, orillados a abandonar el Ulster por los crecientes diezmos y rentas, acabaron refugiándose en Estados Unidos; otro grupo numeroso fueron los escoceses de las mesetas, que fueron desplazados por las elevadas rentas o por el aumento de la super-

ficie de tierras destinada a la cría de ovejas; los encabezaron sus guías que sirvieron como intermediarios entre jefe y comuneros (véase Fox, 1976:112-113). Otro cuarto de millón de inmigrantes provino de la porción sudoccidental de Alemania, que era una región de agricultura empobrecida y muy subdividida. Sin embargo la migración en masa a los Estados Unidos empezó al término de las guerras napoleónicas.

En la década de 1820 llegaron a Estados Unidos 151 000 inmigrantes; en la década siguiente su número se triplicó, pues llegó a 599 000; en el decenio de 1840 subió a 1 713 000 y en el de 1850 a 2 314 000 (Jones, 1960:93). Los principales factores que sacaron de Europa a estas gentes fueron la propagación del capitalismo industrial y la comercialización de la agricultura. Al propagarse el capitalismo industrial, desplazaba artesanos y destruía el sistema de producir para vender. Las transformaciones habidas en la agricultura agobiaron a los labriegos irlandeses y del suroeste de Alemania con rentas mayores, hipotecas y deudas, y sacaron a labriegos escoceses, ingleses y escandinavos de sus tierras, pues tenían que dejar lugar para las ovejas y el ganado mayor. Fue por esto que entre 1820 y 1860 los contingentes principales llegaron de Irlanda (2 000 000), de Alemania sudoccidental (1 500 000) y de las Islas Británicas (750 000). Evidentemente, los Estados Unidos no fueron la meta única de tales migraciones. Entre 1818 y 1828, 250 000 alemanes se establecieron en el sur de Rusia, otros fueron a Brasil, en tanto que muchos irlandeses se establecieron en Canadá y las Provincias Marítimas, o bien buscaron nuevos hogares en Australia. En los Estados Unidos, esta llegada de inmigrantes aceleró la industrialización capitalista. "Ni el sistema de fábricas, ni el gran desarrollo de canales y ferrocarriles que hubo en este periodo pudieron haber cobrado vida tan rápidamente sin contar con la reserva de mano de obra barata que significó la inmigración" (Maldwyn Jones, 1960:132). En este terreno resultó particularmente importante el papel de los inmigrantes irlandeses, que de inmediato establecieron un nuevo monopolio sobre el trabajo no calificado en la construcción y en los empleos en fábricas, compitiendo fieramente con los negros norteamericanos.

Entre 1860 y 1890 llegaron más ingleses, suecos y alemanes del este del Elba. Y aquí también sucedió que muchos de ellos fueron labriegos desplazados arrinconados por la desintegración de la producción triguera inglesa, sueca y alemana entre 1865 y 1875, que fue resultado de la importación de granos baratos norteamericanos y rusos. La Gran Depresión afectó también la minería carbonífera de Alemania e Inglaterra, así como su producción de hierro y acero y sus textiles; mineros, metalistas, hilanderos y tejedores buscaban empleo en el Nuevo Mundo. En-



Inmigrantes italianos en camino de Ellis Island, hacia 1905. (The Granger Collection, Nueva York)

tre ellos, tenían ventaja los cultivadores, que podían aprovechar las concesiones de tierras que ofrecían los ferrocarriles en su avance y también los Estados y territorios del Medio Oeste y del Oeste.

Hacia 1890, la fuente de abastecimiento de migrantes dejó de ser el norte y el occidente de Europa y empezó a ser el sur y el este. Estos nuevos inmigrantes eran en su mayor parte labriegos desplazados y peones agrícolas del sur de Italia, el imperio austro-húngaro y de los Balcanes. Había además, polacos, judíos y volga-alemanes del imperio ruso; por su parte, los rusos inmigraban más bien a Siberia. Los recién llegados no tardaban en sustituir a sus predecesores en ciertas regiones industriales y ocupaciones. Así, los mineros de carbón de Pensilvania habían sido, antes de 1890, mayormente de origen inglés o alemán, y después, fueron predominantemente polacos, eslovacos, italianos y húngaros. Las fábricas textiles de Nueva Inglaterra habían estado sobre todo a cargo de obreros franco-canadienses, ingleses e irlandeses, pero los nuevos obreros fueron portugueses, griegos, polacos y sirios. En la industria del vestido, rusos-judíos e italianos, sustituyeron a alemanes, checos e irlandeses.

Esta copiosa entrada de mano de obra europea tuvo una acentuada influencia en la dirección que tomó el desarrollo tecnológico de los Estados Unidos. Durante la primera mitad del siglo XIX, los empresarios capitalistas enfrentaron una relativa escasez de brazos. Había tierras de sobra para quienes quisieran ir al campo, y nuevas oportunidades para trabajos artesanales; estas dos opciones alejaban a mucha gente del trabajo industrial. Los sueldos eran relativamente altos para todas las categorías de trabajos. Al parecer esto alentó el desarrollo de dispositivos que ahorran trabajo, los cuales fueron introducidos en la industria desde sus comienzos (Habakkuk, 1962). Por otra parte, la posterior llegada de obreros sin capacitación industrial, provenientes del sur y del este de Europa, favoreció el desarrollo ulterior de la maquinaria y de procesos racionalizados de producción que no dependían de aptitudes mecánicas. En 1908, la Comisión Norteamericana de Inmigración observó que los nuevos inmigrantes iban a dar con frecuencia a industrias altamente capitalizadas, pese a su carencia de capacitación:

Como consecuencia, su empleo en las minas y en las manufactureras del país se ha hecho posible gracias a la invención de artificios y procesos mecánicos que han eliminado la necesidad de la destreza y experiencia que anteriormente se adscribían a un gran número de ocupaciones [citado en Rosenblum, 1973:76].

Casi todos los obreros de origen extranjero entraron en los niveles de ocupación industrial mal pagada y de poca o ninguna capacitación. Aun-

que su nuevo empleo les daba una remuneración considerablemente más alta que la de Europa, la combinación de mecanización y de mano de obra inmigrante permitió a los empresarios norteamericanos mantener bajos los salarios (Douglas, 1930; Rees, 1961). Sin los trabajadores italianos, eslavos, griegos, portugueses, franco-canadienses y judíos-rusos que hacia 1900 proporcionaban el grueso de la fuerza de trabajo en las principales industrias norteamericanas, no habría sido posible la expansión industrial que tuvo lugar entre 1880 y 1900 (Jones, 1960:312).

Trabajo para las minas: África del Sur

En el capítulo XI vimos que más o menos al mismo tiempo en que los Estados Unidos se encaminaban hacia la industrialización plena, tenía lugar en el sur de África un despegue hacia el desarrollo capitalista. En lugares situados al norte de los ríos Orange y Vaal, se descubrieron en el último tercio del siglo XIX buenas minas de oro y diamantes. Por consiguiente, la región central del desarrollo de África del Sur se trasladó a estas regiones del interior. Al principio, tanto los diamantes como el oro fueron extraídos por mineros de superficie. A veces se contrataban determinadas tareas con empresarios blancos que entonces organizaban equipos de trabajo. Aunque algunos africanos pagaron los derechos de licencia que se necesitaban para ser cavadores de tiempo completo, lo cierto es que para 1876 los trabajos especializados mejor pagados estaban monopolizados por cavadores blancos (Welsh, 1971: 181), en tanto que a los trabajadores africanos se les contrataba únicamente por periodos cortos de unos tres meses. Ya en 1892 los trabajadores adiestrados habían formado un sindicato industrial para defender su posición contra cualquier intento de los directores de bajar los costos de la mano de obra usando obreros africanos o llevando más inmigrantes de Inglaterra.

La guerra que libraron Inglaterra y los afrikaaners por el control político de África del Sur desarticuló las operaciones mineras entre 1899 y 1902, y redujo a la mitad la fuerza de trabajo disponible. Así y todo, en 1906 las minas estaban otra vez en plena producción, con una fuerza de trabajo de 18 000 blancos, 94 000 africanos y 51 000 chinos sometidos a contrato de servidumbre (Houghton, 1971:15). En 1907, trabajadores blancos adiestrados declararon una huelga para oponerse a los planes de la gerencia de aumentar la inmigración de chinos y de sustituir con negros el trabajo de los blancos. Para romperla se mandó traer a afrikaaners desempleados. El resultado duradero de ella fue la

repatriación de los mineros chinos y el robustecimiento de las prohibiciones de empleo a los negros.

A partir de 1912, la mayoría de los mineros blancos llegaron de fuera de África del Sur: de Inglaterra, Australia, Estados Unidos y otras partes. Estos blancos eran la fuerza de trabajo capacitada. Por el contrario, los africanos eran trabajadores migratorios no capacitados, que recibían contratos con duración de seis a dieciocho meses y salarios diez veces menores que los de los blancos.

Esta idea de emplear africanos como trabajadores temporales se estableció en la primera década de la minería. En los años 1880 se aunó con la práctica de confinar a los africanos en barrios residenciales durante la vigencia de sus contratos. La costumbre se arraigó primeramente en las minas Kimberley de diamantes, en parte para poner fin a la venta ilícita de diamantes que mineros africanos hacían a comerciantes, y en parte para controlar la desertión. Este barrio "cerrado" ha seguido siendo un rasgo característico de las minas de diamantes. Al principio protestaron los tenderos de las cercanías pues no les convenía que hubiera tiendas para los trabajadores de las minas, que estaban prácticamente encerrados. Cuando las minas de oro adoptaron el sistema de barrios, se dio a éstos una forma "abierta", no "cerrada", para acallar las objeciones de los tenderos (Welsh, 1971:180).

Desde sus comienzos, la industria minera atrajo trabajadores desde sitios tan distantes como Niasalandia y Mozambique o tan cercanos como la propia África del Sur. En la segunda década del siglo xx, las minas empezaron a atenerse más y más a la importación de trabajadores temporales por contrato provenientes de las llamadas Reservas Nativas. Las Reservas consistían en territorios reservados específicamente para su ocupación por africanos. Ocupaban un territorio compuesto aproximadamente por el 13% de la superficie total de la Unión de África del Sur, así como el área de los "protectorados" ingleses de Bechuanalandia (hoy Botswana), Basutolandia (hoy Lesotho), y Suazilandia. Se supuso que estas regiones darían trabajo migratorio para las minas, y subsistencia básica para las familias de los inmigrantes y de los ancianos. Lo cierto es que la institución de las Reservas Nativas fue tan sólo un componente de un sistema mayor de control del trabajo que combinó simultáneamente la organización de un abasto africano de trabajo para los campesinos blancos y el negar a los africanos la residencia permanente en poblados y ciudades. La Ley de Tierras de 1913 asignó como "inquilinos trabajadores" de los dueños de fincas, a los africanos que aún permanecían en tierras propiedad de blancos. Estos inquilinos debían dar a los granjeros ciertas cantidades de trabajo a cambio de su permiso

para residir en sus tierras. Esta mano de obra permitía a los campesinos blancos ampliar la producción comercial de cosechas alimenticias, sobre todo maíz, para abastecer a las pujantes minas y ciudades, a la vez que se limitaban las ventas de cultivos comerciales por parte de los cultivadores africanos que vivían en las reservas. Esto engrandeció la agricultura comercial de los blancos y frenó el crecimiento de los cultivos comerciales de los campesinos africanos, pues circunscribió las Reservas a la producción de subsistencias y nada más. La institución de las Reservas tuvo el efecto de bajar los salarios pagados en las minas, ya que los dueños de minas podían pagar el trabajo africano a tipos por debajo de la subsistencia, a la vez que, por su lado, la Ley de Tierras prohibía el movimiento de trabajadores de las granjas de los blancos a las ciudades.

Otra piedra angular en la política del control de la mano de obra fueron las leyes que exigían que los africanos portaran pases de residencia, permisos de inquilinos, certificados de sus patrones, y pases para después del toque de queda, y que permitían al Estado mudar de un lado a otro a los africanos que juzgara supernumerarios. Estas leyes imposibilitaban la libertad de movimientos, y otras posteriores convirtieron en actos delictuosos el abandono de empleo y el quebrantamiento de la disciplina. El efecto de estas leyes fue evitar el crecimiento en las ciudades de una clase trabajadora africana estable, una clase que estuviera en condiciones de presentar demandas al sistema económico y político, y obligar a los africanos urbanos a volver a sus vínculos con sus Reservas. Simultáneamente, a los trabajadores blancos se les dio acceso a puestos de supervisión y una mayor remuneración, de todo lo cual resultó un mercado segmentado de trabajo sostenido por medios políticos.

Después de la segunda Guerra Mundial se ha acelerado mucho el desarrollo industrial de África del Sur independientemente de la minería, lo cual ha llevado más negros sudafricanos. En respuesta, las compañías mineras han intensificado su busca de mano de obra migratoria barata fuera del país, por ejemplo, en Malawi y Mozambique. Esta política ha servido para mantener bajos los salarios del trabajo no especializado, tanto en el sector minero como en el sector industrial fuera de las minas.

Mano de obra para los plantadores: indios orientales

Y mientras Inglaterra, la porción noroeste de la Europa continental y la meseta del *veld* sudafricano importaban mano de obra para manejar la

nueva maquinaria industrial, otras regiones del mundo buscaban nuevas fuentes de trabajadores agrícolas. Las "antiguas" regiones de agricultura de plantación, que mayormente producían caña de azúcar, cuando se produjo la abolición de la esclavitud perdieron su fuente de trabajo. En algunas islas del Caribe, por ejemplo, Barbados y St. Kitts, los esclavos libertos no tuvieron otra opción que trabajar para sus antiguos amos. Pero en las islas mayores como Trinidad y Jamaica y en la colonia de Guyana (entonces Demarara), que también estaba dedicada a la caña de azúcar, los ex esclavos pudieron y de hecho se apoderaron de tierras situadas más allá de los linderos de la plantación y se resistieron a trabajar en las antiguas fincas. Temiendo arruinarse, los plantadores empezaron a agitar en busca de nuevas fuentes de trabajo. Hubo veces en que los ingleses interceptaron barcos cargados de esclavos que iban a Brasil, teóricamente los libertaron, y entonces los enviaron a las islas azucareras de las Indias Occidentales (Furtado, 1963:135).

Las anteriores resultaron ser medidas engañosas; al llamamiento que pedía la sustitución de la antigua fuente de mano de obra se agregó la demanda de más y más trabajadores conforme crecía la escala de la agricultura comercial. Además de las razones derivadas de la necesidad de mano de obra de las antiguas regiones azucareras, hubo también razones políticas para importar trabajadores. Por ejemplo, en Malaya los ingleses decidieron mantener intacto al campesinado y sus relaciones tributarias con jefes de aldea y nobles gobernantes. Consiguientemente la necesidad de mano de obra para las plantaciones se satisfizo mediante la migración organizada de trabajadores de la India y de China obligados por medio de un contrato de servidumbre.

La mano de obra china se utilizó principalmente en la minería y en trabajos de construcción, y a los trabajadores-siervos de la India se les desplegó principalmente en plantaciones, concretamente en las situadas dentro del Imperio británico. Para entonces grupos de mughales habían entrado a servir en barcos y como porteadores, y al terminar el siglo XVIII había ya trabajadores indios —contratados por periodos de dos a tres años— en todos los puertos del Sudeste de Asia. Sin embargo, el gran estímulo para el desarrollo de lo que Tinker (1974) ha llamado "la segunda esclavitud" vino con la abolición del tráfico de esclavos en 1808 y la repentina necesidad de mano de obra barata y dócil, especialmente en las plantaciones productoras de azúcar de los trópicos.

Guyana pedía trabajadores indios y también Jamaica y Trinidad, sobre todo a partir de 1836. (Hoy en día los indios orientales constituyen más del 50% de la población de Guyana, como el 40 de Trinidad y aproximadamente el 2% en Jamaica.) En 1835 empezó la migración

de trabajadores de las Indias Orientales a Mauricio; para 1861 los indios orientales componían ya dos tercios de la población de la isla. En 1860, las plantaciones de té de Asam y Bután empezaron a competir en el mercado de emigrantes, de modo que entre 1870 y el fin del siglo se contrataron de 700 000 a 750 000 hombres para trabajar ahí. En 1879 empezó en Fiji la demanda de indios orientales, y hoy día superan en número a los fijianos. Ceilán se volvió área de gran demanda en los años 1870; en el decenio siguiente fue Birmania, y al cambiar el siglo, Malaya. Hacia 1870, Natal, en África del Sur, empezó a importar trabajadores de las Indias Orientales llevados bajo contrato para atender sus plantaciones de azúcar. En total, según Tinker, entre 1830 y 1870, "más de 1 000 000 de trabajadores indios fueron a trabajar a plantaciones tropicales; sin embargo, tal vez la cifra llegue a los 2 000 000" (1974:114-115).

Cuando los ingleses empezaron a conseguir trabajadores para sus plantaciones de indigo en Bihar y para servicio doméstico en Calcuta, dependieron principalmente de los *dhangares*, o habitantes de colinas de la meseta Chota-Nagpur, tales como santales, mundas y oraones. Estos pueblos de las colinas fueron también importantes entre los siervos contratados que se enviaron a Mauricio y Guyana inmediatamente después del fin de la esclavitud. En los años 1870 participaron en la migración hacia las plantaciones de té de Asam y Bután. Después de los *dhangares*, los reclutadores de mano de obra recurrieron a las poblaciones de las "ciudades presidenciales" de Bombay, Madrás y Calcuta. En el decenio de 1840 Bihar llegó a ser una provincia de reclutamiento, cuando en el ejército se sustituyó a los biharis por brahmanes y rajputs de Oudh. Entonces el sur de la India se convirtió en buen terreno de reclutamiento, a tal grado que a los procedentes del sur de la India se les llamó malabares. Los hablantes de tamil eran mayoría entre los trabajadores que fueron a Ceilán, Birmania, Malaya y Natal. En 1945 la población originaria de las Indias Orientales sumaba aproximadamente un millón en Birmania, 750 000 en Ceilán, otro tanto en Malaya, 300 000 en Mauricio, 100 000 en Fiji, 300 000 en Trinidad y Guyana y 100 000 en Natal.

Se estableció un complejo sistema de entregas para transportar este tráfico de siervos contratados. En el punto culminante del negocio hubo en la India una élite de subagentes, que por lo común eran intermedios de grupos minoritarios, por ejemplo, judíos, armenios, indios cristianos y eurasiáticos. Estos subagentes enviaban un reclutador (llamado *arkatia* o *arkati*) que conocía a fondo las condiciones locales; se ponía en contacto directamente con los prospectos o a través de jefes o reclu-

tadores locales. En el sur, a estos jefes locales de grupos se les llamó *kanganis*, de la palabra *kankani*, voz tamil para designar jefe. Al mediar el siglo, cada kangani dirigía un grupo de reclutadores de mano de obra valiéndose de *silaras*, que eran agentes leales. La contratación se llevaba a cabo ofreciendo adelantos, que el contratado usaba para pagar deudas, dar una fiesta de despedida y comprar su pasaje. Todas las obligaciones contraídas debían ser satisfechas en el punto de llegada. Desgraciadamente, no siempre era cosa segura llegar al destino final. A mediados del siglo XIX, casi un 20% de los pasajeros con destino al Caribe morían en el viaje, que duraba de tres a cuatro meses.

A partir de 1830, y durante todo un siglo, algunos distritos indios tales como Thanjavur en la provincia de Madrás (los ingleses lo llamaron Tanjore) tuvieron que reorganizarse para satisfacer las exigencias del comercio de trabajadores indios (Gough, 1978). A partir de 1830 el gobierno inglés se aplicó a restaurar el sistema de riego de Thanjavur, que había resultado destruido durante la conquista; así fue como al mediar el siglo, un 75% de la superficie cultivada de Thanjavur estaba bajo riego y dedicada a la producción de arroz. En 1841-1842 el arroz de riego significó casi el 70% de las exportaciones del distrito y en 1868-1869 más del 80%; casi todo iba a dar a las plantaciones de Ceilán, Malaya y Mauricio. Al mismo tiempo, el gobierno inglés introdujo en Thanjavur grandes cambios en la tenencia de la tierra y los convenios laborales. Gradualmente se iban asignando las tierras como propiedad privada a los jefes de familia de la casta dirigente de la aldea. A estos nuevos propietarios se les facultó para negociar acuerdos privados de renta con inquilinos, a despedir dependientes indeseados y a contratar a voluntad trabajo asalariado, en lugar de la antigua costumbre de contratar colectivamente con siervos e inquilinos del poblado. Estos cambios intensificaron la emigración. La mayoría del millón —más o menos— de personas que dejaron Thanjavur entre 1830 y 1930 fueron intocables o miembros de las castas campesinas inferiores de no brahmanes. Tres cuartas partes fueron varones, el resto mujeres jóvenes. Thanjavur, que producía mano de obra y arroz para exportar, llegó a ser de hecho “un puesto de servicio de hombres y alimentos de las plantaciones inglesas” (Gough, 1978:42).

Mano de obra para los plantadores: europeos

Europa fue otra gran fuente de trabajo agrícola. Ya mencionamos a los trabajadores polacos que después de 1870 empezaron a remplazar a

los inquilinos-labriegos alemanes de las fincas de los *junkers* de Alemania oriental. En la faja cafetalera de Brasil, el fin de la esclavitud creó también una crisis de trabajo. No fue posible aprovechar la mano de obra de los cultivadores en pequeño luso-brasileños, que en su mayoría tenían fuertes relaciones de dependencia con terratenientes locales y otros señores. Por un tiempo, algunos líderes políticos brasileños abrigaron planes para traer “asiáticos” sometidos a contrato. Finalmente, el problema se resolvió importando trabajadores italianos, a quienes el gobierno les pagaba el viaje y el plantador les adelantaba los salarios de un año y les daba una parcela de subsistencia; así subsidiaba la mano de obra “libre” italiana.

Fue la crisis que agobió a la agricultura italiana al comienzo de los años 1870 lo que indujo esta emigración de italianos (véase Schneider y Schneider, 1976:120-125). La venta de tierras del dominio público y las tenencias de la Iglesia habían creado una situación conforme a la cual grandes terratenientes podían acrecentar sus fincas, en tanto que los cultivadores en pequeño eran agobiados por la caída de los precios de los productos agrícolas. Esta caída se debió en gran medida a la competencia de los trigos de Rusia y Estados Unidos. También afectó adversamente a las artesanías locales el creciente flujo de manufacturas, en tanto que la plaga de filoxera destruyó viñedos. Los terratenientes opulentos empezaron a llevar sus riquezas líquidas a la industria (véase Mack Smith, 1969:159), pero los pequeños sólo podían escapar de la presión yéndose a otra parte, fuera de manera estacional, temporal o permanente.

Al principio, es decir en los años 1860, los italianos se fueron a trabajar a Francia, Suiza, Alemania y Austria-Hungría, pero sólo 16 000 emigraron permanentemente en ese decenio. En los diez años siguientes, la corriente de emigración permanente subió a 360 000, de los cuales unos 12 000 emigraron a Argentina y Brasil. Así las cosas, entre 1881 y 1901 se sextuplicó el número de emigrantes permanentes, pues subió a más de 2 000 000. En total, más de 4 000 000 salieron de Italia entre 1861 y 1911; la mayoría provinieron del sur de la península, que fue donde se resintió más la crisis de la agricultura. Aproximadamente un 80% trabajaban en el campo o en la construcción (Sereni, 1968:353). En los decenios de 1800 y 1890 América del Sur fue la meta principal de la migración: a Brasil y Argentina fueron tres veces más que a Estados Unidos. Sin embargo, en 1901, se invirtió la tendencia. En el primer decenio del siglo XX más del doble fueron a Estados Unidos; en la segunda década, la proporción fue de tres a Estados Unidos contra uno a América del Sur. Para ese entonces, empero, el nuevo abasto de tra-

bajo había permitido a los cafetaleros brasileños poner las bases de un rápido crecimiento industrial, conforme al cual el gobierno del país pagaría el costo del transporte de la nueva fuerza de trabajo.

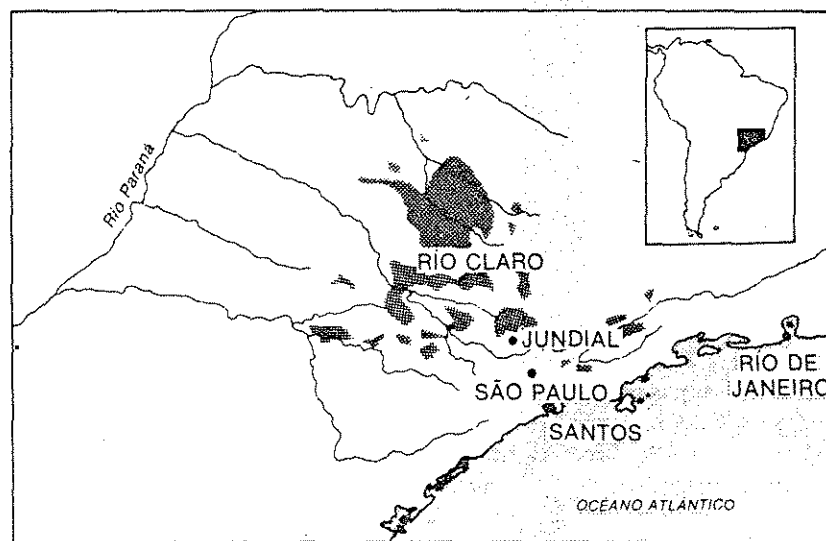
Río Claro, Brasil

En un distrito que está a unos 240 kilómetros al norte de São Paulo, Warren Dean (1976) estudió el paso del trabajo esclavo al trabajo por inmigrantes en las plantaciones brasileñas de café. En el siglo XVIII el distrito de Río Claro era todavía *boca do sertão*, una boca de las fragosidades del interior que se abría sobre los terrenos silvestres situados más allá. Acabó siendo habitado por ocupantes ilegales que cosechaban productos de subsistencia y que criando cerdos complementaban la carne que obtenían mediante la caza; unos cuantos vendían tabaco y cerdos. Hacia 1830, sin embargo, dos terceras partes de la tierra habían pasado a manos de propietarios de plantaciones, comerciantes, funcionarios y profesionistas urbanos, por medio de concesiones de tierras o compras con vistas a la especulación. Los invasores desplazados se internaron en la espesura, llevándose por delante a grupos tupianes de nativos. En los conflictos resultantes absorbieron la furia de los ataques de los nativos americanos, y, a su vez, atacaron, con lo cual interpusieron de hecho una barrera entre los tupianes y las plantaciones en desarrollo.

La primera cosecha que se levantó en las plantaciones de Río Claro fue de caña de azúcar, que por lo general era cultivada por plantadores dueños de ingenios. Su fuerza de trabajo estaba compuesta por esclavos africanos, peones dependientes establecidos en las plantaciones (*agregados*), invasores que no se habían ido de la región y que trabajando como asalariados complementaban su subsistencia, y con trabajadores volantes contratados a destajo (*camaradas*).

En el decenio de 1840 se introdujo el cultivo del café en esa región, y para 1859 había ya 2 600 000 cafetos. El dinero necesario para el café provino de la reinversión de las utilidades del azúcar o de exportadores ingleses y alemanes que habían establecido sus hogares en Santos, que era el puerto de São Paulo. La plantación inicial de los cafetos estuvo a cargo de contratistas que tenían esclavos. En seguida el plantador se encargaba de los arbustos y los trabajaba con sus propios esclavos, aunque también debía comprar la maquinaria cara que era necesaria para el descortezamiento. Este elevado costo de la tierra, esclavos y equipo favoreció la concentración, de modo que hacia 1860 once cultivadores representaban más del 60% del café producido. Aunque el café llegó a

ser la cosecha principal, las plantaciones nunca se especializaron completamente, pues en ellas se cultivaban los alimentos que necesitaban, criaban sus propios animales de tiro y mantenían sus propios artesanos, pero en las poblaciones compraban manufacturas.



Plantaciones de café, región de São Paulo

La producción de café subió de firme, y en 1901 llegó a su cenit. Esta expansión se debió en parte a la construcción del ferrocarril que conectó el distrito con el puerto de Santos; el financiamiento provino de los plantadores locales y de inversionistas ingleses; el café se vendía a corredores que con frecuencia estaban relacionados con los plantadores por vínculos de parentesco o de matrimonio. Con el paso del tiempo, los plantadores se fueron a vivir a São Paulo, dejando la supervisión de sus plantaciones en manos de administradores a sueldo.

Aunque desde 1835 se había declarado ilegal el tráfico de esclavos africanos, todavía en 1870 más de la mitad de la fuerza de trabajo agrícola de Río Claro seguía siendo de esclavos. Pese a que en otras partes del país declinaba el uso de esclavos, en Río Claro se acrecentó, pues los plantadores compraron esclavos en regiones en mengua y a empresarios menos prósperos que aún tenían grupos de esclavos en sus plantaciones. Sin embargo, la población esclava no se reproducía: el infan-

ticidio era cosa común y la mortalidad infantil por otras causas, muy elevada; los esclavos se escapaban con frecuencia, cosa que daba empleo a los caza-esclavos profesionales. Pasado el medio siglo, cuando la mayoría de los esclavos habían nacido ya en Brasil y la fuerza de trabajo se había homogeneizado, los esclavos se tornaron más y más rebeldes.

Para reabastecer su fuerza de trabajo, los plantadores empezaron a buscar inmigrantes. Algunos de los de Río Claro ya habían experimentado en los años 1840 y 1850 con trabajadores por contrato, portugueses, alemanes y suizos. En 1857 ya había en Río Claro más de un millar de tales trabajadores. Sin embargo, el experimento falló cuando los europeos protestaron por medio de sus representantes consulares contra las condiciones de trabajo. Por ello los plantadores se vieron obligados a regresar al trabajo esclavo, a pesar de que los precios de los esclavos subieron continuamente en los siguientes veinte años, y también el precio de su control.

En 1888, año en que se abolió la esclavitud, los plantadores empezaron a atenerse a la importación de trabajadores italianos. El Estado respaldó esta práctica pagando el pasaje de los inmigrantes y de sus familias de Europa a Santos. Los recién llegados eran contratados como familias, y trabajaban bajo la dirección del varón jefe de la casa. Los contratos eran anuales y abarcaban de una cosecha a la siguiente; los salarios se pagaban de acuerdo al trabajo de azada requerido y a la cantidad de café cosechado. No se cobraba renta por las casas y los trabajadores podían comprar en las tiendas de la plantación, donde recibían adelantos a cuenta de trabajos desempeñados. También podían atender cosechas de subsistencia para ellos, aunque esto creaba conflictos entre trabajadores y plantadores, pues éstos temían que la parcela doméstica redujera la atención a los cafetos. Al final de cada periodo contractual se producía un movimiento considerable, ya que los trabajadores buscaban empleo en fincas más productivas.

Gran parte del trabajo de las plantaciones quedó a cargo de estos inmigrantes, pero más o menos la mitad de los cafetos siguió al cuidado de labriegos-inquilinos brasileños (*colonos*) o de grupos de operarios contratados a destajo. El trabajo por equipos o por italianos solteros o por libertos siguió siendo importante, sobre todo en tareas tales como desmonte, siembra y cercamiento.

La llegada del trabajo asalariado trajo grandes cambios en la estructura de clase de la población. No más del 10% de los colonos inmigrantes compraron tierras, en general con subsidio del Estado, que estaba interesado en estabilizar a la población inmigrante. El resto volvió a casa o entró a formar parte del proletariado de la población. El comer-

cio se intensificó debido al flujo de dinero de los salarios; esto atrajo a la población a nuevos comerciantes que invirtieron sus utilidades en tierras. Por lo general los libertos ocupaban estratos inferiores entre los trabajadores no fijos, junto con los descendientes de precaristas que aún quedaban en la región. Así pues, la inmigración italiana creó una estratificación "étnica" en la población, subsidiada en gran medida por el Estado con fondos derivados originalmente de la explotación de la mano de obra brasileña.

Poco fue lo que se hizo para mantener la productividad de los cafetos. Conforme bajaba la productividad, la frontera del café avanzaba tierra adentro y tras ella iban plantadores y camaradas. La población se quedó atrás con su nueva clase media de profesionistas y comerciantes y su proletariado segundón; el desbordamiento urbano de São Paulo acabaría engulléndosela.

Tráfico en la mano de obra china

China resultó ser otra fuente de trabajo para el mundo exterior a ella. Ya desde antes de la expansión europea había chinos en el Sudeste de Asia. Los chinos musulmanes de orígenes mezclados hanes, persas, árabes y del centro de Asia, llamados hweis o huis, se establecieron en los linderos sudoccidentales de China durante el periodo mongólico de los siglos XIII y XIV; muchos llevaron el comercio terrestre al sur de Asia. Por esos días se establecieron colonias chinas en las islas del litoral. Sin embargo, en el siglo XV, el Estado chino ahogó el comercio extranjero y creó una tierra de nadie sin habitantes a lo largo del litoral, con objeto de evitar contactos extranjeros con la población han. Eso detuvo la emigración. Sin embargo, los portugueses sacaban chinos por Macao, en tanto que la Compañía Holandesa de las Indias Orientales capturaba chinos frente a las costas de China para crear con ellos su población principal en Batavia (Dermigny, 1964, I:831).

La firma de tratados al concluir la Guerra del Opio (1842) quitó la barrera a la emigración y permitió que los empresarios extranjeros explotaran directamente el mercado chino de trabajo mediante el establecimiento del comercio de "*coolies*". Trastornos políticos y crisis económicas, tales como la rebelión taiping, orillaron a muchos chinos a aceptar contratos en el exterior. De inmediato surgió un aparato complejo con vistas a facilitar este movimiento. Si algún empresario quería trabajadores chinos para Malaya, se ponía en contacto con un "corredor de *coolies*" en Singapur o Penang. Por su parte, el corredor enviaba los

de los de trabajo a los encargados de los "comedores" de Swatow, Amoy, Hong Kong o Macao. En seguida los encargados de los comedores se ponían en contacto con "jefes" (*khah-taus*), que contrataban trabajadores en el nivel de las aldeas. Los peones podían pagar su transporte o bien se daban en prenda a la orden de un corredor que era quien pagaba su viaje.

Los peones que habían pagado su transporte se podían mover libremente en el punto de llegada en busca de trabajo. Los que no lo habían pagado se daban en prenda a favor del corredor mientras no pagaran su deuda. En Malaya, estos envíos pignorados se guardaban en depósitos a cargo de cuidadores que pagaba el corredor de *coolies*. Por lo común, tanto los cuidadores como los corredores pertenecían a poderosas sociedades secretas, que proporcionaban los guardias de los depósitos. Las sociedades secretas desempeñaron una función doble dentro del contexto del comercio del trabajo. Mantuvieron el control social y la coerción sobre la población china dependiente, pero al mismo tiempo defendían los intereses del enclave chino contra los dictados y estrategias de los gobiernos locales. El sistema de depósitos duró en Malaya hasta el estallido de la primera Guerra Mundial (1914).

Singapur

Singapur fue uno de los grandes centros de esta migración de trabajadores chinos; nos ofrece un buen ejemplo de la forma en que el comercio de la mano de obra encajó en las demás actividades de un gran puerto y centro comercial de Asia.

Singapur fue fundado en 1819, año en que Inglaterra recibió derechos sobre el sitio; luego fue habitáculo de un puñado de pescadores chinos y malayos. En 1900, la ciudad contaba con 229 000 habitantes (dos tercios de los cuales eran chinos y el resto malayos), provenientes principalmente de la península malaya, pero también de las islas del archipiélago que llega hasta Borneo y las Filipinas.

La población circundante era también malaya. Estaba organizada conforme al modo tributario y dividida en reinos. Al frente de cada reino estaba un monarca sacado de un linaje real y confirmado en su puesto por una jerarquía de jefes territoriales, distritales y locales. En la base de la jerarquía estaba la aldea, habitada por campesinos malayos, o *ra'ayats*. Tributos en especie y en trabajo salían de la aldea, pasaban por las manos de su jefe (*penghulu*) y de la jerarquía de nobles, hasta llegar a la capital real, que usualmente estaba situada estratégicamente

cerca de la desembocadura del río principal de la entidad política. Al extender su soberanía sobre los Estados malayos los ingleses adoptaron la decisión política de preservar el orden social malayo alterándolo lo menos posible, pero a cambio de un censo anual. El resultado fue que "el grueso de los malayos siguieron encerrados dentro del marco de una sociedad tradicional que cambiaba, sí, pero muy lentamente" (Roff 1967:122).

Pero sí cambió, y mucho, principalmente debido a la influencia de la gran ciudad comercial que había sido creada en su seno. Cuando los plantadores chinos empezaron a cosechar cultivos comerciales tales como pimienta y gambier (astringente extraído de una planta que se usa en medicina, en el curtido y en el teñido de pieles) en la isla de Singapur, los gobernantes malayos vieron con buenos ojos la inmigración posterior de plantadores y cultivadores chinos pues esperaban aprovechar una bienvenida fuente de nuevos ingresos. Después de 1850 también auspiciaron el movimiento tierra adentro de las compañías estañeras chinas. Pronto las tierras interiores de Singapur se convirtieron en campo de Agramante de las coaliciones rivales de los jefes malayos, mineros chinos de estaño y comerciantes chinos dedicados a financiar y a respaldar mineros y jefes. Las rivalidades resultantes minaron el edificio de gobierno indirecto deseado por los ingleses e indujeron la intervención inglesa directa.

A partir de 1867, Singapur fue un pivote del esfuerzo inglés por gobernar la península por medio de funcionarios ingleses, coadjutores malayos y empleados chinos y tameses. Los ingleses dirigieron también las casas encargadas del manejo del comercio proveniente de Europa. Al lado de los comerciantes europeos estaban los mercaderes chinos, encabezados por las prestigiadas familias babas y estrechamente eslabonados por medio de vínculos de parentesco. Por no ser malayos se les impidió el acceso a los puestos formales de autoridad política, si bien tenían en sus manos una buena parte del poder real sobre el capital y los habitantes de la ciudad; adelantaban dinero a plantadores y mineros. Controlaban el tráfico del trabajo por medio del cual los trabajadores eran enviados a las minas de estaño de Perak y Selangor y a las plantaciones. Dominaban las poderosas sociedades secretas que controlaban a los trabajadores inmigrantes y ofrecían protección y ayuda a cambio de lealtad y servicio (véase Freedman, 1960:33). A su vez, los ingleses se valían de las cabezas de estas sociedades secretas como "capitanes de los chinos" para controlar a la población china, hasta que las sociedades secretas acumularon tal poderío que fueron declaradas ilegales en 1889. Su lugar lo ocuparon asociaciones basadas en un dialecto o apellido común, esta-

ban calcadas sobre las asociaciones regionales que había en China, amén de que cumplían funciones similares de apoyo y bienestar. Estas asociaciones funcionaban también como entidades religiosas. En el entorno de Singapur encarnaban tanto la posición política anti-manchú de las sociedades secretas como la expresión religiosa no ortodoxa de necesidades individuales por medio de cultos espiritistas.

Vemos, pues, que en la ciudad el capital fluía principalmente a través de manos inglesas y chinas, en tanto que casi todo el trabajo lo ponían los chinos. En esta ciudad plantada en medio de ellos, los malayos estaban relegados a un papel secundón; unos cuantos tenían cargos políticos. Otros —bugis de las Célebés, dyaks de Borneo y minankabaus de Sumatra— eran comerciantes que traficaban con el archipiélago. Había unos cuantos maestros religiosos y funcionarios de mezquitas. Pero los más estaban dedicados a ocupaciones de bajo rendimiento: policías, veladores, choferes, criados, empleados de escritorio, vigilantes callejeros y tenderos humildes en el barrio malayo. Cuando el cultivo del caucho cobró prominencia a principios del siglo xx, también pasó a manos de peones indios, y a los malayos de Singapur se les relegó a empleos marginales e intersticiales. En el campo el cultivador malayo, aunque protegido en sus derechos políticos, cayó víctima de su creciente endeudamiento a manos de un ejército de dueños de molinos de arroz, de agentes intermediarios de caucho, tenderos de la aldea y prestamistas, todos ellos de nacionalidad malaya.

Trabajo chino: otros destinos

Malaya no fue el único destino de la mano de obra china. Entre 1849 y 1874 se enviaron a Perú unos 90 000 trabajadores chinos bajo contrato de servidumbre, que en su mayoría salieron por Macao, para sustituir a hawaianos que habían muerto trabajando en los yacimientos de guano (Stewart, 1951:74). A algunos de estos chinos se les puso a trabajar en los campos algodóneros del litoral de Perú cuando subió la demanda de algodón a consecuencia de la escasez creada por la guerra entre el Norte y el Sur de los Estados Unidos. A otros se les dio empleo en la construcción de ferrocarriles.

Entre 1852 y 1875 se enviaron a California otros 200 000 chinos (Campbell, 1923:33), y se les empleó en el cultivo de frutales, en la separación del oro por medio de gamellas y en la construcción de ferrocarriles. Fue en el decenio de 1860 cuando entre 10 000 y 14 000 chinos construyeron el Central Pacific Railroad of California, que en 1885

unió la Costa Occidental con el este de Utah, con lo cual se completó el ferrocarril transcontinental. Otros 5 000 peones chinos se llevaron de Hong Kong a Victoria para construir el Canadian Pacific Railroad, que abrió los placeres auríferos de la Columbia Británica.

En California el movimiento de trabajadores chinos estuvo controlado por comerciantes-intermediarios que contrataban a los trabajadores según se necesitaba, pero sin perder el control de ellos pues lo ejercían a través de sociedades secretas (véase Dillon, 1962; Lee, 1965). A su vez, las sociedades secretas estaban eslabonadas con las llamadas Seis Compañías, así llamadas por sus distritos de origen en la provincia de Kwantung y constituidas conforme a las asociaciones regionales que medraron en China durante el régimen Ch'ing manchú (Ho, 1966). Tal como ocurrió en Singapur, las Seis Compañías defendían los intereses chinos en un medio antagónico. Al mismo tiempo controlaron la población china de la Costa Occidental. La Pacific Steamship Company cooperaba con ellas, pues convino en no permitir el regreso de ningún hombre que no hubiera saldado sus deudas. Una vez terminado el tráfico de peones, las Seis (después serían Siete) Compañías continuaron existiendo como entidades políticas, educativas y de bienestar de la comunidad china en los Estados Unidos.

Se descubrió oro no nada más en California y en la Columbia Británica, sino también en Australia (1853). Ya en 1854 había 2 000 mineros chinos en los campos auríferos de Australia; en sólo cinco años su número llegó a 42 000. En otras regiones también intervino el trabajo chino. En 1847 Cuba contrató 800 chinos y en 1852 había en la isla entre 8 000 y 15 000. Entre 1856 y 1867, 19 000 chinos embarcaron en Hong Kong bajo contrato; de ellos, 6 630 fueron a las Indias Occidentales inglesas (sobre todo a Guyana), 4 991 a Cuba, 2 370 a Bombay en la India, 1 609 a la Guyana Holandesa, 1 035 a Tahití, Hawai y otras islas del Pacífico (Campbell, 1923:130, 150).

Además de los trabajadores chinos que se quedaban en el extranjero únicamente hasta la expiración de sus contratos, hubo también inmigrantes que fueron en busca de una residencia permanente. Una de las principales regiones de estos asentamientos fue el Sudeste de Asia, donde en el decenio de 1970 había más de 12 000 000 de chinos (McEvedy y Jones, 1978:166). Los primeros grupos de inmigrantes con frecuencia fueron comerciantes que a su debido tiempo constituyeron una aristocracia mercantil, tal como la de los babas de Malaca y los peranakans de Indonesia. Era común que los inmigrantes posteriores compitieran por el poder con los ya establecidos.

Del mismo modo los comerciantes chinos formaban en su tierra adop-

tiva una cauda constante de seguidores entre sus parientes o gente de su misma región. Tratándose de empleos, los parientes más cercanos se preferían a los más distantes, y éstos, a su vez, a los hablantes del mismo dialecto chino, y los miembros de la misma categoría de dialecto, a otros chinos, así como los chinos eran preferidos a los no chinos (Jeromin, 1966:53). Esta cauda, formada por eslabones de parientes o cuasi-parientes, participaría en muchas actividades diferentes, pero con frecuencia se centraría en operaciones que conectarán a los productores primarios de tierra adentro con los comerciantes de Occidente. Los chinos eran intermediarios muy activos, al grado de que los indonesios empezaron a llamarlos *bangsa tengah*, "la raza intermediaria". Los comerciantes chinos adelantaban también el crédito necesario para aceitar los circuitos del comercio. "El campesino nativo debe al comerciante chino, éste al mayorista, y el mayorista a la empresa de exportación-importación. Estas deudas conectaban todos los pasos del comercio" (Jeromin, 1966:75). Nada tiene de extraño que estas funciones de intermediación y de crédito hayan hecho que estos chinos comerciantes-acreedores fueran el blanco de ataques políticos y de persecuciones en el Sudeste de Asia, región en donde su posición ha sido comparada con frecuencia con la de los judíos de Europa Oriental.

Y también los trabajadores chinos eran hostilizados por los demás trabajadores. En 1882 los Estados Unidos promulgaron la Ley de Exclusión de Chinos por presiones de los Caballeros del Trabajo, que inclusive llegaron a insistir en la exclusión de los chinos del negocio de la lavandería. Estas agitaciones antichinas que estallaron en la costa occidental de los Estados Unidos no fueron un problema circunscrito a California; fueron parte de un racismo que empezaba a cobrar fuerza en la Unión Americana (véase Hune, 1977:48-50). Estas restricciones a la inmigración de chinos son simplemente una fase de un movimiento de más envergadura tendiente a dividir las oportunidades de empleo a lo largo de líneas raciales. En Australia se hicieron esfuerzos similares para excluir a los chinos cuando su empleo en los terrenos auríferos llegó a su fin, y también en África del Sur, donde en 1904 había 43 296 peones chinos bajo contrato trabajando en el Rand, los cuales fueron repatriados en 1907 (Campbell, 1923:187).

SEGMENTACIÓN ÉTNICA

Una característica destacada de los complejos industriales y de plantación edificados bajo auspicios capitalistas en todo el mundo ha sido la

yuxtaposición de grupos de diferentes orígenes sociales y culturales. A las sociedades basadas en tales complejos, en particular a las plantaciones, se les ha llamado a veces "sociedades plurales" (Furnivall, 1939, 1942, 1948). Se supuso que este término indicaba su desunión interna en segmentos distintivos sociales y culturales. A estos segmentos dispares, yuxtapuestos en el mercado, se les consideraba unidos por el poder ejercido por una minoría europea que era un segmento dominante. Un supuesto no dicho era que los segmentos se canibalizarían recíprocamente en el momento mismo en que desapareciera la autoridad soberana; según esto el dominio europeo era necesario pues servía para evitar los conflictos que la diversidad generaba forzosamente. Ejemplos destacados de este pluralismo fueron el Caribe y el Asia Sudoriental.

Este punto de vista es erróneo en cuanto que otorga poderes explicatorios a la heterogeneidad social y cultural. Más bien podría decirse que esta heterogeneidad debe ser ubicada en la organización del proceso del trabajo. Los diversos grupos conjuntados usaron diferentemente formas culturales para construir lazos de parentesco, amistad, afiliación religiosa, interés común y asociación política con vistas a maximizar, en competencia recíproca, el acceso a los recursos. Sin embargo, no es posible entender esta actividad sin verla en relación con las formas en que diferentes agrupamientos de la clase trabajadora fueron arrastrados al seno del proceso de acumulación capitalista.

Acentuar el carácter distintivo de estos grupos conduce, además, a un contraste falso de sociedades heterogéneas "plurales" con las sociedades supuestamente homogéneas de Europa. No es cierto que la uniformidad cultural allanara el camino a la creación de Estados y formación de naciones en Europa. Las dificultades que entrañó la integración de las divisiones regionales de Francia y de volver "franceses a los labriegos" (Weber, 1976); los problemas planteados por las inclinaciones centrífugas de la "invertida España" (Ortega y Gasset, 1937); los obstáculos que hubo que vencer para que se volvieran "italianos" los habitantes de muchas ciudades y provincias (Mack Smith, 1969); el fundir las individualizadas y renuentes "poblaciones locales" alemanas en un *Reich* (Walker, 1971); y las divisiones tenaces de Inglaterra entre su borde celta y su centro "sassenach" (Hechter, 1975), y entre sus clases divididas en "dos naciones" (Disraeli, 1954) —todo esto pone en tela de juicio cualquier oposición simple de heterogeneidad plural y de homogeneidad europea.

Las "sociedades plurales" de las plantaciones no son un tipo especial de sociedad. Históricamente y geográficamente son ejemplos concretos de la tendencia general del modo capitalista a crear una "masa gastable" de

trabajadores tomados de diversas poblaciones, para luego arrojar esa masa a la brecha para satisfacer las cambiantes necesidades del capital. En todos esos ejemplos, el modo re-crea la relación básica entre capital y fuerza de trabajo. Al mismo tiempo, re-crea la heterogeneidad de la fuerza de trabajo producida. Esto lo hace de dos modos: ordenando jerárquicamente a los grupos y categorías de trabajadores y produciendo continuamente y re-creando simbólicamente marcadas distinciones "culturales" entre ellos.

Ya hemos hecho ver que cambios en la relación de capital gastado en la planta respecto a capital pagado en salarios producen segmentación en el mercado de trabajo. Los trabajadores que llenan posiciones en los segmentos más privilegiados de ese mercado disfrutaban de mayor paga y de mejores condiciones de trabajo que los que entran a los segmentos inferiores; también están más capacitados para defender y aumentar sus percepciones merced a la organización sindical y a la influencia política. En contraste, los trabajadores situados en los segmentos inferiores están expuestos directamente a las presiones (que empujan hacia abajo a sus salarios y condiciones de trabajo) que ejerce la mano de obra desempleada. En una perspectiva más amplia, no solamente están más mal pagados y menos seguros en sus empleos que los estratos mejor situados de la fuerza de trabajo; también acolchonan a los estratos superiores contra la competencia de trabajo del "ejército de reserva"; esta reserva de trabajo puede ser tanto nacional como internacional.

Los intereses encontrados que dividen a la clase trabajadora son reforzados aún más por medio de llamamientos a distinciones "raciales" y "étnicas". Tales llamamientos sirven para ubicar diferentes categorías de trabajadores en diferentes peldaños de la escala de mercados de trabajo; a las poblaciones estigmatizadas se les relega a los niveles más bajos y a las más elevadas se les aísla de la competencia que viene de abajo. El capitalismo no creó todas las distinciones étnicas y de raza que sirven para diferenciar categorías de trabajadores. Sin embargo, es el proceso de movilización del trabajo dentro del capitalismo lo que comunica a estas distinciones sus valores efectivos.

En este terreno, las distinciones de "raza" tienen consecuencias un poco diferentes de las variaciones "étnicas". Designaciones raciales tales como "indio" o "negro", son producto de la subyugación de poblaciones en el curso de la expansión mercantil europea. *Indio* abarca las poblaciones conquistadas del Nuevo Mundo, independientemente de cualquier diferencia cultural o física entre los nativos americanos; *negro* es un término que cubre poblaciones africanas, cultural y físicamente variables, que proporcionaron esclavos, y también a los esclavos mismos. Los

indios fueron gente conquistada a la que se podía obligar a trabajar o a pagar tributo; los negros son "desbastadores de madera y acarreadores de agua", que se consiguen violentamente y se ponen a trabajar bajo coerción. A las dos poblaciones se les obligó a trabajar en servidumbre para sostener a una nueva clase de señores. Al mismo tiempo, los términos hacen caso omiso de diferencias culturales o físicas dentro de cada una de las dos grandes categorías y niegan a los grupos constitutivos identidad propia, política, económica o ideológica.

Las expresiones raciales reflejan el proceso político por medio del cual a poblaciones de continentes enteros se les convirtió en proporcionadoras de fuerza de trabajo excedente y forzada. Bajo el capitalismo estos términos no perdieron su vinculación con la incapacidad civil. Siguen evocando en nosotros descendencia de esas poblaciones subyugadas y por eso se niega a sus descendientes acceso a porciones elevadas del mercado de trabajo. Es decir, que a los "indios" y a los "negros" se les encierra en los grados inferiores del ejército industrial o bien se les arroja a la reserva industrial. Dentro del capitalismo industrial la función de las categorías raciales es excluir. Estigmatizan grupos a fin de excluirlos de los trabajos mejor pagados y del acceso a la información necesaria para su ejecución. Aíslan a los trabajadores más avanzados para que no sufran competencia venida de abajo y ponen obstáculos para que los patrones no puedan valerse de poblaciones estigmatizadas como sustitutos baratos o como rompehuelgas. Finalmente, debilitan la aptitud de estos grupos para movilizar en su provecho alguna influencia política; para ello los fuerzan a refugiarse en el empleo incidental, con lo cual intensifican la competencia entre ellos sobre recursos escasos y cambiantes (véase Bonacich, 1972:555-556).

Por una parte las categorías de raza sirven primordialmente para excluir gente de todos, excepto de los más bajos peldaños del ejército industrial, y por otra, las categorías étnicas expresan las formas en que esas poblaciones particulares se relacionan con ciertos segmentos del mercado de trabajo. Estas categorías provienen de dos fuentes, una externa al grupo en cuestión, la otra interna. Según cada porción entraba al proceso industrial, los de fuera podían categorizarlo en términos de su supuesto origen y de su supuesta afinidad con un segmento particular del mercado de trabajo. Al mismo tiempo, los miembros de la porción valoraban la pertenencia al grupo definido así, como una idoneidad para establecer pretensiones económicas y políticas. Tales cualidades étnicas rara vez coincidían con la autoidentificación inicial de los reclutas industriales, que cuando pensaban en sí mismos se llamaban hanoverianos o bávaros, más que alemanes; eran miembros de su aldea o parroquia

(*okolica*) más que polacos; tongas o yaos más que "nyasalanders". Las categorías más amplias emergieron únicamente cuando porciones particulares de trabajadores lograban acceso a diferentes segmentos del mercado de trabajo y empezaban a considerar su acceso como recurso que debía ser defendido tanto social como políticamente. Estas "eticidades" no son, pues, relaciones sociales "primordiales". Son producto histórico de la segmentación del mercado de trabajo bajo el modo capitalista.

Se ha prolongado hasta el presente el proceso por medio del cual se crean y segmentan simultáneamente nuevas clases trabajadoras. Ha seguido el ritmo general de la acumulación capitalista, que acicateó el desarrollo de nuevos mercados de trabajo cuando se intensificaba y que luego, cuando aflojaba el paso, bajaba la demanda de trabajo. La acumulación perdió fuerza con el desbarajuste de los mercados internacionales que siguió a la primera Guerra Mundial, pero volvió a cobrar fuerza entre 1919 y 1926, cuando la introducción de sistemas automáticos de banda transportadora redujeron el costo de bienes de consumo duraderos tales como automóviles y aparatos eléctricos para el hogar. Después, el proceso de acumulación se estancó y luego se desplomó, y sólo se recobró merced al gran aumento en los gastos militares de la segunda Guerra Mundial y con la reconstrucción de las instalaciones destruidas por la guerra.

Esta última fase de la acumulación vio la introducción de la automatización guiada por máquinas electrónicas ("tecnología de proceso continuo"). Unidades automatizadas de producción se han convertido en grandes complejos de plantas automatizadas y campos circundantes de actividades relacionadas (Nehnevajsa y Frances, 1959:397). Estos complejos están cada vez más a cargo de trabajadores que ya no intervienen directamente en el proceso de producción, sino que tienen como función ver que sea fluida la operación de las máquinas automatizadas. Las fábricas automatizadas requieren nuevos equipos humanos de operación que están compuestos por una élite de trabajadores capacitados y de personal de apoyo que atiende labores sencillas de mantenimiento. Vemos, pues, que la automatización crea una demanda especializada de trabajadores con capacidades apropiadas, a la vez que reduce el tamaño de esa demanda.

Sin embargo, sólo una minoría de fábricas han logrado automatizarse provechosamente; el resto busca maximizar de otra suerte las utilidades, para lo cual intenta una automatización parcial o busca mano de obra barata. Esta dependencia continuada en procesos de producción en que la mano de obra sigue desempeñando una función significativa, es característica no nada más de las industrias "ligeras" como la producción

textil o el procesamiento semiautomatizado de alimentos. Inclusive la propia industria electrónica, que produce los medios estratégicos para controlar la automatización, sigue dependiendo muchísimo de la mano de obra, que representa más o menos la mitad de sus costos de producción (C. Freeman, citado en Mandel, 1978:206). Es decir, que el capital sigue en busca de regiones donde haya abasto de trabajo redundante y bajos costos del trabajo; debido a su demanda de trabajo más barato está creando nuevas clases trabajadoras. Fue así como, a partir de 1960, más de cuarenta firmas industriales de primer orden se mudaron del noreste de Estados Unidos al sur, donde los salarios estaban 20% abajo del promedio nacional y donde sólo una minoría de los trabajadores pertenecían a sindicatos (NACLA-East Apparel Project, 1977:2). Mucho capital norteamericano ha cruzado el río Bravo y entrado en la porción norte de México, en tanto que capital norteamericano, alemán y japonés ha sacado provecho de los bajos costos de mano de obra de los "Pequeños Japoneses" de Hong Kong, Singapur, Corea del Sur y Formosa.

De esta migración de capital ha surgido un estilo industrial que combina alta tecnología en algunas fases de producción con producción de trabajo manual-intensivo en otras fases. La estandarización de las partes, el monitoreo electrónico de la producción y el procesamiento de datos han permitido la fragmentación del proceso de trabajo entre las plantas matrices automatizadas y plantas de armado dependientes de la mano de obra situadas en regiones de salarios bajos. La reducción de la fuerza de trabajo en plantas automatizadas se presenta junto con el crecimiento de nuevas clases trabajadoras en las llamadas "plataformas de exportación", situadas sobre todo a lo largo de los litorales del oriente y sur-oriente de Asia, y en las Américas, a lo largo del litoral del Caribe.

El capital ha emigrado no nada más hacia una industria más dependiente del trabajo sino también hacia sectores de producción nuevos y diferentes generados por la expansión del consumismo después de la segunda Guerra Mundial. Este fenómeno —apoyado por la expansión del crédito al consumidor y estimulado por la publicidad— ha pasado muchas actividades que anteriormente se llevaban a cabo en los hogares, a poder de empresas industriales y comerciales, y ha aumentado muchísimo la demanda de mercancías producidas industrialmente. Este crecimiento de industrias y servicios orientados al consumidor ha llegado acompañado por una concomitante demanda de mano de obra, en especial, de salarios bajos, que ha sido satisfecha en gran medida por nuevas poblaciones de trabajadores. A su vez, el procesamiento industrial de alimentos en gran escala ha dado lugar a nuevas inversiones de capital en la agricultura, los "agronegocios", resultando empresas que aúnan maquinaria e

insumos científicos costosos con operaciones manuales intensivas que están a cargo de mano de obra migratoria de bajo costo.

Esto quiere decir que después de la segunda Guerra Mundial se ha intensificado el reclutamiento y empleo de clases trabajadoras en escala internacional. A fines de los años 1960 había unos 11 000 000 de "trabajadores temporales" procedentes de la región mediterránea que trabajaban en los florecientes centros industriales de Alemania Occidental, Francia, Suiza y los países del Benelux (Castles y Kosack, 1973), en tanto que la industria de Alemania Occidental se apoyaba en la entrada de 10 000 000 de refugiados provenientes de la Europa Oriental. En los Estados Unidos el mercado de trabajo se reestructuró en parte merced al movimiento hacia el norte de negros norteamericanos desplazados del sur, que se mecanizaba con celeridad; merced a la casi triplicación del número de mujeres que trabajaban, entre 1950 y 1970; y por la inmigración de trabajadores de México y del Caribe. Los países productores de petróleo del Medio Oriente empezaron a importar una clase trabajadora que reclutaron entre egipcios, palestinos e indios. La emigración de la mano de obra ha crecido también aceleradamente en África y en América Latina. En 1950, 100 000 mosis emigraban periódicamente del Alto Volta a las plantaciones de la Costa de Marfil; para 1965 ya eran casi un millón. En 1968 Ghana atrajo 2 300 000 extranjeros, en su mayoría para trabajar en los huertos de cacao (Amin, 1973a:52-53, 68). Como un millón de colombianos se han mudado a la petrolera Venezuela; otros 60 000 han entrado a Ecuador en busca de trabajos en sus nuevas empresas petroleras (Chaney, 1979:205).

Es así como la acumulación capitalista sigue engendrando nuevas clases trabajadoras en muy diversas regiones del mundo. Recluta a estos trabajadores en una amplia variedad de entornos culturales y sociales y los inserta en jerarquías variables políticas y económicas. En virtud de su sola presencia, las clases trabajadoras cambian estas jerarquías y son cambiadas a su vez por las fuerzas a las que están expuestas. Por ello, en un nivel, la difusión del modo capitalista crea por doquier una unidad más amplia mediante la reconstrucción constante de su característica relación capital-trabajo. En otro nivel, crea también diversidad, pues aunque unifica, acentúa la oposición y la segmentación sociales. Dentro de un mundo más y más integrado, presenciamos el crecimiento de diásporas proletarias más y más diversas.

PALABRAS FINALES

Esta obra ha planteado el interrogante de en qué forma se alteraría nuestra comprensión si consideráramos al mundo como un todo, una totalidad, un sistema, en vez de como una suma de sociedades y culturas autocontenidas; si entendiéramos mejor cómo fue que esta totalidad se desarrolló a lo largo del tiempo; si tomáramos en serio la admonición de pensar en los agregados humanos como "inextricablemente relacionados con otros agregados, cercanos y distantes, por medio de conexiones semejantes a telarañas, a redes" (Lesser, 1961:42). A medida que desenredábamos las causas y efectos presentes en las vidas de poblaciones particulares, las veíamos extenderse más allá de cualquier población y abrazar las trayectorias de otras, de todas.

Con el tiempo, estas cadenas de causación y consecuencia englobaron continentes enteros y unieron al Viejo con el Nuevo Mundo. En el proceso de dar cuerpo a esta coyuntura global, cupo a Europa —una península pequeña de la masa terrestre de Asia— un papel señaladamente importante. Como punto de referencia para mostrar la naturaleza de esta expansión tomamos el año 1400 de nuestra era. En este año el mundo estaba lleno de conexiones y vínculos regionales, pero la subsiguiente dispersión de los europeos a través de los océanos conjuntó las redes regionales en una orquestación mundial y las sometió a un ritmo de alcance universal.

Arrastrados por estas fuerzas hacia actividades convergentes, pueblos con orígenes y modos de ser diversos fueron llevados a participar en la construcción de un mundo común. Allí quedaron incluidos marinos mercantes europeos y soldados de varias nacionalidades, pero también naturales de América, África y Asia. En este proceso, las sociedades y culturas de todos estos pueblos experimentaron cambios profundos. Estos cambios afectaron no nada más a los pueblos considerados como porteadores de la historia "real" sino también las poblaciones que los antropólogos han llamado "primitivas" y que por lo común han estudiado como sobrevivientes prístinos de un pasado intemporal. Su historia también está constituida por los procesos mundiales que la expansión europea puso en marcha. No son, pues, "antecesores contemporáneos", ni pueblos sin historia, ni pueblos cuyas historias, usando la expresión de Lévi-Strauss, han permanecido "congeladas".

Una cosa es demostrar las interconexiones mundiales de los agregados humanos y otra es explicar el desarrollo y naturaleza de estas conexiones.

He sostenido la tesis de que no es posible comprender estas conexiones si no se tienen como fundamento las condiciones económicas y políticas que generaron y mantuvieron estas conexiones. Para explicar los fundamentos de estos vínculos he tomado con largueza conceptos marxistas. De Marx he tomado el concepto básico de que la vida social está conformada por los diversos modos en que los seres humanos enfrentan la naturaleza por medio de la producción. Me he servido también de la teoría marxista del valor, de la distinción entre capital mercantil e industrial y de la tesis de largas oleadas de desarrollo capitalista. He procurado tratar estos conceptos como herramientas intelectuales, no como verdades finales; su utilidad reside en su adecuación explicatoria.

He colocado una importancia analítica especial a un concepto que busca revelar las relaciones clave por medio de las cuales el trabajo social deja huella en la naturaleza: el modo de producción. En este caso "producción" no es sinónimo de trabajo, un modo de producción no es lo mismo que un sistema de tecnología; ni tampoco un modo de producción es idéntico a una "sociedad". La idea de sociedad se centra en el alineamiento social de grupos; la idea de modo de producción busca identificar las fuerzas que guían estos alineamientos. Hablar de un modo de producción centra la atención en la forma en que los humanos confrontan su mundo para modificarlo a su favor, y en las consecuencias dinámicas de esa confrontación. La palabra *relación* no la uso para indicar co-ocurrencia o co-variación de características percibidas de elementos, una ocurrencia que en sí carece de consecuencias. Pienso en las relaciones como si tuvieran fuerza: las relaciones someten a sus imperativos a las poblaciones humanas, hacen que la gente se alinee socialmente y comunican una direccionalidad a los alineamientos producidos. Las relaciones clave de un modo de producción dan fuerza a la acción humana, le dan forma, y ella las lleva adelante. Como dijo Marx, los hombres hacen su propia historia pero no bajo condiciones de su elección. Lo hacen bajo la presión de relaciones y fuerzas que dirigen su voluntad y sus deseos.

Cada modo de producción da origen a una conjunción característica de grupos y segmentos sociales, una conjunción que encarna su dinámica y que reproduce las condiciones de su proliferación. Cada modo crea a su vez sus propias y características fisuras y oposiciones. El modo ordenado conforme al parentesco, se basa en oposiciones entre quienes "pertenecen" y quienes no pertenecen al grupo y engendra distinciones de género, jerarquía y privilegio que favorecen a unos parientes en relación con otros. El modo tributario enfrenta a los tomadores de tributos con los productores de tributos y da pie a competencias militares y políticas

en el seno de y entre las clases contendientes. El modo capitalista obra con vistas a acumular capital contratando para ello fuerza de trabajo, pero tiene en contra la alternación cíclica de movilización del trabajo y de desplazamiento del mismo; cada nueva toma de fuerza de trabajo desarraiga alguna adaptación previa, y cada vez que le sobra mano de obra crea desempleo. Puesto que las relaciones clave que rigen la movilización social son diferentes en cada modo y puesto que cada modo produce sus propios desajustes, el encuentro de modos diferentes trae consigo contradicciones y conflictos para las poblaciones que afecta.

Considerar a los agregados humanos interconectados en tiempo y en espacio, pero sabiendo que responden a fuerzas generadas por los diversos modos de producción, nos induce a pensar de un modo más procesional sobre lo que es la sociedad. Las "sociedades" afloran como alineamientos cambiantes de grupos, segmentos y clases sociales, sin contar ni con límites fijos ni con constituciones internas estables. Cada modo, en el ámbito de su influencia, genera conjunciones de grupos y clases que favorecen sus requerimientos bajo determinadas circunstancias históricas y geográficas. Estos requerimientos cambian, como también cambian los alineamientos resultantes. Cuando se cruzan modos de producción diferentes, las conjunciones de grupos llevarán la marca de las fuerzas de la acción recíproca. Por consiguiente, en vez de suponer que hay continuidad transgeneracional, estabilidad institucional y consenso normativo, debemos tratar a estos elementos como problemática. A estas características debemos entenderlas históricamente, observar las condiciones de su afloramiento, mantenimiento y desaparición. En vez de pensar en alineamientos sociales como autodeterminantes, debemos, desde el inicio de nuestras indagaciones, visualizarlos en el seno de sus múltiples conexiones externas.

Este punto de vista que vincula agregados humanos exige también que re-pensemos el concepto de cultura. Debemos recordar que el concepto de cultura surgió en el seno de un contexto histórico concreto, durante un periodo en que algunas naciones europeas luchaban por el dominio y en que otras se esforzaban por tener independencia e identidades separadas. Probar que cada nación en lucha era dueña de una sociedad distintiva, animada por una cultura o espíritu especial, sirvió para legitimar sus aspiraciones a formar un Estado separado con su propia personalidad. El concepto de culturas separadas e integrales respondió a este proyecto político. En cuanto ubicamos la realidad de la sociedad en alineamientos sociales históricamente cambiantes, imperfectamente unidos, múltiples y ramificados, nos hallamos con que el concepto de una cultura fija, unitaria y vinculada debe ceder el paso a un sentimiento de

fluidez y permeabilidad de conjuntos culturales. Dentro de la rudeza de la interacción social, los grupos explotan las ambigüedades de las formas heredadas y les dan nuevas evaluaciones o valencias; toman prestadas formas que expresan mejor sus intereses, o bien, crean formas totalmente nuevas para responder a circunstancias nuevas. Además, si suponemos que esta interacción no es causativa en sus propios términos sino que responde a fuerzas económicas y políticas de más fuste, entonces, la explicación de formas culturales debe tomar en cuenta ese contexto más amplio, ese campo de fuerza más ancho. De este modo, "una cultura" se aprecia mejor como una serie de procesos que construyen, reconstruyen y desmantelan materiales culturales, en respuesta a determinantes bien identificables.

Hace unos cincuenta años Robert Lowie distinguió entre "uso para todos los días" e "interpretaciones" o "racionalizaciones secundarias" (1937:138-139). La distinción sigue siendo útil. Aun los más sencillos grupos recolectores de alimentos cuentan con un impresionante conjunto de objetos, costumbres y conocimientos que aplican en sus tratos con el mundo, y con un conjunto de instrucciones para su uso. Esto constituye el nivel de todos los días de los fenómenos culturales. En otro nivel, estas formas instrumentales —objetos, actos e ideas— aparecen como elementos de códigos culturales, que tratan de definir su lugar en las relaciones de los seres humanos entre sí y con el mundo que los rodea. Las instrucciones sobre el uso instrumental de las formas culturales se sincronizan con comunicaciones sobre la naturaleza y la praxis de la situación humana. Este es el nivel de la interpretación, de la racionalización o de la ideología, de supuestos y perspectivas que definen un punto de vista particular del destino humano. Estas comunicaciones no son solamente donativas y lógicas; suelen ser también somáticas, cinestésicas, afectivas y estéticas.

Los antropólogos han llamado "culturas" a estas combinaciones particulares de usos para todos los días y de racionalizaciones ideológicas, y se ocupan de ellas como si a lo largo del tiempo tuvieran una coherencia inherente. Sin embargo, la asociación de instrumentos para todos los días con comunicaciones sobre su importancia más general no es ni automática ni axiomática. La naturaleza no da sus significados a las cosas; los hombres son los que los desarrollan e imponen, de lo cual se siguen varias cosas. Esta capacidad de otorgar significados, de "nombrar" (dar nombre) a cosas, actos e ideas, es una fuente de poder. El control de la comunicación permite a los administradores de ideología establecer las categorías por medio de las cuales se va a percibir la realidad. Y a la inversa, esto lleva en sí la facultad de negar la existencia de categorías

alternas, de asignarlas al reino del desorden y del caos, de volverlas social y simbólicamente invisibles. Y, además, una vez que se ha dado nombre a las cosas, se requiere poder para mantener en su sitio a los significados así generados; como dicen los chinos, los nombres deben ser "rectificados". Deben usarse sanciones para defender las categorías del discurso ideológico contra posibles amenazas. Por consiguiente, la construcción y mantenimiento de un conjunto de comunicaciones ideológicas es un proceso social, que no puede ser explicado meramente como la actuación formal de una lógica cultural interna. El desarrollo de una pauta hegemónica general o "diseño para vivir" no es tanto la victoria de una lógica cognoscitiva colectiva o impulso estético cuanto el desarrollo de la redundancia, la repetición continua en diversos dominios instrumentales de las mismas proposiciones básicas sobre la naturaleza de la realidad inventada.

Si la edificación de ideología es por naturaleza un acto social, la consecuencia que se sigue es que los procesos por medio de los cuales se construyen las ideologías tienen lugar dentro del tiempo histórico y bajo circunstancias definibles. Esta aptitud para proyectar universos simbólicos puede muy bien estar localizada en la estructura misma del cerebro humano, impulsado —según Lévi-Strauss— a resolver la contradicción insoluble entre Naturaleza y Cultura. Sin embargo, pese a lo dicho por Lévi-Strauss, esta contradicción se maneja no nada más dentro del pensamiento puro ("el hombre que piensa mitos"), sino en la transformación activa de la naturaleza por medio del trabajo social del ser humano. Contrariamente a los que sostienen que la Mente sigue un curso independiente y propio, yo sostengo que la construcción de ideología no surge en la confrontación del pensar del Hombre Desnudo sobre la Naturaleza Desnuda; creo que más bien ocurre dentro del ámbito determinado de un modo de producción cuyo fin es hacer que la naturaleza se preste al uso humano.

Cada modo de producción lleva en sí distinciones esenciales entre los seres humanos. Las oposiciones sociales engendradas por estas distinciones constituyen el fundamento forzador de la construcción de ideologías. En el modo ordenado conforme al parentesco, la distinción clave entre parientes por ascendencia y por afinidad está simbolizada de diversos modos como lazos de sangre, de huesos o de espíritu fertilizador. La antítesis primaria del modo tributario se enuncia como la existente entre los tomadores de tributos "hijos del Sol", "descendientes de los dioses", "sangres azules", o "huesos blancos", y los "comuneros" productores de tributos, llamados también "huesos negros" o "gente de pelo negro". Así pues, la antítesis primaria cristaliza cuando se establece una distin-

ción posterior entre los grados diversos existentes en cada categoría. La contraposición básica del modo capitalista entre dueños de los medios de producción y las manos trabajadoras está jurídica y políticamente santificada y se refuerza por medio de distinciones adicionales tales como "obreros" y "empleados de mostrador u oficina".

Las ideologías codifican estas distinciones no nada más como aspectos instrumentales de las relaciones sociales, sino como algo enraizado en la esencia misma del universo —en la naturaleza de la naturaleza, en la naturaleza de la naturaleza humana y en la naturaleza de la sociedad. En las sociedades ordenadas conforme al parentesco, las distinciones de ascendencia y afinidad están ancladas en la operación de la super-naturaleza. En las sociedades tributarias las diferencias en las categorías sociales básicas se conceptualizan como un aspecto de jerarquías cósmicas; con el fin de conservar la debida orquestación entre Tierra y Cielo se recurre a mitos y ritos y, por supuesto, a la fuerza. En las sociedades dominadas por el modo capitalista, las distinciones de esencia aparecen en el concepto calvinista de que Dios premia la virtud y de que los que triunfan son virtuosos, o también en la idea de que la Naturaleza premia con las palmas del éxito a los triunfadores en la selección natural. Se piensa que la pobreza es muestra de falta de valor y de haber fracasado en la selección natural para merecer ocupar puestos de fuste.

Ahora bien, cada modo genera al mismo tiempo contradicciones características que aparecen tanto en la conducta como en el pensar. En el modo ordenado conforme al parentesco, algunos parientes surgen como "más iguales que otros", y los parientes menores enfrentan los límites de la ayuda basada en el parentesco. Este mundo social dividido entre los que pertenecen y los que no pertenecen crea, además, el problema de los extraños y de los huérfanos. En el modo tributario, los constantes choques de intereses entre los que toman tributos y los que los pagan engendran no nada más oposición social, sino también dudas sobre lo que constituye un "acto bueno" o lo que es "justicia adecuada", en contraposición a "acto malo" e "injusticia". Es decir, que los órdenes sociales tributarios que imponen jerarquías por la fuerza pueden desembocar en rebeliones que busquen corregir las injusticias causadas por esta imposición forzada.

En el modo capitalista la ideología reinante da por sentada la igualdad en el mercado de todos los participantes, aun frente a las distinciones básicas en cuanto a poderío económico y político entre capitalistas y trabajadores. Aunque en este modo se define a todos los actores sociales como participantes en el intercambio de mercancías, estructuralmente el modo depende del "desigual factor inicial" que se halla en propieta-

rios de capital y vendedores de fuerza de trabajo. Así pues, la creación de ideología trasmuta la distinción entre clases en distinciones de virtud y mérito. El éxito se demuestra mediante la aptitud para adquirir artículos de valor; por tanto, la incapacidad para consumir revela derrota social. Pero como el modo alterna continuamente entre movilización y abandono del trabajo, por ello, reproduce también continuamente una oposición entre consumidores virtuosos y pobres desvalorizados. Y así como el modo tributario da origen a oposición y rebeliones de clases con vistas a corregir injusticias, así el modo capitalista incuba descontento y movimientos ideológicos para cambiar las definiciones de virtud y demérito.

Quizá la ideología suavice contradicciones, pero no puede resolverlas. La misma operación de los modos genera continuamente sistemas alternos de ideas y de conducta cargada ideológicamente. Son producto del juego recíproco de grupos y clases que se valen de alternativas ideológicas para definir su lugar en el campo de fuerza generado por un modo de producción. Las posibilidades alternas adoptan varias formas, que expresan no nada más la relación de grupos y clases dentro de un modo dado sino también su oposición. Quizá aparezcan como acentuaciones o connotaciones diferentes imputadas al mismo código comunicativo por actores sociales que ocupan diferentes puntos de observación. Quizá cobren forma dentro de ideas y prácticas que indican un contrapunto sistemático en la corriente principal de la comunicación. Quizá incluso se conviertan en visiones heterodoxas de la realidad, que conllevan una amenaza de rebelión contra el orden existente. Estas connotaciones, contrapuntos y heterodoxias rara vez se confinan dentro de una sola constelación social o dentro de una sola sociedad; los cultos, las religiones y los movimientos políticos tienden a rebasar límites y a hacer llegar opciones ideológicas a entidades que estén más allá de sus límites.

Hay, pues, un aspecto económico y social en la formación de ideas-sistemas, los que, una vez producidos, se convierten en armas en el choque de intereses sociales. Sin embargo, en las relaciones mecánicas de uno-a-uno no existen conjuntos de ideas y de intereses particulares de grupo. Si un modo de producción da origen a ideas-sistemas, serán múltiples y a menudo contradictorias. Forman una "ecología" de representaciones colectivas, amén de que la construcción de ideologías tiene lugar dentro de un campo de opciones ideológicas en el cual los grupos delimitan sus posiciones en el seno de un proceso complejo de selección entre opciones. Este proceso de inclusión y exclusión no es únicamente cognoscitivo; implícitamente, lleva en sí el ejercicio del poder. Para sostener su hegemonía ideológica, los defensores de la ortodoxia deben hacer llegar su

mensaje a un número cada vez mayor de dominios instrumentales, pero al mismo tiempo estorbarán la capacidad de los grupos subalternos para hacer progresar opciones viables. Cuando la redundancia titubea y falla la creación de ideología, el déficit se deberá compensar por la fuerza.

Ha sido tesis de esta obra afirmar que ya no podemos pensar en las sociedades como sistemas aislados automantenidos; ni tampoco podemos imaginar a las culturas como todos integrados en los que cada parte contribuye al mantenimiento de un todo organizado, autónomo y duradero. Sólo hay conjuntos culturales de costumbres e ideas, que entran en juego por determinados actores humanos bajo condiciones determinadas. En el curso de su operación estos conjuntos culturales se arman, se desarman y se vuelven a armar, llevando consigo en diversos acentos sendas divergentes de grupos y clases. Estas sendas no hallan su explicación en las decisiones egoístas de individuos que interactúan. Proviene del despliegue del trabajo social, movilizado para dar cuerpo al mundo de la naturaleza. El modo en que ocurre esta movilización establece los términos de la historia, y en estos términos, los pueblos que han hecho valer una relación privilegiada con la historia y los pueblos a quienes se les ha negado la historia encuentran un destino común.

Esta obra incorpora las conclusiones de varias disciplinas y abarca una gama muy amplia de tiempo histórico y de espacio geográfico. En un trabajo de esta índole el autor debe dar a sus lectores una relación de sus fuentes, junto con las razones de su selección. El cuerpo del texto incluye únicamente referencias sobre información cuantitativa, sobre citas, y señala los puntos sobre los que pudiera haber disputa. En este ensayo presento el cuerpo general de materiales sobre los cuales está basado este trabajo. Mi propósito no es citar todas las obras que he consultado, sino más bien indicar aquellas que de un modo más significativo dieron forma a mi comprensión teórica y que contribuyeron más directamente a mi conocimiento sobre cada materia. En virtud de que esta obra es el resultado de muchas experiencias y esfuerzos de investigación, el análisis de mis fuentes es en cierto modo una autobiografía intelectual.

I. INTRODUCCIÓN

No es cosa nueva criticar a las ciencias sociales por su excesiva especialización, su miopía profesional y su desdén por la historia. El sociólogo Robert S. Lynd escribió en 1939 su trabajo titulado *Knowledge for What?*, y diez años después hizo una crítica del método sociológico en "The Science of Inhuman Relations". A lo largo de su carrera, C. Wright Mills abogó por un renovamiento de la sociología, y, por su parte, Alvin Gouldner fue un gran censor intelectual de este campo de estudio hasta 1981, año de su muerte. Al tratar de entender el desarrollo del pensamiento social, he hallado utilísima la magistral trilogía de H. Stuart Hughes (1958, 1966, 1975). Leon Bramson ofrece un penetrante punto de vista sobre la base conservadora de la sociología en su obra muy poco conocida titulada *Political Context of Sociology* (1961).

La ciencia política perdió su impulso generalizador desde que se desentendió de la sociología política y de su interés en la economía política, y se dedicó a estudios "conductuales". La influencia de especialistas tales como V. O. Key, hijo, que aunaron micro-estudios (por ejemplo su *Southern Politics*) con un interés en el aparato del Estado parece haber sido barrida por una concentración sobre encuestas de actitud y políticas de grupos pequeños. La reciente obra de Charles Lindblom (1977), que compara el desempeño económico de diferentes sistemas políticos, es en

verdad única. Los trabajos más importantes sobre política se deben a sociólogos con mentalidad puesta en la historia, tales como Barrington Moore, hijo (1966, 1978), Charles Tilly (1975), Ellen K. Trimberger (1978) y Theda Skocpol (1979). *Political Theory of Individualism* (1962), de C. B. Macpherson, y las obras de Nicos Poulantzas (en especial *Political Power and Social Change*, 1973) iluminan grandemente la teoría política; la prometedor carrera de Poulantzas fue truncada por su suicidio (1979). En Bob Jessop (1977) se hallará una útil vista general de las "teorías recientes sobre el Estado capitalista".

La antropología ha sido más lenta que la sociología en cuanto a adoptar un punto de vista crítico sobre sus supuestos básicos. Un ataque temprano contra el funcionalismo y sus implicaciones debido a Dorothy Gregg y Elgin Williams (1948) presagió más críticas, pero sus efectos fueron neutralizados por su forma de argumentar y por las acres censuras que le enderezaron Kroeber y Radcliffe-Brown. Otra gran voz crítica fue la de Peter Worsley, primeramente en su poco leído apéndice a su *Trumpet Shall Sound* (1957), y luego en "The Analysis of Rebellion and Revolution in British Social Anthropology" (1961). A principios de los años 1960, J. R. Hooker planteó interrogantes sobre la antropología en África (1963), y Jacques Maquet escribió críticamente sobre "Objectivity in Anthropology" (1964). En la antropología estadounidense destacó Kathleen Gough que por vez primera preguntó, en 1967, por qué la disciplina parecía "haber dejado a un lado los problemas más cruciales de la sociedad mundial" (1968:138). Vino luego un raudal de tímidas discusiones críticas, tales como la de Dell Hymes, comp., *Reinventing Anthropology* (1969), la de Talal Asad, comp., *Anthropology and the Colonial Encounter* (1973), y la de Jean Copans, comp., *Anthropologie et impérialisme* (1975), por nombrar sólo unas cuantas. Sin embargo, ha sido muy lenta la búsqueda de opciones viables. Dos intentos interesantes, que parten de perspectivas muy diferentes, son *Third World* (1964), de Worsley, y *Civilizational Process* (1968), de Darcy Ribeiro.

Dado que el nombre de Karl Marx es un espantajo, es importante centrarse en sus ideas, no en las polémicas que lo rodean. Para mí, la mejor introducción general al tema es *Human Nature: The Marxian View* (1945) de Vernon Venable. La "Philosophical Introduction" de Bertell Ollman a su obra *Alienation* (1976) es una buena introducción a las ideas filosóficas de Marx. El *Concept of Nature in Marx* (1971), de Alfred Schmidt, es una obra grata pero difícil. En su biografía de Marx, Franz Mehring (1935) me dio a conocer mucho sobre la evolución de las ideas de Marx. *Two Marxisms* (1980), de Alvin Gouldner, es una buena introducción a las contradicciones del propio pensamiento de Marx y a

las subsecuentes variantes del marxismo que incorporan uno u otro aspecto de ese pensamiento. Muy perceptivo es el trabajo de Eric J. Hobsbawm, "Karl Marx's Contribution to Historiography" (1973).

A los antropólogos han de agradar la introducción de Eleanor B. Leacock a la edición de 1972 de la obra de Engels *Origin of the Family, Private Property and the State*, el trabajo de Maurice Godelier "Dead Sections and Living Ideas in Marx's Thinking on Primitive Society" (1977) y la bien escrita obra de James W. Wessman, *Anthropology and Marxism* (1981). Lawrence Krader (1972) ha editado y publicado las indagaciones etnológicas de Marx.

II. EL MUNDO EN 1400

No es nuevo para la antropología el empeño por escribir una historia universal como proceso de conexiones culturales o por entender la cultura en términos universales. Yo entré a este campo cuando se hizo forzoso leer *What Happened in History*, de V. Gordon Childe (1946), y cuando la instrucción incluyó una zambullida obligatoria en la *Anthropology* de Kroeber (1948). *Tree of Culture* (1955), de Ralph Linton, obra llena de referencias, que está basada en sus lecturas, se apega también a esta tradición que, al parecer, dentro de la antropología sólo parece estar viva entre los arqueólogos. Dentro del campo de la historia hay historiadores universales prodigiosos, como Arnold Toynbee, cuyo concepto de la historia, como una marcha hacia la salvación, sólo persuadirá a los creyentes. De mucha más utilidad para los antropólogos es *Rise of the West*, de William McNeill (1963), que procura presentar la historia humana como una serie de eslabones e interconexiones y que pone en tela de juicio las mónadas civilizacionales de un Spengler o de un Toynbee.

Mi tendencia a ver Europa y Asia de un modo sinóptico se debe a la influencia que sobre mí tuvieron las lecturas y presentaciones de Joseph Strykowski que versan sobre la fauna eurasiática, que durante mi niñez, pasada en Viena, estuvieron muy en boga. *Inner Asian Frontiers of China*, de Owen Lattimore (1951), es una interpretación general estimuladora de la interacción nómada-cultivador, como también lo es su colección de ensayos (1962).

Para comprender las relaciones nómada-cultivador en la región mediterránea, me fue de gran utilidad la obra de Altheim (1954, 1960), y la de von Barloewen (1961). *Rome and China*, de Frederick J. Teggart (1939), es un trabajo interesante y un ejemplo de la cliométrica primitiva que además revela las limitaciones de la cuantificación mecánica.

Mi fuente principal de la historia política del nomadismo asiático ha sido *Empire of the Steppes*, de René Grousset (1970). La antropología de este tipo cultural debe muchísimo a Lawrence Krader, en particular a sus trabajos sobre organización social (1955), ecología (1957) y formas de gobierno (1958). Es evidente que no debe verse el papel de los nómadas pastores como un primer motor independiente de la historia política, sino más bien en relación con la ecología, los sistemas de intercambio y estructura de poder de las áreas colonizadas. Sobre esto puede consultarse Lacoste (1974) y Lees y Bates (1974).

Desde siempre me ha interesado mucho la historia y el desenvolvimiento del mundo islámico (véase Wolf, 1951, 1969: capítulo v). Buena parte de mis conocimientos proviene de los años en que enseñé culturas mediterráneas (de 1961 a 1971), junto con William D. Schorger, en la Universidad de Michigan. Los tratados ordinarios sobre el Islam se hallan en las bibliografías sobre el tema, pero quiero destacar la obra en tres volúmenes de Marshall G. S. Hodgson titulada *Venture of Islam* (1974). Se ha criticado esta obra diciendo que tiene prejuicios idealistas; este cargo también puede hacerse a la mayoría de los tratados que destacan la índole normativa del Islam. Lo cierto es que se ocupa del mundo islámico en todas sus dimensiones geográficas y temporales y que elude muchos de los prejuicios etnocéntricos de otros autores occidentales. Su falla principal es su carencia de fundamentación en historia económica y social; esta debilidad es general, repetimos, entre los historiadores que hablan del Islam. Una crítica tajante de gran parte de lo escrito sobre el mundo islámico se hallará en *Marx and the End of Orientalism*, de Bryan Turner (1978).

Aparte de un puñado de ensayos dispersos que datan de hace ya tiempo, puede decirse que la historia social y económica del Islam apenas se empieza a escribir. Entre los empeños principales destacan los volúmenes editados por M. A. Cook (1970), Charles Issawi (1966) y, especialmente, Abraham Udovitch (1980). Útiles estudios sobre tecnología y producción son "Arab Agricultural Revolution", de Andrew Watson (1974), y *Camel and the Wheel*, de Richard Bulliet (1975). Sobre relaciones entre la ciudad y el campo, véase la colección de Ira M. Lapidus, *Middle Eastern Cities* (1969), en particular el ensayo del propio Lapidus. Entre los autores que prestan atención especial a aspectos sociales y económicos figuran Claude Cahen (1955, 1957, 1959, 1965) y S. D. Goitein, que se ha ocupado del florecimiento de los artesanos y de la burguesía del Cercano Oriente (1956-1957, 1964). Vendrá el día en que tengamos una comprensión mejor de las amplias conexiones comerciales del mundo islámico. Heyd (1885) y Lybyer (1915) siguen

siendo clásicos; hay mucha información en la colección de Robert López e Irving Raymond sobre comercio mediterráneo (1955); D. S. Richards ha editado una obra útil sobre el Islam y el comercio de Asia (1970). Udovitch ha escrito un libro espléndido sobre derecho mercantil en el Islam medieval (1970); *Islam et capitalisme*, de Maxime Rodinson (1966), está lleno de información y puntos de vista internos.

Sobre la historia antigua otomana, Wittek (1957) es indispensable, especialmente si se lee en conjunción con Werner (1966). *Ottoman Empire*, de Halal Inalcik (1973), es una contribución valiosa de un historiador turco; también me gustaría llamar la atención sobre su trabajo "Capital Formation in the Ottoman Empire" (1969). Muy retardados son los trabajos recientes de Caglar Keyder sobre la desintegración otomana (1976) y de Huri Islamoglu y Keyder, "Agenda for Ottoman History" (1977).

La exploración de la prehistoria africana constituye una frontera emocionante. Una útil ojeada general sobre el tema es *Africa in the Iron Age*, de Roland Oliver y Brian Fagan (1975). J. D. Fage y Oliver han editado una selección de trabajos entresacados del *Journal of African History* que han titulado *Papers in African Prehistory* (1970). El trabajo del propio Oliver que aparece en ese volumen sobre "The Problem of Bantu Expansion", debe ceder el primer puesto en una exposición sobre este tema, al de D. W. Phillipson titulado "Spread of the Bantu Languages" (1977), que he aprovechado mucho. Vansina, Mauny y Thomas (1964), así como McCall (1969), exploran las posibilidades y dificultades que esperan al historiador en África.

Hoy día ya sabemos algo sobre las amplias redes de intercambio que ligaron a muchas partes de África. *Golden Trade of the Moors*, de E. W. Bovill (1968), se ocupa del comercio transahárico; se trata de una versión revisada de una obra que escribió en 1933, *Caravans of the Old Sahara. Exchange Economy of pre-Colonial Tropical Africa*, de Lars Sundstrom (1974), es una reimpresión muy bien recibida de un libro poco conocido publicado en Suecia. Es también valioso Mauny (1961). Ivor Wilks (1962) destaca rutas de comercio este-oeste, así como conexiones norte-sur. Una colección que editó Claude Meillassoux (1971) contiene información pertinente, pero se ocupa sobre todo del comercio del siglo xx. Sobre África Occidental, como el principal punto de abasto de oro de la economía internacional entre los siglos xi y xvii, véase Braudel (1972:462-475) y Hopkins (1973:82).

Las cuestiones políticas del Sudán aparecen estudiadas por Nehemia Levtzion y por Abdullahi Smith en *History of West Africa*, Ajayi y Crowder, comps. (1972). Levtzion se ocupa de los Estados del Sudán Oc-

cidental antes de 1500, Smith de los del Sudán Central. Daniel McCall (1971) se ha ocupado de la islamización en esta región en el siglo xi. Jack Goody (1971) da claridad a la formación de Estados en África mediante comparaciones con procesos de formación de Estados en Europa y Asia; véase también el estudio de Emmanuel Terray (1973).

La obra editada por Robert Rotberg y H. Neville Chittick sobre *East Africa and the Orient* (1975) hace pensar que hubo conexiones por entre el Mar de Arabia y el Océano Índico. La *Medieval History of the Coast of Tanganyika*, de G. S. P. Freeman-Grenville (1962), y el trabajo de Chittick sobre "The Coast Before the Arrival of the Portuguese" (1972) proporcionan el trasfondo arqueológico del establecimiento costero. A Roger Summers le ha interesado definir y fechar las secuencias arqueológicas de Zimbabwe, véase su obra *Zimbabwe* (1963) y su trabajo posterior "Rhodesian Iron Age" (1970). K. R. Robinson ha escrito sobre "The Archaeology of the Rozwi" (1966). D. P. Abraham ha escrito varios artículos en que se ocupa por vez primera de hacer el estudio combinado de los registros portugueses y de las tradiciones orales africanas (1961, 1962, 1966). Son también útiles el estudio de Edward Alpers sobre "The Mutapa and Malawi Political Systems" (1968) y "The Role of Foreign Trade", de S. G. Mudenge (1974).

Desde mis años de estudiante graduado cobró forma mi perspectiva de la India merced a un trabajo de Paul Rosas, "Caste and Class in India" (1943), y tiempo después por la tesis de doctorado, muy ambiciosa, de Frederic K. Lehman, titulada *Anthropological Parameters of a Civilization* (1957). Bernard S. Cohn es autor de *India: The Social Anthropology of a Civilization* (1971), que es una obra excelente. También me enseñó algo el librito de K. S. Shelvankar titulado *The Problem of India* (1943), y mucho, un artículo de P. C. Joshi (1970), que argumenta en contra del concepto de la uniformidad e incambiabilidad de la India tradicional.

Como todo aquel que ha estudiado la India, he tratado de comprender las castas; el material escrito sobre el tema es laberíntico y nunca se tiene la seguridad de hallar luz al final del túnel. Hay quienes sitúan las fuerzas cohesivas que unen al sistema de castas, en la ideología, en una estructura subyacente o postulado de pureza ritual y contaminación. El principal enunciado de esta posición es la obra de Louis Dumont, *Homo Hierarchicus* (1970). Otros autores, cuyo punto de vista me parece más persuasivo, sostienen que "los sistemas de castas se mantienen unidos por el poder, concentrado en ciertos grupos, más que por el consenso" (Berreman, 1979:112). Que el poder juega un papel importante en mantener las distinciones y posiciones de casta queda de manifiesto en

el trabajo de M. N. Sriniva, titulado "The Dominant Caste in Rampura" (1959), y en los libros de F. G. Bailey, *Caste and the Economic Frontier* (1957) y *Tribe, Caste, and Nation* (1960). La naturaleza sistemática de este poder se me apareció con claridad gracias a la demostración de Eric Miller, en su trabajo titulado "Caste and Territory in Malabar" (1954), de que el poder real es el cerrojo del sistema; gracias también al estudio del conflicto entre poder sacerdotal y político, de J. C. Heesterman, titulado "India and the Inner Conflict of Traditions" (1973); y a la explicación de Chandra Jayawardena sobre "The Disintegration of Caste in Fiji Rural Society" (1971).

Al mismo tiempo, no cabe concluir que la casta es un simple epifenómeno. Las categorías de castas llevan en sí conceptos de membresía corporada, ascendencia común y endogamia, aun cuando subcastas y castas se mezclen o separen de acuerdo al contexto y situación (Béteille, 1969:157), o cuando castas en su conjunto cambian sus posiciones sociales (véase Sinder, 1964; Silverberg, 1968). Morton Klass (1980) ha remontado el origen del sistema de castas a un proceso de diferenciación de grupos corporados originalmente equivalentes. Claude Meillasoux (1974) ofrece un modelo del sistema de castas basado en el diferente acceso a los medios de producción, pero soslaya el elemento ideológico que determina qué grupo recibe qué. Joan Mencher en "The Caste System Upside Down" (1974) aclara la posición de los intocables.

Yo concluyo que el fenómeno de castas está vinculado íntimamente con el poder y con el control de los recursos económicos, pero que la naturaleza corporada de los grupos basados en la ascendencia debe ser tomada en cuenta cuando se quiera entender el funcionamiento del sistema indio de clases dentro de un campo de poder. Para mí, el modelo de un enfoque así es el de Richard G. Fox en su *Kin, Clan, Raja, and Rule* (1971); mucho he tomado de tan brillante estudio.

Mis lecturas sobre China empezaron durante la segunda Guerra Mundial, cuando yo estaba en el ejército, con la obra de Owen y Eleanor Lattimore *Making of Modern China* (1944). Después di con otras dos obras notables: *Wirtschaft und Gesellschaft Chinas*, de Karl Wittfogel (1931), y *Inner Asian Frontiers*, de Owen Lattimore (1951). Durante mis estudios como graduado aprendí mucho de Morton Fried, que por esos días ponía las bases de sus renombrados cursos sobre China y la periferia china, ofrecidos por vez primera en 1950. Fried me hizo conocer también las complejidades étnicas de la frontera suroccidental de China; véase su "Land Tenure, Geography and Ecology" (1952). Los escritos de Wolfgang Eberhard, sintetizados en *A History of China* (1977), así como la notable obra de Mark Elvin, *Pattern of the Chinese Past* (1973),

ofrecen una perspectiva diferente debido a que resaltan cambios acumulativos y no cíclicos en el desarrollo chino. Elvin presenta un relato especialmente espectacular de la expansión Han en el sur de China.

Mi estudio sobre las tendencias en la tenencia de la tierra en China se apoya en "Evolution of Landownership in Fourth and Fifth-Century China" y en "Landownership in China from the Fourth to the Fourteenth Century", ambos trabajos de Étienne Balazs y ambos incluidos en un libro de sus ensayos (1964); *Land Tenure and the Social Order in T'ang and Sung China*, de Denis Twitchett (1962); y en los capítulos vi ("Manorialism without Feudalism") y xv ("The Disappearance of Serfdom") de la obra de Elvin titulada *Pattern of the Chinese Past*. Elvin también influyó en mi opinión sobre la actividad mercantil china, además de W. E. Wilmott, comp., con su obra *Economic Organization in Chinese Society* (1972). Las relaciones comerciales con el mundo árabe las analiza Jitsuzo Kuwabara en el trabajo "On P'u Shou-keng" (1928-1935). La obra de J. J. L. Duyvendak, *China's Discovery of Africa* (1949) me reveló los primeros contactos de China con África.

Sobre ecología del sudeste de Asia leí en mis tiempos de estudiante graduado: *Tropical Soil Forming Processes and Soils of Equatorial Regions*, de E. C. J. Mohr (1933 y 1944 respectivamente); *Les paysans du delta tonkinois*, de Pierre Gourou (1936); *Pioneer Settlement in the Asiatic Tropics*, de Karl Pelzer (1945). Por esos días, varios escritos de Robert von Heine-Geldern, Anj. Thomassen a Thuessink y B. H. M. Vlekke me dieron un punto de vista salteado y conjetural de la historia de la cultura antigua. Desde entonces, las cosas han mejorado mucho, gracias a trabajos tales como *Indonesian Trade and Society*, de J. C. van Leur (1955); *Les Peuples de la Péninsule Indochinoise y Les États hindouisés d'Indochine et d'Indonésie* de George Coedès (1962 y 1964 respectivamente); *Golden Khersonese* y un buen ensayo sobre el paso de la reciprocidad a la redistribución de Paul Wheatley (1961 y 1975 respectivamente); y las obras de O. W. Wolters, *Early Indonesian Commerce* (1967) y *The Fall of Srivijaya in Malay History* (1970).

History of South-East Asia, de D. G. E. Hall (1968), es una buena introducción a la historia y a la política de la región. Me ha parecido útil la información etnográfica sistematizada que aparece en *Ethnic Groups of Mainland Southeast Asia*, de Lebar, Hickey y Musgrove, comps. (1964), y en *Southeast Asian Tribes, Minorities, and Nations* de Kunstadter, comp. (1967). Una sólida aportación a la comprensión de esta región es el ensayo de Harry J. Benda, de 1962, titulado "The Structure of Southeast Asian History", que aboga por una atención sistemática a relaciones sociales, económicas y políticas. Aparece con otros de sus ensayos en un

volumen publicado después de su muerte, para honrar su memoria (Benda, 1972).

El estudio del desarrollo cultural en el Nuevo Mundo tiene una deuda con Julian Steward por la parte que le corresponde por hacer que la arqueología americana tuviera en consideración procesos ecológicos y socioeconómicos. En antropología es buena la obra *Handbook of South American Indians*, que compiló Steward (1946-1959). Una versión sinóptica de esta obra de siete volúmenes se halla en Steward y Faron (1959). El trabajo de Steward, "American Culture History in the Light of South America" (1947) contribuyó a darme un pensar comparativo sobre la etnología americana nativa. Hallé trabajos muy útiles en *Prehistoric Man in the New World*, de Jennings y Norbeck, comps. (1963), y en *Aboriginal Culture Development in Latin America*, de Meggers y Evans, comps. (1963); en los dos volúmenes de Gordon R. Willey, *Introduction to American Archaeology* (1966, 1971); y *New World Prehistory*, de William T. Sanders y Joseph Marino (1970).

La "paleosociología" de las regiones andina y subandina se esclarece en la obra de John V. Murra, *Formaciones económicas y políticas del mundo andino* (1975); en *Ecuador*, de Betty J. Meggers (1966), y en *Colombia*, de Gerardo Reichel-Dolmatoff (1965). Sobre Buritaca, véase *Colombia Today* (1979). Donald Lathrap, en *The Upper Amazon* (1970), destaca la relación entre las regiones andina y amazónica, cuestión que seguramente reserva algunas sorpresas. La arqueología del Istmo Centroamericano la estudia Olga R. Linares (1979). Mary Helms ha escrito una obra recomendable, *Ancient Panama: Chiefs in Search of Power* (1976).

Sobre Mesoamérica, tópico del cual me he ocupado antes (Wolf, 1959), he aprovechado la obra de William T. Sanders y Barbara J. Price, *Mesoamerica: The Evolution of a Civilization* (1968); la de Pedro Carrasco y otros, *Estratificación social en la Mesoamérica prehispánica* (1976); y la de Carrasco y Johanna Broda, comps., *Economía, política e ideología en Mesoamérica* (1977).

Gordon F. Ekholm y Gordon R. Willey editaron el cuarto volumen del *Handbook of Middle American Indians*, titulado *Archaeological Frontiers and External Connections* (1966), en el cual J. Charles Kelley habla de las conexiones Mesoamérica-Suroeste de los Estados Unidos, y James B. Griffin analiza la relación de Mesoamérica con el Este de Estados Unidos. Véase también *Casas Grandes*, de Charles Di Peso (1974). Sobre la prehistoria del Este de Estados Unidos véase de Joseph R. Caldwell, *Trend and Tradition* (1958) y "Eastern North America" (1962); de Melvin L. Fowler, "Agriculture and Village Settlement in

the North American East" (1971); y de James A. Brown, "Spiro Art and Its Mortuary Contexts" (1975).

III. MODOS DE PRODUCCIÓN

En esta obra hemos usado mucho el concepto de "modo de producción", pero en un sentido más ecléctico que como lo usan algunos de sus defensores actuales. Una introducción al concepto se puede hallar en "Marxist Approaches in Anthropology", de Bridget O' Laughlin (1975), en "Marxism, Structuralism and Vulgar Materialism", de Jonathan Friedman (1974), y en el capítulo vi de Wessman (1981). Sin embargo, el lector debe saber que hace poco que el modo de producción adquirió la importancia que tiene, debido a la fusión del marxismo y del estructuralismo en Francia. Representa una variante particular del pensar marxista, no su totalidad.

Los propios Marx y Engels usan muy libremente el término *Produktionsweise*, a menudo con ambigüedad. Distinguen un cierto número de "tipos genéricos de sistemas productivos" (en términos de Venable). A veces escribieron como si consideraran que la sucesión de tales sistemas: comunismo primitivo, sociedad asiática, sociedad esclavista, feudalismo, capitalismo y socialismo, fueran etapas evolutivas. Otras veces acomodaron bilinealmente estos tipos genéricos; veían que una línea de evolución se desplazaba a partir del comunismo primitivo al modo de producción asiático, y que otra línea iba del comunismo primitivo al capitalismo, en el modelo de Europa Occidental. Eric J. Hobsbawm ha examinado algunas de las cuestiones relacionadas, en su introducción al *Precapitalist Economic Formation* de Marx (1964), que comprende una parte de los *Grundrisse*, poco conocidos. Después de Marx y Engels, la ortodoxia tendió a favorecer un modelo evolutivo unilineal en el cual cada tipo genérico de sistema productivo originaba, a su vez, una etapa superior. Interpretaciones soviéticas, especialmente bajo Stalin, han tendido a favorecer una secuencia universal mundial: sociedad esclavista, feudalismo, capitalismo y socialismo, para dar así legitimidad ideológica al socialismo soviético como sucesor legítimo de sus predecesores feudales y capitalistas.

Los esfuerzos de los estructuralistas franceses (en particular los de Louis Althusser y Étienne Balibar en filosofía y de Maurice Godelier en antropología) por definir y analizar modos de producción como estructuras o sistemas con personalidad propia, sin referencia alguna a cuestiones de evolución, transición o historia, deben ser entendidos como una

reacción contra la ortodoxia aceptada. Estos esfuerzos han aportado claridad al análisis, y también una buena dosis de especiosa lógica gala.

Mucho es lo que he aprendido de los estructuralistas; pero al mismo tiempo veo limitaciones en su punto de vista. Como creen que Marx fue un teórico de sistemas que se adelantó a su tiempo, que usó lenguaje hegeliano porque no podía hablar althusseriano, han eliminado de Marx la dialéctica hegeliana. Esto descarta el interesante (y para mí, valioso) empeño de Marx de edificar una filosofía de relaciones internas en vez de un enfoque de sistemas mecánico que trata con elementos-en-relación en vez de con elementos-de-relación (véase Ollman, 1976: Primera Parte). Por si fuera poco, los estructuralistas han dado a la estructura o sistema una teleología absoluta ("causalidad estructural"), que mueve a la gente como si fuera portadora del sistema pero que no deja lugar a la historia o a la conciencia humana. Por consiguiente, en su antropología muestran la tendencia a comprimir toda la cultura o la diversidad cultural en los elementos del modo de producción. Además, pueden encarnar el concepto de modo de producción en esencias intemporales, a las que luego se permite reproducirse o conjugarse ("articularse") recíprocamente sin hacer referencia a ningún tiempo o circunstancia histórica.

He adoptado el concepto de modo de producción como modo de pensar sobre las relaciones, no como artículo de fe. El concepto no puede explicar todo, ni tampoco resuelve todos los problemas teóricos. Estoy en su favor en este trabajo porque nos permite alejarnos de las causalidades mecánicas y lineales; pero tampoco estoy dispuesto a abrazar las construcciones teóricas al estilo Rube Goldberg de sectores, niveles, momentos e instancias o ejemplos que no son otra cosa (con frecuencia) que re-enunciaciones complicadas del concepto de "función" que ha perdurado a través del tiempo.

A quienes interese adentrarse en el material escrito pertinente les sugerimos leer de Althusser y Balibar, *Reading Capital* (1970), en especial la Tercera Parte, y *Rationalité et irrationalité en économie* (1966). *Relations of Production* (1974), obra compilada por David Seddon, ofrece una selección muy apropiada —traducida al inglés— de antropólogos estructuralistas; sin embargo, la introducción de Seddon induce a error pues sugiere que los enfoques marxistas en antropología se originaron en la École Normale Supérieure de París en los años 1960. Quienes entiendan alemán hallarán en la obra de Irmgard Sellnow, *Grundprinzipien einer Periodisierung der Urgeschichte* (1961), una aportación interesante tomada de una tradición diferente. Barry Hindess y Paul Q. Hirst, obrando como *enfants terribles* de la ciencia social marxista en

Inglaterra, dejaron atrás a Althusser en su introducción a *Pre-capitalist Modes of Production* (1975). Es exasperante su insistencia en que no hay hechos sin teoría, y en su terca negación de la participación de la historia en la construcción de sus modos de producción; sin embargo, su extremismo nos ofrece una norma contra la cual otros pueden someter a prueba sus ideas. *The Poverty of Theory*, de E. P. Thompson (1978), ofrece una crítica irritada y bien documentada de toda la empresa estructuralista.

Parte de mis interpretaciones de cómo el modo capitalista opera se derivan del hecho de que crecí entre obreros textiles en la frontera germano-checa del norte de Bohemia en los años de la depresión del decenio de 1930. Mi interés en una economía política alterna lo alentó la obra de John Strachey titulada *Nature of the Capitalist Crisis* (1935), que leí en 1939. Luego asistí al Queens College de la ciudad de Nueva York, y ahí, gracias a haber leído a Dixon y Eberhardt (1938), me familiaricé con la economía política institucional. Dos libros destacados que se ocupan de la economía política marxista son *Theory of Capitalist Development*, de Paul M. Sweezy (1942), y *Marxist Economic Theory*, de Ernest Mandel (1968). A partir de 1968, la *Review of Radical Political Economic Theory* ha sido una fuente de publicaciones de alta calidad, vivaces y fructificadoras, sobre temas económicos y políticos. Pero, por supuesto, la piedra de Rosetta del análisis es el *Capital*, de Karl Marx; me he valido, para el volumen I, de la edición de 1977 de Vintage/Random House, y para el volumen III, de la edición de 1967 de International Publishers.

El concepto de un "modo de producción tributario" lo ha empleado Samir Amin en un buen número de sus obras, por ejemplo, en *Le Développement inégal* (1973), especialmente el capítulo 1 que versa sobre las formaciones capitalistas. Pero el concepto está anunciado por Marx, en un análisis, en los *Grundrisse*, sobre los posibles resultados de la conquista (*Gr.*, 1973:97). El historiador japonés Jiro Hayakawa, escribiendo hacia 1935, equiparó el modo de producción tributario con el modo asiático (véase Shiozawa, 1965). Ion Banu, historiador de filosofía de la Universidad de Bucarest, identificó también las formaciones asiáticas y social tributaria (1967).

El concepto de un distintivo modo de producción asiático surgió de los escritos de los economistas clásicos: Adam Smith, James Mill, Richard Jones y John Stuart Mill. Marx desarrolló el concepto en varios de sus escritos, sobre todo en los *Grundrisse*, aunque con diverso énfasis: a veces destacó los fundamentos hidráulicos de las sociedades asiáticas, a veces la presencia de comunidades de aldeas que actúan apoyando a un dios-

rey que representa su unidad indiferenciada. El esfuerzo precursor tendiente a usar operacionalmente el concepto en el análisis de una sociedad hidráulica es la magistral obra de Wittfogel titulada *Wirtschaft und Gesellschaft Chinas* (1931). Wittfogel siguió siendo el principal corifeo del concepto después de que la entronización del stalinismo prohibió su discusión dentro de la Unión Soviética y en los partidos miembros de la Internacional Comunista. Evidentemente, el marxismo-leninismo soviético se sintió amenazado por la actitud crítica hacia las burocracias administradoras estatales que el concepto entrañaba; por la posibilidad de que se empleara para caracterizar a la sociedad soviética como "asiática"; y por el concepto implícito de que la evolución sociocultural pudiera ser multilineal en vez de unilineal, y que, por tanto, pudiera exigir respuestas políticas y estrategias multilineales y heterodoxas en vez de uniformes y ortodoxas. El renovado interés en el concepto habido después de la muerte de Stalin parece ser consecuencia de esfuerzos de la izquierda tendientes a trazar senderos al socialismo que sean multilineales y diferenciados nacionalmente. Entre los escritos que apuntan en esta dirección figuran los de la temible historiadora este-alemana del Cercano Oriente y de la antigüedad clásica, Elisabeth Charlotte Welskopf (1957); de Jean Chesneaux, historiador francés del Oriente (1964); del antropólogo francés Maurice Godelier (1965); y del historiador húngaro de la literatura oriental Ferenc Tökei (1966). Obras recomendables que se ocupan de los problemas planteados por el concepto son *Oriental Despotism*, de Wittfogel (1957), especialmente el capítulo ix; el volumen de trabajos *Sur le 'mode de production asiatique'*, publicado por el Centre d'Études et de Recherches Marxistes (1969); *Asiatic Mode of Production*, de Lawrence Krader (1975); el escudriñador capítulo iv de Hindess y Hirst (1975); y "Examination of Wittfogel's Theory of Oriental Despotism", de Irfan M. Habib (1969). Jonathan Friedman, en su *System, Structure and Contradiction* (1979) sugiere la probable evolución de formas asiáticas de Estado salidas de estructuras preexistentes, de "clan cónico", ordenadas conforme al parentesco, y lo induce a uno a pensar en formaciones jerarquizadas y basadas en el parentesco, feudales y asiáticas, como transformaciones de una en otra.

Una introducción a las cuestiones planteadas por el feudalismo y a la bibliografía pertinente es el artículo titulado "Feudalism" de Hoshua Praver y Shmuel N. Eisenstadt en la *International Encyclopedia of the Social Sciences* (1968). La obra clásica sobre la cuestión sigue siendo *Feudal Society*, de Marc Bloch (1961), publicada por vez primera en 1939-1940, al comienzo de la guerra, de la cual no volvería su autor. El Centre d'Études et de Recherches Marxistes ha publicado un volumen

de trabajos, *Sur le féodalisme* (1971), en el cual René Gallissot se pregunta por qué el débil, fugaz y periférico feudalismo del noroeste de Europa sirvió como caso tipo para los demás feudalismos. Heide Wunder ha reunido una interesante colección de trabajos de autores de las dos Alemanias titulado *Feudalismus* (1971), que contiene una valiosa introducción por el propio Wunder. Sin embargo el editor no consiguió permiso para reimprimir el importante ensayo de Otto Hintze sobre "Wesen und Verbreitung des Feudalismus" (1929). Este trabajo me indujo a ver el feudalismo como una fase dentro de un modo más amplio. Trata al feudalismo como una constelación o síndrome, recurrente, pero no universal, que puede ocurrir en el curso de la formación del Estado o como resultado de un desmoronamiento o retroceso político. Los autores de Alemania Oriental incluidos en el volumen de Wunder ven al feudalismo como un modo de producción, cosa que también hacen Hindess y Hirst (1975: capítulo v). Entre los este-alemanes, Bernhard Töpfer (Wunder, 1971: capítulo vii), es el que más a fondo estudia el feudalismo como resultado particular de procesos multilineales; en contraste, Hindess y Hirst, debido a su estructuralismo extremo, no pueden formular interrogantes sobre la ocurrencia y variabilidad intercultural, temporal y geográfica del modo que postulan. Importante también por su análisis de la "racionalidad" feudal y del papel del comercio en un sistema feudal es la teoría económica de Witold Kula del sistema feudal (1970).

Influencias diversas me indujeron a construir un modo ordenado por el parentesco. Entre ellas figuraron los "Principles of Clanship in Human Society", de Paul Kirchhoff, escrita originalmente en 1935 pero no publicada hasta 1955 (reimpresión en 1959), junto con la reestructuración de Morton H. Fried de los conceptos de Kirchhoff en su "Classification of Corporate Unilineal Descent Groups" (1957). Una segunda fuente fueron los ensayos de Claude Meillasoux, especialmente "Essai d'interprétation du phénomène économique" (1960), "From Reproduction to Production" (1972), y "The Social Organization of the Peasantry" (1973). Una tercera influencia fue Marshall Sahlins con su tesis de la contradicción entre el nivel doméstico (interno) y el parentesco (véase especialmente su *Stone Age Economics*, 1972: capítulos ii y iii). Una cuarta fue el excelente trabajo de Janet Siskind, "Kinship and Mode of Production" (1978), que enlaza los elementos básicos del parentesco y del matrimonio con la división del trabajo entre los sexos. Las complejidades del parentesco como un conjunto simbólico me las hizo ver el trabajo de David M. Schneider titulado "What is Kinship All About?" (1972).

Sobre el papel contradictorio del jefe dentro del orden de parentesco

y sobre la transición de parentesco a clase, véase Kirchhoff (1959), Fried (1957, 1960), Sahlins (1960; 1972:130-148, 204-210), Ruyle (1973), y Webster (1975, 1976).

Pierre-Philippe Rey en su *Les Alliances de classes* (1976), plantea el problema de cómo los modos de producción se articulan entre sí; el ensayo sobre articulación contenido en ese volumen circuló en mimeógrafo desde 1969. El artículo de Barbara Bradby, "The Destruction of Natural Economy" (1975) representa una aportación lúcida e importante. "Can We Articulate Articulation?", de Aidan Foster-Carter (1977), analiza material escrito pertinente y sus problemas.

IV. EUROPA, PRELUDIO A LA EXPANSIÓN

Para explicar la posición periférica de Europa en relación con el Levante después de la caída del Imperio romano, es preciso que nos preguntemos primeramente quién y qué fue lo que cayó. Una buena introducción a las diversas opiniones sobre el problema es el librito compilado por Mortimer Chambers titulado *The Fall of Rome* (1963). Una evaluación reciente y compleja de la cuestión es la obra de Perry Anderson, *Passages from Antiquity to Feudalism* (1978), donde se muestra con claridad que hubo un colapso político en la mitad occidental del imperio, pero simultáneamente una difusión de modelos romanos por todas las regiones rurales; sobre este particular, véase Heichelheim (1956). No hay que olvidar que mientras caía la Roma Occidental, la Oriental logró sobrevivir otros mil años. La obra máxima sobre Bizancio es la *History of the Byzantine State*, de Georg Ostrogorsky, si bien, el estudio que hace Anderson de Bizancio (1978:265-293) cita mucha literatura nueva. Mi concepto de la pinza bizantino-vikinga que circunscribió a Europa al oeste está basado en las espléndidas obras de Archibald Lewis, *Naval Power and Trade in the Mediterranean, 500-1100* (1951) y *The Northern Seas* (1958), así como en *History of the Vikings*, de Gwyn Jones (1968), que trata de las relaciones de los vikingos con el oriente (parte 2, capítulo iv).

Está faltando un mayor estudio detallado del comercio de esclavos europeos hacia el Oriente, donde hasta el siglo x constituyeron un renglón importante del comercio. Sobre la esclavitud en Bizancio véase Hadjini-colaou-Marava (1950); sobre las actividades esclavistas del Al-Radhaniya en el siglo ix, véase de López y Ramond, *Medieval Trade* (1955: 31-32, 115); sobre el tráfico vikingo de esclavos hacia el mundo islámico, véase el estremecedor relato de Ibn Fadlan, en Togan (1939);

sobre el tráfico veneciano de esclavos, *Venice*, de Lane (1973: 69). *L'esclavage*, de Charles Verlinden (1955), es la más importante fuente sobre el comercio de esclavos en los puertos del Mar Negro. Iris Origo presenta pruebas de la presencia de muchos de estos esclavos orientales en Toscana en los siglos xiv y xv (1955).

Sobre el desarrollo de las ciudades-Estados italianas, véase de Robert Reynolds, *Europe Emerges* (1961); *Economic History of Italy* (1961), de Gino Luzzatto, que incluye amplia y pertinente bibliografía; y el manual de Robert López sobre la revolución comercial de la Edad Media (1971). Todo el tema de las Cruzadas requiere ser reestudiado. En "The Mediterranean Frontiers, 1000-1400", de Reynolds (1957), se encuentran comentarios útiles sobre la expansión europea en el Mediterráneo. Heyd (1885) sigue siendo una fuente clave de la actividad comercial vinculada con la embestida religioso-política hacia el este. El renovado movimiento europeo más allá de sus fronteras después de 1400 debe verse como una respuesta a la llamada "crisis del siglo xiv". Esta crisis la estudia bien Leopold Génicot en su aportación a la *Cambridge Economic History of Europe* (1966), que además trae una amplia bibliografía. En su *Modern World-System*, Immanuel Wallerstein ofrece una presentación particularmente clara de los problemas causados por la crisis (1974:21-28). Por su parte Rodney Hilton (1951) afirma que hubo una crisis general de feudalismo. Para él las raíces de la crisis se hallan en la incapacidad de este sistema para aumentar la producción sin elevar el nivel de la exacción tributaria a los campesinos, y en las revueltas campesinas que barrieron Europa como respuesta a esta creciente explotación.

El desarrollo de Portugal está bien cubierto en *History of Portugal* (1972), de A. H. Oliveira Marques (1972). Entre mis fuentes para el estudio de la conducta de los portugueses en el exterior se cuentan: Charles R. Boxer, *The Portuguese Seaborne Empire* (1973a); Bailey W. Diffie y George D. Winius, *Foundations of the Portuguese Empire* (1977); y los dos volúmenes de Vitorino Magalhães Godinho, sobre los aspectos económicos mundiales de los descubrimientos (1963-1965).

Mis opiniones sobre España han sido conformadas por el artículo de Ángel Palerm, "El industrialismo y la decadencia" (1949). Indispensables son, de Jaime Vicens Vives, *Economic History of Spain* (1969) y su *Approaches to the History of Spain* (1970), así como la obra de John H. Elliott, *Imperial Spain 1469-1716* (1966). Palerm también me dio a conocer la obra de Ramón Carande, *Carlos V y sus banqueros* (1943, 1949). Mucho fue lo que aprendí en el relato de Ruth Pike sobre el papel de los genoveses en la apertura del Nuevo Mundo (1966).

He consultado, y me he sentido abrumado por la obra de Huguette y Pierre Chaunu que en sus ocho tomos estudia las economías de España y de Hispanoamérica; la obra se titula *Séville et l'Atlantique* (1955-1959). *American Treasure* de E. J. Hamilton (1934), obra muy discutida e impugnada, sigue siendo la obra clásica sobre el influjo de la plata de las Américas en la economía española.

Sobre el desarrollo de la República Holandesa, leí, siendo todavía estudiante, la obra de Pieter Geyl, *The Revolt of the Netherlands* (1932). La geografía histórica, por ejemplo, el trabajo de C. T. Smith (1967), sirve para situar a los Países Bajos dentro del desarrollo de la economía europea. Virginia Barbour (1963) sobre la situación de Amsterdam en el siglo xvii, y Charles Boxer (1973b) y George Masselman (1963) sobre la expansión holandesa en ultramar, nos permiten conectar fenómenos internos y externos. Considero útil el simposio sobre Inglaterra y Holanda compilado por J. S. Bromley y E. H. Kossman (1964, 1968), especialmente los trabajos (en el volumen II) de J. G. van der Dillen sobre el papel de Amsterdam y el de J. D. Roorda sobre las clases gobernantes del siglo xvii. Jan de Vries (1974) ha subrayado el alto grado de especialización alcanzado por Holanda, y ha afirmado que el éxito del país en cuanto al aprovechamiento al máximo de la tecnología del "Renacimiento" de molinos de viento, canales, mecanismos de madera y del combustible de turba frenaron la aptitud de Holanda de moverse en dirección del capitalismo industrial y de la proletarianización (de Vries, 1975).

No es fácil captar los hilos del desarrollo francés, debido tal vez a que pocos libros de historia de Francia se libran del impacto de la retórica revolucionaria de 1789. Como antropólogo me ha impresionado la diversidad de la nación, que acabó siendo puesta en concordancia debido a la fuerza de París, su centro político e ideológico. Esta impresión cobra más fuerza aún al leer a Edward W. Fox (1971) sobre las divisiones geográficas de Francia; al leer el análisis de Charles Tilly de la *Vendée* alzándose contra la revolución (1964); y la excelente y aún no publicada disertación de doctorado de Harriet Rosenberg (1975) sobre la evolución del subdesarrollo en las Queiras Alpinas. El crecimiento de la Francia hegemónica queda en claro después de leer a Henri Séc (1937), a Barrington Moore (1966) y a Theda Skocpol (1979). *French Rural History*, de Marc Bloch (1970), se ocupa del desarrollo de la base agraria francesa y de sus muchas variaciones, y ofrece contrapuntos con el curso del desarrollo agrícola inglés. Me ha parecido convincente la comparación de François Crouzet del crecimiento económico de Francia e Inglaterra durante el siglo xviii (1967).

Cobban (1964), Hobsbawm (1962) y Kemp (1971) batallan con el carácter paradójico de la Revolución francesa: burguesa pero no capitalista, inclusive anticapitalista.

Una buena comprensión de la Inglaterra medieval se obtendrá leyendo *English Society in the Early Middle Ages*, de Doris Stenton (1952), *Feudal Order*, de Marion Gibbs (1949), y la muy penetrante *On the Medieval Origins of the Modern State*, de Joseph Strayer (1970). Estas obras aclaran la aparente paradoja de la temprana unificación política del reino y su delegación simultánea de actividades legales y políticas a grupos y categorías locales. S. T. Bindoff en su *Tudor England* (1966) muestra cómo la dinastía Tudor pudo consolidar su gobierno sobre las ruinas de la aristocracia inglesa después de la Guerra (intestinal) de las Rosas y de la retirada inglesa de la Guerra de los Cien Años contra Francia. El libro de Rodney Hilton sobre la declinación de la servidumbre (1969) y, especialmente, el incisivo artículo de Robert Brenner sobre "Agrarian Class Structure and Economic Development" (1976), aclaran la contradicción entre las ganancias políticas del campesinado inglés y su asimiento cada vez menor de los recursos económicos. Alan MacFarlane (1979) se ocupa de muchas de estas cuestiones, pero toma el idealista punto de vista de que fue el individualismo inglés lo que llevó al desarrollo de la propiedad privada de la tierra, en vez de buscar la explicación de este individualismo en la condición del campesinado inglés. En mi opinión, la separación de los cultivadores ingleses de la tierra está bien tratada en la obra de Richard Tawney *Agrarian Problem in the Sixteenth Century* (1967), en la de Moore, *Democracy and Dictatorship* (1966: capítulo 1), y en el trabajo de William Lazonick sobre cotos cercados (1974). Lazonick afirma, con razón, que especialistas tales como T. S. Ashton, J. D. Chambers y G. Mingay, que sostienen que la separación del pueblo de la tierra mejoró sus probabilidades de empleo, lo hacen desde la perspectiva de un capitalismo avanzado, no de las evidencias sacadas del periodo en que el capitalismo fue instaurado. Sylvia Thrupp en su *The Merchant Class of Medieval London* (1962), se ocupa de la condición de los comerciantes en los siglos xiv y xv; y Ralph Davis en *English Overseas Trade 1500-1700* (1973) condensa sus muchos trabajos sobre el comercio exterior inglés. El desarrollo posterior de Inglaterra está bien cubierto en *Studies in the Development of Capitalism*, de Maurice Dobb (1947), en *Reformation to Industrial Revolution*, de Christopher Hill (1967) y en *England's Apprenticeship*, de Charles H. Wilson (1965), que también es autor de una buena obra sobre la rivalidad anglo-holandesa, titulada *Profit and Power* (1957). Tanto Moore (1966) como

Wallerstein (1974) emplean con perspicacia el muy abundante material sobre las fisiones y alianzas de clase de Inglaterra entre los siglos xvi y xviii.

Una vista general de la expansión europea en ultramar se logrará consultando diversos autores. Wallerstein, como siempre, da información y penetración. Andre Gunder Frank, en su *World Accumulation* (1978), detalla el alcance mundial de la acumulación de riqueza mercantil, pero llama capitalista a lo que yo llamaría, siguiendo a Marx, "la prehistoria del capital". Mucho he aprendido en la obra de Oliver C. Cox, *Foundations of Capitalism* (1959), a pesar de no estar de acuerdo con él cuando remonta las raíces del desarrollo capitalista a las ciudades-Estados italianas. Frédéric Mauro atribuye un marco temporal, entre 1600 y 1870, a la expansión europea y da un modelo útil de conexiones económicas "intercontinentales" para entre 1500 y 1800 (1961). John H. Parry ha escrito sobre el establecimiento de la hegemonía europea entre 1415 y 1715 (1966) y sobre los imperios europeos de ultramar en el siglo xviii (1971).

V. LOS IBEROS EN AMÉRICA

Desde que por los años 1950 empecé a leer y escribir sobre la América ibérica, la investigación ha abierto nuevas fuentes de información y de interpretaciones. Ha quedado bien en claro, después de los trabajos sobre la minería de plata de Peter J. Bakewell (1971), D. A. Brading (1971) y Brading y Cross (1972), que hubo poca o ninguna relación entre la gran declinación de la población nativa americana y el nivel de producción de plata. También se ha visto que en tanto que el siglo xvii fue un periodo de depresión para las madres patrias ibéricas (España y Portugal), las colonias prosperaron, aunque en formas contradictorias. El contrabando fue una de las fuentes importantes de esta prosperidad. Esto hace pensar en que buena parte de la historia del mundo debe ser reescrita a la luz de lo que hoy se ha llamado comedidamente "la economía informal". Nuevas investigaciones en regiones situadas más allá de los centros principales del gobierno colonial han revelado variaciones inesperadas y diferencias interesantes. También hoy en día se ha visto que la organización y el funcionamiento de las haciendas fue más variable de lo que se había venido creyendo. Sobre este particular, véase Magnus Mörner (1973) y el volumen sobre *Haciendas, latifundios y plantaciones* reunido por Enrique Florescano

Me han parecido valiosos los dos volúmenes de James Lang sobre España e Inglaterra en las Américas (1975) y sobre Brasil (1979). Estas obras, debidas a un sociólogo histórico con un asentamiento firme en las realidades económicas, se centran en los diferentes tipos de Estados creados por la colonización europea. Otros tratados generales enjundiosos son el de Stein y Stein (1970), que contempla a la América Latina a través del cristal de la teoría de la dependencia; el de Carmagnani (1975), particularmente útil por su estudio del comercio y de la racionalidad económica; y los incitantes ensayos compilados por Florescano (1979), entre los que figura uno que tuvo particular influencia en mi pensar, el de Palermo titulado "Sobre la formación del sistema colonial".

Va en aumento el número de trabajos debidos a historiadores versados en antropología y de antropólogos versados en historia sobre regiones y poblaciones particulares. Entre los más importantes cabe mencionar el ya clásico trabajo de Charles Gibson sobre los aztecas en la colonia (1964); la obra de William Taylor sobre Oaxaca (1972); la de Murdo MacLeod sobre América Central (1973); el trabajo de Juan y Judith Villamarín sobre Colombia (Juan Villamarín, 1972, 1975; J. y J. Villamarín, 1979); el de James Lockhardt sobre el primer siglo de la dominación española en Perú (1968, 1972); el de Karen Spalding sobre la sociedad colonial india de Perú (1974) y el de William Frederick Sharp sobre la esclavitud en el Chocó (1976); el de Michael Craton y James Walvin sobre una plantación jamaicana (1970); y el de Manuel Moreno Fraginals sobre los ingenios azucareros de Cuba (1978).

VI. EL TRÁFICO DE PIELES

El desarrollo del comercio de pieles es como tejido de sangre y oro que corre por toda la historia de la América del Norte. La etnohistoria antropológica ha empezado a convergir con la investigación de los historiadores sociales y económicos y ha producido una imagen más clara del modo en que este comercio en expansión envolvió a las poblaciones locales y a su vez fue afectado por ellas.

Una de las obras más útiles que he conocido para entender los encuentros históricos de diferentes poblaciones en América del Norte durante el periodo colonial es la obra de Gary Nash, *Red, White, and Black* (1974). Buenos trabajos sobre el comercio de pieles son los de Murry Lawson (1943), E. E. Rich (1959), Paul Phillips (1961), y

muy en particular el de Harold Innis (1956, que es una edición revisada de un clásico de 1930). Trabajos valiosos que se ocupan del comercio aparecen en varias colecciones; entre ellos destacan las contribuciones a dos conferencias (American Fur Trade Conference, 1967; Bolus, comp., 1972); dos números especiales de *Western Canadian Journal of Anthropology*, en 1972 y en 1976, bajo la dirección editorial de Bishop y Ray; y un volumen compilado por Hauptman y Campisi (1978). Eleanor Leacock y Nancy Lurie han reunido algunos relatos históricos en la obra *North American Indians in Historical Perspective* (1971), varios de los cuales versan explícitamente sobre los efectos del comercio.

Sobre las poblaciones del Noreste, Alfred Bailey escribió en 1937 un relato general sobre *The Conflict of European and Eastern Algonkian Cultures 1504-1700* (1969). Leacock (1954), escribiendo sobre los montagnais, fue el primero en detallar el impacto de la caza de animales de piel sobre la organización de territorios en que la familia se dedicaba a la caza. Francis Jennings (1976) ha estudiado la invasión europea de la costa atlántica, concentrándose específicamente en la Nueva Inglaterra. Aunque los iroqueses han desempeñado una parte importante en la antropología americana, y también en la historia de Estados Unidos, relatos documentados sinópticos sobre su desarrollo, tales como el Quain (1937) y Fenton (1971) son raros. El volumen V del nuevo *Handbook of North American Indians*; que se ocupa del Noreste (Trigger, 1978), sintetiza los resultados de la investigación sobre los iroqueses hecha por William N. Fenton, Elizabeth Tooker, Anthony Wallace y otros; contiene también una bibliografía excepcional. George Hunt (1940), Allen Trelease (1960) y Barbara Graymont (1972) se han ocupado de las intervenciones políticas externas de los iroqueses. Sobre los hurones hoy contamos con la obra en verdad destacada de Bruce Trigger, *The Children of Aataentsic* (1976); véase también la revisión que hace Fenton (1978).

La etnografía de los Grandes Lagos está cubierta en forma tradicional por Kinietz (1965), pero nuestra nueva comprensión de los ojibwas se debe por completo a Harold Hickerson y, más recientemente, a Charles Bishop. Me he basado en Hickerson (1960, 1962a) para la interpretación de la Fiesta de los Muertos y el Midewiwin y también en su *Southwestern Chippewa* (1962b) y su excelente etnohistoria, *The Chippewa and Their Neighbors* (1970). En Bishop (1976) me he basado en cuanto a un análisis de los ojibwas del norte. Peckham (1970) presenta un estudio hecho por un historiador de la revuelta Pontiac. Arthur Ray (1974) examina el papel de los indios en el comercio de la Hudson Bay Company. En los volúmenes compilados por David Damas

(1969a, 1969b) hay buenos trabajos de Edward Rogers, Richard Slobodin y June Helm.

La literatura sobre los indios de las Llanuras es rica, emocionante y poco uniforme. Quizá la mejor vista general de la adaptación de las Llanuras es la de Symmes Oliver, "Ecology and Cultural Continuity" (1974). H. Clyde Wilson (1963) ha analizado el pastoreo de las Llanuras; la disertación de doctorado de Frank Secoy (1953) es un relato magistral del surgimiento de la organización social, política y militar de las Llanuras. Edward Bruner (1961) ha estudiado el desarrollo de los mandanes en relación con el crecimiento del comercio, en tanto que Preston Holder (1970) ha delineado las contradicciones producidas por el pastoreo de caballos totalmente especializado dentro de las sociedades hortícolas de las Llanuras. Dos trabajos se ocupan específicamente de los vínculos externos de los grupos de las Llanuras: la monografía de Oscar Lewis sobre los efectos del comercio de pieles sobre los blackfoots (1942), y el muy recomendable *Cheyenne in Plains Trade Relations, 1795-1840*, de Joseph Jablow (1951). L. R. Bailey (1966) se ocupa de la propagación de las correrías en busca de esclavos en el suroeste; aún quedan por definirse sus implicaciones generales. Los cambios logísticos del comercio de pieles, con su expansión desde los Grandes Lagos hacia la cuenca del Saskatchewan no los percibí con claridad sino hasta después de haber leído *The Bison and the Fur Trade*, de Robert Merriman (1926). Una fuente interesante sobre los mestizos del río Rojo es *Stranger Empire*, de Joseph Howard (1952); véanse también McHugh (1972) y Hickerson (1956).

El librito de Philip Drucker, *The Indian of the Northwest Coast* (1963), sigue siendo una introducción útil. Erna Gunther (1972) ha reunido informes, muchos de ellos no fáciles de obtener, de los primeros viajeros europeos que estuvieron en la región. Las *Noticias de Nutka*, de 1792, por el naturalista español José Mariano Moziño, han sido traducidos recientemente (1970) al inglés. Robin Fisher (1977) es autor de un relato sobre los contactos habidos en el transcurso del tiempo entre nativos americanos y extranjeros.

En 1947, mientras cursaba mi primer año de estudios de graduado en la Universidad de Columbia, Joyce Wike terminó una destacada tesis sobre el comercio marítimo y sus efectos; todos sus trabajos posteriores (1952, 1957, 1958a, 1958b) han resultado inapreciables. Wayne Suttles y los especialistas en que ha influido han profundizado nuestra comprensión de la ecología regional; un artículo sobre la variabilidad ambiental y cultural en la región del litoral noroccidental (1960) ejemplifica su punto de vista. El estudio de Abraham Rosman y Paula

Rubel sobre el potlach (1971) examina fructíferamente el papel del intercambio de regalos en la sucesión y en el matrimonio. Para mí, el enfoque ecológico de Suttles y el estructuralista a las relaciones de grupo de Rosman y Rubel, no son opuestos, sino complementarios. Sobre los yakutats tlingits me he basado en la obra de Frederica De Laguna (1972); sobre los chilcats tlingits, en una disertación de Kalervo Oberg, de 1933, publicada en 1973; en Viola Garfield sobre los tsinsianos (1939); en el "Bella Coola" de McIlwraith sobre los bella coola (1948); en Philip Drucker sobre los nootkas (1951); en Helen Codere (1950, 1961) e Irving Goldman (1975) sobre los kwakiutles; y en June Collins sobre los skagits (1974). Siempre he pensado que el trabajo de Goldman sobre los alkatcho carriers (1940), que aparece en el volumen de Linton sobre asimilación cultural de los indios de la América norteamericana, es una pequeña obra maestra.

Mi interés en el comercio de pieles por los rusos se remonta a mi niñez, cuando leí relatos del explorador ruso Arseniev y de Dersu el Trampero, junto con *El Último de los Mohicanos* y *Winnetou*. En el terreno de la antropología, me fascinó el relato aparentemente apócrifo de los caballos piscívoros de los yakuts; James Gibson (1969:191) aporta indicios creíbles de su existencia. La obra de Robert Kerner, *The Urge to the Sea* (1942) es una fuente básica sobre la expansión rusa y el comercio de pieles. El libro de John Baddeley sobre *Russia, Mongolia, and China* (1919) trae una copia del mapa de 1673 del Remezoff Atlas. Raymond Fisher (1943) cubre el comercio ruso entre 1500 y 1700; Mark Mancall (1971) informa bien sobre el comercio con China hasta 1728; y Clifford Foust (1961, 1969) estudia el segmento chino del comercio en el siglo XVIII. E. E. Rich en su "Russia and the Colonial Fur Trade" (1955) arroja luz sobre los vínculos internacionales del comercio. James R. Gibson (1969) se adentra en la etnología siberiana al mostrar cómo el comercio de pieles se abasteció en las provincias marítimas de la Rusia asiática. En *Circumpolar Peoples* (1973), Nelson Graburn y B. Stephen Strong analizan algunos de los efectos del comercio sobre los yakuts.

VII. EL TRÁFICO DE ESCLAVOS

De adolescente leí *Kulturgeschichte Afrikas*, de Leo Frobenius (1933); por mucho tiempo sentí su fascinación aunque cada vez más ponía en duda su historia conjetural y sus interpretaciones subjetivas de "morfología cultural". La lectura de la obra de Robert Stevenson, *Population*

and Political Systems in Tropical Africa (1968), me persuadió de que era posible escribir una historia verdadera de las sociedades africanas, y de que los resultados de tal historia alterarían las perspectivas en que se estaban basando los antropólogos sociales que trabajaban en África. La obra, que al criticar la demografía funcionalista criticó también la antropología funcionalista, ha sido impugnada (véase Goody, 1973) y defendida con buen éxito (Harris, 1979:306-307). Desde más o menos 1960 ha habido un gran acopio de escritos sobre historia de África, muchos de ellos en verdad excelentes y dignos de ser leídos.

La cuestión de saber si la esclavitud en África es anterior a la llegada de los europeos o fue un fenómeno generado en gran medida por la demanda europea de fuerza de trabajo forzada, es cosa difícil que requiere más investigación. Igor Kopytoff y Suzanne Miers (1977) sostienen que la esclavitud africana no es más que una prolongación del empeño por aumentar los derechos sobre las personas, un ataque a la raíz de los sistemas africanos de parentesco y matrimonio. En su opinión, la esclavitud permitía a los grupos de parentesco aumentar su alcance admitiendo en ellos personas que no tenían el respaldo de un grupo o de un parentesco corporado; de esta suerte, lo opuesto de la esclavitud no es "libertad", sino "pertenencia". Mary Douglas arguye en estos mismos términos en su valioso trabajo sobre la pignoración (1964). Varias indagaciones han hecho ver, atinadamente, que los derechos sobre los esclavos y los derechos de los esclavos variaban muchísimo de una sociedad a otra.

Sería erróneo, sin embargo, sostener la tesis de una África compuesta totalmente por grupos igualitarios de parentesco. Desde antes de 1400 hubo Estados tributarios y sociedades ordenadas conforme al parentesco en el proceso de estratificación, como también existía el comercio de esclavos a través del Sahara y del Océano Índico. Todavía hay mucho que aprender sobre la esclavitud en el mundo islámico, a partir del siglo VIII. Raymond Mauny (1961:379) y Tadeusz Lewicki (citado en Hopkins, 1973: 82, n. 11) dicen que en las exportaciones de esclavos a través del Sahara intervinieron millones de personas. La demanda sostenida de esclavos por parte de los europeos intensificó sin duda el tráfico de negros y proporcionó el impulso estructural para la formación de aristocracias y Estados basados en las correrías e incursiones en busca de esclavos. Otras aportaciones al esclarecimiento de la esclavitud en África son las de Meillassoux (1975) y Watson (1980).

En cuanto al comercio de esclavos en el África Occidental, acudí a Philip Curtin sobre Senegambia (1975), a Walter Rodney sobre la Alta

Costa de Guinea (1970), a Kwame Daaku sobre la Costa de Oro (1970) y a Kwame Archin (1967) e Ivor Wilks (1967, 1975) sobre el desarrollo de los asantes. El trabajo de Peter Morton-Williams sobre el papel del comercio en la conformación de las políticas de asantes y oyo (1969) me dio buenos puntos de vista, como también lo hizo el trabajo de I. A. Akinjogbin sobre el desarrollo eslabonado de Oyo y Dahomey (1972). Tanto Morton-Williams (1964, 1965, 1967, 1969) como Robin Law (1975) me ayudaron a entender a los oyo, en tanto que Akinjogbin (1967, 1972) se sumó a lo que yo había aprendido sobre Dahomey en Melville Herskovits (1938), Stanley Diamond (1951) y Karl Polanyi (1966). Sobre los reinos yorubas son fuentes importantes Peter Lloyd (1954, 1965, 1968) así como William Bascom (1969); R. E. Bradbury ha escrito sobre Benin (1957, 1964). El material sobre el Delta del Níger es rico y está preñado de sorpresas. Además del material de G. I. Jones (1963) y K. O. Dike (1956) sobre comercio y política en la región del Delta, está la historia social de New Calabar de Robin Horton (1969); *Old Calabar 1600-1891*, de A. J. Latham (1973), y *The King in Every Man*, de Richard N. Henderson (1972), sobre los onitshas ibos. David Northrup da información sobre el comercio ibo (1972), y Simon Ottenberg es excelente en cuanto a oráculos y relaciones entre los grupos ibos (1958).

Sobre el África Central, *Kingdoms of the Savannah*, de Jan Vansina (1968), significa un esfuerzo precursor y la base de investigaciones posteriores. Son también importantes sus trabajos sobre rutas de comercio de larga distancia en el centro de África (1962) y sobre el origen del reino del Congo (1963). Los grandes archivos de Lisboa y Roma guardan, sin duda, riquezas insospechadas; sin embargo, Jean Cuvelier y Louis Jadin han empezado a acopiar documentos romanos sobre el Congo. Su obra *L'Ancien Congo* (1954) proporciona la base del relato de Georges Balandier sobre historia del Congo en su *Daily Life in the Kingdom of the Congo* (1968). Mucho me he basado en el profundo estudio estructural de Kajsa Ekholm (1977), que relaciona la matrilinealidad con relaciones políticas basadas en la circulación de mercancías de prestigio. Sobre Angola leí, de David Birmingham, *The Portuguese Conquest* (1965) y *Trade and Conflict* (1966), así como su profunda reevaluación de algunas interpretaciones anteriores (1972). Las obras de Joseph C. Miller sobre los *Mbundu States in Angola* (1975) y sobre "The Slave Trade in Congo and Angola" (1976) me hicieron desear haberlo leído antes. *Kingdoms*, de Vansina, dio también una base para entender la expansión luba-lunda; también sirvió al mismo fin "Notes sur le Lunda", de Jean-Luc Vellut (1972). Ian Cunnison se ocupa de las marchas

hacia el este de la expansión lunda (1956, 1957, 1961) y, por su parte, Malyn Newitt analiza la conquista portuguesa en *Portuguese Settlement on the Zambesi* (1973). *History of the Bemba*, de Andrew Roberts (1973), sitúa firmemente a los bembas en el contexto del comercio creciente en esclavos y marfil.

Las cifras sobre exportaciones de esclavos de África están tomadas de la obra de Philip Curtin, *The Atlantic Slave Trade, a Census* (1969).

VIII. EL COMERCIO Y LA CONQUISTA EN EL ORIENTE

La penetración europea en aguas de Asia debe ser vista como una continuación de intromisiones europeas anteriores en Asia. J. Innis Miller (1969) es autor de un tratado detallado sobre el comercio de especias entre Roma y Asia. La obra de López y Raymond sobre el comercio en el Mediterráneo (1955) incluye mucha información sobre relaciones comerciales europeas con Asia. López, en su obra *The Commercial Revolution of the Middle Ages* (1971), habla de la "explosión del comercio italiano" desde Groenlandia a Pekín. La expansión islámica en el sur y en el sudeste de Asia está esbozada en la *History of South-East Asia*, de Hall (1968, capítulo x), y analizada en Wertheim (1973: 13). C. G. F. Simkin (1968) se ocupa del comercio "tradicional" de Asia antes de la llegada de los europeos. La primera parte del libro de Carlo Cipolla sobre la expansión europea en ultramar (1970), que trata de "cañones y velas", ofrece una introducción excelente a la logística naval y militar del comercio marítimo europeo. Niels Steensgard (1973) es magistral en cuanto a la repercusión de ese comercio sobre el comercio continental de caravanas de Asia.

Para entender mejor la expansión portuguesa en Asia, véanse Godinho (1969), Boxer (1948, 1953, 1973a), T'ien-tse Chang (1934) y Diffie y Winius (1977). Sobre la expansión holandesa consúltense Masselman (1963), Boxer (1973b), Kristof Glamann (1958) y, muy en especial, M. A. P. Meilink-Roelofz (1962).

El sistema agrario de la India mughal fue descrito por vez primera en detalle por W. H. Moreland (1963, publicado inicialmente en 1929), pero Irfan Habib ha agregado datos nuevos en su *Agrarian Systems* (1963). Habib subraya la comercialización y el conflicto de clases; en un trabajo anterior se ocupó de la prevaleciente economía del dinero; lo tituló "Banking in Mughal India" (1960), y apareció incluido en las *Contributions* de Raychaudhuri. Howard Spodek, en su "Rulers, Merchants and Other Groups" (1974) destaca el papel de los mercaderes

y prestamistas independientes, entre otros segmentos sociales urbanos. Percival Spear ofrece una excelente introducción a la estructura del gobierno del reino mughal en su contribución al volumen editado por Leach y Mukherjee (1970).

The Men Who Ruled India, obra en dos volúmenes de Philip Woodruff (1964) ilumina el papel de los ingleses en la India. Este trabajo es grato y útil en la medida en que uno equilibre su apología del raj inglés frente a otros trabajos, tales como *Economic History of India*, de Romesh Dutt (1960), publicado originalmente en 1901, y la valoración de Ramkrishna Mukherjee de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales (1958). Una nueva historia económica de la India escrita por indios está bien representada en los dos volúmenes de ensayos editados por Ganguli (1964) y Raychaudhuri (1960). Morris D. Morris y Burton Stein han escrito un útil ensayo bibliográfico sobre la historia económica de la India (1961); el esfuerzo de Morris por evaluar positivamente la industrialización y comercialización de la India en el siglo xxx ha sido reimpresso, con comentarios apropiados, por economistas japoneses e indios, en la publicación *Indian Economic and Social History Review* (véase Morris, 1963). Los trabajos que aparecen en Leach y Mukherjee (1970) describen varias élites indias mercantiles y gubernamentales. J. H. Broomfield, en su excelente artículo "Regional Elites" (1966), ofrece buena información sobre la formación y sucesión de esas élites bajo el gobierno inglés. En su obra *The Nabobs*, Spear (1963) delinea el estilo de vida adoptado por los ingleses en la India.

Bernard S. Cohn nos ha dado varios buenos estudios sobre los efectos del gobierno inglés en el nivel local en el norte de la India. Me he basado en sus análisis del cambio legal (1959, 1961) y en su estudio sobre la interacción de sistemas políticos en la región de Benarés (1960, 1962). Tocante a información sobre Madrás, bajo los ingleses, me he basado en Holden Furber (1970). Kathleen Gough (1978) se ocupa de los cambios iniciados en Thanjavur.

Mi comprensión de la forma en que el control de la India se relacionó con la penetración comercial de China se acrecentó mucho con el interesante y amplio trabajo de Louis Dermigny, escrito al estilo Braudel, titulado *La Chine et L'Occident* (1964). Esta obra me permitió comprender la importancia del comercio y de la política clandestina en la costa sur de China en los siglos xvi y xvii. Bromley y Kossman han compilado un útil conjunto de trabajos sobre las relaciones anglo-holandesas y la competencia entre esos dos países (1964, 1968).

Abundan las obras sobre el comercio del opio. Según Michael Greenberg, ese comercio fue "probablemente el más cuantioso de su tiempo

en un solo artículo" (1951:104). Frederic Wakeman pinta los desórdenes sociales resultantes en su excelente *Strangers at the Gate* (1974). Por otra parte, *Trade and Diplomacy on the China Coast*, de John Fairbank (1953), se ha vuelto una declaración clásica sobre esta cuestión en el siglo XIX.

Al parecer se me escapó un relato satisfactorio del comercio de mercancías y de encuentros culturales en el Pacífico. Oliver (1961) y Dodge (1976) ofrecen buenas introducciones. Dos obras escritas por historiadores —H. E. Maude (1968) y R. Gerard Ward, comp. (1972)— proporcionan detalles de ciertos comercios. La colección de Ward contiene su propio ensayo sobre el comercio de holoturias (pp. 91-123). Las consecuencias de este comercio en las relaciones entre pescadores malayos y aborígenes australianos la trata C. C. MacKnight (1972); pero recuerdo un tratamiento anterior sobre el tema por W. Lloyd Warner en su obra sobre los murgines (1958, edición original, 1937, en especial el apéndice 1). Dorothy Shineberg escribió sobre el comercio de madera de sándalo en Melanesia (1966, 1967); también es autora de un trabajo perceptivo sobre la dificultad que entraña usar fusilería en los húmedos trópicos (1970). J. C. Furnas escribió sobre Hawai (1947) *Anatomy of Paradise*. Webb (1965), Levin (1968) y Davenport (1969) exploran la razón de que Hawai haya abolido su complejo sistema de tabúes; este hecho lo ha atribuido Kroeber a lo que llama "fatiga cultural" (1948:403-405).

IX. LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

Son muchos los autores que han puesto en tela de juicio la unicidad del periodo que empieza hacia 1750, y sugieren, una de dos, o que la Revolución industrial no fue más que una revolución industrial entre muchas o que simplemente fue una fase de un proceso acumulativo en marcha. Pese a esto, adopté en este capítulo la expresión *revolución industrial* porque indica un cambio cualitativo en las fuerzas productivas y en las relaciones de producción. Este modo de ver está basado en Maurice Dobb (1947) y en Paul Mantoux (1928); tanto los títulos como el contenido de *Great Transformation*, de Polanyi (1944), y de *Unbound Prometheus*, de David Landes (1969), llevan en sí el mismo modo de pensar. Aprendí mucho de Kriedte, Medick y Schlumbohm (1977); este último se basa en el concepto de proto-industrialización de Franklin Mendel (1972). La sección a cargo de Schlumbohm (pp. 194-257) que se ocupa de las limitaciones del sistema de producir para vender

me fue particularmente útil. Creo que estos autores tienen una sólida percepción analítica de los fenómenos que intervienen, si bien Pierre Jeannin (1980) les ha censurado que hayan subestimado la variabilidad debida a diferenciaciones geográficas y sociales.

Dobb (1947) y Hobsbawm (1962, 1969, 1975) me proporcionaron las guías de mi presentación, aunque también consulté a Lampard (1957), Flinn (1966) y Hartwell (1970) para conocer otras perspectivas. Hoy día se conoce muy bien el antecedente social de los primeros dueños de fábricas, especialmente merced al trabajo de S. D. Chapman (1967, 1973), a cuyos datos he dado crédito. Harold Perkin (1969) ofrece un análisis orientado sociológicamente de la sociedad inglesa en el siglo posterior a 1780; véase también Thompson (1978).

Para explicar el desarrollo de las manufacturas de algodón, la "industria porteadora" de la revolución industrial, me basé en saber sacado de mi propio patrilineaje, que había estado por generaciones en la industria textil. Entre mis fuentes básicas figuraron *Industrial Revolution*, de Mantoux (1928), el clásico de A. P. Wadsworth y Julia de L. Mann, *The Cotton Trade and Industrial Lancashire* (1931), *Cloth Industrie*, de Mann (1971), y el valioso manual de S. D. Chapman (1972). Sobre organización y administración de fábricas tuve a la mano las obras de Sidney Pollard (1965) y Reinhard Bendix (1956); mucho me ayudó la insistencia de Bowles y Gintis en que "la autoridad en el punto de producción debe servir para *revelar* la conducta del trabajador no prevista por el contrato de trabajo y salario" (1977:177).

E. P. Thompson (1966) escribió una obra hoy clásica sobre el crecimiento de la clase trabajadora inglesa. Duncan Bythell (1969) se ocupa en particular de los operadores de telares manuales, desde un punto de vista opuesto al de Thompson. Para tener información sobre el material en aumento relacionado con el reclutamiento de la clase trabajadora, de sus familias y de sus lazos de parentesco, leí a Neil Smelser (1959), que subraya la continuidad entre el trabajo doméstico y el empleo en la fábrica, así como sus (para mí, convincentes) críticos, Michael Edwards y R. Lloyd-Jones (1973); a Arthur Redford (1926), sobre migración del trabajo; y a Michael Anderson (1971) y David Levine (1977), sobre la transformación de la familia en cultivadores y artesanos crecientemente proletarizados. La obra de John Foster, *Class Struggle and the Industrial Revolution* (1974) es un estudio excelente de las comunidades en desarrollo de la clase trabajadora en tres poblaciones inglesas, entre ellas Oldham. Steven Marcus, en *Engels, Manchester, and the Working Class* (1974), presenta una opinión simpatizadora de Engels como intérprete del nuevo industrialismo capitalista.

Después de 1960 han aparecido muchos y buenos tratados sobre la esclavitud de los negros y el Algodonero Sur de Estados Unidos. Me he apartado del material con tintes moralistas sobre relaciones raciales y me he concentrado en estudios históricos empíricamente basados, tales como los de Eugene Genovese (1966, 1969), Edmund Morgan (1975), Robert Fogel y Stanley Engerman (1974), Edgar Thompson (1975) y Gavin Wright (1978), para entender mejor la relación entre esclavitud y agricultura de plantación. A diferencia de muchos de sus críticos, me inclino en favor de Fogel y Engerman, por plantear interrogantes importantes, y me he atenido a ellos en cuanto a información cuantitativa, pese a no estar de acuerdo con algunas de sus conclusiones. Me he basado en Bruchey, comp., *Cotton and the Growth of the American Economy* (1967), así como en Moore (1966: capítulo III), Dowd (1956), North (1961) y Bruchey (1965), para situar la producción de algodón del Sur dentro del contexto más amplio de la creciente economía de los Estados Unidos. Para sentir "el mundo que hicieron los esclavos", leí a Genovese (1972), Herbert Gutman (1976), John Blassingame (1972) y George Rawick (1972). Sidney Mintz y Richard Price (1976) ofrecen un criterio útil respecto a pautas culturales afroamericanas, en tanto que Gutman (1976: capítulo VIII) sugiere la forma en que estas pautas pudieron generarse.

El material escrito sobre las poblaciones norteamericanas nativas del sudeste de los Estados Unidos es sugerente y abundante, pero disparaje. John Swanton (1946) y Charles Hudson (1976) ofrecen vistas etnológicas generales. William Willis (1980) aprovecha evidencias etnohistóricas y arqueológicas para estudiar la formación de los sistemas multi-comunitarios nativos. Sobre la interacción entre colonos europeos y grupos nativos americanos a lo largo de los siglos XVII y XVIII me fueron útiles Verner Crane (1956) y David Corkran (1962, 1967). *The Five Civilized Tribes*, de G. Foreman (1934) y *The Southern Indians*, de R. S. Cotterill (1954), se han convertido en fuentes obligadas. *Priests and Warriors*, de Fred Gearing (1962), analiza la sociedad y la política cheroquíes. Gary Nash (1974: capítulo X) ofrece una enunciación condensada del cambio social y político de los crios y cheroquíes y examina las estrategias de los indios frente al avance de los blancos. Con base en el trabajo de Lauber (1913) y Winston (1934), debe indagarse más sobre la esclavitud de los indios en el sudeste; sobre la interacción de africanos, indios y blancos (Willis, 1963, 1970); y sobre el esclavizamiento de negros entre las poblaciones de indios (Willis, 1955; Perdue, 1979). William Sturtevant ha escrito sobre las relaciones indoespañolas (1962), y ha publicado un artículo excelente sobre el progreso

de los seminoles, "Creek into Seminole" (1971). Un manuscrito no publicado, de Gerald Sider, basado en su tesis de doctorado (1970), que versa sobre el sudeste, me ha sido de utilidad. Debo (1941) se ocupa de la mudanza de los indios. Me he apoyado en Michael Rogin (1975) para tener información histórica sobre el papel de Andrew Jackson en la expulsión de los americanos nativos de la región, pero en ninguna forma me he atenido a la interpretación psichistórica de Rogin.

Sobre el tópico de Egipto, empleé el análisis brillante de Alan Richard aparecido en "Primitive Accumulation in Egypt, 1798-1882" (1977), sobre la separación de Egipto del Imperio otomano, el intento de Muhammad Alí para poner en marcha un proceso autónomo de modernización y la conversión gradual de Egipto a la producción de algodón. E. R. J. Owen (1969) se ocupa concretamente del papel del algodón en la economía egipcia, y por su parte, Gabriel Baer (1962) detalla el desplazamiento del campesinado por las grandes fincas algodonerías. En otra parte, Baer (1969: capítulos II y III) esboza la disolución de la comunidad aldeana egipcia y el poderío en aumento de los sheiks locales que se volvieron terratenientes. David Landes (1958) ha estudiado la repercusión de las finanzas internacionales sobre Egipto, tópico este que exploró anteriormente Leland Jenks en un espléndido capítulo, "Bankrupting the Near East", en su obra *Migration of British Capital to 1875* (1973, publicada por vez primera en 1927).

Por lo que hace al comercio inglés del algodón, Michael Edwards (1967) trata el desenvolvimiento de ese comercio; D. C. M. Platt (1973) informa sobre las limitaciones de la América Latina como mercado para artículos de algodón; y Peter Harnetty (1972) se ocupa de la relación entre Lancashire y el mercado de la India. Morris D. Morris (1965) ha escrito un trabajo de fuste sobre la evolución de las hilanderías de algodón de Bombay y el crecimiento de su fuerza de trabajo; su ensayo titulado "The Recruitment of an Industrial Labor Force in India" (1960) establece comparaciones interesantes con el reclutamiento de la fuerza de trabajo en Inglaterra y Estados Unidos. Amalendu Guha (1972, 1973) fue mi fuente principal sobre producción india de algodón en rama entre 1750 y 1901. Richard Schermerhorn (1978:268-272) se ocupa de los antecedentes de la élite comercial parsí que participó en la industria y en el comercio del algodón. La repercusión del cultivo de algodón en Uganda se delinea en la obra de Lucy F. Mair, *An African People in the Twentieth Century* (1934) y en la de David Apter, *Political Kingdom of Uganda* (1961). La producción de algodón es también tocada en la disertación de doctorado de Beverly Gartrell sobre los funcionarios ingleses en Uganda (1979).

El papel de la construcción de ferrocarriles en la puesta nuevamente en marcha de la acumulación de capital está tratada convincentemente en Jenks (1973: capítulo v); Dobb y Hobsbawm reconocen estar en deuda con él. Daniel Thorner (1950) escribió sobre la construcción de ferrocarriles en la India, en tanto que *Transportation Revolution* (1951), de George Taylor, es una contribución sobresaliente a la historia económica de los Estados Unidos. En un capítulo titulado "The Conquest of Distance" (1966: capítulo vi), William Woodruff analiza el papel del transporte terrestre y marítimo en la unificación del globo terráqueo. Francis Hyde (1973) estudia el desarrollo del transporte y del comercio en el Lejano Oriente. Tanto Bairoch (1975) como Latham (1978) se ocupan de la baja de los costos del transporte en la segunda mitad del siglo XIX.

X. CRISIS Y DIFERENCIACIÓN EN EL CAPITALISMO

Mientras que por una parte estoy persuadido por los razonamientos de Marx de que el proceso de acumulación capitalista lleva consigo una tendencia decreciente de la tasa de ganancia, por otra creo que Otto Bauer (1907), Paul Sweezy (1942) y Ernest Mandel (1978) están en lo cierto cuando afirman que las crisis particulares pueden ser puestas en marcha por diversas causas y que pueden producir una variedad de respuestas. Quizá las crisis sean endémicas, pero su forma y el modo en que se resuelven son cosas variables y contingentes. Me parece convincente el razonamiento de Mandel (1978: capítulo I) de que la teoría de Marx sobre las crisis capitalistas tuvo por fin explicar por qué el capitalismo, pese a todas sus tendencias inherentes hacia el caos, puede funcionar.

En contraste con la posición de Lenin (1919), Luxemburgo (1922), y también de Sternberg (1929), yo sostengo que la guerra, el imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo agresivos son fenómenos contingentes, no estructurales. Roger Owen y Bob Sutcliffe (1972) han conjuntado un útil manual sobre diferentes teorías de imperialismo y sobre las diferentes estrategias imperialistas que siguen diversas naciones de Europa. Considero que el reciente intento de Giovanni Arrighi (1978) tendiente a crear un modelo estructural para analizar y predecir estas diversas reacciones está preñado de penetraciones, pero que es demasiado "cartesiano" y tipológico. A mi entender, hay dos hechos que destacan. Primero, Inglaterra se hizo del dominio del comercio mundial en el siglo XIX por medio del imperialismo y del colonialismo en la India, aunque al mismo tiempo ejerció una influencia "neocolonial" indirecta en la América La-

tina. Sobre el papel económico crucial de la India, véanse Barratt Brown (1970) y Latham (1978). Segundo, el éxito de la primera nación capitalista alteró las condiciones que encontraron las naciones que después fueron lanzadas al desarrollo capitalista; este punto lo hizo ver explícitamente el "primer nacional-socialista", Friedrich List (1789-1846), y posteriormente Alexander Gerschenkron (1962: capítulo I). Aunque la competencia entre cohortes, segmentos o fracciones capitalistas puede ser estructural, no hay razón inherente para que dicha competencia deba abarcar naciones en vez de ciudades-Estados, regiones o empresas multinacionales.

La división del terreno competitivo entre un número de naciones-Estados rivales es uno de los puntos discutibles del análisis marxista. Hoy podemos ver con más claridad de la que fue posible en el siglo XIX, que las naciones y las naciones-Estados pueden no ser otra cosa que productos históricos edificados a lo largo del tiempo y que quizá se marchiten al enfrentar procesos nuevos y transnacionales. Creo que no hay ningún argumento suficientemente satisfactorio que pueda explicar por qué una forma particular de Estado es esencial o funcional para la acumulación capitalista durante las fases estratégicas de su crecimiento, o por qué la articulación histórica de las clases requiere el desarrollo precisamente de este tipo de aparato político-económico. Queda aún mucho mineral valioso que refinar sobre esta cuestión en la obra maliciosamente difamada de Otto Bauer titulada *Nationalitätenfrage* (1907), así como en la de Karl Deutsch, *Nationalism and Social Communication* (1966). He meditado también mi cuchara tratando de dar una explicación en un trabajo que sólo está en español (Wolf, 1953). Algún progreso en cuanto a comprender lo que *hace* el Estado capitalista se encontrará en Nicos Poulantzas (1968, 1978) y en James O'Connor (1974).

Sobre cambios de fase en el desarrollo capitalista, he usado el análisis de Mandel de "ondas largas" de que habla en *Late Capitalism* (1978: capítulo IV). También acepto, en términos generales, su explicación del fenómeno, aunque percibo las críticas que se le hacen, por ejemplo, la de Rowthorn (1976). Al igual que otros muchos, Mandel continúa la tradición de Nikolai D. Kondratieff, economista y estadístico que entre 1920 y 1928 estuvo al frente del Moscow Business Conditions Institute, pero que desapareció en las purgas stalinistas que siguieron. Kondratieff formuló su hipótesis entre 1919 y 1921. Un trabajo suyo en ruso apareció en 1925, fue traducido al alemán en 1926 y traducido una vez más al inglés para un número especial de *Review* dedicado a "Cycles and Trends" (Kondratieff, 1979). Schumpeter usó el concepto de Kondratieff en *Business Cycles* (1939). El análisis de los ciclos de

Kondratieff por parte de Walt W. Rostow (1978) coincide con la interpretación de Mandel, emitida desde una posición política opuesta (véase Wallerstein, 1979:665). Hans Rosenberg, en su *Grosse Depression* (1967), emplea el concepto para interpretar la multifacética reacción alemana a la Gran Depresión del último tercio del siglo XIX.

XI. EL MOVIMIENTO DE MERCANCÍAS

Al remontar el flujo de determinados productos desde el lugar de su producción hasta el mercado, tuve en mente reunir tres aspectos que por lo general se tratan separadamente: los imperativos que se derivan de los requerimientos de la acumulación de capital; las consecuencias ecológicas de cosechar o criar un determinado producto, o de extraer una cierta sustancia; y las consecuencias que sufre la gente cuyo trabajo es movilizad para estos fines. Incluí determinadas mercancías en mi estudio porque se trató de artículos cuantitativamente significativos en los mercados mundiales; porque economistas, geógrafos económicos e historiadores han prestado alguna atención a las transformaciones ocasionadas por la producción en gran escala de estas mercancías, y porque los antropólogos tenían cosas que decir respecto a las poblaciones atrapadas en esas transformaciones.

Mi estudio sobre las plantaciones debe mucho al interés que he compartido con Sidney Mintz en la dialéctica entre plantaciones y campesinos y que data de nuestra participación común en el estudio que hizo Julian Steward sobre Puerto Rico; véase Steward *et al.* (1956: capítulos VII y IX), así como las revaloraciones que aparecen en el estudio de Duncan, comp. (1978), especialmente el trabajo de William Roseberry. Entre los diversos escritos sobre el tema figuran los de Mintz sobre el tipo de plantación (1959b), sobre campesinos en el Caribe (1961, 1979a), y sobre "la definición de campesinos" (1973); la de Wolf sobre subcultura y clases en los sistemas de plantación (1959), y sobre los campesinos en general (1966); y por Wolf y Mintz sobre diferentes tipos de fincas grandes (1957). Edgar Thompson ha hecho grandes aportaciones a la comprensión de la agricultura de plantación; sus numerosos escritos sobre el tema se han reunido en un volumen (1975). Es también útil el modelo de Lloyd Best sobre "la economía de plantación pura" (1968) y el libro de George Beckford sobre la plantación como fuente de subdesarrollo (1972).

Entre los muchos estudios hechos por antropólogos de la comercialización por los campesinos, me llamó particularmente la atención el empe-

ño de Mintz por entender los sistemas de mercado como "mecanismos de articulación social" (1959a). Para mí el mercado está compuesto por relaciones entre clases, no por hogares que actúen como "agentes del mercado". En contraste con la teoría económica neoclásica, que trata a las capacidades de los hogares como valores estables y que sostiene que la competencia en el mercado los gradúa conforme a su eficiencia relativa para emplear estos factores, acepto la tesis de Edward Nell de que "los mercados distribuyen el ingreso conforme al poder relativo" (1973:95). La yuxtaposición de Nell de los paradigmas opuestos de la economía neoclásica ortodoxa y lo que él llama economía política "Clásica-marxista" es superlativamente clara y concisa.

Sobre la producción del trigo en América del Norte, consulté *Prairie Frontier*, de Paul Gates (1973); la obra, ya clásica, de Walter Webb titulada *The Great Plains* (1931), y *Great Plains in Transition*, de Charles Kraenzel (1955). Especialmente valioso fue el brillante trabajo de Harriet Friedmann sobre "World Market, State, and Family Farm" (1978). James Scobie (1964) ha escrito una historia excelente de la producción del trigo en Argentina. Max Weber (1979) y Alexander Gerschenkron (1943) han estudiado la producción *junker* de trigo. Sobre el cultivo comercial de granos en Rusia me atuve a la historia económica de Peter I. Lyashchenko (1949) y a un trabajo de Patricia Herlihy sobre el papel de Odesa en el comercio de exportación de granos (1972). La evolución de la producción de arroz en Birmania está bien estudiada en la obra de Michael Adas, *The Burma Delta* (1974). Sobre Tailandia véase *Rice and Man* de Lucian Hanks (1972); sobre Vietnam véase *Economic Development*, de Charles Robequain (1944), y el capítulo II, históricamente orientado, de *Economics of Insurgency*, de Robert Sansom (1970).

Mucho debo al trabajo de Arnold Strickon titulado "The Euro-American Ranching Complex" (1965), para tener una mejor comprensión de la producción ganadera después de 1860; en ese trabajo se comparan las producciones del oeste norteamericano y de Argentina. Webb (1931) vuelve a ser indispensable para entender los rebaños ganaderos en la América del Norte, como también lo es la obra de E. S. Osgood, *Day of the Cattleman* (1957). Joe Frantz y Julian Choate (1955) han escrito sobre mitos y realidades del vaquero norteamericano, que es tópico que requiere más investigación; sobre los vaqueros negros, véase Durham y Jones (1965). El trabajo de Strickon y su disertación (1960) son muy útiles sobre Argentina, como también lo es la reinterpretación de Tulio Halperin-Donghi de la polaridad de lo escrito por Sarmiento sobre Civilización y Barbarie en su *Aftermath of Revolution* (1973: capítulo III).

Sobre Australia es bueno leer el volumen editado por G. Greenwood (1955), que contiene un muy buen trabajo de Ronald Hartwell sobre la "ascendencia pastoral". Me aprovecharon mucho los comentarios de Rosecrance (1964) y de Burt (1957) sobre las consecuencias políticas del pastoreo en Australia.

Es mucho el material escrito sobre el cultivo del plátano y la historia del negocio y de las compañías plataneras; en cambio se ha prestado mucha menos atención al destino de las poblaciones locales afectadas. Me he basado en *Banana Empire*, de Charles Kepner y Jay Soothill (1935), *Social Aspects of the Banana Industry*, de Kepner (1936), *Empire in Green and Gold*, de Charles Wilson (1947), y el estudio biográfico de Watt Stewart sobre Minor C. Keith, fundador de la United Fruit Company (1964). Michael Olien (1970) se ocupa del papel de las poblaciones negras, con referencia especial a Costa Rica.

Abundan los trabajos sobre el azúcar. Entre los que fueron de importancia especial para mi comprensión de los problemas respectivos figuran la voluminosa *History of Sugar*, de Noel Deerr (1949); *Cuban Counterpoint*, de Fernando Ortiz (1947); los escritos de Mintz sobre las plantaciones de azúcar en Puerto Rico (especialmente 1956, 1974); el estudio de Solomon Miller sobre las plantaciones azucareras en el litoral de Perú (1967); y el estudio de Clifford Geertz sobre la intercalación de la caña de azúcar con arrozales de subsistencia en Java (1963). "Time, sugar and sweetness"; de Mintz (1979b), señala un punto de partida nuevo e interesante sobre la cuestión de la dinámica cultural de la alimentación.

All About Coffee, de William Ukers (1935), es una guía práctica sobre la producción y comercialización del café que contiene mucha información. Casos concretos sobre regiones cafetaleras se encuentran en mi tesis de doctorado sobre las tierras altas de Puerto Rico (Steward *et al.*, 1956: capítulo VII), en el excelente trabajo sobre la Venezuela andina (en prensa), de William Roseberry, y en el magnífico relato histórico sobre el sur de Brasil de Warren Dean (1976) que se ha descrito en el capítulo XII. Es probable que Alain Dessaint haya sido el primer antropólogo en destacar la migración de mano de obra en Mesoamérica y las repercusiones de la producción de café sobre las comunidades nativas americanas (1962). Todavía no tenemos una historia sobre las cafeterías y sus efectos sobre la sociabilidad de los pueblos de Europa; son sugerentes los comentarios de Braudel (1973b:184-187). Sobre la costumbre inglesa de beber té, véase Forrest (1973).

Además de las fuentes de tráfico de opio enunciadas en el capítulo VIII, me he atendido a Alain y William Dessaint para captar adecua-

damente las mecánicas y consecuencias de la producción de opio (A. Dessaint, 1971, 1972; W. Dessaint y A. Dessaint, 1975). Los volúmenes editados por Peter Kunstadter sobre *Southeast Asian Tribes, Minorities, and Nations* (1967) incluyen datos etnográficos sobre el cultivo del opio entre las poblaciones montañosas de la tierra firme del sudeste de Asia. *Politics of Heroin* de Alfred McCoy (1972) se ocupa del crecimiento de la producción de heroína después de la segunda Guerra Mundial.

Para analizar los cambios debidos al cultivo del caucho entre los mundurucús me he basado en el estudio de Robert Murphy (1958, 1960); sin embargo, su relato sobre la historia primitiva de este pueblo ha sido puesto en duda por Alcida Ramos (1978). Está haciendo falta un estudio detallado de los efectos del comercio del caucho sobre las poblaciones de la Amazonia. Mientras tanto debemos conformarnos con relatos sobrecogedores tales como el de Richard Collier sobre los barones del caucho del Amazonas (1968). En cuanto a la producción de caucho en Malaya me basé en la obra de G. C. Allen y A. G. Donithorne titulada *Western Enterprise in Indonesia and Malaya* (1962), en *Planters and Speculators* de James Jackson (1968), y en el estudio de una plantación cauchera por Ravindra Jain (1970). Sobre la producción de cacao en África Occidental me documenté en la historia económica de A. Hopkins (1973), en el excelente libro de Polly Hill sobre los plantadores migratorios de cacao en Ghana (1963), y en el sumario de investigación sobre Costa de Marfil de Rodolfo Stavenhagen (1975: Segunda Parte), que interpreta buena parte del material escrito francés. Keith Hart me permitió leer su manuscrito todavía no publicado sobre el desenvolvimiento de la agricultura comercial en el África Occidental (1979).

En cuanto a África del Sur me basé en la valiosa geografía histórica de N. C. Pollock y Swanzie Agnew (1963) y en los dos volúmenes de la *Oxford History of South Africa* editados por Monica Wilson y Leonard Thompson (1969-1971). Mucho me sirvió el trabajo de Benjamin Magubane titulado "The Politics of History in South Africa" (1978). Sobre los hechos concretos de la matanza de reses en Xhosa, véase Keller (1978).

XII. LOS NUEVOS TRABAJADORES

Este capítulo se inspiró en varias fuentes convergentes, una de las cuales fue la "nueva sociología urbana", que se ocupa de las ciudades como sitios de acumulación e inversión de capital, depósitos de trabajo

y como focos de intervención del Estado. Respecto a esta situación fueron aportaciones importantes *The Urban Question* de Manuel Castells (1977) y *Social Justice and the City*, de David Harvey (1973). Me he basado también en el análisis que hace Castells de las tendencias de la investigación en su "Urban Sociology and Urban Politics" (1975) y el material escrito que se cita ahí. Un estudio importante y una vista general de esta dirección de la investigación es el trabajo de Sharon Zukin titulado "A Decade of the New Urban Sociology" (1980). Algunos trabajos recientes en antropología urbana comparten inquietudes similares. Véase el examen que hace Jack Rollwagen en "New Directions in Urban Anthropology" (1980).

La nueva historia del trabajo proporciona un segundo cuerpo de material relacionado con este capítulo. Varios buenos ejemplos de estos trabajos son: *The Making of the English Working Class*, de Thompson (1966); *Labouring Men*, de Hobsbawm (1964); *Les Mineurs de Carmaux*, de Rolande Trempé (1964), y el estudio de Alan Dawley sobre Lynn, Massachusetts (1976). Estos autores escriben una historia social que trata de situar a las clases trabajadoras en una matriz social y cultural más ancha e históricamente cambiante, en vez de centrarse en la clase trabajadora o sobre los organismos de trabajo. Una enunciación programática de este enfoque se encuentra en el trabajo de Georges Haupt, "Why the History of the Working-Class Movement?" (1978). Una vista general de esta tendencia en los Estados Unidos se podrá ver en el trabajo de David Brody titulado "The Old Labor History and the New" (1979). En antropología hubo un movimiento temprano en esa dirección, a cargo de Godfrey Wilson, el aporreado director del Rhodes-Livingstone Institute (1938-1941). Lo que Wilson llamó "distribalización" en su obra *The Economics of Detribalization* (1941-1942) no fue otra cosa que el proceso de formación de la clase trabajadora en el Rhodesian Copper Belt. Sobre Wilson y sobre su esfuerzo por efectuar "un matrimonio de Marx y Malinowski", véase el imparcial relato de Richard Brown (1973).

Una tercera inspiración para este capítulo fue la nueva literatura sobre migración. Los trabajos anteriores sobre el tema versaban principalmente sobre la migración como resultado colectivo de esfuerzos hechos por individuos o grupos por mejorar sus condiciones de vida y buscaron explicaciones de su éxito o fracaso en los procesos culturales de asimilación o pluralismo. Esta nueva investigación sobre migración procura mirarla en términos internacionales como resultado de cambios políticos y económicos en las sociedades "enviantes" así como de variaciones en la demanda de trabajo de parte de las sociedades "recipien-

tes". Entre las contribuciones que me han resultado valiosas, destacan el esfuerzo de Marios Nikolinos de establecer una teoría general de migración en el capitalismo "tardío" (1975) junto a la crítica que ha Teodor Shanin de este estudio (1978); los trabajos de Saskia Sassen-Koob sobre mano de obra migrante e inmigrante (1978, 1981); y "Migration and Underdevelopment" de Alejandro Portes (1978). Algunos comentarios interesantes desde un punto de vista antropológico aparecen en el artículo de Anthony Leeds titulado "Women in the Migratory Process" (1976). Un esfuerzo exitoso por aplicar las perspectivas del nuevo enfoque al caso particular de Puerto Rico se puede encontrar en el volumen escrito por la History Task Force (1979).

Una cuarta directriz que aproveché fue el trabajo sobre segmentación del mercado de trabajo. Este concepto apareció por vez primera en "Balkanization of Labor Markets", de Clark Kerr (1954); con posterioridad se ha tratado en diversos escritos; de entre ellos, los más significativos fueron *Theories of Poverty and Underemployment*, de David Gordon (1972), y *Labor Market Segmentation*, compilado por Edwards, Reich y Gordon (1975). Edna Bonacich (1972) ha hecho un esfuerzo innovador por relacionar el "mercado de trabajo-escindido" con cuestiones de antagonismo étnico. Este enfoque general que toma en consideración cambiantes mercados de trabajo y colocación cambiante de grupos dentro de ellos, evita el modelo estático y limitador de una jerarquía de ocupaciones como nichos para grupos supuestamente estables, y mercados culturalmente.

Entre lo publicado sobre migración a Estados Unidos, considero de gran utilidad la obra de Maldwyn Jones, *American Immigration* (1960) e *Inmigrant Workers*, de Gerald Rosenblum (1973). También aprendí de *Pacific Migration to the United States*, de Shirley Hune (1977). La principal fuente sobre el mercado chino de trabajo sigue siendo *Chinese Coolie Emigration*, de Persia Crawford Campbell (1923). Hugh Tinker, en *A New System of Slavery* (1974), se ocupa del mercado de trabajo indio; también me documenté en el relato de Kathleen Gough sobre los efectos del comercio en Thanjavur (1978).

Sobre África del Sur, regresé a S. H. Frankel (1938) sobre el tema de inversión de capital y a la sección sobre el sur y el este de África por H. J. Simons, en Linton, comp., *Most of the World* (1949); ambas obras las leí en la escuela de graduados. La obra que Simons escribiría después con Ruth Simons, *Class and Color* (1969), también resultó útil. Benjamin M. Magubane ha escrito un buen trabajo titulado *Political Economy of Race and Class* (1979); véase también el interesante examen de David Kaplan (1979). Los capítulos escritos por D. Ho-

bart Houghton y David Welsh en la *Oxford History of South Africa* (Wilson y Thompson, comps., 1971: volumen II) son informativos; los artículos aparecidos en la colección editada por Palmer y Parsons (1977), uno de Martin Legassick sobre el paso de la minería a la industria y otro de Colin Bundy sobre el campesinado transkei, son de lo más útil. Charles Van Onselen, que además es autor de un libro sobre trabajo en las minas africanas en Rodesia del Sur (1976), ha escrito sobre la creación de una fuerza de trabajo doble, negra y blanca, en el Rand (1979), en tanto que Francis Wilson (1972) se ha ocupado especialmente del trabajo en las minas de oro. Harold Wolpe (1972) y Michael Burawoy (1976) se ocupan, desde puntos de vista más o menos diferentes, de la intercalación de las reservas de mano de obra y de los lugares mineros tan característica de la evolución del sur y del centro de África bajo auspicios capitalistas.

La sección de este capítulo sobre Río Claro en Brasil se basa en el estudio histórico de Warren Dean (1976). Sobre Singapur ofrecen buena información William Roff (1967), que trata del nacionalismo malayo, y Maurice Freedman sobre migrantes chinos (1960).

El concepto de "sociedades plurales" fue propuesto inicialmente por J. S. Furnivall en escritos sobre Indonesia y Birmania (1939, 1948), y desarrollado por M. G. Smith, sobre todo en su *Plural Society in the British West Indies* (1965). Ya es abundante la literatura sobre el concepto y sus usos; una iniciación conveniente en la problemática pertinente, con bibliografía, es el volumen compilado por Leo Despres, *Ethnicity and Resource Competition in Plural Societies* (1975).

PALABRAS FINALES

El colofón representa un esfuerzo por repensar el concepto antropológico de cultura a la luz del pensamiento marxista de ideología y de sociología del conocimiento. La gama de escritores sobre el tema va de Friedrich Engels, August Thalheimer, Franz Borkenau, Antonio Gramsci, Louis Althusser y Stuart Hall del lado marxista, a sociólogos del conocimiento que hacen remontar su linaje a Max Weber y Wilhelm Dilthey. Georg Lukács, Lucien Goldmann y Karl Mannheim han combinado las dos tradiciones, aunque de modos diferentes. Talal Asad, Steve Barnett y Martin Silverman, Maurice Bloch, Stephan Feuchtwang, Jonathan Friedman, Maurice Godelier y Joel Kahn han empleado de modos diferentes el concepto marxista de ideología en análisis antropológicos.

El concepto de alternativas ideológicas o variantes, producido dentro

y entre sociedades, informa el trabajo de Claude Lévi-Strauss; sin embargo, Lévi-Strauss ve la relación de Naturaleza y Cultura como algo que pasa directamente por la mente humana. Yo sostengo que el pensamiento es influido por el modo de producción prevaeciente. El concepto de hegemonía se deriva de los escritos de Antonio Gramsci. Raymond Williams (1973) ha trabajado brillantemente el concepto de formas alternas y opuestas. El concepto de acentos diferenciales aparece en Volosinov (1973), y el de contrapuntos en Willem Wertheim (1974). Sigo creyendo que las ciencias humanas no pueden "hacerla" sin un concepto de cultura. Creo que este análisis es una contribución al debate en marcha sobre cómo puede ser rehecho el concepto a la luz de los nuevos modos de ver las cosas.

BIBLIOGRAFÍA

- Abraham, D. P. 1961. "Maramuca: An Exercise in the Combined Use of Portuguese Records and Oral Tradition", *Journal of African History* 2: 211-245.
- . 1962. "The Early Political History of the Kingdom of Mwene Mutapa (850-1589)". En *Historians in Tropical Africa: Proceedings of the Leverhulme Inter-Collegiate History Conference Held at the University College of Rhodesia and Nyasaland*, 1960, pp. 61-92. Salisbury: International African Institute.
- . 1964. "Ethno-History of the Empire of Mutapa, Problems and Methods". En *The Historian in Tropical Africa*. Jan Vansina, R. Mauny, y L. V. Thomas, comps., pp. 104-121. Londres. Oxford University Press.
- . 1966. "The Roles of the 'Chaminuka' and the Mhondoro-Cults in Shona Political History". En *The Zambesian Past*. Eric. T. Stokes y R. Brown, comps., pp. 28-46. Manchester: Manchester University Press.
- Abun-Nasr, Jamil M. 1971. *A History of the Maghrib*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Adams, Robert McC. 1965. *Land Behind Baghdad: A History of Settlement on the Diyala Plain*. Chicago: University of Chicago Press.
- Adas, Michael. 1974. *The Burma Delta: Economic Development and Social Change on the Rice Frontier, 1852-1941*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Ajayi, J. F. Ade, y Michael Crowder, comps., 1972. *History of West Africa*, vol. I. Nueva York: Columbia University Press.
- Akinjogbin, I. A. 1967. *Dahomey and Its Neighbors, 1708-1818*. Cambridge: Cambridge University Press.
- . 1972. "The Expansion of Oyo and the Rise of Dahomey 1600-1800". En *History of West Africa*, vol. I. J. F. Ade Ajayi y Michael Crowder, comps., pp. 304-343. Nueva York: Columbia University Press.
- Albion, Robert G. 1939. *The Rise of New York Port, 1815-1860*. Nueva York: Scribner's.
- Allen, G. C., y A. G. Donnithorne. 1962. *Western Enterprise in Indonesia and Malaya*. Londres: Allen & Unwin.
- Alpers, Edward. 1968. "The Mutapa and Malawi Political Systems". En *Aspects of Central African History*. Terence O. Ranger, comp., pp. 1-28. Evanston, IL: Northwestern University Press.
- Altheim, Franz. 1954. *Gesicht vom Abend und Morgen*. Francfort del Meno: Fischer Bücherei.
- . 1960. *Zarathustra und Alexander*. Francfort del Meno: Fischer Bücherei.
- Althusser, Louis, y Etienne Balibar. 1970. *Reading Capital*. Nueva York: Pantheon Books. [Para leer 'El Capital', Siglo XXI, México, 1969.]

- American Fur Trade Conference. 1967. *Selected Papers of the 1965 American Fur Trade Conference*. St. Paul: Minnesota Historical Society.
- Amin, Samir. 1973a. *Neo-Colonialism in West Africa*. Harmondsworth: Penguin Books.
- . 1973b. *Le développement inégal*. París: Les Éditions de Minuit.
- Anderson, Michael. 1971. *Family Structure in Nineteenth Century Lancashire*. Cambridge University Press.
- Anderson, Perry. 1974. *Lineages of the Absolutist State*. Londres: New Left Books.
- . 1978. *Passages from Antiquity to Feudalism*. Londres: Verso.
- Anstey, Roger. 1977. "The Profitability of the Slave Trade in the 1840s". En *Comparative Perspectives on Slavery in New World Plantation Societies*. Vera Rubin y Arthur Tuden, comps., pp. 84-93. Annals of the New York Academy of Sciences, vol. 292. Nueva York: New York Academy of Sciences.
- Apter, David E. 1961. *The Political Kingdom of Uganda: A Study in Bureaucratic Nationalism*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Arhin, Kwame. 1967. "The Structure of Greater Ashanti (1700-1824)". *Journal of African History* 8: 65-85.
- Arrighi, Giovanni. 1978. *The Geometry of Imperialism: The Limits of Hobson's Paradigm*. Londres: New Left Books.
- Asad, Talal, comp. 1973. *Anthropology and the Colonial Encounter*. Londres: Ithaca Press.
- Baddelèy, John F. 1919. *Russia, Mongolia, and China*. 2 vols. Londres: Macmillan.
- Baer, Gabriel. 1962. *A History of Landownership in Modern Egypt*. Londres: Oxford University Press.
- . 1969. *Studies in the Social History of Modern Egypt*. Publication of the Center for Middle Eastern Studies, núm. 4. Chicago: University of Chicago Press.
- Bagwell, Philip S., y G. E. Mingay. 1970. *Britain and America 1850-1939: A Study of Economic Change*. Nueva York: Praeger.
- Bailey, Alfred G. 1969. *The Conflict of European and Eastern Algonkian Cultures 1504-1700: A Study in Canadian Civilization*. Toronto: University of Toronto Press. (Publicado inicialmente en 1937.)
- Bailey, F. G. 1957. *Caste and the Economic Frontier*. Manchester: Manchester University Press.
- . 1960. *Tribe, Caste, and Nation*. Manchester: Manchester University Press.
- Bailey, L. R. 1966. *Indian Slave Trade in the Southwest: A Study of Slave-taking and the Traffic in Indian Captives from 1700-1935*. Great West and Indian Series, vol. 32. Los Angeles: Westernlore Press.
- Bairoch, Paul. 1975. *The Economic Development of the Third World Since 1900*. Berkeley, Los Angeles, Londres: University of California Press.

- Bakewell, Peter J. 1971. *Silver Mining and Society in Colonial Mexico: Zacatecas, 1546-1700*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Balandier, George. 1968. *Daily Life in the Kingdom of the Congo From the Sixteenth to the Eighteenth Century*. Nueva York: Pantheon Books.
- . 1970. *The Sociology of Black Africa: Social Dynamics in Central Africa*. Nueva York: Praeger.
- Balazs, Étienne. 1964. *Chinese Civilization and Bureaucracy*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Banu, Ion. 1967. *La formation sociale 'tributaire'. Recherches Internationales à la Lumière du Marxisme*, núms. 57-58. Número especial: *Premières sociétés des classes et mode de production asiatique*, pp. 251-253. París: Éditions de la Nouvelle Critique.
- Barbour, Violet. 1963. *Capitalism in Amsterdam in the Seventeenth Century*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Barloewen, Wolf-Dietrich von. 1961. *Abriss der Geschichte Antiker Randkulturen*. Munich: Oldenbourg.
- Barratt Brown, Michael. 1970. *After Imperialism*. Nueva York: Humanities Press.
- Barrett, Ward J., y Stuart B. Schwartz. 1975. "Comparación entre dos economías azucareras coloniales: Morelos, México y Bahía, Brasil. En *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*. Enrique Florescano, comp., pp. 532-572. México: Siglo XXI Editores.
- Bascom, William. 1969. *The Yoruba of Southwestern Nigeria*. Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.
- Bauer, Otto. 1907. *Die Nationalitätenfrage und die Sozialdemokratie. Marx-Studien*, vol. 2. Max Adler y Rudolf Hilferding, comps. Viena: Volksbuchhandlung Ignaz Brand.
- Bean, Richard. 1974. "A Note on the Relative Importance of Slaves and Gold in West African Exports". *Journal of African History* 15: 351-356.
- Beckford, George L. 1972. *Persistent Poverty: Underdevelopment in Plantation Economies of the Third World*. Nueva York: Oxford University Press.
- Benda, Henry J. 1972. *Continuity and Change in Southeast Asian History*. Yale University Southeast Asian Studies Monograph Series, núm. 18, New Haven, CT: Yale University Southeast Asian Studies.
- Bendix, Reinhard. 1956. *Work and Authority in Industry: Ideologies of Management in the Course of Industrialization*. Nueva York: Wiley.
- Berremen, Gerald. 1979. *Caste and Other Inequities*. Meerut, India: Folklore Institute.
- Bertin, Jacques, Serge Bonin y Pierre Chaunu. 1966. *Les Philippines et le Pacifique des Ibériques, XVIIe—XVIIe—XVIIIe siècles, Construction Graphique*. París: École Pratique des Hautes Études, Sección VI, SEVPEN.
- Best, Lloyd A. 1968. *Outlines of a Model of Pure Plantation Economy*. Social and Economic Studies 17: 282-326.

- Béteille, André. 1969. *Castes: Old and New*. Bombay: Asia Publishing House.
- Bindoff, S. T. 1966. *Tudor England. The Pelican History of England*. vol. 5. Harmondsworth: Penguin Books.
- Birmingham, David. 1965. *The Portuguese Conquest of Angola*. Londres: Oxford University Press.
- . 1966. *Trade and Conflict in Angola: The Mbundu and Their Neighbors Under the Influence of the Portuguese 1483-1790*. Oxford: Clarendon Press.
- . 1972. "The African Response to Early Portuguese Activities in Angola". En *Protest and Resistance in Angola and Brazil*. Ronald Chilcote, comp., pp. 11-28. Berkeley, Los Angeles, Londres: University of California Press.
- Bishop, Charles A. 1976. "The Emergence of the Northern Ojibwä: Social and Economic Consequences". *American Ethnologist* 3: 39-54.
- Bishop, Charles A. y Arthur J. Ray, comps., 1976. *The Fur Trade and Culture Change: Resources and Methods*. Edición especial. *Western Canadian Journal of Anthropology* 6 (1).
- Blassingame, John. 1972. *The Slave Community: Plantation Life in the Antebellum South*. Nueva York: Oxford University Press.
- Bloch, Marc. 1961. *Feudal Society*. 2 vols. Chicago: University of Chicago Press. (Publicado originalmente en francés en 1939-1940.)
- . 1970. *French Rural History: An Essay on Its Basic Characteristics*. Berkeley, Los Angeles, Londres: University of California Press. (Publicado originalmente en francés en 1931.)
- Boas, Franz. 1921. *Ethnology of the Kwakiutl Based on Data Collected by George Hunt*. 35th Annual Report of the Bureau of American Ethnology, parte 2, pp. 795-1481. Washington, D.C.
- Bolus, Malvina, comp. 1972. *People and Pelts: Selected Papers of the Second North American Fur Trade Conference*. Winnipeg, Manitoba: Peguis.
- Bonacich, E. 1972. "A Theory of Ethnic Antagonism: The Split-Labor Market". *American Sociological Review* 5: 533-547.
- Borochoy, Ber. 1937. *Nationalism and the Class Struggle: A Marxian Approach to the Jewish Question*. Nueva York: Poale-Zion.
- Bovill, E. W. 1968. *The Golden Trade of the Moors*. Nueva York: Oxford University Press. (1a. ed., 1933, *Caravans of the Old Sahara*.)
- Bowles, Samuel y Herbert Gintis. 1977. "The Marxian Theory of Value and Heterogeneous Labour: A Critique and Reformulation". *Cambridge Journal of Economics* 1: 173-192.
- Bowser, Frederick P. 1974. *The African Slave in Colonial Peru 1524-1650*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Boxer, Charles B. 1948. *Fidalgos in the Far East, 1550-1770; Fact and Fancy in the History of Macao*. La Haya: M. Nijhoff.
- . 1953. *South China in the Sixteenth Century, Being the Narratives*

- of Galeote Pereira, Fr. Gaspar da Cruz, O.P.Fr. Martin de Rada, O.E.S.A., 1550-1575. Londres: Hakluyt Society.
- . 1973a. *The Portuguese Seaborne Empire 1415-1825*. Harmondsworth: Penguin Books.
- . 1973b. *The Dutch Seaborne Empire 1600-1800*. Harmondsworth: Penguin Books.
- Bradbury, R. E. 1957. *The Benin Kingdom and the Edo-Speaking Peoples of South-western Nigeria. Ethnographic Survey of Africa: Western Africa*, parte 13. Londres: International African Institute.
- . 1964. "The Historical Uses of Comparative Ethnography: Data with Special Reference to Benin and Yoruba". En *The Historian in Tropical Africa*. Jan Vansina, R. Mauny y L. V. Thomas, comps., pp. 145-160. Londres: Oxford University Press.
- Bradby, Barbara. 1975. "The Destruction of Natural Economy". *Economy and Society* 4: 127-161.
- Brading, D. A. 1971. *Miners and Merchants in Bourbon Mexico 1768-1810*. Cambridge: Cambridge University Press. [Hay edición española del FCE, México, 1975.]
- . 1977. "The Haciendas as an Investment". En *Haciendas and Plantations in Latin American History*. Robert G. Keith, comp. pp. 135-140. Nueva York: Holmes & Meier.
- Brading, D. A. y Harry E. Cross. 1972. "Colonial Silver Mining: Mexico and Peru". *Hispanic American Historical Review* 52: 545-579.
- Bramson, Leon. 1961. *The Political Context of Sociology*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Braudel, Fernand. 1972. *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, vol. 1. Nueva York: Harper & Row.
- . 1973a. *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, vol. 2. Nueva York: Harper & Row.
- . 1973b. *Capitalism and Material Life 1400-1800*. Nueva York: Harper & Row.
- Brenner, Robert. 1975. "England, Eastern Europe, and France: Socio-Historical Versus Economic Interpretation". En *Failed Transitions to Modern Industrial Society: Renaissance Italy and Seventeenth Century Holland*. Frederick Krantz y Paul M. Hohenberg, comps., pp. 68-71. Montreal: Interuniversity Centre for European Studies.
- . 1976. "Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe". *Past and Present* 70: 30-75.
- Brody, David. 1979. "The Old Labor History and the New: In Search of an American Working Class". *Labor History* 20: 111-126.
- Bromley, J. S. y E. H. Kossmann, comps., 1964. *Britain and the Netherlands*. Groningen: Wolters.
- . 1968. *Britain and the Netherlands in Europe and Asia*. Londres: Macmillan.

- Broomfield, J. H. 1966. "The Regional Elites: A Theory of Modern Indian History". En *Modern India: An Interpretative Anthology*. Thomas R. Metcalf, comp., pp. 60-70. Londres: Macmillan.
- Brown, James A. 1975. "Spiro Art and Its Mortuary Context". En *Death and the Afterlife in Pre-Columbian America*. Elizabeth P. Benson, comp., pp. 1-32. Washington, DC: Dumbarton Oaks Research Library and Collections, Trustees for Harvard University.
- Brown, Judith K. 1975. "Iroquois Women: An Ethnohistoric Note". En *Toward an Anthropology of Women*. Rayna Rapp Reiter, comp., pp. 235-251. Nueva York: Monthly Review Press.
- Brown, Richard. 1973. "Anthropology and Colonial Rule: Godfrey Wilson and the Rhodes-Livingstone Institute, Northern Rhodesia". En *Anthropology and the Colonial Encounter*. Talal Asad, comp., pp. 173-197. Londres: Ithaca Press.
- Bruchey, Stuart W. 1965. *The Roots of American Economic Growth 1607-1861: An Essay in Social Causation*. Nueva York: Harper & Row.
- Bruchey, Stuart W., comp. 1967. *Cotton and the Growth of the American Economy: 1790-1860, Sources and Readings*. Nueva York: Harcourt, Brace and World.
- Bruner Edward M. 1961. "Mandan." En *Perspectives in American Indian Culture Change*. Edward H. Spicer, comp., pp. 187-227. Chicago: University of Chicago Press.
- Bulliet, Richard. 1975. *The Camel and the Wheel*. Cambridge: Harvard University of Chicago Press.
- Bundy, Colin. 1977. "The Transkei Peasantry, c. 1890-1914: Passing Through a Period of Stress". En *The Roots of Rural Poverty in Central and Southern Africa*. Robin Palmer y Neil Parsons, comps., pp. 201-220. Berkeley, Los Angeles, Londres: University of California Press.
- Burawoy, Michael. 1976. "The Functions and Reproduction of Migrant Labour: Comparative Material from Southern Africa and the United States". *American Journal of Sociology* 81: 1050-1087.
- . 1979. "The Anthropology of Industrial Work". *Annual Review of Anthropology* 8: 231-266.
- Burt, A. L. 1957. "If Turner Had Looked at Canada, Australia, and New Zealand When He Wrote about the West". En *The Frontier in Perspective*. Walker D. Wyman y Clifton B. Kroeber, comps., pp. 60-77. Madison: University of Wisconsin Press.
- Bythell, Duncan. 1969. *The Handloom Weavers: A Study in the English Cotton Industry During the Industrial Revolution*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cahen, Claude. 1955. "L'Histoire économique et sociale de l'orient musulmane médiéval". *Studia Islamica* 3: 93-116.
- . 1957. "Les facteurs économiques et sociaux dans l'ankylose culturelle de l'Islam". En *Classicisme et déclin culturel dans l'histoire de l'Islam*, pp. 195-207. Paris: Besson et Chantemerle.

- Cahen, Claude. 1959. "Mouvements populaires et autonomisme urbain dans l'Asie musulmane de moyen-âge". *Arabica* 5: 225-250; 6: 25-56, 233-265.
- . 1965. "Quelques problèmes concernant l'expansion économique musulmane jusqu'au XIIe siècle". En *Occidente e l'Islam nell'alto medioevo*, vol. 1, pp. 391-432. Spoleto: Centro Italiano di Studi sull'alto Medioevo.
- Cairncross, A. K. 1953. *Home and Foreign Investment, 1870-1913*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Caldwell, Joseph R. 1958. *Trend and Tradition in the Prehistory of the Eastern United States*. American Anthropological Association, Memoir 88.
- . 1962. "Eastern North America". En *Courses Toward Urban Life: Archaeological Considerations of Some Cultural Alternatives*. Robert J. Braidwood y Gordon R. Willey, comps., pp. 288-308. Viking Fund Publications in Anthropology, vol. 32. Chicago: Aldine.
- Campbell, Mavis C. 1977. "Marronage in Jamaica: Its Origin in the Seventeenth Century". En *Comparative Perspectives on Slavery in New World Plantation Societies*. Vera Rubin y Arthur Tuden, comps., pp. 389-419. Annals of the New York Academy of Sciences, vol. 292. New York Academy of Sciences.
- Campbell, Persia Crawford. 1923. *Chinese Coolie Emigration to Countries Within the British Empire*. Studies in Economics and Political Science, London School of Economics, Monograph No. 72. Londres: P. S. King and Son.
- Carande y Thobar, Ramón. 1943. *Carlos V y sus banqueros*. Madrid: Revista de Occidente.
- . 1949. *La Hacienda real de Castilla*. Madrid: Sociedad de Estudios y Publicaciones.
- Carmagnani, Marcello. 1975. *L'America latina dal '500 a oggi: Nascita, espansione e crisi di un sistema feudale*. Milán: Feltrinelli.
- Carrasco, Pedro, et al. 1976. *Estratificación social en la Mesoamérica prehispánica*. México: SEP-INAH.
- Carrasco, Pedro y Johanna Broda, comps. 1977. *Economía, política e ideología en Mesoamérica*. México: Nueva Imagen.
- Castells, Manuel, 1975. "Urban Sociology and Urban Politics: From a Critique to New Trends of Research". *Comparative Urban Research* 3: 7-13.
- . 1977. *The Urban Question*. Londres: Edward Arnold. (Publicado originalmente en francés en 1972.)
- Castles, Stephen y Godula Kosack. 1973. *Immigrant Workers and Class Structure in Western Europe*. Londres. Oxford University Press.
- Centre d'études et de Recherches Marxistes. 1969. *Sur le 'mode de production asiatique'*. Paris: Éditions Sociales.
- . 1971. *Sur le féodalisme*. Paris: Éditions Sociales.
- Chambers, Mortimer, comp. 1963. *The Fall of Rome: Can It Be Explained? European Problem Studies*. Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.
- Chaney, Elsa M. 1979. "The World Economy and Contemporary Migration". *International Migration Review* 13: 204-212.

- Chang, T'ien-Tse. 1934. *Sino-Portuguese Trade from 1514 to 1644*. Leiden: Brill.
- Chapman, S. D. 1967. *The Early Factory Masters: The Transition to the Factory System in the Midlands Textile Industry*. Newton Abbot: David and Charles.
- . 1972. *The Cotton Industry in the Industrial Revolution*. Studies in Economic History prepared for the Economic Historical Society. Londres: Macmillan.
- . 1973. "Industrial Capital Before the Industrial Revolution: An Analysis of the Assets of a Thousand Textile Entrepreneurs c. 1730-50". En *Textile History and Economic History: Essays in Honour of Miss Julia de Lacy Mann*. N. B. Harte y K. G. Ponting, comps., pp. 113-137. Manchester: Manchester University Press.
- Chaunu, Huguette y Pierre Chaunu. 1955-1959. *Séville et L'Atlantique 1504-1650*. 8 vols., vol. 1, Paris: Lib. Armand Colin, vols. 2-8, Paris: SEVPEN.
- Chaunu, Pierre. 1960. *Les Philippines et le Pacifique des Ibériques (XVIe, XVIIe, XVIIIe siècles)*. Introduction Méthodologique et indices d'activité. Ports-Routes-Trafics, vol. 11. Paris: SEVPEN.
- Cheong, W. E. 1965. "Trade and Finance in China: 1784-1834; a Reappraisal". En *Les grandes voies maritimes dans le monde, XV-XIXe siècles: Rapports présentés aux XIIIe Congrès International des Sciences Historiques par la Commission Internationale d'Histoire Maritime*, pp. 277-290. Paris: Bibliothèque Générale de l'École Pratique des Hautes Études, sección VI.
- Chesneaux, Jean. 1962. *Le mouvement ouvrier Chinois de 1919 à 1927*. École Pratique des Hautes Études-Sorbonne, Sección XVI: Sciences Économiques et Sociales. Le Monde d'Outre-Mer Passé et Présent, Première Série, Études XVII. La Haya: Mouton.
- . 1964. "Le mode de production asiatique: quelques perspectives de recherches". *La Pensée* 114: 47-53.
- Childe, V. Gordon. 1946. *What Happened in History*. Nueva York: Penguin Books.
- Chittick, H. Neville. 1972. "The Coast Before the Arrival of the Portuguese". En *Perspectives on the African Past*. Martin A. Klein y G. Wesley Johnson, comps., pp. 93-106. Boston: Little, Brown.
- Cipolla, Carlo M. 1962. *The Economic History of World Population*. Baltimore: Penguin Books.
- . 1970. *European Culture and Overseas Expansion*. Harmondsworth: Penguin Books.
- Cobban, Alfred. 1964. *The Social Interpretation of the French Revolution*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Codere, Helen. 1950. *Fighting with Property: A Study of Kwakiutl potlatching and Warfare, 1972-1930*. American Ethnological Society, Monograph No. 18. Nueva York: J. J. Augustin.

- Codere, Helen. 1961. "Kwakiutl". En *Perspectives in American Indian Culture Change*. Edward H. Spicer, comp., pp. 431-516. Chicago: University of Chicago Press.
- Coedès, George. 1962. *Les peuples de la Péninsule Indochinoise*. Paris: Dunod.
- . 1964. *Les états hindouisés d'Indochine et d'Indonésie*. Paris: E. de Bocard.
- Cohen, Yehudi A. 1969. "Ends and Means in Political Control: State Organization and the Punishment of Adultery, Incest, and Violation of Celibacy". *American Anthropologist* 71: 658-687.
- Cohn, Bernard S. 1959. "Some Notes on Law and Change in North India". *Economic Development and Cultural Change* 8: 79-93.
- . 1960. "The Initial British Impact on India: A Case Study of the Benares Region". *Journal of Asian Studies* 19: 419-424.
- . 1961. "From Indian Status to British Contract". *Journal of Economic History* 21: 613-628.
- . 1962. "Political Systems in Eighteenth Century India: The Benares Region". *Journal of the American Oriental Society* 82: 312-320.
- . 1971. *India: The Social Anthropology of a Civilization*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Coleman, D. C. 1973. "Textile Growth". En *Textile History and Economic History: Essays in Honour of Miss Julia de Lacy Mann*. N. B. Harte y K. G. Ponting, comps., pp. 1-12. Manchester: Manchester University Press.
- Colletti, Lucio. 1973. *Marxism and Hegel*. Londres: New Left Books (Publicado originalmente en italiano en 1969.) [*El marxismo y Hegel*, 2 vols., Grijalbo, México.]
- Collier, Richard. 1968. *The River That God Forgot: The Dramatic Story of the Rise and Fall of the Despotism Amazon Rubber Barons*. Nueva York: Dutton.
- Collins, June McCormick. 1950. "Growth of Class Distinctions and Political Authority Among the Skagit Indians During the Contact Period". *American Anthropologist* 6: 331-342.
- . 1974. *Valley of the Spirits: The Upper Skagit Indians of Western Washington*. American Ethnological Society, Monograph No. 56. Seattle: University of Washington Press.
- Colombia Today. 1979. "La Ciudad Perdida—Major Colombian Archaeological Find". *Colombia Today* 14 (4). Nueva York: Colombian Information Service.
- Cook, M. A., comp. 1970. *Studies in the Economic History of the Middle East*. Nueva York: Oxford University Press.
- Copans Jean, comp. 1975. *Anthropologie et impérialisme*. Paris: François Maspéro.
- Corkran, David H. 1962. *The Cherokee Frontier: Conflict and Survival, 1740-1762*. Norman: University of Oklahoma Press.
- . 1967. *The Creek Frontier, 1540-1783*. Norman: University of Oklahoma Press.

- Cotterill, R. S. 1954. *The Southern Indians: The Story of the Civilized Tribes Before Removal*. Norman: University of Oklahoma Press.
- Cox, Oliver C. 1959. *The Foundations of Capitalism*. Londres: Peter Owen.
- Crane, Verner W. 1956. *Southern Frontier, 1670-1732*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Craton, Michael. 1974. *Sinews of Empire: A Short History of British Slavery*. Garden City, NY: Anchor Books, Doubleday.
- Craton, Michael, y James Walvin. 1970. *A Jamaican Plantation: The History of Worthy Park 1620-1970*. Toronto: University of Toronto Press.
- Crouzet, François. 1967. "England and France in the Eighteenth Century: A Comparative Analysis of Two Economic Growths". En *The Causes of the Industrial Revolution in England*. Richard Hartwell, comp., pp. 139-174. Londres: Methuen.
- Cunnison, Ian. 1956. "Perpetual Kinship: A Political Institution of the Luapula Peoples". *Human Problems in British Central Africa* 20: 28-48.
- . 1957. "History and Genealogies in a Conquest State". *American Anthropologist* 59: 20-31.
- . 1961. "Kazembe and the Portuguese, 1789-1832". *Journal of African History* 2: 61-76.
- Curtin, Philip D. 1969. *The Atlantic Slave Trade, a Census*. Madison: University of Wisconsin Press.
- . 1975. *Economic Change in Precolonial Africa: Senegambia in the Era of the Slave Trade*. Madison: University of Wisconsin Press.
- . 1977. "Slavery and Empire". En *Comparative Perspectives on Slavery in New World Plantation Societies*. Vera Rubin y Arthur Tuden, comps., pp. 3-11. Annals of the New York Academy of Sciences, vol. 292. Nueva York: New York Academy of Sciences.
- Cuvelier, Jean, y Louis Jadin. 1954. *L'Ancien Congo d'après les archives romaines (1518-1640)*. Institut Royal Colonial Belge (Brussels). Section des Sciences Morales et Politiques, Mémoires, vol. 36. Bruselas: Académie Royale des Sciences d'Outre-Mer.
- Daaku, Kwame Yeboa. 1970. *Trade and Politics on the Gold Coast 1600-1720: A Study of the African Reaction to European Trade*. Oxford: Clarendon Press.
- Damas, David, comp. 1969a. "Contributions to Anthropology: Band Societies. Proceedings of the Conference on Band Organization, Ottawa, 1965". *National Museums of Canada Bulletin* núm. 228. Anthropological Series núm. 84.
- . 1969b. "Contributions to Anthropology: Ecological Essays. Proceedings of the Conference on Cultural Ecology, Ottawa, 1966". *National Museums of Canada Bulletin* núm. 230. Anthropological Series núm. 86.
- Davenport, William. 1969. "The 'Hawaiian Cultural Revolution': Some Political and Economic Considerations". *American Anthropologist* 71: 1-20.

- Davidson, Brasil, con F. K. Buah y J. F. Ade Ajayi. *A History of West Africa to the Nineteenth Century*. Garden City, NY: Anchor Books, Doubleday.
- Davis, David Brion. 1966. *The Problem of Slavery in Western Culture*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Davis, Kingsley. 1965. "The Urbanization of the Human Population". *Scientific American* 213: 41-53.
- Davis, Ralph. 1954. "English Foreign Trade, 1660-1700". *Economic History Review* 7: 150-166.
- . 1962. "English Foreign Trade, 1700-1774". *Economic History Review* 15: 285-299.
- . 1973. *English Overseas Trade 1500-1700*. Londres: Macmillan.
- Dawley, Alan. 1976. *Class and Community: The Industrial Revolution in Lynn*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Dean, Warren. 1976. *Rio Claro: A Brazilian Plantation System, 1820-1920*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Debo, Angie. 1941. *The Road to Disappearance*. Norman: University of Oklahoma Press.
- Deerr, Noel. 1949-1950. *The History of Sugar*. 2 vols. Londres: Chapman and Hall.
- De Laguna, Frederica. 1972. *Under Mount Saint Elias: The History and Culture of the Yakutat Tlingit*. 3 partes. Smithsonian Contributions to Anthropology, vol. 7. Washington, DC: Smithsonian Institution Press.
- Dermigny, Louis. 1964. *La Chine et l'Occident: Le commerce à Canton au XVIIIe siècle, 1719-1833*, 3 vols. + álbum. *Ports-Routes-Trafics*, vol. 18. École Pratique des Hautes Études, sección VI, Centre de Recherches Historiques. París: SEVPEN.
- Despres, Leo A., comp. 1975. *Ethnicity and Resource Competition in Plural Societies. World Anthropology: An Interdisciplinary Series*. La Haya: Mouton.
- Dessaint Alain Y. 1962. "Effects of the Hacienda and Plantation Systems on Guatemala's Indians". *América Indígena* 22: 323-354.
- . 1971. "Lisu Migration in the Thai Highlands". *Ethnology* 10: 329-348.
- . 1972. "The Poppies Are Beautiful This Year". *Natural History* 81: 31-37, 92-96.
- Dessaint, William Y. y Alain Y. Dessaint. 1975. "Strategies in Opium Production". *Ethnos* 1-4: 153-168.
- Deutsch, Karl W. 1954. *Political Community at the International Level: Problems of Definition and Measurement*. Doubleday Short Studies in Political Science. Garden City, NY: Doubleday.
- . 1966. *Nationalism and Social Communication: An Inquiry into the Foundations of Nationality*. Cambridge, MA: MIT Press. (1a. ed., 1953.)
- Diamond, Stanley. 1951. *Dahomey: A Proto-State in West Africa*. Tesis de doctorado. Departamento de Antropología de la Universidad de Columbia.

- Diffie, Bailey W., y George D. Winius. 1977. *Foundations of the Portuguese Empire 1415-1580. Europe and the World in the Age of Expansion*, vol. 1 (Series). Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Dike, K. Onwuka. 1956. *Trade and Politics in the Niger Delta, 1830-1885*. Oxford: Clarendon Press.
- Dillon Richard. 1962. *The Hatchet Men: The Story of the Tong Wars in San Francisco's Chinatown*. Nueva York: Coward-McCann.
- Di Peso, Charles. 1974. *Casas Grandes: A Fallen Trading Center of the Gran Chichimeca*. 3 vols. Dragoon, AZ: Amerind Foundation; Flagstaff, AZ: Northland Press.
- Disraeli, Benjamin. 1954. *Sybil, or The Two Nations*. Harmondsworth: Penguin Books. (1a. ed., 1845.)
- Dixon, Russell A., y E. Kingman Eberhardt. 1938. *Economic Institutions and Cultural Change*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Dobb, Maurice. 1947. *Studies in the Development of Capitalism*. Nueva York: International Publishers.
- Dobyns, Henry F. 1963. "An Outline of Andean Epidemic History to 1720". *Bulletin of the History of Medicine* 37: 493-515.
- Docker, Edward Wybergh. 1970. *The Blackbirders: The Recruiting of South Sea Labour for Queensland, 1863-1907*. Sydney: Angus and Robertson.
- Dodge, Ernest S. 1976. *Islands and Empires: Western Impact on the Pacific and East Asia*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Douglas, David C. 1969. *The Norman Achievement, 1050-1120*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- Douglas, Mary. 1964. "Matriliny and Pawnship in Central Africa". *Africa* 34: 301-313.
- Douglas, Paul. 1930. *Real Wages in the United States: 1890-1926*. Boston: Houghton Mifflin.
- Dowd, Douglas F. 1956. "A Comparative Analysis of Economic Development in the American West and South". *Journal of Economic History* 16: 558-574.
- . 1974. *The Twisted Dream: Capitalist Development in the United States Since 1776*. Cambridge, MA: Winthrop.
- Downs, Richard. 1967. "A Kelantanese Village of Malaya". En *Contemporary Change in Traditional Societies*, vol. 2. Julian H. Steward, comp., pp. 107-186. Urbana: University of Illinois Press.
- Drucker, Philip. 1951. "The Northern and Central Nootkan Tribes". *Bureau of American Ethnology*, Bulletin 144.
- . 1963. *Indians of the Northwest Coast*. American Museum Science Books. Nueva York: Natural History Press. (1a. ed., 1955.)
- Dumont, Louis. 1957. *Une sous-caste de l'Inde du Sud*. La Haya: Mouton.
- . 1970. *Homo Hierarchicus: An Essay on the Caste System*. Chicago: University of Chicago Press. (Publicado originalmente en francés en 1966.)
- Duncan, Ronald J., comp. 1978. "Social Anthropology in Puerto Rico". Edición especial. *Revista/Review Interamericana* 8: 3-64.

- Durham, Philip y Everett L. Jones. 1965. *The Negro Cowboys*. Nueva York: Dodd, Mead.
- Dutt, Romesh Chunder. 1960. *The Economic History of India*. 2 vols. Classics of Indian History and Economics. Nueva Delhi: Publications Division, Ministry of Information and Broadcasting, Government of India. (1a. ed., 1901.)
- Duyvendak, J. J. L. 1949. *China's Discovery of Africa*. Londres: Probsthain.
- Eberhard, Wolfgang. 1977. *A History of China*. Berkeley, Los Angeles, Londres: University of California Press. (Publicado inicialmente en alemán en 1948.)
- Edwards, Michael M. 1967. *The Growth of the British Cotton Trade 1780-1815*. Manchester: Manchester University Press.
- Edwards, Michael M., y R. Lloyd-Jones. 1973. "N. J. Smelser and the Cotton Factory Family: A Reassessment". En *Textile History and Economic History: Essays in Honour of Miss Julia de Lary Mann*. N. B. Harte y K. G. Ponting, comps., pp. 304-319. Manchester: Manchester University Press.
- Edwards, Richard, Michael Reich y Thomas E. Weisskopf, comps. 1972. *The Capitalist System*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Ekholm, Gordon F., y Gordon R. Willey, comps. 1966. *Archaeological Frontiers and External Connections. Handbook of Middle American Indians*, vol. 4. Robert Wauchope, comp. general. Austin: University of Texas Press.
- Ekholm, Kajsa. 1978. "External Exchange and the Transformation of Central African Social Systems". En *The Evolution of Social Systems: Proceedings of a meeting of the Research Seminar in Archaeology and Related Subjects*, Institute of Archaeology, London University. Jonathan Friedman y Michael J. Rowlands, comps., pp. 115-136. Londres: Duckworth.
- Elias, Norbert, 1939. *Über den Prozess der Zivilisation*. 2 vols. Basel: Haus zum Falken.
- Elliott, J. H. 1966. *Imperial Spain 1469-1716*. Nueva York: Mentor Books, New American Library.
- . 1970. *The Old World and the New 1492-1650*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Elvin, Mark. 1973. *The Pattern of the Chinese Past*. Londres: Eyre Methuen.
- Embee, John F. 1950. "Thailand, A Loosely Structured Social System". *American Anthropologist* 52: 181-193.
- Engels, Friedrich. 1971. *The Condition of the Working Class in England*. W. O. Henderson y W. H. Chaloner, trads. y comps., Oxford: Brasil Blackwell. (Publicado originalmente en francés en 1845.)
- Engler, Robert. 1968. "Social Science and Social Consciousness: The Shame of the Universities". En *The Dissenting Academy*. Theodore Roszak, comp., pp. 182-207. Nueva York: Vintage Books.
- Epstein, A. L. 1958. *Politics in an Urban African Community*. Manchester: Manchester University Press.

- Fage, J. D., y R. A. Oliver, comps., 1970. *Papers in African Prehistory*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Fairbank, John K. 1953. *Trade and Diplomacy on the China Coast: The Opening of the Treaty Ports, 1842-1854*. 2 vols. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Fairbanks, John K., Edwin O. Reischauer, y Albert M. Craig. 1973. *East Asia: Tradition and Transformation*. Boston: Houghton Mifflin.
- Fals Borda, Orlando. 1976. *Capitalismo, hacienda y poblamiento en la Costa Atlántica*. 2a. ed. rev. Bogotá: Editorial Punta de Lanza.
- Feinman, Gary. 1978. *The Causes of the Population Decline in Sixteenth Century New Spain*. Paper written for Ethnology and Ethnography of Mesoamerica, U 732.02. Program in Anthropology, Graduate Center, City University of New York.
- Fenton, William N. 1971. "The Iroquois in History". En *North American Indians in Historical Perspective*. Eleanor B. Leacock y Nancy O. Lurie, comps., pp. 129-168. Nueva York: Random House.
- . 1978. "Huronian: An Essay in Proper Ethnohistory". *American Anthropologist* 80: 922-935.
- Feuchtwang, Stephan. 1975. "Investigating Religion". En *Marxist Analyses and Anthropology*. Maurice Bloch, comp., pp. 61-82. Association of Social Anthropologists, Studies No. 2. Londres: Malaby.
- Fieldhouse, D. K. 1967. *The Colonial Empires: A Comparative Survey from the Eighteenth Century*. Nueva York: Delacorte Press.
- Finer, Samuel E. 1975. "State- and Nation- Building in Europe: The Role of the Military". En *The Formation of National States in Western Europe*. Charles Tilly, comp., pp. 84-163. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Fisher, Raymond H. 1943. *The Russian Fur Trade, 1550-1700*. University of California Publications in History, vol. 31. Berkeley y Los Angeles: University of California.
- Fisher, Robin. 1977. *Contact and Conflict: Indian-European Relations in British Columbia, 1774-1890*. Vancouver: University of British Columbia Press.
- Flinn, M. W. 1966. *The Origins of the Industrial Revolution*. Nueva York: Barnes & Noble.
- Florescano, Enrique, comp. 1975. *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*. Simposio de Roma, org. por CLACSO. México: Siglo XXI Editores.
- . 1979. *Ensayos sobre el desarrollo económico de México y América Latina (1500-1975)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Fogel, Robert W., y Stanley L. Engerman. 1974. *Time on the Cross: The Economics of American Negro Slavery*, vol. 1. Boston: Little, Brown.
- Foner, Philip S. 1941. *Business and Slavery: The New York Merchants and the Irrepressible Conflict*. Nueva York: Russell and Russell.
- Foreman, G. 1934. *The Five Civilized Tribes*. Norman: University of Oklahoma Press.

- Forrest, Denys. 1973. *Tea for the British: The Social and Economic History of a Famous Trade*. Londres: Chatto and Windus.
- Fortes, Meyer. 1953. "The Structure of Unilineal Descent Groups". *American Anthropologist* 55: 17-41.
- Foster, John. 1979. *Class Struggle and the Industrial Revolution: Early Industrial Capitalism in Three English Towns*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Foster-Carter, Aidan. 1977. "Can We Articulate Articulation?". *New Left Review* 107: 47-77.
- Foust, C. M. 1961. "Russian Expansion to the East Through the 18th Century". *Journal of Economic History* 21: 469-482.
- . 1969. *Muscovite and Mandarin: Russia's Trade with China and Its Setting, 1727-1805*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Fowler, Melvin L. 1971. "Agriculture and Village Settlement in the North American East: The Central Mississippi Valley Area, a Case History". En *Prehistoric Agriculture*. Stuart Struever, comp., pp. 391-403. Garden City, NY: Natural History Press.
- Fox, Edward. 1971. *History in Geographic Perspectives: The Other France*. Nueva York: W. W. Norton.
- Fox, Richard G. 1971. *Kin, Clan, Raja, and Rule: State-Hinterland Relations in Preindustrial India*. Berkeley, Los Angeles, Londres: University of California Press.
- . 1976. "Lineage Cells and Regional Definition in Complex Societies". En *Regional Analysis*, vol. 2. Carol A. Smith, comp. pp. 95-121. Nueva York: Academic Press.
- Frank, Andre Gunder. 1966. "The Development of Underdevelopment". *Monthly Review* 18: 17-31.
- . 1967. "Sociology of Development and Underdevelopment of Sociology". *Catalyst* (Buffalo) 3: 20-73.
- . 1978. *World Accumulation 1492-1789*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Frankel, S. H. 1938. *Capital Investment in Africa*. Londres: Oxford University Press.
- Frantz, Joe B., y Julian E. Choate, Jr. 1955. *The American Cowboy: The Myth and the Reality*. Norman: University of Oklahoma Press.
- Freedman, Maurice. 1960. "Immigrants and Associations: Chinese in Nineteenth-Century Singapore". *Comparative Studies in Society and History* 3: 25-48.
- Freeman-Grenville, G. S. P. 1962. *The Medieval History of the Coast of Tanganyika*. Londres: Oxford University Press.
- French, David. 1961. "Wasco-Wishram". En *Perspectives in American Indian Culture Change*. Edward H. Spicer, comp., pp. 337-430. Chicago: University of Chicago Press.
- Fried, Morton H. 1952. "Land Tenure, Geography and Ecology in the Con-

- tact of Cultures". *American Journal of Economics and Sociology* 11: 391-412.
- . 1957. "The Classification of Corporate Unilineal Descent Groups". *Journal of the Royal Anthropological Institute* 87: 1-29.
- . 1960. "On the Evolution of Social Stratification and the State". En *Culture in History*. Stanley Diamond, comp., pp. 713-731. Nueva York: Columbia University Press.
- . 1966. "On the concepts of 'tribe' and 'tribal society'". *Transactions of the New York Academy of Sciences* (Serie 2) 28: 527-540.
- . 1967. *The Evolution of Political Society: An Essay in Political Anthropology*. Nueva York: Random House.
- . 1975. *The Notion of Tribe*. Menlo Park, CA: Cummings.
- Friedman, Jonathan. 1974. "Marxism, Structuralism and Vulgar Materialism". *Man* 9: 444-469.
- . 1975. "Tribes, States, and Transformation". En *Marxist Analyses and Social Anthropology*. Maurice Bloch, comp., pp. 161-202. Association of Social Anthropologists, Studies No. 2. Londres: Malaby Press.
- . 1979. *System, Structure and Contradiction: The Evolution of Asiatic' Social Formations*. Social Studies in Oceania and South East Asia, No. 2. Copenhagen: Museo Nacional de Dinamarca.
- Friedmann, Harriet. 1978. "World Market, State, and Family Farm: Social Bases of Household Production in the Era of Wage Labor". *Comparative Studies in Society and History* 20: 545-586.
- Frobenius, Leo. 1933. *Kulturgeschichte Afrikas: Prolegomena zu einer historischen Gestaltenlehre*. Zurich: Phaidon-Verlag.
- Furber, Holden. 1970. "Madras Presidency in the Mid-Eighteenth Century". En *Readings on Asian Topics: Papers Read at the Inauguration of the Scandinavian Institute of Asian Studies 16-18 September 1968*. Kristof Glamann, comp., pp. 108-121. Serie Monográfica del Instituto Escandinavo de Estudios Asiáticos, No. 1. Lund: Studentlitteratur.
- Furnas, J. C. 1947. *Anatomy of Paradise: Hawaii and the Islands of the South Seas*. Nueva York: William Sloane Associates. (1a. ed., 1937.)
- Furnivall, J. S. 1939. *Netherlands India: A Study of Plural Economy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- . 1948. *Colonial Policy and Practice: A Comparative Study of Burma and Netherlands India*. Londres: Cambridge University Press.
- Furtado, Celso. 1963. *The Economic Growth of Brazil: A Survey from Colonial to Modern Times*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- Ganguli, B. N., comp. 1964. *Readings in Indian Economic History: Proceedings of the First All-India Seminar on Indian Economic History, 1961*. Londres: Asia Publishing House.
- Garfield, Viola E. 1939. *Tsimshian Clan and Society*. University of Washington Publications in Anthropology, vol. 7, No. 3. Seattle: University of Washington Press.

- Gartrell, Beverly. 1979. *The Ruling Ideas of a Ruling Elite: British Colonial Officials in Uganda, 1944-52*. Tesis de doctorado, Program in Anthropology, Graduate School, City University of New York. Nueva York.
- Gates, Paul W. 1973. *Landlords and Tenants on the Prairie Frontier: Studies in American Land Policy*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Gearing, Fred. 1962. *Priests and Warriors: Social Structures for Cherokee Politics in the 18th Century*. American Anthropological Association, Memoir 93, vol. 64, núm. 5, parte 2.
- Geertz, Clifford. 1963. *Agricultural Involution: The Processes of Ecological Change in Indonesia*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- Génicot, Leopold. 1966. "Crisis: From the Middle Ages to Modern Times". En *The Cambridge Economic History of Europe*, vol. 2: *The Agrarian Life of the Middle Age*. M. M. Postan, comp., pp. 660-741. Cambridge: Cambridge University Press.
- Genovese, Eugene D. 1966. *The Political Economy of Slavery: Studies in the Economy and Society of the Slave South*. Nueva York: Pantheon Books.
- . 1969. *The World the Slaveholders Made: Two Essays in Interpretation*. Nueva York: Pantheon Books.
- . 1972. *Roll, Jordan, Roll: The World the Slaves Made*. Nueva York: Pantheon Books.
- Gerschenkron, Alexander. 1943. *Bread and Democracy in Germany*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- . 1962. *Economic Backwardness in Historical Perspective*. Nueva York: Praeger.
- Geyl, Pieter. 1932. *The Revolt of the Netherlands (1559-1609)*. Londres: William and Norgate.
- Ghirschman, Roman. 1954. *Iran, from the Earliest Times to the Islamic Conquest*. Harmondsworth: Penguin Books.
- Gibbs, Marion. 1949. *Feudal Order: A Study of the Origins and Development of English Feudal Society*. Londres: Cobbett Press.
- Gibson, Charles. 1964. *The Aztecs Under Spanish Rule: A History of the Indians of the Valley of México 1519-1810*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Gibson, James R. 1969. *Feeding the Russian Fur Trade: Provisionment of the Okhotsk Seaboard and the Kamchatka Peninsula 1639-1856*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Glamann, Kristof. 1958. *Dutch Asian Trade, 1620-1740*. La Haya: M. Nijhoff.
- . 1971. "European Trade 1500-1750". En *The Fontana Economic History of Europe*, vol. 2: *1500-1700, The Sixteenth and Seventeenth Centuries*. Separata. Carlo M. Cipolla, comp. Londres: Fontana.
- Godelier, Maurice. 1965. "La notion de mode de production asiatique". *Temps Modernes* 20: 2002-2027.

- Godelier, Maurice. 1966. *Rationalité et irrationalité en économie*. Paris: François Maspéro.
- . 1977. "Dead Sections and Living Ideas in Marx's Thinking on Primitive Society". En *Perspectives in Marxist Anthropology*. Maurice Godelier, comp., pp. 99-124. Cambridge Studies in Social Anthropology, No. 18. Cambridge: Cambridge University Press. (Publicado inicialmente en francés en 1973.)
- Godinho. Viterino Magalhães. 1963-1965. *Os descobrimentos e a economia mundial*. 2 vols. Lisboa: Editora Arcádia.
- . 1969. *L'économie de l'empire Portugais aux XVe et XVIe siècles*. École Pratique des Hautes Études, sección VI, Centre de Recherches Historiques. Paris: SEVPEN.
- Goitein, S. D. 1956-1957. "The Rise of the Near Eastern Bourgeoisie in Early Islamic Times". *Cahiers d'histoire mondiale* 3: 583-604.
- . 1964. "Artisans en Méditerranée orientale au haut Moyen Age". *Annales* 15: 847-868.
- Goldman, Irving. 1940. "The Alkatcho Carrier of British Columbia". En *Acculturation in Seven American Indian Tribes*. Ralph Linton, comp., pp. 333-389. Nueva York: Appleton-Century.
- . 1975. *The Mouth of Heaven: An Introduction to Kwakiutl Religious Thought*. Nueva York: Wiley.
- Goody, Jack. 1971. *Technology, Tradition, and the State in Africa*. Londres: Oxford University Press.
- . 1973. "British Functionalism". En *Main Currents in Cultural Anthropology*. R. Naroll y F. Naroll, comps., pp. 185-215. Nueva York: Appleton-Century-Crofts.
- Gordon, David M. 1972. *Theories of Poverty and Underemployment: Orthodox, Radical, and Dual Labor Market Perspectives*. Lexington, MA: Lexington Books, D.C. Heath.
- Gordon, Manya. 1941. *Workers Before and After Lenin*. Nueva York: Dutton.
- Gough, Kathleen. 1968. "World Revolution and the Science of Man". En *The Dissenting Academy*. Theodore Roszak, comp., pp. 135-158. Nueva York: Vintage Books.
- . 1978. "Agrarian Relations in Southeast India, 1750-1976". *Review* 2: 25-53.
- Gouldner, Alvin. 1980. *The Two Marxisms*. Nueva York: Seabury Press.
- Gourou, Pierre. 1936. *Les Paysans du delta tonkinois*. Paris: Éditions d'art et d'histoire.
- Graburn, Nelson H. H., y B. Stephen Strong. 1973. *Circumpolar Peoples: An Anthropological Perspective*. Pacific Palisades, CA: Goodyear.
- Graham, Gerald S. 1970. *A Concise History of the British Empire*. Londres: Thames and Hudson.
- Graymont, Barbara. 1972. *The Iroquois in the American Revolution*. Syracuse, NY: Syracuse University Press.

- Greenberg, Michael. 1951. *British Trade and the Opening of China 1800-42*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Greenfield, Sidney M. 1977. "Madeira and the Beginnings of New World Sugar Cane Cultivation: A Study in Institution Building". En *Comparative Perspectives on Slavery in New World Plantation Societies*. Vera Rubin y Arthur Tuden, comps., pp. 536-552. Annals of the New York Academy of Science, vol. 292. Nueva York: New York Academy of Sciences.
- Greenwood, G., comp. 1955. *Australia: A Social and Political History*. Nueva York: Praeger.
- Gregg, Dorothy, y Elgin Williams. 1948. "The Dismal Science of Functionalism". *American Anthropologist* 50: 594-611.
- Grousset, René. 1970. *The Empire of the Steppes: A History of Central Asia*. New Brunswick, NJ: Rutgers University Press. (Editada originalmente en francés en 1939.)
- Guha, Amalendu 1972. "Raw Cotton of Western India: Output, Transportation and Marketing, 1750-1850". *Indian Economic and Social History Review* 9: 1-41.
- . 1973. "Growth of Acreage Under Raw Cotton in India 1851-1901- A Quantitative Account". *Artha Vijñāna* 15: 1-56.
- Gunther, Erna. 1972. *Indian Life on the Northwest Coast of North America as Seen by the Early Explorers and Fur Traders During the Last Decades of the Eighteenth Century*. Chicago: University of Chicago Press.
- Gunther, John. 1953. *Inside Africa*. Nueva York: Harper & Brothers.
- Gutman, Herbert G. 1973. "Work, Culture, and Society in Industrializing America, 1815-1919". *American Historical Review* 78: 531-587.
- . 1976. *The Black Family in Slavery and Freedom, 1750-1925*. Nueva York: Pantheon Books.
- Habakkuk, H. J. 1962. *American and British Technology in the Nineteenth Century: The Search for Labour-Saving Inventions*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Habib, Irfan. 1960. "Banking in Mughal India". En *Contributions to Indian Economic History*, vol. 1. Tapan Raychadhuri, comp., pp. 1-20. Calcuta: Mukhopadhyay.
- . 1963. *The Agrarian System of Moghul India 1556-1707*. Nueva York: Asia Publishing House.
- . 1964. "The Structure of Agrarian Society in Mughal India". En *Readings in Indian Economic History: Proceedings of the First All-India Seminar on Indian Economic History, 1961*. B. N. Ganguli, comp., pp. 37-43. Londres: Asia Publishing House.
- . 1969. "An Examination of Wittfogel's Theory of Oriental Despotism". En *Studies in Asian History: Proceedings of the Asian History Congress, New Delhi, 1961*. K. S. Lal, comp., pp. 378-392. Londres: Asia Publishing House.
- Hadjinicolaou-Marava, Anne. 1950. *Recherches sur la vie des esclaves dans le monde byzantin*. Atenas: L'Institut Français.

- Hall, D. G. E. 1968. *A History of South-East Asia*. 3a. ed. rev. Londres: Macmillan.
- Halperin-Donghi, Tulio. 1973. *The Aftermath of Revolution in Latin America*. Nueva York: Harper & Row.
- Hamilton, E. J. 1934. *American Treasure and the Price Revolution in Spain 1501-1650*. Harvard Economic Studies, vol. 42.
- Hanks, Lucien M. 1972. *Rice and Man: Agricultural Ecology in Southeast Asia*. Chicago y Nueva York: Aldine and Atherton.
- Harnetty, Peter. 1972. *Imperialism and Free Trade: Lancashire and India in the Mid-Nineteenth Century*. Vancouver: University of British Columbia Press.
- Harris, Marvin. 1972. "Portugal's Contribution to the Underdevelopment of Africa and Brazil". En *Protest and Resistance in Angola and Brazil*. Ronald H. Chilcote, comp., pp. 210-223. Berkeley, Los Angeles, Londres: University of California Press.
- . 1979. *Cultural Materialism: The Struggle for a Science of Culture*. Nueva York: Random House.
- Hart, Keith. 1979. *The Development of Commercial Agriculture in West Africa*. Documento de discusión preparado para la Agencia Internacional de Desarrollo, de las Naciones Unidas.
- Hartwell, R. M., ed. 1970. *The Industrial Revolution*. Nueva York: Barnes & Noble.
- Harvey, David. 1973. *Social Justice and the City*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Haupt, Georges. 1978. "Why the History of the Working-Class Movement?" *Review* 2: 5-24.
- Hauptman, Laurence M. y Jack Campisi, comps. 1978. *Neighbors and Intruders: An Ethnohistorical Exploration of the Indians of Hudson's River*. Canadian Ethnology Service, Paper 39. National Museum of Man Mercury Series. Ottawa: National Museums of Canada.
- Hays, Hoffman R. 1975. *Children of the Raven: The Seven Indian Nations of the Northwest Coast*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Hechter, Michael. 1975. *Internal Colonialism: The Celtic Fringe in British National Development 1536-1966*. Berkeley, Los Angeles, Londres: University of California Press.
- Heesterman, J. C. 1973. "India and the Inner Conflict of Traditions". *Daedalus*, invierno: 97-113.
- Heichelheim, Fritz H. 1956. "Effects of Classical Antiquity on the Land". En *Man's Role in Changing the Face of the Earth*. William L. Thomas, comp., pp. 165-182. Chicago: University of Chicago Press.
- Helms, Mary. 1976. *Ancient Panama: Chiefs in Search of Power*. Austin: University of Texas Press.
- Hemming, John. 1978. *Red Gold: The Conquest of the Brazilian Indians*. Cambridge: Harvard University Press.

- Henderson, Richard N. 1972. *The King in Every Man: Evolutionary Trends in Onitsha Ibo Society and Culture*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Henige, David. 1977. "John Kabes of Komenda: An Early African Entrepreneur and State Builder". *Journal of African History* 18: 1-19.
- Herlihy, Patricia. 1972. *Odessa: Staple Trade and Urbanization in New Russia*. Ponencia presentada en el simposio "Italian, Russian and Balkan Cities", 87ª reunión de la American Historical Association, Nueva Orleans, 29 de diciembre de 1979.
- Herskovits, Melville J. 1939. *Dahomey, an Ancient West African Kingdom*. 2 vols. Nueva York: J. J. Augustin.
- Heyd, W. 1885. *Histoire du commerce du Levant au Moyen-Age*. 2 vols. Leipzig: Otto Harrassowitz.
- Hickerson, Harold. 1956. "The Genesis of a Trading Post Band: The Pembina Chippewa". *Ethnohistory* 3: 289-345.
- . 1960. "The Feast of the Dead Among the Seventeenth Century Algonkians of the Upper Great Lakes". *American Anthropologist* 62: 81-107.
- . 1962a. "Notes on the Post-Contact Origin of the Midewiwin". *Ethnohistory* 9: 404-423.
- . 1962b. *The Southwestern Chippewa: An Ethnohistorical Study*. American Anthropological Association, Memoir 92. Menasha, WI: American Anthropological Association.
- . 1970. *The Chippewa and Their Neighbors: A Study in Ethnohistory*. Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.
- Hill, Christopher. 1949. "The English Revolution and the State". *The Modern Quarterly* 4: 110-128.
- . 1967. *Reformation to Industrial Revolution, 1530-1780. The Making of English Society*, vol. 1. Nueva York: Pantheon.
- Hill, Polly. 1963. *Migrant Cocoa Farmers in Southern Ghana: A Study in Rural Capitalism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hilton, Rodney. 1951. "Y eut-il une crise générale de la féodalité?". *Annales* 6: 23-30.
- . 1969. *The Decline of Serfdom in Medieval England*. Londres: Macmillan.
- Hindess, Barry, y Paul Q. Hirst. 1975. *Pre-Capitalist Modes of Production*. Londres y Boston: Routledge & Kegan Paul.
- Hintze, Otto. 1929. *Wesen und Verbreitung des Feudalismus*. Akademie der Wissenschaften, Berlin, Philosophisch-historische Klasse, Sitzungsberichte. pp. 321-347. (Reimpreso en *Die Welt als Geschichte* 4: 157-190, 1938. Reproducido parcialmente en traducción inglesa en *Lordship and Community in Medieval Europe*. Fredric Cheyette, comp., 1968. Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.)
- History Task Force, Centro de Estudios Puertorriqueños. 1979. *Labor Mi-*

- gration Under Capitalism: *The Puerto Rican Experience*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Ho, Ping-ti. 1965. "The Introduction of American Food Plants into China". *American Anthropologist* 57: 191-201.
- . 1966. "The Geographical Distribution of hui-kuan (Landsmannschaften) in Central and Upper Yangtze Provinces". *Tsing Hua Journal of Chinese Studies* 5: 120-152.
- Hobsbawm, Eric J. 1962. *The Age of Revolution: Europe 1789-1848*. Londres: Weidenfeld & Nicolson.
- . 1967. *Labouring Men: Studies in the History of Labour*. Nueva York: Anchor Books, Doubleday.
- . 1969. *Industry and Empire*. Harmondsworth: Penguin Books.
- . 1973. "Karl Marx's Contribution to Historiography". En *Ideology in Social Science*. Robin Blackburn, comp., pp. 265-283. Nueva York: Vintage.
- . 1975. *The Age of Capital 1848-1875*. Nueva York: Scribner's.
- Hobsbawm, Eric J., comp. 1964. *Karl Marx. Precapitalist Economic Formations*. Nueva York: International Publishers.
- Hodgson, Marshall G. S. 1974. *The Venture of Islam*. 3 vols. Chicago: University of Chicago Press.
- Holder, Preston. 1970. *The Hoe and the Horse on the Plains: A Study of Cultural Development Among North American Indians*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Hooker, J. R. 1963. "The Anthropologist's Frontier: The Last Phase of African Exploration". *Journal of Modern African Studies* 1: 455-459.
- Hopkins, A. G. 1973. *An Economic History of West Africa*. Londres: Longman Group.
- Horton, Robin. 1969. "From Fishing Village to City-State: A Social History of New Calabar". En *Man in Africa*. Mary Douglas y Phyllis M. Kaberry, comps., pp. 37-58. Londres: Tavistock.
- Houghton, D. Hobart. 1971. "Economic Development, 1865-1965". En *The Oxford History of South Africa*, vol. 2: *South Africa 1870-1966*. Monica Wilson y Leonard Thompson, comps., pp. 1-48. Nueva York y Oxford: Oxford University Press.
- Howard, Joseph K. 1952. *Strange Empire, a Narrative of the Northwest*. Nueva York: Morrow.
- Hu, Hsien Chin. 1948. *The Common Descent Group in China and Its Functions*. Viking Fund Publications in Anthropology, No. 10. Nueva York: Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research.
- Hudson, Charles M. 1976. *The Southeastern Indians*. Knoxville: University of Tennessee Press.
- Hudson, Charles M., comp. 1971. *Red, White and Black: Symposium on Indians in the Old South*. Southern Anthropological Society Proceedings, Series No. 5. Athens, GA: Southern Anthropological Society (distribuido por la University of Georgia Press).

- Hughes, H. Stuart. 1958. *Consciousness and Society: The Reorientation of European Social Thought 1890-1930*. Nueva York: Random House.
- . 1966. *The Obstructed Path: French Social Thought in the Years of Desperation, 1930-1960*. Nueva York: Harper & Row.
- . 1975. *The Sea Change: The Migration of Social Thought, 1930-1965*. Nueva York: Harper & Row.
- Hune, Shirley. 1977. *Pacific Migration to the United States: Trends and Themes in Historical and Sociological Literature*. RIES Bibliographic Studies, No. 2. Washington, DC: Research Institute on Immigration and Ethnic Studies, Smithsonian Institution.
- Hunt, George T. 1940. *The Wars of the Iroquois: A Study in Intertribal Trade Relations*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Huntington, Samuel P. 1968. "The Bases of Accommodation". *Foreign Affairs* 46: 642-656.
- Hutchins, Francis G. 1967. *Illusion of Permanence: British Imperialism in India*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Hutton, John H. 1951. *Caste in India, Its Nature, Function and Origins*. 2a. ed. Nueva York: Oxford University Press.
- Hyde, Francis E. 1973. *Far Eastern Trade, 1860-1914*. The Merchant Adventurers Series. Nueva York: Harper & Row/Barnes & Noble.
- Hymes, Dell, comp. 1969. *Reinventing Anthropology*. Nueva York: Pantheon.
- Inalcik, Halal. 1969. "Capital Formation in the Ottoman Empire". *Journal of Economic History* 29: 97-140.
- . 1973. *The Ottoman Empire: The Classical Age, 1300-1600*. Nueva York: Praeger.
- Inikori, J. E. 1977. "The Import of Firearms into West Africa, 1750-1807: A Quantitative Analysis". *Journal of African History* 18: 339-368.
- Innis, Harold A. 1956. *The Fur Trade in Canada: An Introduction to Canadian Economic History*. 2a. ed. rev., por Mary Q. Innis. Toronto: University of Toronto Press. (1a. ed., 1930.)
- Islamoglu, Huri y Çağlar Keyder. 1977. "Agenda for Ottoman History". *Review* 1: 31-55.
- Issawi, Charles, comp. 1966. *The Economic History of the Middle East 1800-1914*. Chicago: University of Chicago Press.
- Jablow, Joseph. 1951. *The Cheyenne in Plains Trade Relations 1795-1840*. American Ethnological Society Monograph, No. 19. Nueva York: J. J. Augustin,
- Jackson, James S. 1968. *Planters and Speculators: Chinese and European Enterprise in Malaya*. Kuala Lumpur: University of Malaya Press.
- Jacobs, Wilbur R. 1972. *Dispossessing the American Indian: Indians and Whites on the Colonial Frontier*. Nueva York: Scribner's.
- Jain, Ravindra K. 1970. *South Indians on the Plantation Frontier in Malaya*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Jayawardena, Chandra. 1971. "The Disintegration of Caste in Fiji Rural

- Society". En *Anthropology in Oceania: Essays Presented to Ian Hogbin*. L. R. Hiatt y C. Jayawardena, comps., pp. 89-119. San Francisco: Chandler.
- Jennin, Pierre. 1980. "La protoindustrialisation: développement ou impasse". *Annales* 35: 52-65.
- Jenks, Leland R. 1973. *The Migration of British Capital to 1875*. Nueva York: Harper & Row/Barnes & Noble. (1a. ed., 1927.)
- Jennings, Francis. 1976. *The Invasion of America: Indians, Colonialism, and the Cant of Conquest*. Nueva York: W. W. Norton.
- Jennings, Jesse D., y Edward Norbeck, comps. 1963. *Prehistoric Man in the New World*. Chicago: University of Chicago Press.
- Jeromin, Ulrich. 1966. *Die Überseechinesen: Ihre Bedeutung für die wirtschaftliche Entwicklung Südasiens*. *Ökonomische Studien*, vol. 12. Stuttgart: Gustav Fischer.
- Jessop, Bob. 1977. "Recent Theories of the Capitalist State". *Cambridge Journal of Economics* 1: 353-373.
- Jones, G. I. 1963. *The Trading States of the Oil Rivers*. Londres: Oxford University Press.
- Jones, Gwyn. 1968. *A History of the Vikings*. Nueva York: Oxford University Press.
- Jones, Maldwyn Allen. 1960. *American Immigration*. Chicago: University of Chicago Press.
- Jordan, Winthrop D. 1968. *White over Black: American Attitudes Toward the Negro, 1550-1812*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Joshi, P. C. 1970. "Social Change in Traditional India". En *Neue Indienkunde—New Indology, Festschrift Walter Rubin zum 70. Geburtstag*. Horst Krüger, comp., pp. 287-306. Berlin: Akademie Verlag.
- Kaplan, David. 1979. "Toward a Marxist Analysis of South Africa: Review of Bernard Makhosezwe Magumane, *The Political Economy of Race and Class in South Africa*". *Socialist Review* 9: 117-137.
- Kea, R. A. 1971. "Firearms and Warfare on the Gold and Slave Coasts from the Sixteenth to the Nineteenth Centuries". *Journal of African History* 12: 185-213.
- Keller, Bonnie B. 1978. "Millenarianism and Resistance: The Xhosa Cattle Killing". *Journal of Asian and African Studies* 13: 95-111.
- Kelley, J. Charles. 1966. "Mesoamerica and the Southwestern United States". En *Archaeological Frontiers and External Connections*. Gordon F. Ekholm y Gordon R. Willey, comps., pp. 95-110. *Handbook of Middle American Indians*, vol. 4. Robert Wauchope, comp. general. Austin: University of Texas Press.
- Kemp, Tom. 1971. *Economic Forces in French History*. Londres: Dobson Books.
- Kepner, Charles D., Jr. 1936. *Social Aspects of the Banana Industry*. Nueva York: Columbia University Press.
- Kepner, Charles D., Jr., y Jay H. Soothill. 1935. *The Banana Empire*. Nueva York: Vanguard Press.

- Kerner, Robert J. 1942. *The Urge to the Sea: The Course of Russian History. The Role of Rivers, Portages, Ostrogs, Monasteries, and Furs*. Nueva York: Russell and Russell.
- Kerr, Clark. 1954. "The Balkanization of Labor Markets". En *Labor Mobility and Economic Opportunity*. E. Wight Bakke, et al., pp. 92-110. Nueva York: Wiley.
- Key, V. O. 1949. *Southern Politics in State and Nation*. Nueva York: Knopf.
- Keyder, Çağlar. 1976. "The Dissolution of the Asiatic Mode of Production". *Economy and Society* 5: 178-196.
- Kinietz, W. Vernon. 1965. *The Indians of the Great Lakes 1615-1760*. Ann Arbor: University of Michigan Press. (1a. ed., 1940.)
- Kirchhoff, Paul. 1959. "The Principles of Clanship in Human Society". En *Readings in Anthropology*, vol. 2. Morton H. Fried, comp., pp. 260-270. Nueva York: Thomas Y. Crowell.
- Klass, Morton. 1980. *Caste: The Emergence of the South Asian Social System*. Filadelfia: Institute for the Study of Human Issues.
- Klein, A. Norman. 1969. "West African Unfree Labor Before and After the Rise of the Atlantic Slave Trade". En *Slavery in the New World*. L. Foner y E. D. Genovese, comps., pp. 87-95. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Koenigsberger, H. G. 1971. *Estates and Revolutions: Essays in Early Modern European History*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Kolko, Gabriel. 1963. *The Triumph of Conservatism: A Reinterpretation of American History, 1900-1916*. Glencoe, IL: The Free Press.
- Kondratieff, N. D. 1979. "The Long Waves in Economic Life". *Review* 2: 519-562.
- Könetzke, Richard. 1971. *América Latina II: La época colonial. Historia Universal Siglo XXI*. Madrid y México: Siglo XXI. (Editado originalmente en alemán en 1965.)
- Kopytoff, Igor, y Suzanne Miers. 1977. "African 'Slavery' as an Institution of Marginality". En *Slavery in Africa: Historical and Anthropological Perspectives*. Igor Kopytoff y Suzanne Miers, comps., pp. 3-81. Madison: University of Wisconsin Press.
- Kosambi, D. D. 1969. *Ancient India: A History of Its Culture and Civilization*. Nueva York: Meridian Books—World Publishing Company.
- Krader, Lawrence. 1955. "Principles and Structures in the Organization of the Steppe-Pastoralists". *Southwestern Journal of Anthropology* 11: 67-92.
- . 1957. "Culture and Environment in Interior Asia". En *Studies in Human Ecology*. Angel Palerm, et al., pp. 115-138. *Social Science Monographs* III. Washington, DC: Pan American Union.
- . 1958. "Feudalism and the Tatar Polity of the Middle Ages". *Comparative Studies in Society and History* 1: 76-99.
- . 1975. *The Asiatic Mode of Production: Sources, Development and Critique in the Writings of Karl Marx*. Assen, Holanda: Van Gorcum.

- Krader, Lawrence, comp. 1972. *The Ethnological Notebooks of Karl Marx (Studies of Margan, Phear, Maine, Lubbock)*. Assen, Holanda: Van Gorcum.
- Kraenzel, Charles F. 1955. *The Great Plains in Transition*. Norman: University of Oklahoma Press.
- Kriedte, Peter, Hans Medick, y Jürgen Schlumbohm. 1977. *Industrialisierung vor der Industrialisierung: Gewerbliche Warenproduktion auf dem Land in der Formationsperiode des Kapitalismus*. Veröffentlichungen des Max-Planck-Instituts für Geschichte 53. Göttingen: Vandenhoeck and Ruprecht.
- Kroeber, Alfred L. 1948. *Anthropology*. Nueva York: Harcourt Brace.
- . 1952. "Basic and Secondary Patterns of Social Structure". En *The Nature of Culture*, pp. 210-218. Chicago: University of Chicago Press. (Artículo publicado originalmente en 1938.)
- . 1952. *The Nature of Culture*. Chicago: University of Chicago Press.
- Kubler, George. 1946. "The Quechua in the Colonial World". En *Handbook of South American Indians*, vol. 2: *The Andean Civilizations*. Julian H. Steward, comp., pp. 331-410. Bureau of American Ethnology, Bulletin 143. Washington, DC: Smithsonian Institution.
- Kula, Witold. 1970. *Teoria economica del sistema feudale*. Turin: Einaudi. (Publicado originalmente en polaco en 1962.)
- Kunstadter, Peter, comp. 1967. *Southeast Asian Tribes, Minorities, and Nations*. 2 vols. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Kuwabara, Jitsuzo. 1928-1935. *On P'u Shou-keng, a Man of the Western Regions Who Was the Superintendent of the Trading Ships Office in Ch'uanchou Towards the End of the Sung Dynasty, Together with a general Sketch of Trade of the Arabs in China During the T'ang and Sung Eras*. Memoirs of the Research Department of the Toyo Bunko, No. 2: 1-79; No. 7 (1935): 1-102.
- Lacoste, Yves. 1974. "General Characteristics and Fundamental Structures of Medieval North African Society". *Economy and Society* 3: 1-17.
- Lampard, Eric R. 1957. *Industrial Revolution: Interpretations and Perspectives*. Service Center for Teachers of History, Publication No. 4. Washington, DC: American Historical Association.
- Landes, David. 1958. *Bankers and Pashas: International Finance and Economic Imperialism in Egypt*. Cambridge: Harvard University Press.
- . 1969. *The Unbound Prometheus: Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lane, Frederick C. 1973. *Venice: A Maritime Republic*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Lang, James. 1975. *Conquest and Commerce: Spain and England in the Americas*. Nueva York: Academic Press.
- . 1979. *Portuguese Brazil: The King's Plantation*. Nueva York: Academic Press.

- Lapidus, Ira M. 1969. "Muslim Cities and Islamic Societies". En *Middle Eastern Cities*. Ira M. Lapidus, comp., pp. 47-49. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- Lapidus, Ira M., comp., 1969. *Middle Eastern Cities*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- Laroui, Abdallah. 1976. *The Crisis of the Arab Intellectual: Traditionalism or Historicism?* Berkeley, Los Angeles, Londres: University of California Press.
- Latham, A. J. H. 1973. *Old Calabar 1600-1891: The Impact of the International Economy Upon a Traditional Society*. Oxford: Clarendon Press.
- . 1978. *The International Economy and the Underdeveloped World 1865-1914*. Londres: Croom Helm.
- Lathrap, Donald. 1970. *The Upper Amazon*. Londres: Thames and Hudson.
- Lattimore, Owen. 1951. *Inner Asian Frontiers of China*. 2a. ed. Nueva York: American Geographic Society. (1a. ed., 1940.)
- . 1962. *Studies in Frontier History: Collected Papers 1928-1958*. Londres: Oxford University Press.
- Lattimore, Owen, y Eleanor Lattimore. 1944. *The Making of Modern China*. Washington, DC: The Infantry Journal.
- Lauber, Almon W. 1913. *Indian Slavery in Colonial Times Within the Present Limits of the United States*. Nueva York: Columbia University Press.
- Law, Robin. 1975. "A West African Cavalry State: The Kingdom of Oyo". *Journal of African History* 16: 1-15.
- Lawson, Murry G. 1943. *Fur: A Study in English Mercantilism, 1700-1775*. University of Toronto Studies, History and Economics Series, vol. 9. Toronto: University of Toronto Press.
- Lazonick, William. 1974. "Karl Marx and Enclosures in England". *Review of Radical Political Economics* 6: 1-59.
- Leach, Edmund R. 1954. *Political Systems of Highland Burma: A Study of Kachin Social Structure*. Cambridge: Harvard University Press.
- . 1961. *Rethinking Anthropology*. London School of Economics Monographs on Social Anthropology, No. 22. Londres: Athlone Press.
- Leach, Edward R., y S. N. Mukerjee, comps., 1970. *Elites in South Asia*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Leacock, Eleanor B. 1954. *The Montagnais 'Hunting Territory' and the Fur Trade*. American Anthropological Association Memoir 78. Menasha, WI: American Anthropological Association.
- . 1972. "Introduction" a Frederick Engels, *The Origin of the Family, Private Property, and the State*, pp. 7-67. Nueva York: International Publishers.
- Leacock, Eleanor B., y Nancy O. Lurie, comps. 1971. *North American Indians in Historical Perspective*. Nueva York: Random House.
- Lebar, Frank M., Gerald C. Hickey y John K. Musgrove, comps. 1964.

- Ethnic Groups of Mainland Southeast Asia*. New Haven, CT: Human Relations Area Files Press.
- Lee, Calvin. 1965. *Chinatown, U.S.A.* Garden City, NY: Doubleday.
- Leeds, Anthony. 1976. "Women in the Migratory Process": A Reductionist Outlook". *Anthropological Quarterly* 49: 69-76.
- Lees, Susan H., y Daniel G. Bates. 1974. "The Origins of Specialized Pastoralism: A Systemic Model". *American Antiquity* 39: 187-193.
- Legassick, Martin. 1977. "Gold, Agriculture, and Secondary Industry in South Africa, 1885-1970; from Periphery to Sub-Metropole as a Forced Labour System". En *The Roots of Rural Poverty in Central and Southern Africa*. Robin Palmer y Neil Parsons, comps., pp. 175-200. Berkeley, Los Angeles, Londres: University of California Press.
- Lehman, Frederick K. 1957. *Anthropological Parameters of a Civilization: The Ecology, Evolution and Typology of India's High Culture*. 2 vols. Tesis de doctorado, Departamento de Antropología de la Universidad de Columbia, Nueva York.
- Lekachman, Robert. 1976. *Economists at Bay*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Lenin, V. I. 1939. *Imperialism: The Highest State of Capitalism*. Little Lenin Library, vol. 15. Nueva York: International Publishers. (Publicado originalmente en ruso en 1917.)
- Le Roy Ladurie, Emmanuel. 1977. "Occitania in Historical Perspective". *Review* 1: 21-30.
- Lesser, Alexander. 1961. "Social Fields and the Evolution of Society". *Southwestern Journal of Anthropology* 17: 40-48.
- Leur, Jacob Cornelis van. 1955. *Indonesian Trade and Society: Essays in Asian Social and Economic History*. La Haya Bandung: W. van Hoewe.
- Levin, Stephanie Seto. 1968. "The Overthrow of the Kapu System in Hawaii". *Journal of the Polynesian Society* 74: 402-430.
- Levine, David. 1977. *Family Formation in an Age of Nascent Capitalism*. Nueva York: Academic Press.
- Levtzion, Nehemia. 1972. "The Early States of the Western Sudan to 1500". En *History of West Africa*, vol. 1. J. F. Ade Ajayi y Michael Crowder, comps., pp. 120-157. Nueva York: Columbia University Press.
- Lewis, Archibald R. 1951. *Naval Power and Trade in the Mediterranean, 500-1100*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- . 1958. *The Northern Seas: Shipping and Commerce in Northern Europe, A.D. 300-1100*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Lewis, Oscar. 1942. *The Effects of White Contact Upon Blackfoot Culture: With Special Reference to the Role of the Fur Trade*. American Ethnological Society, Monograph No. 6. Nueva York: J. J. Augustin.
- Linares, Olga T. 1979. "What Is Lower Central American Archaeology?" *Annual Review of Anthropology* 8: 21-43.
- Lindblom, Charles E. 1977. *Politics and Markets: The World's Political Economic Systems*. Nueva York: Basic Books.

- Linton, Ralph. 1955. *The Tree of Culture*. Nueva York: Knopf.
- Lloyd, Peter C. 1954. "The Traditional Political System of the Yoruba". *Southwestern Journal of Anthropology* 10: 235-251.
- . 1965. "The Political Structure of African Kingdoms". En *Political Systems and the Distribution of Power*. Michael Banton, comp., pp. 25-61. Association of Social Anthropologists, Monograph No. 2. Londres: Tavistock Publications.
- . 1968. "Conflict Theory and Yoruba Kingdoms". En *History and Social Anthropology*. I. M. Lewis, comp., pp. 25-61. Association of Social Anthropologists, Monograph No. 7. Londres: Tavistock Publications.
- Lockhart, James. 1968. *Spanish Peru, 1532-1560: A Colonial Society*. Madison: University of Wisconsin Press. [Hay edición española del FCE, México, 1983].
- . 1972. *The Men of Cajamarca: A Social and Biographical Study of the First Conquerors of Peru*. Austin: University of Texas Press.
- López, Robert S. 1971. *The Commercial Revolution of the Middle Ages, 950-1350*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- López, Robert S., Harry A. Miskimin y Abraham Udovitch. 1970. "England to Egypt, 1350-1500: Long-Term Trends and Long-Distance Trade". En *Studies in the Economic History of the Middle East from the Rise of Islam to the Present Day*. Michael A. Cook, comp., pp. 93-128. Londres: Oxford University Press.
- López, Robert S., e Irving W. Raymond. 1955. *Medieval Trade in the Mediterranean World, Illustrative Documents Translated with Introduction and Notes*. Nueva York: Columbia University Press.
- Love, Thomas F. 1977. "Ecological Niche Theory in Sociocultural Anthropology: A Conceptual Framework and an Application". *American Ethnologist* 4: 27-41.
- Lowie, Robert H. 1920. *Primitive Society*. Nueva York: Boni and Liveright.
- . 1937. *The History of Ethnological Theory*. Nueva York: Rinehart.
- Luxemburg, Rosa. 1922. *Die Akkumulation des Kapitals. Ein Beitrag zur ökonomischen Erklärung des Imperialismus*. Berlin: Vereinigung Internationaler Verlags-Anstalten. (1a. ed., 1913.)
- Luzzatto, Gino. 1961. *An Economic History of Italy from the Fall of the Roman Empire to the Beginning of the Sixteenth Century*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Lyashchenko, Peter I. 1949. *History of the National Economy of Russia to the 1917 Revolution*. Nueva York: Macmillan. (Publicado inicialmente en ruso en 1939.)
- Lybyer, A. H. 1915. "The Ottoman Turks and the Routes of Oriental Trade". *Economic History Review* 30: 577-588.
- Lynd, Robert S. 1939. *Knowledge for What?* Princeton, NJ: Princeton University Press.
- . 1949. "The Science of Inhuman Relations". *The New Republic* 121: 22-24.

- Macfarlane, Alan. 1979. *The Origins of English Individualism: The Family, Property and Social Transition*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Mack Smith, Denis. 1969. *Italy: A Modern History*. (2a. ed. rev.) Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Macknight, C. C. 1972. "Macassans and Aborigines". *Oceania* 42: 283-321.
- MacLeod, Murdo J. 1973. *Spanish Central America: A Socioeconomic History, 1520-1720*. Berkeley, Los Angeles, Londres: University of California Press.
- Macpherson, C. B. 1962. *The Political Theory of Possessive Individualism: Hobbes to Locke*. Oxford: Clarendon Press.
- Magubane, Bernard M. 1978. *The Politics of History in South Africa*. Notes and Documents No. 11/78. Nueva York: Centre Against Apartheid, Department of Political and Security Council Affairs, United Nations.
- . 1979. *The Political Economy of Race and Class in South Africa*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Mair, Lucy P. 1934. *An African People in the Twentieth Century*. Londres: Routledge.
- Mancall, Mark. 1971. *Russia and China: Their Diplomatic Relations to 1728*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Mandel Ernest. 1968. *Marxist Economic Theory*, 2 vols. Nueva York: Monthly Review Press. (Publicado inicialmente en francés en 1942.)
- . 1978. *Late Capitalism*. Londres: Verso. (Editado originalmente en alemán en 1972.)
- Mann, Julia de Lacy. 1971. *The Cloth Industry in the West of England from 1640 to 1880*. Oxford: Clarendon Press.
- Mantoux, Paul. 1928. *The Industrial Revolution in the Eighteenth Century: An Outline of the Beginnings of the Modern Factory System in England*. Londres: Jonathan Cape.
- Maquet, Jacques J. 1961. "Une hypothèse pour l'étude des feodalités africaines". *Cahiers d'études africaines* 2: 292-314.
- . 1964. "Objectivity in Anthropology". *Current Anthropology* 12: 419-430.
- Maran La Raw. 1967. "Towards a Basis for Understanding the Minorities in Burma: The Kachin Example". En *Southeast Asian Tribes, Minorities, and Nations*, vol. 1. Peter Kunststadter, comp., pp. 125-146. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Marcus, Steven. 1974. *Engels, Manchester, and the Working Class*. Nueva York: Random House.
- Marx, Karl. 1942. *The Marx-Zasulich Correspondence*. *The New International*, noviembre: 298-302. (Fechado en 1881.)
- . 1967. *Capital: A Critique of Political Economy*, vol. 3: *The Process of Capitalist Production as a Whole*. Nueva York: International Publishers. (Publicado originalmente en alemán en 1894.) [Hay edición en español del FCE, México, 1946, 2ª ed. 1959]

- Marx, Karl. 1972. *Ireland and the Irish Question: A Collection of Writings*. Nueva York: International Publishers.
- . 1973. *Grundrisse: Foundations of the Critique of Political Economy, Rough Draft*. Martin Nicolaus, trad. Londres: Allen Lane. (Manuscrito escrito en 1857-1858; publicado originalmente en alemán en 1939.) [Hay edición en español del FCE, México, 1984].
- . 1977. *Capital: A Critique of Political Economy*, vol. 1. David Fernbach, trad. Marx Library. Nueva York: Vintage-Random House. (Editado originalmente en alemán en 1867.) [Hay edición en español del FCE, México, 1946, 2ª ed. 1959].
- Masselman, George. 1963. *The Cradle of Colonialism*. New Haven, CT: Yale University.
- Mathew, Gervase. 1963. "The East African Coast Until the Coming of the Portuguese". En *The History of East Africa*, vol. I. Roland Oliver y Gervase Mathew, comps., pp. 94-127. Oxford: Clarendon Press.
- Maude, H. E. 1968. *Of Islands and Men: Studies in Pacific History*. Melbourne: Oxford University Press.
- Mauny, Raymond. 1961. *Tableau géographique de l'ouest africain au Moyen Age, d'après les sources écrites, la tradition et l'archéologie*. Mémoires de l'Institut Français d'Afrique Noire, No. 61, Dakar.
- Mauro, Frédéric. 1961. "Toward an 'Intercontinental Model': European Overseas Expansion Between 1500-1800". *Economic History Review* 14: 1-17.
- . 1967. *L'expansion européenne (1600-1870)*. París: Presses Universitaires de France.
- McCall, Daniel F. 1969. *Africa in Time-Perspective*. Nueva York: Oxford University Press.
- . 1971. "Islamization in the Western and Central Sudan in the Eleventh Century". En *Aspects of West African Islam*. Daniel F. McCall y Norman R. Bennett, comps., pp. 1-30. Boston University Papers on Africa, vol. 5. Boston: African Studies Center, Boston University.
- McCoy, Alfred W., con Cathleen B. Read y Leonard P. Adams II. 1972. *The Politics of Heroin in Southeast Asia*. Nueva York: Harper & Row.
- McEvedy, Colin, y Richard Jones. 1978. *Atlas of World Population History*. Harmondsworth: Penguin Books.
- McHugh, Tom, con Victoria Hobson. 1972. *The Time of the Buffalo*. Nueva York: Knopf.
- McIlwraith, T. F. 1948. *The Bella Coola Indians*, 2 vols. Toronto: University of Toronto Press.
- McNeill, William H. 1963. *The Rise of the West: A History of the Human Community*. Chicago: University of Chicago Press.
- McPherron, Alan. 1967. "On the Sociology of Ceramics: Pottery Style Clustering, Marital Residence, and Cultural Adaptations of the Algonkian-Iroquoian Border". En *Iroquoian Culture, History and Prehistory: Pro-*

- ceedings of the 1965 Conference on Iroquois Research. Elizabeth Tooker, comp., pp. 101-107. Albany: State Education Department, University of the State of New York, y New York Museum and Science Service.
- Meggers, Betty J. 1966. *Ecuador*. Nueva York: Praeger.
- Meggers, Betty J., y Clifford Evans, comps. 1963. *Aboriginal Culture Development in Latin America: An Interpretative Review*. Smithsonian Miscellaneous Collections, vol. 146. Washington, DC: Smithsonian Institution.
- Meggitt, Mervyn J. 1962. *Desert People: A Study of the Walbiri Aborigines of Central Australia*. Sidney: Angus and Robertson.
- Mehring, Franz. 1935. *Karl Marx, the Story of His Life*. Nueva York: Covici, Friede.
- Meilink-Roelofs, M.A.P. 1962. *Asian Trade and European Influence in the Indonesian Archipelago Between 1500 and About 1630*. La Haya. M. Nijhoff.
- Meillassoux, Claude. 1960. "Essai d'interprétation du phénomène économique dans les sociétés traditionnelles d'auto-subsistance". *Cahiers d'Études Africaines* 4: 38-67.
- . 1972. "From Reproduction to Production: A Marxist Approach to Economic Anthropology". *Economy and Society* 1: 93-105.
- . 1973. "The Social Organization of the Peasantry: The Economic Basis of Kinship". *Journal of Peasant Studies* 1: 81-90.
- . 1974. "Are There Castes in India?". *Economy and Society* 2: 89-111.
- Meillassoux, Claude, comp. 1971. *The Development of Indigenous Trade and Markets in West Africa*. Londres: Oxford University Press.
- . 1975. *L'esclavage en Afrique Précoloniale*. Paris: Francois Maspéro.
- Mencher, Joan. 1974. "The Caste System Upside Down: Or the Not So Mysterious East". *Current Anthropology* 15: 469-494.
- Mendels, Franklin F. 1972. "Proto-Industrialization: The First Phase of the Industrialization Process". *Journal of Economic History* 32: 241-261.
- Merriman, Robert O. 1926. *The Bison and the Fur-Trade*. Departments of History and Political and Economic Science in Queen's University, Bulletin 53, Kingston, Ontario.
- Meyerowitz, Eva L. R. 1951. *The Sacred State of the Akan*. Londres: Faber and Faber.
- Miller, Eric. 1954. "Caste and Territory in Malabar". *American Anthropologist* 56: 410-420.
- Miller, J. Innis. 1969. *The Spice Trade of the Roman Empire, 29 B.C. to A.D. 641*. Oxford: Clarendon Press.
- Miller, Joseph C. 1973. "Requiem for the 'Jaga'". *Cahiers d'Études Africaines* 13: 121-149.
- . 1975. *Kings and Kinsmen: Early Mbundu States in Angola*. Londres: Oxford University Press.
- . 1976. "The Slave Trade in Congo and Angola". En *The African*

- Diaspora: Interpretative Essays*. Martin L. Kilson y Robert I. Rotberg, comps., pp. 75-113. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Miller, Solomon. 1967. "Hacienda to Plantation in Northern Peru: The Processes of Proletarianization of a Tenant Farmer Society". En *Contemporary Change in Traditional Societies*, vol. 3: *Mexican and Peruvian Communities*. Julian H. Steward, comp., pp. 133-225. Urbana: University of Illinois Press.
- Milward, A., y S. B. Saul. 1977. *The Development of the Economics of Continental Europe*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Mingay, G. E. 1973. *English Landed Society in the Eighteenth Century*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Mintz, Sidney W. 1956. "Cañamelar: The Subculture of a Rural Sugar Plantation Proletariat". En *The People of Puerto Rico*. Julian Steward et al., pp. 314-417. Urbana: University of Illinois Press.
- . 1959a. "Internal Market Systems as Mechanisms of Social Articulation". En *Intermediate Societies, Social Mobility, and Communication. Proceedings of the 1959 Annual Spring Meeting of the American Ethnological Society*. Verne F. Ray, comp., pp. 20-30. Seattle: University of Washington.
- . 1959b. "The Plantation as a Socio-Cultural Type". En *Plantation Systems of the New World*. Angel Palerm y Vera Rubin, comps., pp. 42-49. Social Science Monographs VII, Pan American Union, Washington, DC: Pan American Union.
- . 1961. "The Question of Caribbean Peasantries: A Comment". *Caribbean Studies* 1: 31-34.
- . 1973. "A Note on the Definition of Peasantry". *Journal of Peasant Studies* 1: 91-106.
- . 1974. *Caribbean Transformation*. Chicago: Aldine.
- . 1979a. "Slavery and the Rise of Peasantry". *Historical Reflections* 6: 215-242.
- . 1979b. "Time, Sugar and Sweetness". *Marxist Perspectives* 2: 56-73.
- Mintz, Sidney W., y Richard Price. 1976. *An Anthropological Approach to the Study of Afro-American History: A Caribbean Perspective*. Filadelfia: ISHI.
- Mohr, E. C. J. 1933. *Tropical Soil Forming Processes and the Development of Tropical Soils with Special Reference to Java and Sumatra*. Pekín: National Geological Survey of China.
- . 1944. *The Soils of Equatorial Regions*. Ann Arbor, MI: Edwards Brothers.
- Moore, Barrington, Jr. 1966. *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*. Boston: Beacon Press.
- . 1978. *Injustice: The Social Bases of Obedience and Revolt*. White Plains, NY: M. E. Sharpe.

- Moreland, W. H. 1963. *The Agrarian System of Moslem India*. Bombay: Oriental Book Reprint Corporation. (1a. ed., 1929.)
- Moreno Fraginals, Manuel. 1978. *El ingenio: complejo económico-social cubano del azúcar*. 2 vols. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Morgan, Edmund S. 1975. *American Slavery—American Freedom: The Ordeal of Colonial Virginia*. Nueva York: W. W. Norton.
- Mörner, Magnus. 1973. "The Spanish American Hacienda: A Survey of Recent Research and Debate". *Hispanic American Historical Review* 53: 183-216.
- Morris, Morris D. 1960. "The Recruitment of an Industrial Labor Force in India, with British and American Comparisons". *Comparative Studies in Society and History* 2: 305-328.
- . 1963. "Towards a Reinterpretation of Nineteenth Century Indian Economic History". *Journal of Economic History* 23: 606-618. (Reproducido con comentarios críticos por Toru Matsui, Bipan Chandra, y T. Raychaudhuri, *Indian Economic and Social History Review*, 1968: 1-100, 319-388.)
- . 1965. *The Emergence of an Industrial Labor Force in India: A Study of the Bombay Cotton Mills 1854-1947*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- Morris, Morris D., y Burton Stein. 1961. "The Economic History of India: A Bibliographic Essay". *Journal of Economic History* 21: 179-207.
- Morton-Williams, Peter. 1964. "The Oyo Yoruba and the Atlantic Slave Trade, 1670-1830". *Journal of the Historical Society of Nigeria* 3: 24-45.
- . 1965. "The Fulani Penetration into Nupe and Yoruba in the Nineteenth Century". En *Political Systems and the Distribution of Power*. Michael Banton, comp., pp. 1-24. Association of Social Anthropologists, Monograph No. 2. Londres: Tavistock Publications.
- . 1967. "The Yoruba Kingdom of Oyo in the Nineteenth Century". En *West African Kingdoms in the Nineteenth Century*. Daryll Forde y Phyllis Kaberry, comps., pp. 36-69. Londres: Oxford University Press.
- . 1969. "The Influence of Habitat and Trade on the Politics of Oyo and Ashanti". En *Man in Africa*. Mary Douglas y Phyllis Kaberry, comps., pp. 79-98. Londres: Tavistock Publications.
- Moziño, José Mariano. 1970. *Noticias de Nutka: An Account of Nootka Sound in 1792*. American Ethnological Society, Monograph No. 50. Seattle: University of Washington Press.
- Mudenge, S. I. 1974. "The Role of Foreign Trade in the Rozvi Empire: A Reappraisal". *Journal of African History* 15: 373-391.
- Mukherjee, Ramkrishna. 1958. *The Rise and Fall of the East India Company: A Sociological Appraisal*. Berlin: VEB Deutscher Verlag der Wissenschaften.
- Mukherjee, S. N. 1970. "Class, Caste and Politics in Calcutta, 1815-38". En *Elites in South Asia*. E. R. Leach y S. N. Mukherjee, comps., pp. 38-78. Cambridge: Cambridge University Press.
- Murdock, George P. 1949. *Social Structure*. Nueva York: Macmillan.

- Murphey, Rhoads. 1977. *The Outsiders: The Western Experience in India and China*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Murphy, Robert F. 1958. "Matrilocality and Patrilineality in Mundurucú Society". *American Anthropologist* 58: 414-434.
- . 1960. *Headhunters' Heritage: Social and Economic Change Among the Mundurucú Indians*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- Murra, John V. 1972. "El control 'vertical' de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas". En *Inigo Ortiz de Zúñiga, visitador, visita de la provincia de León de Huánuco en 1562*, vol. 1. John V. Murra, comp., pp. 427-476. Documentos para la Historia y Etnología de Huánuco y la Selva Central. Huánuco, Perú: Universidad Hermilio Valdizán.
- . 1975. *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- NACLA-East Apparel Project, North American Congress for Latin America 1977. "Capital on the Move: An Overview". *NACLA's Latin American and Empire Report* 11: 2-3.
- Nash, Gary B. 1974. *Red, White, and Black: The Peoples of Early America*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Nehnevajsa, Jiri, y Albert Frances. 1959. "Automation and Stratification". En *Automation and Society*. Howard B. Jacobson y Joseph S. Roucek, comp., pp. 394-415. Nueva York: Philosophical Library.
- Nekich, Sandra. 1974. "The Feast of the Dead: The Origin of the Indian-White Trade Ceremonies in the West". *Western Canadian Journal of Anthropology* 4: 1-20.
- Nell, Edward. 1973. "Economics: The Revival of Political Economy". En *Ideology in Social Sciences: Readings in Critical Social Theory*. Robin Blackburn, comp., pp. 76-95. Nueva York: Vintage Books/Random House.
- Newell, William H. 1974. "Comment on 'The Caste System Upside Down', by Joan P. Mencher". *Current Anthropology* 15: 487-488.
- Newitt, Malyn D. D. 1973. *Portuguese Settlement on the Zambesi: Exploration, Land Tenure and Colonial Rule in East Africa*. Nueva York: Africana.
- Nikolinakos, Marios. 1975. "Notes Towards a General Theory of Migration in Late Capitalism". *Race and Class* 17: 5-17.
- North, Douglass C. 1961. *The Economic Growth of the United States 1790-1860*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Northrup, David. 1972. "The Growth of Trade Among the Igbo Before 1800". *Journal of African History* 13: 217-236.
- Nugent, David. 1980. "Closed Systems and Contradiction: The Kachin In and Out of History". Manuscrito, Department of Anthropology, Columbia University, Nueva York.
- Oberg, Kalervo. 1973. *The Social Economy of the Tlingit Indians*. American

- Ethnological Society, Monograph No. 55. Seattle: University of Washington.
- O'Connor, James. 1974. *The Corporations and the State: Essays in the Theory of Capitalism and Imperialism*. Nueva York: Harper & Row.
- O'Laughlin, Bridget. 1975. "Marxist Approaches in Anthropology". *Annual Review of Anthropology* 4: 341-370.
- Olien, Michael D. 1970. *The Negro in Costa Rica: The Role of an Ethnic Minority in a Developing Society*. Developing Nations Monograph Series, No. 3. Winston-Salem, NC: Overseas Research Center, Wake Forest University.
- Oliveira Marques, A. H. de. 1972. *History of Portugal*, 2 vols. Nueva York: Columbia University Press.
- Oliver, Douglas L. 1962. *The Pacific Islands*. Ed. rev. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Oliver, Roland A. 1970. "The Problem of Bantu Expansion". En *Papers in African Prehistory*, J. D. Fage y R. A. Oliver, comps., pp. 141-156. Cambridge: Cambridge University Press.
- Oliver, Roland A., y Brian Fagan. 1975. *Africa in the Iron Age, 500 B.C. to A.D. 1400*. Londres: Cambridge University Press.
- Oliver, Roland A., y J. D. Fage. 1962. *A Short History of Africa*. Nueva York: New York University Press.
- Oliver, Symmes C. 1974. "Ecology and Cultural Continuity as Contributing Factors in the Social Organization of the Plains Indians". En *Man in Adaptation: The Cultural Present*, 2a. ed. Yehudi A. Cohen, comp., pp. 302-322. Chicago: Aldine.
- Ollman, Bertell. 1976. *Alienation*, 2a. ed. Cambridge: Cambridge University Press.
- Onselen, Charles Van. 1976. *Chibaro: African Mine Labour in Southern Rhodesia 1900-1933*. Londres: Pluto Press.
- . 1979. "The World the Mineowners Made: Social Themes in the Economic Transformation of the Witwatersrand, 1886-1914". *Review* 3: 289-302.
- Origo, Iris. 1955. "The Domestic Enemy: The Eastern Slaves in Tuscany in the 14th and 15th Centuries". *Speculum* 30: 321-366.
- . 1957. *The Merchant of Prato, Francesco Di Marco Datini, 1335-1410*. Londres: Jonathan Cape.
- Orlove, Benjamin. 1977. "Integration Through Production: The Use of Zonation in Espinar". *American Ethnologist* 4: 84-101.
- Ortega y Gasset, José. 1937. *Invertebrate Spain*. Nueva York: W. W. Norton. (Publicado originalmente en español en 1921.)
- Ortiz, Fernando. 1947. *Cuban Counterpoint: Tobacco and Sugar*. Nueva York: Knopf. (Publicado originalmente en español en 1940.)
- Osgood E. S. 1957. *The Day of the Cattleman*. Chicago: Phoenix Books.
- Ostrogorsky, Georg. 1957. *History of the Byzantine State*. New Brunswick,

- NJ: Rutgers University Press. (Publicado inicialmente en alemán en 1940.)
- Ottenberg, Simon. 1958. "Ibo Oracles and Intergroup Relations". *Southwestern Journal of Anthropology* 14: 295-317.
- Otterbein, Keith F. 1964. "Why the Iroquois Won: An Analysis of Iroquois Military Tactics". *Ethnohistory* 11: 56-63.
- Owen, E. R. J. 1969. *Cotton and the Egyptian Economy 1820-1914: A Study in Trade and Development*. Oxford: Clarendon Press.
- Owen, Roger, y Bob Sutcliffe, comps., 1972. *Studies in the Theory of Imperialism*. Londres: Longman.
- Palerm, Ángel. 1949. "El industrialismo y la decadencia". *Presencia* (México) 5-6: 38-80.
- . 1979. "Sobre la formación del sistema colonial: apuntes para una discusión". En *Ensayos sobre el desarrollo económico de México y América Latina (1500-1975)*. Enrique Florescano, comp., pp. 93-127. México: Fondo de Cultura Económica.
- Palmer, Robin, y Neil Parsons, comps., 1977. *The Roots of Rural Poverty in Central and Southern Africa*. Berkeley, Los Angeles, Londres: University of California Press.
- Parry, J. H. 1966. *The Establishment of the European Hegemony 1415-1715: Trade and Exploration in the Age of the Renaissance*, 3a. ed. rev. Nueva York: Harper Torchbooks/Harper & Row.
- . 1971. *Trade and Dominion: The European Overseas Empires in the Eighteenth Century*. Londres: Weidenfeld & Nicolson.
- . 1973. *The Spanish Seaborne Empire*. Harmondsworth: Penguin Books.
- Partridge, William L. 1979. "Banana Country in the Wake of the United Fruit: Social and Economic Linkages". *American Ethnologist* 6: 491-509.
- Peckham, Howard H. 1970. *Pontiac and the Indian Uprising*. Nueva York: Russell and Russell. (1a. ed., 1947.)
- Pelzer, Karl. 1945. *Pioneer Settlement in the Asiatic Tropics: Land Utilization and Agricultural Colonization in Southeast Asia*. American Geographical Society, Special Publication No. 29. Nueva York: American Geographical Society.
- Pendle, George. 1963. *A History of Latin America*. Baltimore: Penguin.
- Perdue, Theda. 1979. *Slavery and the Evolution of Cherokee Society 1540-1866*. Knoxville: University of Tennessee Press.
- Perkin, Harold J. 1969. *The Origins of Modern English Society 1780-1880*. Toronto: University of Toronto Press.
- Phillips, Paul C. 1961. *The Fur Trade*, 2 vols. Norman: University of Oklahoma Press.
- Phillipson, D. W. 1977. "The Spread of the Bantu Language". *Scientific American* 286: 106-114.

- Pike, Ruth. 1966. *Enterprise and Adventure: The Genoese in Seville and the Opening of the New World*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Pirenne, Henri. 1937. *Economic and Social History of Medieval Europe*. Nueva York: Harcourt Brace. (Editado originalmente en francés en 1933.)
- Platt, D. C. M. 1973. *Latin America and British Trade, 1806-1914*. The Merchant Adventurers Series. Nueva York: Harper & Row/ Barnes & Noble.
- Polanyi, Karl. 1957. *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*. Boston: Beacon Press. (1a. ed., 1944.)
- . 1966. *Dahomey and the Slave Trade*. *American Ethnological Society*, Monograph No. 42. Seattle: University of Washington Press.
- Pollard, Sidney. 1965. *The Genesis of Modern Management: A Study of the Industrial Revolution in Great Britain*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Pollock, N. C., y Swanzie Agnew. 1963. *An Historical Geography of South Africa*. Londres: Longmans.
- Poppino, Rollie. 1968. *Brazil: The Land and People*. Londres: Oxford University Press.
- Portes, Alejandro. 1978. "Migration and Underdevelopment". *Politics and Society* 8: 1-48.
- Potter, Jack M. 1976. *Thai Peasant Social Structure*. Chicago: University of Chicago Press.
- Poulantzas, Nicos. 1973. *Political Power and Social Classes*. Londres: New Left Books. (Publicado inicialmente en francés en 1968.)
- . 1978. *Classes in Contemporary Capitalism*. Londres: Verso. (Publicado inicialmente en francés en 1974.)
- Prawer, Joshua, y Shmuel N. Eisenstadt. 1968. "Feudalism". En *International Encyclopedia of the Social Sciences*, vol. 5. David Sills, comp., pp. 393-403. Nueva York: Macmillan and Free Press.
- Quain, Buell. 1937. "The Iroquois". En *Cooperation and Competition Among Primitive Peoples*. Margaret Mead, comp., pp. 240-281. Nueva York: McGraw-Hill.
- Ragatz, Lowell J. 1928. *The Fall of the Planter Class in the British Caribbean, 1763-1833*. Nueva York: Century.
- Ramos, Alcida R. 1978. "Mundurucú: Social Change or False Problem?" *American Ethnologist* 5: 675-689.
- Randle, Martha C. 1951. "Iroquois Women, Then and Now". *Bulletin of the Bureau of American Ethnology* 149: 167-180.
- Ranger, Terence O., comp., 1968. *Aspects of Central African History*. Evanston, IL: Northwestern University Press.
- Rawick, George P. 1972. *From Sundown to Sunup: The Making of the Black Community*. *Contributions in Afro-American and African Studies*, No. 11. Westport, CT: Greenwood.
- Rawski, Evelyn Sakakida. 1972. *Agricultural Change and the Peasant Econ-*

- omy of South China*. Harvard East Asian Series, No. 66. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Ray, Arthur J. 1974. *Indians in the Fur Trade: Their Role as Hunters, Trappers and Middlemen in the Lands Southwest of Hudson Bay 1660-1870*. Toronto: University of Toronto Press.
- Raychaudhuri, Tapan, comp. 1960. *Contributions to Indian Economic History*, vol. 1. Calcuta: Firma K. L. Mukhopadhyay.
- Redford, Arthur. 1976. *Labour Migration in England, 1800-1850*. 3a. ed. Manchester: Manchester University Press. (1a. ed., 1926.)
- Rees, Albert. 1961. *Real Wages in Manufacturing: 1890-1914*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo. 1961. "The Agricultural Basis of the Sub-Andean Chiefdoms of Colombia". En *The Evolution of Horticultural Systems in Native South America: Causes and Consequences. A Symposium*. Johannes Wilbert, comp., pp. 83-100. Suplemento núm. 2, *Antropológica*. Caracas: Sociedad de Ciencias Naturales La Salle.
- . 1955. *Colombia*. Nueva York: Praeger.
- Rey, Pierre-Philippe. 1976. *Les alliances de classes*. París: François Maspéro.
- Reynolds, Robert L. 1957. "The Mediterranean Frontiers, 1000-1400". En *The Frontier in Perspective*. Walker D. Wyman y Clifton B. Kroeber, comps., pp. 21-34. Madison: University of Wisconsin Press.
- . 1961. *Europe Emerges*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Ribeiro, Darcy. 1968. *The Civilization Process*. Washington, DC: Smithsonian Institution Press.
- Rich, E. E. 1955. "Russia and the Colonial Fur Trade". *Economic History Review* 7: 307-328.
- . 1959. *History of the Hudson's Bay Company 1670-1870*, 2 vols. Londres: Hudson's Bay Record Society.
- Richards, Alan R. 1977. "Primitive Accumulation in Egypt, 1798-1882". *Review* 1: 3-49.
- Richards, Cara B. 1957. "Matriarchy or Mistake: The Role of Iroquois Women Through Time". En *Cultural Stability and Cultural Change. Proceedings of the 1957 Annual Spring Meeting of the American Ethnological Society*. Verne F. Ray, comp., pp. 36-45. Seattle: American Ethnological Society, University of Washington.
- Richards, D. S., comp. 1970. *Islam and the Trade of Asia: A Colloquium*. Oxford: Bruno Cassirer; Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- Richards, W. 1980. "The Import of Firearms into West Africa in the 18th Century". *Journal of African History* 21: 43-59.
- Robequain, Charles. 1944. *The Economic Development of French Indo-China*. Londres: Oxford University Press. (Editado originalmente en francés en 1939.)
- Roberts, Andrew D. 1973. *A History of the Bemba: Political Growth and Change in North-eastern Zambia Before 1900*. Madison: University of Wisconsin Press.

- Robinson, K. R. 1966. "The Archaeology of the Rozwi". En *The Zambezi Past: Studies in Central African History*. Eric T. Stokes y R. Brown, comps., pp. 3-27. Manchester: University of Manchester Press.
- Robinson, Ronald. 1972. "Non-European Foundations of European Imperialism: Sketch for a Theory of Collaboration". En *Studies in the Theory of Imperialism*. Roger Owen y Bob Sutcliffe, comps., pp. 118-140. Londres: Longman.
- Rodinson, Maxime. 1966. *Islam et capitalisme*. París: Éditions du Seuil.
- Rodney, Walter. 1970. *A History of the Upper Guinea Coast*. Oxford: Clarendon Press.
- Roff, William R. 1967. *The Origins of Malay Nationalism*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Rogers, Edward S. 1969. "Band Organization Among the Indians of Eastern Subarctic Canada". En *Contributions to Anthropology: Band Societies. Proceedings of the Conference on Band Organization, Ottawa, 1965*. David Damas, comp., pp. 21-50. National Museum of Canada Bulletin No. 228, Anthropological Series No. 84. Ottawa: National Museums of Canada.
- Rogin, Michael P. 1975. *Fathers and Children: Andrew Jackson and the Subjugation of the American Indian*. Nueva York: Knopf.
- Rohrbough, Malcolm J. 1968. *The Land Office Business: The Settlement and Administration of American Public Lands, 1789-1837*. Nueva York: Oxford University Press.
- Rokkan, Stein. 1975. "Dimensions of State Formation and Nation-Building: A Possible Paradigm for Research on Variations Within Europe". En *The Formation of National States in Western Europe*. Charles Tilly, comp., pp. 562-600. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Rollwagen, Jack. 1980. "New Directions in Urban Anthropology: Building an Ethnography and an Ethnology of the world system". En *Urban Life: Readings in Urban Anthropology*. George Gmelch y Walter P. Zenner, comps., pp. 370-382. Nueva York: St. Martin's Press.
- Rosas, Paul. 1943. "Caste and Class in India". *Science and Society* 7: 141-167.
- Roseberry, William. 1978. "Historical Materialism and *The People of Puerto Rico*". En *Social Anthropology in Puerto Rico*. Edición especial. Robert Duncan, comp. *Revista Interamericana* (San Germán, Puerto Rico) 8: 26-36.
- Rosecrance, Richard N. 1964. "The Radical Culture of Australia". En *The Founding of New Societies*. Louis Hartz, comp., pp. 275-318. Nueva York: Harcourt, Brace and World.
- Rosenberg, Hans. 1967. *Grosse Depression und Bismarckzeit: Wirtschaftsablauf, Gesellschaft und Politik in Mitteleuropa*. Veröffentlichungen der Historischen Kommission zu Berlin beim Friedrich-Meinecke-Institut der Freien Universität Berlin, vol. 24; Publikationen zur Geschichte der Industrialisierung, vol. 2. Berlín: Walter de Gruyter.

- Rosenberg, Harriet G. 1978. *The Experience of Underdevelopment: Change in a French Alpine Village from the Old Regime to the Present*. Tesis de doctorado, Departamento de Antropología e Historia de la Universidad de Michigan, Ann Arbor.
- Rosenblum, Gerald. 1973. *Immigrant Workers: Their Impact on American Labor Radicalism*. Nueva York: Basic Books.
- Rosman, Abraham, y Paula Rubel. 1971. *Feasting with Mine Enemy: Rank and Exchange Among Northwest Coast Societies*. Nueva York: Columbia University Press.
- Rostow, Walt Whitman. 1960. *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*. Cambridge: Cambridge University Press.
- . 1975. *How It All Began: Origins of the Modern Economy*. Nueva York: McGraw-Hill.
- . 1978. *The World Economy: History and Prospect*. Austin: University of Texas Press.
- Rotberg, Robert I., y H. Neville Chittick, comps., 1975. *East Africa and the Orient: Cultural Syntheses in Pre-Colonial Times*. Nueva York: Africana.
- Rothenberg, Diane. 1976. "Erosion of Power: An Economic Basis for the Selective Conservatism of Seneca Women in the Nineteenth Century". *Western Canadian Journal of Anthropology* 6: 106-122.
- Rowe, John H. 1957. "The Incas Under Spanish Colonial Institutions". *Hispanic American Historical Review* 37: 155-199.
- Rowe, William L. 1973. "Caste, Kinship, and Association in Urban India". En *Urban Anthropology*. Aidan Southall, comp., pp. 211-249. Nueva York: Oxford University Press.
- Rowthorn, Bob. 1976. "Late Capitalism". *New Left Review* 98: 59-83.
- Russell, Josiah C. 1958. *Late Ancient and Medieval Populations*. Transactions of the American Philosophical Society, Philadelphia. vol. 43, núm. 3.
- . 1972. *Medieval Regions and Their Cities*. Bloomington: Indiana University Press.
- Ruyle, Eugene. 1973. "Slavery, Surplus, and Stratification on the Northwest Coast: The Ethnoenergetics of an Incipient Stratification System". *Current Anthropology* 14: 603-631.
- Sahlins, Marshall D. 1960. "Political Power and the Economy in Primitive Society". En *Essays in the Science of Culture in Honor of Leslie A. White*. Gertrude E. Dole y Robert L. Carneiro, comps., pp. 390-415. Nueva York: Thomas Y. Crowell.
- . 1972. *Stone Age Economics*. Chicago: Aldine-Atherton.
- Sahlins, Marshall D., y Elman R. Service, comps. 1960. *Evolution and Culture*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Saini, Krishan G. 1971. "A Case of Aborted Economic Growth: India, 1860-1913". *Journal of Asian History* 5: 89-118.
- Sanders, William T., y Joseph Marino. 1970. *New World Prehistory*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.

- Sanders, William T., y Barbara J. Price. 1968. *Mesoamerica: The Evolution of a Civilization*. Nueva York: Random House.
- Sansom, Robert L. 1970. *The Economics of Insurgency in the Mekong Delta of Vietnam*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Santamaría, Daniel J. 1977. "La propiedad de la tierra y la condición social del indio en el Alto Perú, 1780-1810". *Desarrollo Económico: Revista de Ciencias Sociales* (Buenos Aires, Argentina) 17: 253-271.
- Sassen-Koob, Saskia. 1978. "The International Circulation of Resources and Development: The Case of Migrant Labour". *Development and Change* 9: 509-545.
- . 1981. "Notes Towards a Conceptualization of Immigrant Labor". *Social Problems* 29: 65-85.
- Sauer, Carl O. 1966. *The Early Spanish Main*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- Schapera, Isaac. 1940. "The Political Organization of the Ngwato of Bechuanaland Protectorate". En *African Political Systems*. Meyer Fortes y E. E. Evans. Pritchard, comps., pp. 56-82. Londres: Oxford University Press.
- Schermerhorn, Richard A. 1978. *Ethnic Plurality in India*. Tucson: University of Arizona Press.
- Schlumbohm, Jürgen. 1977. "Produktionsverhältnisse—Produktivkräfte— Krisen in der Proto-Industrialisierung". En *Industrialisierung vor der Industrialisierung: Gewerbliche Warenproduktion auf dem Land in der Formations-Periode des Kapitalismus*. Peter Kriedte, Hans Medick, y Jürgen Schlumbohm, comps., pp. 194-257. Veröffentlichungen des Max-Planck-Instituts für Geschichte 53. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.
- Schmidt, Alfred. 1971. *The Concept of Nature in Marx*. Londres: New Left Books. [El concepto de naturaleza en Marx, Siglo XXI, México, 1976.]
- Schneider, David M. 1972. "What Is Kinship All About?". En *Kinship Studies in the Morgan Centennial Year*. Pirsilla Reining, comp., pp. 32-63. Washington, DC: Anthropological Society of Washington.
- Schneider, Jane. 1977. "Was There a Pre-Capitalist World System?". *Peasant Studies* 6: 20-29.
- Schneider, Jane, y Peter Schneider. 1976. *Culture and Political Economy in Western Sicily*. Nueva York: Academic Press.
- Schumpeter, Joseph. 1939. *Business Cycles: A Theoretical, Historical and Statistical Analysis of the Capitalist Process*, 2 vols. Nueva York: McGraw-Hill.
- Scobie, James R. 1964. *Revolution on the Pampas: A Social History of Argentine Wheat, 1860-1910*. Austin: University of Texas Press.
- Scott, Joan Wallach. 1974. *The Glassworkers of Carmux: French Craftsmen and Political Action in a Nineteenth-Century City*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Secoy, Frank R. 1953. *Changing Military Patterns on the Great Plains*

- (17th Century Through Early 19th Century). American Ethnological Society, Monograph No. 21. Nueva York: J. J. Augustin.
- Seddon, David, ed. 1974. *Relations of Production: Marxist Approaches to Economic Anthropology*. Londres: Frank Cass.
- Sée, Henri. 1937. *Origen y evolución del capitalismo moderno*. México: Fondo de Cultura Económica. (Publicado inicialmente en francés en 1926.)
- Sellnow, Irmgard. 1961. *Grundprinzipien einer Periodisierung der Urgeschichte*. Berlín: Akademie Verlag.
- Sereni, Emilio. 1968. *Il capitalismo nelle campagne (1860-1900)*. Turín: Einaudi.
- Service, Elman R. 1962. *Primitive Social Organization: An Evolutionary Perspective*. Nueva York: Random House.
- . 1968. "War and Our Contemporary Ancestors". En *War: The Anthropology of Armed Conflict and Aggression*. Morton H. Fried, Marvin Harris y Robert F. Murphy, comps. pp. 160-167. Garden City, NY: Natural History Press.
- Shanin, Teodor. 1978. "The Peasants Are Coming: Migrants Who Labour, Peasants Who Travel, and Marxists Who Write". *Race and Class* 19: 277-288.
- Shapiro, Seymour. 1967. *Capital and the Cotton Industry in the Industrial Revolution*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Sharp, Lauriston, y Lucien M. Hanks. 1978. *Bang Chan: Social History of a Rural Community in Thailand*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Sharp, Lauriston, Hazel M. Hauck, Kamol Janlekha y Robert B. Textor. 1953. *Siamese Rice Village: A Preliminary Study of Bang Chan, 1948-1949*. Bangkok: Cornell Research Center.
- Sharp, William Frederick. 1976. *Slavery on the Spanish Frontier: The Colombian Chocó 1680-1810*. Norman: University of Oklahoma Press.
- Sharrock, Susan R. 1974. "Crees, Cree-Assiniboines, and Assiniboines: Interethnic Social Organization on the Far Northern Plains". *Ethnohistory* 21: 95-122.
- Shelvankar, K. S. 1943. *The Problem of India*. Harmondsworth: Penguin Books.
- Shineberg, Dorothy. 1966. "The Sandalwood Trade in Melanesian Economics, 1841-65". *Journal of Pacific History* 1: 129-146.
- . 1967. *They Came for Sandalwood: A Study of the Sandalwood Trade in the South-West Pacific 1830-1865*. Carlton: Melbourne University Press.
- . 1970. "Guns and Men in Melanesia". *Journal of Pacific History* 5: 61-82.
- Shiozawa, Kimio. 1965. "Les historiens japonais et le mode de production asiatique". *La Pensée* 122: 63-78.
- Sider, Gerald M. 1970. *The Political History of the Lumbee Indians of Robeson Country, North Carolina: A Case Study of Ethnic Political Af-*

- filiations. Tesis de doctorado, Department of Anthropology, New School of Social Research, Nueva York.
- Silverberg, James, comp. 1968. "Social Mobility in the Caste System in India". *Comparative Studies in Society and History: Supplement III*.
- Simkin, C. G. F. 1968. *The Traditional Trade of Asia*. Londres: Oxford University Press.
- Simons, H. J. 1949. "Race Relations and Policies in Southern and Eastern Africa". En *Most of the World: The Peoples of Africa, Latin America, and the East Today*. Ralph Linton, comp., pp. 271-330. Nueva York: Columbia University Press.
- Simons, H. J., y R. E. Simons. 1969. *Class and Colour in South Africa*. Harmondsworth: Penguin Books.
- Sinder, Leon. 1964. *Caste Instability in Moghul India*. Seúl: Ching-ang University.
- Sinha, Surajit. 1962. "Status Formation and Rajput Myth in Tribal Central India". *Man in India* 42: 35-80.
- Siskind, Janet. 1978. "Kinship and Mode of Production". *American Anthropologist* 80: 860-872.
- Skocpol, Theda. 1979. *States and Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia, and China*. Cambridge University Press.
- Smelser, Neil J. 1959. *Social Change in the Industrial Revolution: An Application of Theory to the British Cotton Industry*. Chicago: University of Chicago Press.
- Smit, J. W. 1975. "Holland: Comment". En *Failed Transitions to Modern Industrial Society: Renaissance Italy and Seventeenth Century Holland. First International Colloquium 1974*. Frederick y Paul M. Hohenberg, comps., pp. 61-63. Montreal: Interuniversity Centre for European Studies.
- Smith, Abbot E. 1947. *Colonists in Bondage: White Servitude and Convict Labor in America, 1607-1776*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Smith, Abdullahi. 1972. "The Early States of the Central Sudan". En *History of West Africa*. J. F. Ade Ajayi y Michael Crowder, comps., vol. 1, pp. 158-201. Nueva York: Columbia University Press.
- Smith, C. T. 1967. *An Historical Geography of Western Europe Before 1800. Praeger Advanced Geographies*. Nueva York: Praeger.
- Smith, M. G. 1965. *The Plural Society in the British West Indies*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- Snow, Dean. 1976. "Abenaki Fur Trade in the Sixteenth Century". *Western Canadian Journal of Anthropology* 6: 3-11.
- Southall, Aidan W. 1953. *Alur Society: A Study in Processes and Types of Domination*. Cambridge, MA: W. Heffer.
- Spalding, Karen W. 1967. *Indian Rural Society in Colonial Peru: The Example of Huarochiri*. Tesis de doctorado, Departamento de Antropología de la Universidad de California, Berkeley.

- Spalding, Karen W. 1974. *De indio a campesino: Cambios en la estructura social del Perú colonial*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Spear, Percival. 1963. *The Nabobs: A Study of the Social Life of the English in Eighteenth Century India*. Londres: Humphrey Milford/Oxford University Press.
- . 1970. "The Mughal Mansabdari System". En *Elites in South Asia*. E. R. Leach y S. N. Mukherjee, comps., pp. 1-15. Cambridge: Cambridge University Press.
- Spodek, Howard. 1974. "Rulers, Merchants and Other Groups in the City-States of Saurashtra, India, Around 1800". *Comparative Studies in Society and History* 16: 448-470.
- Srinivas, M. N. 1959. "The Dominant Caste in Rampura". *American Anthropologist* 61: 1-16.
- . 1961. *Social Change in Modern India*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- Stavenhagen, Rodolfo. 1975. *Social Classes in Agrarian Societies*. Garden City, NY: Anchor Press/Doubleday.
- Steensgard, Niels. 1973. *Carracks, Caravans, and Companies: The Structural Crisis in the European-Asian Trade in the Early 17th Century*. Monograph Series, vol. 17. Copenhague: Scandinavian Institute of Asian Studies.
- Stein, Stanley J. y Barbara Stein. 1970. *The Colonial Heritage of Latin America*. Oxford: Oxford University Press.
- Stenton, Doris M. 1952. *English Society in the Early Middle Ages (1066-1307)*. 2a. ed. rev. *Pelican History of England*, vol. 3. Harmondsworth: Penguin Books.
- Sternberg, Fritz. 1926. *Der Imperialismus*. Berlin: Malik.
- Stevenson, Robert F. 1968. *Population and Political Systems in Tropical Africa*. Nueva York: Columbia University Press.
- Steward, Julian H. 1947. "American Culture History in the Light of South America". *Southwestern Journal of Anthropology* 3: 85-107.
- Steward, Julian H., comp. 1946-1959. *Handbook of South America Indians*. 7 vols. U.S. Bureau of American Ethnology, Bulletin 143. Washington, DC: U.S. Government Printing Office.
- . 1956. *The People of Puerto Rico: A Study in Social Anthropology*. Urbana: University of Illinois Press.
- Steward, Julian H., y Louis G. Faron. 1959. *Native Peoples of South America*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Stewart, Watt. 1951. *Chinese Bondage in Peru: A History of the Chinese Coolie in Peru, 1849-1874*. Westport, CT: Greenwood Press.
- . 1964. *Keith and Costa Rica: The Biographical Study of Minor Cooper Keith*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Strachey, John. 1935. *Nature of the Capitalist Crisis*. Nueva York: Covici Friede.
- Strayer, Joseph R. 1970. *On the Medieval Origins of the Modern State*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

- Strickon, Arnold. 1960. *The Grandsons of the Gauchos: A Study in Sub-cultural Persistence*. Tesis de doctorado, Departamento de Antropología de la Universidad de Columbia, Nueva York.
- . 1965. "The Euro-American Ranching Complex". En *Man, Culture, and Animals*. Anthony Leeds y Andrew P. Vayda, comps., pp. 229-258. American Association for the Advancement of Science, Publication 78. Washington, DC: American Association for the Advancement of Science.
- Sturtevant, William C. 1962. "Spanish-Indian Relations in Southeastern North America". *Ethnohistory* 9: 41-94.
- . 1971. "Creek into Seminole". En *North American Indians in Historical Perspective*. Eleanor B. Leacock y Nancy O. Lurie, comps., pp. 92-128. Nueva York: Random House.
- Summers, Roger. 1961. "The Southern Rhodesian Iron Age". *Journal of African History* 2: 1-13.
- . 1963. *Zimbabwe: A Rhodesian Mystery*. Johannesburg: Nelson.
- . 1970. "The Rhodesian Iron Age". En *Papers in African Prehistory*. J. D. Fage y R. A. Oliver, comps., pp. 157-172. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sundstrom, Lars. 1974. *The Exchange Economy of Pre-Colonial Tropical Africa*. Nueva York: St. Martin's Press. (Reimpresión de *The Trade of Guinea*, 1965.)
- Suttles, Wayne. 1960. "Variation in Habitat and Culture in the Northwest Coast". *Akten des 34. Internationalen Amerikanisten-Kongresses, Vienna*, pp. 522-537. Horn, Viena: Ferdinand Berger.
- Swanton, John R. 1946. *The Indians of the Southeastern United States*. U.S. Bureau of American Ethnology Bulletin 137. Washington, DC: U.S. Government Printing Office.
- Sweezy, Paul M. 1942. *The Theory of Capitalist Development: Principles of Marxian Political Economy*. Nueva York: Oxford University Press.
- Tawney, R. H. 1967. *The Agrarian Problem in the Sixteenth Century*. Nueva York: Harper & Row. (1a. ed., 1912.)
- Taylor, George Rogers. 1951. *The Transportation Revolution 1815-1860. The Economic History of the United States*, vol. 4. Nueva York: Rinehart.
- Taylor, William B. 1972. *Landlord and Peasant in Colonial Oaxaca*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Teggart, Frederick J. 1939. *Rome and China: A Study of Correlations in Historical Events*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- Teng, Ssu-yü, y John K. Fairbank. 1961. *China's Response to the West: A Documentary Survey 1839-1923*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Terray, Emmanuel. 1973. "Technologie, état et tradition en Afrique". *Annales* 28: 1331-1338.
- . 1975. "Classes and Class Consciousness in the Abron Kingdom of Gyaman". En *Marxist Analyses and Social Anthropology*. Maurice Bloch,

- comp., pp. 85-135. Association of Social Anthropologists, Studies No. 2. Londres: Malaby Press.
- Thirsk, Joan. 1974. "The Disappearance of the English Peasantry". Trabajo presentado en el Peasant Seminar, Centre of International and Area Studies, University of London, 15 de marzo. Mimeografiado. P. 74/37.
- Thompson, Edgar T. 1975. *Plantation Societies, Race Relations, and the South: The Regimentation of Populations*. Durham, NC: Duke University Press.
- Thompson, E. P. 1966. *The Making of the English Working Class*. Nueva York: Vintage Books.
- . 1978a. "Eighteenth-Century English Society: Class Struggle Without Class?". *Social History* 3: 133-165.
- . 1978b. *The Poverty of Theory and Other Essays*. Nueva York y Londres: Monthly Review Press.
- Thompson, Leonard. 1969. "Cooperation and Conflict: The Zulu Kingdom and Natal". En *The Oxford History of South Africa*, vol. 1: *South Africa to 1870*. Monica Wilson y Leonard Thompson, comps., pp. 334-390. Nueva York y Londres: Oxford University Press.
- Thorner, Daniel. 1950. *Investment in Empire: British Railway and Steam Shipping Enterprise in India, 1825-1849*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- . 1964. *Agricultural Cooperatives in India: A Field Report*. Londres: Asia Publishing House.
- Thorner, Daniel, y Alice Thorner. 1962. *Land and Labour in India*. Bombay: Asia Publishing House.
- Thrupp, Sylvia L. 1962. *The Merchant Class of Medieval London (1300-1500)*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Tilly, Charles. 1964. *The Vendée: A Sociological Analysis of the Counterrevolution of 1793*. Nueva York: Wiley.
- . 1975. "Food Supply and Public Order in Modern Europe". En *The Formation of National States in Western Europe*. Charles Tilly, comp., pp. 380-455. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- . 1976. *Sociology, History, and the Origins of the European Proletariat*. Center for Research on Social Organization, Working Paper No. 148. Ann Arbor: University of Michigan.
- Tilly, Charles, comps. 1975. *The Formation of National States in Western Europe*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Tinker, Hugh. 1974. *A New System of Slavery: The Export of Indian Labour Overseas 1830-1920*. Londres: Oxford University Press.
- Titiev, Mischa. 1943. "The Influence of Common Residence on the Unilateral Classification of Kindred". *American Anthropologist* 45: 511-530.
- Togan, A. Zeki Validi. 1939. "Ibn Fadlan's Reisebericht". *Abhandlungen für die Kunde des Morgenlandes* (Leipzig) 24 (3).
- Tökei, Ferenc. 1966. *Sur le mode de production asiatique*. Paris: Centre

- d'Études et de Recherches marxistes. (1a. ed. en húngaro, 1965; 1a. trad. al alemán, 1969.)
- Töpfer, Bernhard. 1974. "Zu einigen Grundfragen des Feudalismus. Ein Diskussionsbeitrag". En *Feudalismus*. Heide Wunder, comp., pp. 221-254. Munich: Nymphenburger Verlagshandlung.
- Toussaint, Auguste. 1966. *History of the Indian Ocean*. Chicago: University of Chicago Press.
- Trelease, Allen W. 1960. *Indian Affairs in Colonial New York: The Seventeenth Century*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Trempe, Rolande. 1971. *Les mineurs de Carmaux*. París: Éditions Ouvrières.
- Trigger, Bruce G. 1976. *The Children of Aataentsic: A History of the Huron People to 1660*, 2 vols. Montreal: McGill-Queen's University Press.
- Trigger, Bruce, comp. 1978. *Handbook of North American Indians*, vol. 5: *The Northeast*. Washington, DC: Smithsonian Institution.
- Trimberger, Ellen K. 1978. *Revolution from Above: Military Bureaucrats and Development in Japan, Turkey, Egypt, and Peru*. New Brunswick, NJ: Transaction Books.
- Turner, Bryan S. 1978. *Marx and the End of Orientalism*. Controversies in Sociology, No. 7. Londres: Allen & Unwin.
- Turner, Victor. 1967. *The Forest of Symbols: Aspects of Ndembu Ritual*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Twichett, Denis. 1962. *Land Tenure and the Social Order in T'ang and Sung China*. Conferencia inaugural, 28 de noviembre de 1961. Londres: School of Oriental and African Studies, University of London.
- Uchendu, Victor C. 1965. *The Igbo of Southeast Nigeria*. Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.
- Udovitch, Abraham L. 1970. *Partnership and Profit in Medieval Islam*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Udovitch, Abraham L., comp. 1980. *The Islamic Middle East, 700-1900: Studies in Social and Economic History*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Ukers, William H. 1935. *All About Coffee*. 2a. ed. Nueva York: Tea and Coffee Trade Journal Company.
- Ure, Andrew. 1967. *The Philosophy of Manufacturers or, an Exposition of the Scientific, Moral, and Commercial Economy of the Factory System of Great Britain*. Reprints of Economic Classics. Nueva York: Augustus M. Kelley. (1a. ed., 1835.)
- Vansina, Jan. 1962. "Long Distance Trade-Routes in Central Africa". *Journal of African History* 3: 375-390.
- . 1963. "Notes sur l'origine du royaume du Congo". *Journal of African History* 4: 33-38.
- . 1968. *Kingdoms of the Savanna*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Vansina, Jan, R. Mauny y L. V. Thomas, comps. 1964. *The Historian in Tropical Africa*. Londres: Oxford University Press.

- Vasiliev, L. S., y I. A. Stuchevskii. 1967. "Three Models for the Origin and Evolution of Precapitalist Societies". *Soviet Review: A Journal of Translations* 8: 26-39.
- Vellut, Jean-Luc. 1972. "Notes sur le Lunda et la frontière Luso-Africaine (1700-1900)". *Études d'Histoire Africaine* 3: 61-166.
- Venable, Vernon. 1945. *Human Nature: The Marxian View*. Nueva York: Knopf.
- Vercauteren, Fernand. 1967. "The Circulation of Merchants in Western Europe from the 6th to the 10th Century: Economic and Cultural Aspects". En *Early Medieval Society*. Sylvia L. Thrupp, comp., pp. 185-195. Nueva York: Appleton-Century-Crofts.
- Verlinden, Charles. 1955. *L'esclavage dans l'Europe médiévale*, vol. 1: *Peninsule Ibérique, France*. Bruges: De Tempel.
- Vicens Vives, Jaime. 1969. *Economic History of Spain*. Princeton, NJ: Princeton University Press. (Editado originalmente en español en 1955.)
- . 1970. *Approaches to the History of Spain*. Ed. rev. Berkeley, Los Angeles, Londres: University of California Press. (1a. ed. en español, 1952.)
- Villamarín, Juan A. 1972. *Encomenderos and Indians in the Formation of Colonial Society in the Sabana de Bogotá, Colombia: 1537-1740*. Tesis de doctorado. Departamento de Antropología de la Universidad de Brandeis, Waltham, Mass.
- . 1975. "Haciendas en la Sabana de Bogotá, Colombia, en la época colonial: 1539-1810". En *Haciendas, latifundios y plantaciones*. Enrique Florescano, comp., pp. 327-345. México: Siglo XXI Editores.
- Villamarín, Juan, y Judith E. Villamarín. 1975. *Indian Labor in Mainland Colonial Spanish America*. University of Delaware Latin American Studies Program Occasional Papers and Monographs, No. 1. Newark: University of Delaware Latin American Studies Program.
- . 1979. "Chibcha Settlement Patterns Under Spanish Rule 1537-1810". En *Social Fabric and Spatial Structure in Colonial Latin America*. Dellplain Monograph Series in Latin American Studies, vol. 1. David J. Robinson, comp., pp. 25-84. Syracuse, NY: Department of Geography, Syracuse University.
- Volosinov, Valentin N. 1973. *Marxism and the Philosophy of Language*. Nueva York y Londres: Seminar Press. (1a. ed. en ruso, 1930.)
- Vries, Jan de. 1974. *Dutch Rural Economy in the Golden Age, 1500-1700*. New Haven, CT: Yale University Press.
- . 1975. "Holland: Commentary", en *Failed Transitions to Modern Industrial Society: Renaissance Italy and Seventeenth Century Holland*. *First International Colloquium 1974*. Frederick Krantz and Paul M. Hohenberg, comps., pp. 55-57. Montreal: Interuniversity Centre for European Studies.
- Wadsworth, A. P., y Julia de Lacy Mann. 1931. *The Cotton Trade and*

- Industrial Lancashire, 1600-1780*. Manchester: Manchester University Press.
- Wagley, Charles. 1953. *Amazon Town: A Study of Man in the Tropics*. Nueva York: Macmillan.
- Wakeman, Frederic, Jr. 1974. *Strangers at the Gate: Social Disorder in South China 1839-1861*. Berkeley, Los Angeles, Londres: University of California Press.
- . 1975. *The Fall of Imperial China*. Nueva York: Free Press.
- Walker, Mack. 1964. *Germany and the Emigration, 1816-1885*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- . 1971. *German Home Towns: Community, State, and General Estate 1648-1871*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Wallace, Anthony F. C. 1970. *The Death and the Rebirth of the Senecas*. Nueva York: Knopf.
- Wallerstein, Immanuel. 1974. *The Modern World-System: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*. Nueva York: Academic Press.
- . 1979. "Kondratieff Up or Kondratieff Down?". *Review* 2: 663-673.
- Wang, Yü-Ch'üan. 1936. "The Rise of the Land Tax and the Fall of Dynasties in Chinese History". *Pacific Affairs* 9: 201-220.
- Ward, R. Gerard. 1972. "The Pacific Beche-de-Mer Trade with Special Reference to Fiji". En *Man in the Pacific Islands*. R. Gerard Ward, comp. pp. 91-123. Oxford: Clarendon Press.
- Ward, R. Gerard, comp. 1972. *Man in the Pacific Islands*. Oxford: Clarendon Press.
- Ward, W. E. F. 1966. *A History of Ghana*. Londres: Allen & Unwin.
- Warner, W. Lloyd. 1958. *A Black Civilization: A Social Study of an Australian Tribe*. Ed. rev. Nueva York: Harper & Row. (1a. ed., 1937.)
- Warner, W. Lloyd, y J. Low. 1947. *The Social System of a Modern Factory*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Washburn, Wilcomb E., comp. 1964. *The Indian and the White Man*. Documents in American Civilization Series. Nueva York: Anchor Books.
- Wasserstrom, Robert. 1977. "Land and Labour in Central Chiapas: A Regional Analysis". *Development and Change* 8: 441-463.
- . 1978. "Population Growth and Economic Development in Chiapas, 1524-1975". *Human Ecology* 6: 127-143.
- Watrous, Stephen D. 1966. *John Ledyard's Journey Through Russia and Siberia 1787-1788. The Journal and Selected Letters*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Watson, Andrew M. 1974. "The Arab Agricultural Revolution and Its Diffusion, 700-1100". *Journal of Economic History* 34: 8-35.
- Watson, James L., comp. 1980. *Asian and African Systems of Slavery*. Oxford: Brasil Blackwell.
- Webb, Malcolm C. 1965. "The Abolition of the Taboo System in Hawaii". *Journal of the Polynesian Society* 74: 21-39.

- Webb, Walter P. 1931. *The Great Plains*. Nueva York: Grosset's Universal Library.
- Weber, Eugen. 1976. *Peasants into Frenchmen: The Modernization of Rural France 1870-1914*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Weber, Max. 1958. *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*. Nueva York: Scribner's. (1a. ed. en alemán, 1904-1905.)
- . 1968. *On Charisma and Institution Building: Selected Papers*. Shmuel N. Eisenstadt, comp. Chicago: University of Chicago Press.
- . 1979. "Developmental Tendencies in the Situation of East Elbian Rural Laborers". *Economy and Society* 8: 177-205. (1a. ed. en alemán, 1894.)
- Webster, David. 1975. "Warfare and the Evolution of the State: A Reconsideration". *American Antiquity* 40: 464-470.
- . 1976. "On Theocracies". *American Anthropologist* 78: 812-828.
- Weigand, Phil C. 1978. "La prehistoria del estado de Zacatecas: una interpretación". *Zacatecas* 1: 203-248.
- Welsh, David. 1971. "The Growth of Towns". En *The Oxford History of South Africa*, vol. 2: *South Africa 1870-1966*. Monica Wilson y Leonard Thompson, comps., pp. 172-243. Nueva York y Oxford: Oxford University Press.
- Welskof, Elisabeth Charlotte. 1957. *Die Produktionsverhältnisse im Alten Orient und in der Griechisch-Römischen Antike*. Berlin: Akademie Verlag.
- Werner, Ernst. 1966. *Die Geburt einer Grossmacht—Die Osmanen: Ein Beitrag zur Genesis des türkischen Feudalismus*. Forschungen zur Mittelalterlichen Geschichte, No. 13. Berlin: Akademie Verlag.
- Wertheim, W. F. 1973. *Dawning of an Asian Dream: Selected Articles on Modernization and Emancipation*. Antropologisch-Sociologisch Centrum van de Universiteit van Amsterdam, Afd. Zuid-en Zuidoost Azie, Publication No. 20.
- . 1974. *Evolution and Revolution: The Rising Waves of Emancipation*. Harmondsworth: Penguin Books.
- Wessman, James W. 1981. *Anthropology and Marxism*. Cambridge, MA: Schenkman.
- Western Canadian Journal of Anthropology*. 1972. Edición especial sobre el comercio de pieles, vol. 3, núm. 1.
- Wheatley, Paul. 1961. *The Golden Khersonese: Studies in the Historical Geography of the Malay Peninsula Before 1500 A.D.* Kuala Lumpur: University of Malaya Press.
- . 1975. "Satyānrta in Suvarnadvipa: From Reciprocity to Redistribution in Ancient Southeast Asia". En *Ancient Civilizations and Trade*. Jeremy A. Sabloff y C. C. Lamberg-Karlovsky, comps., pp. 227-283. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Wheeler, Mortimer. 1955. *Rome Beyond the Imperial Frontiers*. Harmondsworth: Penguin Books.

- Wike, Joyce. 1947. *The Effects of the Maritime Fur Trade on Northwest Coast Indian Society*. Tesis de doctorado, Departamento de Antropología de la Universidad de Columbia, Nueva York.
- . 1952. "The Role of the Dead in Northwest Coast Culture". En *Indian Tribes of Aboriginal America. Proceedings of the 29th International Congress of Americanists*. vol. 3. Sol Tax, comp., pp. 97-103. Chicago: University of Chicago Press.
- . 1957. "More Puzzles on the Northwest Coast". *American Anthropologist* 59: 301-317.
- . 1958a. "Social Stratification Among the Nootka". *Ethnohistory* 5: 219-241.
- . 1958b. "Problems in Fur Trade Analysis: The Northwest Coast". *American Anthropologist* 60: 1086-1101.
- Wilbur, Clarence M. 1943. *Slavery in China During the Former Han Dynasty, 206 B.C.-A.D. 25*. Field Museum of Natural History, Publication 525, Chicago.
- Wilks, Ivor 1962. "A Medieval Trade Route from the Niger to the Gulf of Guinea". *Journal of African History* 3: 337-341.
- . 1967. "Ashanti Government". En *West African Kingdoms in the 19th Century*. Daryll Forde y P. M. Kaberry, comps., pp. 206-238. Oxford: Oxford University Press.
- . 1975. *Asante in the Nineteenth Century: The Structure and Evolution of a Political Order*. Londres: Cambridge University Press.
- Willey, Gordon R. 1966. *An Introduction to American Archaeology*, vol. 1: *North and Middle America*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- . 1971. *An Introduction to American Archaeology*, vol. 2: *South America*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Williams, Eric. 1944. *Capitalism and Slavery*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Williams, Raymond. 1973a. *The Country and the City*. Nueva York: Oxford University Press.
- . 1973b. "Base and Superstructure in Marxist Cultural Theory". *New Left Review* 82: 3-16.
- Willis, William S., Jr. 1955. *Colonial Conflict and the Cherokee Indians 1710-1760*. Tesis de doctorado, Departamento de Antropología de la Universidad de Columbia, Nueva York.
- . 1963. "Divide and Rule: Red, White, and Black in the Southeast". *Journal of Negro History* 48: 157-176.
- . 1970. "Anthropology and Negroes on the Southern Colonial Frontier". En *The Black Experience in America*. James C. Curtis y Lewis L. Gould, comps., pp. 33-50. Austin: University of Texas Press.
- . 1980. "Fusion and Separation: Archaeology and Ethnohistory in Southeastern North America". En *Theory and Practice: Essays Presented to Gene Weltfish*. Stanley Diamond, comp., pp. 97-123. La Haya: Mouton.

- Wilmott, W. E., comp. 1972. *Economic Organization in Chinese Society*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Wilson, Charles H. 1957. *Profit and Power: A Study of England and the Dutch Wars*. Cambridge: Cambridge University Press.
- . 1965. *England's Apprenticeship, 1603-1763*. Londres: Longmans, Green.
- Wilson, Charles Morrow. 1947. *Empire in Green and Gold*. Nueva York: Henry.
- Wilson, Francis. 1972. "Labour in the South African Gold Mines, 1911-1969". *African Studies* 6. Cambridge: Cambridge University Press.
- Wilson, Godfrey. 1941-1942. *The Economics of Detribalization in Northern Rhodesia*. Rhodes-Livingstone Papers No. 5 (Parte I, 1941) and No. 6 (Parte II, 1942). Londres: Oxford University Press, for the Rhodes-Livingstone Institute.
- Wilson, H. Clyde. 1956. "A New Interpretation of the Wild Rice District of Wisconsin". *American Anthropologist* 58: 1059-1064.
- . 1963. "An Inquiry into the Nature of Plains Indian Cultural Development". *American Anthropologist* 65: 355-369.
- Wilson, Monica, y Leonard Thompson, comps. 1969-1971. *The Oxford History of South Africa*, 2 vols. Vol. 1: *South Africa to 1870* (1969); vol. 2: *South Africa 1870-1966* (1971). Nueva York y Oxford: Oxford University Press.
- Winston, Sanford. 1934. "Indian Slavery in the Carolina Region". *Journal of Negro History* 19: 431-440.
- Witteck, Paul. 1957. *The Rise of the Ottoman Empire*. Londres: Royal Asiatic Society.
- Wittfogel, Karl A. 1931. *Wirtschaft und Gesellschaft Chinas, Erster Teil: Produktivkräfte, Produkts- und Zirkulations-Prozess*. Schriften des Instituts für Sozialforschung an der Universität Frankfurt a.M. Vol. 3. Leipzig: C. L. Hirschfeld.
- . 1957. *Oriental Despotism*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Wolf, Eric R. 1951. "The Social Organization of Mecca and the Origins of Islam". *Southwestern Journal of Anthropology* 7: 329-356.
- . 1953. "La formación de la nación". Parte I. *Ciencias Sociales* 4: 50-62.
- . 1959. "Specific Aspects of Plantation Systems in the New World: Community Sub-cultures and Social Class". En *Plantation systems in the New World*. Ángel Palerm y Vera Rubin, comps., pp. 136-146. Social Science Monograph No. 7. Washington, DC: Pan American Union.
- . 1966. *Peasants*. Foundation of Modern Anthropology Series. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- . 1969. *Peasant Wars of the Twentieth Century*. Nueva York: Harper & Row.
- Wolf, Eric R., y Sidney W. Mintz. 1957. "Haciendas and Plantations in

- Middle America and the Antilles". *Social and Economic Studies* 6: 380-411.
- Wolpe, Harold. 1972. "Capitalism and Cheap Labour-Power in South Africa: From Segregation to Apartheid". *Economy and Society* 1: 425-456.
- Wolters, O. W. 1967. *Early Indonesian Commerce: A Study of the Origins of Srivijaya*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- . 1970. *The Fall of Srivijaya in Malay History*. Londres: Lund Humphries.
- Woodruff, Philip. 1964. *The Men Who Ruled India*, 2 vols. Nueva York: Schocken Books.
- Woodruff, William. 1966. *The Impact of Western Man, a Study of Europe's Role in the World Economy: 1760-1960*. Londres: Macmillan.
- . 1971. "The Emergence of an International Economy 1700-1914". En *The Fontana Economic History of Europe*, vol. 4: *The Emergence of Industrial Societies*. Separata. Carlo Cipolla, comp. Londres: Fontana.
- Worsley, Peter. 1957. *The Trumpet Shall Sound: A Study of 'Cargo' Cults in Melanesia*. Londres: Macgibbon and Kee.
- . 1961. "The Analysis of Rebellion and Revolution in British Social Anthropology". *Science and Society* 21: 26-37.
- . 1964. *The Third World*. Londres: Weidenfeld & Nicolson.
- Wright, Gary A. 1967. "Some Aspects of Early and Mid-Seventeenth Century Exchange Networks in the Western Great Lakes". *Michigan Archaeologist* 13: 181-197.
- Wright, Gavin. 1978. *The Political Economy of the Cotton South: Households, Markets, and Wealth in the Nineteenth Century*. Nueva York: W. W. Norton.
- Wunder, Heide, comp. 1971. *Feudalismus*. Munich: Nymphenburger Verlag.
- Yalman, Nur. 1971. *Under the Bo Tree: Studies in Caste, Kinship, and Marriage in the Interior of Ceylon*. Berkeley, Los Angeles, Londres: University of California Press.
- Young, Philip D. 1971. "Ngawbe: Tradition and Change Among the Western Guaymí of Panama". *Illinois Studies in Anthropology* 7. Urbana: University of Illinois Press.
- Zukin, Sharon. 1980. "A Decade of the New Urban Sociology". *Theory and Society* 9: 575-601.

ÍNDICE ANALÍTICO *

- abasidas: 53, 136
 abenakis (indios): 201, 202
 Abidjan: 415
 Abob: 265-267
 Abomey (meseta): 261, 263
 Abraham, D. P.: 63
 absolutismo: 156
 Abun-Nasr: 59
 aburis: 413
 acadios: 43
 Acapulco: 190, 191
 Accra: 258, 260, 412
 aceite de oliva: 175
 acero: 317, 352, 353, 355, 377, 378, 440
 Adams, Robert Mc.: 43, 133
 Adams, Samuel: 411
 Adanse: 258
 Adén: 407; golfo de, 48
 Adriático (mar): 134
 adulterio: 127
 Afganistán: 43
 afganos: 70, 71
 África: 16, 18, 32, 40, 46, 49, 52, 76, 95, 128, 131, 142, 155, 163, 186, 240-244, 247, 250, 252, 282, 283, 285, 317, 320, 339, 365, 372, 379, 382, 383, 401, 408, 464, 465; Central, 187, 256, 270, 281; del Norte, 55, 56, 58, 107, 132, 134; del Sur, 365, 404, 420, 424, 434, 439, 443-445, 447, 458; Occidental, 16, 42, 49, 55-58, 143, 162, 192, 207, 241, 243, 246, 250, 256, 258, 263, 270, 279, 281, 287, 371, 385, 400, 402, 412, 414; Oriental, 40, 48, 60, 62, 63, 162, 242, 247, 278, 279, 285, 286, 288; Suroriental, 286
 africanos: 15, 172, 178, 186, 253, 281, 401, 402, 423, 439, 443-445, 460
 afrikaaners: 420, 443; véase también boers, holandeses
 afroamericanos: 246
 agnis: 414, 415
 Agona: 258
 agricultura: 42, 43, 52, 76, 81, 82, 139, 169, 305, 329, 379, 381, 436, 440, 448; comercial, 325, 381, 384, 385, 445, 446; de plantación, 385; de riego, 43, 47; subsistencia, 383, 385; de tumba-roza-y-quema, 47, 69, 74, 77, 78, 85, 87, 94, 205, 251, 399, 412, 418; india, 300; inglesa, 324, 326, intensiva, 115; maya, 90; véase también campesinos, cultivo, plantaciones, riego
 agronegocios: 463
 Ahanta: 257
 akanes: 257
 Akankpa: 269
 Akbar: 294
 akhas: 416
 Akim Abuakwa: 412
 Akomani: 256
 akropongos: 413
 Akrosan (hermanos): 256; véase Claessen
 Akwamu: 256, 258
 Akwapim, Sierra de: 412
 Akyem: 258
 Akyem Abuakwa: 258, 260
 Al Mukhá (Mocha): 407
 Al-Andalus: 59
 Alabama: 338, 339, 344
 Alaska, compra de: 226
 Albania: 26, 346
 Albany: 199, 209, 217; bahía, 420
 Albion, Robert G.: 342
 Albuquerque, Alfonso de: 286, 287
 alcabala: 156, 325
 alcohol: 403
 aldeas: 269, 277, 344, 346, 356, 396, 397, 454; indias, 219, 223, 224
 Alejandría: 133, 288
 alemanes: 328, 433, 449, 452, 459
 Alemania: 138, 139, 145, 146, 148, 149, 196, 242, 317, 354, 359, 364, 367, 374, 378, 439, 440, 449; Occidental, 464; Oriental, 386
 Alepo: 48
 aleutas: 227
 Aleutianas: 226, 227
 alfalfa: 391
 alfarería: 82, 285, 306
 Algarve: 143
 algodón: 18, 81, 93, 183, 184, 297, 300, 303, 306, 313, 316, 327, 328, 330, 331, 334, 336-353, 357, 376, 378-380, 383, 430, 456
 algonquinos (indios): 32, 199, 204-206, 211, 230, 239
 alimentos, abasto de: 140, 168, 169, 174, 177, 180, 194, 277, 343, 380, 385
 alkatcho carriers (indios): 233, 234
 Almadén, minas: 177
 almohades: 59
 almorávides: 58, 59
 Alpes: 41, 135, 136, 138, 146
 alucinógenos: 88

* Elaborado por Jas Reuter.

alumbre: 90, 253
alures: 128
Amalfi: 134
Amarillo (río): 46
Amazonas (río): 394-397
Amazonia: 32, 394, 395
Ambaka: 275
ámbar: 196, 270, 285, 418
Amberes: 146, 147, 187
Amboyña (isla): 289, 290, 292
América: 15, 140, 142, 147, 162, 163, 165-195, 236, 243, 283, 316, 321, 354, 385, 394, 430, 465; Árida, 95; Central, 91, 175, 249, 392, 393, 408, 410; conquista de, 181, 182, 184; del Norte, 19, 32, 92-96, 152, 155, 163, 196, 197, 199-239, 241, 248, 249, 316, 320, 340, 359, 371, 382, 389, 420; del Sur, 81-88, 94, 167, 191, 240, 449; descubrimiento de, 165; española, 175, 180, 186, 194, 246; Latina, 336, 337, 359, 365, 371, 377, 464; *véase también* Américas, Mesoamérica, Nuevo Mundo
American Fur Company: 217
americanos nativos: 18; *véase* indios
Américas: 15, 16, 40, 53, 80, 94, 95, 145, 152, 164, 170, 173, 176, 194, 244, 285, 379, 382, 386, 387, 463; *véase* América, Nuevo Mundo
Amin, Samir: 106, 464
Amoy: 454
Amsterdam: 147-149, 187, 197, 242
anasazis (indios): 92
Anatolia: 40, 42, 52, 53, 62
Andalucía: 144
Anderson, Michael: 136, 434, 438
Andes: 81, 82, 85, 87, 88, 167-169, 173, 180, 403; Centrales, 81, 82; 85, 88
Andoni: 266
Andrah: 68
Angkor: 46
Angkor Thom: 78
Angkor Vat: 78
Anglo-American Company: 424
Angola: 16, 60, 122, 242, 247, 250, 273, 278, 282, 320
"angolas": 246, 256
Anhwei: 312
animales de tiro: 139
Ankara: 53
Anstey, Roger: 244
Antillas: 87, 169, 320; Mayores, 165; *véase* Caribe
Antioquía: 42, 43
antropología, 9, 16, 27, 29, 31, 33, 97; como hija del imperialismo, 33; cultural, 27; funcionalista, 28; norteamericana, 30; universal, 40; y el trabajo de campo, 27
apaches (indios): 178, 218

apalaches (indios): 249
Apalaches (montes): 93
Apter, David E.: 351
Aquitania: 150
árabes: 42, 50, 60, 61, 63, 64, 95, 128, 144, 186, 280, 287, omanés, 279
Arabia: 133, 288; desiertos de, 41
arado: 70, 135, 386
Aragón: 59, 136, 141, 144-146, 150, 162, 165, 247
arandas: 391
arapahos (indios): 219, 222-224
araucanos (indios): 88, 178, 390
Araya (Venezuela): 189
árboles "piratas": 290
arcabuces: 257; *véase* armas de fuego
arco y flecha: 235
ardillas: 196
Ardrah: 262
arenque: 198, 227; pesca de, 147
Argelia: 42, 57-59
Argentina: 88, 155, 336, 337, 354, 365, 387, 449
Arguin (isla): 162, 241
arrikaras (indios): 218-220, 223
aristocracia: 127, 128, 157; alkatcho, 234; china, 74, 75; de trabajo, 432; francesa, 151; mercantil, 457; zipa, 86; *véase* nobleza
Arkwright, Richard: 330, 331, 431
armada inglesa: 152, 214
armamentismo: 353, 366
armamentos: 140
armas: 141; de fuego, 193, 205, 209, 213, 214, 218, 220, 222, 223, 234, 235, 249, 252, 257-259, 262-264, 267, 270, 272, 277-280, 306, 315, 344, 370, 372, 404
armenios: 447
armiños: 196
Aro: 402
Aro Chukwu (Big Juju) (oráculo): 269, 402
aros: 207, 269, 270, 281
arqueología: 131
arroz: 46, 47, 68, 69, 73, 74, 77, 78, 190, 210, 289, 291, 297, 305, 380, 385, 387, 388, 400, 405, 411, 416, 419, 448, 456
arte: 82
arteanos: 317
artesanías: 131-133, 135, 306, 324-326, 347, 359, 397
artesanos: 67, 68, 295, 317, 334, 335, 349, 351, 369, 433, 440
artículos de lujo: 133, 140, 175, 295, 343; *véase* mercancías
Aruba: 242
Asam: 411, 418, 447
Asante: 58, 246, 259, 264, 270, 281, 401, 402
asantes: 16, 101, 254, 256-261, 281, 414

Asia: 15, 39, 40, 49, 64, 95, 106, 107, 131, 133, 140, 148, 159, 162-165, 196, 197, 240, 278, 283, 286, 287, 289, 305, 316, 317, 320, 337, 349, 355, 365, 377, 379, 380, 383, 385, 387, 397, 403, 420, 453, 454, 463, 465; Central, 40, 46, 71, 294; del Sur, 40, 47, 190, 191, 285, 286; Oriental, 47; Sureste de, 15, 42, 48, 49, 64, 77-80, 95, 108, 131, 142, 162, 285, 288, 385, 416, 446, 453, 457-459
Asís: 184
asociaciones secretas: 263, 268, 269
assiniboines (indios): 32, 213, 214, 216, 218-220
Astor, John Jacob: 217
Atabasca (lago): 216
atabascos (indios): 213, 214, 216, 224, 229, 233, 235
Atacama: 82
atacameños: 88
Atlanta: 341
Atlántico (océano): 45, 189, 215, 250, 270; cruce del, 355; del Norte, 198; del Sur, 243; islas del, 162
Atlas (montes): 42, 45
Atrato (río): 193
Augsburgo: 146
Augusta: 341
Aukar (Ghana): 57
Aurangzeb: 297
Australia: 155, 314, 315, 365, 391, 404, 440, 444, 457, 458
Austria-Hungría: 449
automatización: 462, 463
automóvil: 15, 394
autoridad: 252
Axim: 241, 242
Ayacucho, valle de: 82
ayanes (nobles): 55
aymaras (indios): 87
Azcapotzalco (Méx.): 91
Azof, mar de: 43, 283
Azores (islas): 114, 143, 241
aztecas: 81, 91, 92, 96, 167, 168
azúcar: 143, 146, 147, 162, 180, 185-188, 196, 240-242, 297, 303, 306, 312, 320, 349, 370, 376, 380, 382-384, 394, 402, 404-406, 408, 446, 447, 450; de remolacha, 383, 404
babas (Malaca): 457
Babilonia: 132
Babur: 71, 294
bacalao: 198
Baddeley, John F.: 226
Bagdad: 43, 53, 132, 133, 136
Bagwell, Philip: 379
Bahamas: 40
Bahía (Brasil): 143, 168, 186, 187, 249
Bailey, Alfred G.: 178, 202
Bairoch, Paul: 355
bakongos: 270, 272
Balandier, Georges: 254, 271, 272
Balazs, Étienne: 76
Balboa, Vasco Núñez de: 163
Balcanes: 53, 257, 442
Bali: 80, 286
Balj (Baciras): 43, 70
ballenas: 228, 315
Báltico (mar): 45, 48, 138, 147, 148, 155, 197, 198
Baltimore: 342, 355
Baltimore and Ohio Company: 353
balubas: 33
Baluchistán: 43
Bambuk: 56, 58
Banco de Inglaterra: 149
banco Rothschild: 356
bancos: 343, 364, 378; agrarios, 329
Banda (islas): 240, 290, 292
bandeirantes: 168
Bang Chan: 388
bangalas: 277
Bangkok: 388, 389
Bangweulu (lago): 278
Bani (río): 57
banqueros: 147, 148, 157, 302, 313
Bantam: 289, 291
bantúes: 60, 61, 420
Bantuized San: 423
baoulés: 415
barbadianos: 101
Barbados: 163, 187, 188, 446
bárbaros no-hanes: 47
barberos: 68
Barbosa, Duarte: 64
Barbot, Jean: 253
barco "Discovery": 225
barco "Resolution": 225
barco "Santiago": 228
barcos: 49, 109, 140, 141, 287, 292, 294, 306, 386; de vapor, 339, 343, 355, 379, 386, 389, 411, 439; refrigeradores, 390; zoroastrianos, 349; *véase* cliperes, veleros
Barotse, Rotse: 423
Barquisimeto: 194
Barren Grounds: 220
Barrett, Ward J.: 186, 187
basalto: 90
Bascorn, William: 261
Bassein: 387
Basutolandia (Lesotho): 444
basutos: 423
bataks: 399
batata (camote): 87, 312

- Batavia: 15, 240, 289-291, 453
 Bau: 316
 Baviera: 146, 147
 Baynes, Paul: 248
 Bean, Richard: 243
 Bechuanalandia (Botswana): 444
 Beckford, George: 384
 beduinos: 59
 Begho: 57
 Bélgica: 438, 439
 Belice (Honduras Británica): 192, 365
 bella coolas (indios) 233, 234
 Bemba (meseta): 278
 bombas: 279, 280, 433
 Benarés: 301, 302, 313, 314
 Bende: 269
 Benelux: 464
 Bengala, 47, 285, 286, 297-299, 301, 304, 306, 317, 328, 382; bahía de, 240
 bengalíes: 15, 79
 Benguela: 275
 beni marin: 59
 Benin: 58, 246, 253, 263-265, 270, 281, 402; golfo de, 162, 241, 246, 247
 Benue (río): 267
 Berar: 351
 bereberes: 50, 58, 59
 Bergen: 196
 Berlín: 438
 Bêteille, André: 65
 betel: 403
 betsimisarakas: 192
 bhadrakoks ("gente respetable"): 304, 305
 Bhamo: 71
 Biafra, golfo de: 246
 bienes raíces: 329
 Bihar: 47, 447
 biharis: 447
 Bijapur: 286
 Bio-Bío (río): 88
 Birim (río): 258
 Birmania: 47, 62, 71, 387, 388, 416-419, 447
 Birmingham: 16, 378
 bisas: 278, 280
 bisontes: 93, 216, 219, 220, 222, 223
 Bizancio: 42, 131, 132, 135, 136, 162, 240, 311; véase también Constantinopla, 134
 bizantinos: 53, 107, 247
 blackfoots (indios): 213, 218, 219, 222, 224
 blancos/negros: 249, 335, 443, 444
 Blue Funnel Line: 355
 Boas, Franz: 236, 237
 boers: 420, 423
 Bolivia: 81, 87, 170, 180
 Bombay: 293, 300, 306, 314, 348, 350, 351, 357, 434, 447, 457
 Bonacich, Edna: 461
 boniato: 88
 Bonny: 264, 266, 267
 Borbones, dinastía de los: 152
 Borneo: 79, 400, 454, 456
 Bornú: 257
 Borobudur: 78
 Borochov, Ber: 373
 Bosman, William: 258
 bosque: 57; tropical, 42, 60, 87, 88; de coníferas en América del Norte, 227; tropical, 256, 257, 261, 263
 bosquimanos: 60, 420
 Boston: 227, 311, 411
 Botswana: 423, 444
 Boxer, Charles: 142, 143, 148, 240, 242, 288
 Boyacá: 86
 Brabante: 138, 146, 359
 Bradbury, R. E.: 257, 264
 Brading, David: 180
 brahmanes: 66, 69, 70, 78, 109, 304, 447
 Bramson, Leon: 21
 Brandeburgo: 438
 Brasil: 142, 143, 148, 162, 163, 165, 168, 185, 186, 190, 195, 240, 242, 246, 247, 249, 273, 336, 337, 339, 383, 390, 394, 397, 408, 439, 440, 446, 449, 452; holandés, 187; Noreste, 394, 395; población de, 394
 brasileños: 279, 449, 450
 Brass (Nembe): 266, 267
 Braudel, Fernand: 147, 354, 403
 Bravo (río): 463
 Brebeuf, Jean de: 203
 Brenner, Robert: 326
 Bretaña: 199
 Bristol: 188, 243
 Broach: 349
 bronce: 242
 Brooke Bond: 384
 Broomfield, J. H.: 305
 Brown, James A.: 93, 206
 Brown, Barratt: 378, 379
 Bruchey, Stuart W.: 339
 budismo: 76, 305, 419
 Buena Esperanza, cabo de: 49, 53, 162, 240, 283
 Buenos Aires: 365, 390
 búfalos: 218, 219, 222, 224; véase bisontes
 Buffalo: 353
 bugis: 456
 búlgaros: 196
 Burawoy, Michael: 432
 Burdeos: 150, 188
 Buré: 56
 burguesía francesa: 151; mercantil, 291
 buriats: 226
 Buritaca: 86

- burocracia: 26, 107, 153, 294, 296, 298, 302, 304; china, 74, 75; colonial americana, 181; española, 145
 burros: 49
 Bután: 447
 Caballeros del trabajo (Estados Unidos): 458
 caballos: 50, 122, 135, 169, 216, 218-220, 222, 223, 227, 261
 Cabo Verde, islas de: 165, 245
 Caboto, Giovanni (John Cabot): 283
 Cabral, Pero Alvares: 162
 cabras: 169; monteses, 228
 cacahuates: 88, 306, 312
 cacao: 90, 140, 175, 183, 189, 190, 193, 402, 412-415, 464
 caciques: 208, 276, 277
 cachuchas: 198
 Cádiz: 173
 café: 346, 380, 402, 405, 407-411, 450, 452, 453; costumbre de beber, 407
 cafetería: 407
 Cahokia (Missouri): 93
 Caincross, A. K.: 365
 Cakobau: 316
 Calabar: 264, 267, 270
 calabaza: 93, 203
 Calcuta: 293, 294, 297, 300, 314, 447
 calendario cristiano: 184
 calicó: 327, 328
 Calicut: 283, 327
 califato: 108, 131, 132, 136
 California: 95, 226, 229, 232, 237, 456, 458
 Camboya: 78, 79
 camellos: 48
 Camerunes centrales: 60
 Camino de la Seda: 40, 43, 46, 48, 52, 71, 76
 Campbell, Mavis C.: 193
 Campbell, Persia Crawford: 456-458
 campesinos: 75, 76, 106, 140, 150, 151, 305, 385, 433, 445; chinos, 312; egipcios, 346, 347; franceses, 154; ingleses, 325; levantamientos de, 144; rusos, 226; véase agricultura, cultivo.
 campesinos/agricultores: 384
 Canadá: 124, 197, 203, 209, 210, 214, 217, 237, 243, 365, 440
 Canadian Pacific Railroad: 457
 canales: 440
 canari: 85
 Canarias (islas): 114, 241, 242, 250, 392
 canela: 288, 289
 canibalismo: 87
 canoas de guerra: 256, 267
 Cantábrico (mar): 138
 Cantón: 61, 64, 308, 310, 313-315
 Cão, Diogo: 241
 Capeto (dinastía): 138
 capital: 102-104, 111, 112, 129, 145, 152, 153, 244, 317, 321, 323, 329, 333, 351, 352, 356, 357, 361-363, 365, 369, 370, 378, 385, 426, 428, 432, 433, 437, 460, 463, 471; acumulación de, 321, 332, 336, 362, 364, 366, 368, 374, 377-379, 381, 384, 385, 406, 426, 427, 431, 459, 462, 464, 467; industrial, 371
 capitalismo: 20, 25, 37-39, 98, 101, 111-113, 151-153, 318, 321-464; industrial, 9, 39, 115, 383, 438, 440, 461; mercantil, 104; orígenes del, 38
 capitalistas: 360, 364, 374, 470
 caras, federación de los: 86
 caravanas: 43, 49, 50, 55, 56, 59, 109, 111, 132, 255, 279, 316, 418; de burros, 49; de camellos, 48
 carbón: 149, 317, 352, 354, 377, 429, 440, 442; mineral, 430
 Caribe, islas del mar: 18, 86, 87, 151, 163, 165, 167, 168, 185-188, 192, 194, 195, 240-242, 246-249, 376, 382-384, 406, 446, 448, 459, 463, 464
 caribes: 93
 caribú: 216, 217
 Carlos II: 293
 Carlos V: 146, 148; deudas, 174
 Carlyle, Thomas: 334
 Carmagnani, Marcello: 176
 Carmeaux: 433
 carne: 380, 389, 392, 403, 450; empacadoras de, 390
 Carolina del Norte: 344
 Carolinas: 241, 249, 338, 339, 341
 Cárpatos: 41, 146
 carros tirados por bueyes: 348
 Cartagena de Indias: 173
 cartagineses: 132
 cárteles comerciales-industriales: 371
 cartografía: 143
 Cartwright, Edmund: 331
 Casa de Contratación (Sevilla): 173, 176
 Caspio (mar): 48
 castas: 64-70, 296, 302, 304, 305, 307, 317, 350, 448; clasificación, 65; guerreras, 65; véase intocables
 Castilla: 59, 138, 144, 145, 147, 150, 151, 157, 162, 174, 187, 241
 Castles, Stephen: 464
 castores: 196, 197, 199, 202, 203, 205, 206, 208, 211, 216, 222, 240
 Catalina de Braganza: 293
 Cataluña: 138, 139, 144, 247
 catawbas (indios): 249
 Cathay: 283
 católicos irlandeses: 336

Cáucaso: 41, 133
 caucho: 380, 387, 394, 395, 397, 399, 456
 cawahiwas (indios): 396
 cayugas (indios): 204, 205, 208
 caza: 32, 192, 202, 205, 206, 212, 219, 220, 222, 224, 228, 420, 450
 cazadores: 42, 60, 94, 95, 203, 215, 225, 239, 344, 345, 390; de cabezas, 88; de esclavos, 32
 cañones: 257, 267, 287, 290, 315; *véase* armas de fuego
 Ceilán: 46, 288, 289, 387, 411, 412, 447, 448
 Célebes: 456
 Central Pacific Railroad of California: 456
 centralización social: 107
 centro/periferia: 359, 360, 367
 Centurioni (familia): 146
 cera: 241
 cerámica: 92
 Cercano Oriente: 52, 53, 56, 60, 133, 134, 257, 323, 324, 407
 Cerdeña: 134
 cerdos: 169, 315, 343, 450
 Cervantes, Miguel de: *Don Quijote*: 146
 cerveza: 329
 Ceuta: 143
 ciencias sociales: 35, 36
 cimarrones (esclavos escapados): 192, 193
 Cipolla, Carlo M.: 450
 ciudad-Estado: 107
 ciudades: 131, 132; americanas, 167; industriales, 335; italianas, 134-136, 150
 ciudades-Estado lombardas: 137; holandesas, 149
 civilización: 108, 116, 281, 345, 428
 cizaña de los pantanos: 93
 Claessen, John: 256
 clan: 223, 255, 344, 351
 Clark, William: 217
 clase: 126, 127, 129; media, 329; media inglesa, 326
 clases: 35, 36, 111, 374, 375, 428, 471; división de, 36, 104; lucha de, 35; trabajadoras, 39, 321, 333, 334, 336, 381, 428, 429, 431, 433-439, 460, 463, 464
 clavo: 279, 288, 290
 clero: 139
 clima: 140
 clíperes: 355, 411; *véase* barcos
 Clive, Robert: 214
 cobre: 62, 63, 87, 88, 90, 228, 271, 277, 280, 314, 420, 434
 coca: 81, 180, 403
 Cochabamba: 82, 180
 Cochinchina: 389
 cochinita: 175, 176, 183, 184
 Codere, Helen: 236, 237
 códigos culturales: 468
 Coedes, George: 64
 cofradías españolas: 184
 Cohen, Yehudi A.: 127
 Cohn, Bernard S.: 70, 301, 302, 304
 cohombro de mar: 315, 316
 Coleman, D. C.: 328
 colhuas-mexicas (aztecas): 91
 Colombia: 86, 87, 169, 173, 174, 189, 193-195, 356, 392, 393
 colombianos: 464
 Colón, Cristóbal: 40, 146, 162, 165, 283
 Colonia: 138
 Colonia Plymouth: 202
 colonos holandeses (*perkeniers*): 290
 Colorado (río): 92
 colorantes: 175
 Colson, Cadwallader: 209
 Columbia, S. C.: 233, 341
 Columbia Británica: 457
 Columbia (río): 217, 222, 229
 Colletti, Lucio: 98, 99
 Collins, June McCormick: 235
 comanches (indios): 218
 comerciantes: 113-115, 141, 143, 144, 148, 151, 157, 202, 215, 323, 332, 349, 370-372; africanos, 260; asiáticos, 291; chinos, 455, 457, 458; europeos, 112, 220, 239, 256, 283, 285, 315, 320, 324, 402; hindúes, 293; indios, 299, 302; marítimos, 110; musulmanes, 285, 288, 290; norteamericanos, 315; parsis, 314; peruanos, 190; venecianos, 288
 comercio, *passim*; a gran distancia: 41, 43, 49, 56, 110, 131, 133, 134, 136, 158, 193, 252, 253, 255, 278, 316; chino, 191; colonial inglés, 245; exterior, 363; marítimo, 64, 69, 148, 225; norteamericano, 16, 226; otomano, 55; portugués, 63; ruso, 226; rutas de, 45, 47, 49, 55-57, 62, 64; transahárico, 56
 Comisión Norteamericana de Inmigración: 442
 Compagnie Française de l'Afrique Occidentale: 384
 Company of Merchant Adventurers: 155
 Compañía Holandesa de las Indias Orientales: 289
 Compañía de Brandeburgo: 257
 Compañía de la Nueva Francia: 199
 Compañía del Canal de Suez: 356
 Compañía Española: 155
 Compañía Francesa de la India: 164
 Compañía Francesa de las Indias Orientales: 214
 Compañía Holandesa de las Indias Occidentales: 187, 188, 197, 199, 242
 Compañía Holandesa de las Indias Orientales: 163, 284, 289-291, 327, 370, 420, 453

Compañía Inglesa de las Indias Orientales: 149, 155, 164, 190, 214, 257, 258, 284, 292, 293, 294, 297, 298, 299, 300, 304, 308, 310, 311, 312, 313, 314, 316, 328
 Compañía Inglesa de Virginia: 199
 Compañía Sueca: 256
 Comte, Auguste: 21
 comunicación: 321, 439, 468, 469, 471
 comunidad: 25, 28, 29
 comunidades indias: 181, 183, 185
 comunismo: 19; primitivo, 100
 conchas de ciprea: 278; de nunpuris, 315; nzimbus, 271, 272
 condición humana: 97
 conducta humana: 24
 confiscación de bienes: 111
 conflicto: 122-124, 374
 Confucio: 74
 congares (indios): 249
 Congo, reino de: 241, 247, 253, 270-275, 281
 Congo (río): 60, 162, 241, 245, 253, 270
 congos: 16
 "congos": 256
 conjuntos culturales: 472
 conquista: 141
 conquistadores pastores: 51
 consejo de ancianos: 344
consolats catalanes: 138
 Constantinopla: 40, 53, 153; toma de, 250; *véase también* Bizancio
 consumismo: 463
 consumo, pautas de: 403
 contrabando: 55, 188, 189, 192, 194, 415, 416; de esclavos, 189; de plata, 188, 190
 contrato social: 107
 Cook, James: 96, 225, 228
coolies: 453, 454
 Copper (río): 228
 coppers: 31
 coral: 294
 Corán: 109
 Córdoba (España): 53, 133
 Corea: 433; del Sur, 463
 Corea (montaña): 87
 Cornell Thailand Project: 388
 Coromandel (costa): 68, 286, 293, 294, 299
 corregidores: 182, 185
 coresidencia: 116
 Cortés, Hernán: 163, 165
 cosacos: 225
 cosechadora-trilladora: 386
 Costa de Barlovento (África): 246
 Costa de los Esclavos: 246, 256, 264
 Costa de Marfil: 246, 414, 464
 Costa de Oro: 16, 242, 243, 246, 254, 256, 258, 260, 264, 412
 Costa Grain: 246
 Costa Rica: 392
 Coxinga: 308
 Craton, Michael: 188, 243, 244, 382
 Creek Town (Etunko): 267, 269
 crees (indios): 32, 204, 211, 213, 214, 218, 219, 224
 Creta: 114
 crics (indios): 93, 249, 344, 345
 Crimea: 40
 crisis capitalista: 352, 363, 378; de granos, 386; de la agricultura, 449; de la aristocracia, 401; de la clase plantadora, 383, 384; de realización, 363, 369; de trabajo, 449
 cristianismo: 109, 184, 316; conversión al, 181; occidental, 132; oriental, 133
 Crompton, Samuel: 330
 Cross (río): 267
 crows (indios): 116, 219
 Crusoe, Robinson: 98
 cruzadas: 136, 247
 cuáqueros: 342
 Cuba: 27, 241, 247, 383, 406, 457
 cubanos: 279
 cuero: 241
 cultivadores: 50, 71, 135; migratorios, 47
 cultivo: 42, 43, 45, 50, 64, 70, 74, 80, 85, 135, 169, 344; intensivo, 86, 87, 92; *véase* agricultura
 cultos eclécticos: 296; espiritistas, 456
 cultura: 9, 15, 27, 30, 33, 34, 97, 117-119, 467-469, 472; pautas de, 437; política, 24
 culturas, interacción de las: 9
 cunas (indios): 193
 Cundinamarca: 86
 Cunnison, Ian: 278
 Curaçao: 163, 242
 curaciones: 422
 Curtin, Philip D.: 245-247
 Cuzco: 81
 Chaco: 95
 chamanes: 88
 Champagne, ferias de: 137
 chamulas (indios): 409
 Chan-Kom (Yucatán): 28
 Chanchan: 83
 Chandragupta Maurya: 64
 Chaney, Elsa M.: 464
 Chao Phraya (río): 388
 Chapman, S. D.: 329-331, 430, 431
 Charcas: 168
 Charleston: 341, 342
 Chateaubriand, François René de: *Atala*: 94
 checos: 442
 Chekiang: 73, 308, 312

- Chen Ch'eng-kung (Coxinga): 308
 Cheng-ho: 40, 76, 80
 Cheong: 191
 Chequamegon, bahía de: 211, 212, 214
 cheroquíes (indios): 93, 249, 344
 Chesneaux, Jean: 433
 cheyenes (indios): 219, 222, 223
 Ch'ing (dinastía): 457
 Chiapas: 408, 409
 chibchas: 86, 87, 167, 181, 184, 193, 394
 Chicago: 343, 379, 386, 390
 Chicama: 83
 Chichén Itzá: 90, 91
 chichimecas (indios): 218
 chikasawas: 344
 chikundas: 279
 chilcotin (indios): 234
 Chile: 82, 87, 88, 151, 178, 180, 420
 Chilkat: 233
 Chilkat (río): 233
 chilkats (indios): 228
 chimú (cultura): 83
 Chin (dinastía): 72, 74
 China: 15, 26, 40, 41, 43, 45-48, 61, 64, 69, 71-77, 79, 96, 107, 133, 190, 197, 225-227, 283, 285-288, 293, 294, 299, 300, 308, 310-316, 318, 324, 337, 348, 349, 351, 355, 372, 389, 411, 415, 416, 418, 419, 446, 453, 456, 457; confiscación de fincas, 76; Gran Canal, 77; mares de, 64, 77, 79, 110, 140, 285; mongólica, 71; obras hidráulicas, 71-74; población, 73; servidumbre, 75, 76; sur, 42, 64, 75
 Ching (dinastía): 75-77, 308, 457
 Ching (río): 46
 chinooks (indios): 229
 chinos: 15, 41, 46, 64, 73, 79, 96, 101, 107, 108, 190, 288, 388, 399, 433, 437, 443, 444, 453-458; musulmanes, 453
 chipeweyanes: 32
 Chipre: 240
 Chira: 83
 chocolate: 15
 Choctawas: 344
 cholos: 183
 Chota-Nagpur (meseta): 447
 Chou (dinastía): 72
 Christiansborg, castillo de: 256
 Ch'u-ts'ai: 51
 Chuicuito: 170, 171
 Churchill (río): 214, 222

 Daaku, Kwame Yeboa: 16, 256, 257
 Dagomba: 260
 Dahomey: 253, 260-264, 270, 281, 401, 402
 dakotas (indios): 211, 213, 214, 218, 219, 223, 224
 Dalles, The: 235
 Damasco: 42, 132
 Dande (río): 270, 273
 daneses: 258
 Danubio (río): 42, 138; valle del, 41
 Danza del Sol en América del Norte: 222, 239
 Davenant, Charles: 159
 Davenport, William: 316
 Davidson, Basil: 253, 257, 258
 Davis, David Brion: 243-245, 248
 Davis, Kingsley: 435
 De Beers Consolidated Mines Ltd.: 424
 De Saussure, Ferdinand: 31
 De Vries, Jan: 327
 Dean, Warren: 450
 Decán: 68, 69, 296, 297, 300, 350
 decisiones políticas: 23, 24
 deculturación histórica: 193
 Delagoa (bahía): 420, 423
 Delaware: 163
 Delhi: 40, 64
 Deli (Sumatra): 399
 delincuentes: 291
 Demarara (Guyana): 446
 democracia política: 17, 19
 denes: 33
 Denkyira: 258, 259
 depresión económica: 152, 155, 377; véase Gran Depresión
 derecho inglés: 302
 Dermigny, Louis: 299, 308, 311, 453
 desarrollo: 37; del subdesarrollo, 37; económico, 26; industrial, 149
 desempleo: 104, 363, 436, 467
 desierto: 41-43, 55-57
 desmotadora: 338
 desnutrición en América: 168
 desorden social: 22, 24
 Detroit: 216
 Deutsch, Karl W.: 132
 diaguitas: 88
 diamantes: 419, 420, 424, 443, 444
 Dias, Bartholomeu: 283
 difusionismo: 29, 30
 Dillon, Richard: 457
 Dinamarca: 196
 dinero: 54, 98, 129, 132, 140, 153, 174, 176, 183, 237, 317, 362, 370, 401, 426
 Dingiswayo: 420, 422
 diplomacia: 129
 Disraeli, Benjamin: 459
 Diu: 287, 349
 diulas: 57, 415
 dlaminis: 423
 Dobb, Maurice: 320, 329, 352
 Dobyns, Henry F.: 167, 168

- Docker, Edward W.: 316, 404
 dogribs (indios): 216
 dólares: 15
 Doria (familia): 146
 dotes de matrimonio: 416
 Douglas, David C.: 139
 Douglas, Mary: 255, 443
 Downs, Richard: 400
 Drucker, Philip: 229, 236
 Duke Town (Atakpa): 267
 Dumont, Louis: 65, 66
 Durango: 170
 Durham: 353
 Durkheim, Émile: 25
 Dwaben, distrito de: 260
 dyaks: 456

 East Anglia: 359
 East India Company, véase Compañía Inglesa de las Indias Orientales
 Eastland Company: 155
 economía agrícola: 177; inglesa, 154; mundial europea, 38; política, 20-23, 35, 63, 118, 181, 281
 Ecuador: 82, 85, 86, 175, 194, 195, 392, 464
 Edad Media: 137, 142, 311
 efiks: 267-269
 Egeo (mar): 131
 egeos: 132
 egipcios: 356, 464
 Egipto: 15, 42, 52, 131-133, 288, 345-347, 352, 355-357, 365, 376, 380
 Egipto: 256
 ejército: 105, 112, 113, 127, 132, 298, 304, 346, 422
 Ekholm, Gordon F.: 271
 Eko (Lagos): 264
 ekpes: 269
 ekuonos: 259
 El Cabo: 420, 423
 Elba (río): 374, 440
 Elburz (cordillera): 41
 elefantes: 278, 280
 élites: 106, 108, 126-128, 133, 157, 219, 220, 223, 252, 253, 255, 291, 294, 304, 305, 317, 344; político-militares, 56; regionales africanas, 56
 Elliott, John H.: 144, 145, 157, 170, 174
 Elmina (Mina): 162, 241, 242, 256, 257, 259
 Elvin, Mark: 73, 76, 77
 Embree, John: 389
 emiratos islámicos: 281
 empleados: 470
 empleo pleno: 104
 empresarios: 333, 431; capitalistas, 329, 430; industriales, 432
 encomenderos: 178, 179, 182
 encomienda: 178, 296
 endeudamiento hereditario: 179
 endogamia: 127
 energía hidráulica: 430; inanimada, 429; por vapor, 429
 enfermedades: 202, 236, 237
 Engels, Friedrich: 98, 334
 Engerman, Stanley L.: 338-340
 Engler, Robert: 23
 English Amazon Company: 155
 Enrique el Navegante (infante Don Henrique): 143, 283
 ephthalitas: 70
 epidemias: 140, 167, 205
 Epstein, A. L.: 434
 Equatoria: 250
 Erie (canal): 342, 343, 353
 Erie (lago): 203
 eries (indios): 205
 Eromanga: 315
 Escalda (río): 146
 Escandinavia: 134, 139, 155, 196, 257
 escandinavos: 149, 440
 esclavistas europeos: 16
 esclavitud: 18, 76, 114, 115, 168, 192, 240, 253, 339, 383; abolición de la, 178, 241, 243, 247, 279, 280, 400, 404, 407, 408, 446, 452; hereditaria, 232; por pignoración, 254, 255
 esclavos: 18, 53, 56, 60-62, 114, 132-134, 143, 144, 153, 175, 186, 196, 235, 285, 291, 338-341, 343, 357, 370, 382, 384, 396, 400, 401, 407, 408, 418, 419, 430, 446, 451, 452, 460; africanos, 15, 32, 122, 143, 162, 172, 188-190, 195, 249, 250, 282, 344, 450; americanos, 32, 250; en las Indias Occidentales, 93; escapados, 345; eslavos, 247; europeos, 133; griegos, 247; haitianos, 18; indios, 168, 172, 218, 229, 232, 233, 249; libertos, 446; mercados de, 235; mongoles, 247; renta de, 232; tráfico de, 16, 39, 125, 143, 147, 164, 168, 190, 195, 207, 235, 240-282, 382, 402, 451; turcos, 247; zenjis, 285
 Esclavos, lago de los: 216
 escoceses: 217, 224, 313, 439, 440
 Escocia: 248, 439
 eslavos: 100, 443
 eslovacos: 442
 Esmirna: 337
 España: 59, 141-146, 151, 152, 153, 159, 163, 169, 173-175, 188, 189, 194, 214, 320, 359, 406, 459; crisis económica, 147, 157, 174; musulmana, 138; reconquista de, 136, 152
 españoles: 82, 85, 96, 165, 170, 177, 178, 182, 183, 185, 192, 194, 218, 240, 249, 250, 290, 308, 312, 344, 392

- especializaciones intelectuales: 20
 especias: 64, 134, 144, 153, 162-164, 190, 196, 241, 286, 289-292, 303, 370
 espíritu (Hegel): 36
 Espíritu Santo (isla): 315
 espíritus ancestrales: 109
 esquimales: 31, 32
 Essen: 430, 436
 Estado: 20, 36, 101, 125, 129, 131, 141, 375-375, 459
 Estados africanos: 253; europeos, 136, 137, 139, 157, 162
 Estados Unidos: 15, 17-20, 22, 26, 92, 114, 122, 124, 214, 226, 237, 247, 317, 335, 338-345, 348, 352, 353, 356, 364, 365, 374, 376, 378-380, 382, 383, 386, 389, 390, 406, 432, 433, 439, 440, 442-444, 449, 457, 458, 463, 464; colonias de, 18; cultura del Sur, 92; guerra de Independencia, 208, 209, 217, 313, 339, 411, 439; guerra de Secesión, 338, 349, 374, 386, 390, 456; Norte/Sur, 18; Suroeste, 90
 estandarización de partes: 463
 estaño: 175, 420, 455
 Este/Oeste: 19, 20
 estepa: 42, 43, 45, 48, 50, 52, 55, 387
 estimulantes: 402-404
 estructuralismo: 417
 Estuardo (dinastía): 198
 Etiopía: 407
 etnias: 458, 460, 461
 etnicidad: 462
 etnohistoria: 33, 34
 Éufrates (río): 43
 Eurasia: 15, 48
 eurasiáticos: 447
 Europa: 9, 15, 16, 18, 33, 39-41, 46, 49, 56, 95, 104, 106, 111, 114, 131-159, 162, 174, 176, 186, 188-190, 196-198, 213, 240, 244, 247, 248, 257, 282, 287, 288, 300, 310, 311, 317, 320, 321, 323-325, 327, 328, 341, 342, 345, 346, 349, 352, 354, 359, 365, 377-379, 383-385, 387, 389, 401, 402, 407, 411, 430, 434, 437, 439, 442, 443, 445, 448, 452, 455, 459; Central, 45; cristiana, 17, 19; en el siglo XIX, 24; Occidental, 323, 367; Oriental, 458, 464; población de, 455; véase también expansión europea
 europeos: 15, 95, 96, 125, 169, 203, 227, 261, 270, 278, 281, 285, 314, 357, 435, 439, 448
 evolución: 30, 37; emergente, 28
 evolucionismo: 29
 ewes: 413
 excedentes de producción: 46, 103-109, 112, 114, 123, 124, 128, 129, 131, 135, 136, 140, 141, 150, 152, 157, 162, 169, 301, 323, 324, 360, 362, 378, 430
 exogamia: 87
 expansión capitalista: 366, 367, 371, 375, 385; europea, 9, 33, 39, 53, 95, 97, 100, 101, 114, 115, 130-159, 162, 238, 253, 282, 320, 360, 362, 373, 429, 453, 465; francesa, 163, 164; griega, 132; holandesa, 148, 152; industrial, 443; inglesa, 163; italiana, 136; luba, 253; lunda, 253; musulmana, 285; portuguesa, 287; romana, 132; rusa, 197, 227; urbana, 435; zulú, 423
 exportaciones inglesas: 337; norteamericanas, 338
 fábricas: 331-334, 349, 350, 352, 357, 363, 440, 442, 462; en el campo, 381, 384, 406; japonesas, 348; textiles, 333
 factores (intermediarios): 341, 343
 factorías: 213, 215, 224, 237, 239, 241, 279, 284-286, 292, 297, 298, 357, 397
 Fage, J. D.: 253
 Fairbank, John K.: 310
 Fairweather (monte): 226
 Faja Media Nigeriana: 281
 Fals Borda, Orlando: 193
 familia: 116, 117
 fantes: 16, 260, 401
 Faron, Louis G.: 193
 Fayetteville: 341
 Feinman, Gary: 168
 Felipe II: 199; deudas, 174
 Fen (río): 46
 fenicios: 132
 Fenton, William N.: 207
 Fernando Poo (isla): 412
 ferrocarriles: 306, 317, 321, 339, 343, 348, 349, 352-355, 357, 369, 371, 377, 379, 386, 389, 390, 392-394, 402, 440, 442, 451, 456, 457
 Fetu: 256
 Feuchtwang, Stephan: 109
 feudalismo: 53, 106, 107, 137, 157; crisis del, 140, 149, 152, 155
 Feuerbach, Ludwig: 99
 Fez: 40
 fiebre amarilla: 340
 Fieldhouse, D. K.: 300
 fiesta de los muertos en América del Norte: 203, 210, 212, 230, 239
 Fiji: 315, 316, 404, 447
 filiación: 118, 120, 121, 223
 Filipinas: 49, 79, 80, 151, 163, 190, 290, 293, 294, 310, 454
 filipinos: 315
 fincas agrícolas: 381, 384, 391
 Finer Samuel E.: 151
 finlandeses: 15
 Finlandia: 227; golfo de, 48
 Finlayson, Roderick: 232

- Fisher, Robin: 230, 237
 "flagelados": 394
 Flandes: 136, 138, 154, 155, 242, 359
 flatheads (indios): 219
 Florencia: 55
 Florida: 18, 93, 151, 344, 345
 flota de Nueva España: 173, 174; de Perú, 174
 focas marinas: 197
 Fogel, Robert W.: 338-340
 Foner, Philip S.: 343
 fons: 261, 262
 forasteros: 172
 Formosa: 308, 433, 463
 Fort Benton: 222
 Fort Duquesne: 214
 Fort Edmonton: 222
 Fort Pitt: 214
 Fort Ruperts: 236
 Fort Simpson: 225
 Fort Stikine: 232
 Fortes, Meyer: 116, 121
 Foster, John: 334, 336, 430, 434
 Fox, Edward W.: 137, 150
 Fox, Richard G.: 440
 foxes (indios): 210
 fragmentación social: 107
 Frances, Albert: 462
 franceses: 93, 136, 186, 192, 199, 201-203, 205, 208, 209, 211-214, 218, 237, 241, 243, 246, 247, 250, 278, 297, 316, 328, 344, 346
 Francfort: 15
 Francia: 136-139, 141, 149-152, 154, 156-158, 188, 204, 214, 242, 243, 320, 354, 356, 359, 374, 382, 385, 404, 411, 430, 433, 449, 459, 464
 franco-canadienses: 442, 443
 Frank, André Gunder: 37, 38, 111, 360, 361
 Fraser (río): 222, 237
 Freedman, Maurice: 455
 Freeman, C.: 463
 French, David: 229
 Fresnillo: 170
 Fried, Morton H.: 74, 101
 Friedman, Jonathan: 418
 Friedmann, Harriet: 386
 Frigia: 18
 frijol: 87, 93, 203
 Fuerte Astoria: 217
 Fuerte Churchill: 214, 216
 Fuerte McLoughlin: 233
 Fuerte Nassau: 199
 Fuerte Rupert: 233, 236
 Fuerte Selkirk: 234
 Fuerte Simpson: 233-236
 Fuerte St. George: 294
 Fugger (familia): 146
 Fukien: 308, 312, 437
 funcionalismo: 30
 funcionarios españoles en las colonias: 182
 Funza: 86
 Furnas, J. C.: 314, 315
 Furnivall, J. S.: 459
 Furtado, Celso: 394, 408, 446
 fusiles de chispa: 258; véase armas de fuego
 fustán: 328
 galeón de Manila: 190
 galeones: 287
 Gales: 435
 Gama, Vasco da: 162, 283
 gambier: 455
 ganadería: 50, 82, 144, 325, 344, 386, 390, 391, 393
 ganado: 179, 180, 193, 287, 440; vacuno, 169
 Ganges (río): 46, 68
 Gao: 48, 58
 García Márquez, Gabriel, *Cien años de soledad*: 393
 gas (poblados): 258
 gas natural: 430
 gasolina: 430
 gastos militares: 462
 gauchos: 391
 Geertz, Clifford: 405, 407
 Geist (espíritu): 36, 99
Gemeinschaft (comunidad): 25, 28, 33
 Gengis Kan: 51, 52, 71
 Génova: 55, 134, 144, 146, 147, 158, 162, 283
 Genovese, Eugene: 339
 genoveses: 247
 Gent, John Hagthorpe: 158
 gente de razón: 165
 gente sin historia, véase pueblos sin historia
 Georgia (Estados Unidos): 93, 338, 344
 germánicos: 100
 Gerschenkron, Alexander: 387
Gesellschaft (sociedad): 25, 28, 33
 Ghana: 22, 57, 59, 281, 414, 464
 Ghats (montes): 69
 Ghazipur: 313
 Ghirshman, Roman: 132
 ghóridos: 70, 71
 Gibraltar: 162
 Gibson, Charles: 167
 Gibson, James R.: 227
 Gila (río): 92
 ginebra: 403
 girasol: 93
 gitskans (indios): 233
 Giustiniani (familia): 146
 Glamann, Kristof: 148

- Glasgow: 337
 Gloucestershire: 16
 Goa: 142, 286, 290, 291
 Gobi, desierto de: 43
 gobierno, función del: 35
 Godavari (río): 300
 Godunov, Boris: 226
 Golconda: 292
 Goldman, Irving: 234
 goma: 241
 Gonia: 260
 Goody, Jack: 257
 Gordon, David M.: 432, 433
 Gordon, Many: 432, 433
 Gough, Kathleen: 305, 448
 Governor and Company, The: 213
 Graham, Gerald S.: 154
 Gran Bretaña, véase Inglaterra
 Gran Depresión (1873-1894): 355, 367, 369, 377-379, 402, 424, 440; véase depresión
 Gran Mojo, reino del: 87
 Gran Motín en la India (1857): 306, 317
 Granada, caída de: 59
 Grandes Lagos norteamericanos: 164, 199, 203, 204, 209, 210, 215, 230, 237, 320
 Grandes Llanuras norteamericanas: 122, 204, 218-224, 237, 239, 386
 granjeros ingleses: 325
 granos: 147, 149, 153, 175, 338, 343, 346, 380, 385, 386, 392, 440; véase arroz, maíz, trigo
 Grecia: 353; antigua, 17-20
 Green Bay: 210, 211
 Greenberg, Michael: 311
 Greenfield, Sidney: 241
 griegos: 18, 443
 Grijalva (río): 409
 Griqualand: 424
 Groenlandia: 136
 gros ventres (indios): 213, 219, 224
 Grousset, René: 51, 226
 grunshis: 281
 Guadalquivir (río): 174
 guales (indios): 249
 guanacos: 95
 Guanajuato: 170, 172
 guanches: 241
 guano: 456
 Guatemala: 81, 90, 182, 408; ciudad de, 89
 guaymies (indios): 393, 394
 guerra: 15, 18, 20, 50, 51, 87, 88, 122, 123, 129, 134-137, 140, 145, 148, 149, 152, 154, 201, 205, 206, 208, 212, 224, 230, 233, 237, 252, 254, 291, 300, 317, 354, 364-366, 374, 418, 420, 422, 423; Anglo-Norteamericana (1812), 225, 344; botín de, 127; civil inglesa (1640), 354; de castas en Yucatán, 28; del Opio (1839-1842), 415, 453; fría, 19; mexico-estadounidense, 18; moderna, 353; Mundial, primera, 53, 351, 367, 369, 389, 409, 454, 462; Mundial, segunda, 369, 433, 445, 463, 464; naval, 287, 291; santa, 53, 59; Yamasee (1715-1717), 249
 guerras napoleónicas: 336, 337, 341, 343, 383, 440
 guerreros: 66
 Guha, Amalendu: 348, 351
 Guillermo el Conquistador: 139
 Guinea: 250, 256, 263, 283; de Cabo Verde, 245; golfo de, 114, 186, 241, 412
 gujaras, gujaratis: 70, 79
 Gujarat: 68, 285, 288, 349
 Gunther, Erna: 232
 Gunther, John: 424
 guptas: 68, 69
 Gutman, Herbert G.: 340
 Guyana: 404, 446, 447, 457
 Habakkuk, H. J.: 442
 Habib, Irfan: 296
 hacienda: 178, 179, 180
 hafsidas: 59
 haidas (indios): 228, 229, 232
 Haití: 188, 404, 408
 haitianos: 188
 hamacas: 193
 hambruna: 298
 Hamburgo: 138, 384
 Han, dinastía: 41, 46, 73, 76
 han (pueblo): 47
 Hanoi: 71
 Hansa: 138, 146, 155, 196
 Harappa: 46
 Hargreaves, James: 330
 Harrisons and Crosfields Ltd.: 384
 hausas: 57, 58, 261, 401
 Hawai: 314, 315, 457
 hawaianos: 437, 456
 Hawkins, John: 250
 Hays, Hoffman R.: 232, 233
 Heberle, Rudolph: 21
 hechicería: 422
 Hechter, Michael: 336, 459
 Heesterman, J. C.: 67, 70
 Hegel, G. W. F.: 36, 71, 99
 Helesponto: 134
 Helms, Mary: 193
 Hemming, John: 168
 Henderson, Richard N.: 267
 Henige, David: 257
 Herat: 70
 Herero: 423
 Hermandad de las 17 Poblaciones de Flandes y Brabante: 138

- Hermandad de las Marismas: 138
 hermandades comerciales (hansas): 138
 hermanos de aldea (India): 350
 Herodoto: 107
 heterogeneidad cultural: 459; social, 459
 Hickerson, Harold: 204
 hidatsas (indios): 218, 219
 hierro: 63, 134, 149, 153, 252, 317, 353, 354, 377, 440
 hilado: 330-332, 338, 359
 hiladora: 330, 332, 338, 431; automática, 330, 331; de Hargreaves, 330; de Robert, 329
 hilandería: 349, 430, 434
 hilanderos: 331, 332
 Hill, Christopher: 156
 Himalayas: 41
 hinduismo: 286, 297, 305
 Hispania: 144
 Hispaniola (La Española, Santo Domingo): 107, 250
 historia: 9, 17, 34, 37, 39, 429, 465, 472; africana, 281; analítica, 9; de Estados Unidos, 18; de la gente sin historia, 10; de las élites victoriosas, 10; de Occidente, 9; libros de texto de, 18; moderna, 428; universal, 36; universal de la cultura, 9
 hmongs (meos, miaoos): 39, 74, 416
 Ho, Ping-Ti: 312, 457
 Hobbes, Thomas: 158
 Hobsbawm, Eric J.: 331, 336, 337, 354, 378, 403, 430
 hohokames: 92
 Holanda (Países Bajos, Provincias Unidas): 46, 141, 144, 145, 147-149, 151, 152, 156, 158, 187, 290, 291, 326, 382, 405, 411
 holandeses: 15, 96, 147, 158, 159, 163, 186, 189-192, 199, 204, 205, 240, 242, 250, 256-258, 260, 289-292, 297, 308, 310, 316, 326, 327, 399, 404, 407, 408, 411, 412, 420, 423
 Holder, Preston: 220
 hombre/naturaleza: 97-99
 hombres "primitivos": 16
 Homo sapiens: 97, 102
 Honduras: 91, 193, 392
 Honduras Británica, véase Belice
 Hong Kong: 15, 389, 433, 454, 457, 463
 Hopkins, A. G.: 56, 402
 horticultores: 218, 237, 344
 horticultura: 94, 169, 177, 203, 205, 220
 hostelería: 329
 hotentotes: 60, 420
 Houghton, D. Hobart: 443
 Huancavelica: 177
 Hudson, bahía de: 213, 214, 216, 219
 Hudson Bay Company: 213, 217, 218, 220, 225, 226, 232-234
 Hudson (río): 199, 204, 213
 Hughli: 286
 huilliches: 88
 Hulägu, khan: 43
 Humboldt, Wilhelm von: 31
 Hune, Shirley: 458
 húngaros: 442
 Huntington, Samuel P.: 20
 Hurón (lago): 202, 203, 211
 hurones (wendars)(indios): 202, 203, 205, 206, 208, 210, 211, 216, 230
 Hutchins, Francis G.: 307
 Hutton, John H.: 67
 Hwai (río): 71
 Hyde, Francis E.: 355
 Hyderabad: 300, 351
 ibangalas: 278
 Iberia: 56
 Ibn Batuta: 40, 80
 Ibn Fadlan: 196
 Ibn Hawqal: 134
 Ibn Jaldún: 56, 153, 361
 ibos: 16, 267, 282
 Idaho: 265, 267
 idealismo hegeliano: 99
 ideas-sistemas: 471
 identidad nacional: 437
 ideología: 22, 63, 468-472
 Igalá: 265
 igalas: 267
 Iglesia: 180, 181, 184; católica, 449; cristiana, 109; de Inglaterra, 336
 igluliks: 32
 igualdad cristiana: 248
 ijaws: 16, 266, 267, 268
 Ile-Ife, ciudad sagrada: 253, 261, 263
 Illinois (indios): 205, 210
 Ilustración: 17, 19
 Imbangala: 274
 imbangalas: 275
 imperialismo: 33, 363, 364, 366, 379; social, 366
 Imperio austro-húngaro: 442; británico, 317, 347, 351, 371, 446; inca, 81; otomano, 42, 53, 346, 407; romano, 64; ruso, 442
 imperios, surgimiento de: 41
 impuestos: 55, 111, 151, 154, 284, 297-303, 305, 311, 314, 317, 323, 347, 375; a la agricultura, 55
 incas: 81-83, 85, 86, 88, 89, 108, 167, 168, 170, 181, 184; carreteras, 85; expansión, 83; sistema postal, 85
 incesto: 127
 incienso: 90, 314
 India: 15, 40, 41, 46-48, 52, 60-71, 76, 79, 107,

- 133, 142, 152, 162, 214, 273, 283, 285, 286, 288, 297-308, 311, 313-318, 320, 324, 326, 327, 337, 347-351, 357, 365, 370, 372, 376, 378-380, 387, 399, 411, 412, 415, 434, 446, 457; guerra de los Siete Años (Guerra Franco-India), 214; población, 69; política ecológica, 68; sociedad, 68; tenencia de la tierra, 67
- Indias Occidentales: 15, 93, 148, 165, 167, 173, 174, 176, 185, 188, 189, 209, 244, 249, 313, 337, 339, 340, 387, 393, 446, 457; Orientales, 163, 291, 311, 404, 405, 408, 447
- Índico (océano): 62, 64, 76, 77, 79, 80, 95, 110, 140, 278, 283-285, 288, 382, 404
- indigo: 175, 176, 193, 293, 297, 303, 447
- indios americanos: 165, 167, 170, 172, 177, 178, 181-183, 185, 194, 201, 238, 344, 345, 409, 410, 460, 461; amazónicos, 394; confederaciones, 238, 344; cristianos, 447; de aldeas, 93
- indios (de la India): 326, 446, 447, 456, 464; expulsión, 343
- Indo (río): 46
- Indonesia: 77, 292-294, 317, 400, 404, 406, 457
- indonesios: 315, 458
- industria, 17, 329, 357, 375, 428, 429, 431, 432, 462; bélica, 369; capitalista, 385; del automóvil, 394; doméstica, 156, 436; electrónica, 369, 463; eléctrica, 394; española, 174; inglesa, 149; pesada, 354; química, 378; rural, 436; textil, véase textiles
- industriales: 458
- industrialización: 25, 156, 317, 346, 351, 354, 359, 369, 374, 429, 434, 438, 439, 443; capitalista, 436; de Rusia, 197
- infanticidio: 451
- inflación: 325
- ingenios azucareros: 186, 242, 405, 407, 450
- Inglaterra: 10, 46, 134, 136, 138, 139, 141, 148, 149, 151, 153, 154, 156, 158, 164, 187, 188, 190, 196, 197, 199, 214, 216, 241-244, 279, 300, 307, 308, 310, 313, 317, 320-338, 351, 352, 354, 359, 364, 365, 370, 374, 378, 380, 382, 383, 387, 390, 400, 415, 430, 435, 438, 439, 443-445, 454, 459; comercio, 155; industria, 152; tenencia de la tierra, 154
- ingleses: 67, 71, 96, 136, 152, 155, 159, 164, 186-192, 193, 199, 201, 204, 205, 208, 209, 213, 214, 216, 243, 246-248, 250, 256-258, 260, 262, 284, 292-308, 310, 311, 313, 316, 317, 320, 336, 344, 347, 355, 357, 411, 418-420, 423, 433, 440, 442, 446, 447, 455, 456
- Ingombe llede: 63
- Inikori, J. E.: 258
- integración: 29
- interacción social: 468
- intermediarios: 106; comerciales, 108
- Int. Encyclopedia of the Social Sciences: 35
- interpretación de la cultura: 468
- intocables: 65, 68, 350, 448; véase castas
- inventos: 330
- iqta turca: 296
- Irak: 43, 285
- Irán: 40, 41, 43, 52, 70, 107, 132, 133, 349
- Irkutsk: 227
- Irlanda: 242, 334, 335, 359, 438, 440; del Sur, 359
- irlandeses: 15, 335, 336, 439, 442
- iroqueses (indios): 16, 20, 93, 101, 116, 124, 202-211, 237, 270; confederación de (Ganonsyoni), 204, 206, 207
- Irrawaddy (río): 387
- Isabel la Católica, reina de Aragón: 40
- Isandhlwana: 423
- Islam: 45, 46, 59, 80, 132, 133, 162, 240, 286; asiático, 285; sunnita, 52
- Islamoglu, Huri: 55
- Israel: 15
- Ita (indios): 395
- Italia: 17, 46, 56, 134, 137-139, 143, 145, 167, 242, 311, 359, 408, 442
- italianos: 442, 443, 449, 452, 453, 459
- iu miens (yaos): 416
- jabón: 401
- Jackson, And'ew: 344, 345
- Jackson, James S.: 397
- Jacobs, Wilbur R.: 216
- jagatais: 294
- Jain, Ravindra K.: 399
- Jakarta: 289
- Jakin (Porto Novo): 262
- Jamaica: 163, 188-190, 192, 193, 241, 383, 393, 404
- jamaíquinos: 15
- James, bahía de: 213
- Jamestown: 199
- Japón (Cipango): 40, 49, 283, 292, 311, 351, 359, 378; Restauración Meiji, 351
- Japón, corriente de: 227
- japoneses: 15
- Jaunpur: 301
- Java: 46, 78, 240, 285, 289, 291, 310, 404, 407, 408, 430
- javaneses: 399, 405
- Jayawardena, Chandra: 67
- jefatura: 125-127, 417, 418
- jefes: 122-126, 128, 419, 420, 448, 454, 455; africanos, 275-280; de aldeas, 356; egipcios, 347; indios, 182, 203, 217, 223, 224, 229, 232, 233, 236, 238, 344, 345; isleños del Pacífico Sur, 315
- Jefferson, Thomas: 18, 217, 343, 345
- Jehol: 71

- jengibre: 287
- jenizaros: 53
- Jenks, Leland R.: 353, 354, 356
- Jenne: 57
- Jennings, Francis: 16
- jerarquías civiles-religiosas: 184, 185, 195
- Jeromin, Ulrich: 458
- Jerusalén: 184
- jesuitas: 96, 206
- Jewitt, John: 230, 232
- jibaros: 88
- jihad (guerra santa): 53
- João de Portugal: 273
- Jolof: 245
- Jones, Gwyn: 196
- Jones, Maldwyn A.: 440, 443, 457
- Jones, Richard: 250
- Jordan, Winthrop D.: 248, 250
- Juan, preste: 283
- judíos: 242, 294, 442, 447, 458; radanitas, 133
- junkers: 374, 386, 387, 438, 449
- jurchens: 71, 77
- justicia/injusticia: 470
- Kabes, Johnny: 256
- Kabir: 296
- kachines: 417-419
- Kalfir, guerras de: 423
- Kalabari: 266, 267
- kalingas: 79
- Kalundwe: 276
- kamchadales: 227
- Kamchatka: 226, 227
- Kamehameha: 315
- Kaminaljuyú: 89
- Kan-su: 43, 45, 46
- Kanem-Bornu: 58
- Kangaba (Mali): 58
- Kaniok: 276
- Kano: 57, 58
- Kanongesha: 277
- Kansas City: 390
- Karashahr: 43
- Kasai (río): 270, 274, 275
- Kasanje: 275, 277, 278
- Kashgar: 40, 43, 48, 52
- Katsina: 58
- Kay, J. P.: 330
- Kazembe: 278, 279
- Kea, R. A.: 257, 258
- Kelantan: 400
- Kelley, J. Charles: 92
- Kenia: 60
- Kerala: 68, 300
- Kerner, Robert J.: 197
- Keyder, Caglar: 55
- khanates: 225
- khitanos (liaos): 71
- Khmer: 46, 79
- khoi-khoi (hotentotes): 60, 420
- Khotan: 43
- Kiang-Su: 73
- Kiangsi: 312
- Kiev: 196
- kikapúes (indios): 210
- Kikonja: 276
- Kilwa: 62, 278-280
- Kimberley (minas): 444
- kiowas (indios): 218, 219
- Kirghiz: 45
- Kisale (lago): 253, 270, 275
- Kisimani: 62
- Klingberg, Frank J.: 244
- Kodiak (isla): 226
- Koenigsberger, H. G.: 150
- kokombas: 281
- kola, nuez de: 401, 403
- Kolko, Gabriel: 364
- Komenda: 256
- Konetzke: 192
- Kong-tse (Confucio): 74
- Konkan: 68, 286, 350
- Konny, Johnny: 257
- Kosack, Godula: 464
- Kosambi, D. D.: 70
- Kpembe: 260
- Krishna (río): 300
- krobos: 412
- Kroeber, Alfred: 9, 116, 344, 396
- krues: 16, 246
- Krupp (fábricas): 430
- Kubam: 423
- Kubler, George: 168, 171, 172
- Kucha: 43
- Kuei-Cheú: 74
- Kumalo (clan): 423
- Kumasi, distrito de: 260
- Kunlun: 41
- kurdos: 52
- Kuriles (islas): 226
- Kushnan: 70
- kutenais (indios): 219
- Kwaisulia: 404
- kwakiutles (indios): 225, 228, 229, 233, 235, 236
- kwamanes: 259
- Kwango (río): 270, 275
- kwangos: 275
- La Habana: 174
- La Meca: 40, 132, 293
- La Raw, Maran: 419
- Labrador, península del: 198

- Lacroix, A.: 355
 Lahontan, Louis Armand de: 209
 lahus: 416
 Lalemant, Jérôme: 203, 204, 206
 lana: 154, 158, 175, 324, 325, 337; véase textiles
 Lancashire: 357, 430, 438
 Landes, David: 332, 333, 429, 431
 Lane, Frederic C.: 49
 Lang, James: 190
 Langsdorff, G. H. von: 232
 lanzadera volante: 330
 Laos: 47
 Lapidus, Ira M.: 55
 lapones: 196
 Laroui, Abdallah: 55
 Latham, A. J. H.: 267-269, 318, 348
 Lattimore, Owen: 50, 51, 75
 lavanderías: 458
 Le Creusot: 430
 Leach, Edmund: 116, 417-419
 Leacock, Eleanor B.: 202
 Lee, Calvin: 457
 Legaic (jefe tsinsiano): 233
 Leghorn (Livorno): 294
 Legnano: 137
 Lehman, Frederic R.: 67, 70
 Lejano Oriente: 190, 192; véase Asia, Oriente
 Lekachman, Robert: 23
 Lenin, Vladimir I.: 363-368
 León, reino de: 136, 142, 144
 leopardos: 285
 Lesotho: 423, 444
 Lesseps, Ferdinand Marie de: 346, 356
 Lesser, Alexander: 34, 465
 letras de cambio: 329
 Leur, J. C. van: 64, 78, 79
 Levant Company: 155
 Levante: 134, 144, 146, 345, 349; islámico, 136, 196
 Lévi-Strauss, Claude: 118, 465, 469
 Lewis, Archibald R.: 133
 Lewis, Meriwether: 217
 Lewis, Oscar: 222, 224
 ley agraria inglesa: 301
 Ley de Exclusión de Chinos (Estados Unidos, 1882): 458
 libaneses: 415
 Liberia: 246
 libertad/despotismo: 107
 Libertalia, República Pirata de: 192
 Libia: 57, 58
 libre comercio: 317; véase comercio
 licor destilado: 180
 líder: 125; véase jefe
 Lieja: 354
 Lifu: 315
 Liga Renana: 138
 Liga Suaba: 138
 lignito: 430
 Lima: 165, 168, 173, 176
 Limpopo (río): 60, 62, 63, 423
 linaje: 116, 117, 120, 122, 125-127, 205, 212, 229, 230, 232, 235, 251, 252, 254, 255, 259, 268, 271, 281, 296, 302, 351, 416, 422
 Línea Black Ball: 342
 lingüística: 31
 Linton, Ralph: 9
 Lisboa: 142, 143, 146, 148, 162, 186, 272, 287
 lisús: 416
 Liverpool: 188, 243, 337, 342, 379
 lodagaas: 281
 Loira (río): 138, 150
 Lombardía: 134
 London Mercers Company: 155
 Londres: 15, 243, 313, 324, 325, 329, 334, 337, 355, 384, 397
 Long Island: 163
 López, Robert S.: 134, 136, 311
 lord: 135
 Louisiana: 18, 214, 217, 339, 341
 Lourdes: 184
 Love, Thomas F.: 102
 Low, J.: 432
 Lowie, Robert H.: 29, 468
 Lualaba (río): 270, 274, 276, 278, 280
 Luanda: 187
 Luanda (isla): 271
 Luapula (río): 278, 279
 lubas: 128, 270, 275, 276
 Lübeck: 138
 lundas: 16, 116, 128, 275-280, 282
 Luxemburgo, Rosa: 363, 364, 366, 367
 Luzón: 190
 Lwembe (río): 276
 Lyashchenko, Peter I.: 387, 433
 llamas: 82, 88, 170, 171
 Llanura Chengtu: 72
 Llanura de Wei-pei: 72
 Llanura Gangeática: 42, 69
 Llanura Indo-Gangeática (Uttar Pradesh): 68, 297
 Llanura Mojos: 87
 Macao: 15, 96, 190, 286, 288, 290, 308, 453, 454, 456
 Macasar: 290
 macia: 288, 290
 Mackenzie (río): 220
 MacLeod, Murdo J.: 168, 182, 410
 Macon: 341
 Madagascar: 192, 240, 278

- Madeira (islas): 114, 143, 146, 162, 186, 241, maderas: 132, 133, 147, 190, 241
 Madison, James: *Federalist Papers*: 35
 Madjapahit: 79
 Madrás: 292-294, 300, 305, 387, 447, 448
 Mae Nam (río): 389
 Mafia: 62
 Magalhães Godinho, Vitorino: 289
 Magallanes, Fernando de: 64
 magia: 422
 Magna Grecia: 17
 maguay: 180
 Maharashtra: 305
 Mahoma: 59
 Maine: 201
 Maine, Henry: 25, 302
 Mair, Lucy P.: 351
 maíz: 15, 81, 85-87, 93, 169, 202, 203, 210, 212, 219, 250, 256, 277, 410, 416, 445
 Makololo (clan): 423
 Malabar: 162, 288, 299, 327, 447
 Malaca: 79, 80, 142, 285, 286, 288, 289, 291, 457; estrechos de, 79; población, 79
 malagueta: 287
 malaria: 167
 Malawi: 445
 Malaya: 49, 95, 285, 291, 365, 387, 397, 400, 420, 446-448, 453, 454, 456
 malayos: 33, 61, 454-456
 Maldivas (islas): 40
 Mali: 40
 Malindi: 62, 283
 malinkes: 58
 malta: 329
 Malwa: 314
 Malynes, Gerard: 158
 Mama Chi, movimiento milenario: 394
 mamelucos (*mamluks*): 52, 346
 Mamprussi: 260
 mana: 127
 Mançall, Mark: 197
 Mancha, canal de la: 139
 Manchester: 334, 436
 Manchuria: 77
 mandanos (indios): 93, 218, 219, 222
 mandarines: 74
 Mandel, Ernest: 103, 360, 367-369, 426, 463
 mandioca: 32, 87, 251, 277; amarga, 87; dulce, 87, 88
 Manila: 190, 191, 306, 311; galeón de, 190
 Manitoba: 224
 mansabdares (militares mughales): 294-296
 Manta: 82, 86
 Mantaro (río): 82
 Mantoux: 248
 Manuel I de Portugal: 241
 manufacturas: 429
 mapuches (indios): 88
 máquinas: 323, 328-331, 333, 335, 338, 347, 351, 352, 354, 356, 357, 361, 369, 371, 386, 426, 429, 431, 432, 442, 446, 462; eléctricas, 369
 Maquinna, jefe nootka: 229, 232, 233
 "maquinofactura": 429, 436
 Mar del Norte: 45
 Maratha, confederación: 297, 300
 marathas: 293
 Marañón (río): 83
 Marco Datini, Francesco di: 361
 Mares del Sur: 285, 290, 315
 marfil: 62, 63, 134, 144, 196, 241, 265, 267, 272, 277, 278, 280, 285
 margarina: 401
 marina bizantina: 132; inglesa, 383; mercante, 355
 Marquesas (islas): 314
 marroquíes: 58
 Marruecos: 40, 42, 45, 57-59, 242
 martas (cebellinas): 196, 226, 227
 Marx, Karl: 34-36, 97-99, 101, 102, 104, 105, 112, 119, 323, 335, 361-363, 368, 369, 466; axioma de, 97
 marxistas: 35
 Maryland: 163, 205, 339, 341
 masas: 428
 mascoutens (indios): 210
 masmudas: 59
 Massachusetts Bay: 199
 Massachusetts, Bay Company: 155
 Masulipatam: 292
 Matamba: 275
 Mataram: 289, 291
 mate argentino: 403
 materialismo (Feuerbach): 99
 materias primas: 332, 361, 371, 379, 380, 426, 431
 Mathew, Gervase: 61
 matrilinaje: 206, 207, 219, 223, 230, 231, 258, 259, 270-272, 344, 413, 414
 matrimonio: 118-122, 126, 139, 231, 252, 253, 270, 271, 303, 344, 396, 416, 451
 Maulé (río): 82
 Mauny, Raymond: 270
 Mauricio (isla): 178, 387, 404, 447, 448
 Mauritania: 58, 162, 241
 Mauro, Frédéric: 283
 mauryas: 68, 69
 Mauss, Marcel: 238
 Mayapán: 91
 mayas (indios): 28, 81, 90, 409
 Mbanzakongo (San Salvador): 270, 272
 Mbundu: 273

McCoy, Alfred W.: 416
 McEvedy, Colin: 250, 457
 McNeill, William H.: 53
 McPherson, C. B.: 203
 mecanización: 330, 331, 359, 438, 443
 medicinas: 310
 Medio Oriente: 111, 464
 Mediterráneo: 148
 Mediterráneo (mar): 40, 43, 45, 48, 110, 131-135, 137, 138, 146, 148, 162, 186, 240, 248, 250, 252, 288, 311, 323, 373
 Medjerda (Túnez): 42
 Meggitt, Mervyn: 392
 megis (concha blanca): 212
 Mehemet Ali: 346, 347
 Meilink-Roelofz, M. A. P.: 291, 292
 Meillassoux, Claude: 68, 116
 Mekong (río): 46
 melanesios: 404
 Memphis: 341
 Mencher, Joan: 68
 "mendigos del mar": 147
 mercaderes: 49, 54, 56, 67, 108; europeos, 111, 133, 153; véase comerciantes
 mercado: 23, 24, 36, 110, 112, 127, 359; libre, 115, mundial, 38, 376, 419; mundial capitalista, 360
 mercados, teoría de: 23
 mercancías de lujo: 49, 110, 206, 230, 238, 249, 265, 266, 272, 342, 370; movimiento de, 376-427
 mercenarios: 52, 141, 269, 291, 304, 396; griegos, 17, 18
 mercurio: 172, 177
 Merriman, Robert O.: 220
 Meru: 43, 52
 Meru (lago): 280
 Mesoamérica: 81, 86, 89-93, 128, 167-169, 178, 181, 412
 Mesopotamia: 131
 Mesta: 145
 mestizos: 183
 metales: 420; preciosos, 87; véase acero, cobre, hierro, oro, plata
 metalurgia cuna: 193
 metis (mestizos norteamericanos): 224, 225
 Metlakatla (paso): 235
 metrópoli/satélite 37, 38, 360
 mexicas: 181, 184; véase aztecas
 México: 18, 22, 81, 92, 170, 172, 173, 175, 180, 190, 311, 353, 408, 410, 464; ciudad de, 165, 190; conquista, 163, 165, 218; drenaje del valle de, 172; valle de, 89, 91, 180
 miamis (indios): 216
 micmacs (indios): 240
 Michigan: 210
 Michigan (lago): 210, 283
 midewiwin (culto): 212, 239
 migraciones: 39, 423, 434, 436-440, 442, 446-449, 454; de capital, 463; forzada, 423; forzada de esclavos, 339; forzada de indios norteamericanos, 345
 mijo: 46, 69
 Milbanke, sonda de: 233
 militares: 157
 militarización: 422
 Millar, John: 248
 Miller, Joseph C.: 275
 Milward, A.: 438
 minankabaus: 456
 minas: 179, 181, 183, 194, 240, 255, 258, 280, 371, 434, 439, 443-445
 Mindanao: 240
 minerales ferrosos: 429
 minería: 169, 170, 172, 176, 177, 180, 185, 194, 245, 424, 430, 440, 444, 445; en África oriental, 62; industrial, 433
 mineros: 62, 248, 433, 442, 444, 455
 Ming (dinastía): 62, 71, 75, 77, 308
 minga: 172
 Mingay, G. E.: 326, 379
 Minnesota: 214
 minorías primitivas: 10
 Mintz, Sidney W.: 376, 403, 406
 misioneros: 185, 272; católicos, 202
 Misisipi (río): 92, 93, 214, 219, 338, 339, 343, 345
 misisipianos: 92-94
 Miskimin, Harry A.: 311
 mosquitos (indios): 193
 Missouri: 224
 Missouri (río): 92, 93, 214, 219
 misticismo hindú: 296
 mita: 170-172, 178
 Mitidja (Argelia): 42
 mito: 123, 124, 470
 Moche Valle de: 83
 modernización: 19, 20, 26, 29, 38
 modos de producción: 97-130, 467, 469, 471; asiático, 100, 106, 107; campesino, 100; capitalista, 100, 102-104, 112, 114, 128, 129, 317, 321, 323, 324, 357, 359-362, 368-373, 376, 427-430, 437, 459, 462, 464, 467, 470, 471; esclavista, 100; feudal, 100, 106; por parentesco, 100, 110, 114, 115, 371 (véase parentesco); tributario, 100, 104, 106, 107, 109, 110, 112, 114, 115, 126, 128, 129, 300, 321, 371, 376, 424, 427, 454, 466, 469, 470 (véase tributos)
 Mogadishu: 62
 mohawk (ganiengehagas) (indios): 204, 205, 208, 209
 Mohenjo-Daro: 46

Molucas: 286, 289, 290
 mong (miao) (lengua): 47
 mongoles: 41, 43, 50, 52, 62, 71, 76, 77, 128, 225, 226
 Mongolia: 41, 45, 71
 monocultivos: 303
 monopolio del comercio con las Indias: 173
 monopolios: 144, 234, 252, 274, 280, 288-292, 298, 313, 321, 364, 440
 Montaigne, Michel de: 107
 Montana: 218
 Montería (Colombia): 193
 Montgomery: 341
 Montreal: 163, 209; ferias de, 203
 Moore, Barrington Jr.: 303, 433
 Morgan, Lewis H.: 30, 100
 Morris, Morris D.: 349, 350, 434
 mortalidad infantil: 452
 mortandad en América: 167
 mosca tsetsé: 251, 261
 mosetenes: 88
 mosquetes: 258, 260, 262, 264, 315; véase armas de fuego
 Mossi, Estados del: 58
 mossis: 415, 464
 motor de combustión: 369; de vapor, 331
 Mount, Cabo: 246
 movilización: 467
 Mozambique: 142, 242, 247, 444, 445
 Mpinda: 273
 mpumbus: 272
 mthetwas: 420, 422
 muenes mutapas: 68
 Mughal: 71, 284, 292-294, 296, 297, 300, 304, 313, 316, 317, 446
 mujeres: 121, 122, 124, 126, 205, 206, 330, 331, 335, 336, 344, 349, 396, 431, 434, 464
 Mukherjee, S. N.: 304
 mulas: 173, 190
 mundas: 47, 447
 mundo como sistema: 465
 mundurucús (weidyenye) (indios): 32, 39, 395-397
 muralla china: 41, 51, 71
 muras (indios): 396
 Murdock, George P.: 396
 Murphey, Rhoads: 284
 Murphy, Robert: 396
 Murra, John V.: 82
 muselina: 328
 Mussamba: 277
 musulmanes: 63, 157, 247, 286, 293, 294, 296, 297, 304, 305; expulsión de España, 145; véase Islam
 mutilaciones dentales: 92
 Mwaant Yaav: 277, 278
 Mweru (lago): 278
 Myitkyina: 419
 Mysore: 300
 nación: 15, 29, 459
 nación-Estado: 22
 naciones centrales/periferia: 38, 39
 Nagasaki: 320
 Nagpur: 349
 Nanak: 296
 Nankin: 308
 Nantes: 150, 188, 243
 Napier, James Charles: 334
 Nash, Gary B.: 249
 Nashville: 341
 Nass (río): 225, 228, 235
 Natal: 404, 447
 Natchez: 93
 naturaleza: 97, 102, 105, 118; transformación de la, 119, 323, 361, 469; y cultura, 469
 navabs (nabobs): 297, 298, 301
 navajos (indios): 178
 navegación: 111, 143, 145, 336, 357; norteamericana, 355; portuguesa, 288
 navieros españoles: 145
 ndebele (matabele): 423
 ndembus: 277, 282
 Ndenié: 414
 Ndongo: 246, 273-275
 negreros: 243, 246, 275; brasileños, 279; cubanos, 279
 Negro (mar): 42, 43, 52, 55, 110, 132, 133, 247, 250
 Negro (río): 396
 negros: 16, 444, 460, 461; americanos, 339, 341, 440; libres americanos, 341
 Nehnevajsa, Jiri: 462
 Nekich, Sandra: 204
 Nell, Edward: 23
 neolingües: 101
 netsilikis: 32
 neutrales (attiwandarones) (indios): 203, 205
 Nevis: 187
 New Dowlais: 430
 New Lanark: 430
 Newitt, Maly: 63
 ngadidjis: 391
 ngolas: 16
 ngunis: 280, 420, 423
 ngwato: 423
 Niágara: 16, 216
 Niasalandia: 444
 Nicaragua: 90, 168, 191, 193
 Nicolet, Jean: 283
 Níger (río): 49, 57, 207, 241, 246, 253, 256, 261, 264-267, 281, 401

- Nigeria: 57, 250, 253
niggers (indios de la India): 307
 Nilo (río): 42, 58
 niños: 330, 331, 335, 431, 434
nipissings (indios): 203, 204
 Nkalaany (río): 276
 nobleza española: 181; francesa, 154; india, 181, 231, 232; inglesa, 153, 154, 156, 158; oyo, 261; venta de títulos de, 151; véase aristocracia
 nómadas: 48, 51, 55, 56, 59, 71; norteamericanos, 220; pastores, 42, 45, 49, 50, 53
 Nootka, sonda de: 225, 228, 233
 nootkas (indios): 228, 229
 Normandía: 134, 139, 199; inglesa, 139
 Norte, mar del: 138, 146
 norteamericanos: 314; véase Estados Unidos, indios
 North, Douglass C.: 338, 343
 Northwest Company: 217, 220, 224, 225
 Noruega: 196
 noruegos: 196
 Novgorod: 196
 Nueva Amsterdam: 163, 199, 204
 Nueva Caledonia: 315
 Nueva España: 165, 176, 177, 185, 218
 Nueva Francia: 209
 Nueva Inglaterra: 163, 198, 205, 213, 339, 432, 434, 442
 Nueva Orleáns: 214
 Nueva Plymouth: 199
 Nueva York: 15, 209, 213, 314, 342, 343, 353, 384, 393
 Nuevas Hébridas: 315, 316, 404
 Nuevo Mundo: 15, 40, 80-96, 140, 147, 186, 241, 248, 250, 280, 312, 313, 434, 439, 460, 465; ciudades, 80; conquista del, 145; véase América, Américas
 Nuevos Cristianos portugueses: 147
 nuez moscada: 288, 290
 Nugent, David: 418
 números árabes: 15
 nupes: 261
 nutrias: 196, 197, 225, 227-233, 316
 nyamwezis: 279
 Nyasa, lago (lago Malawi): 279, 280
 nzandues: 95
 Nzinga Nvemba (Don Alfonso I): 272
 O'Connor, James: 375
 oasis: 42, 43
 Oaxaca (Méx.): 175
 Oberg, Kalervo: 229, 232
 obras hidráulicas: 78, 105, 168, 347, 389
 obreros: 102, 103, 248, 323, 334, 335, 349, 434, 442, 470; véase clases trabajadoras
 obsequios: 230-232, 270, 271; diplomáticos, 206; intercambio de, 203, 232, 238
 obsidiana: 89, 90
 Occidente: 9, 17, 46, 107, 131, 132, 139, 346, 367
 Occitania: 150
 Oceanía: 15
 Ocono: 83
 Oda (río): 258
 Odesa: 387
 Odoakar el Heruliano: 132
 Odua: 261, 263
 oficios: 433
 Ogöda: 51
 Ohio: 15, 210, 214
 Ohio (canal): 343
 Ohio (río): 92, 93, 210
 ojibwas (indios): 32, 210, 211, 214, 216, 218, 224
 Oklahoma: 93
 Okrika: 266
 olachen (pez): 228
 Old Town (Obutong): 267
 Oldham: 430, 434
 oligarquías mercantiles: 158
 oligopolio: 107
 Oliver, Roland A.: 253
 omeyas: 53
 oneidas (indios): 204-206, 208
 onondagas (indios): 204, 205, 207, 208
 Ontario (lago): 199, 203
 opio: 297, 300, 310, 313, 314, 316, 317, 348, 349, 355, 402, 415-417, 419
 Oporto: 143; vino de, 151
 Orange, Estado Libre de: 420, 423
 Orange (río): 443
 oraones: 47, 447
 orden de Alcántara: 138; de Calatrava, 138; de los Caballeros de Aviz, 138, 142, 143; de Santiago, 138
 orden social: 21, 24, 25, 33
 órdenes religioso-militares: 138
 organización social: 99
 Oriente: 53, 63, 64, 111, 134, 139, 140, 159, 162, 165, 283, 293, 294, 308, 311, 317, 323, 349, 351; véase Asia, Cercano Oriente, Lejano Oriente
 Origo, Iris: 361
 Orlove, Benjamin: 82
 Ormuz: 40, 286, 290
 oro: 56, 59, 62, 64, 86-88, 132, 133, 140, 143, 144, 147, 153, 159, 167, 169, 175, 193, 196, 240, 241, 252, 253, 255, 257-259, 283, 285, 287, 311, 315, 419, 420, 424, 443, 444, 456, 457; comercio de, 58, 62, 63; fiebre de, 391; minas de, 56; véase minas
 Ortega y Gasset, José: 459

- osos: 196
 Oswego: 199
 otares: 197
 otomí, lengua: 91
 Otjar: 196
 ottawas (indios): 208-211, 215, 216
 Otterbein, Keith F.: 205
 Oudh: 301, 447
 ovejas: 145, 158, 169, 183, 324, 391, 440
 ovimbundus: 275, 282
 Owen, Robert: 430
 Oyo, reino de: 246, 253, 260-264, 281, 402
 oyokos: 259
 oyo: 262
 Pachacuti Inca Yupanqui: 83
 Pacific Steamship Company: 457
 Pacífico, océano: 81, 88, 96, 163, 215, 227, 379; islas del, 314, 316, 371, 457
 Paflagonia: 18
 Paises Bajos, véase Holanda
 Palestina: 42
 palestinos: 464
 palma, aceite de: 400-402, 412
 palo de tinte: 241
 Pamir: 41
 pampa: 95, 390
 Pampanga: 190
 Panamá: 163, 165, 168, 173, 174, 193, 356, 392, 394; canal de, 356
 paniaguados: 167, 265, 306
 papa: 15, 81, 85, 86, 88, 140, 169
 Paraguay: 27
 Paraguay (río): 87
 parentesco: 100, 110, 116-128, 168, 193, 195, 206, 207, 210, 217, 220, 223, 229, 231, 233, 234, 238, 246, 254, 276, 281, 282, 303, 304, 340, 372, 376, 391, 416, 424, 427, 430, 435, 451, 455, 466, 469, 470; extendido, 120, 121; ficticio, 350; véase modos de producción
 parián (mercado): 190
 parintintines (indios): 395
 París: 150, 151, 384
 Parry, John H.: 192
 parsis: 313, 349
 Parsons, Talcott: 26
 Partido Socialista del Sureste (Yucatán): 28
 Partridge, William L.: 392
 Pasai: 79
 pastoralismo: 122, 169
 pastoreo: 392; mexicano, 390
 pastores: 41, 42, 45, 49, 50, 81; de caballos, 218, 220, 223
 Patna: 313, 314
 patrilineaje: 262, 263, 268, 269, 275, 276, 281, 396, 397, 417, 420, 422
 patrilinealidad: 396
 patrilocalidad: 396
 pawnes (indios): 93, 218-220, 223
 Peckham, Howard H.: 211, 216
 Pedro el Grande: 197, 226
 Pekín: 40, 136, 308
 Peloponeso: 53
 pemmican (carne de bisonte): 220, 223, 224, 239
 Penang: 453
 Pendjab: 70, 296, 306, 354
 Pendle, George: 390
 Península Arábiga: 45
 Península Ibérica: 132, 139, 247
 Pennsylvania: 205, 442; canal de, 343
 peonaje: 113
 peones egipcios: 356
 Perak: 455
 peranakans: 457
 Perdue, Theda: 249
 Perkin, Harold J.: 329
 Pernambuco: 186, 187
 perros: 227
 persas: 17, 64, 290, 294
 persecuciones religiosas: 297
 Persia: 20, 107, 286
 Pérsico (golfo): 15, 40, 48, 62, 285, 286, 288
 Perú: 81, 85, 163, 165, 168, 182, 185, 192, 195, 430, 456; Alto (Bolivia), 168, 172, 173, 180, 190
 peruanos: 191
 pesca: 216, 217, 227, 228, 267
 pescado: 175, 198, 199; blanco, 211; empacadoras de, 236
 pescadores: 203
 peste negra: 143, 182
 Petén: 89, 90
 petróleo: 430, 464
 petunes (tiontatis) (indios): 203
 Phillipson, D. W.: 61
 picunches: 88
 pieles, comercio de: 32, 39, 93, 124, 125, 140, 153, 164, 196-239, 243, 370
 Pigafetta, Filippo: 271
 Pike, Ruth: 146
 pillaje: 152
 pimienta: 253, 264, 288, 294, 455
 pimientos: 81
 Pinelo, Francisco: 146
 piratas: 59, 192-194, 248; japoneses, 77; sumatrianos, 79
 Pirenne, Henri: 154
 Pires, Tomé: 79
 Pisa: 134
 Pitt el Joven, William: 188, 313
 Pittsburgh: 214, 216

- Pizarro, Francisco: 163
 plantaciones: 18, 114, 115, 175, 185, 188, 194, 195, 240, 241, 244, 245, 278, 290, 305, 338, 340, 341, 343, 344, 357, 371, 374, 380-387, 390, 392, 394, 397, 399, 407, 428, 430, 439, 445, 446, 448, 450-452, 455, 458, 459; de capital intensivo, 405
 Plassey: 214, 298, 299, 300
 plata: 39, 88, 140, 145, 147, 153, 159, 164, 169, 170, 172-177, 183, 185, 186, 190, 192, 194, 196, 236, 240, 294, 310, 311, 313, 314, 316
 Plata, río de la: 180
 plátano: 386, 392, 393
 Platte (río): 219
 Plinio el Viejo: 311
 plumas preciosas: 90, 183
 Po (río): 46
 población inglesa: 326; americana, 171; prehispanica en América, 168
 poblaciones locales: 116; primitivas, 115; textiles, 434; urbanas, 435
 pobreza: 470
 poder: 105-107, 109, 121, 126, 128, 157, 471
 Pokoso: 257
 polacos: 101, 387, 442, 448
 Polanyi, Karl: 127, 262, 323, 362
 poliandria: 255
 política: 21, 22, 23
 Pollard, Sidney: 332-334
 Polo, Maffeo: 40
 Polo, Marco: 40, 43, 80, 283
 Polo, Nicolo: 40
 pólvora: 252, 257
 Pomare: 316
 Pomare II: 316
 pomerianos: 437
 Pontiac, revuelta de (1763): 209, 215, 216
 Poo, Fernando: 241
 Poppino, Rollie: 394
 porcelana: 15, 62, 190, 310, 312
 Portland, canal de: 226
 Portobelo: 173
 Portugal: 15, 46, 63, 136, 138, 141-144, 146, 147, 150, 151, 157, 159, 162, 163, 165, 186, 187, 189, 190, 194, 241-243, 289, 291, 320, 353, 380; dependencia de la agricultura, 142; nobleza de, 143
 portugueses: 59, 95, 142, 143, 162, 163, 185-187, 190, 240-242, 247, 249, 250, 257, 270, 272-275, 278, 279, 283, 284, 286, 287, 289-292, 308, 312, 316, 411, 420, 442, 443, 452, 453
 Postlethwayt, Malachy: 16, 243
 potawatomis (indios): 210, 211, 216
 potiguarenses: 187
 potlatch (obsequio): 230-236
 Potosí (Bolivia): 170, 172, 190
 Potter, Jack: 389
 pozos petroleros: 15
 Prato: 361
 prestamistas: 387, 388
 préstamos publicos: 375
 Preston: 438
 Prince Rupert: 235
 Príncipe (isla): 241, 242
 procesamiento de datos: 463
 proceso político: 36
 procreación: 117
 producción: 35, 36, 38, 99, 114; industrial, 323; medios de, 103, 104, 105, 120, 129, 153, 362, 363, 366, 368, 369, 372, 378, 381, 386, 470; monitoreo electrónico, 463; producción, modos de, véase modos de producción
 productividad: 103, 115, 362
 proletariado: 334, 360, 428, 452; inglés, 335
 propiedad, derechos de: 321
 prostitución: 236, 237
 protección, cuotas de: 111
 protectorados ingleses: 444
 protestantismo: 148
 Provincias Marítimas: 440
 Provincias Unidas, véase Holanda
 Prusia: 438
 prusianos: 258
 publicidad: 463
 pueblos sin historia: 10, 16, 33, 40, 282, 426, 429, 465, 472
 Puerto Rico: 406, 407
 Puget, sonda de: 232
 pulque: 180
 puna: 81
 pureza ritual: 66
 puritanos ingleses: 198
 putunes, 90, 91
 qanats (túneles subterráneos): 43
 Quain, Bueff: 206, 208
 Quebec: 163, 199, 214
 Queensland (Australia): 404
 quinoa: 81, 86
 Rabat: 58
 racionalización de la cultura: 468
 racismo: 458
 Radcliffe-Brown, A. R.: 121, 417
 Ragatz, Lowell J.: 383
 Rai (Irán): 43
 rajás: 66, 69, 109
 rajputs: 70, 71, 304, 447
 ranchos ovejeros: 391
 Rand: 458
 Randle, Martha C.: 206
 Rangún: 387

- Rathje: 90
 Rawick, George: 340
 Rawski, Evelyn Sakakida: 311, 312
 Ray, Arthur J.: 213, 220
 Raymond, Irving W.: 134
 raza: 460, 461; superior, 366
 Real Compañía de África: 243, 244, 246
 rebelión: 306
 Recife: 187
 reciprocidad: 127
 recolección, recolectores: 60, 94, 95, 113, 119, 193, 202, 219, 220, 222, 228, 237, 392, 395
 recursos: 438
 redes comerciales: 426
 Redfield, Robert: 25, 28
 redistribución: 126, 127
 Rees, Albert: 443
 Reforma protestante: 148
 regalos, véase obsequios
 Reich alemán: 459
 Reichel-Dolmatoff, Gerardo: 87
 Reina Carlota, sonda de la: 228
 relaciones sociales: 21, 22, 24, 25, 27, 28, 36, 119
 religiones, unificación de las: 296
 religiones americanas prehispanicas: 184
 Renacimiento: 17, 19
 Renania: 136
 renos: 196
 repartimientos: 178
 Reservas Nativas africanas: 444, 445
 Restauración inglesa: 198
 Reunión: 278
 revolución de las Cabañas (1835): 396; francesa, 151, 154, 198; "gloriosa" inglesa, 156, 198; industrial, 16, 17, 19, 39, 77, 244, 323-358, 369, 389, 403; mexicana, 28; rusa, 367; tecnológica, 369
 revolucionarios: 428
 Rhab (Marruecos): 42
 Rhodes, Cecil: 424
 Ricardo, David: 380
 Rich, E. E.: 197
 Richards, Clara B.: 206
 Richards, W.: 258
 riego: 43, 73, 74, 78, 80, 81, 85, 87, 89, 92, 107, 241, 347, 393, 448
 Richi, Louis: 225
 rifles: 249, 280; Lee-Enfield, 306; véase armas de fuego
 Rífit, valle del: 60
 Rin (río): 46, 138, 139, 146; provincias del, 438; valle del, 138
 Río Claro (Brasil): 450-452
 Río de Janeiro: 186
 riqueza: 35, 102-104, 140, 153, 157, 212, 236, 323, 361; acumulación de, 361; española, 169, 170; mercantil, 104, 109, 111, 112, 115, 146, 152, 317, 370; monetaria, 102; tributaria, 115
 rito: 123, 124, 210, 296, 422, 470; aceptación, 231
 ritual: 223
 Roberts, Richard: 330, 331
 Robinson, Ronald: 365
 Rocosas, montañas: 217, 225
 Ródano (río): 137, 139
 Rodesia: 62, 434
 Rodinson, Maxime: 153
 Roff, William R.: 455
 Rogers, Edward S.: 211
 Rogin, Michael P.: 344, 345
 Rohrbough, Malcolm J.: 344
 Rojo (mar): 40, 48, 288, 293
 Rojo (río): 224
 Rokkan, Stein: 138
 Roma: 184; antigua, 17, 19, 131, 132, 135, 196, 311; caída de, 132, 133, 311
 romanos: 42, 140, 159
 rompeshuegas: 461
 ron: 209, 252, 403
 Rosenblum, Gerald: 434, 439, 442
 Rostow, Walt Whitman: 19, 328
 Rothenberg, Diane: 206
 Rotse: 423
 Rowe, William L.: 168, 172, 182, 349, 350
 Royal Adventurers into Africa (Aventureros Reales en África): 155, 213, 242
 Royal African Company: 155
 Rozwi, dinastía: 63
 ruca manual: 331
 ruibarbo: 226
 Rupert (río): 213
 Rupert's House: 213
 rus varanguianos: 134, 270
 Rusia: 134, 196, 368, 379, 385, 387, 440, 449; industrialización, 197; ríos de, 133; sur de, 45
 rusos: 197, 225, 226, 234, 433, 442; judíos, 442, 443; vikingos, 196
 Russell, Josiah C.: 133, 146
 Russia Company: 155
 ruta al Oriente: 283
 rutas fluviales: 137, 215; marítimas, 48, 49, 53, 59, 60, 133, 137, 138, 215, 283, 284, 287, 288, 316, 320; terrestres, 60, 138, 146, 283
 Ruyle, Eugene: 232, 236
 sabana: 57, 58, 257, 261, 274; tropical, 42
 sacrificio: 87
 Sacro Imperio Romano-Germánico: 136, 137
 Saen Saeb (canal): 388
 safawis chiitas: 52
 sagú: 291

Sahara: 40, 41, 48, 57-59, 143
 Sahlins, Marshall D.: 30
 Saigón: 389
 Saini, Krishan G.: 348, 351
 Sain-Simon, conde de: 21
 sakas: 70
 sal: 56, 81, 90, 143, 147, 153, 189, 252, 265-267, 271, 277
 salarios: 103, 331, 356, 357, 363, 373, 387, 428, 431, 432, 437, 443, 445, 453, 463
 Salem (Massachusetts): 314
 Salerno, golfo de: 134
 salishes (indios): 228, 235
 salitre: 297
 salmón: 227, 235
 Salomón (islas): 315, 316
 Salónica: 53
 salvajismo: 345
 salvoconductos: 49
 Samarcanda: 43
 san (bosquimanos): 60, 420
 San Cristóbal de las Casas: 409
 San Lorenzo (río): 164, 199, 202, 210, 213, 215
 San Luis Missouri: 93, 218, 219, 222, 390
 sándalo: 314-316
 sanhajas: 59
 Sankuru (río): 270
 sansimonianos: 346
 santales: 447
 Santamaría, Daniel J.: 172
 Santiago de Chile: 165
 santidade: 168
 Santo Domingo (Hispaniola): 192, 241, 382, 404; (Haití), 188; rebelión de esclavos, 408
 Santos: 450-452
 Sanwi: 414
 São Paulo: 168, 249, 408, 450, 453
 São Tomé: 186, 241, 242, 273, 412
 São Tomé de Meliapor: 286
 Saona (río): 137
 saqueo: 300, 401
 Sarai: 43
 sarampión: 167
 sasanianos: 107
 sasánidas: 43
 Saskatchewan, (río): 214
 saskatchewanos (indios): 224
 satnamis: 296
 Sauer, Carl: 169
 sauks (indios): 210
 Saul, S. B.: 438
 Sault Saint Marie (río): 211
 saulteurs (indios): 204, 211
 Savanna: 341, 342
 Savi: 262
 Scott, J.: 416
 Scott, Joan Wallach: 433
 Schapera, Isaac: 423
 Schlumbohm, Jürgen: 332
 Schmidt, Alfred: 97, 98
 Schneider (compañía): 430
 Schneider, David M.: 118, 449
 Schneider, Jane: 110
 Schumpeter, Joseph: 365
 Schwartz, Stuart B.: 186, 187
 sebo animal: 401
 Sechuán: 72, 74, 415, 416
 sectarismo religioso: 45
 seda: 134, 190, 226, 297, 310, 328, 411
 segadora mecánica: 386
 Seis Compañías de Kwantung: 457
 sekanis (indios): 233
 Selangor: 455
 selección natural: 470
 seminoleos (indios): 344, 345
 Sena (río): 46, 150; valle del, 138
 senecas (indios): 204-206, 208, 209, 216
 Senegal: 57, 250
 Senegal (río): 245
 Senegambia: 16, 245, 246, 280
 sequoyas (indios): 344
 Sereni, Emilio: 449
 serpentina: 418
 Service, Elman R.: 30, 101, 125, 126
 servicios: 438
 servidumbre: 105, 179, 181, 226, 248, 325, 334, 357, 387, 439, 443, 461
 Seth, Jagath: 313
 Setúbal: 143, 189
 Sevilla: 146, 148, 170, 173, 174, 176
 sexo: 117
 Shaka: 420, 422
 Shakes (jefe tlingit): 233
 Shan (valle): 417
 shanes: 418, 419; de las colinas (Tai Loi), 419
 Shanna: 242
 Shansi: 46
 Sharp, William Frederick: 388, 389
 Sharrock, Susan R.: 32
 shawnees (indios): 216, 249
 Sheffield: 378
 Shelif (Argelia): 42
 Shensi: 72
 Shineberg, Dorothy: 315
 Shona: 423
 shonas: 63, 109
 shoshones (indios): 178, 218
 Shreveport: 341
 Siam, 292; véase Tailandia
 Siberia: 197, 225-227, 442
 Sibir: 226
 Sicilia: 17, 114, 132, 240

Sierra Leona: 192, 245, 246
 Sierra Madre (México): 177
 Sierra Nevada de Santa Marta (Colombia): 86, 392
 siervos blancos: 250; militares, 53, 54
 sífilis: 15, 236
 Sijilmassa: 59
 sikhismo: 296
 silicosis: 172
 Silves: 142
 simbolismo cultural: 118
 símbolos: 33
 sindicatos: 336, 443, 463; de hilanderos, 331
 singaleses: 412
 Singapur: 15, 453-457, 463
 Sinha: 67
 Sinu (río): 193
 sioux (indios): 213
 Siria: 43, 52, 132, 133
 sirios: 442
 sistemas ecológicos: 30
 Sivaji: 297
 Skeena (río): 233, 235
 Smit, J. W.: 327
 Smith, Abbott E.: 248
 Smith, Adam: 23, 98, 361, 380
 Smith, C. T.: 146
 Smith, Mack: 449, 459
 snakes (indios): 218, 219
 sobornos: 350
 sociabilidad, pautas de: 403
 social, concepto de: 467
 sociedad: 15, 20-22, 25, 27, 33, 34, 36, 101, 125, 126, 466, 467, 472; capitalista, 124; moderna, 26; tradicional, 25, 26, 29, 39; tributaria, 108, 110, 124
 sociedades anónimas: 406; plurales, 459; secretas, 454-457
 Société Commerciale de l'Ouest Africain: 384
 sociología: 16, 20, 21, 24, 26, 428; escuela de Chicago, 25
 Sofala: 162, 286
 Sombrerete: 170
 sombreros, moda de los: 197, 198
 Songhay: 58, 59, 257
 songyes: 270
 Soninke: 57
 sotho: 423
 Southall, Aidan W.: 128
 Spear, Percival: 299
 Spencer, Herbert: 30
 Spinola, familia: 146
 Spiro Mound (Oklahoma): 93
 Sri Lanka: 15; véase Ceilán
 Srinivas, M. N.: 66, 304
 Sriviyaya: 61, 79
 St. Kitts: 187, 446
 Stanley, cataratas: 270
 Stanley Pool: 270, 273
 Steensgard, Niels: 49
 Stein, Lorenz: 21
 Stevenson, Robert F.: 280
 Steward, Julian H.: 28-30, 193
 Stewart, Watt: 456
 Stikine (río): 233, 234
 Stiria: 354
 Stroganov, casa comercial de: 225
 Stroud, valle del: 16
 Stuchevskii, I. A.: 106
 Suárez de Figueroa, Cristóbal: 157
 subdesarrollo: 37
 subempleo: 104
 Subia: 423
 subsidios estatales: 321
 subtropical: 42
 sucesión posicional: 276
 Sucre: 180
 Sudán: 59, 133; occidental, 40
 Suecia: 147, 354
 suecos: 440
 Suez, canal de: 346, 355, 356, 365, 377, 411; istmo de, 48
 sufismo musulmán: 296
 Sui, dinastía: 76
 Suiza: 138, 449, 464
 suizos: 452
 sultanes: 53, 64
 Sulu (islas): 80
 Sulu Vou (isla): 404
 Sumatra: 40, 61, 78, 79, 399, 400, 456
 Summers, Roger: 62
 Sung (dinastía): 71, 73, 75, 76
 Supe: 83
 Superior (lago): 93, 204, 211, 218, 345
 Surat: 292, 293, 349
 Sus, valle (Marruecos): 42
 Susa, valle de: 59
 susquehannas/susquehannocks (indios): 205, 208
 sustitución de importaciones: 328
 swahilis: 280, 286; musulmanes, 279
 Swatow: 454
 Swazi: 423
 Swazilandia: 423, 444
 Sweezy, Paul M.: 103, 362, 363
 Sydney: 314
 tabaco: 15, 140, 187-189, 193, 203, 240-242, 252, 303, 306, 312, 338, 346, 399, 402, 450
 tabajaras: 187
 Tabasco: 90, 91
 tabú: 68, 316; del incesto: 118

- Tafo: 259
 Tahiti: 316, 457
 tai, lengua: 47
 taiga: 42
 Tailandia: 47, 388, 416
 taiping, rebelión: 453
 taironas (indios): 86, 87, 392
 Tajo (río): 46
 Taklamakan, desierto de: 43
 Takur: 233
 tallensis: 281
 talleres: 329, 332, 335
 Tamerlán, véase Timur
 Támesis (río): 46
 Tamil Nadu: 305
 tamiles: 101, 399, 412, 447, 455
 Tamilhad: 68
 Tana (Nuevas Hébridas): 247, 315
 Tang, dinastía: 74, 76, 107
 Tanzania: 27, 60
 Tapajos (río): 396
 tapuias: 187
 Tawney, Richard H.: 324
 Taxco: 170
 té: 191, 226, 294, 310-313, 316, 355, 380, 387, 402, 411, 412, 447; costumbre de beber, 310
 teca: 143
 tecnócratas: 346
 tecnología: 99, 103, 323, 362, 369, 378, 463
 Teggart, Frederick: 51
 Teherán: 43
 tejedores: 16, 330, 352
 tejido: 331, 338, 350, 359
 tekes: 272
 telar: 332; hidráulico, 350, 351; mecánico, 331, 338
 Teng, Ssu-Yü: 310
 Tennessee: 344
 Tenochtitlan: 165
 Teotihuacan: 89, 90, 95
 tepalcates: 91
 Tercer Mundo: 19, 20, 26
 Ternate: 286, 290
 Terranova: 198, 199
 terratenientes: 179, 302, 347, 449; chinos, 75, 76; ingleses, 324, 325, 326
 Terray, Emmanuel: 255
 terrazas de cultivo: 85, 92
 Tesorería Anglo-Francesa de la Deuda Pública: 356
 Texas: 338, 339, 390
 textiles: 83, 85, 147, 153, 155, 156, 175, 183, 226, 242, 252, 277, 285, 293, 294, 297, 303, 306, 312, 317, 321, 323, 326, 327, 329, 331, 333, 334, 336, 337, 345, 347-353, 356, 357, 359, 371, 378, 379, 432, 434, 439, 440, 442; catalanes, 144; chinos, 190, 191; flamencos, 155; hindúes, 15; ingleses, 151
 Thanjavur (Tanjore): 305, 448
 Thirsk, Joan: 325
 Thomas, L. V.: 270
 Thompson, E. P.: 331, 335
 Thompson, Edgar T.: 382
 Thompson, Leonard: 422
 Thorner, Alice: 303, 347
 Thorner, Daniel: 303, 347
 Tiahuanaco (cultura): 82
 Tidore: 289
 tierra, propiedad de la: 301, 302, 325
 Tierra Santa, reconquista de: 136
 Tigris (río): 43
 Tikal: 89
 Tilly, Charles: 325, 436
 timicuas (indios): 249
 Timur (Tamerlán): 52, 53, 64, 71
 Tinker, Hugh: 446, 447
 Tirol: 138
 Titicaca (lago): 82, 170
 Titiev, Mischa: 116
 tlingits (indios): 228, 229, 232-234
 Tocqueville, Alexis de: 334
 Tolomeo: 283
 Tolosa: 150
 toltecas: 90-92, 128
 Tombuctú: 49, 58
 Tönnies, Ferdinand: 25
 Tooke, Thomas: 353
 Töpfer, Bernhard: 106
 torres: 18
 torno de hilar: 330
 tortugas: 285, 315
 Toscana: 247
 Toussaint, Auguste: 192, 355
 trabajadores: 129, 334, 380, 428-464, 470; indios, 170, 172, 404, 448; ingleses, 335; irlandeses, 335; véanse las diversas nacionalidades
 trabajo: 98, 105, 113, 114, 321, 333, 357, 372, 373, 384, 429, 431, 433, 437, 438, 452-454, 463; labor/work, 98, 121, 129; como proceso social, 98; comunal, 262; esclavo, 383; forzado, 38, 115, 178, 357; forzado penal, 333; fuerza de, 102-104, 114, 129, 248, 250, 253, 323, 356, 357, 361-363, 369, 372, 381, 426, 428, 431, 432, 434, 436, 438, 439, 443, 444, 452, 460, 467, 471; indio, 177; libre, 38, 357, 383; mercado de, 335, 428-430, 432, 453, 460-462, 464; obligatorio en obras públicas, 182; social, 99, 100, 102, 105, 112, 115, 118-126, 128, 323, 361, 362, 370, 373, 376, 466, 469, 472
 Tracia: 18
 tradición: 29

- traficantes euro-africanos (pombeiros): 273
 tramperos: 202, 215-217, 224, 239
 Transoxiana: 52, 64, 71
 transporte: 49, 111, 321, 379, 393, 439; fluvial en África, 49
 Transvaal: 60, 420, 423
 Tratado de Methuen (1703): 151
 Tratado de Tordesillas (1494): 165
 Tratado de Utrecht: 190, 213, 214
 Trelease, Allen W.: 205, 208, 209
 Treppe, Rolande: 433
 tribu: 101, 125, 192, 193, 282, 344, 423
 tribunales indios: 182
 tributo: 43, 49, 53, 83, 105, 106, 108, 112, 129, 135, 140, 151, 156, 157, 169, 175, 182, 185, 197, 226, 260, 262, 272, 276-278, 295, 296, 300, 301, 305, 317, 346, 347, 370, 401, 414, 466, 469
 trigo: 42, 46, 132, 143, 180, 183, 241, 242, 306, 379, 380, 385-387, 391, 449
 trilladoras de vapor: 386
 Trinidad (isla): 404, 447
 Trípoli: 42, 257
 trompetas sagradas: 396
 Tromsø: 196
 trópico: 42, 439
 Trousky, León: 368
 trueque: 49, 50
 tsinsianos (indios): 229, 233, 235, 236
 tswana: 423
 Tu (Pomare): 316
 Tula (Hgo.): 90, 91, 128
 tulipanes: 140
 túmulos mortuorios: 92, 93
 tundra: 42
 Túnez: 42, 57-59
 tunguses: 226
 Tunhwang: 43
 tupianes: 450
 turcomanos: 41, 50, 52-55
 turcos: 53, 128, 225, 226, 288; otomanos, 42, 53-55, 59, 162, 250, 257, 346, 407; persas (ghaznavides), 70, 71; seljúcidas, 52, 162; timuridos, 294
 Turkestán: 41, 294
 Turner, Victor: 277
 turquesas: 90
 Turquía: 314, 337
 tuscaroras (indios): 204, 208
 Tylor, Edward B.: 30
 ueltales (indios): 409, 410
 uoziles (indios): 409, 410
 Ucayali (río): 87
 Uchendu, Victor C.: 401
 Udovitch, Abraham L.: 311
 Uganda: 351
 Uganda Agreement (1900): 351
 ulemas: 54-56
 Ulster: 359, 439
 Ulundi: 423
 Unión de África del Sur: 444
 Unión Soviética: 15, 71
 United Africa Company: 384
 United Fruit Company: 384, 392-394
 Urales, montes: 42, 225
 urbanización: 435
 Urdeutschland (provincias germánicas originales): 157
 Ure, Andrew: 333
 Urubamba (río): 82, 83
 usbecos: 71, 294; sunnitas, 52
 usura: 306
 Utah: 457
 utes (indios): 218
 Uttar Pradesh: 297, 350
 Vaal (río): 443
 vacas: 306
 valores de uso: 113
 Vancouver (isla): 229, 237
 Vansina, Jan: 270, 275-278
 vaqueros: 390
 Vasiliev, L. S.: 106
 Vázquez de Ayllón, Lucas: 249
 veleros: 287, 315, 355, 379, 439; véase barcos
 Vellut, Jean-Luc: 277
 Venable, Vernon: 35
 venados: 249
 Venecia: 40, 55, 80, 134, 135, 146, 158, 162, 248, 283
 venecianos: 156, 247
 Venezuela: 87, 175, 189, 190, 464
 Veracruz: 173, 174, 320
 Vergesellschaftung (socialización): 25, 26
 Victoria (Canadá): 236, 457
 Victoria (lago): 60
 vidrio: 134, 242, 285, 433
 Viejo Mundo: 15, 40, 157, 167, 169, 282, 320, 465; geografía política del, 41-80
 Vietnam: 47, 62, 71, 389; guerra de, 369
 vietnamitas: 20
 Vijanagar: 285, 296
 vikingos: 48, 139, 153, 196
 Villamarín, Juan A.: 86, 171, 172
 Villamarín, Judith E.: 86, 171, 172
 vino: 151, 175
 viñedos: 449
 Virginia: 163, 205, 241, 339, 341
 Virginia Company: 155
 virreinos españoles: 184
 viruela: 167, 205, 236

- Vivaldi (hermanos): 283
viviendas multifamiliares: 206
Volga (río): 43, 48, 196, 225, 270
volga-alemanes: 442
Volosinov, Valentin N.: 31
Volta: 281; Alto, 464
Volta (río): 58, 413
Voltaire: 107
Vossler, Karl: 31
vulcanización: 394
- Wagley, Charles: 394
Wakeman, Frederic: 314
walbiris: 391, 392
Walker, Mack: 386, 459
Wallace, Anthony F. C.: 216
Wallerstein, Immanuel: 38, 111, 151, 196, 360, 361
Wang, Yü-Chüan: 72
Ward, R. Gerard: 316
Wari, cultura: 82, 83
Warner, W. Lloyd: 432
Washburn, Wilcomb E.: 209
Wasserstrom, Robert: 409
Watrous, Stephen D.: 226
Watt, James: 331
Webb, Malcolm C.: 316
Weber, Max: 25, 26, 111, 361, 387
Wei (río): 46
Welser (familia): 146
Welsh, David: 443, 444
Wertheim, Willem F.: 286
West Ceram: 290
West Country: 359
West Riding: 359
Westfalia: 438
westos (indios): 249
Weydemeyer, Joseph: 35
Wheeler, Mortimer: 64, 311
White, Leslie: 30
Whitney, Eli: 338
Whydah: 246, 258, 262-264
Wickham, Robert: 397
Wike, Joyce: 230, 237
Wilbur, Clarence M.: 76
Wilks, Ivor: 259, 260
Wilson, Clyde: 211
Wilson, Charles H.: 329
Willey, Gordon: 80, 82
Williams, Eric: 244, 245
Williams, Raymond: 334
winnebagos (indios): 211, 283
Wisconsin: 93, 214
- Wittfogel, Karl: 71, 75, 105
Witwatersrand: 420
Woodland: 220
Woodruff, Philip: 380
Woodruff, William: 430
Wrangell: 233
Wright, Gary A.: 203
Wyoming: 92, 218
- Xcacal (Yucatán): 28
xhosas: 420, 423
- Yaka: 275
yakuts: 226, 227
Yalman, Nur: 411
Yang-Tse (río): 46, 47, 73-75, 312
yanktonais (indios): 213
yaos: 74, 247, 279
Yarkand: 43
Ye-Tai: 70
yellowknives (indios): 216
Yemen: 346, 407
Yeniseisk: 227
Yokohama: 15
yorubas: 253, 261, 264, 401, 414
Young, Philip: 394
Young Dog Society: 226
yu miem (lengua): 47
yuca: 15
Yucatán: 28, 90, 175
Yukón, valle del: 234
Yunnán: 74, 312, 415, 416, 418
yute: 303, 306
- Zacatecas: 170
Zagros (montes): 43
Zaire: 60, 250, 282
Zambeze (río): 62, 63, 277, 279, 423
Zambia: 60, 282
zamindares (jefes mughales): 296
zanatas: 59
Zanzíbar: 61, 279
Zasulich, Vera: 367
zayanidas: 59
Zenj (África Negra): 60
Zimbabwe (Rodesia): 60, 63, 423
zinacantecos (indios): 409
zipas: 86
zonas climáticas: 41
zorros blancos: 196; negros, 196; plateados, 226
zubas: 16
zulúes: 422, 423, 437

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| Prefacio | 9 |
| <i>Primera Parte</i> CONEXIONES | |
| I. <i>Introducción</i> | 15 |
| Surgen las ciencias sociales | 20 |
| Economía política y ciencia política, 22; Desarrollo de la teoría sociológica, 24; Antropología, 27 | |
| Los usos de Marx | 34 |
| II. <i>El mundo en 1400</i> | 40 |
| Geografía política del Viejo Mundo | 41 |
| Comercio, 47; Nómadas pastores, 49 | |
| El Cercano Oriente y África | 52 |
| Turcomanos, 52; El norte y el occidente de África, 55; África Oriental, 60 | |
| Asia Meridional y Oriental | 64 |
| India, 64; China, 71; Asia Sudoriental, 77 | |
| El Nuevo Mundo | 80 |
| América del Sur, 81; Mesoamérica, 89; América del Norte, 92 | |
| III. <i>Modos de producción</i> | 97 |
| Producción y trabajo social | 97 |
| Modos de producción, 100 | |
| El modo capitalista | 102 |
| El modo tributario | 104 |
| Civilizaciones, 108; Riqueza mercantil, 109 | |
| El modo de producción basado en el parentesco | 115 |
| El problema de las jefaturas, 125 | |
| IV. <i>Europa, preludeo a la expansión</i> | 131 |
| El cambio en las pautas del comercio a gran distancia | 131 |
| Surgen los puertos italianos, 134 | |
| Consolidación política | 135 |
| La guerra en el exterior, 136; Comercio, 137; Se ensancha el dominio real, 138 | |
| Formación de Estados y expansión | 139 |
| Portugal, 141; Castilla-Aragón (España), 144; Los circuitos internacionales de la riqueza mercantil, 146; Las Provincias Unidas, 147; Francia, 149; Los límites de la circulación mercantil, 151; Inglaterra, 153 | |

Segunda Parte
EN BUSCA DE LA RIQUEZA

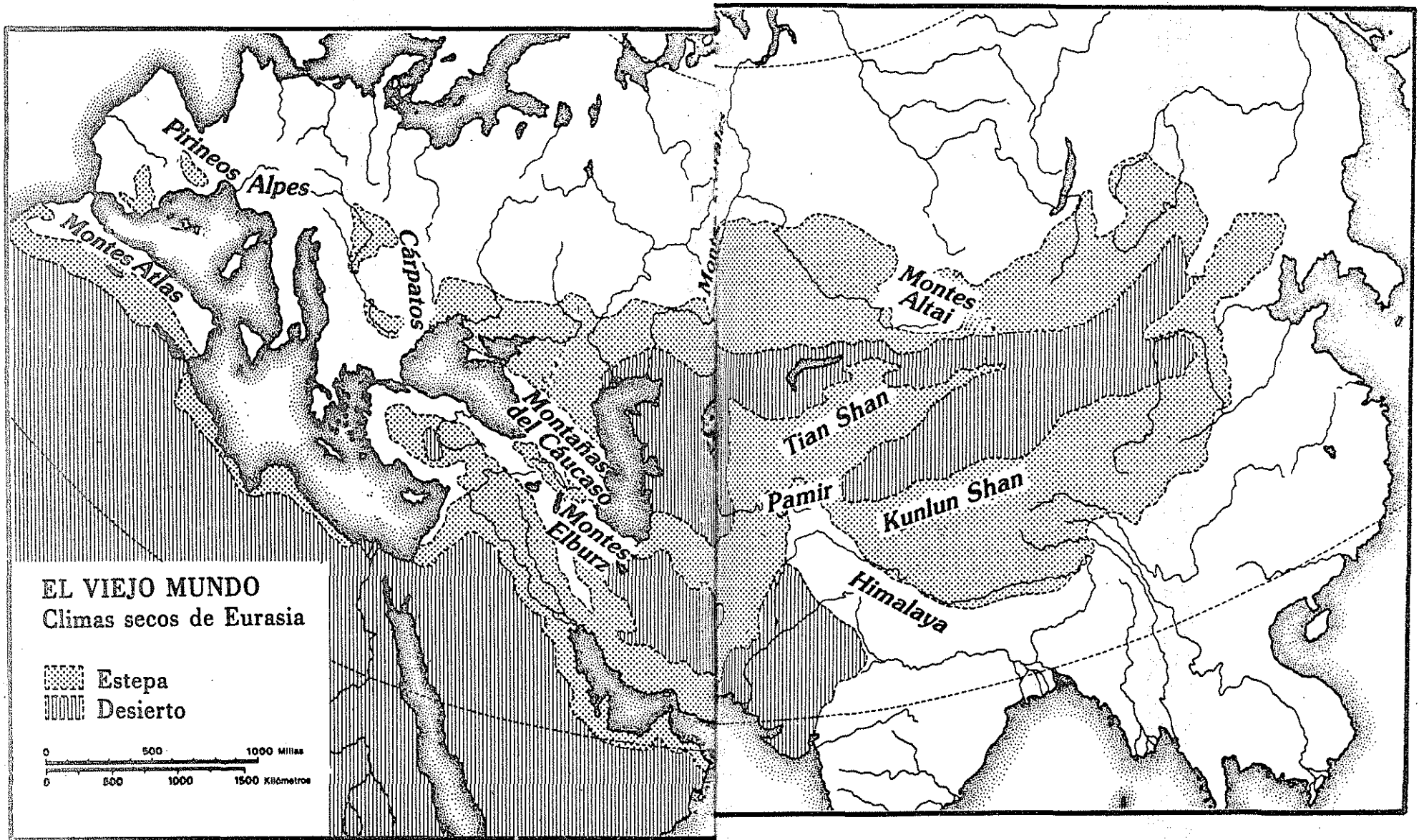
| | |
|--|-----|
| V. <i>Los iberos en América</i> | 165 |
| La gran mortandad | 167 |
| La riqueza de la América española | 169 |
| Tras la plata, 169; El flujo de la plata, 173; Exportaciones secundarias: colorantes y cacao en polvo, 175; La sangría del comercio exterior, 175 | |
| Nuevos sistemas de abastecimiento | 176 |
| La hacienda, 178; Comunidades indias, 181 | |
| Brasil y el Caribe | 185 |
| Contrabando, 188; Piratas, "tribus coloniales" y cimarrones, 192 | |
| VI. <i>El tráfico de pieles</i> | 196 |
| Historia del tráfico de pieles | 196 |
| Poblaciones del Noroeste | 201 |
| Abenakis, 201; Hurones, 202; Iroqueses, 204 | |
| Poblaciones de los Grandes Lagos | 210 |
| El "Midewiwin", 212 | |
| Expansión hacia el Oeste | 213 |
| Cambios en el comercio de pieles, 214; La revuelta de Pontiac, 215; Atabascos del Noroeste, 216; Nuevas compañías, 217; Pastores de caballos en las Llanuras, 218; Los metis del río Rojo, 224 | |
| El Litoral del Noroeste | 225 |
| El comercio de pieles de Siberia, 225; Poblaciones del Litoral del Noroeste, 227 | |
| VII. <i>El tráfico de esclavos</i> | 240 |
| El curso del tráfico de esclavos | 240 |
| ¿Por qué África? | 247 |
| Los antecedentes africanos | 250 |
| Mecanismos de la esclavitud, 254 | |
| Terrenos de abastecimiento: África Occidental | 256 |
| La Costa de Oro, 256; Oyo y Dahomey, 260; Benin, 263; El Delta del Níger, 264 | |
| Regiones de abastecimiento: África Central | 270 |
| El reino de Kongo, 270; Imbangala, 274; Luba-Lunda, 275; El marfil y el tráfico de esclavos en el África Oriental, 278; Los bembas, 280 | |
| VIII. <i>El comercio y la conquista en el Oriente</i> | 283 |
| El Islam en el sur de Asia | 285 |
| Los portugueses en Asia | 286 |
| Los holandeses en Asia | 289 |
| Los ingleses en la India | 292 |

| | |
|---|-----|
| El imperio moghal, 294; Evolución del gobierno inglés, 297; Nuevas pautas impositivas y de tenencia de la tierra, 300; Un nuevo ejército y una nueva burocracia, 304; Rebelión, 306 | |
| De la India a China | 308 |
| Opio por té, 310 | |
| El comercio en el Pacífico | 314 |

Tercera Parte
CAPITALISMO

| | |
|--|-----|
| IX. <i>La Revolución Industrial</i> | 328 |
| La transformación inglesa | 324 |
| Competencia holandesa e india, 326; Los nuevos empresarios, 328; Mecanización, 330; La fábrica, 332; Exportaciones de algodón, 336 | |
| Regiones de abastecimiento: el algodón sureño | 337 |
| Intermediarios, 341; Expulsión de los indios, 343 | |
| Regiones de abastecimiento: Egipto | 345 |
| La industria textil de la India | 347 |
| Bombay, 348 | |
| Crisis y expansión renovadas | 351 |
| Construcción de ferrocarriles, 352; Marina mercante, 355 | |
| X. <i>Crisis y diferenciación en el capitalismo</i> | 359 |
| Capitalismo: modo y mercado | 359 |
| La expansión del capitalismo | 362 |
| Diferenciación en el modo capitalista | 367 |
| Diferenciación: el Estado, 373 | |
| XI. <i>El movimiento de mercancías</i> | 376 |
| La Gran Depresión | 377 |
| Especialización regional | 380 |
| Agricultura comercial: plantaciones, 381; Agricultura comercial: cultivos comerciales en fincas pequeñas, 384 | |
| Producción de mercancías: alimentos | 385 |
| Trigo, 386; Arroz, 387; Carne, 389; Plátanos, 392 | |
| Cosechas industriales | 394 |
| El caucho en América, 394; Recolectores de caucho; Mundurucús, 395; El caucho en Asia, 397; Aceite de palma, 400 | |
| Estimulantes | 402 |
| Azúcar, 404; Auge de la plantación de capital intensivo, 405; Café, 407; Té, 411; Cacao, 412; Opio, 415 | |
| Oro y diamantes | 419 |

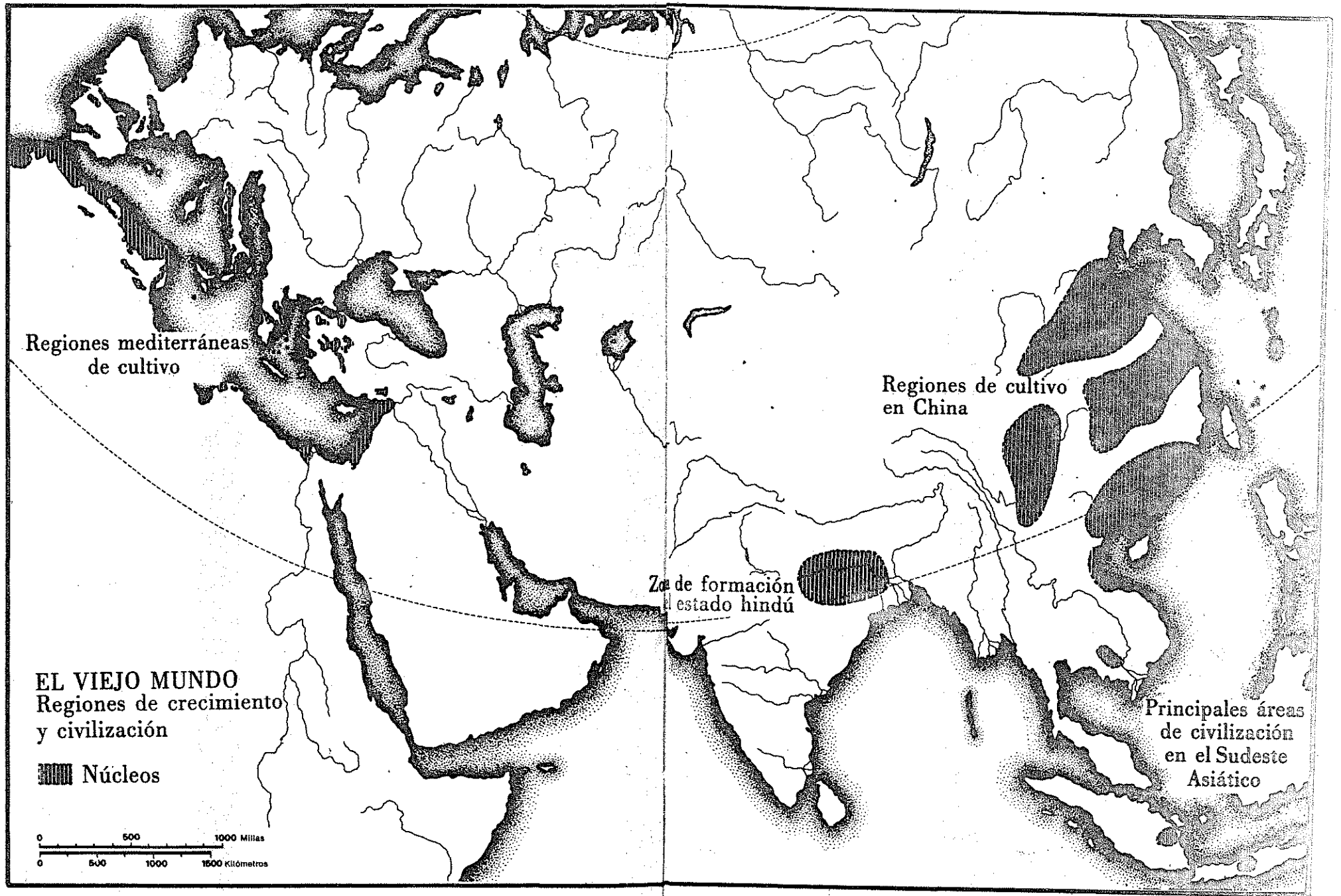
| | |
|--|-----|
| XII. <i>Los nuevos trabajadores</i> | 428 |
| Mercados de trabajo | 429 |
| Clases trabajadoras, 433; Urbanización, 435 | |
| La mano de obra se muda | 436 |
| Los Estados Unidos, 439; Trabajo para las minas: África del Sur, 443; Mano de obra para los plantadores: indios orientales, 445; Mano de obra para los plantadores: europeos, 448; Río Claro Brasil, 450; Tráfico en la mano de obra china, 453; Singapur, 454; Trabajo chino: otros destinos, 456 | |
| Segmentación étnica | 458 |
| <i>Palabras finales</i> | 465 |
| <i>Notas bibliográficas</i> | 473 |
| I. Introducción | 473 |
| II. El mundo en 1400 | 475 |
| III. Modos de producción | 482 |
| IV. Europa, preludeo a la expansión | 487 |
| V. Los iberos en América | 491 |
| VI. El tráfico de pieles | 492 |
| VII. El tráfico de esclavos | 495 |
| VIII. El comercio y la conquista en el Oriente | 498 |
| IX. La Revolución Industrial | 500 |
| X. Crisis y diferenciación en el capitalismo | 504 |
| XI. El movimiento de mercancías | 506 |
| XII. Los nuevos trabajadores | 509 |
| Palabras finales | 512 |
| <i>Bibliografía</i> | 515 |
| <i>Índice analítico</i> | 569 |



EL VIEJO MUNDO
 Climas secos de Eurasia

-  Estepa
-  Desierto

0 500 1000 Millas
 0 500 1000 1500 Kilómetros



Regiones mediterráneas
de cultivo

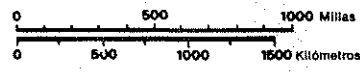
Regiones de cultivo
en China

Zona de formación
del estado hindú

EL VIEJO MUNDO
Regiones de crecimiento
y civilización

▨ Núcleos

Principales áreas
de civilización
en el Sudeste
Asiático





En el entendido estricto de que la historia la hacen grupos sociales, esta obra debería tener otro título. Pero sólo hasta hace muy poco tiempo la historia estaba configurada por una serie de grandes o egregios personajes, a los que se acostumbraba llamar justamente "históricos". A la luz de esta antigua y señorial disciplina, eran ellos quienes hacían y decidían la historia.

Las nuevas corrientes historiográficas consideran otra forma de ver los hechos sociales trascendentes. En ninguno de estos dos campos cae *Europa y la gente sin historia*, aunque ciertamente se encuentra más cerca del segundo.

Eric R. Wolf reconsidera la historia en cuanto ha sido decidida no sólo por los grandes acontecimientos, los movimientos religiosos y políticos y las inclinaciones o necesidades económicas, sino también en cuanto a determinar seres oscuros y aparentemente insignificantes. No sólo se trata de la "masa" que lleva y es llevada por los impulsos apuntados, sino de esos testigos y víctimas que se vieron envueltos de manera involuntaria en los grandes cambios o evoluciones del acontecimiento humano. El autor quiere ver dentro de su entorno natural a muchos de los personajes menudos que la tradicional disciplina llamada historia ha ignorado como factores decisivos.